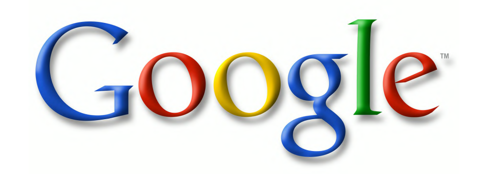
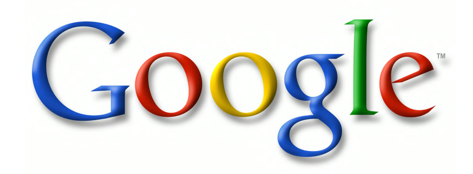
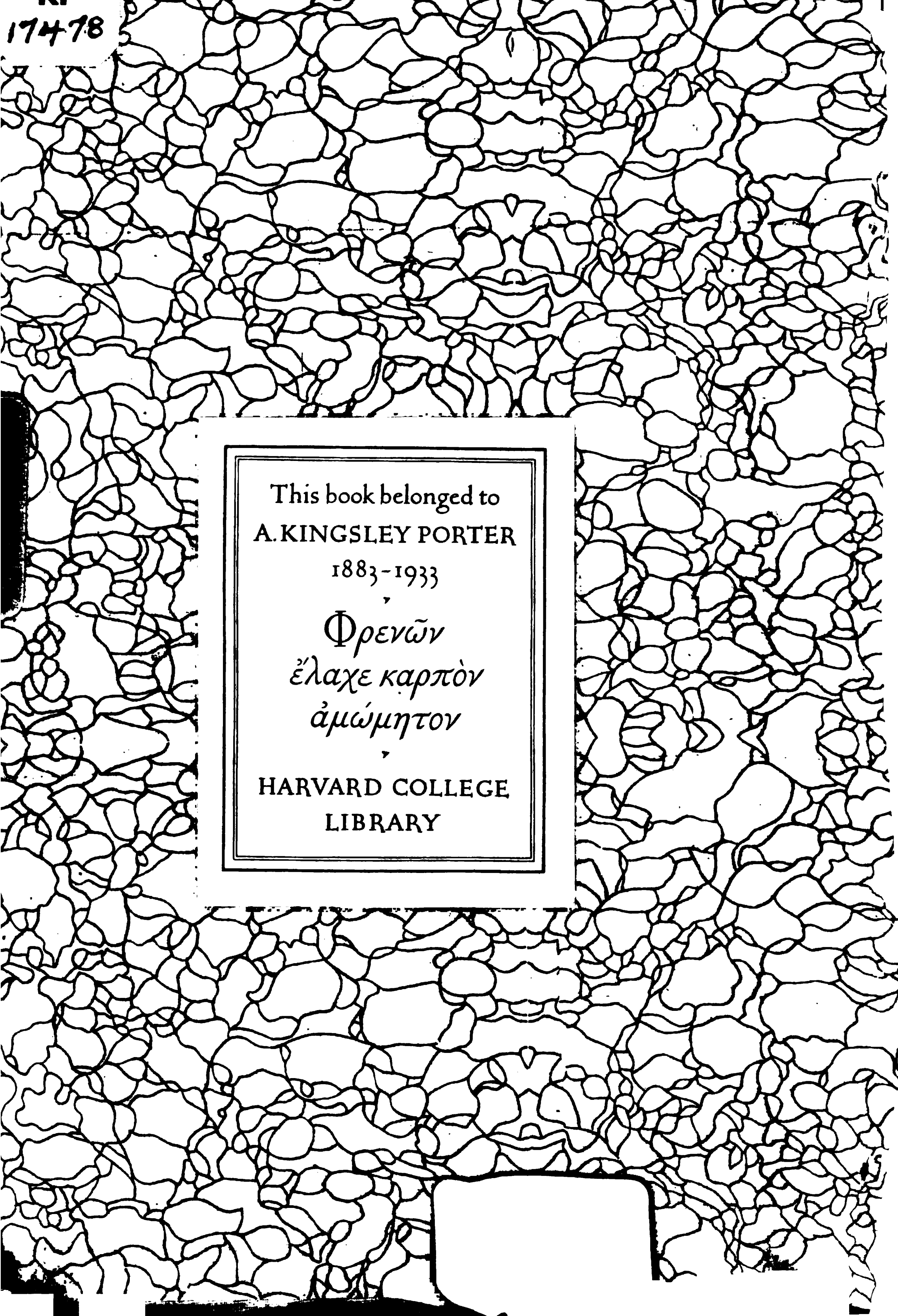
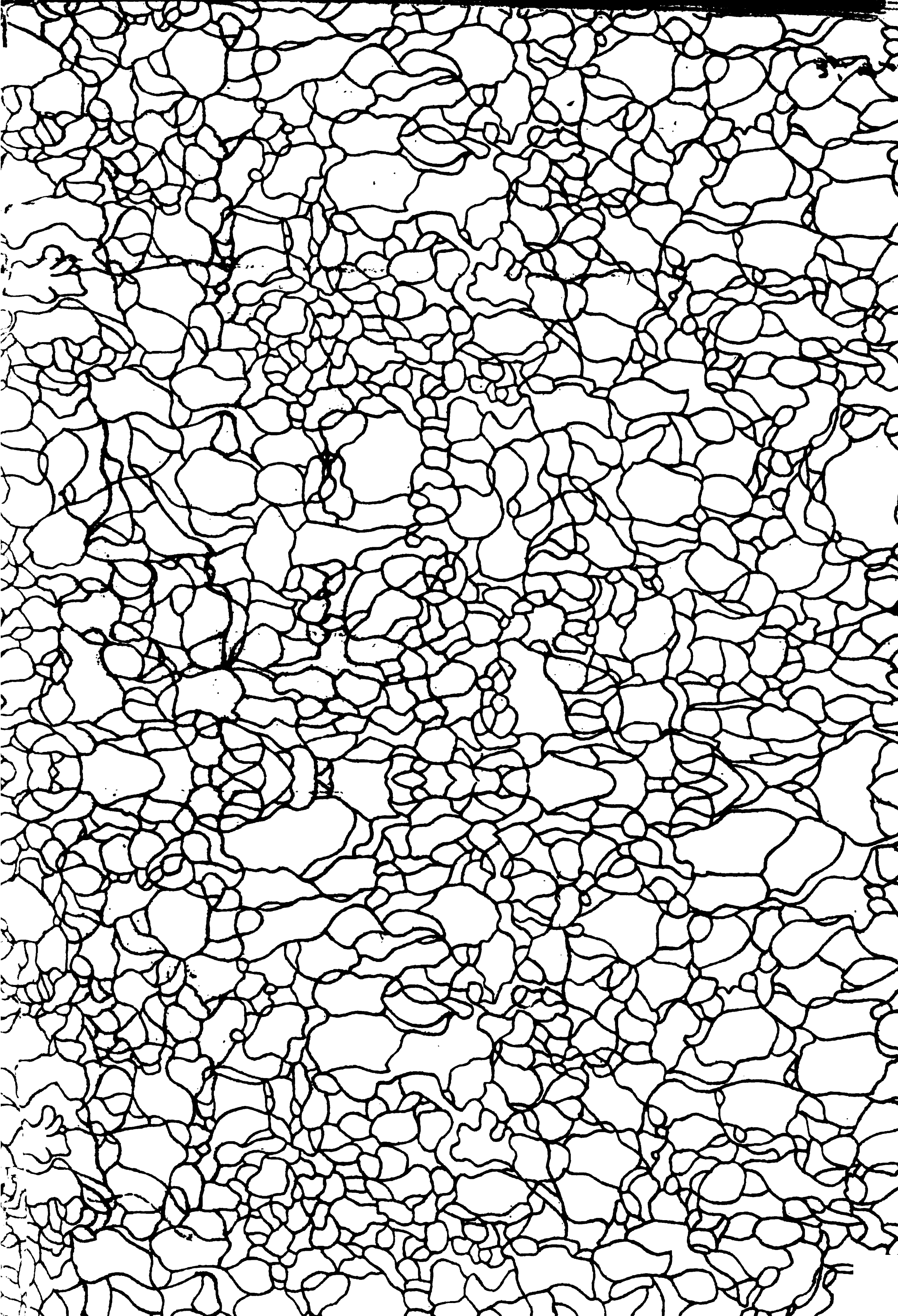






17478
NEDL TRANSFER
HN 4SBF C





Navarra y Logroño


PER ANGUSTA AD AUGUSTA



SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

NAVARRA Y LOGROÑO

POR

D. PEDRO DE MADRAZO

FOTOGRABADOS Y HELIOGRAFÍAS DE JOARIZTI Y MARIEZCURRENA

DIBUJOS Á PLUMA DE M. O. DELGADO Y PASSOS - CROMOS DE XUMETRA



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª

CALLE DE AUSIAS-MARCH, NÚMEROS 95 Y 97

1886


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY


ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



INTRODUCCIÓN

Índole de la presente obra. — Concepto histórico-político de la monarquía navarra

I

EL trabajo que emprendo, en que me propongo dar á conocer de una manera más literaria que científica y didáctica los monumentos y las artes, la naturaleza y la historia de las dos interesantes provincias de Navarra y Logroño, no va á formar cuerpo de doctrina sobre cada una de estas materias; no será tampoco creación de pura fantasía y de mero recreo. Lo primero resultaría pesado y enojoso para mis lectores: lo se-

gundo, harto liviano y de ninguna utilidad. Voy á intentar una obra paciente al par que amena: la restauración de un tesoro deslustrado y envejecido, del cual han de brotar formas, luces, resplandores, iris, matices no imaginados, grandezas olvidadas, bellezas en malhora oscurecidas. Como el que restituye á su prístina hermosura una alhaja de gran valor cubierta con la pátina de los siglos, así procuraré yo limpiar y dar esplendor á la rica joya de la historia, naturaleza y arte de la pintoresca región que se extiende del Pirineo al límite nordeste de Castilla la Vieja, y á quien las provincias de Aragón, Guipúzcoa y Álava estrechan por oriente y occidente.

Sabios cosmógrafos y geógrafos, eminentes geólogos, mineralogistas, naturalistas y botánicos, han explicado la constitución física de este interesante país y sus producciones, la complicada forma de sus cordilleras, los intrincados cruzamientos de sus sierras, sus elevados valles, sus nieves perpetuas, sus ventisqueros, sus cascadas, sus ríos y torrentes, sus bosques y selvas, su flora y su fauna.—Distinguidos etnólogos han escudriñado los arcanos de las razas que le pueblan, señalado las diferencias entre el éuskaro de la montaña y el navarro habitador de la ribera del Ebro, y entre el navarro y el riojano, y marcado en el mapa de Navarra y Logroño quiénes eran y qué tierra ocupaban los vascones, y quiénes los iberos y los celtíberos antes de la confusión de estas gentes en un solo reino que durante la Edad-media rivalizó en grandeza y poderío con los más prepotentes estados de la península.—Doctos historiógrafos y cronistas han sacado de la oscuridad de los archivos los anales del reino de Navarra, la serie de sus reyes, el hecho singular de la *sunarquía* en el período de formación de aquella corona, y la historia de las instituciones de estos pueblos: han investigado su constitución social, la organización de sus poderes, la antigüedad de sus inmortales fueros y libertades, los hechos gloriosos de los navarros y riojanos dentro y fuera de su país, sus héroes, sus sabios, sus santos: sus hazañas, sus virtudes, sus blasones.

Filólogos ilustres y epigrafistas de celebridad europea fatigan en el estudio comparativo del ibero y del éuskaro, imaginándose unos que ha de prestar el idioma vascuence un grande auxilio á la interpretación de las inscripciones ibéricas, mientras entienden otros que jamás hubo nada de común entre los iberos y los éuskaros ó vascones.—Laboriosos antologistas por su parte, imitando la útil tarea de la abeja, han recogido en bien ordenados florilegios la fragante y espontánea evaporación del numen popular del país vasco, condensada en cantos, cuentos y tradiciones de la más delicada poesía.—En estas materias nada nuevo me es dado hacer, y á lo que ha de reducirse mi empeño es á agrupar las más interesantes nociones; á dar relieve, color y luz á los hechos más dignos de ser notados; á destacar de la tinta neutra en que yacen hundidos, los hermosos y elocuentes cuadros del patriotismo éuskaro-navarro y riojano en los días de sus épicas conquistas y triunfos. Procuraré restituir su perdido brillo á la joya puesta en mis manos para que muestre sus primores al público deseoso de amena instrucción ó meramente curioso; y de los que me han precedido en el encargo de exhibirla bajo sus diversos aspectos, científico, histórico y literario, tomaré sin empacho cuanto convenga á mi propósito de condensar en un solo cuerpo, breve, proporcionado, armónico y de fácil uso, todas las bellezas esparcidas y diseminadas en multitud de obras que el más paciente lector se cansaría de recorrer y confrontar.

El resultado de mi modesto procedimiento será principalmente útil á los aficionados á las obras de arte. En esta materia tengo muy pocos guías á quienes seguir, y ninguno que me muestre el cuadro general apetecido. Esta será la parte ó aspecto de la joya que más brillo é importancia adquirirá al salir de mis manos, porque hasta hoy nadie se ha consagrado de una manera especial á trazar la historia y hacer la descripción de los monumentos arquitectónicos del país que riegan el Ega, el Arga, el Aragón y el Ebro; aunque bien valía la pena de ha-

berlo hecho considerando la inmensa riqueza que en él atesoraron once siglos de prácticas y procedimientos artísticos, desde el sobrio estilo visigodo que erigió un santuario benedictino sostenido en sencillos arcos de herradura desnudos de todo ornato, hasta el licencioso barroco que amontonó fantasías decorativas de arquitectura y escultura de exuberante talla dorada en la mayor parte de los altares de sus iglesias.

Quisiera, lector benévolo, poner ante tus ojos el conjunto más acabado y perfecto de esta joya cuya restauración me está encomendada. Figúrate que voy á enseñarte una suntuosa pieza de orfebrería del Cellini ó de Juan de Arfe, de Etienne de Laulne ó de Becerril; ó una gran fuente esmaltada de Jean Pénicaud ó de Léonard Limosin; ó una soberbia miniatura de Gossaert ó de Loyset Lyeder, de Horebout ó del Cozzarelli; ó un magnífico retablo al olio de Van Eych ó de Vander Weyden; y que este precioso objeto está dividido en gran número de compartimentos, ó medallones, ó tableros, representando cada uno su cosa determinada. Elijamos el retablo, si te parece, como término de comparación el más adecuado á mi propósito. En este retablo, cuyo cuerpo principal ocupará todo lo relativo á Navarra, desarrollándose en el basamento ó *predella* lo concerniente á la provincia de Logroño — que hasta la posición geográfica de ambas provincias, separadas por la corriente del Ebro, se presta á esta comparación,—te mostraré á medida que vaya sacándolos á su verdadera luz, restituyéndoles su colorido y entonación vigorosa, los diferentes cuadros que reclaman tu atención.

Verás en las tablas de la primera y más alta zona encantadoras manifestaciones de la más poderosa y variada naturaleza, paisajes cuales no los idearon Patinir ni Walkenburg, ora grandiosos é imponentes como los de Jacobo Ruysdael, ora apacibles y risueños como los de Hobbema: escenas contrapuestas, las unas de espantosos dramas, las otras de venturosos idilios. Á las vistas de las gigantescas montañas, de las dilatadas sie-

rras de desnuda roca perpendicularmente tajadas por las aguas corrientes, y de las seculares selvas cuyas profundidades sólo registran los pájaros, las alimañas y los ríos, acompañarán las de los deleitosos valles siempre tapizados de verde grama y de aromáticas plantas, mansión de perpetua felicidad solo interrumpida cuando la codicia invasora asoma por sus horizontes con máscara de reforma, ya religiosa y moral, ya política, ya administrativa. Con estos cuadros hacen juego escenas tomadas de la naturaleza humana, en que se manifiestan los contrastes de raza, las diversidades de costumbres entre montañeses y ribereños, sus aptitudes, sus caracteres, sus cualidades, sus creencias, sus supersticiones. Porque así como advertirás la ferocidad del vascón salvaje, albergado, allá en los días de Carlomagno, en la caverna del alto peñón como el águila en su enriscado nido, así echarás de ver la mansedumbre, la lealtad y la nobleza del vascón educado y culto de nuestro tiempo.—Vivían los progenitores de aquél sin religión, ó bien infectos de la idolatría de los aquitanos, que personificaban y convertían en dioses todos los fenómenos benéficos del mundo material puesto á su alcance; mientras que los de éste, al menos desde que Navarra fué verdadero Estado, abrazaron la religión cristiana con una fe y una exaltación que con frecuencia les llevó á dar por ella haciendas y vidas. Esto no impide que coexistan con el cristianismo, en la gente sólo civilizada á medias, groseras supersticiones, restos de la antigua demonolatría, que van lentamente desapareciendo, como por ejemplo la creencia en las brujas y en sus aquelarres: por lo que contemplarás con asombro diabólicas escenas que el pueblo crédulo é ignorante de la montaña se imagina estar atronando en determinadas noches de luna de otoño la nevada cumbre de Archuri (1). Juntamente con los aquelarres, á que concurren las muchachas de Sara y de Urdax, y cuantos brujos y brujas *(sorguiñac)* comprende la Navarra vasca desde el Roncal

(1) Peña-plata.

y Salazar hasta la Borunda, niños, adolescentes, hombres, mujeres, viejas harapientas y lardinosas, tiznadas de hollín, desdentadas, narigudas y pelonas, con víboras enroscadas al cuello ó con lagartos en los arrugados y colgantes pechos, turba adoradora del monstruoso hombre-chivo á quien al són de la chirola y del tamboril van besando todos debajo de la cola, verás en los primeros recuadros de mi gran retablo otras escenas en que el éuskaro descubre extrañas afinidades con el turanio, el indio y el egipcio, como las que se revelan en las tradiciones del *Tártaro*, del *Heren-suge*, del *Basa jaun* ó señor salvaje, de la *Basa-Andre* y de las *Lamiñak*. Estos cuadros te darán á conocer todo lo referente á las leyendas de carácter maléfico é infernal.—Otros, menos terribles, te descubrirán la encantadora mitología del pueblo éuskaro, derivación visible de la helénica y de la escandinava, con sus hadas y sus peris, y el hermoso Ariel, espíritu benéfico y tutelar, y la ideal Maitagarri, hada protectora de los enamorados, que llevando á la región de las nieves perpetuas y de los aludes la delicada y embriagadora fragancia de los floridos valles de la Arcadia, se briza entre vapores al borde de las altas crestas donde imperan el condor y el buitre, como se mece al viento la amarilla camomila asomada al insondable abismo en que se precipita la cascada.—Completan el cuadro de la índole idealista del pueblo vasconavarro, sus poetas y sus músicos. No tiene el país en verdad nombres ilustres de poetas de alto estilo, ó sea de escuela y de academia, que poner en parangón con los de Cataluña, Aragón y Castilla; pero el gran poeta de Navarra es el pueblo que se cría y educa en la escuela del campo, de la fragua y del taller, y que tiene por ruidosas academias las ferias y las romerías; que modestamente oculta la planta donde brota la flor, y rara vez entrega los nombres de sus incomparables *versolaris* á la bocina de la fama. Verás cómo chispea el numen de éstos en los entretenidos certámenes al aire libre que se celebran en Vera y en Elizondo, en Sara y en San Sebastián. En cuanto á músi-

cos, pocas provincias de España los han producido iguales.

Siguen á los tableros en que se da razón de la naturaleza del suelo, de los habitantes y su índole, y en zona diversa, los destinados á representar su historia. Prescíndese aquí de la parte más antigua, sumergida en las nieblas de la fábula, y se abandonan de consiguiente por estériles los trazos y contornos que habían de marcar conjeturas acerca de las dominaciones ibérica, vascona y céltica. Aun la púnica y romana, donde empieza la evidencia, se da al olvido, porque la alhaja que restauramos no presenta asuntos tomados de la historia de la España sometida á extranjero yugo: de aquella infeliz España, patrimonio de rapaces pretores y procónsules, ó de delegados imperiales. no menos depredadores, dividida primero, bajo la república, en dos provincias, citerior y ulterior; luégo en tres, por Augusto, la Tarraconense, la Bética y la Lusitana; después por Vespasiano en cuatro, desmembrados los galáicos de la Tarraconense; y por último en cinco, en el siglo IV, por la segregación de la Cartaginesa, para formar estas cinco provincias, con las Baleares y la Mauritania tingitana, una de las tres grandes diócesis en que se repartía la prefectura de las Galias.

Nuestra historia de Navarra comienza con la Edad-media, en que los pueblos Bárbaros que invaden el mundo latino fundan los nuevos reinos del Occidente, y entre estos la poderosa monarquía visigoda, para la cual fueron los vascones lo que es para la espaciosa tabla de caudaloso río un revuelto y constante remolino, producido por un surtidor de agua extraña, que turba su majestuoso curso.

Los romanos, más poderosos y más políticos que los visigodos, los tuvieron sujetos cuando, destruído el imperio de Cartago por Scipión, el cónsul L. Lúculo, en el año 147 antes de Cristo, los domeñó juntamente con otros pueblos independientes, consignando entonces la historia por primera vez la noticia de estas gentes del norte de España con el nombre de *cántabros*. Volvieron á sujetarlos, porque ellos sacudieron el

yugo romano al empezar la guerra de Sertorio, y más adelante al unirse con los aquitanos contra P. Craso, el legado de César, 51 años antes de Cristo, bajo el consulado de Pompeyo y Craso, causándoles una mortandad de 38,000 hombres y quedando los vencidos por disposición del Senado bajo el gobierno de Pompeyo; el cual tuvo el talento de granjearse la voluntad y afecto de la provincia. Agradecidos los vascones á este esforzado general y hábil político, siguieron su partido cuando estalló la guerra entre él y César, peleando bajo las banderas de Afranio y Petreyo. Muerto Pompeyo y arruinada su parcialidad, César, no menos hábil que su adversario, trató con generosidad á los vascones, y contento con el destierro de sus caudillos, dió facultad á los demás para volver á sus hogares, con orden de que se les restituyesen sus bienes. Esta conducta hizo en ellos tal impresión, que miraron en adelante como un deber sagrado la fidelidad al pueblo romano. Constantes en ella, no tomaron parte en la guerra que los hijos de Pompeyo movieron á César, y no hay indicio de que se unieran á los cántabros contra Augusto.—Permíteme, lector amigo, ya que he entrado en un preliminar histórico ajeno á nuestro cuadro, pues según te tengo advertido no comprende éste nada relativo á la España romana, nación sometida á potencia extraña; permíteme, repito, que recordando la lección (que la moderna política de nuestro país desaprovechó en mal hora) de cómo se condujo César con los vascones después de vencerlos, deplore amargamente que no la aprovecharan nuestros gobernantes al terminar con el abrazo de Vergara la primera guerra carlista que ensangrentó el suelo navarro en el presente siglo. Si no hubieran ellos cerrado los ojos á los ejemplos de una historia de que había sido teatro aquel mismo suelo diez y nueve siglos antes, no hubieran encontrado allí partidarios los *nuevos hijos de Pompeyo* treinta años después.—César, sagaz hombre de Estado, fió á los vascones sojuzgados la guardia de su persona, y de la misma ciudad de Roma hasta la muerte de Antonio, y

ellos se hicieron cada vez más dignos de tan honrosa confianza por su inquebrantable lealtad. Eran, pues, los vascones de aquel tiempo peninsulares tan romanizados como todos los demás, y permanecieron unidos al imperio hasta la ruina de éste, ó más bien hasta el año 448 de la era cristiana, sin que en tan largo tiempo se turbara la paz.

No así con los visigodos. Reciario, rey de los suevos, en el referido año 448 penetra violentamente en la Vasconia talando el país, según refiere Idacio. Diez y ocho años después, Eurico, rey de los godos, trata seriamente de someter la parte de la Tarraconense que seguía la voz del Imperio, en la cual se hallaba la Vasconia comprendida, y dirige contra ésta sus armas apoderándose de la romana Pompeiopolis. Pero los vascones no por esto se someten, antes bien recobran la agreste independencia de que quinientos años antes habían hecho tan fieros alardes contra el poder de Roma, y con alternativas de derrotas y victorias continúan hasta la extinción de la monarquía goda en las orillas del Guadalete dando muestras de su indomable virilidad. Antes del reinado de Wamba no pudo decirse con exactitud que la Vasconia quedara sometida á los visigodos, y aun es dudoso que después lo estuviera: lo cierto es que los vascones, siempre inquietos y turbulentos bajo todo yugo impuesto, aunque en algunos períodos de su historia aparecen en paz con sus dominadores, por lo general conservan su salvaje autonomía. En tal estado se encontraban cuando la irrupción agarena cubrió como un desbordado torrente todas las comarcas peninsulares, exceptuada la fragosa región pirenáica. Los vascones de la montaña repelieron constantemente las embestidas de los muslimes, y cuando la restauración de la corona gótica comenzaba en Asturias por el esfuerzo de Pelayo, en el Pirineo, donde nunca había imperado de lleno la gente goda, y donde no llegó á enarbolarse de un modo permanente el estandarte del Islam, continuaba el éuskaro en la situación misma de libertad é independencia en que había quedado al hundirse el

imperio romano á mediados del quinto siglo. Tribus autónomas y salvajes, sin rey ni caudillo, sin unión ni concierto entre sí, sin religión apenas, más propendían á aliarse con los sarracenos cuando se veían estrechadas por el crecimiento del imperio de Carlomagno ó por las armas de su hijo Ludovico Pío, que á confederarse con las renacientes monarquías cristianas inauguradas en la inmortal protesta de Covadonga.

Y así las representa nuestro retablo. El estrepitoso suceso de la rota de Roncesvalles está figurado en él tal como ocurrió, esto es, como una emboscada dispuesta por los eskualdunas encastillados en las breñas y picachos del desfiladero por donde regresa á Francia el victorioso ejército de Carlomagno con los más lucidos caballeros de su corte, sin tener los montaraces habitadores del Pirineo una bandera que ondee en su enriscado campamento, ni el menor signo que marque el puesto de caudillo alguno regulador de las masas vasconas, ó sea de sus furibundas turbas.—De igual manera, es decir, sin cabeza que dirija el alzamiento, está recordada la resistencia de los éuskaros á la obediencia del emperador cuando por las armas de su hijo Ludovico es segunda vez tomada Pamplona y franqueado por segunda vez el paso de Roncesvalles, aunque ésta sin sorpresa y sin derrota para los francos, antes bien con duro escarmiento para los naturales de la montaña.—Observad su aspecto y cómo pelean: van vestidos de pieles de osos llevando en la mano chuzos y guadañas; entran en las batallas con la cabeza desnuda, con armas muy ligeras que no les sirvan de embarazo al trepar de una en otra breña; acometen al enemigo por retaguardia con grande ímpetu y agilidad y levantando gran vocerío. El traje de los guerreros principales se reduce á una túnica exterior redonda, camisa de mangas sueltas, calzones largos, calzas con espuelas, y lanza arrojadiza en la diestra.—Pero tened presente que estos son los vascones de la montaña, no los de la tierra llana que se dilata de las raíces del Pirineo hasta el Ebro, porque estos otros, aunque vascos también en su origen, llevan ya

desde el siglo VIII el nombre de *navarros*. Estos habitadores de la tierra llana ó navarros, se hallan sometidos á los sarracenos desde la irrupción islamita, con pasajeras alternativas según la mayor ó menor pujanza de sus dominadores y la mayor ó menor eficacia del auxilio que les prestan los francos. En Pamplona y en todas las ciudades de España entre el Arga y el Ebro, veían con rubor los cristianos vencidos tremolar el estandarte de los Umeyas sobre las torres de sus profanados templos. Las poblaciones navarras, lejos de mostrarse enemigas del Imperio franco, acuden á él para sacudir el yugo de los infieles, y si Carlomagno y su hijo Ludovico penetran hasta el Ebro con sus ejércitos, no es para domar á los navarros, sino al contrario, para ayudar á éstos contra los árabes coligados á veces con los vascones indómitos. Para escarmentar á los comunes enemigos del nombre cristiano tomaron los francos tres veces á Pamplona, la primera cuando el emperador pasó en persona el Pirineo y llegó hasta Zaragoza; la segunda cuando, aun en vida del emperador, su hijo Ludovico, rey de Aquitania, fué llamado á reprimir el alzamiento de los montañeses del año 812; y la tercera cuando en 823, siendo ya Ludovico emperador, fueron en mal hora enviados Eblo y Aznar á castigar una nueva sublevación, en que la moderna crítica descubre inteligencias entre vascones y muslimes. En efecto, en esta ocasión el ejército franco experimentó, como Carlomagno en la primera, las terribles consecuencias de la guerra de montaña en aquel mismo desfiladero de Roncesvalles: Eblo y el conde Aznar fueron allí rotos y deshechos por un torrente de piedras que sobre ellos precipitaron los vascones; Eblo fué enviado por éstos al califa de Córdoba, como presente de alianza quizás, y á Aznar le perdonaron la vida dejándole ir libremente por estar unido con vínculos de parentesco con los que ahora capitaneaban las tribus montaraces de la Vasconia pirenáica.—¿Quiénes son estos? Uno de los cuadros de nuestro panorama histórico reproduce sus figuras; son García llamado *el Malo*, Íñigo Jiménez llamado *Arista*, y Muza-ben-Muza-

ben-Fortún. García el Malo es el yerno del conde Aznar Galíndez que había adquirido del monarca franco, en feudo, el entonces diminuto estado de Aragón. Este conde Aznar se había visto despedido de su estado por obra de su yerno, hombre vengativo y cruel que se indispuso con él de resultas de cierta pesada burla. Íñigo Arista es un conde vascón de allende el Pirineo, poseedor del estado de Bigorre, en el cual ha sucedido á su padre el conde Jimeno. Con su hermano García Jiménez reinará en Pamplona, y levantará turbulencias en España. El tercer personaje, Muza-ben-Muza-ben-Fortún, es el famoso Muza de las crónicas árabes y cristianas, caudillo semiárabe, semivascón, como le apellida uno de nuestros académicos de más sagaz crítica histórica (1), que milita á las órdenes del califa Abder-rahmán II.

Esta segunda derrota de Roncesvalles, mucho más trascendental que la primera, es la que da á los vascones de Pamplona la independencia por la cual habían luchado, y sirve de base para fundar la verdadera nacionalidad navarra. Hasta entonces vivieron los vascones, según sus diferentes y pequeños territorios, en tribus aisladas, sin forma de gobierno conocida, ya completamente independientes, ya sometidos al poder de los árabes ó al dominio de los francos. Emancipados de este último, natural era que tomasen por jefes á los que lo fueron en el glorioso trance de la batalla: por eso sin duda la genealogía del códice que tomamos como la más segura guía en estos barruntos, nos señala como progenitores de los reyes de Pamplona á Íñigo Arista y García Jiménez, hermanos, descendientes ambos de un tronco común, como hijos que eran del conde Jimeno.

Muchos repintes y mucha broza hay que quitar de las tablas en que se desarrolla la genealogía de los reyes del Pirineo: viene de muy antiguo falseada y viciada esta parte tan capital de la historia de Navarra, y son de hoy solamente los descubri-

(1) El Sr. D. Manuel Oliver y Hurtado, en su interesante estudio de los orígenes de la monarquía de Navarra: Discurso leído en su recepción como individuo de número de la Real Academia de la Historia, en 8 de Abril de 1866.

mientos de las mentiras y patrañas con que ya la falta de crítica, ya la vanidad patriótica de nuestros predecesores, la desfiguraba en documentos y monumentos que se tenían por verídicos. Acerca de esta materia, consigna el escritor académico arriba mencionado las siguientes observaciones, que nos hacen muy al caso para justificar la limpia que intentamos al llegar á la exposición de los asuntos referentes á los primeros reyes. «El título de rey no significaba entonces un poder supremo y único, ni se limitaba muchas veces á una sola persona, sino que se extendía con frecuencia á varias existentes al mismo tiempo...» «El derecho al reino puede decirse era más bien familiar que personal, y el orden de sucesión el que indicaban la edad, el valor ó prendas distinguidas, cuando no le imponían la fuerza, la astucia ó la coalición de los que resultaban así más poderosos...» «Precisar grados ni líneas, marcar la preferencia de unos y otros, fijar día por día la duración de un reinado para admitir el principio del siguiente, rechazando sin más motivo cuantos documentos se opongan á la cronología y orden de sucesión establecidos por arbitrios posteriores, podrá haberse reputado tarea estimable y apreciada en extremo pocos años há; pero aplicado tal sistema á los primeros tiempos de la reconquista, según han hecho muchos escritores precedentes, me atreveré á decir que ha sido gastar tiempo y trabajo en balde y aumentar la oscuridad de nuestros exiguos y diminutos cronicones. Verdad es que estos, reducidos á breves apuntamientos y aun á meros catálogos de reyes, designan los años de sus reinados como consecutivos, y á la muerte ó cesación del uno suponen generalmente la entrada del otro, no siguiendo más que la línea principal ó sucesión directa, sin curarse mucho por lo común de los que marchaban á la par como colaterales; pero tenían en parte que hacerlo así para guardar un orden cronológico en las listas ó narraciones, y cuando se le encuentra alterado forzosamente por la diversidad de personas y su distinta ascendencia, tal tropiezo ha sido motivo de extrañas con-

jeturas para nuestros modernos historiadores. Sirva también de regla que las crónicas de la Edad-media son obras de monjes y obispos, y más adelante de letrados y juristas, las dos clases cuyas tendencias eran la consolidación del poder real, el establecimiento de la sucesión directa y prefijada por las leyes, la concentración de todas las fuerzas sociales en una sola mano, la suplantación, en fin, de las costumbres de aquellos tiempos á cuyo espíritu se da el nombre de germanismo, por las ideas, entonces nuevas, que se miran como efecto del romanismo en su renacimiento. Ellos querían sustituir la fuerza con el derecho, la arbitrariedad con la justicia, el desorden con la regularidad; pero el historiador debe tomar los hechos como sean, no como convendría que fuesen.» «Si se examinan sin embargo atentamente nuestras crónicas, con referencia á los reinos de Asturias y León, sobre los cuales son más extensas y terminantes, se verá que en ellos mismos, donde la sustitución real aparece clara y distinta desde el primer momento, no es tan reducida á una sola persona que no admita la comparticipación familiar, ni el orden de sucesión tan preciso, que no sufra modificaciones frecuentes, impuestas por la fuerza ó la elección; y hoy ya han demostrado obras escritas con mayor criterio, que esta podía recaer libremente en cualquier individuo de la familia reinante, por más que luégo se convirtiese en mera fórmula de salutación ó juramento...» «Especie de *sunarquía*, antes que verdadera monarquía, no pretendamos encontrar en ella á los reyes ceñida la corona de oro y arrastrando el manto de púrpura, sentados en un solio único, que hubiesen de dejar vacío para dar entrada á sus hijos, hermanos ó consociados; ni consideremos prestablecidos por las leyes llamamientos legítimos á suceder, orden invariable ni preferencias determinadas. Aceptemos los hechos tales como los presentan los documentos contemporáneos; si no están acordes con nuestras ideas, despojémonos de estas y atengámonos á aquellos».

La fuerza de estas observaciones nos hace aceptar para la

historia de la corona pirenáica el sistema sunárquico, como único medio de evitar el intrincado laberinto á que nos llevan los cómputos contradictorios de los diferentes reinados según Moret, Yanguas, Traggia, etc.; y con arreglo á este sistema, formamos, siguiendo al docto académico que lo propone, la siguiente tabla de aquellos primeros reyes hasta la separación definitiva de Aragón y Navarra y la constitución de este reino como solo é independiente después de una unión secular con aquél. — Reinan juntos Íñigo Arista, anciano y caduco, retirado en el monasterio de Leyre, y su hermano García Jiménez gobernando en Pamplona.—Á la muerte de ambos hermanos, hacia el año 861, vemos rey de Pamplona á García Íñiguez, el hijo del Arista, el cual traba alianza con Ordoño I, hijo de Alfonso II rey de Asturias, para contrarrestar la impetuosa irrupción que hace en Navarra el alcaide de Mohamed ben-Abderrahmán. Devasta el árabe en su tremenda correría la comarca de Pamplona por espacio de treinta y dos días, haciendo prisionero á un hijo del rey García Íñiguez, y se lo lleva á Córdoba, donde permanece preso cerca de veinte años. — Durante el reinado de García Íñiguez ocurre el histórico viaje de un gran santo á la región del Pirineo — de san Eulogio de Córdoba — el cual es hospedado en Leyre por el abad Fortuño, y deja escrita una famosa carta al obispo de Pamplona Wilesindo, que derrama abundante luz sobre la historia de las instituciones monásticas en aquella edad y en aquella comarca. También por los hechos de este reinado se vislumbra algo de la serie de los primeros prelados que ocuparon la Sede pampilonense, porque después de Wilesindo se nombra en los documentos de la época al obispo Jimeno: y presenciamos asimismo entre los actos de piedad del rey y de sus inmediatos sucesores, fundaciones tan importantes como las de los monasterios de Fonfrida y Labasal, y San Martín de Cercito, y Albelda, y San Juan de la Peña. — Á García Íñiguez sucede su hijo Fortún Garcés, el que estuvo preso en Córdoba, hombre de tan portentosa longevidad, que dicen vivió

126 años. Este se retiró al monasterio de Leyre, como su abuelo el Arista, á concluir santamente su prolija y asendereada existencia.—Álzase rey en Pamplona en 905 Sancho Garcés, hijo segundo de García Íñiguez, y vense obligados á reconocerle Fortún y su numerosa prole; y la sucesión á la corona sigue en su descendencia directa.—Con éste comienza la que puede llamarse dinastía peculiar de los reyes de Pamplona.—Las historias antiguas agotan en su alabanza los elogios propios de aquel siglo: según ellas, nadie más piadoso, ni más religioso y justiciero; nadie más venturoso en la guerra; y sin embargo, sufrió crueles reveses de la fortuna en Valdejunquera, frente al castillo de Muez, y en la expedición asoladora que llevó á cabo Abderrahmán tercero desde el Ebro hasta los Pirineos occidentales: rudo desquite que contra él tomó el Islam humillado en Viguera.—Á Sancho Garcés sigue su hermano Jimeno Garcés, el cual, lo mismo que otro hermano, Íñigo Garcés, había ya ostentado el título de rey suscribiendo con el mayor, Sancho, una acta de donación á San Pedro de Siresa. Dejan ambos hermanos dos hijos del mismo nombre, García Íñiguez y García Sánchez, aquél de mayor edad, éste niño, de siete años no cumplidos.—García Íñiguez es muerto en Liédena, huyendo á Córdoba sus hermanos, y su primo García Sánchez queda solo en el reino.—En su tiempo pasa el condado de Aragón á ser mera provincia del reino de Pamplona, y al frente de él encontramos al conde Fortún Jiménez. Los dominios de García Sánchez se extienden desde Pamplona hasta el valle de Boltaña, villa la más importante del fantaseado reino de Sobrarbe. Pero al mismo tiempo que él reina en Pamplona, gobierna el Aragón con título de rey su hijo Sancho Garcés. El título de rey era común entonces á todas las personas enlazadas con la reinante. El derecho de familia, tan enérgico é imperioso durante la Edad-media, á despecho del derecho nuevo que pretendía apropiarse la representación legítima de las glorias del mundo romano, persevera hasta el siglo XIII, y en Navarra lo vemos perpetuado des-

pués de García Sánchez (año 970) en sus dos hijos, rigiendo Sancho lo principal de sus estados y tocando á Ramiro, con título de rey, el pequeño de Viguera; cuya muerte prematura, ocurrida en 981, fué la causa de volverse á unir el mando absoluto de todo el territorio en Sancho Abarca.—De este gran príncipe recuerdan las tablas de nuestro ordenado armatoste, que él fué quien dió á su deudo el conde de Castilla, García Fernández, la ruidosa victoria de San Esteban de Gormaz contra los infieles; que él fué también quien quebrantó el poderío de Almanzor rechazándole de sus fronteras y aun extendiendo los límites de su reino hasta los montes de Oca; que de la paz profunda de que disfrutó en los primeros años de su reinado, sólo se valió, según el gusto de su siglo, para fundar y dotar monasterios, distinguiendo principalmente al de Santa María de Nájera, al que hizo regalos de gran valor, á los de San Pedro de Siresa, San Juan de la Peña, Santa Cruz, Cirueña y San Millán. Y es de notar respecto de la coexistencia de varios individuos en un mismo solio, la cual aún solía ocurrir en su tiempo, que mientras él reinaba en Pamplona, su madre Andregoto se titulaba reina en Lumberri, y á su hijo Ramiro daba igual título una carta de donación que declaraba con sentidas frases su temprano y doloroso fallecimiento.—Reinando su hijo García el Tembloso, el inmortal vencedor de Calatañazor, se repite el mismo accidente sunárquico: su madre Urraca y su hermano Gonzalo reinan por igual en Aragón, según los instrumentos coetáneos (año 996), de manera que durante el siglo x no dejó nunca de mostrarse valedero el derecho de reinar en cuantos pertenecen al tronco del primer Sancho Garcés ó con él se enlazan.—Por último Sancho el Mayor, en la primera mitad del siglo xi, al dividir entre sus hijos, incluso Ramiro, cuya legitimidad aparece dudosa, el dilatado reino que había llegado á formar reuniendo los Estados de Pamplona, Aragón y Ribagorza, Castilla y León, usa del mismo derecho de aplicar á su sucesión el principio familiar y sunárquico con preferencia al

exclusivo de primogenitura (1). Desde el hijo y sucesor de éste, García Sánchez el de Nájera, van conformes los historiadores en los reinados subsiguientes, de manera que la zona de nuestro retablo consagrada á los reyes, no tiene que sufrir más alteraciones esenciales.

Con Sancho el Mayor concluyen los reyes que nuestros historiadores del siglo pasado llamaron de la segunda dinastía, y su hijo García Sánchez, el de Nájera, inaugura un breve período en que dos reyes de sola Navarra (2) ponen término por algunos años á la fecundidad de la sangre de Bigorre, pasados los cuales la corona viene á reunirse de nuevo con la aragonesa en las sienes de Sancho Ramírez, el gran debelador de la morisma en Arguedas, Tudela y Zaragoza, muerto gloriosamente sobre Huesca al finalizar el undécimo siglo. Otros dos reyes hijos de éste sostienen

---

(1) El principio de la *sunarquia* de que ha partido el Sr. Oliver para rehacer el catálogo de los primeros reyes del Pirineo hasta Sancho el Mayor, se desprende claramente de la genealogía del códice Medianense ó Rotense de Meyá, de que posee lujosa copia la Real Academia de la Historia, y que es como códice la crónica más antigua de la Edad-media que ha llegado hasta nosotros. Según dicha genealogía, que retrasa el nacimiento del reino de Pamplona cerca de un siglo respecto de la época en que colocan su comienzo el P. Moret, el *Diccionario geográfico-histórico* de la Academia y D. José Yanguas, los 14 reyes que cuentan estos desde Íñigo Jiménez (el *Arista*) hasta Sancho el Mayor, siendo los reinados de algunos de ellos simultáneos, no sucesivos, deben computarse de la manera siguiente: Íñigo Arista y su hermano García Jiménez, elevados al mando supremo de los vascones á mediados del siglo IX, reinan quizá conjuntamente, uno en Pamplona y otro desde su retiro de Leyre; — García Íñiguez, (3.er rey) hijo del Arista, reina solo; pero su hijo Fortun Garcés el longevo, (4.° rey) asocia en su trono á Sancho Garcés (rey 5.°), hijo de García Jiménez;—cuando Sancho Garcés muere, le suceden sus hermanos Íñigo y Jimeno Garcés (reyes 6.° y 7.°);—falta Íñigo de allí á poco, y Jimeno deja el trono á García Íñiguez (rey 8.°) su sobrino, que lo ocupa juntamente con su primo García Sánchez (rey 9.°);—Sancho Garcés y Ramiro Garcés, hijos de éste (reyes 10.° y 11.°) mueren dejando el gobierno absoluto de todo el territorio á su hermano Sancho Abarca (12.° rey); y siguen luégo García el Tembloso y Sancho el Mayor (13.° y 14.° en orden) como en los catálogos de Moret, de la Academia y de Yanguas.

(2) Aunque empleamos aquí la denominación de *reino de Navarra* para acomodarnos al lenguaje común, debemos advertir que hasta D. Alonso el Batallador rarísima vez usaron los monarcas de Navarra otro título que el de *reyes de Pamplona*. Así se titulaba su mismo hijo García el Restaurador. Sancho el Sabio, hijo también del Batallador, al principio de su reinado decía que reinaba en Pamplona, Estella, Tudela y todas las montañas, y sólo desde el año 1160 dice que reina en Navarra. En esta época quedó fijado el título de rey de Navarra, abandonándose los otros.

después con gloria la unión de ambos Estados: D. Pedro Sánchez, el vencedor del agareno en aquella Huesca cuyo asedio costó la vida al padre, en Zaragoza y en Barbastro; y D. Alonso Sánchez, el *batallador*, en cuyo sobrenombre se compendian todos los triunfos que en incesante guerra con los enemigos del nombre cristiano podía alcanzar á principios del siglo XII el rey de más privilegiado temple militar. Y siguen otros tres reyes de sola Navarra que llevan en la historia los hermosos dictados de el *restaurador*, el *sabio* y el *fuerte*, y que llenan gloriosamente un siglo entero (de 1134 á 1234) para poner fin á la descendencia masculina de la casa Jimena y dejar las armas reales, enriquecidas con las cadenas arrancadas á la tienda del Emir de los Almohades en las Navas de Tolosa, á merced de las cortes del reino, según el fuero del país.

II

Habiendo éstas llamado á ocupar el trono á Teobaldo, el hijo de la infanta D.ª Blanca, hermana de Sancho el Fuerte, pasa la corona de Navarra á la casa francesa de Champagne y de Brie, la cual introduce en la corte de Pamplona el lujo y las magnificencias de la cultura de allende el Pirineo, con el espíritu caballeresco y aventurero que lleva á los dos primeros soberanos de aquella estirpe, padre é hijo, á la guerra santa de Palestina, siendo el hijo partícipe del descalabro sufrido en África por el rey san Luís su suegro, y dejando la vida en Trápani de regreso de aquella malhadada expedición. Con la sangre, las costumbres y las artes de la vecina Francia, traen estos príncipes á Navarra fecunda semilla de enojosos disturbios; inevitable resultado de las rivalidades de raza y del aparente menosprecio que hacen los reyes y sus cortesanos del país vasco, pasando gran parte de su vida en tierra francesa, confiando á gobernadores franceses, altaneros y codiciosos, y á indignos lugartenientes y mercenarios

extranjeros, el regimiento, la defensa del país, la guarda de sus fueros y de sus seculares instituciones, su administración, su bienestar y el público reposo. Estalla la *guerra civil de Pamplona* durante la menor edad de la reina propietaria D.ª Juana, que vive con su madre retirada en París, y en los reinados sucesivos de sus tres hijos, Luís Hutin (1), Felipe el Luengo y Carlos el Calvo, habidos en su casamiento con Felipe el Hermoso de Francia, experimenta Navarra las tristes consecuencias de haber caído bajo una dinastía extranjera, la cual junta á una poderosa corona otra corona pequeña, que considera como un mero florón de aquella.

No era esta en verdad la primera invasión del espíritu francés en España; pero era la peor. En el siglo undécimo, bajo los reinados de Sancho el Mayor, el gran protector de Cluni, de Sancho el de Peñalen y de Alfonso VI de Castilla, rival del gran rey navarro en celo por la propagación de la santa milicia benedictina, la influencia francesa había predominado en el orden religioso: ahora la absorción, como decimos hoy, del pequeño estado vasco-navarro por la prepotente monarquía de allende el Pirineo, era general, así en la Iglesia como en el Estado, en el palacio, en la corte, entre los magnates, en todo.—Por la muerte de Carlos el Calvo sin sucesión, las cortes de Navarra, á despecho de la ley sálica francesa de que se amparaba Felipe de Valois para aspirar al trono, adjudican la corona con aplauso de la nobleza y de los pueblos, á D.ª Juana, hija de Luís Hutin, mujer de Felipe, conde de Evreux. Sin embargo de haberse decidido á consulta del Parlamento de París que Felipe de Evreux reinase solamente en Navarra por el derecho de su mujer, cediendo ésta todo el que pudiera ostentar á la corona de Francia por su padre, y además los condados de Champagne y Brie, recibiendo en su lugar los ducados de Angulema, Mortain y Lon-

(1) El sobrenombre de *Hutin* dado á Luís, significa en el idioma francés antiguo, amotinador, pendenciero ó envuelto en disensiones, por alusión á las que padeció y sosegó en León de Francia en vida de su padre.

gueville, la corte de Navarra no dejó de ser en lo sucesivo una especie de copia de la francesa, y aun el reino todo en su aspecto oficial, á despecho de las continuas protestas de sus cortes y del pueblo, fué reflejo de exóticas ideas y costumbres. El lenguaje, fiel expresión de estas, nos suministra la prueba más concluyente del afrancesamiento de aquella provincia durante los siglos XIII, XIV y XV. No hay documento en sus archivos perteneciente á esa época que esté redactado en idioma español puro: plagados están de galicismos los de la antigua Cámara de Comptos, los del archivo general del reino, los de las cortes ó representación nacional, los del antiguo tribunal que llevaba el nombre de *cort;* y así en el cuadro histórico civil de Navarra como en el de sus consejos y gobierno municipal, es imposible detenerse un solo instante sin tropezar con reminiscencias de la unión estrecha que entre ambos países establecieron la naturaleza y los hombres. Ni podía ser de otro modo cuando desde la constitución del reino pirenáico en el siglo IX, venían España y Francia, esto es, la tierra comprendida entre el Ebro y el Béarn, reconociendo la comunidad de origen de sus pobladores, hablando una misma lengua, profesando una misma religión y un mismo culto, gobernándose por las mismas instituciones, obedeciendo á un mismo rey y aceptando unas mismas leyes. De la Vasconia francesa vinieron á la Vasconia de aquende el Pirineo el principio monárquico y los primeros caudillos que tomaron en la historia el nombre de reyes de Pamplona; de allí, dos siglos más tarde, la reforma cluniacense, y la cisterciense después, por más que con ellas adquirieran un excesivo predominio las ideas extranjeras (con las cuales, dicho sea de pasada, no están bien avenidos nuestros respetables canonistas españoles, ni aun algunos fuera de España); de allí la sangre de Capeto, que derivada de Felipe el Hermoso de Francia y perpetuada por líneas femenina y masculina en D.ª Juana hija de Luís Hutin y su marido Felipe de Evreux, persevera en el trono y se transmite por hembras, después de muerto Carlos III el Noble, hasta la

última reina propietaria D.ª Catalina, en quien se extingue el reino privativo de Navarra. De allí últimamente las letras, las ciencias, las artes, que por espacio de varias centurias mantienen en la corte la civilidad y la cultura, en el episcopado y en los monasterios, la doctrina; en la vida exterior de las ciudades, de las villas, y aun de muchos lugares, como daremos á conocer en su lugar oportuno, el hermoso espectáculo de un reino notable por la galana arquitectura de sus palacios, castillos y templos.

Claro es que las ventajas é inconvenientes de una asimilación tan forzosa, contra la cual nada pudo influir una interrupción de relaciones políticas y oficiales de sólo 18 años (1), habían de parecer compensados unas veces, y otras no. El desequilibrio había necesariamente de preocupar los ánimos cada vez que Navarra padecía turbulencias y calamidades, ó pérdidas de su sangre generosa, de que eran causantes los franceses. Cuando, por ejemplo, la encarnizada y cruentísima guerra civil de Pamplona, sostenida por las dos parcialidades contrarias del señor de Cascante y de D. García de Almoravid, hizo ver hasta qué punto podía llegar la ferocidad de los odios de raza en un estado mal regido desde tierra extraña; cuando D. Carlos el Malo, criado en Francia, prodigaba allí las vidas de sus súbditos en la recuperación de sus estados de Normandía, y á vueltas de ruidosos triunfos contra su suegro y su cuñado el Delfín, y de estrepitosas aclamaciones de la plebe tornadiza de París, hacía escarnecer el nombre navarro en ese mismo París, y en esa misma Normandía, y en la Picardía y en Champagne, que recorrían sus furibundas huestes ocupando y saqueando unas poblaciones y quemando otras; cuando por rencores y ambiciones entre ese mismo rey y Carlos V de Francia, perecía en Cherbourg un florido ejército de navarros é ingleses conducido por el Captal

(1) Desde 1134 en que, muerto D. Alonso el Batallador, se apoderó de la Baja Navarra el duque de Aquitania, hasta 1152 en que, rebelándosele á éste sus habitantes, volvieron al dominio del rey de Pamplona.

de Buch, á manos de los aventureros que mandaba Duguesclin; cuando los dos irreconciliables bandos de Agramonteses y Beamonteses, nacidos en el siglo XIV de celos de privanza, y reavivados en el XV so pretexto de justicia, volvieron á ensangrentar, no ya la capital solamente, sino todo el reino, en la guerra de familia entre el desgraciado príncipe de Viana y su desnaturalizado padre D. Juan II, demostrando qué abismos de iniquidad puede recelar el corazón de una madrastra ambiciosa y prepotente, pero sobre todo haciendo recordar que eran franceses los progenitores de los campeones primeros de aquellos funestos bandos; entonces la unión de nuestra provincia con la Francia se representaría naturalmente á los ojos de los buenos navarros españoles como una verdadera desventura. Los adelantos y el progreso debidos á nuestra hermandad con los naturales de la nación vecina, sólo se tomarían en cuenta en los días de prosperidad y bienandanza, y principalmente cuando los triunfos obtenidos por las armas navarras bajo los esforzados príncipes de sangre francesa que con entusiasmo caballeresco las llevaban á conquistar lejanas tierras, satisfacían el orgullo nacional.

Por lo demás, que el progreso intelectual del reino navarro era en aquellos siglos debido á las escuelas francesas y alemanas, está fuera de toda duda (1). El estudio de las ciencias allí, en el siglo XIII, se limitaba á las Decretales. El fuero de Sobrarbe, ó de Tudela, prohibía que en los pleitos hiciesen de abogados los ricos-hombres señores de caballeros y los clérigos *decretistas*, permitiéndolo únicamente á los caballeros y clérigos que no supiesen decretos, sin duda para evitar el influjo del poder y los artificios de la elocuencia en el foro. De los profesores de otras ciencias no se hace la menor mención: prueba evidente de que no los había, porque de existir hombres versados en otros ramos del saber, igual temor hubieran ellos podido inspirar que

(1) V. á Yanguas, *Diccionario de Antigüedades del reino de Navarra*, art. CIENCIAS.

los *decretistas*. Los estudiantes solían ir á las escuelas de Alemania. En 1362 el rey D. Carlos II, el Malo, manda dar 300 florines á Jaquemin Painon y á Guillemin para hacer el gasto de ir y volver á los estudios de aquella tierra (1). En 1391 había estudios generales de leyes fuera de Navarra, y asistían á ellos los consejeros del rey: el rey D. Carlos III, el Noble, manda que García Jiménez Ceilludo, hermano de su secretario, *vaya brevement á estudio general en la compaynía del consejero Abad de Aybar, por estudiar en la ciencia de las leys*, y que se le dén 100 florines por aquel año y 80 en los cuatro siguientes (2). Los canónigos de Pamplona concurrían también á los estudios de Francia: en 1399 D. Semeno de Aibar, canónigo, *partió de nuestro regno*, decía el rey, para ir á su estudio de París (3). Otro canónigo de Pamplona en 1400 estudiaba en Tolosa de Francia (4). Á mediados del siglo XV (en 1443) se habla ya de una *escuela de gramática* establecida en Sangüesa, con privilegio exclusivo respecto de todos los otros pueblos de aquella merindad, en un documento del rey D. Juan II; y posteriormente fué dicho privilegio confirmado en un sínodo que celebró el obispo de Pamplona D. Nicolás. La villa de Lumbier solicitó igual gracia, y le fué negada por la princesa D.ª Leonor en 1467, mandando que se respetase el privilegio de Sangüesa (5). Los mismos reyes estaban en cuanto á instrucción muy atrasados: no solían usar más libros que los de rezo: el Leccionario, el Dominical, el Responsorio, el Santoral, el Epistolario, el Salterio, el Evangeliario y el Misal (6). D. Carlos príncipe de Viana, formando honroso contraste con su mismo abuelo Carlos el Noble, era

(1) Archivo de Comptos, Caj. 15, n.° 4. citado por Yanguas.

(2) Ibid. Caj. 61, n.° 64. Yanguas, art. CORTE.

(3) Ibid. Caj. 77, n.° 17.

(4) Era D. Martín de Eusa, el cual escribía á un tal Michelet de aquella ciudad una carta que trae Yanguas, obra cit., art. CIENCIAS, refiriéndose al Archivo de Comptos, Caj. 85, n.° 64.

(5) Arch. de Comp., Caj. 160, n.° 22.

(6) Estos eran los únicos libros que usaba Carlos III el Noble. Yanguas, obra cit. ibid., nota pág. 221.

muy dado á las letras, las cultivaba con brillantez, y era poseedor de una selecta biblioteca (1).

En una cosa sobresalió evidentemente el pueblo navarro durante su trato y comercio con los franceses; no porque estos le infundieran una virtud de que él careciese, sino porque durante la dominación de las casas de Champagne y de Capeto tuvo ocasiones de ponerla más de relieve; y aludimos al espíritu expansivo y de conquista de que se mostró siempre animado, ya en las Cruzadas, donde sólo del valle del Baztán cien hidalgos campeones cooperaron con su invencible denuedo á la conquista de la Tierra Santa; ya con D. Felipe el Noble, emulando en la guerra de Algeciras con los caballeros franceses, ingleses y alemanes; ya lanzándose con el valeroso infante Luís de Evreux á los mares de Turquía y Grecia para disputar á D. Pedro de Aragón los ducados de Atenas y Neopatria, arrojando de ellos á los aragoneses y catalanes á quienes tánto encumbra la prosa semi-épica de Moncada; ora concurriendo con Carlos III á la guerra de Portugal; ora llevando los más preclaros blasones de sus valles á las campañas de Italia y de la agitada Flandes; ora dando capitanes de infantería y de caballos, sargentos mayores y maestres de campo á las galeras de la Real Armada del Océano, que desde el siglo XVI zarpan con sus ilustres generales en dirección á las Américas para llenar allí un ciclo de dos lar-

(1) El erudito escritor y archivero del departamento francés de los Bajos Pirineos, M. Paul Raymond, facilitó á nuestro amigo el Sr. Iturralde y Suit, distinguido artista y anticuario navarro, el catálogo de la biblioteca y colección de medallas del célebre Príncipe de Viana. Este documento forma parte de un inventario hecho desde Setiembre de 1461 hasta Enero de 1462, terminado de consiguiente después de muerto D. Carlos: y contiene una extensa lista de joyas y alhajas, armas, tapices y trajes, anotados en un cuaderno de 33 hojas que se conserva en el Archivo histórico de Pau.—El catálogo de los manuscritos es somero, falto de método y con errores en los títulos de algunas obras; pero ofrece interés porque descubre las aficiones literarias del príncipe, siendo de notar que la librería de éste se componía casi exclusivamente de autores latinos y franceses. Contiene dicho catálogo 103 libros (salvo error de cuenta) de Sagrada Escritura, filosofía y moral, historia, poesía, libros de gesta, novelas, etc. Lo publicó M. Raymond en Francia, precedido de un interesante preámbulo, y el Sr. Iturralde en el tomo 6.º de la *Revista Euskara* de Pamplona, págs. 303 y siguientes.

gas centurias de hechos maravillosos, de actos de constancia inverosímiles, de descubrimientos semifabulosos, de empresas inconcebibles. Ya verás, amigo lector, cuando te ponga de manifiesto los blasones del Baztán, las hazañas que una dinastía de héroes de aquel paradisíaco valle, tan pródigo de su sangre en la recuperación del Santo Sepulcro, llevó á cabo también en las hasta entonces inexploradas regiones de Guatemala y del Yucatán.

III

Convidaban en Navarra la naturaleza del país montuoso y los rigores de la estación hiemal á un ejercicio predilecto de los reyes y de los nobles, con que templaban su corazón y endurecían sus cuerpos para avezarlos mejor á los trabajos de la guerra: aludo á la caza, solaz singularmente favorecido por la abundancia de bosques é impenetrables selvas que en lo antiguo cubrían aquel suelo, ocupando no sólo la montaña, sino hasta las dilatadas llanuras que riegan el Aragón y el Ebro. La nobleza veía en la caza de montería un serio é interesante recuerdo de los lances bélicos, y este peligroso deporte, tan propio de pechos varoniles, estuvo en determinadas épocas y comarcas prohibido al pueblo, acaso para impedir talas y daños en los montes.—El mismo recuerdo de las tristes aventuras que más de una vez trocaron la animación y las alegrías de la batida en lágrimas y luto, era—tal fué siempre la condición humana—acicate para que la corte y la nobleza navarra se entregasen con más entusiasmo á tal ejercicio. D. Sancho el Restaurador había muerto cazando en las cercanías de Estella; igual muerte tuvo el infante D. Fernando, hijo de Sancho el Fuerte, desgracia que, según Sandoval, contribuyó no poco á la invencible hipocondría que amargó los últimos días del héroe de las Navas. Y estos funestos ejemplos, lejos de retraer de tan peligrosa diversión á

los otros reyes sus sucesores, les servían como de aliciente para arrostrar sus azarosas contingencias. Así, bajo la protección de los príncipes y de los magnates, vino el tiempo en que los métodos de caza se perfeccionaron de tal manera, que la montería llegó á conquistar el nombre y la consideración de verdadero arte (1).—El Fuero general de Navarra contiene importantes ordenanzas encaminadas á regularizar el ejercicio de la montería y cetrería para evitar las disensiones tan frecuentes entre los cazadores y conservar la caza y los montes.

Los métodos que para ésta se usaban en Navarra eran análogos á los que se empleaban en Francia. Si examinas, lector curioso, las miniaturas del *Libro del Rey Modus* y del otro libro de Gastón Febo titulado *Les deduictz de chasse,* podrás formarte cabal idea de la importancia que tienen para los estudios cinegéticos en Navarra esos numerosos recuerdos de la antigua montería y cetrería esculpidos por los monjes mazoneros é imagineros de la época románica, ó por los entalladores libres de la subsiguiente época ojival, en los capiteles, ménsulas, tímpanos y archivoltas de las construcciones religiosas de este país tan abundante en monumentos arquitectónicos y esculturales. Porque es de advertir que, á imitación de los reyes y de los nobles, también los monjes solían entregarse al recreo de la caza, con lo cual, además de lograr el descanso necesario en sus meritorias obras de caridad, estudio y devoción, y en las ímprobas tareas del *Scriptorium*, contribuían á hacer accesibles las

(1) Seguimos en esta digresión sobre la caza en Navarra á nuestro erudito y querido amigo D. Juan Iturralde y Suit, que con mano maestra ha tratado la materia en cuatro interesantes artículos publicados en el tomo 6.° de la *Revista Euskara.* «Aparecen en Francia á fines del siglo XIII (dice el Sr. Iturralde) un poema didáctico, de autor anónimo, acerca de ese ejercicio, poema al cual siguen otras obras sobre el mismo asunto, mereciendo especial mención el *Libro del Rey Modus;* el que el sabio rey de Castilla Alfonso XI redactó, ó hizo redactar, para su uso particular hacia el año 1340, y el de Gastón Phœbus III, conde de Foix, cuyo manuscrito, que data del 1387, presenta excepcional interés para la historia de las costumbres y de la indumentaria en el siglo XIV, á causa de las preciosas miniaturas que le enriquecen».

hasta entonces espantables soledades del solar navarro, que luégo roturaron fundando en ellas los monasterios de Leyre, Roncesvalles, Iranzu, La Oliva, Hirache y otros, famosos en la historia de nuestros institutos religiosos como focos de santidad y de civilización.

No he de entretenerte ahora explicándote las tablas en que se representan las memorables cacerías de Carlos el Malo, aquel rey que viajaba acompañado de sus leones, de Carlos el Noble, de D. Juan II y de su mujer la reina D.ª Juana Enríquez, todos los cuales están figurados en nuestro retablo, en la serie destinada á los reyes, persiguiendo los puercos monteses y las fieras alimañas en los sotos de Cortes, de Mora, de Castejón y de Berbinzana. Ya ves sus trajes, sus arreos, sus *engeynos*, sus armas; las flechas, lanzas, chuzos, hachas y ballestas que usan; los perros que llevan, con los cuales van también onzas, leopardos y leones domesticados, que utilizan para la caza de pelo, como los halcones para la volatería. Mira ahí ese montero, que precedido de canes, recorre á caballo el campo, llevando en la grupa su leopardo. Cuando los perros hacen saltar la caza, suelta el leopardo, el cual, perfectamente amaestrado, se lanza sobre la presa, y entonces, apeándose los cazadores, arrojan á su terrible auxiliar un trozo de carne fresca, que éste devora, abandonando la res que sujetó y volviendo á colocarse en la grupa del caballo. De esta manera verás que cazan nuestros reyes de la casa de Francia, los cuales, siguiendo la costumbre de Luís XI, Carlos VIII y Luís XII, que tenían encerrados sus leopardos para la montería real en los fosos ó subterráneos del castillo de Amboise, tienen también en su palacio real de Olite sus *leones*, nombre que da el vulgo á aquellos otros animales carniceros (1).

---

(1) Había, en efecto, en el magnífico palacio de Olite, del que sólo existen melancólicas ruinas, un lugar llamado la *leonera*, que cree nuestro amigo D. Juan Iturralde sirviese para encerrar los leones ó leopardos destinados á la montería real.

Á medida que las costumbres fueron perdiendo la rusticidad antigua y suavizándose con las artes y el fausto propio de las cortes civilizadas, fué la caza de las fieras perdiendo su favor entre los nobles, los cuales se aficionaron más á la cetrería, que les quedó exclusivamente reservada. Advertirás que en el siglo XVI ya los plebeyos se ejercitaban en la caza mayor: los vecinos de Allo y otros pueblos cercanos á los montes de Baigorri, mataban con frecuencia ciervos, que llevaban á vender á las carnicerías. Así, lo que empezó como distracción y solaz, en manos de los villanos se hizo granjería. Per de Echani y otros hombres de las montañas, vendieron al rey Carlos el Noble 207 martas, á medio florín cada una. En Gurbindo de Leranoz y en otros lugares, villanos, llamados *cazadores*, pechaban al rey cierta contribución por las reses que mataban. Estos cazadores formaban como gremios y tenían sus representantes ó procuradores, que en 1328, reinando Felipe III el Noble, asistieron á las Cortes celebradas en Puente la Reina: allí vemos á un Juan García, diputado del pueblo de Eugui, como *jurado de los cazadores del rey*, y por las siete villas del valle de Esteribar á un D. García Yeneguiz, abad de Usechi, y á un Domingo Tomás, *sayón* de dichos cazadores (1). Los nobles adoran sus azores, sus halcones y gerifaltes; la cetrería parece trastornarles el seso; no se separan de sus aves de rapiña ni aun para ir á la guerra: que en estos casos, cuando empezaba el combate, el caballero entregaba á su escudero el halcón ó el azor y volvía á cogerlo después de acabada la refriega. Llevar en todas ocasiones el halcón consigo, era como llevar patente de nobleza. Aquel señor que ves allá lejos, plantado como un bizarro rey mago sacado de un tríptico de Henri de Bles ó de Jan de Mabuse, vestido de ceremonia para un acto público y solemne, con su traje de brocado, llevando en el puño un halcón, cuya cabeza cubre una rica ca-

(1) Llamábase *sayón* á la persona destinada por los reyes y señores á indagar delitos y exigir los tributos ó *pechas* de los pueblos, cobrando además ciertos derechos de los contribuyentes.

peruza, es un rico-hombre navarro del siglo XIV. Repárale bien: su guante es un precioso objeto de orfebrería; la caperuza que lleva el pájaro, la cual se le pone para impedirle que vea cuando no caza, está toda recamada de oro y aljófar; en las patas lleva cascabeles, donde están grabadas las armas de su dueño. Esos cascabeles, fabricados en Italia, y particularmente en Milán, sirven con su agudo sonido para indicar la dirección que toma el ave cuando por la grande altura á que se remonta, ó por los accidentes del terreno en que se caza, se la pierde de vista. Has de saber que esas aves representan un caudal en las casas de los grandes señores: tráenlas de lejanas tierras: de Suecia, de Turquía, de Islandia, etc., y son consideradas como *nobles* entre los volátiles, á tal punto, que si su dueño cae prisionero en la batalla, las caballerescas leyes de la época le prohiben enajenar su azor ó halcón, ni aun para pagar su rescate, porque lo que debe hacer al perder la libertad es dársela al ave que lleva en su puño. Tiempos hubo en que abundaron los halcones en Navarra, pero á pesar de que las leyes del país castigaban á los que destruían sus nidos disparándoles ballestas, quedaron de tal suerte estragadas todas las raleas de las aves de rapiña, que los reyes se vieron precisados á traer mudas de azores y halcones de Irlanda y de otros países y diseminarlos por las montañas con objeto de que se multiplicasen. El rey Carlos el Noble las trajo principalmente de las Landas de Burdeos, y de Barcelona. Tan nobles eran estimadas estas aves, que nunca se empleaba para una de ellas pieza alguna de vajilla que hubiera servido para otra. Á su educación ó amaestramiento se debe inmensa importancia: oye lo que escribe á este propósito mi buen amigo Iturralde: «el mariscal de Fleuranges dice en sus *Memorias* que el Gran Halconero de Francia, cargo de los más importantes de aquel reino, cobraba como tal una asignación de 4000 florines de oro (80,000 pesetas de nuestra moneda, próximamente): tenía bajo sus órdenes 50 nobles y 50 halconeros, los cuales percibían un salario de 600 á 200 li-

bras; su *tren* consistía en trescientos halcones, y disfrutaba de numerosos privilegios, entre otros, el de poder cazar en todo el reino, el presentarse en las públicas ceremonias con el halcón en el puño, y el de que el rey en las cacerías no soltara su halcón hasta que él hubiera lanzado al aire el suyo.

Los reyes y príncipes navarros, que miraban con especial interés cuánto se relacionaba con la cetrería, sin llegar al boato y al despilfarro que en esta afición demostraron los reyes de Francia, tenían también en su servidumbre uno ó más halconeros, respecto de cuyos salarios y otros pormenores hay curiosos documentos en el archivo de la Cámara de Comptos. El servicio de montería, aun siendo esta venación menos predilecta de los magnates que la cetrería, estuvo siempre en los pasados siglos bien organizada en Navarra; y á pesar de que la incorporación de este reino á Castilla, bajo el reinado de D. Fernando el Católico, le despojó de una parte considerable de la fastuosidad que ostentó bajo los reyes de la casa de Francia, aún había por los años 1518 doce monteros nombrados por el rey, cada uno de ellos con 4,500 maravedís castellanos de salario y con la obligación de mantener un perro sabueso. Había además un Montero mayor con 500 libras de sueldo: cargo que verás desempeñar en 1522 á D. Pedro de Beaumont, barón de Beorlegui. Si es cierto, como asegura un autor francés, que el rey D. Sancho el Sabio de Navarra escribió, por los años 1180, un libro con el título de *Paramientos de la caza* (1), este solo hecho probaría que nues-

(1) Mr. Castillon (d'Aspet), se dice *traductor y anotador* de este libro de *Paramientos de la caza*, que atribuye al rey D. Sancho de Navarra, afirmando en su dedicatoria que el manuscrito original yacía sepultado en los archivos provinciales de Pamplona desde fines del siglo XII. Nuestros amigos los Sres. Iturralde y Gutiérrez de la Vega, ponen en duda la veracidad de este aserto. El primero consigna en la *Revista Éuskara* (en el primero de los artículos citados), que nadie en Pamplona tiene noticia de tal manuscrito, ni la hay en los Archivos históricos de aquella Diputación foral. El segundo, en el tomo III de su interesantísima BIBLIOTECA VENATORIA, obra de selecta crítica y de erudita disquisición, estrechó de tal modo al escritor francés, que casi le obligó á desentenderse del compromiso de manifestar dónde vió el manuscrito del rey D. Sancho. La carta de M. Castillon (d'Aspet) al Sr. Gutiérrez de la Vega, fechada en París á 31 de Julio de 1879, no

tros monarcas del Pirineo se adelantaron á todos los otros príncipes de Europa en el conocimiento de las leyes naturales de este noble ejercicio, porque el *Libro de la caza* del príncipe Don Juan Manuel no es anterior al siglo XIV, aunque se le suponga con fundamento redactado antes del año 1325; el *Libro de la caza de las aves*, del Canciller Pero López de Ayala, no fué escrito hasta el 1338; y el *Libro de la montería,* mandado escribir por D. Alfonso XI de Castilla, es obra compaginada entre los años 1342 y 1350 (1). Probable es que la sana crítica defraude á Navarra de ésta que sería una de sus más legítimas glorias; pero no le despojará de la de haber sus Cortes legislado en tan importante materia con la sabia previsión de conciliar el deporte de su aristocracia con las buenas doctrinas económicas. El preámbulo de las cortes celebradas en Estella en 1556, consigna en términos dignos de todo elogio, que si bien para los nobles era la venación un varonil entretenimiento, á que se entregaban en los tiempos en que estaban *desocupados y libres de auctos de guerra para tener en que exercitar y pasar tiempo*, la conservación de la caza era para el país en general un elemento de riqueza que interesaba á todas las clases. Consecuentes con este buen principio, las cortes de Pamplona en 1662 pidieron se anulasen ciertas disposiciones que le infringían, y que había dictado el virrey á instancias de la Diputación contraviniendo á los Fueros y Leyes de Navarra; y obtuvieron completo desagravio, decretándose que lo hecho no sirviera de precedente, y añadiéndose que se confiaba en que las Cortes redactarían la ley de caza y pesca *en la forma más grata á todos los naturales del reino*. De este modo, é inspirándose en tal propósito, se consiguió que, á diferencia de lo que ha acontecido con muchas leyes

---

contiene más que evasivas: lo que sentimos muy de veras, porque hubiera sido altamente importante poder afirmar aquí que el rey D. Sancho el Sabio de Navarra había sido el primer príncipe autor de una obra de arte venatoria en la Edad media.

(1) Lo ha demostrado con irrebatibles argumentos nuestro discreto amigo el Sr. Gutiérrez de la Vega, en el volumen I de su BIBLIOTECA VENATORIA.

generales publicadas en tiempos recientes, sin estudiar las especiales condiciones y costumbres de las diversas comarcas de España, las ordenanzas de caza en Navarra respondieran á la índole y á los usos y necesidades del país (1).

«Atendiendo á la conveniencia general, dice el Sr. Iturralde, se mandó que en tiempo de veda no pudiera concederse licencia alguna de caza ó pesca, y como algunas veces las dieran el patrimonial y el fiscal, se les prohibió lo hiciesen, proveyendo en recurso de agravio en las cortes de Pamplona de 1550: acuerdo que se confirmó en las de Estella en 1556. Las providencias de caza obligaban como á todos los demás á los militares y extranjeros (2). Pidióse en las cortes de Sangüesa de 1561, que conforme á lo solicitado en las que se habían celebrado en Tudela anteriormente, se mandara que los guardas de caza y pesca, saca de pan, carnes y otras cosas vedadas, no fuesen de la gente de guerra, pues habían de residir en sus aposentos, y que los tales guardas fuesen naturales del reino. Acordóse así entonces, disponiendo que *si hubiese soldado extranjero* que sea guarda de caza y pesca, se advierta y se quitará» (3). Las cortes navarras, con aquel tesón y admirable valor cívico que en todas ocasiones demostraron, y ante los cuales se estrelló siempre la absorbente política de los césares castellanos, opusiéronse mientras existieron á cuánto pudiera ser ó aparecer como un ataque á su independencia y soberanas atribuciones, y así acordaron dar por nulas las vedas hechas por los virreyes en los montes comunes (4).

---

(1) No pudiendo extendernos en más consideraciones sobre esta materia, remitimos al lector que apetezca un detallado conocimiento de las leyes de Navarra concernientes á la caza, al último de los cuatro mencionados artículos del Sr. Iturralde, en el cual se analizan con escrupulosidad y excelente crítica.

(2) Comprendíase bajo la denominación de *extranjeros* á todos los que no fueran navarros, aun cuando fuesen españoles.

(3) Provisión, 421.

(4) Ley, 26.

IV

Observa, lector, esa Navarra poblada de magníficos palacios, de hermosas iglesias románicas y ojivales, y erizada de castillos. Como pregonan los alcázares el fausto y riqueza de los reyes, príncipes y ricos hombres, nos hablan los templos de la religiosidad de todas las clases sociales, y nos anuncian las fortalezas, y aun las mismas construcciones religiosas defendidas con torres, almenas y matacanes, el estado de mutua desconfianza y de lucha perpetua en que vive aquella singular sociedad. No te sorprenda si te enumero en los siglos del XIII al XV en el reducido dominio navarro, ciento diez castillos cuyos alcaides ó castellanos paga el erario: en uno de los compartimentos del gran retablo que restauro para tu instrucción y solaz, acaso llegarás á ver las curiosas ceremonias con que los alcaides toman posesión de su oficio y hacen entrega del castillo puesto bajo su custodia, así como las establecidas para los señores que se hacen vasallos de los reyes. Quizá llegaré á presentarte dos cuadros dignos del delicado pincel de Memling ó de Jan Van Eyck: será el uno el de Arnalt Arremont, señor de Agramont, hijo del noble Mosén Arnalt Arremont, señor que fué del castillo de Agramont, haciendo homenaje al rey D. Carlos II en 1385 por dicho castillo y por el de Vidaxen ó Vidayxon, y prestando juramento de servirle contra todos los hombres del mundo; para cuyo acto se despojó del capirote que tenía sobre la túnica ú hopalanda, lo echó á un lado, y puesto de rodillas ante el rey, con las manos sobre la cruz y los Santos Evangelios, pronunció su solemne promesa; después de lo cual el rey de Navarra, en señal de señorío, tomó al dicho D. Arnalt por las dos manos poniéndolas entre las suyas, y con esto le recibió por su hombre *lige* pronunciando á su vez la fórmula de aceptación del pleito homenaje, terminando el acto con besar el caballero la mano al

rey y por mandato de éste ponerse en pié.—El otro cuadro será tal vez el de la entrega del castillo de Maya á Sancho Martínez de Echevelza por comisión del infante D. Luís en 1360. Verás al portero del castillo, Martín García de Veráiz, llegarse á la puerta mayor del mismo *feriéndola por tres veces con el anillo de fierro* (ó sea el llamador), y oirás al escudero Sancho Sánchez de Lizarazu, alcaide de la fortaleza, gritar desde dentro preguntando ¿quién llama?; á lo que el portero contestará dando su nombre, y diciendo que el señor infante D. Luís le manda para que *le rinda el castillo y las armas;* á cuya intimación obedece el alcaide, pero exigiendo que se le muestre el mandamiento de su señor.

El estudio de los castillos de Navarra nos conduce insensiblemente al de sus palacios, pero no podemos detenernos demasiado en ellos en esta somera ojeada preliminar. Sin embargo, para que acabes de convencerte del concepto que informa estos precedentes, reducido á que todo era de importación francesa en esa provincia en los tiempos que me pintan como los mejores los que aún deploran su incorporación á la corona de Castilla, voy á mostrarte una pequeña parte de lo que los vestigios y los documentos nos revelan acerca de la vida de los reyes en la época relativamente pacífica de Carlos el Noble, antes de las encarnizadas luchas de los bandos agramontés y beamontés que inundaron de sangre el país. Los vestigios de aquella grandeza subsisten principalmente en Olite y en Tafalla, donde aún pregonan fuertes muros, esbeltas torres y elegantes arquerías treboladas, las magnificencias artísticas de los palacios de Navarra. El de Tafalla, del que ya no existe nada apenas de lo que quedaba en pié en la época de nuestro primer viaje de exploración artística por la provincia, en 1865, debió de ser tan suntuoso como el de Olite, del cual quedan soberbios restos. Sobre ambos te diré oportunamente lo que pueda rastrear del cotejo de los vestigios con las descripciones que de ellos se han hecho: por ahora voy á limitarme á breves indicaciones en cuanto al per-

sonal de la jerarquía palatina y respecto de las artes que concurren al esplendor de la vida de corte.

Comencemos por los oficios de palacio. El rey D. Carlos el Malo tenía en su casa por los años 1362 los empleados siguientes: *botellero; maestro de escudería*, como si dijéramos escudero mayor, jefe de los pajes ó criados que llevaban el escudo del rey; *chambarlen*, dignidad que correspondía á la de camarlengo de la casa de Aragón y á la de camarero de la de Castilla; *clérigo de cámara; maestre hostal*, ó mayordomo de palacio; *capellanes; maestro de cocina; forrero*, ó forrajero, que era el encargado de hacer el forraje para los caballos; *escudero de la forrería; chanzón del hostal*, por otro nombre *eschanzón*, es decir, copero; *cambradinero* ó tesorero; escudero *trinchant*, especie de gentil-hombre de cámara que trinchaba y hacía el plato para el rey; *confesor; pajes; palafrenero mayor* y *guarda de los caballos mayores*, y por último *palafreneros* ordinarios.—Esta servidumbre tenía el rey en su palacio de Pamplona, que es el edificio destinado actualmente á la Capitanía general. Los de Olite y Tafalla sustituyeron á aquel bajo el reinado de Carlos III, el cual se propuso llevar á ellos la corte, uniéndolos ambos por medio de una galería de dos cuerpos de más de una legua de extensión, para hacer la mansión regia más suntuosa de Europa. Ya bajo este rey, que unía el fasto con la devoción y la piedad, pues al par que concebía tan arrogantes pensamientos, lavaba los piés á trece pobres el día de jueves santo, presentándose en público rodeado de sus capellanes durante esta solemnidad con su delantal ceñido (1), debía aumentar considerablemente el personal de la servidumbre palaciega, porque en los documentos de su tiempo suenan cargos de que no se hace mención bajo el reinado de su padre; y por último el nieto de D. Carlos el Noble, el infortunado Príncipe de Viana, que sólo recibía del

(1) Un curioso documento del Archivo de Comptos del año 1387, Caj. 54, n.° 34, dice: «Se compraron 8 delantales para nos et nuestros capeillanes, para lavar los piés á trece pobres el jueves de la cena».

real erario para sus gastos en 1436 catorce mil libras anuales, tenía en su casa *maestre hostal*, *secretario refrendario*, *donceles*, *ayo*, *amo*, *escuderos*, *escuderos de honor*, *escudero de escudería*, *escuderos de fruteria*, *panadería y cocina*, *escudero trinchant*, *clérigos y chantres de capilla*, *clérigos de fruteria*, *botellería y guarda-ropa*, *limosnero*, *maestrescuela*, *confesor*, *chambarlen* ó *camarlengo*, *cambrero de la cambra de las armas*, *caballerizos*, *trinchantes*, *médico*, *cirujano*, *ujieres de sala*, *porteros*, *heraldos*, *fiorrero*, *ballesteros*, *halconero*, *contador*, *despensero*, *maestro de esgrima*, *archeros*, *echanzón* ó *copero*, y *sonador de arpa* ó *juglar*. — No te sorprenda ver en la casa del príncipe servidores que llevan el nombre de *ayo* y *amo*: según el estilo antiguo, se llamaba *amo* al que educaba á una persona real, ó bajo cuya guarda estaba ésta; y se daba al educado el nombre de *creato*, porque se criaba bajo su custodia en la menor edad. Este cargo de *amo*, nunca visto en Navarra hasta el reinado de Teobaldo II de la casa de Champagne, equivalía al de *maire du palais* en Francia, institución que arrancaba del tiempo de Dagoberto y que allí resultó muy costosa á la realeza. Confunden algunos el título de *maire du palais* ó *mayre de Palacio* como escribía el P. Moret, con el de conde de Palacio, y así ofuscan el concepto de lo que propiamente era el *mayre*: el cual, á diferencia del conde, que no tenía jurisdicción más que en los domésticos del rey, la ejercía sobre todos los oficiales del reino, además de la superintendencia y dirección de los negocios de estado en la milicia, en la administración de justicia y en la Hacienda, con autoridad igual á la del mismo rey durante la menor edad de éste. — Otro oficio incluye la precedente lista de servidores del príncipe cuyas atribuciones no veo claramente indicadas, y es el de *clérigo de fruteria*, *botellería y guarda-ropa*. ¿Es posible que hombres dedicados al sublime ministerio eclesiástico se encarguen de oficios tan subalternos y mecánicos? Pues lo es, y realmente se confiaban á eclesiásticos en el tiempo á que nos referimos esos cargos de cuidar del pan, de la fruta, del vino, de la cocina y de

6

la ropa de uso del rey, y te lo atestigua el concienzudo Yanguas en su *Diccionario de Antigüedades*. También había entonces clérigos copistas (1).

Tomáronse de Francia la mayor parte de estos empleos, y bien lo indican sus denominaciones. *Echanzón*, clérigo de *guardamanger*, *eraute*, *menestrer de la arpa*, *juglar de biella*, son nombres franceses que continuamente ocurren en los documentos de los siglos XIII al XVI; y el lenguaje común, aparte del oficial, abundaba en importaciones del mismo linaje: así, por ejemplo, se llamaba á la cámara *cambra*, á las cuentas *comptos*, al caballo de batalla *corser* ó *corsier;* al hombre que se obligaba á servir al rey en la guerra, *hombre lige; relevea* á la salida de la mujer á misa de parida *(relevailles);* la apelación al rey llevaba el nombre de *resort*, la queja ó querella se decía *rencure*, y *rencurant* al querellante; los géneros comestibles eran *empleitas (emplettes); embelupar* era envolver *(envelopper);* el *lienzuelo* era la sábana *(linceuil);* las *cubiertas de traveseros* eran las fundas de almohada *(traversin);* el sastre el *tayllandero (tailleur)*, nombre que acaso confundirían los franceses con el del herrero *(taillandier);* y la espada de ceremonia ó de ordenanza era la *espada de parament*.

No fué solo el oficio de *Amo del príncipe* el que se trajo de la vecina Francia: de allí vinieron también otros cargos honoríficos de la Real Casa, y no debo pasar en silencio los muy importantes de *Condestable* y *Mariscal*. El de condestable, que allá se decía en lo antiguo *Comte d'estable* y después *Connestable* (tomado del *comes stabuli* latino, que tuvo su uso en la decadencia del imperio romano), venía á ser lo que llamamos hoy *Caballerizo mayor*. No tuvo en sus principios más atribución que la de cuidar de la caballeriza del rey, mas con el tiempo se extendió su autoridad á toda la caballería de Francia; y como

(1) De una cuenta del Archivo de Comptos del año 1385, resulta abonada cierta cantidad á Martín de Los Arcos *para dar á los clérigos que copiaron los tratos de la Paz dentre Nos et el Rey de Castilla*. Caj. 49, n.° 57.

ésta sólo se formaba con la nobleza y los jefes de la caballería mandaban á los de la infantería, resultó que la autoridad del condestable se hizo extensiva á toda la milicia del reino. En Navarra, de la misma manera, el condestable venía á ser como un generalísimo de todo el ejército. El *mariscal* (nombre compuesto del galo *mark*, que significa caballo, y de *schal* que tanto vale como maestro), era como un intendente de la misma caballeriza del rey, subordinado al condestable ó caballerizo mayor: era como un caballerizo segundo. Su dignidad fué creciendo al compás de la del condestable, y quedó en el grado de capitán general. Antes del reinado de Francisco I, nunca hubo en Francia más de dos mariscales: este monarca puso dos más para emplearlos en las grandes y continuas guerras en que estuvo empeñado, y luégo fué aumentando su número exageradamente hasta el de 20 en tiempo de Luís XIV, cifra á que llegaron bajo Napoleón I los mariscales del imperio. En Navarra no hubo nunca más que un mariscal, llamado *mareschal* ó *marichal* en los antiguos documentos.

Más aún que los oficios de la corte y del Estado, te hablan en Navarra de usos y costumbres franceses la vida interior de los palacios, la decoración y mobiliario de éstos, la indumentaria, los joyeles, la vajilla, los aparadores, y luégo los saraos, que aquellos cortesanos llaman *salas*, las aparatosas solemnidades de la vida exterior, las coronaciones, las procesiones, las fiestas públicas de todo género. Ocasiones frecuentes tendremos de examinar de cerca en nuestro retablo muchas de estas cosas; pero otras no hemos de volver á mentarlas, y bien será que les echemos una ojeada ahora.—La fiesta llamada del *rey de la faba* (*roi de la fève*), vino á Navarra con los Feobaldos: su origen es antiquísimo, tanto que los escritores franceses, apoyándose en un texto del *Eclesiastes*, la hacen remontarse á los hebreos. Vémosla luego entre los griegos, los cuales así se servían de las habas para esta suerte burlesca, como cuando se trataba del solemne acto de sortear sus magistrados. Los ro-

manos empleaban los dados. En las fiestas Saturnales echaban las habas los muchachos para elegir su rey. Apenas había pueblo cristiano, hace un par de siglos, donde no fuese costumbre echar suertes durante la cena, en la víspera de la Epifanía, sobre quién de los comensales había de ser el rey; pero desde entonces viene prevaleciendo la costumbre de esconder el haba en una torta ó pastel que se reparte entre los asistentes. Esta fiesta se hacía en el palacio de los reyes de Navarra el mismo día de la Adoración de los Santos Reyes, y en ella desempeñaba el primer papel un muchacho vestido de rey. Con tal ocasión había allí sarao, ó lo que llamaban *sala,* en que el *chico rey,* como le denominan los documentos de aquellos tiempos, se presentaba con el traje de gala que le costeaba el monarca. Se comprende que para que esto se verificase, ya el muchacho había de tener dispuesto su traje, y de consiguiente no podía en aquel mismo acto haberse hecho el sorteo. Yanguas sale de la dificultad suponiendo que el rey de la Faba no lo era por sorteo, sino por elección del rey: en tal caso deberemos creer que el sorteo de la haba, que es la parte más picante de la fiesta, se sacrificaba al mayor lucimiento del sarao. ¿Quieres un pormenor curioso referente á los trajes que á estos reyes de burlas daba el rey D. Carlos el Malo? Te lo suministra el archivo de *Comptos* (1) (de nombre por cierto tan francés como su institución). En 1383 se dieron á Henriet el taillandero ó sastre del rey, por hechuras del traje del *chico rey de la faba,* 40 sueldos: por una camisa, 8 sueldos: por un par de zapatos, 4 sueldos y 6 dineros: por unos guantes, 2 sueldos y 6 dineros: por una cintura y una bolsa y un *gavin-*

---

(1) Lo señala Yanguas, ob. cit., art. *Rey de la Faba:* caj. 47, n.º 20; pero no fué muy fiel en su copia. Nosotros lo tomamos más completo del *Extracto de los índices* de aquel Archivo, que formó para uso de la Real Academia de la Historia su celoso director el Sr. D. José de Vargas Ponce, y que ésta conserva manuscrito en su biblioteca.

ter (1), 10 sueldos: por una cinteta de hilo de oro para el manto de dicho rey, 12 sueldos; por la forradura de toda la ropa, 100 sueldos.» Verdaderamente este traje no parece que fuese muy complicado, y acaso podría estar prevenido de antemano para plantárselo la noche de la fiesta al que resultase favorecido por la suerte, viniésele bien ó mal. Si le sentaba mal, por demasiado ancho ó demasiado estrecho, tenía en cambio la compensación de las seis cargas de trigo que agregaba el rey al traje (2).

V

Los graves historiadores del tiempo pasado, aspirando al clásico estilo de Tácito y Tito Livio, desdeñaron descender á pormenores y menudencias relativamente á las épocas de que escribieron. Abandonaron ellos como pequeñeces insignificantes lo que nos suministra hoy á nosotros el *color local* para los cuadros de la vida privada y pública que tratamos de reconstituir, y gracias á aquel injustificado menosprecio, podemos ahora con alguna novedad sacar del olvido cosas que no debieron nunca ser ignoradas. No siempre se puede disponer de documentos auténticos para esta tarea complementaria de las antiguas historias, tan escasas de interés en lo concerniente á la realidad humana, y entonces lo mejor es mantenerse en una sobriedad veraz sin arrojarse á temerarias conjeturas; pero cuando los documentos existen, cuando hay elementos y datos que nuestros predecesores no utilizaron, entonces la obra del historiógrafo moderno es del todo grata y fecunda. En esta ventajosa posición nos coloca la exis-

(1) Acaso sea error del copiante y diga el original *ganivet*, que significa *cuchillo* (?)

(2) Arch. de Comp.: Caj. 54, n.° 4, documento citado por Yanguas. Nosotros podemos señalar otro documento, caj. 41, n.° 3, por el cual manda el rey, en 1380, que se dén á su limosnero cuatro cahices de trigo para que éste los *delibre* ó entregue (*délivrer*, voz francesa) á un *pequeño rey* del día de la Epifanía.

tencia de un abundantísimo tesoro de noticias, de que aún no se ha sacado apenas partido para trazar el cuadro de las costumbres de la aristocracia navarra en el más interesante período de la Edad-media, que es el que vengo ligeramente bosquejando. Y constituyen este tesoro las cuentas de gastos de aquella Casa Real desde el año en que entró á reinar D. Teobaldo I hasta fines del siglo xv. Parecerá á algunos á primera vista que de semejantes documentos poco puede prometerse el historiador; y sin embargo, de ellos se saca gran caudal de hechos que los libros impresos no contienen. Esas cuentas, reunidas en el famoso archivo de la Cámara de Comptos, que he empezado ya á utilizar en las páginas precedentes, nos dan cabal idea del estado de las artes industriales en aquel tiempo, de lo que tomaba Navarra de las naciones extrañas para los usos de la corte, de las modas de los príncipes y cortesanos, de las ceremonias y solemnidades con que se celebraban todos los sucesos, ya políticos, ya familiares, por algún concepto memorables: por ellas sabemos los nombres de muchos artistas, extranjeros y regnícolas, que florecieron durante diez y siete reinados: de los pintores, imagineros, mazoneros y arquitectos, plateros, tapiceros, rejeros, etc., que emplearon Carlos el Malo y Carlos el Noble en sus palacios de Pamplona, de Olite y de Tafalla. Y advierte que esas cuentas, además de revelarnos usos que no conocíamos y objetos que no sospechábamos hubiesen existido, nos sirven para rectificar relaciones falsas y caprichosas, especies puramente gratuitas, acreditadas por la mala costumbre de aceptar aseveraciones magistrales sin exigir del que las enuncia, demostraciones y comprobantes. Verás, por ejemplo, cómo de ellas resulta enteramente falseada la historia corriente del trágico fin que tuvo un rey de dudoso concepto entre nuestros historiadores, y cuyas acciones esperan aún de la posteridad un juicio desapasionado y sereno. Ellas por otro lado nos hacen entrever todo lo interesante de una época en que, al propio tiempo que los príncipes derrochan sus riquezas derramando el oro en dádivas

á los *menestrales del rey de Castilla*, á sus *bufones* y *graciosos*, *caballeros salvajes*, *clérigos de cocina*, *menestreres de harpa*, *juglares de biella, de guitarra y de lahut* (1), *bailarines de cuerda y matadores de toros* (2), se apoderan de la plata de los templos para hacer frente á insaciables necesidades y empeñan sus alhajas para hacer magníficos presentes; en que después de una asoladora é inhumana guerra que no respeta edad ni sexo, ó de un horripilante acto de crueldad como el de hacer colgar de los matacanes del puente de Miluce, con la lengua pendiente sobre el pecho, á los caballeros de Pamplona comisionados para pedir reparación de un despótico contrafuero, se celebran con fiestas y saraos, ruinosos por el lujo que en ellos se ostenta, ora las bodas de una infanta, criatura semi-real y semi-legendaria, ora el hospedaje de un rey de Armenia que viene de sus Estados de Oriente como héroe de un cuento de encantamiento. La imaginación menos férvida, con esas cuentas á la vista, aunque tan descarnadas al parecer, rompe de grado el amarillento y carcomido papel, y como en espejo mágico descubre al través los infinitos y variados cuadros del tiempo pasado: y ve cómo se verifica en campo neutral, con ritualidad caballeresca y en presencia de testigos de alta estirpe, cuya fisonomía no se discierne bien del todo (3), un desafío de

---

(1) No necesitamos advertir la denominación francesa de tales sujetos: los *menestreres* son *les ménétriers;* los *juglares de biella, les joueurs de vielle;* el *lahut* es el *luth.*

(2) Manda el rey Carlos II el Malo á los oidores de sus comptos que *rebatan á Guillen de Agreda, recevidor de Tudela, 50 libs. que avia dado á dos hombres de Aragon, vn cristiano et el otro moro, que havemos fecho venir de Zaragoza por matar dos toros en nuestra presencia en la nuestra Ciudad de Pamplona.* Es cédula del año 1385 (Caj. 49, n.° 62), y al margen de la copia estampó D. José de Vargas y Ponce esta oportuna nota: «Claro oriente de las fiestas de toros en Navarra».

(3) La escritura en que se halla el cartel de desafío enviado por el alcalde, jurados y concejo de Corella al alcalde y jurados de Alfaro, con fecha de 27 de Marzo de 1319, reinando Felipe el Luengo, expresa que el duelo se verificará *ante el muy alto et poderoso seynor Don Jaime rey de Aragon ó ante el infante su fijo, ó ante el alcalde de Zaragoza ó en otro qualquiere Lugar no sospecto et seguro;* pero la copia ó extracto de esta curiosa escritura del Archivo de Comptos (Caj. 5, n.° 35) concluye diciendo: «No consta del fin de estas discordias por estar muy maltra-

concejo á concejo, en que diez hombres de Corella, á caballo, lidian con otros diez de Alfaro, por cierto quebrantamiento de treguas con muerte alevosa dada á dos vecinos de Corella. Ve luégo otro lance de honor ocurrido en forma legal en 1379, reinando Carlos el Malo, entre el señor de Camar y el señor de Asiain, en que las gentes del rey diputadas para presenciar la *bataila* acuden al campo lujosamente uniformadas con libreas de granza, que manda hacer expresamente para el acto el Alférez de Navarra Carlot de Beaumont (1). Ni faltan dramáticos contrastes: por un lado, pagos de alhajas y objetos preciosos; por otro lado, los pagos hechos al verdugo! Aquí la cuenta de los argenteres ó plateros Daniel de Boute, Domenjon de Mayer, Pascualet de Guarás, Rollet el judío, Achach Acaya, Martín de Ichovi y Juan de Thoro, que doraron un astrolabio construído por el maestro en artes John de Sancto Archangelo, *que gastó una onza de plata en hacer signos de estrellas y otros artificios para dicho instrumento, el cual fué hecho en Pamplona con destino al palacio de Olite, de muy grandes dimensiones* (2); allá la de vestidos de las personas reales, pajes y criados del rey, donde encontramos, como datos de interés para un Diccionario de indumentaria del siglo XIV, una gran hopalanda de paño negro de Londres, abotonada por delante, y otra hopalanda de escarlata bermeja; y paño negro de *longa* (sic); un capirote doble; un manto de cabalgar de paño bermejo y negro; un manto de escarlata, y para los pajes del rey dos hopas dobles de paño bermejo y blanco,

---

tado é incompleto el instrumento».—No sabemos de consiguiente ante quiénes se llevó á cabo el desafío.

(1) Es curioso el documento de nuestros índices que consigna este hecho. Dice así: «... á 24 de Agosto del año 1379. Á Carlot Alferez de su Reyno 58 Libras carlinas negras que le havia mandado para pagar una Pieza de Payno que eill compró en casa de Juan de Zalba para facer Librea á sus compayneros quando entraron en campo el seynor de Camar y el seynor de Asiain. Tiene carta de pago, y en ella dize se le asignó dicha suma para facer Librea á sus Gentes para el dia de la Bataila del seynor de Asiain y del seynor de Camar, y que la Pieza para dicha Librea fue de Granza d' Angers».

(2) Copio apuntes del Archivo de Comptos que bondadosamente me ha suministrado mi amigo el Sr. D. Hermilio Oloriz.

abotonadas; capirotes; tres pares de calzas: la hechura de todo lo cual costó 50 sueldos. Y para el mozo de pié del rey, una hopalanda, calzas y capirote, que importaron 40 sueldos, y un jubón: todo ello valor de 4 libras y 6 sueldos.—Recréase la imaginación queriendo adivinar las obras suministradas por los pintores Pedro de Tudela, Juan de Pamplona, Juan de Laguardia y Guillermo de Estella, que trabajan reinando Carlos el Noble en los palacios de Olite por los años 1402. Para sus tareas se compran en Zaragoza más de 9,000 panes de oro y plata, y hay un batidor de oro que está allí ocupado hace tres meses. No se entrevé nada más. Del pintor Pedro Periz de Arrieta, de Miguel de Leyun, del maestre Enrich ó Amrich, y del *imaginero* ó escultor John Lome, descubro, por el contrario, obras determinadas en que se emplearon. El primero, que era vecino de la Navarrería en Pamplona, pintó para el infante Don Luís, hermano de Carlos II, por 12 escudos de oro viejos, un frontal de tablas que aquél hizo colocar en el altar de su capilla en 1357. El segundo, Miguel de Leyun, pintó, *de oro y finas colores* para la tienda y *cambra* cuadrada del rey (Carlos III), en 1406, *pomeras* de madera con las armas reales, en considerable número (1), por donde se ve que este artista se ejercitaba en obras de decoración. Del tercero, esto es del maestro Enrich, descubro pendones pintados para tres trompetas del mismo rey (2), y *obras de su oficio que ha fecho en la Iglesia de los freires menores de Ollit para los obsequios del rey de Castilla* (3).—Lo que saco de la cuenta del imaginero Juan Lome ofrece aún mayor interés: este escultor contrata con el rey Carlos III el Noble en 1416, ó antes, la importante obra de los sepulcros de este mismo monarca y de su padre Carlos II el Malo que han de erigirse en la Catedral de Pamplona, y se estipula

(1) Cuenta de Agosto de 1406.
(2) Cuenta de Octubre de 1406.
(3) Cuenta de Febrero de 1407.

que ambos sepulcros se labrarán de alabastro, y que esta piedra se sacará de las canteras de Sástago, en Aragón. Del sepulcro de Carlos el Malo no tengo noticia; del de Carlos el Noble sé, y sabemos todos, que es magnífico y que merece particular estudio en el coro de la Iglesia Catedral para donde fué labrado; y donde se halla como oscurecido entre los facistoles y atriles de los cantores, cubierto además con una reja donde el rey y su esposa, que tanto tiempo permanecieron separados en vida, se hallan después de muertos aprisionados como temiéndose de ellos un nuevo divorcio. Pero la partida de la cuenta que nos suministra el Archivo de Comptos (1), es tan abundante en noticias á pesar de su brevedad y laconismo, que me dice hasta el número de quintales de alabastro que se llevaron de Sástago para los enterramientos, lo que costaron, quién fué el encargado de la extracción de la piedra, quién el oscuro traginero de Tudela que llevó á Sástago en dos bestias la herramienta para los hombres que habían de arrancar la piedra de la cantera, y cuánto cobró de jornal por los días invertidos en esta ocupación. Es esta partida como el diminuto ventanillo abierto en un muro, por donde se divisa un dilatado horizonte, y no puedo resistir á la tentación de dártela fielmente copiada del cuaderno que me deparó mi buena suerte. Hela aquí: «Año 1416. Tomo 344. Comun expensa.» «Á Ferrando de Mena, vezino de Tudela, »por el loguero deill et de dos bestias que leuaron toda la dicta »ferramenta de Tudela á Sástago, que es del regno de Ara»gon, por VIII dias que gastó en yr é retornar, á XX s. por »dia, contenido en el dicto mandamiento, valen VIII l. La quoal »dicta ferramenta el Rey ha fecho deliurar á John Lome, maes»tro maçonero de fazer ymaginies de labastre, por rancar pie»dra de labastre con otros compayneros en el dicto logar de »Sástago para las obras et ymaginies de las sepulturas del Rey »nuestro Seynor et bien assi del Rey su padre, aqui Dios per-

(1) Debo también este precioso dato á mi amigo el Sr. Oloriz.

»done, que ha fecho é entiende fazer por el dicto John Lome »en la eglesia de Santa María de Pamplona.» «Tráense de Sástago CLXX quintales de piedra de alabastro para la sepultura del Rey. Costaron CXIII lib. II s.» Esta partida, notable por más de un concepto, se casa admirablemente con otra del anterior reinado (año 1351), referente á la construcción de una capilla que mandó labrar en la misma catedral el rey don Carlos el Malo *para servicio del Seynor e ayuda del ánima del Rey D. Phelipe su padre:* y digo que se casan ambas, porque una y otra nos muestran la loable abnegación y exquisita conciencia con que en la Edad media procedían los artistas, los cuales, dicho sea de paso, se contentaban con el modesto nombre de *maestros*, repudiado hoy por los artesanos más chapuceros. Hemos visto, en efecto, á Juan Lome, de cuya patria nada sabemos (1), extraer por sí mismo, acompañado de otros operarios, el alabastro de que iba á labrar los sepulcros de los dos reyes; ahora vemos al maestro Ochoa, *fraire* de la orden de Roncesvalles, que no se contenta con dirigir la obra de la capilla que traza, sino que por sus propias manos la construye, y, como los otros mazoneros que en ella emplea, pule por sí mismo las piedras, y sólo percibe por este trabajo un diario de 2 sueldos, ejecutando además los dorados y la parte de pintura de la decoración. Comenzó su obra el 11 de Agosto de 1351 y la entrega terminada el 4 de Noviembre del mismo año, sin que pase su costo de 616 libras, 13 sueldos y 3 dineros (2).

Por las cuentas de tapicería y mercería nos hallamos también introducidos dentro de los palacios, y contemplamos mejor que en todo lo escrito é impreso acerca de ellos—que por cierto es muy poco—los suntuosos revestimientos de las regias estancias.

---

(1) El apellido de Lome no parece español; tampoco francés. Acaso deba leerse Lomi, patronímico italiano bien conocido en los anales de la pintura.

(2) Arch. de Comp., t. 67. Dato suministrado por el Sr. Oloriz, y de interés para la historia del arte en España, porque ni Ceán ni Llaguno tuvieron noticia del arquitecto Ochoa. Verdad es que tampoco la tuvieron de la mayor parte de los artistas que nombramos en la presente *Introducción*.

Ni el P. Moret, ni el P. Alesón nos habían dicho que Carlos el Noble tenía en su palacio (en el de Olite probablemente) cuatro soberbios paños del tapicero francés Colin Bataille, que representaban, uno la historia *de como Sallamon conquirió Bretagna* (sic); otro *de la historia de los nueve pares;* otro, de capilla, *del advenimiento de Cristo*, y otro, de capilla también, *de la historia de Santa María y de las Tres Marías.* Tampoco nos habían hablado de otros varios tapiceros de alto-lizo, como el maestro Andreo, á quien algunas cuentas nombran tapizador de *autalica (hautelice)*, John de Noyon y Lucian Bertholomeu, pensionados al servicio del mismo rey, de los cuales debe suponerse que no estarían ociosos, sino que le cubrirían las paredes de sus palacios de soberbios paños, tejidos con el primor que alcanzó el arte de la tapicería en los países de donde eran originarios. Hasta las cuentas de mercería, como dejo indicado, son útiles á mi propósito de darte nociones que se obstinaron en callar los graves escritores de las pasadas centurias; de ellas resulta que el judío Simuel-ben-Benist vendió un rico paño de oro que el rey Carlos el Noble hizo poner en Santa María de Olite sobre la sepultura de su hermana D.ª Blanca; y que el tapizador Andreo confeccionaba *mangas á grandes trompas* de hilo de oro y sedas de diversos colores, cuya forma, objeto y destino, son para mí un enigma. ¿Se trata de las voluminosas mangas que llevaban en ciertas ropas? Lo ignoro: no todo se puede explicar.

Á vueltas de no pocas menudencias, siempre interesantes para el estudio de aquellas costumbres, se recogen en las cuentas especies importantes para el conocimiento del estado social y político: que no todas son en ellas fruslerías de mera curiosidad arqueológica. Sé, es verdad, por las de *cerería*, que en los palacios de Pamplona, Sangüesa, Estella, Tudela, Olite y Tafalla, donde tánto abundaban los ricos objetos de orfebrería ó *argentería*, como decían entonces, vajillas de plata y oro, preciosos vasos, tazas y cubetos *(gobelets)* de estos metales, á veces

con esmaltes y piedras preciosas; donde á cada paso se hacían presentes de costosas alhajas, broches *(fermails)*, collares, coronas cuajadas de pedrería, joyeles de ingeniosas divisas—alguna vez quizá rociados con lágrimas furtivas arrancadas por la pasión de los celos ó el anhelo de la venganza, ó por otros sentimientos de más noble raíz, porque no era todo felicidad y alegría en los bulliciosos saraos á que daban ocasión, ya el nacimiento de un infante, ya las bodas de otro, hoy la llegada de un príncipe extranjero, mañana la ratificación de un tratado de paz con Castilla, con Aragón ó con Francia;—sé, repito, que en aquellas regias mansiones no había cristales en las ventanas y que éstos se suplían con telas enceradas, según resulta de la siguiente partida: «*Á Martin de Charray, por 13 libras de cera »enviada á Estella para encerar 40 codos de tela blanca para »las finestras de la Cambra del rey*, etc.» Sé, asimismo, que en 1384 mandó Carlos el Malo dar 50 florines de oro al valenciano García Ximeniz, el cual le había traído una leona para su caro hermano el rey de Aragón (1); sé otras muchas pequeñeces de las que dan color y sabor y tinta local á las historias. Pero también tropiezo, entre las del reinado de Carlos el Calvo (año 1322), con una partida de pagos librados á un *justiciario* ó verdugo por sentencias ejecutadas en homicidas y ladrones. Dice así, bajo el epígrafe: *Expensa por fazer justicia.* «*Azoté por juicio de Don Ponz de Eslaba, Alcalde, á Pedro de Vitoria, porque furtó un Lenzuelo de casa de Juan Peribó. Costó qui tocó el annafil, 4 dineros. Los hombres que fueron conmigo, 3 sueldos.—Item, enforqué por juicio de D. Miguel Perez de Villanueva, Alcalde, á Andreu de Rivaforada, porque degolló á Don Juan Yeneguez Dachuel. Costó de llevar la escalera á la forca, et de aducir, 6 dineros; qui tocó el annafil, 4 dineros; el dogal, 4 dineros; los hombres que fueron conmigo, 5 sueldos* (2).»

(1) Arch. de Comp., Caj. 48, n.° 13.
(2) Arch. de Comp., Caj. 6, n.° 14.

De modo que esta cuenta nos enseña cómo y con qué aparato se hacían las justicias de horca y azotes en tiempo de Carlos el Calvo, y cuál era entonces el gasto del añafil que se tocaba durante la triste solemnidad, de la escalera para subir á la horca, del dogal que se le echaba al reo, de la gente que acompañaba, etc. Otro documento nos enseña que en el año 1341, reinando D. Felipe el Noble y D.ª Juana, se ponían tres horcas permanentes en Navarra de orden del rey, una en cierto paraje llamado *Pui García* en la Bardena, otra en la villa de Cascante, y otra cerca de Ribaforada (1). Y encuentro, por último, ya que no me sea dado prolongar esta reseña de noticias nuevas, de mayor ó menor interés, porque mi enumeración podría ser interminable, datos completamente desconocidos, como se verá en su lugar oportuno, acerca de las guerras, treguas y paces y tratos diplomáticos habidos en estos tres siglos, XIV y XV y principios del XVI, que constituyen la época más importante del reino de Navarra. El aparato con que se hacían los duelos legales, las solemnidades de los desnaturamientos, del pleito-homenaje y entrega de rehenes, las fórmulas de los juramentos prestados por las villas y lugares que aceptan el cambiar de señor si el suyo natural quebranta lo prometido á aquel con quien estaba en guerra; la pompa de las coronaciones, la gala de los torneos, los triunfos militares, las expediciones armadas fuera del reino, á Castilla, á Portugal, á Francia, á los mares de Levante y Grecia, las *grandes compañías* de caballeros aventureros y desalmados, terror de las naciones: todas estas cosas dejaron su huella en los inapreciables documentos á que me refiero, principalmente en los del siglo XIV, época singular en que la hidalguía y la vileza, la generosidad y la codicia, la caballerosidad y la perfidia, la lealtad y la traición, el heroísmo y la cobardía, son como el anverso y reverso de una misma moneda, signo representati-

(1) Caj. 8, n.º 22: citado por Yanguas, *Diccionario de antigüedades*, art. HORCAS.

vo de las ideas del siglo más batallador y novelesco, más anómalo y contradictorio de la Edad-media. El siglo xv, el siglo de Carlos el Noble y de D. Carlos de Viana, que en su primera mitad se distingue por el espíritu de reforma de las instituciones y de las costumbres, por la extirpación de los abusos de la curia, por el arreglo de los gastos de la casa real, la pacificación del reino, la protección á los artistas é industriales y la promoción de las obras públicas, y que á su terminación supera en maldad al de Carlos el Malo, por la desapoderada ambición de un monarca que despoja de la corona á su hijo, legítimo rey, y envuelve en el fuego de una interminable guerra civil sus Estados, dejó también en los documentos del archivo de Comptos numerosos rastros de índole opuesta, estelas apacibles unos, surcos de fuego y sangre otros. Ni podía ser de otro modo: los treinta y ocho años de reinado de Carlos el Malo, en que ocurren dentro de España continuas guerras con Castilla, y fuera de la Península guerras por la restitución de los estados de Champagne y de Brie y del condado de Angulema, y aun por la misma corona que ciñe el rey Juan, y los horrores del asesinato del condestable de Francia, de las talas y saqueos de Normandía, de la traición de Ruán, siniestro modelo del banquete de Lucrecia Borja, del envenenamiento del Delfín y de las alteraciones sangrientas de París, donde la amotinada plebe toma hoy y pisotea mañana el chaperón rojo del rey de Navarra y se entrega después á los brutales desmanes de la *Jacquerie,* que ahogan en sangre Gastón Febo en Meaux con una caballeresca hazaña, y Carlos el Malo orillas del Sena con destrozo de veinte mil sublevados y con la muerte de su caudillo Guillermo Callet; esos treinta y ocho años funestos, que se suman con los ochenta y siete de turbulencias que después del próspero reinado de Carlos III el Noble dejan reducido el Estado de Navarra á inerme y destrozada presa, á disposición del ambicioso D. Fernando V de Aragón; habían de contrastar forzosamente, en cuanto al aspecto económico de la vida, con los

del paternal y sabio gobierno de Carlos III, verdadero oasis de felicidad en medio de un horroroso y revuelto teatro de calamidades. Consagremos una rápida ojeada á ese segundo período de ochenta y siete años de desgracias, y veamos después de desentrañar el espíritu, ó más bien la significación política y filosófica, de la historia de estos tres siglos que ligeramente recorremos.

VI

La figura que principalmente descuella desde la muerte de Carlos III es la del infante D. Juan de Aragón, su yerno, que entra á reinar en Navarra con el nombre de D. Juan II por el derecho de su mujer D.ª Blanca, hija y heredera del rey difunto. Este gallardo príncipe, que descubrió su carácter nada modesto desde antes de subir al trono, en el luto extravagante que tomó, según nos cuenta el verídico Aleson (1), para demostrar su sentimiento por la muerte de la infanta D.ª Catalina, primogénita del rey de Castilla, vistiéndose por tres días de márraga (2) y por tres meses de paño negro, vive encerrado ahora otros tres días para recibir los pésames por la defunción del rey su suegro, y luégo, en cuanto la reina D.ª Blanca le envía de Olite el pendón real con las armas de Navarra por conducto del Alférez mayor, armado y vestido con cota de terciopelo encarnado con las armas del reino bordadas de oro, montando un caballo lujosamente enjaezado que llevan de las riendas señores principales, y acompañado de su hermano el rey D. Alonso de Aragón, sale á dar tres paseos por los reales de Pamplona, donde ningún caballero navarro acudió á verle, haciéndose preceder de un heraldo que va en alta voz gritando: *Navarra, Navarra por el rey*

(1) Anal., t. IV, lib. XXXI, cap. VIII, p. VI.
(2) Jerga tosca de lana.

D. Juan y D.ª Blanca su mujer. Igual solemnidad se verifica en Olite con la reina, como natural señora de Navarra, y con la reserva de que se repita con ambos bajo las formalidades del Fuero, que no se dispensan fácilmente. Á los cuatro años, en efecto (en 1429), regresando D. Juan de los estados que tenía en Castilla, amigo en la apariencia del castellano, pero en su interior resentido con él, se celebra en la catedral de Pamplona con arreglo al Fuero la ceremonia del juramento y la coronación, dilatada por ausencia del rey. Trata éste con su hermano el rey de Aragón de declarar la guerra al de Castilla: la reina y el reino todo desaprueban su propósito; pero el carácter de D. Juan no consiente contradicción: comete el contrafuero de no admitir el consejo de paz de las cortes, niéganle estas los subsidios que necesita para la guerra, y vende sus joyas y las de la reina. Este temerario arrojo sin la menor sombra de justicia, produce el general descontento entre los principales señores y ricos-hombres: D. Godofre de Navarra, conde de Cortes, hermano natural de la reina, se desnaturó y pasó al servicio de Castilla. En la guerra que los dos reyes de Aragón y Navarra mueven contra el castellano, por el cual sale á campaña el famoso condestable D. Álvaro de Luna, ocurren descalabros por ambas partes, con pérdidas mutuas de castillos y villas; páctase una tregua de cinco años, durante la cual el navarro se une con el conde de Foix casando á su hija la infanta Doña Leonor con el primogénito de éste, y pasa á Nápoles para ayudar á su hermano el rey de Aragón en su empresa contra la casa de Anjou, dejando el gobierno de Navarra en manos de D.ª Blanca.—Regresa D. Juan con el título de lugarteniente de los reinos de Aragón y Valencia, que al partir de Italia le ha dado su hermano, y ajusta paces con Castilla estipulando, entre otras condiciones, el casamiento de su hija mayor la infanta D.ª Blanca con D. Enrique, primogénito del rey D. Juan II. Los tratos secretos, sin embargo de las paces públicamente convenidas, eran en aquel tiempo moneda corriente: te lo advierto,

lector, para que no te cause sorpresa: las confederaciones encubiertas eran el poderoso auxiliar á que nunca solía renunciar la belicosa diplomacia de aquella edad, que suponemos tan caballeresca. Era frecuente entonces celebrar convites de pacificación y concordia y mirarse los comensales de reojo temiendo ser envenenados ó inmolados traidoramente. De esta naturaleza sería quizá el banquete dado en Cuéllar por D. Juan II de Castilla á D. Juan II de Navarra, con ocasión de unas vistas de que no resultó otra cosa más que entretenerse ambos monarcas con engañosas promesas, porque ya la liga navarro-aragonesa tenía prevenido un numeroso ejército en que sólo la caballería pasaba de seis mil hombres, y el castellano por su parte tenía ya de repuesto los cuatro mil desolladores *(écorcheurs)* que traía de vuelta de Francia y de su guerra con los ingleses de la Guiena el célebre D. Rodrigo de Villandrando, primer conde de Rivadeo. — No habrá guerra por ahora porque la teme el de Castilla: accede éste á la separación del condestable D. Álvaro de Luna, causa principal del descontento de los castellanos que favorecen al partido de la liga, pero lo hace de mala fe, con el propósito de restituirle la privanza á la primera coyuntura favorable. Ocurre en esto la muerte de la reina de Navarra, Doña Blanca, y el príncipe D. Carlos, al tenor de lo dispuesto en el testamento de su madre, entra en el gobierno del reino titulándose mero lugarteniente del rey (1).—Los negocios en Castilla no han variado de aspecto: el rey pugna por la vuelta del condestable, á quien parece ligado por algún hechizo, y el de Navarra y los señores castellanos, á quienes se ha adherido la misma reina, se disputan el valimiento y la influencia en el gobierno del estado. Aumenta luégo el poder del rey de Navarra por efecto de su segundo casamiento con D.ª Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla D. Fadrique, y desde entonces queda el

(1) Declaraba D.ª Blanca en su testamento que aunque D. Carlos podía, según derecho, titularse rey de Navarra después de su muerte, le rogaba encarecidamente que no tomase ese título *sin la benevolencia y bendición de su padre.*

rey D. Juan II enteramente á merced de los coligados, teniéndole el navarro como preso con centinelas de vista; pero merced á las intrigas del obispo de Ávila, D. Fr. Lope de Barrientos, y del príncipe de Asturias D. Enrique, recobra el condestable su prestigio, rehácese el partido del rey de Castilla, renuévase la guerra, pierde el navarro cuantos estados tenía allende el Ebro, los validos del rey y del príncipe de Asturias, D. Álvaro de Luna y D. Juan Pacheco, se reconcilian por mediación del prudente obispo D. Alonso de Fonseca, y como resultado de esta alianza son reducidos á prisión, con confiscación de sus bienes, muchos grandes del partido del rey de Navarra contra el condestable.

Desde esta época parece trocarse en adversa la buena estrella con que venía reinando en Navarra D. Juan de Aragón. Los castellanos, alardeando nuevos bríos, penetran en sus dominios, toman á Buradón y sitian á Estella, donde el mismo rey de Castilla presencia el asedio. El príncipe de Viana, que por hallarse su padre en Zaragoza defiende la ciudad, ó por no contar con fuerzas suficientes, ó por deseo de la paz, entabla negociaciones y pasa personalmente al campo enemigo. Lo que en la conferencia pasó, no se sabe de seguro: créese que los castellanos lograron en esta ocasión fomentar las desconfianzas que ya abrigaba el príncipe respecto de la conducta del rey su padre, quien retenía el cetro que debió soltar de la mano desde la muerte de D.ª Blanca y además no había dado parte al hijo ni al reino de su segundo matrimonio; lo cierto es que los tres príncipes, pues el de Asturias se halló presente en la conferencia, firman un convenio de paz y alianza, de cuyas resultas el rey D. Juan II de Castilla levanta el sitio y se vuelve á su reino. Desaprueba el rey de Navarra desde Zaragoza lo hecho por su hijo, y envía á la reina D.ª Juana Enríquez á que se haga cargo del gobierno del reino en compañía del príncipe de Viana: medida depresiva y funesta de que se originan los dos bandos agramontés y beamontés que envuelven á Navarra en una gue-

rra civil desastrosa y acaban con su dinastía. Divídense los principales señores del reino, sosteniendo los unos á D. Juan y los otros á D. Carlos. D. Felipe de Navarra, mariscal del reino, es el jefe de la facción agramontesa que defiende al rey padre; capitanea la beamontesa que enarbola la enseña del hijo, rey legítimo, el condestable D. Luís de Beaumont; y á tal punto llega en unos y otros el encono, que aun después de vencido el príncipe en Aibar y prisionero en los castillos de Tafalla y Monroy, siguen ellos batallando y cometiendo las mayores atrocidades, como juramentados para un mutuo exterminio. Las tentativas de paz de parte del rey de Aragón D. Alfonso el Magnánimo no dan resultado alguno, porque aunque las cortes de Zaragoza devuelven al príncipe la libertad, la petulencia del virrey Mosén Pierres de Peralta, que envía al de Viana para un requerimiento un heraldo con sus armas y las cadenas de Navarra pintadas en la cota, excita la indignación del requerido, que le arranca las cadenas; y encolerizado á su vez el rey al llegar esto á su noticia, á lo cual se añade que los beamonteses toman la villa de Monreal, rompe de nuevo las hostilidades con tal ímpetu, que su canciller D. Martín de Peralta, hermano del ofendido Mosén Pierres y merino de Tudela, sitia y rinde á Valtierra, Cadreita, Mélida, Santacara y Rada, y arrasa esta última población hasta los cimientos. La misma reina D.ª Juana Enríquez sale también á campaña y asiste en persona al sitio de Aibar, donde D. Carlos había sido ya una vez vencido, y allí permanece hasta que se entrega la villa, sustentando la gente á expensas propias, en remuneración de lo cual recibe de su marido el señorío de Arguedas y Valtierra. Pero el ejército del príncipe se apercibe á una gran batalla cerca de Estella: el del rey, reforzado con las tropas auxiliares de su yerno el conde de Foix, vence, y obliga al vencido á refugiarse en Pamplona, que permanece fiel á su causa; y allí, dejando encomendado el gobierno de la parte del reino que le obedece á D. Juan de Beaumont su canciller y capitán general, y los negocios de su casa á la princesa D.ª Blan-

ca su hermana mayor, marcha á Nápoles (en 1457) á poner su suerte en manos de su tío el rey D. Alfonso de Aragón, el cual había hecho de aquella conquista, su habitual residencia, el emporio encantado de las letras y las artes.

Reitera el aragonés sus instancias por la concordia entre el padre y el hijo: es desairado en esta empresa de paz en la persona de su enviado D. Rodrigo Vidal, distinguido caballero de su casa; á despecho de este noble mediador, por instigación de D. Juan, declaran las Cortes, reunidas en Estella, la desheredación del príncipe y la de su hermana D.ª Blanca, sólo por serle adicta; pero incansable en sus buenos oficios el rey D. Alfonso de Aragón, envía al maestre de Montesa D. Luís Despuig y á D. Juan de Hijar, sujetos de grande autoridad, á nuevas vistas con su empedernido hermano, y obtiene, no sin gran resistencia de parte de éste, una tregua de seis meses, poniendo en libertad á los prisioneros de uno y otro bando, exceptuados los rehenes que dió el príncipe cuando las cortes de Zaragoza le sacaron de la prisión de la Aljafería. Muere D. Alfonso el Magnánimo sin haber llegado el caso de decidir el compromiso; llama á sucederle en el reino de Aragón á su hermano el rey D. Juan, á quien de derecho corresponde la corona, y para después de los días de éste, á su hijo el príncipe de Viana: y del reino de Nápoles dispone en favor de su hijo natural D. Fernando, duque de Calabria. Muchas ciudades y grandes de Nápoles incitan al príncipe á que salga á la pretensión de esta corona, mas él desoye la proposición, y para no dar celos á su primo, sale de Nápoles y pasa á Sicilia. Tanto se hace amar en esta isla, que el rey su padre oye con disgusto el aplauso que le tributan y los donativos que le hacen; y aunque D. Carlos vive allí todo entregado al estudio y al cultivo de las letras, tiene que renunciar á aquel tranquilo y dulce refugio por el mal aspecto que toman las cosas en Navarra bajo la gobernación de la condesa de Foix, su enemiga hermana, y por las instancias que le hacen sus parientes; y emprendiendo su viaje, arriba á las costas de Cataluña, resuelto

á ponerse en manos de su padre para ver si con tal abnegación desarma su cólera. Una orden severa de éste le obliga á pasar á Mallorca: desde aquí escribe á D. Juan una carta llena de sumisión y respeto. En ella le expone todos los agravios que injustamente sufre y el modo de acabar la dolorosa división que padece el reino: pídele la seguridad de su persona; que se dé libertad á sus rehenes; que los castillos y fortalezas de Navarra que se mantienen en su obediencia, sean puestos en poder de aragoneses imperiales; que se le restituya su principado de Viana, exceptuados los castillos; que las rentas que se le ofrecían en Navarra, se le asignen en otra parte; que las cortes del reino le juren para asegurar su sucesión; que se ponga en Navarra un gobernador imperial, aragonés de nación; que á la princesa D.ª Blanca, su hermana, sean devueltos sus bienes; que se negocie su casamiento, propuesto por el rey de Portugal con su hermana la infanta D.ª Catalina; que se conceda un perdón general, y que los partidarios suyos sean restituídos y confirmados en sus bienes y oficios.—Contesta el rey por medio de dos enviados, accediendo á algunas de estas peticiones, pero negándose á las más importantes: ¿cómo había él de aceptar la remoción de la condesa de Foix, su principal auxiliar en la pérfida obra de privarle de todo medio de acción? ¿Cómo había de consentir que pasase á segundas bodas, cuando su secreto propósito desde que nació el infante D. Fernando era ver á su primogénito antes muerto que en aptitud de tener un heredero? La contestación de D. Juan fué, pues, negativa en cuanto á la separación de D.ª Leonor del gobierno de Navarra, y respecto del casamiento de D. Carlos, los enviados del rey hicieron caso omiso. —Replica el príncipe, y conclúyese un tratado (en 1460), en cuya virtud queda éste desterrado de Navarra y de Sicilia; restitúyesele el principado de Viana, sólo para que disfrute de sus rentas; dase la libertad al condestable y demás caballeros constituídos en rehenes, con la restitución de sus estados, á excepción de la condestablía, que no se devuelve á D. Luís de Beaumont,

por haberla dado el rey á mosén Pierres de Peralta; y el honrado príncipe cae en el lazo de que sean llevados al rey D. Juan su hermana D.ª Blanca y sus hijos naturales D. Felipe y Doña Ana (1), á pesar de conocer todos sus leales amigos que esto equivale á entregarlos en rehenes para su perdición y la del mismo príncipe.—Deja las cosas en este mal estado y se embarca para Barcelona sin esperar la licencia de su padre, á tiempo que éste pasa á Navarra á continuar la confederación secreta que ha entablado con el almirante de Castilla, su suegro, D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y otros grandes castellanos. Tiene por objeto esta confederación obligar al rey D. Enrique IV (2) á ciertas reformas en el gobierno de su Estado, que decían ser necesarias para el mejor servicio de Dios y tranquilidad de la monarquía, pero en el ánimo del rey de Aragón y Navarra, principalmente, aunque sin declararlo, el aprovecharse de aquellas turbaciones para recobrar estados que durante el reinado anterior se le habían confiscado en Castilla.

Desembarca el príncipe en la playa de Barcelona y hospédase en el monasterio de Valdoncellas, fuera de la ciudad, donde es recibido con grandes regocijos, como primogénito del reino: prepárase su entrada pública en la capital con magnífico aparato, á semejanza de los triunfos de los antiguos,—cosa tan del gusto de aquella época de pleno *renacimiento*, entre cuyos principales promotores figura la casa de Aragón; —mas no la consiente el modesto príncipe. Sabedor el padre del buen recibimiento de los barceloneses, lleno de recelos y sospechas, parte para Barcelona llevando en su compañía á la reina: sale D. Carlos á recibirlos has-

---

(1) El príncipe de Viana, que en 1439 casó con D.ª Ana de Clèves, la cual falleció en 1448 sin dejarle sucesión, tuvo tres hijos naturales, dos en Navarra, Don Felipe, conde de Beaufort, habido en D.ª Brianda Vaca, y D.ª Ana, nacida de Doña María Armendariz; y otro en Sicilia, habido en una doncella siciliana de humilde cuna, pero de singular belleza, llamada Capa. Este tercer hijo fué D. Juan Alonso de Navarra y Aragón, que vino á ser con el tiempo abad de San Juan de la Peña y luego obispo de Huesca.

(2) Había ya muerto el rey de Castilla D. Juan II.

ta Igualada, póstrase á los piés del ofendido monarca implorando su perdón, hace su acatamiento á su cruel madrastra, y entran los tres juntos en la ciudad condal. Finge D. Juan estar reconciliado con su hijo: finge también entrar de grado en el negocio de su casamiento con la infanta de Portugal, siendo su secreto objeto coligarse con el portugués para dar mayor fuerza á la confederación de los descontentos de Castilla: y finge á su vez el rey D. Enrique IV, al enviarle sus embajadores, alegrarse de su reconciliación con el príncipe y de la llegada de éste, cuando lo que en realidad se propone es ofrecer secretamente su ayuda á D. Carlos, con el cebo de la mano de la infanta D.ª Isabel su hermana (la misma que casó después con D. Fernando el Católico), para minar el prestigio del rey de Navarra robusteciendo el partido de su hijo. Junta el rey D. Juan cortes de los estados de Cataluña en Lérida, y estando en ellas, tráele un caballero castellano cartas del Almirante su suegro, avisándole de todo lo que ha mediado entre los embajadores de D. Enrique y el príncipe de Viana, añadiendo que los beamonteses, movidos por éste, se prevenían para la guerra y que sin duda le seguirían los catalánes. La política de aquellos magnates era un juego de pura perfidia: la noticia de la excitación dirigida por D. Carlos á sus parciales no era cierta, pero la inventa el Almirante con el objeto de perder al príncipe para entronizar á su nieto D. Fernando. Alarmado el rey, manda llamar á su hijo: los amigos de éste le aconsejan que no acuda al llamamiento, porque su vida corre peligro; mas él en su nobleza repugna toda sospecha, preséntase á su padre, y éste, después de dirigirle una áspera reprensión por las traiciones que se le imputan, le manda encerrar en el castillo de Miravet. Al cundir la noticia de este suceso, prodúcese un visible descontento en todos los reinos de España: desagrada al rey de Castilla, exaspéranse los beamonteses, é indígnanse los catalanes hasta el punto de que en las cortes de Lérida se formula la más enérgica protesta. Mandan éstas embajadores al rey D. Juan reclamando la libertad del

príncipe, y usan con él los enviados de un lenguaje tan desembozado y amenazador, que irritado el rey, lejos de mudar de propósito, persiste en lo hecho, respondiendo que no variará de conducta por ninguna exigencia ni solicitud importuna de sus vasallos. Esta respuesta subleva á los catalanes: júntanse en gran número, obtienen auxilio del rey de Castilla, y se encaminan á Lérida para apoderarse del rey de Aragón y Navarra y acabar con los de su partido. Huye el rey de Lérida, refúgiase en Fraga: síguenle los conjurados y escapa á Zaragoza: entretanto los rebeldes aumentan, reúnenseles gentes de Valencia, Aragón, Sicilia y Mallorca; los beamonteses de Navarra renuevan contra los agramonteses sus odios, y vese otra vez envuelto el reino en los horrores y calamidades de la más enconada guerra civil. Un religioso cartujo, tenido á la sazón por hombre dotado de espíritu profético, se presenta al rey D. Juan y le amonesta á poner término á aquellos desórdenes y horrores: el rey pone en libertad al príncipe (en 1461), sacándole del castillo de la Aljafería de Zaragoza donde le tenía otra vez encerrado, y dispone que lo lleve la reina á Barcelona. No consienten los barceloneses la entrada de ésta en la ciudad, y la entrega se verifica en Villafranca, donde es recibido D. Carlos en triunfo con grandes fiestas y regocijos, precursores de un siniestro desenlace.

En Navarra no se ha extinguido el fuego de la guerra: continúa ésta con suerte alterna para los de uno y otro partido; pero entra en la liga el rey D. Enrique de Castilla moviendo un poderoso ejército, al que junta todos los hombres capaces de tomar las armas en las provincias de Álava y Guipúzcoa, y con el cual llega á Logroño tomando la voz de su primo el príncipe de Viana; y ante aquella enorme masa de combatientes, espantados los del partido de D. Juan, sin esperar á ser acometidos, rinden la mayor parte de las plazas que tenían ocupadas, entre ellas Laguardia, Losarcos y San Vicente. Viana, atacada con furor, y del mismo modo defendida por su gobernador el condestable mosén Pierres de Peralta, se ve obligada también á en-

tregarse al comendador Saavedra, general del ejército castellano.—Mientras esto pasa en Navarra, el de Viana, en medio de las demostraciones de amor y respeto de los fieles barceloneses, impera en el Principado, cuyo gobierno y administración le dió su padre, y aun se promete días de felicidad doméstica de su enlace, ya pactado, con la infanta D.ª Isabel, la hermana del rey de Castilla; cuando una misteriosa dolencia que había empezado á advertirse en él desde su salida de Zaragoza, se agrava de repente y amenaza acabar con su vida. Susúrrase que le ha envenenado su madrastra, impulsada por la ambición de ver en el trono de Navarra á su hijo D. Fernando, y le aconsejan algunos de sus buenos servidores que se case con D.ª Brianda Vaca, madre de su hijo natural D. Felipe, para que quede legitimado éste y frustrado el plan de la pérfida D.ª Juana. Pero él lo rehusa, y muere á los 40 años de edad sin sucesión legítima, y allanando, sin sospecharlo quizá, el camino á las ulteriores miras políticas del que había de ser con el tiempo uno de los monarcas más grandes de España. Declaró el príncipe de Viana heredera del reino de Navarra á su hermana D.ª Blanca y á sus descendientes, en conformidad con los testamentos del rey Don Carlos el Noble, su abuelo, y de su madre D.ª Blanca.—Es innegable que fué el príncipe de Viana un gran promotor del *renacimiento* literario de su siglo: su traducción de la *Ética* de Aristóteles y la *Crónica* que escribió de los reyes de Navarra lo acreditan; pero era obra prematura, por la razón que luego diré, la de *Moral universal* que meditaba, exhortando á todos los letrados de España á que en ella se ocupasen: como lo eran también las ordenanzas y demás medidas adoptadas por su abuelo, el sabio D. Carlos III, con objeto de organizar un gobierno estable y respetado en medio de las turbulencias en que venía agitándose el occidente europeo desde el siglo anterior.

Después de muerto el príncipe, continuó la guerra entre Castilla y Navarra, con las vicisitudes consiguientes; pero había cesado la causa principal de su encono, y se celebraron paces

bajo ciertas condiciones, entregándose los dos reyes algunas plazas de sus respectivos estados como rehenes. No se pacificaron los catalanes, entre quienes cundía la voz de que el alma del príncipe de Viana andaba de noche por las calles de Barcelona pidiendo venganza contra la reina D.ª Juana su madrastra; y hubo allí sangrienta y prolongada guerra, llegando los barceloneses á declarar al rey D. Juan enemigo de la patria y opresor de sus vasallos, y á enviar embajadores al rey de Castilla ofreciéndole obediencia y pidiéndole socorros. No desperdició el castellano una coyuntura que lisonjeaba su ambición: aceptó la oferta, y envió á los catalanes el socorro de 1500 caballos al mando del gran prior de Navarra D. Juan de Beaumont y de D. Juan de Torres, caballero de Soria. El mismo D. Enrique de Castilla vino hasta Agreda para dar calor á la guerra. El rey D. Juan, sin embargo, con los auxiliares que levantó en Francia al mando del conde de Foix y el subsidio en dinero que obtuvo del rey Luís onceno, alcanzaba ventajas contra catalanes y castellanos; y un acto de crueldad que llevó á cabo en Villafranca, tomada á viva fuerza, donde por haber muerto en la acción dos capitanes franceses, cuatrocientos vecinos refugiados en la iglesia fueron sacados del sagrado asilo y bárbaramente degollados, produjo entre los catalanes tal terror, que enviaron embajadores al rey de Castilla pidiéndole nuevos socorros. Pero las amistades dependían en gran parte de las conveniencias políticas, y donde eran los personajes del drama D. Enrique IV de Castilla con D. Beltrán de la Cueva, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena; D. Juan II de Aragón, D.ª Juana Enríquez y el príncipe D. Fernando; D. Luís XI de Valois y Gastón conde de Foix, siempre había que temer perfidias y deslealtades después de los tratos mejor garantidos. Contestó el rey de Castilla á los mensajeros de Cataluña que la gravedad de la materia requería reflexión y que tenía gran necesidad de dinero; ellos le ofrecieron entregarle dentro de sesenta días 700,000 florines de oro; pero D. Enrique nada resolvió por entonces. Trataba de dar

largas haciéndose desear de los catalanes y temer del rey Don Juan: su plan, sugerido por el prelado de Toledo y el marqués de Villena, se reducía á vender la paz al rey de Aragón á cambio de una parte considerable del reino de Navarra, creyendo que la cedería sin dificultad porque se le dejase disfrutar tranquilamente de Aragón y Cataluña. Á este efecto solicitó de Don Juan que enviase uno de sus capitanes franceses para tratar de la paz; y al mismo tiempo negociaba con Luís XI para que se prestase á ser árbitro de las diferencias entre Castilla y Aragón y preparaba su ánimo para cuando llegase el caso. Envió Don Juan su embajador á Monteagudo, donde ya estaba D. Enrique con el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena: propuso en esta conferencia el castellano se pidiese al rey de Francia que interviniera como compromisario y enviase un embajador á Castilla para entender en las negociaciones de paz; lo consintió el aragonés confiado en el favor del rey Luís, y mandó á París á la reina para que le expusiese las razones que abonaban su causa. Aceptó Luís de Valois la comisión, y envió á Castilla su almirante con encargo de que inclinase á los dos contendientes á celebrar una conferencia en la frontera para la decisión del negocio; y el abocamiento se verificó en efecto en Fuenterrabía y San Juan de Luz. No concurrió á él D. Juan por evitar etiquetas sobre puntos de preferencia, y por figurarse que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, á quienes había creído ganar, iban á ser dos decididos agentes suyos para con el rey de Castilla, lo mismo que el conde de Foix, su yerno, lo sería para con el rey francés; pero asistieron á la conferencia los tres embajadores de Cataluña que seguían á la corte de Castilla insistiendo en sus pretensiones.

«Era el rey Luís (dice un acreditado historiador navarro) de grande estatura y bien formado; mas andaba tan mal vestido, que sólo se distinguía de la gente común en una Nuestra Señora de plomo que traía en su gorra: y siempre que mandaba sacrificar á alguno á la justicia ó á la política, se quitaba la

gorra y besaba el plomo en descargo de su conciencia. D. Enrique de Castilla era feo y desairado, pero estaba extraordinariamente engalanado. Las comitivas de ambos monarcas hacían un contraste singular por el desaliño de la una y el lujo de la otra: el modo sencillo de los franceses dió ocasión al menosprecio de los castellanos, y el lucimiento de estos excitó la aversión de los franceses. — Ocupóse la sutil y tortuosa perspicacia del rey Luís, durante las conferencias, en estudiar el carácter de los cortesanos de Castilla, y luégo penetró que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena no resistirían á la seducción. Efectivamente, no sólo los dejó bien dispuestos para dar en todas ocasiones al rey su amo consejos ventajosos á la Francia, sino que sembró en sus pechos secreta zizaña para dividirlos y asegurar más con esto la dependencia que de él habían de tener. —No tardó el rey Luís en dar su sentencia, reducida á que el de Castilla se abstuviese de la guerra de Cataluña: que en recompensa de los gastos de ella le entregase el aragonés á Estella con toda su merindad, y cierta cantidad de dinero, dentro de seis meses, poniéndose entretanto en rehenes la reina Doña Juana en la villa de Larraga y en poder del arzobispo, y que los catalanes volviesen á la obediencia del rey D. Juan concediéndoles un perdon general» (1).

Los navarros de todos los partidos levantaron el grito contra esta sentencia, y contra su rey que la había aceptado: D. Juan se sinceraba diciendo que estaba decidido á reclamar contra ella. Reunidas las cortes, nombraron á Martín de Villaba y á Carlos de la Raya para que en unión con el rey pasasen á ver al de Francia, que se hallaba en San Juan de Luz, y allí los enviados declararon que lo determinado en la sentencia era de ningún valor y cedía en deshonra y mengua de la monarquía más antigua de España; que el rey de Navarra no había dado ni podía

(1) YANGUAS, *Historia compendiada: D. Juan y D.ª Blanca*, págs. 309 y 310.

dar poder para la desmembración del reino, y que si se consumaba semejante agravio, los navarros, defendiendo su notoria justicia, se encomendarían á rey y señor que los amparase contra tan tiránica fuerza y sinrazón. Los catalanes por su parte, recelosos de la doblez con que había procedido el castellano, se dirigieron á la casa de Portugal y eligieron por su rey á D. Pedro, condestable de aquel reino y nieto de D. Juan I; y cuando D. Enrique, arrepentido de haberlos abandonado, quiso animarlos y deshacer su maraña ofreciéndoles el auxilio que le habían pedido, le contestaron que ya era tarde y que se quedase con su gente. La ciudad de Estella no quiso entregarse al rey de Castilla, y al reclamar éste del de Navarra el cumplimiento de la sentencia, su contestación se redujo á echar la culpa de la inobservancia de lo sentenciado por el rey Luís á la desobediencia y rebeldía de los pueblos.—En cuanto á la reclamación que dirigieron á éste en San Juan de Luz los enviados navarros, la respuesta de Luís XI, siempre artificioso y disimulado, fué que la sentencia se había dictado contra su voluntad, y que, aunque era cierto que una noche á deshora su canciller había hecho una declaración por vía de concordia, y no como sentencia, su ánimo era defender por todos los medios posibles sus intereses y los de sus amigos. El disgusto de todos inclinó los ánimos á una tregua, que fué publicada en Pamplona y jurada por una y otra parte, y también por el conde Gastón de Foix y la infanta Doña Leonor, como presuntos herederos del reino de Navarra; porque á la princesa de Viana, D.ª Blanca, hermana mayor, la contaban como muerta. El rey su padre la había puesto en poder del conde su cuñado, y éste procedía como si se la hubiesen entregado para hacer con ella el papel de verdugo.—Á la tregua siguió el ajuste de las diferencias entre Castilla y Navarra: la primera condición que se estipuló fué que á la princesa Doña Blanca se la sacase del poder de su cuñado, poniéndola en una de las ciudades ó buenas villas de Navarra, y que allí se reuniesen las cortes, las cuales, con asistencia del rey y del conde

de Foix y su mujer, y de los adictos á la princesa, tratasen y acordasen acerca de su libertad y de la sucesión del reino, y que lo que determinasen se pusiese en ejecución.

La princesa D.ª Blanca había nacido con la misma mala estrella que su hermano, y la condición de respetar su libertad no se cumplió: mándala el rey que se disponga á pasar el Pirineo, asegurándola que es para casarla con el duque de Berri: conoce D.ª Blanca el engaño y se resiste con humildes súplicas; pero el inflexible monarca dispone que mosén Pierres de Peralta la saque de Olite, donde á la sazón se hallaba, y la conduzca á Francia por Roncesvalles. Al llegar aquí, encuentra ella el modo de formular una protesta, declarando que se la hace viajar contra su voluntad, y que, teniendo entendido van á entregarla al rey de Francia ó al conde de Foix para obligarla á renunciar la corona en la infanta D.ª Leonor su hermana ó en el infante don Fernando de Aragón, protesta que, si tal sucediese, se tenga su renuncia por de ningún valor y efecto, porque en caso de renunciar, solo lo haría en favor del rey de Castilla ó del conde de Armagnac.—Llévanla á San Juan de Pié de Puerto, y allí comprende que no se trata ya de la sucesión al trono, sino de la vida. Da entonces sus poderes al rey de Castilla, al conde de Armagnac, al de Lerin, á D. Juan de Beaumont y á Pedro Pérez de Irurita, para que negocien su libertad por todos los medios, y su casamiento con cualquier rey ó príncipe á su elección. Llega á su conocimiento que el rey la manda llevar á San Pelai *(St. Palais)* en el Bearne y ponerla en poder de sus enemigos, y en su desesperación hace renuncia del reino y de sus estados en el rey de Castilla D. Enrique, como el único protector poderoso de quien podía valerse en tan críticas circunstancias. Es entregada al captal del Buch y encerrada en el castillo de Orthez, donde pasa dos años con muchos padecimientos, hasta el 2 de Diciembre de 1464, en que, viéndose sus enemigos en el caso de entregarla para traerla á Navarra, la hacen morir con veneno, que le suministra una dama de la condesa de Foix por

orden de sus amos. Fué enterrada en la catedral de Lescar (1).

VII

El conde de Foix y su mujer D.ª Leonor empezaron desde luégo á titularse príncipes de Viana quedando por gobernadores del reino; pero los bandos de agramonteses y beamonteses insistían en sus querellas, favorecidos como siempre el primero por el rey D. Juan, y el segundo por la política de Castilla. Libre de émulos en el ejercicio del poder real, como lugarteniente de su padre, la princesa D.ª Leonor deseaba ahora conciliarlos y acabar con la guerra civil que devoraba el reino; mas solo consiguió que se firmasen unas treguas, juradas por ella misma, por el conde de Lerin, segundo de este título, como jefe del partido beamontés, y por dos caballeros del condestable. Algo debió de adelantarse sin embargo en el camino de la concordia, porque en Octubre de 1465, hallándose el rey en el sitio del castillo de Amposta, decía que habían llegado á tratar de las paces, como mensajeros de las cortes de Navarra, D. Nicolás obispo de Pamplona, D. Juan de Beaumont, mosén Pierres de Peralta, Juan Sanz de Berrozpe y otros (2); pero no consta que por entonces diese resultado este deseo.—Ambicionaba D.ª Leonor el aumento de su potestad y prestigio en el reino, y por dudas que suscitó su comportamiento, fué necesario que ella y las cortes enviaran al rey una consulta acerca de la extensión de su autoridad. Contestó D. Juan á esta pregunta diciendo que no le era lícito á D.ª Leonor hacer en Navarra lo que ella se figuraba que podía hacer el rey de Sicilia, primogénito de Aragón, en este reino, ni lo que el príncipe de Viana había hecho impulsado de malos consejos que le indujeron á tomar el título de propie-

(1) YANGUAS, obr. cit. págs. 316 y 317.
(2) Archivo de Comptos, Caj. 159, n.º 47, cit. por YANGUAS, *Diccionario de Antigüedades*.

tario del reino. «*El primogénito de Aragón* (decía el rey en su papel) *no tiene poder sino de dar é encomendar las cosas á bene plácito del rey, et despues su seynoría las puede ó no revocar ó confirmar, lo que mas querrá, et que assí lo façia su seynoria et la seynora reyna Doña María seyendo en estos regnos lugartenientes del seynor rey D. Alfonso; et aun el príncipe assi lo tenia por el poder que tenia en aquel regno de su seynoría, á beneplácito suyo, sino que los que le estaban de cerca le conseyaban que fiçiese lo contrario, et aun le conseyaban tomasse título de propietario del regno, et por non dar el seynor rey á eillo lugar, como la raçon non lo queria, segun eilla bien sabe, lo fiço caer en el yerro en que cayó et lo trajo á fenescer como fenesció; et por semblant la princesa su fija, que Dios haya, siguiendo el camino de su hermano, perdió assi mesmo la sucesion de aquel regno*» (1). —Quejábase también D.ª Leonor de que el rey su padre no le daba lo necesario para sus gastos, á lo que respondió D. Juan en el mismo papel, que bien sabía la princesa que él nada recibía de Navarra á no ser las pechas de los judíos y dos mil florines para pagar á sus criados; que todo lo demás de cuarteles, alcabalas y otras cosas del reino, lo tomaban la princesa y sus oficiales, siendo así que aun en tiempo del príncipe percibía el rey doce mil florines para él, que ahora no cobraba para dejárselos á ella y á los otros del reino; y por último que en tiempo del príncipe recibió socorros de gente y dineros á pesar de hallarse aquél en rebelión y á pesar de las diferencias con Castilla.

Volvieron la princesa y el conde su marido á tratar de paces con el partido beamontés, sin que llegaran á tener efecto, y lo curioso del caso era que se oponía secretamente á ello el mismo rey D. Juan, el cual tiraba á afianzar su dominio con la división, conociendo la ambición de su hija. Excitados por él bajo cuerda los agramonteses, dirigidos por el mariscal D. Pedro de Navarra, estando el reino momentáneamente tranquilo, acome-

(1) Archivo de Comptos, Caj. 160, n.º 39, año 1468. V. á YANGUAS, *Diccionario de Antigüedades*, art. REYES: *D.ª Blanca y D. Juan II de Aragón.*

tieron al castillo y fortaleza de Murillo el Fruto, que tenía Don Juan de Beaumont, y habiéndose presentado D.ª Leonor en persona á intimarles que dejaran la fortaleza, contestaron con insultos y nuevos actos de rebelión. El tío del mariscal, Mosén Pierres, poderoso instrumento del rey, trajo gentes de Castilla, y por su propia autoridad se levantó contra la princesa y se apoderó de la ciudad de Tudela y de las villas de Sangüesa, Peralta, Falces, Funes, Azagra y otros lugares, cometiendo ade más otros excesos. Á pesar de esto, que en buenos principios hubiera debido ser severamente reprobado y castigado por el rey, hizo D. Juan que de allí á poco D.ª Leonor recibiese en su gracia á mosén Pierres, bajo ciertos pactos nada honrosos para ella, y al año siguiente declaró en Zaragoza que se habían hecho capitulaciones en Olite dando una amnistía y perdón general, aun á los reos de lesa majestad, y mandando que fueran restituídos en sus casas, bienes y rentas, todos los desposeídos. Á estos actos, que claramente denuncian la solapada política del rey D. Juan, siguieron otros, ya de la princesa, ya del rey mismo, de rigor contra los beamonteses, los cuales en las personas del canciller de Navarra D. Juan de Beaumont y de D. Luís de Beaumont, conde de Lerin, fueron declarados traidores en una junta magna de prelados y caballeros agramonteses que reunió D.ª Leonor en Tafalla en 4 de Agosto de 1474, donde se obligaron todos á procurar cuanto daño pudiesen al partido rebelde. Sin embargo de esto, ó quizá por esto mismo, algunos pueblos, y entre ellos la importante ciudad de Estella, abandonaron el partido del rey y se adhirieron á los beamonteses.

Nunca está más cercana la paz que cuando se extrema el rigor de la guerra, y así sucedió en Navarra: al año siguiente del alzamiento de Estella en favor de los beamonteses, se acordaron treguas (en 1476) con el conde de Lerin, la ciudad de Pamplona y los demás pueblos de aquel partido; y fué esto por mediación de un personaje, nuevo hasta cierto punto en la revuelta escena del reino navarro, cuya figura se destaca en la historia del si·

glo XV como instrumento providencial para consumar uno de los más grandes hechos políticos ocurridos en nuestra Península. Me refiero al rey de Sicilia y príncipe de Aragón D. Fernando el Católico, rey de Castilla juntamente con su mujer, la excelsa Doña Isabel, desde el año 1474 en que bajó al sepulcro D. Enrique IV el Impotente. — En estas treguas, celebradas en Tudela, se pactó que el rey D. Juan y la princesa D.ª Leonor recibiesen en su gracia á D. Luís y D. Juan de Beaumont y á sus partidarios; pero que la ciudad de Pamplona y las demás fortalezas que estaban en poder de aquellos, se entregasen al rey de Castilla, para evitar que tomasen partido por el rey de Francia y le diesen entrada por Navarra, bajo juramento, que prestó aquel monarca, de que devolvería dichos pueblos después de arregladas las discordias, al tenor de lo que declarasen ambos reyes, padre é hijo. Verificábase al propio tiempo un abocamiento entre Don Juan y D. Fernando en la frontera de ambos reinos para arreglar las diferencias entre los dos bandos, y se había elegido para celebrarlo con toda solemnidad la ciudad de Vitoria. Concurrieron los dos en el tiempo señalado: el padre acompañado de más de trescientos caballeros escogidos de la primera nobleza de Aragón y Navarra, la mayor parte de sesenta años de edad; y el hijo de una corte muy lucida, compuesta de caballeros mozos de Castilla. Llegó el padre después que el hijo, y éste salió á recibirle fuera de la ciudad: quiso besarle la mano, pero no solo no lo consintió aquel, sino que hizo que el rey D. Fernando se situase á la mano derecha, y así entraron en Vitoria, dando margen á las murmuraciones de los cortesanos. En esta conferencia, á que concurrió también D.ª Leonor, manifestó ya Don Fernando (dice Yanguas) su naciente espíritu conquistador, y su padre la indiferencia con que miraba el dominio pasajero de Navarra, y el conato de aumentar, á expensas de este reino, el poder y esplendor de la corona de Castilla que le deslumbraba. — Limitáronse á declarar que la sucesión del reino pertenecía á D.ª Leonor, y después de ella al conde de Foix, D. Francisco

Febo su nieto, por cuanto su primogénito D. Gastón era ya muerto. Igualmente acordaron que como indemnización de los gastos hechos por Castilla en la intervención á que había sido estimulada respecto de las cosas de Navarra, se diese á D. Fernando en empeño la merindad de Estella. En cumplimiento de este acuerdo, se cedieron al rey católico los pueblos de Bernedo, Larraga y Miranda, y lo mismo se hubiera verificado con Estella á no resistirlo el condestable Mosén Pierres de Peralta, indignado de tan irritante codicia. Uniéronse entonces agramonteses y beamonteses para defender la patria común, y los reyes no tuvieron más remedio que desistir de su empeño aplazando el negocio á nuevas vistas. No renunciaban los reyes, padre é hijo, á lograr su propósito en otra favorable coyuntura; entre tanto, como buenos políticos, hicieron por ir disponiendo en su favor los ánimos de los interesados en el juego que cautelosamente dirigían. La princesa viuda de Viana, D.ª Magdalena, hermana de Luís XI de Francia, vivía retirada en Pau con sus hijos desde la muerte de su marido D. Gastón, y para asegurarse de ella, envió D. Juan allá al deán de Barcelona, Berenguer de Sos, con instrucciones tan vestidas de elocuencia cuanto desnudas de razón; el cual trató de convencer á la princesa de que los reyes D. Juan y D. Fernando se desvelaban por proporcionar al reino de Navarra una paz estable, consagrándose á este noble objeto con la mayor abnegación y desinterés. Pero ni D.ª Magdalena ni sus consejeros se dejaron engañar por el diserto y mañoso deán: «habían visto (dice el juicioso historiador á quien seguimos en los tortuosos caminos de este reinado) lo que se hacía por la curación del reino, y ahora se confirmaron en la idea del grande peligro que corría el enfermo en manos de médicos que le deseaban heredar». La princesa despidió al enviado con palabras corteses, sin manifestarse convencida.—No parece sino que los dos reyes, padre é hijo, se habían puesto de acuerdo en tener dividido el reino para manejarlo á su gusto: lo cierto es que sin dar la sentencia arbitral dejaron pasar el término de la

tregua estipulada en 1476. Rota esta tregua, el conde de Lerin quitó á la princesa la villa de Estúñiga, y el merino de Estella se alzó con esta ciudad y su fortaleza, aunque luégo la recobró D.ª Leonor.

La situación de esta princesa era harto crítica: había ella abandonado el partido beamontés por complacer á su padre, de quien se prometía socorros, y D. Juan ni se los dió, ni podía sacarlos del reino en la gran penuria que padecía. En la nueva guerra que ahora volvía á encenderse, ella y su padre despojaron al de Lerin de todos sus estados y bienes por sentencia pública, haciéndole de esta manera su más irreconciliable enemigo. Á esta sazón vino á morir D. Juan II de Aragón y Navarra, de edad de 80 años y mientras trataba en Barcelona de las bodas de su hija la infanta D.ª Juana con el rey de Nápoles D. Fernando, su sobrino. Fundó dos famosos monasterios de la orden de San Jerónimo: el de *Santa Engracia* de Zaragoza y el de *Santa María de Bellpuig* en Cataluña. Con su muerte la corona de Aragón quedó unida á la de Castilla en las sienes de su hijo D. Fernando el Católico.

VIII

Corría el año 1479 y era la princesa D.ª Leonor jurada por las cortes en Tudela reina de Navarra, precedido el acostumbrado juramento acerca de la observancia de los Fueros, que prestó ella á 28 de Enero.—En 12 de Febrero siguiente la llamó Dios á su tremendo tribunal: su reinado fué como un relámpago entre los horrores de una deshecha tormenta.—Por su muerte ocupó el trono D. Francisco Febo, su nieto, hijo de D. Gastón y de madama Magdalena de Francia. Llamábanle Febo los gascones por su singular hermosura. Empezó á reinar bajo la tutela de su madre y gobernaban como lugartenientes generales D. Juan de Lasala, obispo de Coserans, y Pes Meguel

maestro en teología (1). En muy infeliz estado hallaron estos el reino: beamonteses y agramonteses, entregados á sus inveterados odios, se dividían toda Navarra: el conde de Lerin estaba apoderado de Pamplona, y muchos pueblos de la montaña y de la tierra llana le seguían. Las merindades de Estella, Sangüesa, Olite y gran parte de Tudela, eran del partido de mosén Pierres. Solo quedaba en la obediencia del rey la merindad de la Baja-Navarra; y era tal la anarquía, que nadie podía aventurarse á viajar por el reino sin escolta. El poder del rey católico, siempre creciente, iba á decidir de la suerte de aquella monarquía: sus reyes habían venido á quedar bajo la dependencia de su amistad ó de su odio, y la princesa D.ª Magdalena no tenía más arbitrio que acogerse á su protección para salvar la corona de su hijo. Así lo hizo: prometióle su mediación D. Fernando, y llegó ella á decir oficialmente en 17 de Setiembre de 1479, en un privilegio que otorgó á la villa de Aoiz: «*mediante la gracia divinal, la Paz è Reposo del Regno fue tratada, concluida et confirmada en la Villa Dahoiz, et ahí fueron fenescidas è acabadas las disensiones è guerras è males que treynta aynos et mas duraron en él, donde tomamos la obediencia de los subditos del Serenissimo Rey nuestro fijo, e todo el Regno fué puesto en perfecta e entera obediencia, tranquilidad è reposo....*» «*Por tanto, queriendo remunerar la dicta villa, la ordena e hace buena villa et que sea agregada e contada en el numero de las otras buenas villas, et á sus vezinos los hace Ruanos e Hombres de vuena villa, francos e exentos de toda manera de servitud, et que eillos è sus descendyentes deillos sean tenidos en todo el Regno por francos è inmunes de toda servitud, et que los Procuradores deilla sean llamados á las Cortes Generales è entiendan en eillas con los*

(1) Estos dos lugartenientes nombra Yanguas en su *Diccionario* citando el documento n.° 37, Caj. 163 del Archivo de Comptos; pero nosotros en el Manuscrito de la Academia vemos nombrado á otro más, llamado *Guillaume, señor de Gleon:* de manera que los que gobernaban el reino durante la ausencia de la princesa tutora, D.ª Magdalena, eran tres: el obispo de Coserans, ese Guillaume señor de Gleon, y Pes Meguel maestro en teología.

otros Procuradores, è tengan asiento voz y voto, etc.» (1).

Firmóse también en Aoiz un trato entre la princesa y el conde de Lerin, en uno de cuyos artículos se prevenía que los oficios y empleos fuesen repartidos á medias entre beamonteses y agramonteses: y esta condición se cumplió en efecto hasta el año 1628 (2).—Pero una mano oculta lo desbarataba todo: el rey Fernando, que tenía en la suya la paz y la guerra, ostentaba en público buenos deseos, al paso que sus capitanes obraban en sentido contrario, caminando ahora de acuerdo con la facción agramontesa, antes enemiga del rey católico. Algunos de este partido lograron con su zizaña enemistar gravemente al mariscal D. Felipe de Navarra con el conde Lerin, en términos que éste quitó á aquél la vida en ocasión de dirigirse de Sangüesa á Villafranca con pequeña escolta, para verse con Don Juan Ribera y otros capitanes de Castilla, saliéndole al encuentro con gente armada cerca de Mélida y del monasterio de la Oliva. Furiosos los agramonteses con la muerte de su caudillo, se disponían á tomar venganza, pero les faltaba jefe que los dirigiera. Por otra parte los del consejo de la princesa D.ª Magdalena, que se había retirado á Pau con su cuñado el infante cardenal D. Pedro de Foix, á quien había dado el cargo de virrey, determinaron que éste y su hermano D. Jaime viniesen á Navarra á tratar de la pacificación de los bandos. Llegaron, en efecto, con poderes amplios del rey, y fueron bien recibidos, pero nada consiguieron á pesar de que se juntaron cortes en Tafalla con este objeto. Viendo los infantes el mal estado de las cosas, se dirigieron otra vez al rey D. Fernando que se hallaba en Zaragoza: este monarca les aconsejó que volviesen á Navarra con personas de autoridad de su corte, que les dió para que los acompa-

(1) Archivo de Comptos, Caj. 163, n.º 44, Manuscrito de la Academia.

(2) En este año se estableció por ley que los destinos se diesen indistintamente á unos y á otros, cesando la distinción de las dos parcialidades, que, como se ve, dejaron su huella en Navarra aun mucho después de haberse extinguido la causa de tan perniciosa división.

ñasen y persuadiesen á los sediciosos.—Renováronse las cortes en Tafalla, donde los infantes expusieron los males que afligían al reino, y propusieron el remedio de la pronta venida del rey á ser jurado; las cortes aceptaron este partido; al rey Fernando pareció bien, y aconsejó que Francisco Febo viniese luégo á Pamplona, pero armado (1). Volvieron los infantes á Pau, conferenciaron con la princesa, y partió el rey para Navarra acompañado de su madre, de los dos referidos infantes y de mucha nobleza de Francia, y escoltado por 1500 caballos y mayor número de peones. Al propio tiempo se arrimaban á la frontera de Castilla muchas tropas de orden de su rey. D. Francisco Febo fué bien recibido en Navarra, el conde de Lerin entregó á Pamplona, hízose la coronación con toda pompa (año 1482), hubo fiestas y torneos con grande y general regocijo, y nadie se hubiera á la sazón imaginado que el mismo poderoso mediador por cuya influencia parecía inaugurarse una nueva era de paz y prosperidad, pudiera dar motivo á que se le creyese un año después autor de la prematura muerte del protegido.—Murió éste en Pau, adonde se lo llevó su mal aconsejada madre, temerosa de los amaños del rey católico que quería casarle con su hija D.ª Juana—la que vino á ser luégo mujer de Felipe el Hermoso y madre del emperador Carlos V,—y dominada por su hermano Luís XI de Francia, cuyo proyecto era darle por mujer la *Beltraneja*. Cuéntase que era buen músico y tocaba con primor varios instrumentos, y que un día, acabando de comer, habiendo tomado una flauta para divertirse, en cuanto la llegó á la boca, se sintió herido de un violento veneno que le quitó la vida á las pocas horas, á los 16 años de edad.

Herédale su hermana D.ª Catalina, bajo la misma tutela de D.ª Magdalena su madre, no sin protestas, amenazas y aun movimientos belicosos de su tío el señor de Narbona, que aspira al

(1) Copiamos en esta relación del breve reinado de D. Francisco Febo al discreto Yanguas, cuyo texto concierta con lo que de sí arrojan los documentos que hemos consultado.

trono invocando la ley sálica, cuya aplicación rechaza enérgicamente el reino, como de costumbre. El reconocimiento de la nueva reina se verifica sin dificultad, previa reunión de las cortes, y hallándose presentes los infantes, el cardenal y D. Jaime, el primero de los cuales es muy en breve alejado del gobierno por la princesa tutora, á causa del desagrado con que le ve entrar en las miras del rey Católico de casar á D.ª Catalina, niña de 13 años, con su primogénito el príncipe D. Juan, que aún estaba en la cuna.—El castellano, con su habitual solercia, iba sin estrépito mandando tropas á la frontera navarra para apoderarse de sus plazas oportunamente, anticipándose á frustrar las maquinaciones del rey de Francia contra aquel enlace. Tomó parte en las gestiones para con D.ª Magdalena, la reina de Castilla D.ª Isabel, pero infructuosamente por el miedo que la tutora tenía á los dos reyes, el francés y el castellano. Ocurre en esto la muerte de Luís XI, y su hijo Carlos VIII, de edad de 13 años, entra á reinar bajo la regencia de su hermana Ana de Beaujeu, la cual sigue en el asunto del casamiento de la reina de Navarra la política de su padre, y hace que el gobierno de Francia se pronuncie en el mismo sentido. D.ª Magdalena, por inclinación y por debilidad, adopta igual temperamento: celebran los beamonteses unas cortes en que se quejan los navarros de que la princesa tutora y la reina su pupila no vengan á residir entre ellos; de que no solo se dilata el casamiento de Doña Catalina, sino que se trata de dar á ésta un marido de condición desigual; y por último de que haya sido separado el cardenal de la gobernación del reino, concluyendo con la amenaza de que hasta ver repuesto á éste no recibirán á la reina ni á la princesa.—La reina D.ª Isabel, imitando la política cautelosa de su marido, hizo aumentar los refuerzos de tropas de la frontera, engrosar la guarnición del castillo de Tudela, que estaba por los castellanos, y apoderarse de Viana y de otras fortalezas, en lo cual se vió favorecida por el conde de Lerin, que, abandonando sus nobles pensamientos, se entregó abiertamente al in-

flujo de Castilla. Intenta este conde ocupar las montañas para impedir los socorros que pudiera mandar Francia, y el infante D. Jaime reune fuerzas en Isaba para oponerse á su intento. La guerra por la sucesión al trono de Navarra promovida por el señor de Narbona continúa en el Bearne y en el estado de Foix con todo encarnizamiento; la Francia está ocupada en las discordias civiles que promueven otros pretendientes — los duques de Orleans y de Borbón — que aspiran á gobernar el reino durante la menor edad de Carlos VIII; y en estas circunstancias, desesperanzada D.ª Magdalena de obtener del rey de Francia un eficaz apoyo, casa á la reina su hija con D. Juan de Albret ó Labrit, hijo y heredero de Armán de Labrit, señor el más poderoso de la Guiena confinante con Navarra y poseedor de otros muchos estados en lo interior de Francia: matrimonio que se efectúa en la catedral de Lescar.

IX

Armán de Labrit, nombrado virrey, se dió tan buena maña, que pacificó por de pronto al conde de Lerin, á la ciudad de Pamplona y á los beamonteses, y en una conferencia que tuvo con D. Fernando y D.ª Isabel en Valencia, consiguió la restitución de Viana y de las demás plazas de que se había apoderado Castilla desde la muerte del rey Francisco Febo; que se aparejase una buena armada para Bretaña en favor de aquel duque y de los señores coligados en contra del rey de Francia, entre los cuales figuraba el de Orleans; y que Navarra y su reina quedasen bajo su protección y amparo, ofreciendo en cambio el rey su hijo ayudar á los reyes de Castilla en la empresa de recuperar el condado de Rosellón.—Mal salió lo de Bretaña, donde el duque de Orleans y el príncipe de Orange cayeron prisioneros, sin embargo de lo cual Armán de Labrit, que había tomado parte personal en la expedición, y los señores de la liga, logra-

ron reconciliarse con el rey de Francia, y el rey Católico con su hábil política consiguió que Carlos VIII le restituyese el Rosellón y la Cerdaña, perdonándole los trescientos mil escudos en que D. Juan II los había empeñado á Luís XI. Suponen los historiadores franceses que esta devolución se hizo bajo el pacto de que el castellano no ayudaría á sus primos los reyes de Nápoles y Sicilia, contra los cuales Carlos VIII iba á emprender guerra, y se quejan de que el rey Católico, después que se vió en posesión de la Cerdaña y del Rosellón, hizo todo lo contrario, y no para ayudar á sus primos, sino con objeto de conquistar para sí aquellos reinos, como á la larga vino á suceder.

El turbulento conde de Lerin, declarado favorecedor de la ambición del castellano, sigue fomentando la guerra civil en Navarra. Pamplona, supeditada á su voluntad, le obedece: cierra sus puertas á sus reyes, llamados á coronarse por las Cortes reunidas en Olite, y cuando la población se convence de su desacato é injusticia y se presta á la entrada de D. Juan y Doña Catalina, el despechado conde, abandonando la ciudad, entregada á los regocijos públicos que siguen á la ceremonia de la coronación, se retira á su condado, y da allí principio á los preparativos de la guerra, que está decidido á renovar con más empeño que nunca (1). Arde el fuego de la discordia en Viana, Tiebas, Sangüesa, Santacara, Tudela, Mendavia y otras poblaciones: muere entre tanto la princesa D.ª Magdalena, esperando la paz de unas treguas que rompe el de Lerin, el cual toma pretexto de unas imposiciones que decreta D. Juan de Labrit siguiendo el uso de Francia. Va ya á sucumbir el rebelde condestable ante las fuerzas que junta el rey... pero interviene el Mefistófeles del drama de la monarquía navarra, D. Fernando el Católico, que lo está acechando todo, y se interpone entre los

(1) Esta nueva guerra que movió el conde de Lerin contra sus reyes, aunque callada por Alesón, que supone al conde en 1494 en paz con D.ª Catalina y Don Juan, ó al menos en inacción respecto de ellos, consta de varios documentos del archivo de Tudela que vió Yanguas, y que no admiten duda.

combatientes, para pacificarlos en la apariencia, pero en realidad para prolongar la lucha. Con esto logra que el conde de Lerin quede habilitado para continuar la serie de sus demasías, y que se concierten unas treguas en las cuales se pacta que el mediador quede constituído en depositario de las tierras disputadas y de las poblaciones dadas en rehenes. Se le daba á cuidar al león la presa destinada á concluir entre sus garras, halagando con ella su olfato y aguzando su apetito.

Quiso D. Juan de Labrit, á favor de esta tregua, consagrarse al gobierno del reino y á poner orden en una administración totalmente desconcertada á fuerza de disturbios; pero no era fácil empresa, porque la licencia de los pasados tiempos había producido multitud de fascinerosos con nombre de *partidarios*, los cuales tenían infestado el país. Para mayor confusión, ocurría el singular fenómeno de que beamonteses y agramonteses gozaban todos de protección oficial, pues el rey se inclinaba á los primeros y la reina á los segundos, y al propio tiempo se complicaba lo político con lo económico por causa de una medida, cual era la de la expulsión de los judíos, en que la corte de Navarra era pura imitadora de la de Castilla. Quiso el cielo que lograse don Juan dulcificar la áspera condición del conde de Lerín, y que el rey Católico devolviese al navarro las tierras que aún retenía en su poder, sin que se obstinara en el propósito de que quedasen para Castilla los pueblos del Condestable cediendo los reyes de Navarra sus derechos de soberanía por una crecida suma en dinero; y como quiera que acerca de esto el conde y D. Juan eran de opinión conforme, pues ninguno de los dos quería *trocar almenas por plata* y ver al astuto castellano dueño de pueblos en Navarra, los dos enemigos se reconciliaron: el rey admitió en su gracia al Condestable perdonándole todo lo pasado, y para confirmarle en la sinceridad de su perdón, le regaló algunos hermosos caballos andaluces.

Desde entonces, desarmadas las facciones, empezaron don Juan y D.ª Catalina á ser verdaderos soberanos: dedicáronse á

la reforma del patrimonio Real y de las contribuciones, corrigiendo las desigualdades de que se quejaban los que pagaban *cuarteles* (impuesto sobre los bienes raíces, que se satisfacía al rey, por concesión de las Cortes, en cuatro porciones anuales, ó sea por trimestres); y con estos plausibles objetos juntaron repetidas veces las cortes del reino.—D. Juan de Labrit hubiera sido un excelente rey á no haberle tocado gobernar el estado navarro en sus postrimerías. — Mírale, lector, en esa tabla que voy á limpiar y barnizar para que claramente puedas hacerte cargo de su semblanza y continente. Ahí le tienes representado en tres ó cuatro episodios característicos, como suelen aparecer los personajes históricos y los santos en las antiguas pinturas destinadas á dar á conocer diferentes situaciones de su vida. Aquí le ves registrando libros y reuniendo una numerosa biblioteca en su palacio de Pau; allí escribiendo genealogías de casas ilustres; más allá, conversando familiarmente con sus vasallos y dirigiéndose á tomar parte en los festines populares, donde luégo baila con las mujeres honestas de sus vasallos, de la misma manera que lo hacen en las *kermesses* flamencas los patriarcales duques de Borgoña. Observa también cómo se granjea el amor de su pueblo con actos de humilde piedad cristiana. El fondo de la tabla que pongo ante tus ojos te dice que nuestro rey D. Juan se halla en Sangüesa, donde acaba de ocurrir el nacimiento de su hijo don Enrique, príncipe de Viana por la prematura muerte de sus hermanos D. Juan y D. Andrés Febo. Trátase de su bautizo: ves reunida la corte, todos de gala, con sus rozagantes hopalandas, sotanas y mantos de brocado, terciopelo y finos paños de Inglaterra y de Flandes, y ricos collares y preseas de reverberante pedrería, en actitud de entrar en la capilla, en cuyo interior divisas un obispo revestido de vistosos ornamentos, asistido de prestes y monaguillos, que se dispone á administrar al recién nacido el agua regeneradora y el santo crisma; y ves por una ventana abierta á un lado, y en el campo, al rey D. Juan hablando con dos pobres peregrinos é indicándoles con la mano dónde

está su palacio. Esta escena muda tiene una grande elocuencia: el P. Alesón va á revelarte su sentido. «Fué bautizado (el In»fante D. Henrique) al tercero dia de su nacimiento con una »bien notable circunstancia: y fué haverse hallado casualmente »en Sangüesa, de tránsito para Santiago de Galicia, dos pere»grinos alemanes. Llamábase el uno Henrique, y el otro Adan. »Parecian hombres Santos, y los Reyes por mayor devocion los »eligieron por Padrinos de su Hijo en el Bautismo. Ellos le »dieron el nombre de Henrique. Esto lo tuvieron algunos por »presagio de las tristes aventuras, y peregrinaciones de este »Príncipe: pero el pronóstico se hizo, como muchas veces suele, »despues de haver ellas sucedido.»

Prolongábase felizmente la paz con Castilla; sin embargo, los reyes de Navarra vivían con el mayor cuidado, observando los acontecimientos de la guerra entre Francia y Castilla sobre el reino de Nápoles, después que D. Fernando el Católico se posesionó del Rosellón y la Cerdaña, porque podía atraerles la enemistad del francés ó del castellano, á cual más peligrosa. Estos cuidados, y el estado de las relaciones de Navarra con aquellos dos monarcas, se hallan consignados en el manifiesto que presentaron D. Juan y D.ª Catalina á las cortes de Pamplona en 27 de Noviembre de 1503. «*Considerando* (decían) *que las cosas de nuestro Estado, de tan grande diferencia como es la que de presente está trabada entre los reyes de Francia y de Castilla, podrían recibir algun inconveniente ó peligro, segunt la vecindat que este nuestro reino tiene con los suyos, y estamos puestos entremedios de dos tan grandes fuegos, como quiera con ambas partes tengamos deudo tan allegado, alianzas, paz y asiento, é nuestra voluntad é gana todos tiempos ha seido y es de las goardas, conservar hemos aqueillo todos los dias de nuestra vida cuanto á Nos fuese posible; mas porque no sabemos lo que deillo se podrá seguir, será bien que en este medio que Dios nuestro Seynor apiadado de tanto danio infunda su gracia y envie la paz que Nos deseamos entreillos, por tanto bien de la cristian-*

dat, vosotros por vuestra parte mireis, entendais et nos aconsejeis.....» (1). Y harta razón tenían para temer la vecindad de aquellos *dos tan grandes fuegos,* como ellos mismos lo declaraban, porque Francia por un lado, expulsados los ingleses de la Guiena, veía ya fructificar la feliz aunque negra política de Luís XI, el cual con la trágica muerte del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, había conseguido, en 1477, reunir esta hermosa provincia á la monarquía francesa, donde fué Carlos el último campeón del feudalismo. Por otro lado Castilla, fundida con Aragón en la corona de Fernando é Isabel, mostraba ya desde 1492, en que logró arrojar de Granada los últimos restos del imperio muzlemita, que se acercaba para ella el momento de completar por el norte su natural desarrollo. «El cetro de estos dos reyes, observa Yanguas, no cabía ya en la península: extendíase por el Océano y enlazaba un nuevo mundo á la cadena de su fortuna y de sus glorias. La Europa toda se regeneraba formando edificios sociales, más fuertes y mejor organizados, sobre las ruinas del funesto feudalismo que la había tiranizado. El sistema de conquista se había hecho necesario á la política del siglo: no se conocía otra alternativa que la de subyugar ó ser subyugado. Y la pequeña monarquía de Navarra, rodeada por todas partes de dos imperios poderosos, fluctuaba como un pequeño bajel batido por las olas de un mar tempestuoso, chocando sin cesar con dos grandes navíos que acechaban el momento de aprovecharse de sus despojos.» Recojamos esta observación de un sesudo historiador navarro no obcecado por el exagerado amor al suelo nativo, y acabemos de bosquejar el interesante y dramático reinado de D. Juan de Labrit y D.ª Catalina de Foix.

Ocurren en el crítico período que estamos recorriendo varios acontecimientos muy capitales, que contribuyen á alterar la

(1) Arch. del reino de Navarra, sección de Cortes: citado por Yanguas en su *Hist. Compend.*

paz de que venía disfrutando después de tantos disturbios el pequeño reino objeto de nuestro estudio. Muere la infanta Doña Magdalena, la hija mayor de los reyes de Navarra, que se hallaba en poder de sus tíos los reyes de Castilla, y á este poderoso motivo de duelo de familia se agrega otro de público descontento por un nuevo alzamiento del condestable, conde de Lerin, que no acierta á vivir sino guerreando ó conspirando. Los reyes, por otra parte, se ven precisados á ausentarse para ir á sus estados de Francia á tratar de sus diferencias con el señor de Narbona. Muere la reinà Católica dejando por heredera del reino á su hija mayor D.ª Juana, casada con Felipe, archiduque de Austria, hijo del emperador Maximiliano, por cuanto el príncipe D. Juan, á quien su padre había querido casar con la reina de Navarra D.ª Catalina, hacía años que ya no existía. La heredera de Castilla, D.ª Juana, tenía trastornado el juicio, y su madre, queriendo evitar que los castellanos fuesen gobernados por una demente, ó más bien pretextando esto por satisfacer á las instancias de su ambicioso marido, había dispuesto que administrase él los reinos de Castilla en caso de no sanar la princesa, hasta que el hijo de ésta, D. Carlos de Austria, tuviese la edad de veinte años; siendo de advertir que antes de dictar semejante disposición testamentaria, exigió á su marido, D. Fernando, juramento de que no se casaría: el cual así lo prometió.—Lleva á mal Felipe el Hermoso el testamento de su suegra que le despoja de la tutoría de su mujer, y dispone una gruesa armada en los puertos de Flandes para venir á reivindicar su derecho: el rey Católico, temeroso del engrandecimiento del austriaco, hace alianza con el francés, y para corroborarla, se casa con D.ª Germana de Foix, hermana del infante de Navarra D. Juan, vizconde de Narbona, el que había disputado el cetro á D.ª Catalina invocando la ley sálica. Ofrece D. Fernando ceder á la Francia el reino de Nápoles en caso de no tener hijos en Doña Germana, ó si él muriese antes que su mujer; y el rey de Francia, Luís XII, tío de la novia, promete por su parte al de Casti-

lla ayudarle á conquistar al reino de Navarra, para dárselo á D. Gastón de Foix, duque de Nemours, hermano de D.ª Germana.—Pasó este nublado, y el archiduque D. Felipe el Hermoso fué colocado en el trono de Castilla, viéndose el suegro precisado á dejar en sus manos el gobierno y á retirarse á sus estados de Aragón, y en seguida á Nápoles. Castilla y Navarra traban alianza, y ya los reyes D. Juan y D.ª Catalina se mecen en la dulce esperanza de haber conjurado para siempre el peligro en que los tenía la tortuosa y solapada política de Fernando el Católico, y de poderse entregar de lleno á labrar la felicidad de sus pueblos, cuando un suceso inesperado viene á disipar de repente aquel venturoso sueño. Muere inopinadamente Don Felipe, y el rey D. Fernando vuelve á tomar las riendas del gobierno de Castilla... Y toda esperanza de paz desaparece para Navarra.

X

Hemos dejado al turbulento conde de Lerin alzado otra vez en armas contra sus reyes. Cuando este magnate perdió el arrimo del rey Católico al encargarse del gobierno de Castilla Felipe el Hermoso, permaneció momentáneamente tranquilo; pero al recobrar D. Fernando aquel gobierno, retoñó su contumacia. —Estamos en verdad considerando la historia de una crisis suprema llena de alternativas.—Entra ahora en escena un poderoso amigo de D. Juan de Labrit, enemigo no menos poderoso del rey Católico y del conde de Lerin; es el terrible César Borja. Queriendo el gran capitán Gonzalo de Córdoba deshacerse de este hombre peligroso, por quien acaso temía verse suplantado en la empresa de acabar para España la conquista de Italia, había escrito á los reyes Católicos, viviendo aún D.ª Isabel, diciéndoles: *el duque* (era César Borja duque de Valentinois) *es una bestia feroz y es menester enjaularla: le he recibido en Ná-*

poles para impedir que la Francia se aproveche de sus artificios; mas soy de parecer que se le prenda y se le lleve á España y que se le encierre en el mas fuerte castillo de los que hay en el centro de esa monarquía. Convinieron en ello los reyes Católicos, y el duque de Valentinois fué preso (1), puesto á buen recaudo en una de las galeras que venían á España, y aquí encerrado en el castillo de la Mota de Medina del Campo. ¡Hasta el gran capitán, modelo de nobles y caballeros, se prestaba por razón de Estado á cometer una felonía! En el castillo de la Mota estuvo preso el Borja por espacio de dos años. Murió en el entretanto la reina Católica: vaciló Felipe el Hermoso entre si le soltaría ó no: muére luego Felipe, vuelve D. Fernando á Castilla, y el duque de Valentinois no es ya su prisionero. — Logró escaparse de su prisión, y helo en Viana enarbolando la bandera de su cuñado D. Juan de Labrit, con gran pesadumbre del rey Católico y temor del papa Julio II.—Parecía que con este refuerzo la causa del rey legítimo había de triunfar definitivamente en Navarra; pero tenía Dios dispuesto que el que había sido terror de los Ursinos en la Romaña y conquistador victorioso en Milán y Nápoles, consumando hazañas que habían llenado de asombro y de espanto á Italia, viniese á encontrar una muerte oscura á manos de unos guardias del conde de Lerin en un barranco cerca de Mendavia. Quedó el rey D. Juan privado de este esforzado paladín, en quien creyó ver un providencial sostén de su corona; pero contaba con refuerzos del condestable de Castilla y con los que iban á enviarle los condes de Aguilar y de Nieva, y unido esto á la muerte del conde, ocurrida en Aranda de Jarque, todavía pudo prometerse con fundamento tener fuerza y prestigio suficiente para dominar la nueva rebelión.

Continúa por algunos años en jaque la corona que ciñen don Juan y D.ª Catalina por las intrigas del rey Católico y del rey de Francia, y por los esfuerzos del primogénito del conde de Le-

(1) Traidoramente por cierto, como se verá en su lugar oportuno.

rin, heredero de los bríos y de la intranquilidad del padre, y es de creer que si hubiera sido éste de carácter menos arrebatado para seguir con calma los consejos del castellano, aquella corona hubiera venido á tierra antes de la hora en que se verificó su caída. No aprobaba D. Fernando la guerra abierta que á D. Juan hacía el nuevo conde: quería que la hiciese *por vía de maña ó furto*, según tenían convenido, porque el poco secreto guardado en el negocio había hecho que la empresa fracasase, tomando los navarros precauciones. Consérvase en el Archivo del reino la instrucción ó cédula que el secretario Miguel Pérez de Almazán escribió para el de Lerin por mandato del rey en Julio de 1509, y que acompañó á la carta de la propia fecha en que D. Fernando le amonestaba á proceder con menos ruido y más cautela; y de ambos documentos te doy, amigo lector, lo que hace al caso para el propósito con que te cito estos hechos, es á saber, para demostrarte que la maña y el engaño eran medios reconocidos como lícitos en la época de la formación de los grandes estados europeos. Leo en la carta y en la cédula que la acompaña estos significativos pasajes: «parece que quereis entender »en ese vuestro negocio de otra manera que conmigo quedasteis »concertado, y no debeis de exceder de aquello en ninguna ma»nera; mayormente estando la otra parte, por la manera y poco »secreto que se ha tenido en el negocio, tan avisada y preve»nida; antes debeis ahora disimular para que despues podais »tener la manera que me dijisteis, como mas largamente lo »digo por la cédula que va dentro de esta».—Cédula: «Dice »Su Alteza, que ya sabe el Condestable, que quedó concer»tado que había de trabajar de tomar por furto alguna cosa »buena, si pudiese, y despues de tomada, que Su Alteza man»dase.... que se la ayudasen á defender; y que por lo que ago»ra escribió el Condestable á Su Alteza, de la gente que pu»blicamente envia á demandar á sus parientes y amigos, y de »su determinacion, parece que quiere entender en lo de Nava»rra, no por via de maña ni de furto, sino por via de fuerza de

»romper abiertamente la guerra, sin tomar primero nada por »furto ni por trato, y que para esto nunca Su Alteza dió licen»cia ni facultad».— «Por esto dice Su Alteza que por agora »disimule el Condestable, para que despues pueda entenderse »en el negocio de la manera que con Su Alteza quedó concer»tado; y que no faga cosa de otra manera; é que si pudiere »tomar alguna buena cosa por trato ó por furto, que la tome, »y que los de Su Alteza se la ayuden á defender despues» (1). — Al mismo tiempo daba orden secreta á D. Juan de Silva su capitán general en la frontera de Navarra, para que ayudase al conde en la empresa de recobrar sus estados; y otra orden á la provincia de Guipúzcoa para que, en el caso de que el general D. Juan de Silva le pidiese gente contra Navarra, reuniese la necesaria. Era de tal modo reservada la orden transmitida á Silva, que comienza diciéndole: «*Lo que esta dice guardadlo secreto y no lo comuniqueis á ninguna persona*». Concluye de esta manera: «por ende yo vos encargo y mando, que si el dicho »Condestable tomase algunos lugares ó fortalezas de los de su »estado, le deis para defenderlos la ayuda que pudiéredes, que »para en tal caso vos envio aquí cartas para que toda la gente »de aquella frontera y de su comarca se junte con vos y faga lo »que vos».

XI

El pleito que D. Juan y D.ª Catalina seguían en el Parlamento de París contra el conde de Etampes, hijo del señor de Narbona, ya difunto, contribuía también á favorecer la profunda reforma que se anunciaba para lo porvenir en la demarcación de los estados europeos: porque en ese pleito, el rey de Francia, por favorecer al conde, proponía como transacción que se divi-

(1) Archivo del Reino, Sec. de guerra, leg. 1, carp. 49.

diese el reino de Navarra en dos partes por la línea de los Pirineos, dando una parte al conde. Coadyuvaba á esta partición en cierto modo el parlamento de Tolosa, el cual había decidido que el señorío de Bearne, propio de los reyes de Navarra, debía ser confiscado y aplicado á la corona de Francia por no haber hecho el pleito-homenaje debido. Las cortes del reino protestaron patrióticamente en 1510 contra semejantes divisiones y despojos, declarando que por si algunas gentes de armas osasen penetrar en el territorio navarro para moverle guerra ú ocupar alguna parte de él, *fueron contentos, quisieron y les plugo se cumpla por entero lo quel fuero del regno dispone; è si la necesidad fuere mayor, dispensando con aquel mediante la autoridad real de sus Altezas, serán contentos y les place quedar en obligacion de ir con sus personas y faciendas todos en su servicio è defension del regno* (1). Pero la corriente de la época había de prevalecer á despecho del patriotismo, y las mismas cortes del reino enviaban en Febrero de 1511 diputados al señorío de Bearne, á cuya cabeza iba el reverendo prior de Roncesvalles, para acordar lo conveniente sobre la pretensión del rey de Francia de dividir los estados de Navarra. Navarros y bearneses se confederaron, es cierto, para que si algún rey, príncipe, duque, conde ú otro poderoso señor quisiese hacer guerra en Navarra ó en el señorío de Bearne, ambos países unidos, y las gentes de ellos, se ayudasen recíprocamente: y no podía esperarse otra cosa de tan leales patricios; mas el gran peligro para el reino no estaba en la parte de allá del Pirineo, sino en Castilla. Francia amagaba hostilidades; Castilla, sin amagos, las ponía por obra. Estaban los reyes D. Juan y D.ª Catalina en observación en sus señoríos de Francia, excusándose de regresar á Navarra adonde les llamaban las cortes, alegando que las novedades que el francés intentaba se lo impedían; y llega el día 19 de Junio de 1512, hallándose reunidas las cortes en Pamplona, y sin darles tiempo de

(1) Del mismo archivo y la misma sección, leg. 1, cap. 52.

acabar la minuta del discurso ó proposición que según costumbre había que leer á los representantes del país, ponen en sus manos cartas urgentes de sus embajadores, que les participan no contentarse ya su tío el rey Católico con la ratificación de los anteriores tratados de paz hechos entre los reyes de Navarra y D. Fernando y D.ª Isabel, que era lo único que les había pedido en Tudela por medio de su embajador Mosén Pedro de Ontañón, sino que ahora les exige la ampliación de aquel trato y la cesión de algunas fortalezas en garantía de su cumplimiento. Sorprendidos los reyes, sin terminar el discurso que se había de leer en las cortes, se dirigen á éstas manifestándoles lo ocurrido, en un cuarto artículo que hicieron agregar á los tres que tenían redactados, el cual termina de esta manera: *por la quoal causa, por no haber tiempo, dejamos de hacer la dicha proposicion: pensar podeis no estamos sin gran cuidado que à esta coyuntura tales cosas se nos demanden.*—Los ejércitos castellanos estaban ya en movimiento; notábase por todas partes grande aparato de gente armada: respirábase aquel ambiente extraño que suele invadirlo todo cuando el instinto presagia públicas calamidades. Las cortes, llenas de indignación, acuerdan levantar en seguida 300 caballos y 4000 infantes de los más útiles para la defensa del reino, á cuyo fin se dictan las disposiciones convenientes; y más adelante, en 17 de Julio, se ratifica lo acordado, con nuevas prevenciones, y se manda que todo el reino se ponga sobre las armas para estar pronto al llamamiento del rey y de sus capitanes y merinos. Siete días después, el 24, preséntase el ejército castellano sobre Pamplona. En esta misma fecha Gonzalo de Mirafuentes, comandante de la caballería enviado de Tudela, escribía á su Ayuntamiento desde Tafalla: «*en esta villa de Tafalla habemos llegado hoy sábado en amaneciendo.... Diré lo que he sentido despues que aquí soy llegado, y es que D. Luis de Beaumont cenò anoche en la casa de Arazuri y el real de toda la gente castellana está en el dicho Arazuri, y así hoy he supido que el rey nuestro Señor está en Lumbier y he deliberado hacer saber*

á Su Alteza cómo he llegado aquì en Tafalla con la gente de caballo desa ciudat, porque me ha parecido no pasar mas adelante sin que Su Alteza mande de nosotros lo que mas fuere su servicio. Tambien les hago saber cómo Martin de Goñi y Mosen Juan Belez entraron ayer en Pamplona con mil y quinientos ballesteros: dicen està la ciudat con mucha gente y muy buena y las puertas abiertas: Dios dé vitoria à Sus Altezas como sus reales ánimos desean. Acá, Señores, hallamos à tan grant recapdo estas villas, que no parece sino que todo el mundo viene. Nuestro Señor vuestras muy magníficas personas guarde.» El buen comandante no sospechaba lo que ya en Pamplona estaba sucediendo. Siempre en los postreros momentos de las dinastías suelen coincidir las risas con las agonías.

Los cuadros de estas postrimerías ofrecen sin embargo interés y escenas muy pintorescas. Te los describo sumariamente. El ejército castellano, mandado por el famoso duque de Alba, se sitúa sobre Pamplona en el campo llamado *la Taconera.*— Viéndose la ciudad sin medios para resistir y sin esperanza de socorro, resuelve su entrega al duque, precedida de una capitulación cuyos artículos le presentan los diputados de Pamplona. —La reina y la familia real trasponen los Pirineos y se establecen en Orthez.—El rey D. Juan entabla negociaciones desde Lumbier con el duque de Alba.—Vese obligado el rey á salir de Navarra y se refugia en sus estados de Francia. Le siguen el mariscal D. Pedro, el condestable D. Alonso de Peralta y otros muchos caballeros y consejeros de los reyes, entre ellos D. Juan de Jaso, señor de Javier, Presidente del Consejo y padre de San Francisco Javier. También le acompañan muchos del partido beamontés.—Siguen los pueblos el ejemplo de la capital y se van entregando al castellano: algunos, como Lumbier y los del valle del Roncal, precediendo formales capitulaciones. —Penetra por la frontera de Aragón otro ejército del rey Católico: viene á su frente con su sombrero morado el arzobispo de Zaragoza D. Alonso, hijo natural de D. Fernando, el cual

invade la merindad de Tudela é intima la rendición á la ciudad de este nombre. — Sigue ahora un hecho glorioso que se representa mal en pintura, pero cuya explicación suple una larga filacteria: y es la respuesta que da la fiel Tudela á la intimación del arzobispo. Dícele cuánto le admira que se imagine que es ella capaz de faltar á la lealtad debida á sus monarcas, y añade: *siempre habemos creido que si alguno contra nuestra fidelidad nos quisiese en algo tocar, V. R. seria el primero en nos amparar y defender....* (1) *et cuando lo contrario hiciésemos, lo que ninguno podia creer que lo tuviese á bien, V. R. debia resistirlo.* — Viene después otro cuadro del mismo género, en que está figurado el Ayuntamiento de Logroño, solemnemente reunido en cabildo, dictando por boca de su alcalde á un secretario la siguiente contestación á un requirimiento meloso y estudiado del rey Católico, el cual cariñosamente le echó en cara que teniéndola él tánto amor sea la última en reducirse á su obediencia: « *ni Dios nuestro Señor quiere* (le dice), *ni es su voluntad que nosotros creamos que vuestra Excelencia, siendo tan justo y católico Rey, quiera ni mande enturbiar tan lucida y clara fidelidad de tan querida y amada ciudad, ni la desee con tan malo, feo y abominable renombre.* — Amaño del rey Católico para quitar á Tudela sus escrúpulos en lo tocante á la fidelidad de que blasona: está D. Fernando escribiendo á la ciudad por medio de su secretario, y en el papel en que éste pone la pluma se lee en caracteres diminutos: *debe saber la ciudad que el pontífice, por una bula publicada en Calahorra, ha excomulgado al rey de Francia como fautor principal de los cismáticos, y á todos los que le siguen; y que por tanto es un crimen guardar fidelidad á los reyes de Navarra.* — Cuadro que sirve de complemento al anterior: el deán de Tudela recibe los privilegios que le otorga Su Santidad Julio II, y la bula en que están consignados presenta esta letra en miniatura: .... *Sanè charissimus in Christo*

(1) Aludiendo á su sagrado carácter é investidura pastoral.

Filius noster Joannes Rex, et charissima in Christo Filia nostra Catharina Regina Navarræ illustres, etc., con lo cual se ha querido dar á entender que no solamente no están excomulgados los reyes de Navarra, sino en buena correspondencia y amistad con el pontífice Julio II, supuesto que, en los días mismos en que el rey Católico decía que estaban incursos en el anatema fulminado contra el rey de Francia, se dirigía el papa á ellos llamándolos *sus ilustres carísimos hijos en Cristo reyes Juan y Catalina.*—Desesperanzada Tudela de recibir los socorros que había pedido á los reyes, y viendo que todo el reino ha jurado ya al rey Fernando, se entrega á éste, al cual prestan su obediencia en Logroño los mensajeros de la ciudad.—El obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña (á quien ahorcará andando el tiempo el alcalde Ronquillo como jefe de los comuneros), pasa de embajador del rey D. Fernando cerca de los destronados reyes de Navarra, pero le detienen los bearneses, le prenden y le maltratan como á espía.—Propónese el duque de Alba ir al Bearne á vengar la injuria hecha al obispo; pero la agitación de los pueblos que esperan ver llegar al rey al frente de un ejército francés, le detiene, y para asegurarse de la fidelidad de los pamploneses, les exige juramento.—Júntanse por orden suya los vecinos principales en el convento de San Francisco, donde les dirige una arenga para justificar la conquista de Navarra, y luégo les hace jurar.—Juran los pamploneses protestando que lo hacen como *súbditos*, no como *vasallos* (1), y este lema aparece escrito en lo alto del tablero que representa la escena.—Realizado por el rey Católico su plan, olvida la alianza con los ingleses y la empresa sobre la Guiena, y manda un embajador al rey de Francia, á quien antes tildaba de excomulgado, ofre-

(1) Refiérese que al formular esta propuesta los pamploneses, les preguntó el duque de Alba qué diferencia había entre vasallos y súbditos; á lo que ellos respondieron: *vasallo* es aquel á quien el señor puede tratar bien ó mal, á su antojo; pero el *súbdito* debe ser siempre bien tratado; y que entonces el duque les aseguró que el rey Fernando les trataría con todo amor; y entonces juraron.

ciéndole su alianza y ayudarle en la recuperación del ducado de Milán siempre que él por su parte no intervenga en las cosas de Navarra.—Niégase el francés á oir la embajada del castellano, y traba alianza con el destronado rey de Navarra para la recuperación de su corona.—Levantan entre ambos un ejército considerable, en el que militan 7000 hombres de la fracción agramontesa, y divídese en tres cuerpos que mandan el rey D. Juan, Francisco de Valois conde de Angulema (más adelante gran rey de Francia con el nombre de Francisco I), y Carlos de Borbón duque de Montpensier.—Avanza el rey de Navarra con 2000 alemanes, 4000 gascones y 1000 hombres de armas que hacen 3000 caballos, además de los 7000 navarros conducidos por los agramonteses; atraviesa los Pirineos por entre Aezcoa y Roncal, y baja á Burguete sin ser sentido. Mr. de la Paliza, su capitán general, bate la plaza que estaba bien guarnecida de castellanos, y abierta la brecha, la entra y pasa á cuchillo á todos sus defensores.—Entre tanto el duque de Montpensier y el conde de Angulema se dirigen á Guipúzcoa; toda la nobleza de esta provincia y de Vizcaya se encierra en San Sebastián: sitian la ciudad los franceses mandando las operaciones el famoso Lautrec; pero los sitiados rechazan hasta ocho asaltos, y el ejército auxiliar, extenuado con las grandes pérdidas que experimenta, se ve precisado á levantar el asedio.

Omito irte explicando los otros mil asuntos relativos á la intentada reconquista, donde figuran con varia fortuna, ora como vencedores, ora como vencidos, los héroes de estas dolorosas peripecias, en que siempre corre sangre española siquier mezclada con la extranjera. Los personajes de este largo drama, ya los conoces: en una y otra parte campean grandes figuras, capitanes esforzados, sagaces políticos; en una y otra parte también al verdadero mérito se asocia una gran perfidia, que el siglo de Machiavelo disculpa, y aun aconseja, si la abona la *razón de Estado*. Sólo en el pueblo navarro se ven de vez en cuando retoñar los nobles instintos de equidad y de independencia, inspi-

radores de las gloriosas protestas de que está llena su historia. No le preocupa á ese pueblo si la causa de su rey va ó no envuelta en la causa extranjera que su patriotismo odia: bien ve que D. Juan de Labrit ha tenido que levantar el sitio de Pamplona, donde ha sido rechazado por los castellanos; sabe también que sus dos ejércitos auxiliares, el de Angulema y el de Montpensier, se han retirado con poco fruto del asedio de San Sebastián; no importa: noventa roncaleses de á pié y cinco de á caballo tienen ocasión de caer sobre la hueste de 600 aragoneses que envía de refuerzo desde Olite á Pamplona el arzobispo de Zaragoza, y la deshacen á media legua de San Martín, dejándolos á todos en camisa. Pues al tornar al camino de Francia por los desfiladeros de Velate y Elizondo, ya cubierto de nieve el Pirineo, los tres ejércitos combinados, en los cuales libraba el destronado D. Juan su esperanza de recobrar la corona, sufren una nueva derrota: atacada de improviso la retaguardia por los guipuzcoanos y montañeses que la acechaban, hicieron en ella una mortandad que renovó la memoria de la rota de Roncesvalles, tomando á los franceses doce cañones que llevaron en triunfo á Pamplona.

Las agonías del reino de Navarra son largas y dolorosas: no acaban con su incorporación á la corona de Castilla, proclamada en las cortes de Burgos de 1515, sino que se perpetúan, á despecho de las declaraciones oficiales, por la misma vitalidad propia de todo Estado no decrépito, violentamente anexionado á otro en fuerza de una combinación política que el éxito corona. Aplica el oído á las narraciones históricas de aquel tiempo, aunque procedan de escritores apasionados por uno ú otro partido: te parecerá estar contemplando la pavorosa catástrofe final que aguarda el mundo: por todas partes movimiento de ejércitos, rodar de máquinas de guerra, incendios de poblaciones, asaltos, muros aportillados, castillos hundidos, campos asolados, el polvo de los caseríos deshechos cayendo en vertiginosos remolinos sobre los templos y palacios, juntamente con los

lamentos ó las imprecaciones de los pacíficos labradores arruinados por las contiendas de los grandes ambiciosos... Y el cielo entretanto burlando con sus tremendos y ocultos fallos las locas esperanzas de los poderosos, porque muere Julio II frustrándosele á su partido el proyecto de arrojar de Italia á los españoles después de haberse servido de ellos para expeler á los franceses; y muere á los dos años Luís XII de Francia, y su sucesor, Francisco I, recupera el ducado de Milán; y al año siguiente muere el rey Católico, y en el mismo año bajan al sepulcro el rey D. Juan de Labrit, á quien sigue dos años más adelante su mujer D.ª Catalina.—Hay un momento en que el emperador Carlos V parece inclinado á favorecer al hijo de D. Juan, Enrique de Labrit, á quien vemos, sostenido por un poderoso ejército francés, recobrar en unas cuantas jornadas á casi toda Navarra; pero el hado le es contrario, y el temerario ardor del mismo caudillo, señor de Asparrot, que ha comenzado la reconquista con tan felices auspicios, es la causa de que ésta se malogre, porque aventurando sin preparativos una batalla campal en Noain, es arrollado por el ejército castellano que manda D. Francés de Beaumont, con muerte de cinco mil franceses y algunos caballeros navarros, entre ellos D. Carlos de Mauleon, D. Juan de Sarasa, el capitán San Martín y Carlos Navascués, quedando él prisionero de guerra, y ciego de resultas de una herida. Con esta señalada victoria sobre el ejército francés, Pamplona y todos los pueblos de Navarra vuelven á la obediencia de Castilla.—Una leve llamarada produjo luégo el partido agramontés, cuando á favor de la guerra declarada entre el Emperador y Francisco I, el Almirante de Francia, Guillermo Gufier, ocupando la comarca de San Juan de Luz, tomó el castillo de Poeñán, en las montañas de Roncesvalles, y después ganó á Moya; pero se extinguió como fuego fatuo así que el virrey, conde de Miranda, recuperó esta plaza, y Carlos V entró en Pamplona, dando orden para que sus ejércitos penetrasen en Francia hasta el señorío de Bearne y los otros estados de Enri-

que de Labrit (1).—Sometiéronse al Emperador los principales agramonteses, prestando juramento de fidelidad en Burgos, donde estaba la corte. Á todos fueron restituídos sus bienes y oficios: D. Pedro de Navarra obtuvo su mariscalía y el marquesado de Cortes como su padre, y andando el tiempo vino á ser del Consejo de Estado y de Guerra; D. Alonso de Peralta, conde de San Esteban, á quien el rey D. Juan había hecho condestable en lugar del conde de Lerin, fué también reintegrado en todos sus estados y confirmado en el oficio de camarero mayor de los reyes de Navarra, y en recompensa de la condestablía de que quedaba privado, se le dió el marquesado de Falces. De igual generosidad usó Carlos con todos los otros nobles agramonteses. Jamás había experimentado el reino mayor escrupulosidad en la observancia de sus fueros y libertades. La Baja-Navarra siguió la misma suerte; mas reconociendo la gran dificultad de conservar este país y de reprimir las frecuentes correrías de los franceses en él, lo abandonó en 1530, á pesar del vivo deseo de sus naturales de permanecer unidos á la Navarra española, á quienes concedió el goce de los privilegios de los demás navarros y que pudiesen obtener los empleos públicos y militares y beneficios eclesiásticos en todos los reinos de Castilla. La Baja-Navarra se gobernó después por algún tiempo como república independiente, hasta que el príncipe de Bearne, D. Enrique de Labrit, titulado siempre *rey de Navarra*, se apoderó de ella como parte de su antigua monarquía. Pero el reino navarro del Pirineo al Ebro quedó para siempre extinguido.

---

(1) Tomamos de Yanguas, casi al pié de la letra, esta clara y correcta narración del fin que tuvo el reino de Navarra independiente, como método el más sencillo para llegar pronto á la exposición de nuestro particular punto de vista relativamente á la incorporación de ese Estado con la corona de Castilla.

XII

¿No fué providencial esta extinción? Lo fué ciertamente. Los partidarios de la autonomía navarra abominan la memoria de Fernando el Católico porque acabó con aquella corona independiente, fundiéndola con la suya: censuran de un modo acerbo su conducta, por la astucia—digámoslo claramente—por la perfidia con que sorprendió la buena fe de los reyes D. Juan y D.ª Catalina, poniendo el ejército del duque de Alba sobre Pamplona cuando ellos descansaban en el seguro de la ratificación de la paz ajustada con Castilla.—No es posible negar que la conquista de Navarra se hizo *por vía de maña y furto*, y que á la luz de la sana moral fué obra vituperable; pero vale la pena examinar si el concepto histórico-político que un juicio desapasionado forme de esa pequeña monarquía navarra, tal como nos la presentan sus hechos, autoriza ó no la conclusión de que esa corona estaba necesariamente llamada á deshacerse en las sienes de Juan de Labrit. Bien lo presentía éste cuando firmó con su mujer, la reina D.ª Catalina, aquel memorable manifiesto de 27 de Noviembre de 1503, en el cual decía á las cortes de Pamplona: *estamos puestos entremedios de dos tan grandes fuegos, que no sabemos lo que dello se podrá seguir.*

La monarquía navarra vivió siempre con tan grandes alientos, que juzgándola por sus glorias, de grado se olvida la pequeñez de su ámbito: y esto contribuye á que se pierda de vista el principal enemigo de su perpetuidad, que era esa misma pequeñez. Todo reino de exiguas proporciones estaba amenazado de muerte en la época crítica de la formación instintiva de las grandes nacionalidades europeas. Hubo una época—no es posible negarlo— en que Navarra prevaleció sobre Castilla, y fué cuando D. Sancho el Mayor pareció aspirar al imperio de toda España, reuniendo bajo su cetro la tierra que se dilata desde el

Pirineo al encuentro del Tera con el Duero, las tres provincias Vascongadas, Nájera con la Rioja, desde el Ebro hasta la falda de los montes de Oca, la mayor parte del reino de León y la supremacía en Castilla: corona moldeada por sus manos para la cabeza de su hijo D. Fernando. Si ese rey D. Sancho no hubiera partido su reino entre sus cuatro hijos para hacer de una gran corona cuatro coronas pequeñas, esto es, deshaciendo su propia obra, él hubiera anticipado cerca de cinco siglos la unión peninsular. Pero la deshizo porque no había llegado el tiempo oportuno de consolidarla. Por lo demás, este rey tenía la intuición del gran cambio que había de realizarse en lo futuro, dado que al engrandecerse dentro de la Península, mermaba sus estados en lo que excedían de los límites asignados á la monarquía española por la invencible Naturaleza, vendiendo la Gascuña al conde de Poitiers. Nótese el instinto político de Don Sancho: hizo él ni más ni menos que lo que en 1530 volvió con excelente sentido práctico á hacer el emperador Carlos V, abandonando la Baja-Navarra.—También bajo el reinado de D. Alonso el Batallador pudo quedar constituída la hegemonia en la corona del Pirineo: él había destrozado el Emirato de Zaragoza, batido á Guillermo, duque de Aquitania, conquistado los condados de Tolosa y de Bigorre y hecho reflejar el escudo de Aragón y Navarra en las azules ondas del Mediterráneo, llevando sus armas triunfadoras por Valencia y Murcia hasta más allá de la florida Vega de Granada. Pero la obra del Batallador era una mera preparación para el engrandecimiento de la corona aragonesa más que para aumentar el lustre de la de Navarra, donde por el contrario algunos actos suyos, como el de haber cedido al conde de Bearne todo un barrio de Pamplona, antes conspiraban á arraigar la influencia francesa que á consolidar la política nacional.—Pues ¿qué diremos del reinado de los Teobaldos y de sus sucesores? Ya hemos visto que desde Teobaldo I hasta Juan de Labrit fué la Navarra oficial, digámoslo así, una verdadera provincia francesa. No son francesas en verdad las ideas

que inspiraron sus admirables Fueros, pero lo son las leyes nuevamente introducidas, y actos infinitos que originan graves contrafueros y sangrientas colisiones. En el largo período de 1234 en que un conde de Champagne y de Brie es llamado á empuñar el cetro de Sancho el Fuerte, á 1512 en que el rey Católico toma posesión de Pamplona, está Navarra regida y gobernada por franceses. *Casa francesa* denomina Traggia con razón á la dinastía de catorce reyes que ocupa aquel trono en ese espacio de tres siglos, porque ya por varón, ya por hembra, la sangre francesa se perpetúa en ella, como fluyen las aguas de ciertos ríos, que sólo por variar de cauce toman nombres diferentes, dimanando de una misma fuente. Bajo el reinado de estos príncipes, en quienes se enlazan y confunden las ilustres ramas de Champagne, de Capeto, de Evreux, de Foix y de Albret ó Labrit, se hacen francesas en Navarra las costumbres, las nuevas instituciones, la industria, las artes, y en cierto modo hasta la misma lengua.

Tan identificada se halla nuestra pequeña monarquía del Ebro allende con la gran nación vecina, que hasta la Ley sálica se invoca para ocupar su trono cuando muere el rey sin sucesión masculina, aunque semejante ley haya repugnado siempre al pueblo navarro. Felipe el Luengo le ocupa en perjuicio de D.ª Juana, la hija de Luís Hutin, su difunto hermano; Don Carlos el Hermoso, á quien los españoles llamamos Carlos *el Calvo* (que quizá tendría muy buen pelo), entró á reinar en perjuicio también de la misma D.ª Juana; muere Carlos sin sucesión, y vuelve á suscitarse la aplicación de la ley sálica. Pretendía heredarle Felipe, conde de Valois, su sobrino, perjudicando á la referida D.ª Juana, y fué menester que los navarros se opusieran tenazmente á esta tercera postergación para que la reina legítima, D.ª Juana, que transmite la sangre de Capeto á su hijo Carlos el Malo, fuera proclamada por las cortes en Puente la Reina y en Pamplona. El infante D. Juan de Foix, señor de Narbona, tío mayor de la reina D.ª Catalina, como hijo de la abuela

de ésta, la famosa y terrible D.ª Leonor, sale á la pretensión del reino haciendo valer la Ley sálica en contra de su sobrina, y fué necesaria la protección de los poderosos reyes de Francia y de Castilla para asegurar en el trono navarro á la legítima soberana.

¿Influye algo por ventura en contra de la perfecta asimilación de la corte de Navarra á su modelo, la de París, el que príncipes Capetos de carácter independiente ó turbulento, ó codiciosos de engrandecimiento, promuevan guerras con los reyes de su misma sangre, ó tomen parte en las que sostienen, ya con otras coronas, ya con sus magnates rebeldes? ¿Qué importa que Carlos el Malo y su suegro Juan el Bueno se hagan cruda guerra por la devolución de los estados de Teobaldo de Champagne, y que nuestro rey navarro sea prisionero del rey de Francia en Château-Gaillard, en el Châtelet y en Arleux de Cambrésis? Lo que esto significa es que las contiendas de nuestros Capetos con los Capetos y Valois de Francia, son, más que guerras de nación á nación, verdaderas guerras civiles, y aun de familia. Claramente lo demuestran los famosos sucesos de Normandía, de Picardía, de Champagne y de París, que presentan el mismo carácter que advertimos más adelante en las desavenencias entre el rey de Francia y sus parientes los duques de Orleans y de Borgoña. Un rey que tiene en reino extraño grandes estados, y, como Carlos el Malo, más de veinte poblaciones y puertos y castillos en varias provincias de Francia; un rey que dispone del pueblo de otro y á su antojo lo subleva y lo conduce, y le hace tomar sus armas y divisa; un rey que arenga á ese pueblo en su propio idioma y le enardece, y consigue que amotinado le aclame su señor, declarándose en rebelión para con su rey legítimo: ese rey, más que el jefe supremo de una nación extranjera, es un magnate sedicioso de la nación en que lleva á cabo tales hazañas. Carlos, en efecto, disputó al rey Juan el Bueno su corona, y desde el tablado que hizo levantar junto á la tapia de la Abadía de Saint-Germain, cuando se presentó en París re-

ción escapado de la prisión de Arleux, tales cosas dijo al populacho allí congregado por el preboste de los mercaderes, Esteban Marcel, que todos prorrumpieron en aplausos, «protestando que nada se haría sino por orden del rey Carlos; y todos »los parisienses tomaron el color rojo de la librea del rey de »Navarra en sus chaperones ó gorras, taraceándolo con el rojo »de que ellos usaban» (1). Él consiguió que los gremios y los principales ciudadanos de la capital de Francia, invadiendo tumultuariamente el palacio del Delfín, que gobernaba en ausencia del rey su padre, preso en Londres, obligaran á devolverle todos los estados, villas y castillos que había perdido antes del famoso festín de Ruán (2), diciéndole con osadía: *Señor, contentad en todo al rey de Navarra, y sea de bien á bien, porque así conviene.*

Bajo los reinados sucesivos — después del de Carlos III el Noble, en quien se advierten excepcionales conatos de identificación con los patrióticos instintos de su pueblo — se reproducen hechos semejantes, que patentizan la índole y tendencias francesas de la monarquía navarra, y de consiguiente el peligro de que este pequeño estado viniera á convertirse declaradamente en provincia francesa en cualquier apurado trance. No era esto tan inverosímil atendida la versátil condición humana. La desgraciada princesa D.ª Blanca, hermana del príncipe de Viana, no menos desventurado, estuvo á punto de ceder sus derechos á la corona de Navarra en el conde de Armagnac; y así declaró ser su voluntad, antes que renunciar en su hermana D.ª Leonor ó en D. Fernando de Aragón, en la protesta que dejó escrita en Roncesvalles en 1462, cuando el condestable Mosén Pierres de Peralta la llevaba á Francia de orden del implacable D. Juan II á morir envenenada en el castillo de Orthez.

La política nacional, pues, aconsejaba en la época crítica en que nos hemos colocado, que dejara de estar tan directamente

(1) YANGUAS, *Hist. comp: rey D. Carlos II, el malo.*
(2) Á su tiempo contaremos lo que eso fué.

influída por la nación vecina esa provincia navarra objeto constante de la ambición del castellano y del francés. Aragón, que poderoso con su crecimiento allende el Mediterráneo, hubiera quizá aspirado á disputar á Castilla la presa, estaba unido con su antigua rival por el enlace de las dos coronas en los reyes Fernando é Isabel. Castilla, estado guerrero, imponente, inmenso, que en el espacio de cinco siglos, semejante al grano de mostaza de la parábola evangélica, sembrado por Fernán González orillas del Arlanza, creció como árbol robusto hasta tocar con sus ramas en la encantada Parténope; Castilla era la nación á quien una política previsora y la razón suprema del *equilibrio* entre los grandes estados, adjudicaban ese rincón de la Península, verdadera manzana de la discordia entre dos gigantes belicosos.

XIII

No perdamos de vista la situación del mundo europeo en los siglos XIV y XV, y cuánto había cambiado desde los tiempos en que cualquier pequeño estado podía aspirar á los más gloriosos destinos mediante el esfuerzo de su valor y de su fe. No estamos en los siglos de Sancho Abarca, de García el Tembloso, de Sancho Ramírez, de Alonso el Batallador y de Sancho el Fuerte: aquellos altivos pero creyentes guerreros, aunque atormentados por enconosas rivalidades, pusieron siempre su confianza en el Dios de las batallas al cimentar y engrandecer sus estados, con lo cual defendían y afianzaban la Cristiandad. Y aunque las santas revelaciones que tántas veces les alentaron en la víspera del combate fueran meros sueños de su mente exaltada, no por eso es menos evidente su viva fe y el poderoso influjo de la religión en las espléndidas páginas de la reconquista. Todo, en efecto, lo debieron los fervorosos paladines de la

Edad de hierro al patrocinio de los santos, los cuales —ellos los veían —peleaban á su lado las batallas del Señor; y no en vano la antigua piedad reverente alzaba en las comarcas rescatadas y teñidas de sangre infiel aquellos numerosos santuarios, donde no sabemos hoy qué admirar más, si la ingenua y sencilla fe de nuestros mayores, ó las formas ingenuas y sencillas del arte que los produjo. La Madre de Dios, santo prototipo de pureza, de hermosura y de clemencia, flor preciosa que embalsama con su celestial fragancia todas las memorias históricas de la militante fe española, se eleva en la caliginosa noche de nuestra romancesca Edad-media como astro esplendoroso y sereno que guía las rápidas evoluciones de las anhelantes mesnadas, el paso de los caudillos, la diestra de los reyes, el discurso de los consejeros, las deliberaciones de las asambleas eclesiásticas y civiles, la acción del episcopado y del sacerdocio, las provechosas tareas científicas, artísticas y agrícolas del monacato. La Virgen María, ante cuya pudorosa hermosura huyen avergonzadas las hurís del Islam, las walkirias de Odino, las ninfas del heleno y la Maitagarri del vasco, preside á la formación de las haces cristianas, multiplica sus efigies en las gargantas de las montañas, en la brumosa cresta de las sierras, en lo recóndito de las solitarias y enmarañadas selvas, donde quiera que se abate ó desfallece la constancia del soldado; y después que con su aparición, real ó sinceramente imaginada, decide la victoria, permanece entre sus fieles devotos — en Zaragoza, en Covadonga, en Montserrat, en Artajona, en Ujué, en Estella, en Pamplona, en cien templos y altares, — prodigando aun en siglos de escasa fe, dones y gracias á los creyentes que imploran su patrocinio. Á vueltas de luctuosos reveses y de señalados triunfos, mientras las otras naciones cristianas del Occidente se precipitaban armadas sobre el Asia á la voz de Urbano II lanzada en el concilio de Clermont, y al grito de *¡Dios lo quiere!* se unían, torciendo felizmente el curso á la actividad devoradora de los príncipes y señores del desmembrado Imperio de Carlomagno, haciendo posible la cons-

titución de estados regulares, abriendo vías á las relaciones comerciales é intelectuales entre los dos continentes, y, lo que era aún más apremiante, repeliendo la amenazadora barbarie de los turcos, que acababan de reducir á cenizas el floreciente Imperio de los abassidas y amagaban caer sobre Europa trayendo consigo las feroces hordas de los tártaros-mongoles, encaminados por Gengiskan hacia el Occidente; mientras esto lograban con la portentosa obra de las Cruzadas los pueblos más grandes de la Europa latina y germana, la nacionalidad española, cuyo núcleo era Castilla, crecía pujante en su especial cruzada de la reconquista y se dilataba por cuanta tierra fertiliza el undoso y turbio Guadalquivir. Toledo había abierto sus puertas al glorioso Campeador, á aquel héroe de vida semi-legendaria cuya figura homérica admiramos como la más cumplida personificación de la militante fe española en la Edad-media; y aunque el África lanzaba de su abrasado seno contra nuestro suelo—baluarte meridional de la Cristiandad,—sus inacabables ejércitos, primero los almoravides, ignorantes y feroces, y después los almohades, igualmente impetuosos al principio, si bien al fin amigos de las artes y de la cultura, todos los cuales inundaron la Andalucía con sus volantes escuadrones, como inundan las nubes de langostas los campos cubiertos de doradas mieses; el común peligro unió á las diversas monarquías peninsulares y la cruz triunfó á pesar de los desesperados esfuerzos del mahometismo. La derrota de Alarcos, y otras no menos sangrientas, oscurecieron momentáneamente como pardo celaje el júbilo de Castilla enriquecida con la cesión de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa; las guerras de regencia la atribularon asimismo; pero la fe redobló sus esfuerzos, y para defender y acrecentar sus conquistas formó milicias escogidas, únicamente consagradas á la santa empresa nacional, órdenes religiosas y militares á la vez, que amaestradas en los institutos de San Agustín y del Cister, y bajo las sagradas enseñas de Alcántara, Calatrava y Santiago, fertilizaron con raudales de sangre africana en las Navas de To-

losa, en Baeza, en Córdoba, Sevilla y toda la alta Andalucía, los campos devorados por la zizaña.

Muy diferente espíritu animaba á las naciones cristianas en los siglos XIV y XV. La exaltación y triunfo de la Cruz había dejado de ser el objeto supremo de la política de los reyes: había cesado el vigoroso impulso que, comunicado por el genio de Gregorio VII al Occidente, se perpetuó por espacio de dos siglos proclamando la atrevida doctrina del derecho feudal del Pontificado sobre las naciones por la gracia de Dios vencedoras del paganismo y del islamismo; y franceses y alemanes habían puesto término á su cruzada cansados de trabajar juntos. En vano el papa Hildebrando reivindicando la supremacía de la Santa Sede y probando á Enrique IV que como emperador dependía del pontífice por la cesión de Carlomagno, y como rey ceñía una corona electiva, cuya autoridad sólo databa del destronamiento de Carlos el Grueso, se propuso reprimir el desenfreno de los reyes y los escándalos del episcopado, y dominar la descomedida soberbia de los Emperadores que usurpaban al poder espiritual el derecho de investidura. En rigor, las naciones del disuelto Imperio de Occidente habían cumplido su encargo, aunque el sepulcro de Cristo hubiese quedado en poder de infieles. Si después de dejar en los ardientes arenales de Túnez el cadáver del rey San Luís, como prenda de su último sacrificio por la obra colectiva de la Cristiandad, quieren renunciar á la grandiosa fraternidad católica y á la unidad armónica de la Edad-media para entregarse al *individualismo* político, con sus intereses de mera localidad y su secuela de rivalidades de estado á estado, nadie podrá estorbárselo; aunque al renunciar á esa admirable fraternidad, que nunca había conocido el mundo hasta fundarla el Pontificado con el prestigio de la santidad y de la sabiduría, sacudiesen el yugo más suave, el vínculo más feliz que pudo jamás unir á los pueblos en la tierra, cual es el de la *Fe*. La Providencia lo consentirá, porque con sus altos designios no es incompatible el libre albedrío de las naciones; mas no se crea

que las huestes cristianas han cruzado ocho veces los mares para declararse humilladas ante los sectarios del Profeta: no, los vigorosos paladines, defensores de la Cristiandad asediada, se disponen de nuevo á combatir: han mudado de posición, han abandonado el monte y la llanura para ocupar la fortaleza y sus torreones.... El otomano que no desiste de su empresa va á apoderarse de Constantinopla, á invadir la Grecia, á penetrar en Hungría: va á abrir en la ciudadela sitiada una profunda brecha, y si la Cristiandad sufre á un tiempo dos embestidas por sus dos extremos de Oriente y Occidente, divirtiendo al par sus fuerzas escuadras numerosas que la dejan mal defendida en el centro y en Italia, tendrá infaliblemente que sucumbir. Debe, pues, el baluarte de España mantenerse firme é incontrastable y arrojar al enemigo de su recinto, porque los acontecimientos se precipitan y los años pasan como el polvo de los prados en alas del viento; los decretos de la divina Providencia han de cumplirse, y si infiel á su consigna se duerme en la vela el campeón de la cristiandad, otro vendrá que le sustituya, para que por su culpa no sobrevenga la derrota. Si los hijos del vencedor del Salado abandonan en los días de prueba el puesto de honor, en pos de ellos vendrán á ocuparlo los católicos Fernando é Isabel; y ellos llevarán á cabo la grande obra en mal hora interrumpida por estériles contiendas entre cristianos, antes que las proas turcas opriman el fuerte bastión de Rodas.

Pero no lidian ya sólo por la Fe, como lidiaron D. Alfonso el de las Navas y D. Fernando el Santo, ni como lo hicieron D. Alfonso XI en Algeciras, y los Reyes Católicos en Granada; desde el siglo XIV la guerra se hace para la conquista, sin que se tome en cuenta la profesión de fe del conquistado. La ciencia política de las naciones tiene ya por objeto único prosperar y engrandecerse, con entera independencia de aquel centro común, Roma, donde antes residía el supremo árbitro y regulador de los derechos controvertidos. Cierto vago instinto advertía, sin embargo, que era necesario equilibrar las grandes nacionalidades

al constituirlas, á fin de que, una vez roto el vínculo moral y tutelar del Pontificado, no quedase entregado el mundo á la ley del más fuerte. Cuánto dista en sus tendencias de los altos fines para que fué formada la Cristiandad, esta política individualista, no es menester encarecerlo; pero la humanidad quiere mostrarse independiente y libre de toda tutela; la fraternidad, la unidad católica son un obstáculo á su desarrollo según las leyes de la naturaleza: el nuevo Titán anhela recorrer libremente toda la esfera de su actividad nativa: no importa que un mandamiento superior le vede el placer de apurar todos los goces de la conquista; el mundo europeo, adolescente terrible que encuentra el hastío entre los mismos despojos de la victoria, apenas llega á conocer lo que es el ímpetu de las naciones regularmente constituídas, abandona la empresa de la propagación de la fe y se entrega á los peligrosos ensayos de *monarquía universal* que introducen en el corazón de Europa un nuevo incendio más voraz que el de las guerras de religión.

Nos hallamos, pues, al anunciarse la conclusión de la monarquía navarra, en una época singularmente crítica: asistimos, digámoslo así, á la formación de la nacionalidad española, que ha de contrabalancear el peso de la nacionalidad francesa. Esta formación, no hay para qué negarlo, tiene que ser obra, más que de fuerza, de astucia, de maña, de solercia si se quiere, y ya hemos visto cuán ricos de medios de este género se presentan los personajes políticos de aquel tiempo. El pequeño reino navarro tiene que ser forzosamente absorbido por Castilla ó por Francia: no puede ser respetada la autonomía de un estado que para subsistir necesita de la protección alternativa de uno de los dos grandes reinos que le estrechan y que á cada instante le cercenan una parte de su territorio.

Alega Francia para *incautarse* de esa hermosa provincia, que Navarra le debe su fe cristiana, reyes, caudillos, obispos, abades, artistas, todo lo que en el concierto de los pueblos europeos la ha hecho brillar como nación culta: que el gran evangelizador

de las Galias y obispo de Tolosa, Saturnino, fué el primero que abrió sus ojos á la luz de la revelación (1); que sus primeros reyes fueron condes de Bigorre de la familia Jimenà; que todos sus monarcas, desde el siglo XIII, fueron de sangre francesa; que han sido franceses algunos de sus más ilustres prelados, como D. Pedro de Roda, verdadero restaurador de la sede pampilonense; Arnaldo de Puyana; Arnaldo Barbazano, que ennobleció su iglesia catedral con obras de primorosa arquitectura gótico-francesa; y Amadeo de Labrit, *que fué tan gran prelado, que demostró con sus hechos la poca razón con que le había desechado el Papa* cuando por primera vez fué propuesto para la mitra de Pamplona (2). Añade Francia que otro esclarecido obispo, Pedro de París, hizo sus estudios en la gran ciudad del Sena: que en sus universidades y escuelas estudiaron los más preclaros abades de algunos monasterios de Navarra, como el de Iranzu y otros; que ella dió á esos monasterios, desde muy temprano, doctrina, santidad y saludables reformas en las falanges que le envió de Cluni y del Cister; que además de reformar en ellos la vida monástica, les enseñó á construir sus templos y claustros de bella y sólida arquitectura, é introdujo en las salas de estudio de sus escribas *(scriptoria)* el nuevo y delicado arte de la iluminación de los manuscritos, los nuevos caracteres de la escritura cursiva y otras utilísimas innovaciones; que de ella aprendieron los artífices navarros á elaborar los preciosos objetos de orfebrería, pedrería y esmalte que constituyen el tesoro de sus templos, los joyeros de sus príncipes, magnates y nobles damas; que ella guió la mano de sus pintores y escultores, mazoneros é imagineros, y dirigió la fabricación de las ricas tapicerías de alto-lizo y de los hermosos paños que disputan la preferencia á los de Inglaterra y Flandes en los guarda-ropas de sus cortesanos; que de Francia llevó Carlos el Malo á Navarra su primer

(1) Esto suponía una piadosa tradición, desmentida por la buena crítica, como á su tiempo diremos.

(2) ALESON, *Anal.*, t. V, cap. X, párr. II.

fundidor de cañones; por último, que Navarra debe á Francia sus cargos palatinos, su etiqueta de corte, sus fórmulas cancillerescas, sus pleito-homenajes, y la benéfica ritualidad de los juicios de batalla y desafíos, y el hallarse con ella tan asimilados sus naturales, que donde quiera que Navarra y Francia han lidiado, ya juntas, ya en partidos opuestos, la gente navarra ha estado siempre mezclada con la francesa.—Castilla, por su parte, hace valer como razones perentorias para ser preferida á Francia, primeramente la situación de su suelo dentro de los límites naturales de la Península ibérica; en segundo lugar, que no es tolerable que tenga aquella un pié tan firme en el territorio de una nación con la cual mantiene luchas seculares; y en tercer lugar —razón la más valedera para la cuestión que se agita— que ha tenido más *maña* que Francia para adjudicarse la presa. Y los hechos sucesivos van á sancionar la astuta política del rey D. Fernando el Católico, porque si éste hubiera cometido la simpleza de dejar á Luís XII tomar posesión del pequeño reino disputado, probablemente Carlos V, declarada ya la rivalidad de las casas de Francia y Austria, no hubiera podido defender su frontera del Pirineo contra la acometida del Sire de Lesparre: y Francisco I, unido con los *comuneros* de Castilla, hubiera acaso logrado trastornar completamente los grandes destinos reservados al Emperador y á la España del siglo XVI, que marca su más brillante apogeo.

Incorporada á Castilla la corona de Navarra, habrá dos grandes naciones donde antes solo había agregaciones de pequeños estados, nunca independientes como creían ellos serlo en su disculpable orgullo provincial: lo que fué inarmónico grupo de pueblos de orígenes y caracteres distintos — León y Castilla, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, las Baleares, etc., — se llamará España; lo que fué reunión, más discorde todavía, de estados arrancados á la primera constitución feudal del destruido Imperio de Carlomagno, é incorporados con los estados extraños al primitivo *Dominio real* y con los de los infantazgos

enfeudados *(féodalité apanagée)*, se llamará Francia. Entre ellos no habrá más divisoria que la eminente cordillera pirenáica: porque del mismo modo que España se *incauta* de la parte de Navarra que se extiende del Pirineo al Ebro, cede á la Francia la otra parte comprendida entre el Pirineo y el Bearne.

Como las golondrinas que después de la invernada en país extraño vuelven á sus nidos; como el polen de una palma va en alas de la brisa á donde le espera otra palma nacida en suelo distante y sin embargo enlazada con aquella por vínculo misterioso; así por singular instinto se dirigieron siempre las aspiraciones de los reyes de Navarra de sangre francesa hacia el país de sus progenitores, y en él con frecuencia ó nacieron sus hijos ó murieron ellos. Teobaldo II, que falleció en Trápani de regreso de la última cruzada, fué enterrado en Pruino, villa de su condado de Brie; — D.ª Juana, la hija de D. Enrique, mujer de Felipe I de Navarra y IV de Francia, llamado *el Hermoso*, murió en Vincennes, y fué sepultada en el convento de San Francisco de París; — D. Felipe, su marido, tiene su sepulcro en San Dionisio, panteón de los reyes de Francia, cerca de la capital; — Luís Hutino murió en el bosque de Vincennes, y como su padre, fué enterrado en San Dionisio; — en el mismo famoso panteón, como su padre y su hermano, fué sepultado Felipe el Luengo, rey de Francia y de Navarra; — Carlos, llamado en su país el *Hermoso* y entre nosotros el *Calvo*, también rey en ambas naciones, en San Dionisio está enterrado; — D.ª Juana, mujer de Felipe el Noble, muere en Conflans, cerca de París, y es inhumada en la famosa abadía donde está el panteón real, al lado de su padre Luís Hutino; — D.ª Blanca, la desventurada hija de D. Juan II de Aragón y de Navarra, murió envenenada en Orthez y fué sepultada en la catedral de Lescar, en el Bearne; — D. Francisco Febo, nieto de D.ª Leonor reina de Navarra y condesa de Foix, muerto también de veneno en su palacio de Pau, es asimismo enterrado en la catedral bearnesa de Lescar; — en esta misma catedral tienen sus enterramientos D. Juan de

Labrit, muerto en el castillo de Sgarrabaca, y su mujer la reina D.ª Catalina fallecida en Mont-de-Marsan;—y allí, en el templo erigido sobre las ruinas de la *Beneharnum* aquitano-romana, descansan el príncipe D. Enrique de Bearne que, como protesta contra la usurpación de D. Fernando el Católico, se tituló siempre rey de Navarra, y su mujer la célebre Margarita de Valois llamada la *décima musa de Francia*.

Singular coincidencia, que hace que la monarquía fundada por Íñigo Arista, si con el nombre de monarquía puede decorarse la Vasconia navarra del noveno siglo, venga á extinguirse allí donde tuvo su principio, es decir, en tierra extraña á la Navarra propiamente dicha, de aquende el Pirineo! La cuna y la sepultura de la monarquía navarra vinieron á encontrarse dentro de un estado mismo: natural era en la generosa sangre francesa la tendencia hacia la hermosa tierra donde brotó como copiosa fuente llena de vida; y sin embargo, cuando á la incierta luz de la fantasía nutrida en las tradiciones navarras creemos sorprender á las melancólicas sombras de los últimos reyes de las casas de Foix y de Albret, cruzando en parejas dantescas las nevadas cúspides del Pirineo y dirigiéndose con lamentables suspiros hacia los palacios donde residieron, desde las heladas tumbas donde hoy descansan sus mortales despojos, casi nos inclinamos á creer que aun después de muertos, aman todavía la tierra navarra española, donde tuvieron sus días de gloria y de martirio.

Al entretenerte con esta prolija *Introducción*, lector amigo, lector paciente, lector benigno, no ha sido otro mi propósito que el de fijar el concepto histórico-político de la monarquía navarra, extinguida por la habilidad de Fernando el Católico; y con toda intención, para que este concepto no pareciera caprichoso, me he detenido en ponerte á la vista multitud de datos y sucesos que marcan, así la verdadera fisonomía de la corte de Navarra en los siglos XIV y XV, bajo los reyes de linaje francés, como la política artera y solapada de los dos poderosos rivales de quie-

nes dependía la suerte del pequeño reino. Ahora que hemos visto claramente que la corona pirenáica, con tanta gloria ceñida por muchos esforzados monarcas de la dinastía peculiar de los reyes de Pamplona y de Aragón y Navarra, los Garcés, los Garcías, los Sanchos, los Alonsos,—batalladores, restauradores, sabios, fuertes,—dejó de ser un Estado independiente para convertirse en cierto modo en provincia francesa, aunque quizá con mayor cultura y brillo que cuando fué puramente española; ahora que nuestra tesis parece demostrada, permíteme que de ella me inspire durante la agradable correría que juntos nos proponemos emprender estudiando la historia, los usos y costumbres, las artes, los monumentos de la hermosa y romántica región navarra, para explicar lo que sin esa noción preliminar no tendría á mi juicio explicación posible, á saber, cómo en este interesante rincón de España abundan tánto las bellezas artísticas de primer orden, haciendo contraste con la inopia plástica del genio nativo; y cómo coexisten en él dos diferentes civilizaciones, una, digámoslo así, europea, ostentosa, gallarda, evidentemente importada del vecino suelo, y otra privativa, vascona, original y propia, en cierto modo primitiva y decadente en cierto modo, aun envuelta en cuanto á sus orígenes é historia en las sombras del misterio, pero admirable por la sabiduría de sus leyes y fueros, por la sencillez de costumbres que mantiene, por la nobleza de los caracteres que forma, por el idioma en que se expresa, por las leyendas que ha sugerido, y por la música en que ha vaciado todo su sentimiento estético—sin reservarse nada para las otras artes—la raza singular éuskaro-navarra.

Sin el conocimiento de estos dos factores, el genuino navarro y el francés importado, todo sería para ti confusión al contemplar los monumentos arquitectónicos y de arte plástica que cubren la tierra del Arga, del Ega, del Aragón y del Ebro, y nunca acertarías á explicarte cómo al lado de unos templos románico-ojivales y góticos de los siglos XIII y XIV, en que se

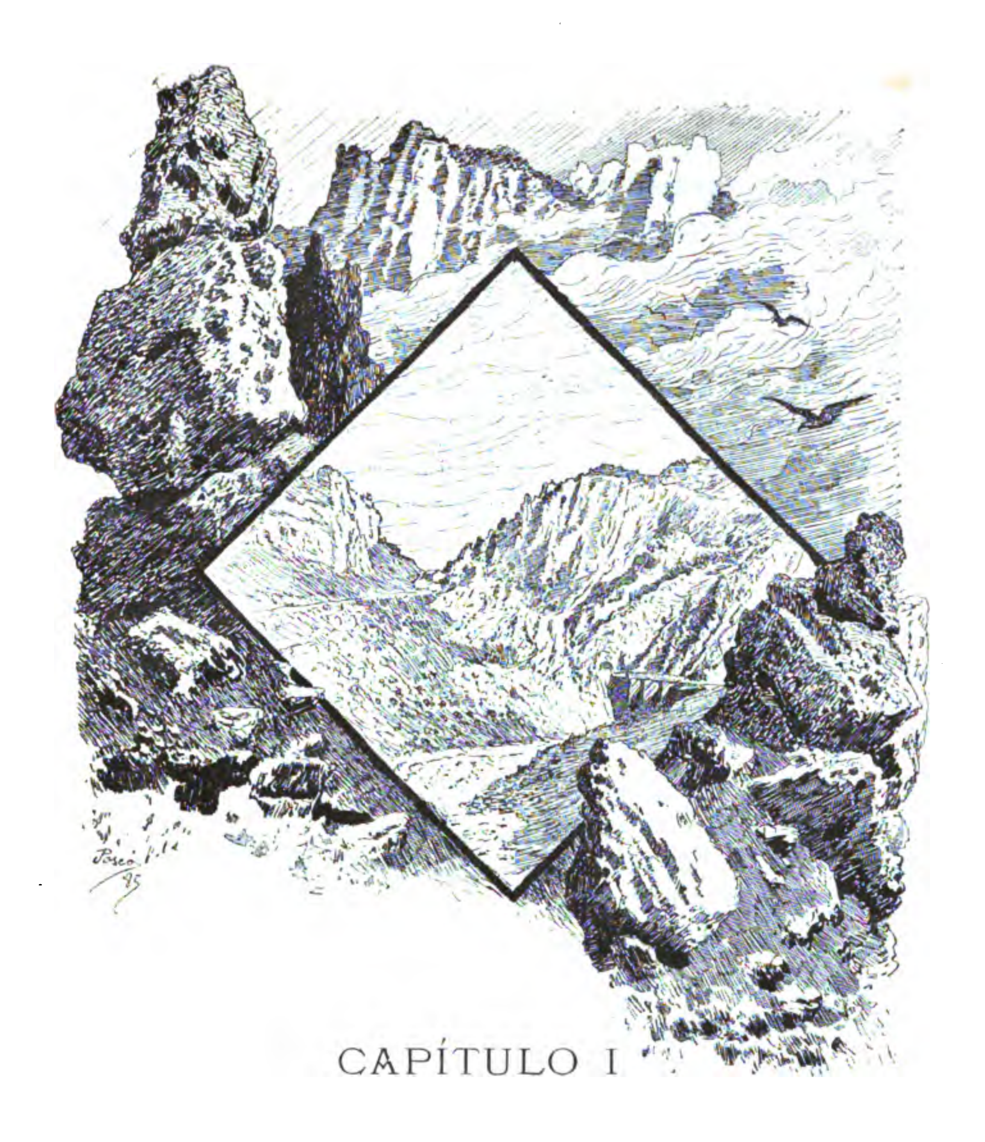
deleita el ánimo, escudriñando bellezas y siguiendo ya los garbosos trazos del arquitecto, ya la primorosa labor del cincel educado en las escuelas de París, de Chartres, de Auxerre ó de Vézelay, se levantan deformes construcciones coetáneas en que no apunta el más leve destello de inspiración. Tampoco podrías sin esa noción previa deducir de las narraciones históricas, impresas y manuscritas, cédulas, escrituras, contratos, cuentas de gastos, etc., la fisonomía, ó sea las formas materiales de una cultura cuyos testimonios artísticos y huellas tangibles han desaparecido.—La pintura mural medio borrada en Pamplona, la aérea galería medio derruída en Olite, los infinitos objetos de arte con que á cada paso se tropieza viajando por Navarra, son enigma indescifrable para el que ignora á qué escuela puede atribuir su ejecución; no así para el que de antemano discierne la patria de los pintores, arquitectos, escultores ó imagineros que concurrieron á la producción de la obra. No he visto tratada esta interesante materia de crítica artística por ninguno de los que me han precedido en la descripción de los monumentos de Navarra: si consigo decirte algo nuevo y útil al írtelos mostrando, daré por bien empleadas las trabajosas excursiones que, sin arredrarme las desvencijadas góndolas, los pulverulentos birlochos y los extenuados jamelgos, ni aun el andar á pié á campo travieso ó por entre pedregales, he hecho en dos diversas ocasiones por los pintorescos valles que se dilatan desde el Pirineo al Ebro y desde el Pico de Anie á la sierra de Santa Cruz de Campezo.

Establecidos estos preliminares, que me era forzoso consignar, paso á enseñarte el gran retablo de Navarra y Logroño limpio de los repintes, retoques y pegotes con que llegó á mis manos deslustrado, y completo en algo de lo que tenía oscurecido; y te le iré mostrando por partes para que ordenadamente contemples, primero el espléndido panorama de aquel suelo; luégo el cuadro etnográfico de sus habitantes, con sus usos, costumbres, naturaleza, aptitudes, creencias, rasgos característicos de peculiar estética, etc.; después las semblanzas de sus más

preclaros varones y los hechos memorables que esmaltan su historia; y, por último, la serie de preciosos monumentos que hacen de aquellas dos provincias (que por sus anales y su arte vienen á formar un solo país) una región de las más abundadas en este género de preseas.—Haga Dios ahora que al exhibirte mi retablo, con bastante fatiga restaurado, no le sobrevenga la mala ventura que corrió el del titerero maese Pedro ante el enojado D. Quijote, el cual, enfurecido de ver á la fiel Melisendra expuesta á caer en manos de los morazos del rey Marsilio, desenvainó la espada y tales tajos y reveses descargó sobre el endeble armatoste, que hizo añicos todas sus figurillas.



NAVARRA



CAPÍTULO I

Cuadro general geográfico. — Orografía. — Hidrografía.
Flora y fauna navarra

La provincia de Navarra, antiguo reino del mismo nombre, dividida en las cinco merindades de Pamplona, Estella, Tudela, Sangüesa y Olite, forma entre los Pirineos y el Ebro, y entre Aragón, Guipúzcoa y Álava, un cuadrilátero irregular con muchas entradas y salidas. Las tres cuartas partes de su superficie son de tierra áspera y quebrada, como que entran en la

formación de las cordilleras del Pirineo y sus ramales, constituyendo, respecto de la parte llana, grandes diferencias, tan perceptibles en cuanto al sistema orográfico é hidrográfico de la provincia, como en sus fenómenos climatológicos. Una ancha faja numulítica, en cuyo centro está Pamplona, corre de Este á Oeste dejando al Norte masas cretáceas y graníticas que puso la naturaleza en el gran muro pirenáico, y dilátase al Sur la planicie de terreno mioceno que da majestuoso lecho al caudaloso Ebro, precipitado de las fragosidades de los montes cántabros hacia el mar Mediterráneo.

La mayor longitud de la provincia desde la barca de Endarlaza, sobre el Bidasoa, hasta la villa de Cortes, es de 147 kilómetros, y desde el mojón de Petrejem hasta los confines de Álava y Castilla en la cordillera del cerro de Cantabria, de 130. Su superficie mide unos 10.200 kilómetros cuadrados, espacio ocupado por una población de 316.899 habitantes (1). Las estribaciones de los Pirineos y las de la Sierra de Aralar que separa á Navarra de Guipúzcoa, se entrecruzan y forman con sus intersecciones una verdadera y enmarañada red. Navarra ocupa el ángulo que dibujan ambas cordilleras, y es como un baluarte en la extremidad occidental de la gran muralla interpuesta por la naturaleza entre la península ibérica y el resto de Europa.

Concíbese que una región tan montuosa como la del norte y centro de esta provincia tenga sus pobladores diseminados en infinitos valles, más ó menos elevados, bañados por multitud de regatos, arroyos, riachuelos y toda especie de aguas corrientes; y también se comprende que sea pobre en productos agrícolas, y de consiguiente escaso en centros de población, un suelo tan cortado por áridos peñascales.

En el sistema orográfico de esta tierra descuellan como

(1) Según el *Censo de la población de España*, formado en 1877 por la Dirección general del Instituto geográfico y estadístico, y declarado oficial por Real Decreto de 11 de Mayo de 1883.

montes principales: la Sierra de Aralar, al oeste, dominando los valles de Aráiz, Aráquil, Borunda y Ergoyena; las sierras de Andía, Encía y Urbasa, al mismo lado; los montes de Aezcoa, al nordeste, con su famoso bosque de Irati, antiguamente muy codiciado de la marina real por la incomparable magnitud y lozanía de sus árboles, y con sus puertos de Alzatea, Olamendia é Ibañeta, que hacen un papel muy principal en las ya seculares contiendas sobre límites entre España y Francia; la sierra de Alaiz, al mediodía de Pamplona, señoreando los valles de Elorz y de Orba; los montes de Eugui, al nor-nordeste de la misma capital, en que tienen aprovechamientos los lugares de Eugui, Erro, Iragui y Cilbeti; los montes llamados Herreguerena y Arteseaga, de seis á siete leguas de circunferencia, que confinan con los Alduides y los términos de Olagüe, Esain, Burutain, Etulain, Egozcue, Arizu y Leazcue en el valle de Anué; los montes Alduides y Quinto Real, desprendidos de la cordillera del Pirineo, los cuales se prolongan al oeste hasta el Baztán, cursados sin cesar por los pueblos fronterizos de Francia con motivo de la cuestión de límites; los montes del Cierzo, que dominan los términos de Tudela, Cascante, Monteagudo, Corella, Cintruénigo y Fitero; y por último la Sierra de Sarvil, al oeste de Pamplona, entre los valles de Echauri y Guesálaz, Goñi y Ollo, y las cendeas de Oza, Olza y Zizur.

Otros montes, en parte eslabonados con los precedentes, debemos también mencionar, por los recuerdos anejos á ellos desde las calamitosas guerras civiles del presente siglo, y son: al sur de las sierras de Urbasa y Andía, las famosas Amescoas, la sierra de Lóquiz y la de Santa Cruz; al sur de Estella, Montejurra y Monjardín; al norte de la misma ciudad, Montemuru y la sierra de Iranzu que se prolonga hasta la Amescoa baja; al sur de Lácar, Lorca y Ciráuqui, monte Esquinza; al sur de Puente la Reina, los altos de Mendigorría y de Leciaga, y el monte de Artajona que sube al nordeste á juntarse con la sierra de Alaiz. Luégo, en toda la parte de levante de la provincia, desde

la frontera francesa hasta el Ebro hay multitud de sierras y montañas, muchas de las cuales, en la extensa merindad de Sangüesa, bajan perpendicularmente de norte á mediodía como gigantescos flecos de la arrebujada faja pirenáica, ó diagonalmente unen estos ramales entre sí: tales son monte Urtiaga y monte Ade, la montaña Iratun, sierra de Labia, el puerto de Roncesvalles, la sierra de Areta, la montaña de Abodi, el pico de Aranzamendi, la sierra de Aldasudurra; los montes Lacuaga, Zalardoqui é Igordoqui, que por oeste y nordeste se internan en el famoso valle del Roncal; las sierras de Navascués, de Olate y de Leyre, que cortan con colosales barreras el terreno comprendido entre el río Salazar, la frontera de Aragón, el río de este nombre y el Irati; al poniente de este terreno y subiendo al noroeste hacia Pamplona, entre el río Izagaondoa y los valles de Lizoain y Egües, los montes de Izaga y Tajonar, y los cerros donde se encaramaron Cemborain y Aranguren. Finalmente, debajo de la línea que trazan el Izagaondoa y su prolongación hasta el río Irati, descuellan la sierra de San Pedro, monte Olaz, monte Andua y las dilatadas montañas de Orba, que vienen á unir la sierra de Alaiz con la llamada *Cantera de Vigus*, extremo meridional de la parte más montuosa de la merindad de Tafalla, cuyo lindero traza el caudaloso Aragón, que igualmente perfila los límites oeste y noroeste de las Bardenas de Cáseda y de las Bardenas reales.

Pero aunque hemos comparado la cordillera pirenáica del noroeste á un gigantesco bastión que presenta España á la Francia, no se crea que esta barrera de natural defensa, cuya línea se dirige por las cimas de aquellas montañas, está trazada por la naturaleza con regularidad; al contrario, las cúspides más altas de los Pirineos no pertenecen á su cresta central, sino que arrancan con frecuencia de las ramificaciones vecinas y de las sierras paralelas ó laterales. Por otra parte, hay picos de nuestros Pirineos que avanzan sobre los llanos franceses, y otros del Pirineo francés, como la Maladetta, la punta de Lardana y el

Mont-Perdu que se internan mucho en territorio español; y la línea de fronteras que corre por los puntos menos elevados del centro, ofrece también desviaciones é irregularidades: así, por ejemplo, los valles del Bidasoa y del Baztán y parte del de Luzaide, pertenecen al país vasco-español, aunque se hallan situados en la vertiente septentrional.—Á esta circunstancia se debe que tan á menudo hayan variado los límites entre ambas naciones, y que sea de todo punto arbitrario el principio según el cual se han trazado. De un mapa de Arsius, el primer obispo del Labourd, que floreció á fines del décimo siglo (en 980), se deduce que el valle del Baztán hasta el puerto de Velate, el valle de Lerin y el territorio de Hernani y San Sebastián hasta Santa María de Arost en Guipúzcoa, se hallaban entonces dentro de su diócesis. «Los Pirineos empiezan en el Ebro y terminan en el Adour», decían á los romanos los antiguos vascones. Injertos en sus rocas, según la pintoresca expresión de Floro, los éuskaros creían formar parte de ellas: no concebían que dando al olvido las identidades de raza, idioma, costumbres y tradiciones, el habitar al norte ó al mediodía de una montaña se alegase como razón suficiente para dividir políticamente pueblos que se tocan y confunden en la intersección de sus valles (1).

Los Pirineos occidentales alcanzan su elevación máxima en su punto de partida, entre los valles de Arán y de Ossau. El pico de Anie los domina: los navarros y los suletinos llaman á este pico *Ahunemendi* ó sea *montaña del cabrito*, y el mismo nombre aplican á toda la cordillera de los Pirineos. Mide *Ahunemendi* 1,200 toesas de elevación sobre el nivel del mar y conserva

(1) Esta observación pertenece al notable trabajo de M. Chaho sobre *Los Pirineos*, del cual hemos de tomar muy apreciables datos para nuestra tarea; mas debemos advertir que si bien podría alegarse esta observación como argumento en contra de una de las razones que á nuestros ojos justifican la conducta de Fernando el Católico con el reino de Navarra, cual era la conveniencia de señalar un límite natural á la Corona de España por el norte, ninguna fuerza tiene si se considera, como habrá podido echar de ver todo el que haya recorrido el Pirineo, que la división política y estratégica de las dos naciones es allí muy fácil de trazar.

todo el año su hermoso manto de nieve (1), por más que doctos geodestas hayan fijado en mil cuatrocientas toesas la altura de las nieves perpetuas del Pirineo en las cimas que miran al norte. Rocas erizadas del modo más extraño forman su diadema y protegen la entrada de sus neveras eternas.

Parece sumergirse la cordillera pirenáica al Este en el Mediterráneo, y perderse al Oeste en el Océano, en el Cabo Higuer, cerca de Fuenterrabía; pero estas dos terminaciones son sólo aparentes: los Pirineos Orientales se enlazan con los Alpes por medio de la *Montagne Noire* y las Cevenas, y los Occidentales que van al Cabo de Higuer son una ramificación lateral ó un contrafuerte de la gran cordillera, de la que se destacan en el valle de Baztán, cerca de la antigua abadía de Atchiola que da su nombre vascongado á esta pequeña sierra. Desde este punto, los Pirineos, atravesando la Guipúzcoa y la Vizcaya, se dividen en dos ramas principales; una de ellas se prolonga hasta el Cabo de Ortegal en Galicia, y otro hasta el Cabo de Finisterre. Así, pues, los Pirineos no son montes aislados en la estructura del globo terráqueo; pertenecen real y geodésicamente á ese anchuroso anillo de montañas que de Oeste á Este abraza todo el antiguo continente, atravesando el norte de España, el sudeste de Francia, contornando la Cerdeña y la Lombardía, y bajando después por la Iliria, la Bosnia y la Rumelia á hundirse con los Balkanes en el mar Negro.—La base granítica de los Pirineos lleva la dirección de Este sudeste á Oeste-noroeste, con prominencias más considerables y más regulares en la parte oriental de la cordillera. Rara vez el granito atraviesa las capas que le envuelven y aparece en la cúspide de los montes: de su dirección subterránea y de sus formas primitivas depende la disposición y dirección de las diferentes rocas y capas que tiene sobrepuestas. ¿Cómo se verificó esta forma-

(1) Lo afirma M. Chaho en su citado trabajo, contradiciendo las observaciones barométricas de M. Ramond.

ción? No lo sabemos: en esta parte la ciencia geológica procede aún por hipótesis. Los partidarios del sistema neptuniano se reconocen impotentes para explicar una creación tan singular: el elemento líquido no puede ser considerado como el generador de las montañas; hay que buscar en otro la causa de la fluidez primitiva y de la consistencia que las rocas adquirieron al enfriarse; y en este principio se encontrará acaso también la explicación de la dirección uniforme del granito, de los estratos, de las fajas y capas terrosas, y del orden de su superposición con arreglo á su sustancia más ó menos fusible. Supone Chaho que la cosmogonía éuskara, bajo la veladura de los mitos, ponía en el fuego central del globo el principio creador, el agente renovador de la tierra, y que la geología ibérica explicaba por ese mismo principio todos los cataclismos terrestres: ciencia primitiva que la ciencia moderna confirma. Según el mito éuskaro, copia figurada de la verdad geognóstica descubierta por el Íbero, el fuego central (*Leheren sugue*, ó sea *la gran serpiente*) es el que levanta las montañas y produce las maravillas de su estructura interior arrojando las materias más fusibles á la superficie. El geognosta francés adopta resueltamente este sistema: «Á veces el Océano, dice, como un velo de múltiples pliegues, oculta la misteriosa creación del fuego, y las montañas, después de haber permanecido largo tiempo en su fondo, aparecen cargadas con los extraños despojos del elemento en cuyo seno se formaron. Otras veces las montañas surgen como por encanto sobre continentes llanos y espaciosos, y las repetidas erupciones del lago de fuego agrupan rápidamente sus titánicas masas. Los Pirineos pertenecen á esta última clase. Sin embargo, en un monte de la cordillera occidental, situado cerca de Salinas, en Guipúzcoa, se han descubierto conchas fósiles incrustadas en mármol azul con vetas de espato.» —La formación de los Pirineos fué, según él, secundaria y parcial en el gran circuito granítico del globo terráqueo, y se lo explica á manera de un reguero volcánico, cuyo curso hubiera ido sembrando como en un surco las promi-

nencias del granito primitivo subterráneo, y cuyos fuegos cruzados hubieran ido formando con regularidad á derecha é izquierda los eslabones de la sierra y sus contrafuertes rectangulares (1). Esta erupción debió de efectuarse — siempre sobre la misma hipótesis del fuego creador central — de Oriente á Occidente: los Pirineos, en efecto, presentan mayor regularidad en la parte del Este, y al mismo tiempo son allí más encumbrados, supuesto que á quince leguas del Mediterráneo su cadena adquiere ya 1,400 toesas de elevación y no se conserva á la misma altura sino á 25 ó 30 leguas de la costa del Océano. Las montañas occidentales son más redondeadas y más bajas: su pendiente es más suave; los temblores de tierra se dejan sentir en ellas con menos violencia; las fuentes minerales que brotan de su seno son de menos alta temperatura; las sustancias aluminosas, ferruginosas, piritosas y los gases, se combinan en ellas en menor cantidad que en las del Este, las cuales son de más eficacia y gozan de mayor celebridad.

El suelo virgen de esas montañas estaría naturalmente revestido en la época primitiva de un desordenado lujo de vegetación parásita; los Pirineos conservarían por largo tiempo sus galas silvestres y los monstruosos seres que la naturaleza depositó en sus infinitos senos. Los vascones tendrían que defenderse de los ataques de enormes serpientes, que periódicamente saldrían de los parajes más húmedos y profundos de los bosques. Semejantes hidras pirenáicas ¿fueron siempre fabulosas? Créese que realmente existieron, pero que favorecida en el continente europeo la producción de esos grandes reptiles en otra era geodésica por una atmósfera más cálida, el enfriamiento posterior del clima, consecuencia de los cataclismos verificados en el globo, habrá hecho perder á esos monstruos su vivaz energía dejándoles sin embargo su tamaño y proporciones.—Las crónicas nos cuentan que en la Edad media no estaban aún libres los Pirineos

(1) CHAHO, *Los Pirineos*, art. II, *Revista éuskara*, t. II, p. 132.

de esos huéspedes espantosos, y que los caballeros de la montaña empleaban en perseguirlos y combatirlos los ocios que la guerra contra los moros les consentía. Son muchas las leyendas que lo acreditan: una de las más entretenidas es la que refiere cómo Gastón de Belsunce libró, á costa de su vida, á los comarcanos de Larramendi del descomunal dragón que tenía allí su antro, y que periódicamente causaba destrozos en aquellos campos, teniendo en continua consternación á sus pobladores (1). Que no todo fué fábula en el suceso que dió margen á esta leyenda, la cual en muchos de sus maravillosos pormenores corre parejas con la aventura de Baldovin, cuando mató á la formidable sierpe del monte Tigris (2), lo prueba el que la ciudad de Bayona, para demostrar su agradecimiento á la memorable hazaña del joven Gastón de Belsunce, regaló á su heredero unos terrenos en St. Pierre d'Irube para que edificase en ellos su casa, y el buen rey Carlos III le elevó un grado más en la jerarquía de la nobleza, concediéndole el derecho de llevar en uno de los cuarteles de su escudo un dragón de tres cabezas, que aún hoy ostentan sus ilustres descendientes. Asegúrase además que la piel del monstruo muerto por Gastón se conservó hasta fines del siglo pasado en la catedral de Bayona, de donde desapareció en la época de la Revolución (3). — Un hecho análogo se reprodujo durante el siglo XVI en el valle de Soule, donde un escudero de la casa de Zaro consiguió matar á otro de estos monstruos. «El prudente caballero (refiere Chaho) atrajo al reptil fuera de su caverna por medio de un cordero vivo, que ató á la entrada para que sirviese de cebo. Había dispuesto bajo el inocente animal una especie de máquina infernal, que estalló en el instante en que el dragón, furioso, se revolvía contra su

(1) Puede verse esta preciosa leyenda de D. Arturo Campión, publicada en cinco números de la *Revista éuskara*, t. II.

(2) Lance referido en *La gran conquista de Ultramar*, cap. CCXLV y siguientes.

(3) V. la nota final á la referida *Leyenda de Gastón de Belsunce*.

presa. Zaro, que había tenido el valor de dar fuego al reguero de pólvora, huyó con la cara salpicada de la sangre y la tierra que saltaron hasta él; la idea de que le seguían, unida al horror que experimentaba, precipitó su carrera; había traspuesto los umbrales de su castillo, y se encontraba ante su esposa, cuando perdió la respiración y cayó muerto sin haber podido proferir una sola palabra.» «No trato (añade juiciosamente) de garantir la exactitud de estos detalles, de los cuales algunos han debido desnaturalizarse al pasar por la boca del pueblo; pero sería difícil el tomar por fábulas hechos consignados en las crónicas y relatados diariamente sin más colorido maravilloso que la poesía de las tradiciones populares.»—La gruta de Balzola, en Vizcaya, tiene fama de albergar en su seno toda clase de monstruos. Cuenta el autor de la *Historia de las naciones bascas* (1), que habiendo sabido algunos jóvenes animosos que los habitantes de una casa vecina á esta gruta oían por las noches prolongados aullidos, que parecían como de mujer, dieron en aquella montaña una batida nocturna, favorecidos por una espléndida luna, y el primer objeto que percibieron á la entrada de la gruta, fué un negro fantasma de rostro humano, que se precipitó en la caverna repitiendo su siniestro alarido. Más adelante veremos cómo en estas tradiciones y en las leyendas populares en que intervienen semejantes monstruos, no puede desecharse todo como contrario á la realidad, sino que hay algún fondo de verosimilitud que merece tomarse en consideración. Estas conjeturas tendrán su lugar oportuno cuando hagamos el bosquejo de las supersticiones y creencias del vasco de la montaña.

De estas grutas existen muchas en todas las provincias vascas, y en la Baja-Navarra hay una de ellas capaz de contener más de diez mil hombres. Servían antiguamente estas cavernas de refugio á los habitantes de los valles cuando ocurrían invasiones de pueblos enemigos, y hasta los mismos guerreros de

(1) D. J. A. ZAMÁCOLA.

las montañas, cuando la suerte les era contraria, se encerraban en ellas para reaparecer luégo y correr nueva fortuna. La gruta de la Baja-Navarra á que acabamos de aludir, lleva en su cima una extraña construcción que llaman en el país la *Torre del diablo*. Es toda de huesos humanos y cráneos, y el color del cemento empleado en ella, petrificado ya por el transcurso de los siglos, prueba que estuvo empapado en sangre. Una pequeña colina oculta la entrada de la caverna. Á estos siniestros monumentos van unidos recuerdos trágicos, algunos de los cuales datan de las guerras de los vascones con los romanos, y otros de las primeras luchas de los montañeses con los celtas. No hay concavidad natural en los países de montaña, llámese antro, gruta, caverna ó cueva, que la imaginación medrosa del ignorante vulgo no pueble de seres fantásticos y monstruosos; pero es innegable que algunas han sido, y son acaso todavía, refugio de seres vivientes que en su prolongada selvatiquez llegan á revestir formas no comunes.

Cien ríos acaso, más ó menos caudalosos, nacen en los Pirineos occidentales y atraviesan las provincias vascas, siguiendo los mil contornos y sinuosidades de los valles para sumergirse ya en el Ebro, ya en el Adour, ya directamente en el Océano. Tírese una línea desde el seno entrante que forman en la frontera norte de Navarra los montes y valles de los Alduides y que corren horizontalmente hasta la sierra de Aralar, y aparecerán á nuestra vista eslabonados unos con otros los montes Sagardegui y Ziola, los puertos de Velate, Arraiz, Larraga, Sospiturrieta, Eradi, Erasun, Utzola, el monte de Aritz, monte Huici y monte Alorta, formando extensa cordillera, cuyas cumbres son la divisoria de las aguas que manando en tierra vasconavarra, como el Bidasoa y el Urumea, vierten en el mar Cantábrico, y las que contribuyen, como el Arga, el Lanz, el Ulzama y el Larraún, á engrosar el caudal del río Aragón, el cual se enriquece además con el tributo del Cidacos antes de confluir en el Ebro. De los tres tributarios mayores que hacen de

este famoso é histórico río uno de los más considerables de la Península, sólo el Arga nace en las montañas de Navarra: el Aragón sale á la luz del día en las fragosidades pirenáicas de la provincia de Huesca; y el Ega viene á Estella, y luégo al Ebro, volcando mezcladas arenas de su doble origen que está en el condado de Treviño y en la Rioja alavesa. — Los ríos secundarios, arroyos y regatos que á la otra banda del Pirineo—de los Alduides al Pico de Anie—se derivan de la gran cordillera, como son el Erro, el Urrobi, el Legarza, el Irati, el Salaya, el Salazar, el Ezca, son casi todos tributarios del Aragón después de unirse unos con otros y de recibir aditamentos de varias corrientes de inferior categoría. No hay río que reciba más parias de las fuentes navarras que el Aragón con ser de origen, digámoslo así, extranjero, porque hasta el Cidacos, para verter en él, contradice la dirección que llevan todos los ramales de que se forma en el valle de Orba, y el mismo Arga, tan poderoso con el tributo que le prestan las corrientes de multitud de sierras, entra en él al llegar á la risueña vega de Villafranca.—Los torrentes que en su rápida carrera vienen á engrosar los ríos principales y secundarios de Navarra, son innumerables: sus aguas, limpias y cristalinas, porque las rocas de donde brotan abundantes, se hallan al abrigo de los desprendimientos de terreno que hacen fangosas las corrientes de los Alpes. De aquí nace que los pescados de los ríos de esta provincia, criados en sus finísimas aguas, tengan la carne apretada y el delicado gusto que los hace famosos entre los gastrónomos.

Los valles principales de Navarra, algunos de los cuales gozan de gran fama por las excelencias de su clima durante el estío, se hallan por lo común encerrados entre los contrafuertes ó sierras laterales del Pirineo que se dirigen hacia la parte llana de aquel suelo. Daremos una ligera idea de los célebres valles del Roncal, del Baztán, de las Amescoas y de la Burunda, dejando á los autores de los Diccionarios geográficos la tarea de hacer la estadística de los infinitos valles de la provincia. —El

valle del Roncal se halla en el terreno más áspero y fragoso del Pirineo, al pié de la cordillera y cercado de altísimos montes: sus pueblos están en la circunferencia de la elevada montaña de Santa Bárbara, que ocupa el centro del valle. Su figura viene á ser la de un cuadrilátero, de unos 38 kilómetros escasos desde el Pirineo hasta los confines de Salvatierra, y unos 16 desde las mugas de Ansó (de la provincia de Huesca) hasta el valle de Salazar. Son sus confines: por el norte, Francia; por el Este, la raya de Garde y Ansó; por el sur, Salvatierra y Castillo Nuevo; por el oeste, el almiradío de Navascués y el mencionado valle de Salazar. Los altos que por el norte le dominan son, marchando desde Aragón hacia poniente, el de Anelarre que mide 6000 piés sobre el nivel del mar; el de Arras y Hernaz, y luégo los de Arragoiti, Guimbaleta, Carchela, Baracheta, Osogorri, Mulludoya y Eserburi, de los cuales salen estribos y collados, todos en dirección de norte á mediodía. Son cinco los brazos principales que parten de esta gigantesca barrera: el de Chamanchoye, que concluye cerca del río Ezca entre Urzainqui é Isaba; el de Garvisa é Igardaena, que finaliza al Este de Isaba en Errezarra; el de Larrondo, que acaba al norte de la misma villa en el alto de Ardividegaña; el de Goyemburu ó Burgui, que finaliza en el monte de San Juan de Ustarroz; y el de Crucheta, que siguiendo con varias inflexiones concluye en los grandes altos de Santa Bárbara y Fabros, encerrando el valle por el oeste. Las faldas de todos estos montes están sombreadas por bosques de hayas, abetos, pinos y otras producciones arbóreas, y manan de ellas fuentes de exquisitas aguas, de que se forman multitud de arroyos y riachuelos. La producción de cereales es escasa en el valle del Roncal, á causa de su clima frío y de la nieve que suele cubrirle en los inviernos; en cambio sus pobladores, repartidos entre sus siete villas, Burgui, Garde, Isaba, Roncal, Urzainqui, Ustarroz y Vidangoz, agregan al cultivo de la patata, de que hace una muy regular recolección Isaba, la cría del ganado lanar en grande escala, apacentado

durante siete meses del año en las Bardenas y otras tierras templadas; los productos de la corta de maderas de todas clases; el tejido de paños burdos, industria reservada á las mujeres; la fabricación de los afamados quesos y requesones, que corren —singularmente los primeros— todos los mercados de Navarra y todas las posadas, buenas y malas, y que lo mismo figuran en el aparador del primer contribuyente que en el mugriento zurrón del bracero; y, por último, los rendimientos de la caza del jabalí y de varias especies de aves, en la cual alterna el roncalés con la persecución de los osos, lobos, zorros, ardillas, buitres y otros animales nocivos de que abunda aquella montañosa comarca.— Del carácter de sus habitantes no te hablo por ahora: llegará el momento oportuno de hacerlo, y acaso no dejará de interesarte lo que de los timbres históricos de los roncaleses te refiera.

El valle del Baztán merece especial mención entre los más risueños y florecientes de la montaña: debería quizá ocupar el primer lugar si sólo se considerasen lo apacible de su clima, el carácter de sus habitantes y lo pintoresco de sus lindos pueblos. En grandiosidad y majestuoso aspecto le aventajan otros valles, porque en esta parte de los Pirineos donde el Baztán se halla situado, parece, según la feliz expresión de un antiguo panegirista de la nobleza y blasones de este privilegiado país (1), como que «se humilla algún tanto la tierra, no sólo para gozar del »riego de las aguas y del abrigo de los montes, sino para que »su fertilidad convide á los hombres á convertir con la cultura »la aspereza en amenidad y la soledad del desierto en abundan»cia, formando entre las quebradas y el desaliño de peñascos »brutos y rocas inaccesibles, unos hermosos valles que convidan »á la habitación, siendo paraísos para la comodidad y alcázares »para la seguridad y la defensa.» Pocas comarcas de Navarra, en efecto, podrán competir con ésta en lo ameno y deleitoso de

(1) D. Juan de Goyeneche, escritor del siglo XVI, autor de la interesante aunque gongorina obra, titulada: *Executoria Antigüedad y Blasones del Valle de Baztán.*

sus verdes campos, que parecen formados por una no interrumpida serie de parques y jardines esmeradamente cultivados.— Hállase situado este valle en la vertiente misma del Pirineo y en la más septentrional de la provincia..... Madoz te dará la posición, las distancias, las medidas de sus lindes por los cuatro vientos, y los nombres de todos los montes que los forman; mi incumbencia no es la estadística y prefiero tomar del panegirista ántes citado la idea del cuadro general que ofrece este paradisíaco suelo: «Se extiende (el Baztán) en la longitud de Septen»trión á Mediodía por 16 millas, doblando la distancia en la »latitud que va corriendo de la parte de Levante á Poniente, »hermoseado y favorecido de las cristalinas fuentes que desde »lo más encumbrado de las montañas hasta lo más humilde del »terreno le riegan y fertilizan, con tal proporción como si fueran »estrellas que bordan el verde manto que la tierra se viste, y »con tanta utilidad de su riego, que no hay parte á quien no »alcance este bien, reduciendo todo el sitio á un continuado ver»gel, y supliendo con la fecundidad la brevedad á que se ciñe el »distrito, pues abunda de cuanto necesita la vida humana, sien»do tan fértil la tierra, que rinde una misma dos ó tres frutos »al año; y tan rica de preciosos minerales, que hasta ahora se »reconocen en sus montes los pozos de oro que abrieron los ro»manos; pero los que al presente se labran son las copiosas »venas de acero y hierro que sirven para forjar armas destina»das á la defensa, para cultivar los campos, y para el comercio »con los forasteros. Considerando á este delicioso valle tan »abundante de regalados frutos, tan proveído de cuanto necesi»ta la vida humana, y tan murado de las fragosas sierras que »le sirven de baluartes, parece que la Naturaleza, con particular »estudio, formó un Alcázar y le abasteció con tanta providen»cia, como quien lo quería hacer incontrastable á las fatigas del »hombre y á los combates de extraña violencia.»

Dentro de sus confines tiene el Baztán catorce pueblos, Almandoz, Berroeta, Aniz, Ciga, Oronoz, Arrayoz, Irurita, Gar-

zain, Lecaroz, Elizondo, Elbetea, Arizcun, Errazu y Azpilcueta. Elizondo es el más céntrico, donde existe la casa municipal llamada *Casa del valle*. Dentro también de su radio tiene montes de considerable altura, entre los cuales son notables el Legate, el Achuela, el Goramendi, el Alcurrún, conocido en Francia con el nombre de Pico del Mediodía *(Pic du Midi)*, y el Alarzán. Como escalones de estos montes hay otros de menor elevación que cortan el terreno en distintas direcciones formando risueñas vegas, todas perfectamente cultivadas. Tiene además este valle muchos prados artificiales regados por un sin número de fuentes que bajan precipitadas de las montañas, á veces en forma de vistosas cascadas. Los numerosos arroyuelos que le cruzan en todas direcciones, su hermoso arbolado, con el que alternan extensos prados cubiertos de vigoroso helecho y verde musgo, sus caseríos que parecen toques de blanco esmalte, diseminados por todas partes; los rebaños tendidos por las laderas, el grave mugido de las vacas y el balido de los corderillos, forman un conjunto que cautiva al viajero después de atravesar las áridas llanuras de Castilla. No es este cuadro una mera perspectiva dispuesta para recrear el ánimo: es el hermoso aspecto de una vida venturosa hasta donde puede serlo la del *hombre nacido de mujer*, porque representa la paz y la alegría que gozan los baztaneses sin más patrimonio que su modesta industria pecuaria. Con esos prados, que sufren dos y tres cortes de hierba cada año, la cual se guarda en los desvanes de las casas, mantienen ellos y ceban el ganado vacuno; con el helecho que siegan en otoño, hacen las camas para las vacas, y reduciéndolo á estiércol, abonan sus tierras, frías y flojas, y las hacen producir, obteniendo á fuerza de trabajo, cereales, legumbres y otros frutos, y siendo de notar la gran cantidad de nabos que de ellas recogen para alimento del ganado vacuno en el invierno. De esta manera, allí la tierra de cultivo nunca descansa, y un suelo nada feraz por su naturaleza, está siempre produciendo.—Una de las cosas que más contribuyen á la amenidad y hermosura del valle, es su río, bas-

tante caudaloso y abundantísimo en truchas y anguilas, que toma el nombre de *Bidasoa* en el puente de *Baztanzubi*, á las inmediaciones de Santesteban, el cual tiene su nacimiento en las vertientes del pueblo de Utsondo y de los de Izpegui é Inarbey. Durante el curso de este río por el valle, se le agrega la regata de Echaide, y luégo la de Arbioz, y por último la del Marín, donde se juntan las aguas que bajan de Velate y Odolaga.—Además de este río Bidasoa que atraviesa todo el valle saliendo para el contiguo de Bertiz Arana, se forman en las montañas septentrionales otros tres menos caudalosos, el Orobidea, que por Urdax se dirige á San Juan de Luz, el Arizcun y el Urrizate, que por Vidarrey corren á verter en el Nive.

Á pesar de ser de menor elevación que los del norte del Roncal los montes más altos del Baztán, los hay en este valle que te ofrecen panoramas encantadores: los más hermosos se desplegarán á tu vista si me acompañas en una pequeña excursión desde Urdax á Elizondo, es decir, desde unos pocos kilómetros antes de entrar en el Baztán propiamente dicho. Hemos tomado el camino que baja á Navarra desde el puente de Dancharinea, que marca el punto preciso donde el Nivelle nacido en nuestra montaña entra en territorio francés: hemos dejado la villa de Urdax asentada en su amenísima vega, con el arruinado monasterio de San Salvador que sirve de ejecutoria á su respetable antigüedad histórica, y nos hemos encaminado por las alturas de Urtamendi y Aguirre hacia el puerto de Otsondo, desde el cual parece que tocamos con la mano la cresta de Maya. Poco antes de que llegues á esta elevada cumbre, vuélvete al norte á mirar el camino recorrido, y espaciarás tu vista por un inmensurable y variado paisaje de los que nunca contempla el viajero sin envidiar al águila sus alas. Ves á tus piés como un inmenso mapa geográfico de esmalte verde y gris, y amarillento y azulado, en que distingues el Fuerte de Peña Plata á la izquierda de Urdax, y más inmediato Zugarramundi, y más allá Landívar, y, ya en tierra francesa, la ruta de Ainhoa á Espelette, y más al norte todavía,

precedido de vistosos caseríos diseminados por una campiña siempre verde, Uztáriz y todo el territorio *(arrondissement)* de Bayona. — Continuemos ahora hacia Elizondo: caen á tu mano derecha colinas incultas, donde el brezo y una vegetación raquítica sirven de contraste á la tersa y brillante superficie de las lontananzas, en que la naturaleza disputa al pincel del miniaturista neerlandés la conclusión y la frescura. Á tu izquierda, en la misma cúspide de la montaña, tienes el macizo poste de piedra que indicaba antiguamente el límite norte del Baztán. Bajamos ahora rápidamente la empinada cuesta, dejamos el valle de Maya á mano siniestra, donde el pueblo de quien recibe nombre queda dominando, como pobre y orgulloso hidalgo sentado en su viejo sillón, la meseta donde le situaron y las vertientes meridionales del puerto de Otsondo: atravesamos el arroyo del mismo nombre, y sin detenernos en Arizcun, ni en Azpilcueta, ni en Elbetea que casi se nos interponen en el camino, llegamos á Elizondo, adonde volveremos oportunamente para echar una ojeada á los monumentos, no despreciables, que en él estimulan la curiosidad del rebuscador de huellas del arte. — Si quieres gozar de otro espectáculo grandioso é imponente, llégate, saliendo del valle del Baztán, por la ancha carretera que conduce desde el puente de Dancharinea á Pamplona, al puerto de Velate, en cuya altura, de 827 metros sobre el nivel del mar, si cayeres en la tentación de arrimarte, para sondear el abismo, á la orilla del camino que va subiendo en zig-zag sin parapetos, y sin más resguardo que unas toscas empalizadas mal unidas, de seguro te vendrán á la memoria los horripilantes versos de Víctor Hugo al murciélago, bien distintos por cierto de los de nuestro Fr. Diego González al *murciélago alevoso*.

Sors-tu de quelque tour qu' habite le vertige,
nain bizarre et cruel, qui sur les monts voltige,
prête aux feux du marais leur errante rougeur,
rit dans l'air, des grands pins courbe en criant les cimes,
et chaque soir, rôdant sur le bord des abîmes,
jette aux vautours du gouffre un pâle voyageur?

Cuando el invierno tiende su manto de nieve sobre estos valles de la montaña, tan deleitosos en la estación de las flores, todo cambia de aspecto en ellos: los caminos se hacen intransitables, la subida á los puertos suele quedar largo tiempo interceptada, interrúmpense las comunicaciones entre los caseríos, y en lo alto de las cumbres no se advierte más señal de vida que la negra columna de humo, que, destacándose sobre un cielo blanquecino y triste, anuncia al viajero la existencia de una hospitalaria venta, donde al rededor de una inmensa cocina central de chimenea cónica, se calientan y satisfacen el hambre los ateridos peregrinantes en unión con el ventero y su familia.

El valle de la Burunda, situado en la parte más occidental de la provincia, con clima proverbialmente sano, abundante en bosques de hayas y robles á propósito para la construcción civil y naval, y no menos cubierto de acebos, avellanos, manzanos silvestres, fresnos y tilos, con buenos pastos para el ganado, confina por el norte con el partido judicial de Tolosa de Guipúzcoa; al Este con el valle de Aráquil; al sur con la sierra de Andía, y al oeste con el partido de Salvatierra de Álava. Su terreno es de los más elevados y montuosos de Navarra: crúzale de oeste á Este el río de su nombre, llamado también Aráquil, Larraún y Asiain, el cual le divide en dos partes casi iguales, dejando á su izquierda los pueblos de Ciordia y Alsasua, y á la margen derecha los de Bacaicoa, Iturmendi, Urdiain y Olazagutia. En este valle, como en muchos de la provincia, manan fuentes de aguas medicinales, que por sus virtudes gozan de justo renombre. Al fijar nuestra consideración en los timbres históricos de la Burunda, veremos cuánto más poblada que hoy estaba en la Edad-media; y veremos también, ó desde ahora lo anticipamos, cómo se halla destituída de todo fundamento sólido la especie de que D. García Ximénez, á quien ya en el año 718 supone primer rey de Navarra, recibió la corona del Pirineo en la actual ermita de San Pedro de este valle, cerca del lugar de Alsasua.

Siguen al mediodía las Amescoas, alta y baja, separadas de la Burunda por la sierra y montes de Urbasa y situadas en un barranco formado por esta sierra y por la de Lóquiz que las limita al mediodía. Son de estos valles los pueblos de Larraona, Aranarache, Eulate, Baquedano, Artaza, Barindano, Urra, San Martín, Gollano, Ecala y Zudaire. Por el término de Contracta (en la provincia de Álava) penetra en la Amescoa-Alta el río Viarra, que después de bañar las poblaciones de este valle, corre hacia Barindano, en cuyo término confluye con el Urederra. La Amescoa-Baja es de figura oval y confina por norte con la mencionada sierra de Urbasa, por Este con la cordillera que baja ceñida á la corriente del río Iranzu desde los montes de Urbasa hasta Abárzuza, por mediodía con la sierra de Lóquiz y por oeste con la Amescoa-Alta. El río Urederra por la profundidad de su álveo no proporciona utilidad alguna, pero las aguas del Viarra sirven para regar algunos trozos de su terreno. Es éste muy quebrado y lleno de fragosidades, en las que se albergan multitud de fieras alimañas, principalmente lobos, y abundante caza mayor y menor.—Como la situación topográfica de ambos valles es idéntica, y lo mismo la calidad de sus tierras, unos mismos é iguales son en todo los frutos que uno y otro rinden. Las alimañas destruyen en los dos valles muchos ganados, y disminuyen la caza en un país tan poblado de árboles silvestres, arbustos y maleza, que hacen difícil la extinción de aquellas.

Fácil me sería prolongar la descripción de los valles navarros, añadiendo algunos que por las excelencias debidas á la naturaleza podrían acaso figurar sin desventaja al lado de los mencionados; pero nuestra tarea se haría interminable, dado que toda la región norte, y aun la central de la provincia, está cruzada de montañas, entre las cuales estos valles se forman. El sabio autor del *Diccionario de antigüedades* que en diferentes ocasiones hemos citado ya, nos dice que los valles de Navarra, sin contar las cendeas, son 56: imagínese el lector si hemos podido hacer otra cosa más que escoger entre este cúmulo de pequeños terri-

torios tres ó cuatro de los que disfrutan de más incontestada celebridad.—Lo mismo podríamos decir de las aguas medicinales que en ellos nacen, de las minas de hierro y otros metales con cuyo beneficio brindan; de sus salinas, bosques, pastos, etc. Sólo de los bosques he de hacer ahora mención expresa, y para esto te ruego, amable lector, que me acompañes al más admirable y extraordinario de cuantos has podido ver en la región del Pirineo.

Una inmensa selva secular que, medida por las alturas que la circuyen, ocupa una circunferencia de diez leguas, donde el sol no penetra, donde los huracanes no se internan, limitándose en su impotente furia á sacudir y revolver su superficie, formando como un colosal oleaje de frondas las altísimas copas de los hayales y pinares; una selva donde rara vez oyes el canto de los pájaros, donde la imponente majestad de las sombras y del silencio sólo es interrumpida por el resplandor de las hogueras de los leñadores y por los disparos del cazador de corzos y jabalíes, ó bien por el rumor que produce en los espesos matorrales la manada de lobos que pasa huyendo de los tiros del alimañero: no puede menos de ofrecerte un espectáculo digno de tu contemplación. El bosque de Irati, no extraño á las interminables cuestiones de límites entre España y Francia, abraza parte de los montes del valle de Aezcoa y de las tierras de Cisa y Sola *(Soule)* de la nación vecina, con la cual confina por el norte: circúndanle las elevadas cordilleras de Belodi, Irati Soro y Ataburu, los altos de Orbaiceta, la loma de Abodi y el famoso Pico de Ori. Lo principal del bosque se extiende por lo profundo del valle de Aezcoa, si bien el de Salazar participa de esa maravillosa riqueza forestal. El interior de la impenetrable selva se halla surcado por multitud de arroyos, como el Urchuria, el Urbelcha y otros, á los cuales verás matizar de flores la grama perpetua de aquel suelo en los escasos parajes donde logra el sol abrirse paso hasta sus cristalinas corrientes; estos arroyos forman el río Irati, que por el fondo del valle

sigue su curso, siempre entoldado por la apretada masa de los boscajes hasta salir á los claros de Gorriz, donde se le junta el Urrobi.—No te interesa saber qué límites separan el bosque de Salazar del de Aezcoa, pero sí te conviene, supuesto que estudiamos la Navarra española, que te diga dónde acaba nuestra tierra y empieza la francesa en la comarca que recorremos. Así, pues, ten entendido que la línea divisoria entre nuestra Navarra y el país de Cisa y Sola corre por el hoyo de Archilondo y por los altos de Basaramberro y Belodi hasta el pico de Ori, pues aunque es cierto que los franceses de Cisa disputaron al valle de Salazar la propiedad del alto de Zabaleta, que cae dentro de nuestro territorio, alegando cierta sentencia arbitral del año 1507, es cosa reconocida que en el tal documento, referente sólo al modo de disfrutar la *facería* ó pastos comunes, no se prejuzgó la cuestión de propiedad; por el contrario, el valle de Salazar no sólo ha ejecutado desde tiempo inmemorial todo género de actos de posesión y propiedad en ese término, practicando grandes cortas de árboles, construyendo edificios y cultivando y acotando los campos, á vista, ciencia y paciencia de los fronterizos franceses, sin ninguna oposición en una larga serie de años, sino que además los comisionados Caro y Ornano, en su reconocimiento del año 1788, trazaron la divisoria de España y Francia por el referido hoyo de Archilondo y alto de Basaramberro, y si entonces no se plantaron los mojones fué por la guerra que sobrevino con la República francesa.—No te referiré la prolija historia de las graves cuestiones de límites que desde mediados del siglo XVII se vienen agitando en esta frontera; pero sí te daré alguna idea de los grandes establecimientos que para la extracción de árboles destinados á la marina real, y para las fábricas de hierro colado y de municiones de guerra se fundaron en este bosque y en el inmediato pueblo de Orbaiceta, reinando Carlos III.—Sin internarnos demasiado en la enmarañada selva donde el curioso viajero puede ser presa de dos enemigos,—de algún oso bajado de la montaña, ó de alguna fiebre maligna de

las que se crían en los miasmas palúdicos de los remansos en las umbrías que más deleitosas parecen,—nos sentaremos entre sol y sombra junto al puentecillo rústico que allá dentro miras medio escondido en aquel boscaje, donde las entretejidas ramas de los árboles forman transparente pabellón de verde y oro, glorieta que Rubens ó el Tiziano hubieran escogido para la siesta de Venus cazadora acompañada de sus ninfas; y allí te contaré lo que he leído de esas construcciones que están acusando la decadencia de nuestra marina y de nuestra industria; porque has de saber que hubo un tiempo en que se oía constantemente en estos contornos, donde hoy es todo silencio y abandono, ruido de talleres, rumor de aguas cayendo de las esclusas, golpear de martillos y batanes, rechinar de tinglados, aserrar de troncos, canciones de operarios y voces de mando de capataces.

Toda la extensión del bosque está cubierta de altos hayales, de tal espesura, que apenas puede transitar el hombre por entre sus troncos. La altura de estos árboles es inmensa: por lo general no tienen ramaje hasta la elevación de 50 á 60 piés: su color es blanco, y su calidad inmejorable para remos, duelas y muebles de todo género. Los pinabetes se mezclan con las hayas algo más arriba de la confluencia del Egurgoa con el Irati, y se extienden hacia el Este en el trayecto del Urchuria y del Urbelcha á los puertos de Irati-Soro, Belodi, Ori y Abodi, aumentando su espesura á medida que se dilata el bosque hacia levante. La altura de los pinabetes es todavía más extraordinaria, porque descuellan mucho sobre las hayas. Hace algunos años, los carpinteros de Ochagavia encontraron en este bosque un pinabete derribado por el viento que medía más de 150 piés de longitud, y señalaron su dimensión en la plaza del pueblo para admiración de sus habitantes. Del Egurgoa para abajo, aunque el bosque sigue más de 3 leguas, no se encuentra un solo pinabete: lo cual prueba que su semilla vuela con el viento del noroeste y busca para multiplicarse los parajes más frescos. La mayor espesura, altura y frondosidad, así de las ha-

yas como de los pinabetes, se advierte en las exposiciones al norte y al oeste, así que la ladera de Guibelaga es la parte más rica de la selva de Irati.—Esta magnífica selva puede considerarse como intacta todavía, porque los cortes hechos por el Gobierno, aunque fueron de algúna consideración, no dejaron merma visible en la inmensidad de su arbolado, y porque las que luégo ha verificado la Sociedad titulada de Irati, desde el año 1840 en que tomó el bosque en arrendamiento, son tan insignificantes, que ningún año pasaron de 1000 hayas y 600 pinabetes. Los arrastres de las maderas hasta el río son sumamente difíciles á causa de las cortaduras, peñascales y precipicios que interceptan el terreno, y su conducción en almadías muy peligrosa por lo arrebatado de las corrientes, que van saltando de peña en peña hasta cerca de la villa de Aoiz, donde principia la llanura. —No quiero que nos alejemos de este teatro donde la naturaleza primitiva logra uno de sus más hermosos triunfos —cual es el de hacerse preferir á las más grandes creaciones del hombre,—sin conducirte al paraje donde se verifica, en pequeño, aunque muy repetido, el fenómeno que hace célebre al Guadiana, de hundirse en la tierra para reaparecer luégo. Mira ese arroyo que lleva el nombre de Urbelcha, que en el nacimiento del Irati mezcla sus aguas con otros arroyos: en su álveo hay una cueva donde entra una parte de su caudal; si esa cueva no se tapa, la tierra se traga todo el arroyo, y no se ha podido hasta ahora averiguar adónde van sus aguas; pero el Irati, antes de apoderarse de esta pequeña corriente, se hunde varias veces en otras cuevas ó cisternas, que no se advierten en el invierno, y sí en el verano cuando merman los arroyos, y semejante al río prodigioso en que se halla metamorfoseado el fiel escudero de Durandarte, reaparece después de haber corrido bajo tierra un largo trecho. Advierte que el Irati no pasa muy lejos de Roncesvalles, donde Durandarte fué muerto, y te parecerá curiosa la coincidencia de repetirse aquí lo que hace en la provincia de Ciudad-Real el Guadiana.

No podemos formarnos cabal idea de la flora y de la fauna del país que vamos estudiando, si antes no conocemos sus condiciones climatológicas. El clima de los Pirineos occidentales es templado, pero muy variable: la vecindad del Océano comunica al aire una frescura agradable, que cuando se aproximan los equinoccios ó los solsticios, desaparece ante el soplo abrasador del solano. Los vientos del Este y del nordeste se dejan sentir rara vez: hacen el aire más fresco y hacen también brillar el cielo con gran esplendor en las hermosas y plácidas noches de otoño. El viento del sudoeste, con las violentas tronadas que engendra, interrumpe la sequedad del estío, y las cimas de los Pirineos que les sirven de conductores eléctricos, concentran sus rápidas explosiones: el rayo estalla sobre las insensibles rocas y hiere en los desiertos, mientras la lluvia tibia y brillante fertiliza los valles; la tempestad brama sordamente y se disipa en pocas horas, pero á veces trae consigo una larga serie de días lluviosos. — El otoño en los Pirineos es casi siempre magnífico: en el mismo invierno, con frecuencia muy rigoroso, no deja de haber hermosísimos días, porque las lluvias prolongadas sólo duran en la primavera. Es cosa singular que esta estación termina algunos años con heladas extemporáneas y es interrumpida con tormentas precoces, de las que ni el mismo invierno se ve exento. La naturaleza ha reunido en los Pirineos Occidentales todos sus tesoros: multiplica en ellos sus oposiciones y contrastes, mezclando á la vez las estaciones y los climas: la temperatura hace las más súbitas evoluciones: con frecuencia al declinar el día más hermoso, cúbrese el horizonte de un velo sombrío, llueve durante la noche, y á la mañana el sol aparece radiante en un cielo sereno y risueño: así brilla la belleza con nuevos resplandores (observa Chaho) después de haber enjugado el llanto que anubló su rostro. Retrato del clima de los Pirineos es su vegetación, rica y variada, móvil, llena de contrastes, de colores y matices fantásticos, tan pronto armoniosamente fundidos como en violenta oposición unos con otros. Lo que-

brado del terreno, la diferente dirección de las laderas y vertientes, la varia exposición de los terrazgos, abrigados unos de los vientos fríos del norte, y recibiendo otros sus gélidas y punzantes ráfagas, todo contribuye á que se produzcan en el suelo de la montaña cuantas especies y géneros de plantas conoce el botánico; aquí crecen las acuáticas, allá las alpinas, y junto á ellas las que son espontáneo y humilde tributo de los terrenos áridos y calcinados: las saxifragas, la campánula, la lentejuela musgaria, el acónito, las soberbias liliáceas, los eléboros, las valerianas, los euforbios, la genciana, el orégano, la germandrina, la eufrasia, el esquinanto, la tormentila, la sensitiva, la clemátide, el calamento, la salvia de monte y el pan de cuclillo de los Alpes, la digital purpúrea, la mandrágora y el árnica (1).

Igual riqueza y variedad presenta la fauna del norte de Navarra. Los mamíferos que disputan al hombre la posesión de sus montañas, son infinitos: allí tienen su estancia favorita la ardilla, la comadreja, el erizo, el tejón, la liebre, la nutria: la marta, que se oculta en lo más interno de los bosques, y aun el lince, aunque éste se va haciendo raro. El lobo y el zorro, peligrosos y destructores, abundan aunque los alimañeros los persiguen y las leyes conspiran á su extinción. El jabalí asoma con frecuencia por los maizales. De la familia de los rumiantes tiene el navarro el ciervo, el gamo, el corzo, el revezo (que va ya escaseando); la gamuza, de asta derecha terminando en gancho puntiagudo y de labio hendido, con ojos desprovistos de lagrimal. El rey de sus selvas y de sus solitarios montes es el oso, y por fortuna más común el negro frugívoro que el pardo carnicero. Ni el uno ni el otro se dejan ver de día hasta que llega el buen tiempo: el oso negro se alimenta de moras y de uva silvestre, y se regala con la fragante fresa que tapiza hasta fin de otoño

(1) Entre los sabios y aficionados que más se han distinguido en el estudio de la flora de los Pirineos occidentales, figuran los franceses Tournefort, Palassou, Picot de Lapeyrouse y Ramoud.

las rocas expuestas al mediodía, y con la miel que mana en ciertas peñas de las altas colmenas que labran en sus grietas repúblicas seculares de abejas, allí congregadas en millares de enjambres acaso desde los tiempos de Íñigo Arista.—Para el estudio de la ornitología encierra la montaña de Navarra verdaderos tesoros. Entre las aves sedentarias de aquellos picachos, figura en primer término el águila grande de color pardo rojizo, la cual vive solitaria y taciturna, á diferencia del águila pequeña de plumaje gris salpicado de negro y blanco, que es inquieta y chillona. El nombre de *reina de las aves* que da el vasco al águila *(arraño)*, indica su costumbre de posar en las peñas más inaccesibles, donde hace su nido é impera como soberana, ahuyentando con su presencia á todas las otras aves. Sólo una especie de alondra, que los franceses llaman *spipolète*, se atreve á acercarse á los dominios de la terrible reina de las alturas, durante el verano, para picotear sobre el amarillento césped la tierra fresca que sacan á la superficie de sus ocultas galerías los topos leonados en ciertas montañas próximas á las nieves perpetuas.

Por su situación entre el Mediterráneo y el Océano, es el Pirineo un punto natural de descanso para las tribus de aves viajeras que dirigen sus emigraciones anuales ya hacia el norte, ya hacia el mediodía; y la cordillera occidental que limita el país navarro, menos elevada y menos árida, atrae con preferencia á esos alados peregrinantes en quienes tánto tiene que observar el hombre estudioso por la infinita variedad de sus instintos, de su plumaje y de su canto. Dejo la palabra al sabio é ingenioso Chaho, que ha descrito con su pintoresco y ameno lenguaje esta gala de la naturaleza del Pirineo vasco como no lo ha hecho nadie hasta ahora. «Desde la primavera, las golondrinas de mar suben contra corriente nuestros ríos, cuya superficie rozan con sus rápidas alas, seguidas de las gaviotas, los quinchos y los pico-tijeras, que tienen sus nidos en los arrecifes del océano; la abubilla se deja ver en seguida sobre las puntas de los brezos que empiezan á verdear, y canta erizando las plumas de su linda

cresta; el cuco aparece en los bosques antes de brotar la hoja, y hace oir las dos notas de su monótona cantilena que repiten el eco y los niños de la aldea. Llega el verano, y ya de vuelta, la brillante oropéndola desafía á los tordos con sus alegres silbidos cadenciosos; la naturaleza despierta y se anima; los bosques han recobrado su verdor, y las grandiosas voces de los Pirineos elevan sus armonías proclamando la estación de los amores. Los buitres, desterrados por el invierno, vuelven á entrar de tropel en las montañas; el barbudo, con sus anchas alas cuya longitud supera á la de las grandes águilas, remonta su vuelo; el arrián, de pelada cabeza, baja á lo profundo de las torrenteras y se cierne sobre las aguas.—Con el otoño llegan los mosquiteros, los becafigos, los estorninos, los malvíes y las codornices, mientras que sobre la dorada retama y los amarillentos zarzales, los ruiseñores, los pardillos, los jilgueros y todo el grupo de las aves cantoras vuelan en bandadas, se llaman con energía unas á otras y se juntan, repiten después á coro sus estribillos de despedida, y parten á buscar en lejanas tierras otra primavera y otros amores.—La hermosa paloma oceánica *(urzu)*, la torcaz azulada, que tan importante papel desempeña en la cosmogonía ibérica (1), llega á los Pirineos en Setiembre: los naturalistas la consideran como el tronco de las palomas domésticas; nada iguala á la rapidez de su ruidoso vuelo; es imposible formarse idea del estrépito que al descender á los grandes bosques de hayas acompaña á esta ave, huésped inofensivo de la fronda, hoy símbolo de la inocencia y de la dulzura. El fabuco de que se alimenta hace su carne delicada, y es causa de la crueldad que cometen con ella ora el cazador, ora el gavilán ó el aguilucho, que como aves de rapiña son sus enemigos. La velocidad de su vuelo suele ponerla á salvo. El gavilán se lanza perpendicularmente desde tierra y se echa de

(1) En este paréntesis ó inciso se muestra Chaho fiel á su sistema de considerar á los vascones como los descendientes legítimos y representantes de los antiguos iberos.

lomo para arrebatar su víctima, á la cual golpea con su cortante pico y su huesoso pecho; las palomas torcaces, instruídas por el instinto, evitan su ataque descendiendo súbitamente en su vuelo.—La llegada de las aves de paso á una comarca está determinada por la madurez de los frutos de que cada especie se alimenta: unas llegan al Pirineo al empezar la recolección; otras en la época de la vendimia. Las grullas forman la retaguardia de la peregrinación; pero dirigiendo su vuelo por encima de la región que el águila frecuenta en el estío, estas aves pasan sin detenerse, á menos que el mal tiempo ó las nieblas no desconcierten su línea de batalla y las obliguen á descender. La garza real, la cerceta, el ánade, el ansarón, la abutarda y la cigüeña residen en los Pirineos una parte del invierno. Hay un ave de paso más famosa y rara: el cisne montés, que se distingue del cisne doméstico por su pequeñez, y que por la configuración especial de su traquearteria y de su paletilla se halla clasificado entre las aves cantoras. El estudio que Mongez y Chantilly han hecho de esta ave no permite ya poner en duda la veracidad de la antigua tradición del canto del cisne. Picot de Lapeyrouse ha disecado algunos. No aparecen en los Pirineos sino de siglo en siglo, durante los inviernos más rigorosos» (1).

Nada te he dicho de la orografía, hidrografía, flora, fauna y clima de la parte meridional de la provincia: y es poco en verdad lo que en estos particulares me sugieren mis cuadernos de viajero. Entre la montaña y la ribera se puede establecer la divisoria por Sangüesa, Ujué, Tafalla, Artajona, Mendigorria, Estella y la Berrueza. Esta zona del sur de Navarra es una vasta llanura que se extiende hasta las provincias de Zaragoza, Soria y Logroño, sin más montañas que las que ciñen por norte, sur y oeste las Bardenas reales; los montes del Cierzo y el Mojón de los tres reyes en el partido de Tudela; las alturas que perfilan los barrancos de la Castellana, del Salado, de la Para-

(1) CHAHO, *Los Pirineos: Revista éuskara*, t. II, p. 276 y siguientes.

lla y de la Valtraviesa en la zona perpendicular que baja de Tafalla al Ebro; los altos de Val de Ferrer; monte Baigorri; monte Esquinza; monte Jurra; la peña de Monjardín; y todas las alturas que forman barreras en el condado de Lerin, en el valle de la Solana y en la Berrueza, como monte de Larra, monte San Gregorio, sierra de Codes y sierra de Aguilar. En las caídas y cumbres de estas montañas hay excelentes pastos para toda especie de ganados, y las especies arbóreas que producen son principalmente el roble, el castaño, el fresno, el tilo, el acebo y el avellano, además de frutales silvestres y bravos. —La tierra llana da trigo, aceite y excelentes vinos, teniendo entre estos particular renombre los de Tudela, Peralta y Villafranca: cortada esta gran planicie que llaman la *Ribera*, por montículos que son como ubres de la próvida naturaleza, y por acantilados calizos ricos de canteras de buena piedra y hermosos jaspes, fertilizada además por las abundantes aguas del Aragón, del Arga, del Ega y del Ebro, tiene que ser forzosamente productiva en sumo grado; pero donde falta el agua es árida y seca. En la ribera izquierda del Ebro se hallan las Bardenas reales, capaces de abastecer á toda Navarra de granos si no estuvieran incultas y despobladas mucho tiempo há. Admitiría este descuidado territorio riegos del Aragón y de otros ríos, semejantes á los ya abiertos en tiempos pasados, y es de consiguiente susceptible de un gran incremento de población y de considerables plantíos; pero en el día es un desierto, bueno solamente para pastos y para dar alguna leña menuda, porque son pocas las tierras que se hallan en cultivo, pudiendo ser de las mejores de Navarra.

Nieva en la Ribera pocas veces y el invierno es allí más corto que en la región del norte, pero en cambio el verano es rigoroso y con frecuencia por falta de lluvias se pierden las cosechas. Estas irregularidades atmosféricas perjudican á la salud, y sin embargo las únicas enfermedades endémicas que se cono cen en el país son las calenturas producidas por las aguas en-

charcadas en las balsas de curar cáñamo. Las diferencias climatológicas que se advierten entre la Montaña y la Ribera, se marcan de un modo análogo en su flora espontánea y silvestre: así como aquella produce el helecho, el ébulo, la asclepia, el estramonio, el liquen y la oxyacanta, ésta da el eringio, la amapola, el lampazo, el marrubio blanco, la mostaza, la escabiosa, las cruciatas, la agrimonia, el dípsaco, la anonis spiritosa y el convólvulo. De las plantas de jardín no hay que hablar: la rosa, el clavel, la clavellina, la magnolia, la camelia, la violeta, son en muchos terrazgos espontáneas.—Las tierras cultivadas y de riego se cubren de legumbres y hortalizas, y en ellas prosperan los frutales de cualquier género; y aun sin más agua que la de las lluvias, dan aceite, vino, lino, toda especie de cereales, y moreras.—La fauna de la Ribera es análoga en sus montes á la de la Navarra superior; en monte Olivete, en la sierra del Cierzo y en la de Aguilar, el lobo, el zorro, el jabalí, el corzo, y aun el oso, dieron siempre ocupación y diversión á los diestros cazadores; en los llanos, cortados con altozanos y barrancos, son comunes las perdices, las codornices, las liebres, los conejos, las tórtolas y los faisanes. Parajes hay en esta tierra llana de Navarra muy acomodados para la plantación de la morera y la cría del gusano de seda, y en efecto se beneficia esta industria; pero es en pequeña escala porque los habitantes hallan medios de subsistencia más fáciles en otras labores.

Y como la diversidad de climas se acusa en la diversidad de los árboles, de las plantas y de los animales, así también las diferencias de constitución geológica se manifiestan en los minerales que llevan en su seno las montañas. Pero no es de mi incumbencia entretenerte con relaciones de carácter más ó menos científico acerca de los productos que en Navarra se descubren rompiendo ya las pizarras arcillosas y carbonosas, y las areniscas rojas de la parte más agria de la provincia; ya las rocas areniscas amarillentas y las calizas grises que alternan con las arcillas y forman el terreno secundario moderno; ya los te-

rrenos terciarios de la cuenca del Ebro. Semejante tarea, que en mí revelaría una pobre erudición de segunda mano, ha sido ya perfectamente desempeñada por acreditados geólogos y químicos, y Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico é histórico* (obra que anda en manos de todos) resumió lo más sustancial de ella bajo los epígrafes correspondientes, debiendo yo limitarme á aconsejarte que leas lo referente á *minas, aguas minerales* y *salinas* si apeteces en esta materia algún conocimiento que te estimule á más serios estudios y más detenida investigación. Por ahora solo he de advertirte que el naturalista Bowles, á quien tánto debe la ciencia en España, describió como *existente* en Valtierra, villa de la merindad de Tudela, situada en la ribera izquierda del Ebro entre Cadreita y Arguedas, una curiosa mina de sal gema que tiene de largo en su excavación principal unos 400 pasos y varias galerías laterales de más de 80, sostenidas por pilares de la misma sal y yeso. Yo no la he visitado, porque nadie en Navarra me habló de ella, y debe de ofrecer una perspectiva singular su interior.





CAPÍTULO II

Etnografía navarra: problema aún no resuelto.
El iberismo.—El patriarca Aitor

DESDE una época de que no hay memorias escritas ocupa las dos vertientes del Pirineo occidental una raza de gentes sobre cuya procedencia andan discordes los etnólogos. Dáseles el nombre de *vascones*, y aún no se sabe si son de una raza especial de procedencia desconocida, si son reliquia de los antiguos iberos, si son turanios, ó si provienen de la gran invasión céltica que se extendió por toda nuestra península allá en los tiempos de la inmigración aria en las naciones que baña el Atlántico. Filólogos de grande autoridad propenden á considerarlos iberos, mas aún no se atreven á afirmarlo: «no tardaremos en conocer las verdaderas fuentes del éuskaro, exclama uno de ellos, lleno de fe en los progresos de la moderna ciencia (1), y con ellas á

(1) El Rdo. P. Fidel Fita en su interesante estudio sobre *El vascuence alavés*, publicado en el cuaderno 4.° del tomo III del Boletín de la Real Academia de la Historia.

la vista sabremos juzgar si conviene ó no aplicarla á la interpretación de los caracteres ibéricos y de las lenguas que hablaron los habitantes indígenas de todo nuestro suelo antes de la invasión céltica y de la dominación romana»: con lo cual viene á decir que si hoy no es posible afirmar que vascones é iberos sean una misma raza, tampoco hay fundamento para negarlo.

Hace cincuenta años la ciencia era menos meticulosa: un escritor reputado por muy docto (1), y con razón porque había ahondado más que otro alguno en aquel tiempo en el estudio de la singular historia de la Vasconia, afirmaba resueltamente que los vascones—cuyo nombre no suena en ninguno de los escritores que precedieron al siglo de Augusto—son de origen céltico y estuvieron asociados con los distintos pueblos que habitaron las regiones ibéricas: las cuales no sólo comprendían todo lo que hoy es España y Portugal, sino también la tierra que se dilata desde los Pirineos hasta el Ródano. En sentir de este grave crítico, no fueron ellos los primeros que ocuparon nuestras montañas: sus primitivos pobladores (dice) fueron los iberos, desalojados de ellas por los ligures, los cuales, como afirma Dionisio de Halicarnaso, vinieron de los griegos procedentes de la Achaya mucho antes de la guerra de Troya. Alega el P. Risco la autoridad de Scylax de Caria para decir que los ligures mezclados con los iberos se extendieron por toda la provincia que llevó el nombre de Primera Narbonesa y aún permanecían en el quinto siglo antes de Cristo en la parte del Pirineo de que se apoderaron en su venida á España; añadiendo que aunque sea difícil fijar la época en que los tales ligures abandonaron el fragoso valladar que de Francia nos separa, y no menos arduo el determinar qué gentes los arrojaron de allí, del testimonio de Festo Avieno se colige que fueron los celtas los que los expulsaron. Viene luego para el erudito continuador del P. Flórez el testimonio de otros autores de muy remotos tiempos, citados

(1) El P. Risco en su *Vasconia.*

por Festo Avieno al principio de su descripción (1), á servir de refuerzo á sus inducciones respecto del asiento definitivo que los ligures y los celtas tomaron, y de inducción en inducción, sin más base crítica que la interpretación de textos de autores antiguos más ó menos viciados, concluye satisfecho que los celtas se asentaron en las costas del Océano y se dilataron con los artabros de Galicia hasta el Pirineo, donde, sin que se sepa por qué, tomaron después el nombre de *cántabros* en los escritos de los geógrafos é historiadores de la clásica antigüedad. Estos celtas son para el sabio pero no muy seguro continuador de la *España Sagrada*, los que nosotros conocemos por *vascones*.—En una cosa anduvo acertada y esparció muy clara luz la crítica del P. Risco, y fué en demostrar cómo el nombre de *cántabros* era en tiempo de Julio César genérico, y abrazaba muchas regiones particulares, aplicándole, además de los habitantes del Pirineo, á los autrigones, caristos y várdulos, á cuantas gentes poblaban la costa desde las Asturias hasta el promontorio Oeaso, término de España por la parte boreal confinando con la Aquitania. Así eran *calaicos*, es decir, gallegos, los bíbalos, los celerinos y otros habitantes de regiones especiales incluídas en la región general de Calecia ó Galecia; como eran *astures* los brigesinos, los bedunenses, los lungones y otras tribus de la dilatada región asturicense; y como eran *aquitanos* los precianos, los tarbelos, los vocates y otros comprendidos en la región que se extiende del Pirineo al Garona.—El nombre de *vascones*, aplicado á los montañeses de la cordillera pirenáica, sólo empezó á oirse cuando el de cántabros quedó limitado á los que vivían desde el confín oriental de las Asturias hasta los autrigones, esto es, después dé las expediciones de Augusto dirigidas á subyugar la parte de España que hoy se comprende entre la costa de la provincia de Santander y una línea imaginaria que podríamos trazar por Aguilar de Campó, Amaya y Sedano, to-

(1) *Descriptio Orbis terræ.*

mando lo más septentrional de la provincia de Burgos hasta tocar en la Rioja (antiguos berones). Entonces comenzaron á distinguirse por sus nombres privativos los cántabros propiamente dichos, y ya conquistados, de los autrigones con ellos confinantes por el Este, y de los caristos, várdulos y *vascones* que en la misma dirección les seguían hasta las cumbres del Pirineo; y se explica que así fuese, porque hasta entonces no tuvieron los romanos conocimiento particular de tales gentes.

Faltóle, pues, al P. Risco probar de un modo satisfactorio para la moderna crítica, que los vascones son de origen céltico. —Vinieron después otros escritores que, reanudando teorías de filólogos del siglo pasado, proclamaron que los vascos todos son descendientes y representantes de los primitivos pobladores de España: y esta aseveración, conocida hoy con el nombre de *Iberismo,* ha sido defendida é impugnada ardorosamente por multitud de etnólogos y filólogos, no sólo éuskaros sino también extranjeros. Dióle forma científica el ilustre Guillermo de Humboldt en un libro (1) en que aspiró á fijar de un modo permanente las líneas fundamentales para la resolución del interesante problema de los primitivos habitantes de España, y le acompañan en la ardua tarea de volver á izar la bandera que enarboló Larramendi, hombres tan importantes como Lecluse, Darrigol, Zabala, Inchauspe, Duvoisin, Chaho, D'Abbadie, el príncipe Luís Luciano Bonaparte y otros que, en el calor de la lucha, se honran ya con el nombre de *vascófilos.* Bella es sin duda la tesis de estos sabios entusiastas que pretenden valerse de una lengua aún viva en España para llegar al conocimiento de quiénes fueron sus aborígenes, é inmensa debe ser su satisfacción cada vez que les resulta fructuosa la aplicación de la lengua vascongada á la interpretación de los nombres de las antiguas poblaciones iberas; pero tememos que la fantasía tome alguna parte en tales

(1) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens, vermitelst der Waskischen Sprache.*

interpretaciones. La contienda sigue muy empeñada y vale la pena de que te dé conocimiento, discreto lector mío, de lo que por una y otra parte se sostiene. No voy á erigirme en juez del campo: leo á los vascófilos y á los anti-iberistas con el más imparcial propósito de llegar á lo cierto en el difícil problema etnológico de los orígenes de los vascones, y se me figura que cuanto más me fatigo en buscar la salida de este intrincado laberinto, más lejos me hallo de la apetecida esplanada de la verdad.

Los vascófilos, entre los cuales descuella por su profundo saber y su brillante imaginación el filólogo francés Agustín Chaho, cuyo nombre te es ya familiar, propenden á considerar á los vascos ó éuskaros de hoy como residuo de un gran pueblo instalado en España desde los tiempos prehistóricos, y aun como una tribu de los iberos-cántabros; y con sumo ingenio traza en una hermosa leyenda este escritor poeta el cuadro del sentido histórico y de las riquezas filosóficas de la lengua ibérica, para persuadir que la raza éuskara es la representante genuina de aquellos primitivos pobladores del Occidente que, antes de la irrupción de los celtas, alcanzaron en España por su sabiduría, su moralidad y su venturoso estado social, la fama de ser los hombres más civilizados del mundo. Quieren estos eruditos vascófilos que haya existido identidad de progenie entre los vascongados de las cuatro provincias que ocupan el oeste del Pirineo y aquellos felices habitadores de la extensa región meridional, de quienes escribió Florián de Ocampo: «quantos por allí »vivieron todos los tiempos que dicen el rey Beto gobernar »aquella provincia, y aun despues largos años adelante, fueron »reputados y tenidos por músicos maravillosos y por hombres »exercitados en el arte de geometría, pero sobre todo por muy »excelentes en Philosophia moral, donde procede la goberna»cion, justicia perfecta de qualesquier negocios humanos, y tan»to que segun Estrabon afirma, tuvieron aquellos Béticos anda»luces hasta su tiempo dél, ordenanzas y leyes por donde se

»regian, compuestas en metro muy ordenado, las quales certifi»caban ser de tal antigüedad, que pasaba de seis mil años que »sus progenitores ancianos se gobernaban por ellas»... «por »donde parece ser aquellas antiquísimas que los turdetanos an»daluces tuvieron, las propias y verdaderas que Tubal en esta »tierra puso.» Quieren, pues, que sean los vascones la preciosa y pura reliquia de aquella felicísima gente ibera difundida por todas las tierras de nuestra península española durante miles de años, y refugiada en las inaccesibles cumbres pirenáicas cuando los celtas y las demás razas que sucesivamente invadieron nuestro territorio fueron paulatinamente concluyendo con los aborígenes ó mezclando con ellos su sangre.

Á estos iberos vascones, y especialmente á los navarros de la montaña venidos á mayor simplicidad de vida después de su instalación en las cumbres y valles del Pirineo, cuadraría admirablemente, más que á los iberos turdetanos, la hermosa pintura que de los españoles de la edad de oro hacía D. Quijote, inspirado por el puñado de bellotas que tenía en la mano, cuando explicaba las causas de la institución de la andante caballería á los cabreros que le acogieron en su majada después de su desgraciada batalla con el vizcaíno. «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno

la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia». «Entonces andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tántos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen; y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad».

Este mismo cuadro tan bello, realzado con los resplandores de una sabiduría, que se supone en cierto modo inspirada por Dios en la expansión de su regocijo ante la creación del primer hombre, es lo que ha venido á figurarse acerca de los orígenes de la raza éuskara y de su admirable civilización el ingenioso

Chaho en su fantástica *Leyenda de Aitor* (1), de la cual voy á darte una sucinta idea (2).— «Lara, el bardo cántabro (3) de quien tan brillante retrato hace Silio Itálico en su epopeya de la segunda guerra púnica, proclamado flor de los guerreros de la tribu de los éuskaros várdulos, famosa por el valor de sus soldados y por la destreza de sus jóvenes en la mímica, la danza, el canto y la improvisación, recita esta leyenda, composición suya, ante la asamblea de su tribu, con ocasión de celebrar ésta la conclusión de la paz con Roma después de las guerras de Aníbal, en la primera noche de las fiestas llamadas del plenilunio, consagrada á la conmemoración de la historia nacional. Congregada la tribu en Gherekiz, al pié del roble de la libertad, noveno retoño del famoso árbol simbólico desde el establecimiento de los éuskaros en los Pirineos occidentales, preséntase en ella el famoso bardo con el disfraz de Aitor, el gran antepasado, el patriarca de la raza indo-atlántida, primer nacido entre los éuskaros; lleva una luenga barba blanca que le baja hasta la cintura; en su cabeza luce una refulgente mitra, y de sus anchos hombros pende la rica dalmática de los magos y adivinos de aquella república. Apóyase en una rama de roble aún revestida de hojas, y con paso lento y mesurado llega hasta el centro del círculo que forman sentados los ancianos de ambos sexos, las viudas, las casadas, las vírgenes y los niños, y en pié los

(1) Traducida al castellano por D. Arturo Campión y publicada en los tomos I, págs. 220, 241 y 281, y II, págs. 12 y 44, de la *Revista Euskara*.

(2) Habiendo condensado en ella Mr. Chaho, bajo la forma de un hermoso poema, entre lírico y didáctico, cuantas alabanzas se han publicado hasta ahora de la raza éuskara y de su pasada cultura, hemos creído conveniente consagrar todo el resto del presente capítulo á un extracto de tan instructiva composición. Somos, pues, en esta pequeña parte de nuestro libro, meros compiladores de la leyenda de Mr. Chaho, y aun reproducimos casi al pié de la letra muchos elocuentes párrafos de la versión castellana del eminente vascófilo Sr. Campión.

(3) En este y otros pasajes parece revelarse que Mr. Chaho tiene á los vascones por cántabros. Esta diferencia entre su teoría y la de otros vascófilos, que estiman familias ibéricas distintas las de cántabros y vascones, no afecta al fondo del sistema del *Iberismo:* según éste, vascones, várdulos, caristos, autrigones, cántabros, etc., todos eran iberos.

guerreros desde los diez y ocho hasta los sesenta años; y en medio del profundo silencio que sucede á la ruidosa aclamación con que es acogido, extendiendo horizontalmente su brazo derecho y levantando la cara al cielo, comienza la evocación de las generaciones hundidas y de los siglos acumulados en las profundidades del olvido, ó sea en el Océano de las edades. — «El tiempo huye, el torrente viaja, el agua del río prosigue su camino. Mi pueblo, desde su origen, fué semejante á un gran río que hace germinar bajo el cielo los tesoros de la fecundidad terrestre. Hoy mis tribus no son más que transparentes gotas que se filtran por las quiebras de las rocas, y que el primer viento cálido secará. Así debe ser; Dios lo quiere, Dios, el señor de la altura, el *Jaon Goikoa*. Sus manos arrojaron las estrellas por los campos etéreos, del mismo modo que el sembrador esparce sus simientes por los pardos surcos; y la luz brotó de la noche eterna. Mi pueblo, salido de la noche, tuvo también un día de sol. ¿Qué nos queda de aquel esplendor eclipsado? Noche sin estrellas. Pero la luna, cuyas fases sirven para medir las semanas y los meses, refleja dulcemente la luz del sol escondido detrás de los mundos, y de esta manera, en la noche de nuestra degeneración, la memoria de los ancianos y el genio de los bardos son el espejo que refleja la lejana gloria de los primeros días». — Entra el bardo en una poética é ingeniosa exposición etimológica de la sublimidad y filosofía de la lengua éuskara, la primitiva del linaje humano, y dice: «La garra del águila es fuerte; terrible y real la garra del león; pero la mano del hombre, ya rompa con el arado el seno de la tierra, ya agite en los combates el hacha de bronce ó la espada de acero, ya teja el lino ó la seda en ligeras telas, ya arranque del arpa divinos acordes, es un instrumento perfecto, un arma invencible. Ella levantó las pirámides en el desierto, ella subyugó á los indómitos caballos é hizo que doblasen su cresta bajo los remos las tempestuosas olas del mar. Por ella el hombre ha vencido y dominado *(hes)* á la creación entera, esclava hoy de su imperio:

y en memoria de este gran triunfo, la lengua sagrada de mi pueblo llama á la mano del hombre *eskua*, que es lo mismo que decir la victoriosa, la dominadora. —Tendiendo la mano, el hombre pide y suplica, *eska;* con la mano ofrece y da, *esken;* una sonrisa acompañada de un gesto de la mano, expresa la satisfacción, y de este modo el hombre da las gracias, *esker*. La mano es el auxiliar de la lengua y su significación expresiva la acompañaba siempre en el idioma primitivo: el signo habla á los ojos, el sonido hiere los oídos: ambos se hacen entender al espíritu. ¿Qué otro pueblo poseyó más que el mío la inspiración de la palabra y la armonía del gesto con el pensamiento? El arte elocuente de la mímica, movimiento calculado de los brazos, de las manos y de los dedos, acompañaba, y á veces suplía, al lenguaje articulado: llamósela *eskuara*, es decir, ciencia del gesto, arte de hablar con las manos, y la misma palabra sirvió para calificar el idioma primitivo de mi pueblo, llamado él mismo *Eskualduna*. —Los hombres de mi raza, diversamente designados en las lenguas de los bárbaros, llevan este nombre significativo, balbuceado en la cuna del linaje humano; su origen viene de más atrás que la invención de la palabra y del gesto: los ojos de los adivinos y de los profetas, escrutadores de los misterios de las creaciones genéricas, vieron mi raza en el seno de la Divinidad. ¿Qué importa que el antiguo río esté seco, y que apenas queden algunas gotas puras de la noble sangre que engendró á tantos pueblos? Mientras viva un ibero para levantar la mano delante del Dios de Aitor, invocando su nombre sublime en la lengua sagrada, podrá decir: el padre de mis antepasados fué ilustre entre los recién nacidos de la tierra: el hombre de nuestra raza fué el primer desposado con la naturaleza virgen y salvaje, el primer triunfador de la creación: *eskualduna!* »

Hacer de las etimologías de la lengua vascongada una interesante y poética leyenda, sin perder de vista el tema etnológico, era un triunfo reservado al que, conociendo muy á fondo las

raíces de este singular idioma, se hallase dotado de una fogosa imaginación enriquecida con extensos conocimientos cosmográficos: y todas estas dotes concurren en el escritor cuya obra te voy analizando. Hace Chaho que trace Lara un brillante paralelo del pueblo éuskaro con el celta, y pone en su boca estas elocuentes palabras: «Las fábulas velan el origen y la historia del pueblo celta. Un monstruo, un cíclope fué su abuelo, y su padre un gigante feroz llamado *Celtus*, cuyos dos hermanos, Illyrus y Galla, prosiguieron la conquista de Europa. Del norte, de la región de los hielos y de las tinieblas, vino la raza infecta de los gigantes. Nuestros nietos llaman al celta el *Tártaro* cuando en las veladas de invierno, escuchando las consejas del tiempo pasado, se arriman atemorizados al seno materno y tiemblan como las hojas del árbol con el recuerdo de la ferocidad de los Bárbaros.—El éuskaro y el celta gozan de la misma antigüedad, pero los venideros no confundirán las dos razas. Mi pueblo ha sido el creador de la luz social, de la armonía y del bien; el pueblo de Celtus no ha inventado más que la guerra, no ha sembrado más que ruinas: sus obras han sido la iniquidad, las matanzas, la superstición y el mal. El celta se complace en mezclar sus gritos salvajes con los aullidos de los lobos: como ellos, anda errante en grupos durante la noche. Para él el buho es el símbolo de la prudencia de los guerreros, que ocultan su marcha y caen de improviso sobre las víctimas; mientras que mi pueblo mira al ave de las tinieblas como emblema de la ignorancia y de la estupidez.—Cuatro cosas distinguen al éuskaro del celta: la lengua, la religión, las costumbres y las leyes (1). El celta habla un idioma áspero como las escarchas que cubren su cuna: sus labios helados no lo han enriquecido con

(1) El autor previene discretamente al lector que en este paralelo no considera al celta sino tal como era al salir de su cuna hiperbórea; que no se refiere en manera alguna al celta mezclado con el ibero, ó sea al celtíbero; ni al galo, cuyas costumbres se dulcificaron en su contacto con los griegos y con los vascones de la Aquitania. Por lo demás, M. Chaho parece creer en la pluralidad de orígenes de la especie humana.

las inflexiones labiales que hacen tan dulces los vocablos éuskaros. Sus palabras son nebulosas y suenan como los silbidos agudos del vendabal entre los pinares de su tierra. Cuán distintas las del éuskaro! Cuando la primera pareja de esta raza fué puesta por el Creador en los jardines terrenales (1), miráronse con amor el hombre y la mujer, y la mujer dijo al hombre: tú eres mi fuerza, tú eres el varón que mi corazón escoge: *zu ene arra;* y desde entonces el marido se llama *senarra* en la lengua sagrada. El hombre y la mujer se dieron la mano, *eskua,* y en la embriaguez de aquella unión encantadora, dijeron: *on*, está bien: exclamación sencilla y dulce. Así el casamiento lleva el nombre de *eskuontza* en las tribus, porque los amantes se hacen esposos dándose las manos. Á los recién casados se les servía miel, *ezti*, símbolo de los placeres perfectos, y de aquí fueron llamadas las fiestas nupciales *ezteya.* ¿Qué otro pueblo se inspiró más en la naturaleza y dotó á sus instituciones de mayor encanto y sencillez?—El celta ú hombre del norte se distingue por su estatura gigantesca: la sangre enrojece sus espesos cabellos; sus ojos de azul verdoso, donde se leen pensamientos feroces, imitan el color cerúleo del Océano sombreado de reflejos de un cielo tempestuoso. Andaba él desnudo durante la primera edad con su cutis blanco como la nieve, semejante á la piel del oso anfibio que recorre las costas del mar glacial. Vivió largo tiempo errante con el producto de su caza, persiguiendo hasta por los bosques de las Galias lanza en mano al reno y al toro salvaje. Su ardor inquieto y la extremada movilidad de su carácter impaciente, le impidieron entregarse á la vida pastoril y al cultivo del campo: plúgole más verter la sangre y merodear, que seguir con paso tranquilo las huellas de un rebaño ó esperar junto á los setos el fruto tardío con que paga la tierra los sudores del labrador.—No así los hombres de nuestra raza: su estatura era proporcionada; su fuerza mediana, pero regulada; la

(1) Véase el final de la nota precedente.

acción del clima meridional rizó y oscureció su cabellera y dió los reflejos del cobre al cutis de su rostro. Nuestras doncellas se enorgullecían cuando los bardos comparaban su cara al melocotón, cuya piel dorada ha recibido del sol el perfume y las tintas rosáceas que anuncian la madurez. Los éuskaros, los iberos, habitantes de los continentes más fértiles y favorecidos por la naturaleza, fueron los primeros pastores y agricultores durante la edad de los patriarcas.—Ignora el éuskaro la historia de sus abuelos en la edad antediluviana, porque la invasión de las llamas y el diluvio de las aguas fueron para él como una segunda creación que separó su vida de las edades anteriores. Yo, Aitor, llevo como mis padres el nombre de patriarca: tronco de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo, el huracán devoró mis hijos en toda la haz de la tierra. Los bardos éuskaros comparan el escaso número de los que se salvaron con las olivas que permanecen en el árbol después de la cosecha y con los racimos que penden de los amarillentos pámpanos después de la vendimia. Á estos y á mí llaman las generaciones *los grandes antepasados*, y la palabra *askazi*, consagrada al parentesco en la lengua éuskara, equivale á semilla original, *askoazi*. —La época de destrucción y renovación comenzó con el fuego y acabó con el agua: os diré cómo sucedió esto.

»El globo fué entregado á la acción del elemento poderoso que hoy reside en sus entrañas. Brotaba el fuego por miles de volcanes. La tierra estaba enferma y calenturienta: la fiebre en todos los seres, en todas las encarnaciones vivas, incluso el hombre, es un fuego, una incandescencia *(sukar)*: el fuego es *su*, la llama *gar*, *er erre* la combustión; el enfermo por el fuego interno que seca en él la fuente de la vida, *eria*; la debilidad calenturienta del hombre, *erbaltazun*. El incendio terrestre devoró millones de seres, innumerables pueblos, continentes enteros, y en memoria de tan terrible acontecimiento llamé á toda muerte violenta *erioa*, es decir, incendiaria. Definí la pena como mal que consume quemando, *errea*, y la tristeza, *suxua*, esto es, fuego

que seca el corazón. Las montañas con sus volcanes dejaban oir estruendos formidables: yo decía que ardían (*erre-hasten*), y desde entonces se aplicó la palabra *erastea* al sonido de todo lo que muge. El rugido continuo y profundo del Océano de fuego que sacudía con indecible cólera sus devoradores torbellinos, fué expresado con la palabra *erre-otsa*, que significa voz del fuego. Torbellinos de humo negro y sofocante, *khé*, salían de las hendiduras de la tierra entreabierta: de aquel recuerdo viene la palabra *khecha*, aplicada á la cólera del hombre y de los elementos; y cuando las llamas, violentamente empujadas por los vientos, se esparcían á lo lejos, la terrible imagen del fuego invasor me inspiró la palabra *erasotze*, que expresa las ideas de ataque é invasión, de donde también procede *eraüntsi*, que vale tanto como lluvia violenta de fuego ó de agua. La tierra rodeada de llamas parecía como en estado de demencia, y á su vista creé la palabra *erho* que marca la demencia de los elementos, de los animales y de los hombres. Por último, cuando la intensidad del fuego hubo reducido á cenizas las montañas con sus rocas graníticas y los continentes con sus ciudades, cayeron y se hundieron en el gran lago de fuego los países y los reinos. Tal fué el gran incendio de la tierra, al que llamé *suholdia*.

»La parte que quedó habitable salió de la inmensa hoguera como sale del horno del alfarero, después de cocido, un elegante vaso de barro: la llamé *erriac*, esto es, lo que ha sido quemado; y de aquí el que las siete provincias de la federación vasco cantábrica se llamen hoy *Pirineos eskual-erriac*. Quedó la tierra purificada *(garbi)* como el oro en el crisol, y blanca *(suri)* como el vellón de los corderos recién salidos del lavadero. Al fuego que muerde y mata como la serpiente, á la llama que mueve sus lenguas ardientes como dardos lanzados por la boca de un dragón, al elemento ígneo, *su*, consagré la serpiente, *sugia*, el más vivo y taimado de los animales; y llamé al dragón *sugulna*. Así el gran lago de fuego que el Huevo-mundo encierra en su cáscara terrosa, lleva naturalmente un nombre alegó-

rico que significa asimismo gran fuego, gran dragón, gran serpiente, y se cuenta en nuestras fábulas que la Gran Serpiente nació de un huevo, que es el Huevo-mundo, el huevo terrestre. Y se la llama *cehen*, primero, y *heren*, último, es decir, devorador aún y destructor. Tal es el negro *Surtur* de los celtas que ha de incendiar un día los mundos: tal es el *Leheren*, primer poder de la tierra, á quien el supersticioso aquitano, nuestro vecino, ha convertido en dios de la guerra y de la destrucción.

»Después del triunfo del Dragón, el elemento líquido que humedecía el suelo de los viejos continentes fué absorbido por las lavas: los mares, el mismo gran Océano, se secaron como la gota de agua que cae en una hoguera, y de aquella ardiente masa se desprendieron inmensos vapores que se elevaron á alturas inmensurables, reflejándose en aquellos móviles cortinajes los siniestros resplandores del incendio inferior. Y como los vapores se dirigían en ejército de nubes arrastradas por el ala de los vientos, semejantes á enjambres de pájaros tenebrosos, hacia los puntos preservados de las llamas ó enfriados después de su purificación, condensados por la frescura de la atmósfera se resolvieron en lluvia formando asoladoras cataratas. El lecho del Océano se levantó al propio tiempo con las sacudidas de los volcanes, y sus aguas se derramaron por las tierras bajas: así se verificó el gran diluvio de aguas que los eskualdunas occidentales llamaron *Hualdia* y que los éuskaros del Indostán llamaban *Uhalsara* en su dialecto. Yo he visto durante largo tiempo la tierra habitable cubierta de agua y limo, semejante á un dormido lago; y la llamé *Lurra (lo-ur)* para recordar su imagen. Pasando el tiempo, las aguas se retiraron; los ríos y los mares encontraron su nuevo lecho preparado. Á la sombría imagen del diluvio consagré el cuervo, pájaro negro que se nutre de cadáveres y es emblema de muerte y destrucción; al elemento oceánico, al agua que tiene la facultad de elevarse en forma de vapores al azul firmamento, consagré un ave de su color, la paloma torcaz; y la paloma recibió el mismo nombre que el agua,

ur, y se llamó *urso* en todos los dialectos de nuestra lengua: por esto los éuskaros iranitas la llaman *uhareska*. Pero cuando el cielo azul reapareció, cuando el cristal cerúleo de las aguas reflejó el zafiro olímpico del cielo, y brotó la oliva, símbolo de paz de la naturaleza, el agua encontró su camino, el arco iris brilló en el horizonte, y el sol, dilatando sus rayos por el húmedo ambiente, se acostó en el seno de los mares; y yo entonces llamé *ostadarra* á la rama ó cuerno florido del iris, magnífico ramo de luz en que la vista admira todas las tintas de la rica paleta con que el sol matiza la hierba, las flores y las montañas opalinas. Entonces comprendí que había llegado el tiempo destinado á la gloria de mi raza.

»Mas hasta entonces, qué de horrores no presencié! Yo estaba escondido, elevado *(gordatu)* en inaccesibles alturas: abrigábame una roca herida por el rayo (*arri*), y aquella cima tutelar fué mi arca de salvación *(arkha)*. Posaba el águila sobre mi roca lanzando dolientes graznidos, y la llamé *arraño;* el león tembloroso se echaba á mis piés gimiendo como un perro: todos los seres de la creación quedaron como petrificados de terror: con la misma palabra *arritu*, expresé la idea del hombre petrificado y del hombre poseído de espanto. Mis labios permanecieron mucho tiempo mudos; la palabra había muerto en mí, y expresé el silencio con el vocablo *itz-il*, es decir, aniquilamiento de la palabra.

»Cuenta la fábula que un príncipe fué convertido en bestia durante cierto tiempo, y que entonces vivía pastando la hierba del campo como los irracionales: reparad en la palabra *alha* que empleáis para designar el pasto, y en la voz *alhor* con que yo designé los campos, y comprenderéis cómo el primer campo de mi herencia después del gran cataclismo fué un terreno inculto, donde pasté la hierba como los brutos. Sabéis asimismo otras alegorías que dan á entender cómo los patriarcas salieron de las cavernas de las rocas, y cómo se fundaron las naciones nuevas después del diluvio. Dícese, en efecto, que en la cima de

una enorme montaña una innumerable muchedumbre sufría los efectos de un encantamiento secular, por cuya virtud las gentes habían tomado la forma de rocas y peñascos; y que un joven heróico, escogido por el destino, guiado por una bola que delante de él rodaba y por el delicioso canto de un pájaro luminoso, llegó á la cumbre de aquella montaña, encontró allí sobre la rama de un laurel más alto que los cedros al fénix con un ramo de oro en el pico; se lo arrancó, y deshecho el encanto de repente, las gentes metamorfoseadas recobraron sus formas primeras y proclamaron rey á su libertador. Y es fama asimismo que después del diluvio, el primer hombre y la primera mujer arrojaban piedras de las que nacían otros hombres y otras mujeres. Henchido yo de reconocimiento hacia el arca que fué mi asilo, y admirado de la conservación de aquellas altas montañas salvadas del naufragio del viejo mundo, consagré la idea de su duración secular dando un mismo nombre, *mende*, *mendi*, á los siglos y á las montañas. Con razón, pues, me llaman mis descendientes el antepasado de las montañas, *arbasoa*, ó padre descendido de los altos lugares, *aitagoya*. Recuerdo del techo que por largo tiempo me prestó la roca, es la palabra con que designáis hoy, ya la plateada pizarra, ya la rojiza teja que cubre vuestras casas, blancas como bandadas de palomas dormidas en los valles pirenáicos: *hegatcha*. Las puertas de esas casas son de roble, quizá tachonadas de hermosos clavos de bronce; pero aún conserva el nombre de *atea*, recordando el montón de piedras que yo formé para cerrar la entrada de mi caverna, la hospitalaria puerta en que la mujer, joya de su marido, suspende guirnaldas de flores el día del solsticio. Y como durante aquella noche profunda, con los torrentes de lluvia que caían de las apretadas nubes, ningún sendero conducía á mi guarida, y buscando mi puerta á ciegas sólo daba con ella por instinto, á este instinto nacido de la costumbre llamé *atuna*. También el instinto motivó en mí un acto que el ignorante vulgo acaso ridiculice y censure, siendo así que debe admirarse en él

la sabia inspiración de la madre naturaleza, y fué que cuando los vagidos de mi primer hijo vinieron á regocijar los ecos de nuestra húmeda caverna, no quiso la madre que yo me ausentase en busca del diario sustento: ella fué á buscarlo, mientras yo, ocupando su lugar en nuestro lecho de pieles, prestaba calor y amparo con mi velludo pecho, y defensa con mis brazos contra las fieras de la montaña, al lloroso fruto de nuestros amores (1).

»Los hijos de mi sangre no han adoptado las crueles y supersticiosas ceremonias introducidas por los celtas en sus funerales. Yo he establecido el uso de transportar los cadáveres á la cumbre de las montañas: en ellas tuvieron todos los patriarcas sus invioladas sepulturas, y muy á menudo en las grutas mismas donde vivieron con llanto y penas. Aquellas tumbas son su mejor lecho, *obia;* aquel sueño, su mejor sueño, el sueño del reposo, *ilona;* su muerte fué el gran sueño, *iltza.* En nuestras inmensas praderas, cada pueblo tiene su sagrada región de muertos, *ilerria.* La flor de los difuntos, *ililia*, mezclada con la balsámica rosa, crece en cada monumento de la ciudad de las tumbas; pero el éuskaro se acuerda siempre de que sus mayores, desnudos, hambrientos, casi salvajes, vivieron y murieron en sus cavernas. En otra edad más próspera, cada padre de familia se llamó *Jaon*, señor en su casa como Dios en el universo, y castillos espaciosos, cómodos palacios, *jauregui*, sirvieron de vivienda á los hijos de aquel que entraba en su caverna arrastrándose.

»Los animales que me habían seguido en tropel al arca de las montañas, habían abandonado su natural tímido ó feroz: el

---

(1) De esta singular costumbre, que entre los bearneses lleva el nombre de *couvade*, no se han encontrado vestigios en el país vasco. Consta que existe entre algunos naturales de la América del Sur y en las estepas de la Tartaria. Como único testimonio histórico de que no es una mera invención, se cita un pasaje de Strabón; pero falta que semejante texto se refiera á los vascones. Mr. Vinson cree que alude á los antiguos habitantes del Béarn. V. su trabajo *an essay on the basque language*, en el libro BASQUE LEGENDS del Rev. Wentworth Webster. London, 1879.

estupor general que hirió á todos los seres con los estampidos formidables de los elementos conjurados en aquella lucha suprema, encadenaba el apetito de los más voraces y la maldad de los perversos. Las serpientes se arrastraban inofensivas á mis piés: la gacela y el tigre huían juntos por el mismo camino, bajo torrentes de lluvia, ahuyentados por cien truenos. No extrañéis que haya más de veinte palabras para significar el rayo en la lengua de los patriarcas. Es preciso haber sido como yo testigo de aquel espectáculo para formarse de él idea: es menester haber visto los cuadrúpedos, los pájaros, todos los seres vivientes del viejo mundo y el hombre mismo, refugiarse, amontonarse, apretarse en masas y como rebaños en los bosques, en los alcores y en las cimas de las montañas azotadas por el huracán: haber oído como yo gruñir, silbar, aullar, rugir, bramar y quejarse á millares de voces á la vez. En medio del conjunto atronador de todos aquellos gritos diversos expresando con las notas más estridentes y horribles el dolor, el hambre y el espanto, nada se perdía, ni siquiera el zumbido de los insectos que pasaban en torbellinos por entre las nubes. Eso era un bosque durante el diluvio. De la palabra *oya*, que significa grito, formé yo el nombre de *oyan*, para que se supiese que todos los ruidos de la creación animada, todos los gritos de la naturaleza viva estaban reunidos en el horror sublime de un inmenso y fúnebre concierto.

»El euskalduna, al bajar de las montañas donde estuvo refugiado durante el diluvio, tomó asiento en la tierra bañada por el sol y colocó su morada en una región templada y apacible: de aquí que las ideas de residencia, habitación, morada, etc., se expresan en nuestro idioma con las palabras *egon*, *egongia*, que significan cualquier lugar donde hace buen sol. Aquellas risueñas moradas donde las tribus de mi raza se detuvieron, eran floridas como jardines: de ahí que para designar los jardines cultivados que rodean sus casas de los Pirineos, mis hijos no hayan recibido de mí otro vocablo que el de *bazatze*, que equi-

vale á lugar agradable en que se descansa con placer. La misma definición conviene en todas las lenguas orientales á la voz *paraíso*, que designa un jardín. El *gymle*, paraíso de los escandinavos, no es otra cosa que el mediodía. La Bética española, donde los euskaldunas recibimos de los griegos el nombre con que hemos pasado á la historia, fué un verdadero paraíso terrenal, el más hermoso y fértil, el más delicioso jardín de los iberos. Nuestras casas, que andando el tiempo constituyeron ciudades florecientes, descollaban todas en la proximidad de los ríos y demás corrientes, y como los manantiales suelen estar en las montañas entre rocas (*arri*), y las aguas motivan los puentes (*zubi*), y las cabañas y alquerías, y las fraguas, cuna de las primitivas industrias, necesitan también la proximidad de los ríos, arroyos y fuentes (*itur*), resulta que los elementos más comunes de los nombres de poblaciones en sus orígenes y calificaciones locales, son el agua (*ur*), la fuente (*itur*), la roca (*arri*), el puente (*zubi*), etc.; y así los ríos indostánicos espejan en sus corrientes las construcciones de *Abur, Ikhur, Magur, Kalur, Akhur, Korindiur, Mantitur, Apotur, Mapur, Baleokur, Korreliur, Ipokur, Paliur, Podoperur, Gorriur, Mastanur, Tenur, Silur, Yatur, Pur, Poleur, Modur, Ithagur* y *Nagiur;* el África, donde los ríos son más escasos, tiene á *Urbara, Butura, Buturiza* y *Zubiur;* y los ríos de nuestra península ibérica ostentan en sus orillas á *Urbiaka, Urbion, Urcia, Uria, Urion, Urgia, Urzo, Urcesa, Ilurbola, Iri-iturgi, Ituriaco, Anastorgiz,* é *Ipazturgiz*. Al mismo tiempo las radicales *su, gar, eihar, erre*, que significan fuego, llama, sequedad, combustión, se nos conservan en las ciudades africanas *Sugarra, Suhara*, y *Eyarzeta* y en los montes llamados *Errebide* ó caminos abrasados; las radicales *zubi*, puente; *ur*, agua, é *iri*, ciudad, aparecen en tres ciudades del África y del Indostán llamadas *Zubiri*, y en otras tres denominadas *Zubura, Zubia* y *Zubiur;* otras poblaciones de los propios continentes reciben aún su nombre de las rocas, *arri*, con calificativos que indican

ya cavidad, *chile;* ya elevación, *gain;* ora largura, *zabal;* ora posición dominante, *pe;* ora escasez ó indigencia, *char:* como *Arramaya*, *Arzabal*, *Arbalte*, *Arbaka*, *Arrochota*, *Archile*, *Arripara*, *Arragara. Arretachara.*—Tuvo el África tres ciudades de pastores euskaldunas, *Olhapia*, ciudad dominada por las cabañas; *Otsolha*, ciudad de las chozas frías; *Olhabasa*, ciudad de las chozas desiertas. Pero entre todas estas poblaciones, la más ilustre fué la consagrada al sol, *Argia*, *Argion*, *Argiri*, cuyo nombre llevaron nuestras tribus cuando fundaron colonias en el Indostán, en España y en el corazón de Italia.

»El éuskaro, como el celta y el negro, vino desnudo á la tierra; el epíteto *gorri*, rojo, que siempre unimos á la idea de la desnudez, recuerda que la piel de mis primeros hijos era más roja y cobriza que la de sus descendientes, en quienes la influencia de climas más fríos va borrando el color primitivo. Hicieron sus primeros vestidos juntando hojas de árboles y pieles de animales, y les dieron el nombre de *pilda*, que significa unión ó reunión. Era nuestro calzado de tiras de piel ó cortezas entretejidas, *abarka*. Cortábamos las pieles con los dientes, que fueron nuestras primitivas tijeras, *ayostiorsa*, y las cosíamos con punzantes espinas, *osvre-atz*. En aquella edad rudimentaria, bebíamos el agua en el hueco de la mano, cuya parte cóncava é interna recibió el nombre de *Aho-cer*.—Aún no conocíamos la cultura de los cereales: la encina, el roble, el nogal nos daban su fruto, del que sacábamos aceite y harina: el roble, *aritza*, recibió de nosotros un nombre que significa árbol de vida, árbol nutritivo, y desde el origen hicimos de él el emblema de la perpetuidad, de la gloria y de la independencia de nuestra raza. En otro tiempo nos proporcionaba el alimento: hoy cubre con sus poderosas ramas la reunión de los ancianos del pueblo y de los prudentes (*bilzaarra*): asambleas augustas en las cuales la equidad pronuncia sus oráculos, y el puro amor de la patria dicta las resoluciones que rigen los destinos de las tribus.

»Las piaras de cerdos, los rebaños de toda clase en que

abundaba la Turdetania, eran nuestra riqueza entonces. El cerdo, animal tan útil cuanto despreciado, recibió del instinto que le lleva á revolcarse en el fango de las orillas de los lagos y de los estanques, el nombre de *urde:* al ganado vacuno dimos, por onomatopeya, sacada de su mugido, el nombre de *beya*, y á toda especie de ganado en general, el de *abere*. El ser poseedor de rebaños era ser rico entre nosotros (*aberatsu*). La agricultura alcanzó rápido crecimiento entre las tribus que no se limitaron al pastoreo, y mi lengua da testimonio de que nuestras tribus desde el principio repudiaron los hábitos de los pueblos nómadas y cazadores, á quienes tal género de vida aventurera mantiene en estado salvaje en las islas y más allá del Océano occidental. El día para nosotros estaba distribuído en partes que llevaban su nombre propio y significativo: la mañana (*goi-iza*) era el despertar del hombre y de la creación, el momento en que el señor de la casa (*echeco-jauna*) ó el jefe (*buruzagia*) ó sea el *puruza* de nuestros hermanos los indos, deja el lecho para dirigir los trabajos de la familia y llama á sus servidores. Durante la época salvaje, que fué de corta duración para los aborígenes de mi pueblo, después del diluvio, íbamos de madrugada (*goiz*) al pasto (*alha*), bajo los árboles de los campos (*alhor*), y aquella primera refacción se llamaba *gosalhatzea;* pero con el progreso social, la cultura introdujo que se designara el desayuno con la palabra *askaria*, que tanto vale como refacción del principio del trabajo, y la comida principal con la de *baraskaria* porque suspendía toda faena. El resto de la tarde, después de este descanso tan necesario en los momentos en que el calor del día adquiere su mayor intensidad, fué llamado *arra-has-aldia*, ó sea tiempo del trabajo renovado, porque entonces volvía el labrador á uncir sus bueyes al arado. Al caer el crepúsculo vespertino, cuando aparecía en el cielo el brillante planeta que dió el nombre de *Hesperia* á la España de los iberos, tornaban los ganados á sus apriscos, y el. Héspero fué llamado por nosotros *Artizarra*, ó sea estrella de la oveja, ó del pastor.

»Durante aquel primer estado y cuando principiamos á contar los años por las inundaciones del Nilo, inventamos el reloj de agua ó clepsidra, y del nombre del agua la llamamos *neurri*, expresando toda medida de tiempo. La palabra cadenciosa, el verso, el metro del bardo improvisador se llama también *itzneurtu*. El agua de la clepsidra, cayendo gota á gota de una división en otra, al llegar á su derrame total marcaba una hora entera, *orena*. Antes de expresar con mayor perfección las ideas del espacio geométrico y de las distancias, las indiqué con la noción del tiempo preciso para recorrerlas, y relacioné esta idea con la clepsidra, tomando de este ingenioso instrumento los términos que denotan lo próximo y lo distante: *urbil*, cerca, se definía por la proximidad de la hora cuando el agua (*ur*) estaba reunida (*bil*) en el recipiente del reloj; la definición contraria se aplicó á *urrun* que significa lejos. La pequeña cantidad, *apurra*, el fin y la terminación de las cosas, *urhentzia*, son ideas que expresé con alusiones sacadas de la clepsidra. Con cuántas expresiones felices enriqueció el reloj de agua nuestra lengua, tan natural y sabiamente figurada! La gota cayendo por segundos forma círculos en la tersa superficie del líquido, y el círculo fué llamado *kurkur*, y el circuito *ingur*: los círculos repetidos con frecuencia, *usu*, y multiplicados como arrugas, sugirieron la palabra *uzur*, que indica toda clase de pliegues y particularmente las arrugas de la frente humana. De *belz*, negro, y de *uri*, formé la palabra *belsuri*, que expresa poéticamente la contracción de las cejas y las arrugas amenazadoras de la frente del hombre irritado ó del león. De la superficie serena del agua después de agotada la clepsidra, en la cual me miraba como en claro espejo, saqué la palabra *idauria*, *ichurra*, que expresa la imagen, la fisonomía, el parecido. En el agua agitada de la misma ví la imagen de los pensamientos tumultuosos causados por la turbación y las fuertes emociones, y creé la hermosa palabra *uriduritu*, que significa conmovido, turbado, semejante al agua agitada. El paso del hombre, medido y acompasado como

la gota del reloj de agua, recibió el nombre de *urats* ó ruido de agua. La imagen del río detenido en su corriente, me sugirió la palabra *ukuru,* que denota la inmovilidad. Cuando el río detenga su curso cadencioso, cuando los torrentes dejen de correr y en los valles los manantiales agotados exhalen los primeros vapores de la fiebre producida por el fuego interno que ha de trastornar de nuevo el globo, será señal de que la clepsidra genésica habrá marcado el fin de los tiempos. ¡Entonces, oh hijos de mi sangre, corred á la cima de las montañas, fabricaos un arca: porque el dragón desencadenado rugirá en el pozo del abismo y el juicio del Altísimo no estará lejos!

»En aquella edad de civilización rudimentaria no sabíamos extraer el hierro de las entrañas de la tierra. De todos los metales, sólo el oro nos era conocido, y se convirtió en símbolo de aquella edad feliz. El ardor del gran incendio lo había sacado líquido á la superficie del suelo: los ríos de Iberia lo arrastraban en hojuelas y en arenas. Con el fuego trabajamos aquel metal tan dúctil y bello: servíanos para los usos más viles, y la tradición conservada entre los celtas de que los iberos tenían de oro las rejas de sus arados, es verdadera al pié de la letra. Mas la avaricia desapoderada de los extranjeros nos envidió el lodo brillante que hollaban nuestros piés, y para arrebatárnoslo entregaron al incendio nuestras ciudades y asesinaron á nuestras tribus. La prudencia de nuestros ancianos prohibió el uso del oro: durante veinte siglos no guardamos de él ni un grano ni una hojuela: así que las monedas y las medallas salidas de nuestras fundiciones, son todas de plata. Dimos al oro en nuestra lengua sagrada el nombre de *urre*, por el agua, *ur,* en que se recogía. Jamás fuímos á buscarlo al fondo de las minas: la prudencia y la humanidad de nuestros ancianos no consentían que hombres nacidos para respirar el aire puro y bañarse en la luz del sol, hiciesen la locura de encerrarse vivos en las entrañas negras y húmedas de la tierra para arrancar, á precio de sudores y fatigas mortales, el funesto metal, primera causa de

las invasiones extranjeras y de nuestras mayores desdichas.

»El labrador había encontrado en los animales domésticos sus naturales auxiliares, y la agricultura creó la necesidad de regular el orden de los trabajos según las estaciones: fué menester estudiar con atención el curso de los astros, para cuyo resultado fueron también indispensables los números. Un hilo, *ari*, nos servía entonces para medir las dimensiones de los cuerpos, de donde vino la palabra *iz-ari* que expresa toda medida geométrica. Las hendiduras hechas en los árboles fueron los primeros guarismos de nuestros cálculos. Contábamos con los dedos, y las primeras cifras representativas de los números fueron un dibujo jeroglífico de los dedos, I, II, III, IIII, y de las manos, V. El número cuatro se expresó también con la figura de la mano abierta, V, menos un dedo, IV. Los diez dedos de las dos manos nos dieron un sistema de numeración por adiciones decimales. El número diez fué llamado *amar*, es decir, macho y hembra, por la generación de los números, á que los bárbaros dieron el nombre de casamiento. Pero con mayor razón podían los egipcios llamar casamiento al número diez, porque en la lengua sagrada la palabra *esku-ontze* se traduce por la unión de las manos. Así la cifra diez, X, entre nosotros no es otra cosa más que el dibujo jeroglífico de dos manos abiertas en sentido opuesto, unidas por el puño. Los iberos fueron en Occidente los creadores de la ciencia del cálculo: nuestros sabios ancianos y nuestros inspirados bardos reconocieron en los monumentos y templos de los idólatras las cifras primitivas que los antiguos iberos usaban en su escritura, y que llaman romanas los bandidos hijos de Rómulo.—Conocidas las reglas del cálculo, fácilmente descubrimos las leyes que presiden á los fenómenos celestes. La presencia y ausencia del sol sobre el horizonte señalaban naturalmente las divisiones del día y de la noche. Del nombre del sol, *eguzki*, *ekhi*, por el cual el hombre ve, el día fué llamado *eguna*, es decir, período de bienhechora claridad. La idea de la privación de la luz, *gavia*, sirvió para

designar la noche. El reinado de la oscuridad, de las tinieblas, fué llamado *ilona*, que equivale á dulce muerte, buen descanso, buen sueño de los mortales. El crepúsculo de la mañana, el de la tarde, el alba, la aurora, la salida y puesta del sol, recibieron nombres hermosos por su precisión y poesía. La marcha del sol, que abraza un círculo de estaciones extenso, pareció á propósito para representar los principales períodos del año civil; la luna, cuyas revoluciones son de más corta duración, divididas en fases regulares, fué para nosotros como el faro indicador de las semanas y los meses. En este sentido fué llamada *arghizaría* ó luz medida, luz que sirve para regular el tiempo; y de la concordancia de los ciclos lunares con los años solares resultó sin duda la perfección del calendario civil y de nuestra cronología. De otra parte, la observación atenta nos hizo descubrir que la claridad de la luna, disco poco radiante, carecía totalmente de calor, y dedujimos que esa claridad no tenía foco propio y vivificante, y para caracterizar su naturaleza de planeta inmóvil, durmiente y helado, fué llamada *illa*, palabra que expresa á la vez en nuestra lengua la inmovilidad, el estremecimiento y la muerte. Nuestros bardos, dados á las imágenes poéticas, como los sabios á la claridad del lenguaje, llamaron á la luna *illarghia*, es decir, luz durmiente ó muerta, luz que se apaga y brilla en las tinieblas de la noche.

»Á los iberos deben los europeos su semana de siete días, instituída según el aspecto de la luna durante su revolución sinódica. Contábamos por noches, y el nombre de la semana, *aste*, significa principio de fase ó de período lunar. Comenzábamos la cuenta de los días y de las semanas con la luna nueva. Los días de la semana recibieron sus nombres, de todos conocidos, y todos significando su propia idea: la seisena de lunes á sábado, consagrada al trabajo de los campos, se designó con el vocablo *seillastia*, de *sei*, seis, *illa*, luna, y *aste*, semana; los días de la seisena fueron llamados *astegunak*, días de semana ó trabajo. El día séptimo recibió el nombre de *igandia*, de *igan*, subir,

elevarse, franquear, porque en ese día alcanza la luna un grado de iluminación ó traspasa uno de los cuatro períodos del mes sinódico. Este día fué consagrado al reposo y celebrado con regocijos; y para las brillantes noches del plenilunio instituí las fiestas llamadas *Jay-arin*, ó sea de las noches alegres y enloquecedoras, durante las cuales mis hijos de la montaña dirigen al altísimo, *Goyena*, al buen señor del universo, á Dios, *Jaongoikoa*, sus himnos de júbilo, bailando hasta el rayar del alba con gracia y ligereza, al són de flautas y tambores.—Las fases solares me sirvieron para determinar la verdadera extensión de los años: luégo observé que, del mismo modo que la luna, el sol tenía respecto de la tierra sus períodos de exaltación y debilidad, señalando dos grandes divisiones, marcando en junio su mayor elevación ó afelio, por lo que este mes fué llamado *ekhain*, y en diciembre su mayor descenso, *egubera*, á causa de la aproximación de la tierra en su perihelio de invierno. Entre el solsticio de invierno, *eguberia*, y el solsticio de verano, *ekhaina*, colocaron nuestros sabios ó adivinos la mayor desigualdad de los días y de las noches, y estudiando las fases de incremento y disminución, reconocieron que los polos de la tierra se elevaban de sus inclinaciones alternativas hacia el sol y que esta posición producía la igualdad de los días con las noches en los equinoccios de primavera y otoño. De estas cuatro épocas, de los equinoccios y de los solsticios, vino el dividir el año en cuatro estaciones, con sus nombres privativos: *bedatse*, la primavera, principio del verdor de los campos; *uda*, estío, época de la sequía; *larrasten*, otoño, tiempo de las últimas cosechas y de las últimas faenas; y *neghia*, invierno, época de la muerte y del sueño en la que el calor se convierte en hielo y la savia se agota. Desde un principio establecimos la concordancia de los meses lunares con los años solares en nuestro calendario, así que, fuera de dos meses, cuyos nombres están tomados del sol, todos los demás reciben su denominación ó calificativo de la luna, *illa*, con la designación de los trabajos agrícolas, ó

de otras circunstancias que se refieren á la vida de los campos: febrero, *otsa-illa*, mes del frío, ó del lobo, según las tribus y sus dialectos;—marzo, *epailla*, luna de la siega ó de las cortas; —abril, *yorrailla*, *opailla*, luna del escardeo y de las primicias;—mayo, *orilla*, luna de las hojas;—junio, *garagarilla*, *ekhaina*, *erreazo*, estación inflamada y de la exaltación solar;—julio, *uztarilla*, luna de las cosechas;—agosto, *agorilla*, luna de las sequías;—octubre, *urrieta*, *urrilla*, luna de las lluvias, y *bildilla*, luna de las vendimias y de las últimas cosechas;—noviembre, *azilla*, luna de las siembras;—diciembre *lotzailla*, luna del sueño, durante la cual la tierra duerme bajo las nieves y el labrador descansa.

»Con el desarrollo del trabajo se crearon nuevos intereses y necesidades antes desconocidas: á las primeras creaciones, limitadas á lo extrictamente *necesario*, sucedieron las de lo *útil*, que ensancharon el círculo de nuestras industrias; anunciábase para el genio de mi raza el tiempo de la investigación de la verdad y del culto á los esplendores inefables de la belleza; las primeras ciencias introducidas en nuestra sociedad, como la medicina y la astronomía, no rebasaban la línea de lo útil y necesario; fué preciso eximir de los trabajos manuales á los hombres llamados por su talento á investigaciones de un orden superior, y las funciones que les señalamos en nuestras repúblicas fueron las de descubridores de los arcanos de la naturaleza, idea que tradujimos con las voces *igherle*, escrutadores, y *azti*, indicadores. Esas nobles funciones han degenerado en manos de los bárbaros infieles en fuente de supersticiones ridículas, degradantes, y objeto de especulaciones inmorales y de odioso charlatanismo: el Egipto, la Caldea y la India han tenido, después de nosotros, sus adivinos, cuyo oficio es domesticar las serpientes, cebar cocodrilos, adorar ídolos vetustos de dorada corteza, mientras ellos se nutren con la sustancia y los sudores del pueblo imbécil á quien dominan con sus terroríficos fetiches. No así nuestros adivinos, los cuales, enemigos de hechizos imaginarios y de sor-

tilegios de antemano preparados, sólo atienden á percibir la armonía silenciosa de los astros y los números que la mano divina escribió en el firmamento con caracteres de fuego; sólo predicen la verdad en la sucesión de los tiempos y el orden de las estaciones. Mientras en las orillas del Indo y del Ganges el mago astuto y embaucador hace pesar sobre el Irán el yugo de una teocracia despótica, las tribus de mi pueblo ibero se inclinan con respeto filial ante sus magistrados, llamados padres de la patria y venerables, *agureak*. Todos nuestros ancianos reciben el mismo título. El hombre libre obtiene con la edad la corona de blancos cabellos del sacerdocio natural, y ejerce autoridad en orden á las costumbres: el freno de su disciplina es poderoso en nuestras repúblicas. Tienen éstas jefes y guías políticos, *ghehien*, pero el jefe es siempre el más anciano; no reciben leyes más que de la virtud y de la experiencia; los castigos son impuestos por manos paternales, y nuestra lengua atestiguará en lo venidero que el pueblo elegido de Aitor ignoró en el occidente de Europa hasta el nombre de los crímenes y vicios embrutecedores con que los Bárbaros se mancharon. Dejemos, pues, al Bárbaro, sus cavernas, sus aras ensangrentadas, sus sacerdotes funámbulos y brujos; para nosotros no habrá más brujo, mago ó hechicero, que el paciente herborista que estudia y analiza las plantas y extrae de ellas jugos saludables y benéficos, *belharguilla*. Dejemos á los celtas supersticiosos el culto de los bosques, con sus druidas tan diferentes de nuestros sabios ancianos que se sientan en bancos de césped bajo el árbol de la libertad santa: donde condenando la carnicería de los sacrificios y la bárbara efusión de la sangre humana, el hombre de nuestra raza no se sacrifica sino por la patria; donde la voz del cielo no reclamó jamás otra sangre que la de los jóvenes guerreros que combaten noblemente, no para conquistar tierras y esclavizar pueblos, ni para enriquecerse con el botín robado, sino para defender los floridos altares erigidos á la independencia y libertad primitivas en el santuario de las montañas.

»Los éuskaros, más que todos los pueblos primitivos, fueron los hombres del deber: crearon la palabra, el arte y la ciencia; adoraron la verdad, practicaron la justicia, fundaron la sociedad, y con ella la libertad civil, principio de orden y de armonía; y antes que aceptar la servidumbre de los Bárbaros ó imponerla á las tribus infieles, se resignaron á huir y á emigrar, hicieron pacto con la muerte. El celta al contrario, fué el padre de la esclavitud, imaginó la guerra, produjo la iniquidad; pueblo cruel, supersticioso, idólatra, se olvidó de Dios alzándose contra sus leyes providenciales. Esta revolución fué el resultado de las tinieblas espirituales y de las malas inspiraciones del error. Por eso el error y la mentira recibieron en la lengua sagrada el nombre de *ghezurra*, que significa manantial inagotable de todo mal, y el mal mismo fué llamado *gaitz* ó producción tenebrosa consagrada por palabra engañadora.—¿Qué dicen nuestros bardos y adivinos acerca de la inteligencia suprema? La comparan á un río de luz inagotable, á un océano sin orillas de fuego y claridad. Así, de dos palabras consagradas al agua perenne y al fuego purificador, *su, ur*, la lengua inspirada de mi pueblo forma el nombre *zuhur* para designar á los ancianos, á los sabios, cuya mirada interior contempla la verdad de Dios. Y como Dios es todo luz, todo espíritu, y sus atributos supremos son la eternidad, la inmutabilidad, la infalibilidad, la independencia, la soberanía, el libre albedrío, la justicia, la misericordia y por encima de todo la bondad, fué llamado en nuestra sagrada lengua *Jaon-Goikoa*, buen Señor de arriba. Los hijos de mi raza, cuya mirada era sencilla y recta, no necesitaban reflexiones dificultosas ni el espectáculo degradante de la idolatría de los Bárbaros: en la serenidad de los primeros días que siguieron á las creaciones genésicas, y en el jardín terrenal en que el Padre Supremo le había colocado, el éuskaro, dotado de gracia, de belleza y de bondad, no se alzaba del tálamo nupcial para entregarse á un culto supersticioso é incensar al sol naciente, sino que entre las irradiaciones de la aurora, como entre las sombras nocturnas,

cantaba el himno del Eterno, *Bethikoa*. Entonces fué cuando embriagado de felicidad, henchido su pecho de gratitud, inundados sus ojos con las claridades del cielo y el espíritu con los resplandores de la verdad, proclamó al Sér Supremo con un grito inspirado, el más hermoso, el más expresivo de los nombres divinos: JAO! que resume toda la potencia de la palabra, todas las armonías del verbo: nombre sagrado y refulgente que es para los hijos de mi raza predestinada grito de júbilo, grito nacional, por el que los infieles reconocen al hijo de las montañas, al éuskaro, del mismo modo que reconoce el cazador al león del desierto por su majestuoso é imponente rugido.»

De algunos pasajes de esta curiosa fábula parece deducirse que su autor opina, como el Dr. Baret, y como sospechó Leibnitz, que el éuskaro procede originariamente del África; que su primer establecimiento fué entre los bereberes que poblaban la región septentrional de aquel continente mucho antes de ocuparla los cartagineses y los romanos; y por último que la lengua éuskara tiene grandes afinidades con el bereber puro y genuino que hablan en el nordeste de África los tuaregs y los pueblos confinantes con los abisinios.



vascongado en la pasada centuria los filólogos de la escuela etimologista, Larramendi, Perochegui, Astarloa y Erro, y el mismo Guillermo de Humboldt á pesar de haber censurado la manía de etimologizar de su tiempo. En nuestros días, el ingenioso lexicógrafo francés á quien hemos consagrado casi todo el precedente capítulo, con esta misma poderosa palanca de las etimologías, auxiliada de la más brillante imaginación y de conocimientos científicos nada vulgares, ha removido la tierra en que descansaba la desacreditada teoría etimologista, cortando en cierto modo el rumbo que el problema de los orígenes del éuskaro había empezado á tomar por virtud de otros más provechosos estudios (1); y con un deslumbrador poema en que funde tradiciones bíblicas con mitos paganos, el Génesis y los poetas helenos, las verdades científicas con los delirios de la fantasía, ha condensado en la leyenda de *Aitor* todo cuanto en honor del sistema de la homogeneidad ibero-vascona podía imaginarse en la región indefinida del idealismo filológico. Aitor, según ha visto el lector, es el patriarca éuskaro sin época determinada: unas veces parece el padre común de la especie humana, otras el Noé éuskaro, tronco de las naciones salvadas del gran naufragio; ya se asemeja á Cadmo, el padre de la civilización de la Beocia; ya á Deucalión, ya á Ogiges. Y los vascófilos

(1) Á las afirmaciones de la escuela etimologizadora habían sucedido, en efecto, disquisiciones más útiles, á que acaso contribuyó la especie vertida por el mismo Humboldt de que no bastaban ciertas analogías para deducir que el vascuence pudiera derivarse de las lenguas que en América se hablaban, ni formar parte de la misma familia. M. Antoine d' Abbadie en sus *Prolegómenos* á los *Estudios gramaticales sobre la lengua éuskara* de Chaho; Schleicher en su *Revisión sistemática de los idiomas europeos;* Mahn en sus *Monumentos de la lengua vasca;* Alfred Maury en un libro sobre *La tierra y el hombre,* y Charencey en sus *Afinidades de la lengua vasca con los idiomas del nuevo mundo*, aún persistiendo en la idea, acaso errónea, de las analogías entre los idiomas americanos y el vascongado, sacaron la cuestión de los orígenes de éste del laberinto etimológico donde estaba encerrada sin adelantar un paso.—Otros vascólogos, como Vinson, Edwards y el Abate d' Iharce de Bidassouet, han sugerido otras teorías y notado otras similitudes; y lo mismo han hecho el príncipe Luís Luciano Bonaparte y el alemán C. A. Arndt, acreditándose mucho la especie de que el vascuence, idioma *aglutinante*, y no de *flexión* como las lenguas aryas y las semíticas, pertenece á la misma familia del finlandés, del lapón y del magyar.

de ahora, estimulados por la ruidosa acogida que ha alcanzado la fascinadora epopeya léxico-etnológica de Chaho, han renovado con todo el ardor de que es susceptible la gente vascona, la reñida batalla con los *anti-iberistas*.

En la falange de éstos, que cuenta ya con nombres tan autorizados como los de Vinson, Charencey, Cristián Amadeo Arndt, Bladé, Max Müller y d' Abbadie, ha venido últimamente á ocupar el puesto de honor un humanista y arqueólogo español ya muy conocido por sus profundos estudios sobre la epigrafía latina, el cual con erudición prodigiosa y perspicacia nada común, analiza, desmenuza, compagina y confronta todos los testimonios de los antiguos escritores griegos y latinos para investigar la procedencia de los vascones; y como resultado de su larga tarea, consigna, no sin cierta loable desconfianza, esta conclusión: «*por todo ello he deducido que los Vascones, á juzgar por su idioma de hoy, fueron turanianos, que en apartadísimas edades arribaron nómadas á las montañas pirenáicas, como también en épocas remotas sus congéneres á la Persia, á la Media y á la Armenia*» (1).

En un rincón de las montañas de la Vasconia, dice este escritor, permaneció una tribu que no era celta ni ibera, extraña por muchos siglos al movimiento que en las demás de la península se venía verificando desde las invasiones fenicias, griegas y cartaginesas, que no penetraron en sus enhiestas sierras, hasta la romana. Las tribus colindantes con la Vasconia en el período romano, eran todas iberas ó celtíberas; y en la época gótica, con la extensión que aquella comarca logró alcanzar de la una y de la otra parte de los Pirineos, los vascones de la Aquitania siguieron lindando con los iberos, como los navarros hispanos

(1) *Los bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel que publica Manuel Rodriguez de Berlanga;* Málaga, 1881: Introducción, cap. III, §. III. Vascones.—Debemos un ejemplar de esta voluminosa y preciosa obra á la bondad del mismo autor, el cual no la expende y sólo por amor á la ciencia escribe, imprime y regala sus producciones.

con los celtíberos, mientras los vizcaínos y guipuzcoanos absorbieron y ocuparon poblaciones célticas. De las continuas alianzas con sus vecinos de la banda de acá y de la banda de allá de las fronteras de ambas naciones, debieron de producirse, y se produjeron, como los etnólogos modernos aseguran, entre los vascones nacidos de la mezcla de sus progenitores con gente céltica pura ó celtíbera, ó bien de la otra parte de los montes, con los iberos, notables variedades, que señalan en nuestros días cuantos han estudiado los cráneos *franco-vascones*, comparándolos con los *hispano-vascones*. Estas mismas alteraciones acentuadísimas de los vascongados de hoy, entre sí y con relación á sus ascendientes, como consecuencia inmediata de sus cruzamientos, se refleja necesariamente en el idioma, el cual se disgrega en diversos dialectos y subdialectos en la Vasconia española como en la francesa, absorbiendo al fraccionarse numerosas palabras de los demás idiomas que á su alrededor se hablaban, siguiendo aún después el mismo sistema de asimilación entre las lenguas modernas que están en uso en los países vecinos de la una y de la otra Vasconia, y el mencionado vascuence. De aquí deduce que ni los vascongados de hoy conservan la pureza de raza que muchos han pretendido, ni el idioma que hablan ha llegado á nosotros en toda su integridad arcáica, defendida con tanto calor por los hijos de aquellas comarcas. Desde el *Imposible vencido* de Larramendi (dice) publicado en Salamanca en 1729, hasta la *Grammaire comparée des dialectes basques* de Van Eys, impresa en París en 1879, ha mediado siglo y medio de trabajos no interrumpidos sobre este idioma, merced á los cuales en la actualidad es bien conocida su especial estructura, sabiéndose sin género alguno de duda que pertenece á la familia de los turanios, en que se comprenden algunas lenguas vivas europeas y varias americanas. Los estudios comparativos entre dichas lenguas del viejo y del nuevo mundo con el vascuence, han venido á confirmar las semejanzas de varias de aquellas con ésta, acusando una marcada analogía de origen en un pasado

más ó menos remoto. De esta manera los progresos que se vienen haciendo en el conocimiento del habla vascongada, van descubriendo los oscuros horizontes de la procedencia de este pueblo misterioso, que en nuestros días ha logrado ser clasificado con alguna certidumbre entre los turanios, como consecuencia de los adelantos lingüísticos llevados á cabo hasta el presente.

Á esta deducción de la filología, agrega el Sr. Berlanga como poderosísimo argumento la perfecta concordancia que con ella guardan ciertos datos transmitidos por los historiadores: datos en que creemos no se había reparado hasta ahora; y en esto resalta la perspicacia de nuestro crítico malagueño. De la confrontación de dos textos, uno de Varrón y otro de Salustio, véase cuánta luz resulta. Afirma Marco Terencio Varrón, arqueólogo famoso del siglo de Augusto, que parece haber estudiado detenidamente los orígenes de la Hispania, que á esta región cispirenáica vinieron los *Iberos*, los *Persas*, los *Fenicios*, los *Celtas* y los *Cartagineses* (1). Y un rey africano llamado Hiempsal, que escribió en idioma púnico sobre la procedencia de las varias gentes de aquel país, en la misma centuria varroniana, aseveró (según la versión que de su obra hizo Salustio) que una banda de Medos, de *Persas* y de Armenios, habiendo perdido su jefe en España, se embarcaron para el África y ocuparon allí los lugares más próximos al Estrecho (2). ¿Quiénes fueron esas gentes que bajaron del Asia á poblar la España y el África según las tradiciones recogidas en los lugares mismos por los escritores del siglo más floreciente de Roma? Las dudas sólo pueden referirse á los *iberos* y los *celtas*. — Del testimonio de los geógrafos griegos de más crédito en la antigüedad, Stra-

(1) Plin. H. N. 3, 8. In universam Hispaniam M. Varro pervenisse Iberos, et Persas, et Phœnices, Celtasque et Pœnos tradit.

(2) Sallust. *Iugurt.* 17 y 18.

bón y Scylax de Caryanda (1), se desprende que en toda la ancha faja de terreno comprendida entre la desembocadura del Garona y la del Ródano, y en dirección casi paralela á la cordillera pirenáica, se hallaban en lo antiguo establecidas diversas tribus ibéricas que por muchos siglos vinieron ocupando aquella región de las Galias. Larga era en verdad la peregrinación que los tales iberos traían. Salidos, según hoy se supone, de las regiones que el Iagartes y el Oxus atraviesan, donde se encontraban las felices mansiones del *Airyana Vaega* (2) numeradas en el primer *Fargard* del *Vendidad del Avesta* (3), bajaron de las costas del Aral á las de la antigua Hircania en el mar Caspio, por cuyas orillas llegaron á la falda meridional del Cáucaso, donde se instalaron (4). Al fijar sus tiendas en el suelo de estas nuevas tierras, dieron su nombre á uno de aquellos ríos (5), desde cuyas márgenes, henchidas de multitud de emigrantes, debieron de salir empujados por las mismas muchedumbres que no cesaban de afluir, viniendo de las regiones del lago Oxiano unas y otras tribus de Iberos, que siguiendo las playas meridionales del Ponto Euxino, hoy mar Negro, pasaron por el Bósforo, al sur de la Tracia, donde por algún tiempo se detuvieron, imponiendo á otro río la denominación de *Ebrus* (6). Al plegar de nuevo sus tiendas encaminándose al occidente, dejaron en aquellas regiones establecida una gente que llamaron de los *Astas* y otra conocida por los *Bessi* (7), cuyos nombres traen á la memoria los de dos antiguos pueblos de la Bética, *Asta* y

---

(1) Aunque Scylax era natural de Caryanda en el Asia Menor, escribió en griego.

(2) SPRUNER-MENKE, *Atlas antiquus, tab. 2. Orbis terrarum regnii Assyrii tempore.*

(3) AVESTA, trad. Harlez, I, p. 82 á 88. Véanse también las notas.

(4) STRAB. 2. 5. 12.—STRAB. 11. 3.—STRAB. 11. 14. 1.

(5) PLIN. H. N. 6, 29. *Iberum amnem.*

(6) PLIN. H. N. 4. 40 y 41. *Hebrus amnis.*—No verificamos las citas de los autores á quienes se va refiriendo el Sr. Berlanga, porque fiamos en la exquisita diligencia de tan concienzudo escritor.

(7) PLIN. H. N. 4, 40.—STRAB. 7 fr. 47.

Vesci (1). Siguiendo el derrotero que al parecer se habían trazado hacia el oeste, cruzan la Tracia y la Mesia, encuentran el Adriático en los confines de la Iliria y continuando su camino por las playas venecianas, las dejan por seguir las orillas del Po en sentido contrario á su corriente, penetrando al fin en las Galias, dirigiéndose por las costas mediterráneas á las estribaciones orientales de los Pirineos, donde se detienen ante un río que en aquellas cumbres nace, al que denominan *Iliberis*, en cuyas márgenes fundan el primer pueblo que conmemora su arribo á estas comarcas (2), dándole el mismo nombre que muchos siglos después escriben con los caracteres que los Tirios les enseñaron, bajo la forma ibérica que se lee ILVRIR y los romanos pronunciaron ILiVeRIR, que pudo acaso significar *el ibero*. Desde este centro de sus futuras expediciones, se dirigen los mencionados iberos al oeste hasta encontrar las playas del Atlántico, ocupando al pié de las vertientes septentrionales de los Pirineos la porción de las Galias á que dieron el nombre de *Aquitania*, en cuyo territorio levantaron también una ciudad con el nombre de *Iliberis*, que los manuscritos de Mela y del Itinerario (3) presentan bajo diversas formas erradas (4), y otra que denominaron *Iluro* (5). Numerosas tribus iberas continúan afluyendo á las fronteras de las Galias; y separándose del camino ya tan conocido de la Aquitania, se dirigen al mediodía siguiendo las costas del Mediterráneo, penetrando en las tierras españolas, aún innominadas á la sazón, por las comarcas donde más tarde los colonizadores rhodios y focenses fundaron á Rhoda y Emporion. Allí, cerca del mar, levantaron otro Ilu-

(1) STRAB. 3. 1. 9.—STRAB. 3. 2. 2.—PLIN. H. N. 3. 10. 11.

(2) STRAB. 4. 1. 6. habla del río y de la ciudad de *Iliberis*.—PLIN. 2. 244 y PTOLOM. 2. 10. 9. sólo de la ciudad.

(3) *Itin. Ant.* p. 462, ed. Wessel: p. 221 ed. Parthey et Pinder, *Climberrum*.

(4) *Eliumberum*, *vicus Eliberræ*, *Eliberia*, *Eluimberrum*. V. á Berlanga, obra citada, p. 87, not. 3, donde cita diligentemente las ediciones de Mela, Strabon, Plinio y Ptolomeo, y los mss. Vaticano, Florentinos y Vratislaviense, de los cuales ha tomado estas variantes.

(5) *Itin. Ant.* p. 453 ed. Wessel: p. 216 ed. Parthey y Pinder.

ro (1), y llegando al primer río caudaloso, le dijeron *Iberus* (2), como al de la Iberia Caucasiana y al de la Tracia, erigiendo en su orilla una ciudad del mismo nombre. Desde el Ebro á los Pirineos, desde el Gállego al Mediterráneo, se extendía la fértil región de las Españas ocupada al principio por aquellos primeros pobladores, por cuyo nombre la llamaron Iberia los griegos (3), y primer solar de la raza arya en la Península. Cuando en tan estrechos límites no cupieron los iberos, engrosados de continuo por nuevas inmigraciones, pasaron el Ebro y se dilataron por las tierras que baña el Mediterráneo, penetrando en la que había de llamarse más adelante Bética, y en las faldas de Sierra Elvira, á alguna distancia de la actual Granada, alzaron los muros de otra *Illiberis*, como en las cercanías de la fenicia Málaga otra Iluro. — Extendiéronse asimismo los iberos por el Betis, el Anas, el Tagus y el Durius, y cuando los várdulos, que como los Turdulos y los Vastulos eran iberos también, llegaron á las inmediaciones de Oiaso, ya los vascones se habían establecido en la tierra del Gállego á Fuenterrabía y del Ebro á los Pirineos.—Continúan por algunos siglos las tribus ibéricas ocupando estas comarcas, cada vez más henchidas de moradores por las repetidas entradas de nuevas muchedumbres de inmigrantes, cuando otra gente penetra en grandes masas para disputar sus posesiones á los primitivos pobladores de España.

Eran estos los *celtas*, á quienes los griegos y romanos llamaron también *galatas* y *galos:* de origen aryo como los iberos (4), y como ellos procedentes de las márgenes del lago Oxiano, desde donde en tribus compactas y en oleadas no interrumpidas habían bajado á las faldas del Cáucaso, dando allí por terminada su primera etapa. Al empuje de otras nuevas

(1) Plin. H. N. 3. 21 y 24.

(2) Liv. 26. 28. urbem a propinquo flumine Hiberam appellatam.

(3) Scylax, *Perip.* 2, p. 15 ed. Car. Müller.

(4) Así se colige de los restos de sus antignos dialectos recogidos por Zeuss y Diefenbach: *Grammatica celtica edit. altera, 1871*, del primero, y *Origines Europææ, 1861*, del segundo.

hordas, allí también venidas de las mismas remotas mansiones del Asia, se vieron precisados á buscar por ruta insólita nueva tierra en que fijarse, y siguiendo las costas meridionales del Ponto Euxino, llegaron al Bósforo de Tracia, desde donde marcharon hacia el Norte, encontraron el Danubio, y por sus orillas caminaron en dirección opuesta á su corriente. Por esta vía hubieron de llegar á la Panonia, al Nórico y á la Vindelicia: de su paso por aquellas comarcas quedaron testimonios en las varias poblaciones que fundaron, como Artóbriga, Drusomagus y Juliomagus, y Brigantium. Hubieron luego de atravesar el Rhin en dirección del Ródano, erigiendo al oeste del lago Véneto y cerca del Lemanus otras poblaciones, y después, en las mismas márgenes del Ródano, á Lugdunum y Senomagus, y en las del Garumna (Garona) á Casinomagus y Noviomagus, al norte de Tolosa y de Burdeos respectivamente, tomando posesión de las Galias. Teniendo ya los iberos ocupada la Aquitania, estableciéronse los celtas entre las faldas alpinas y las risueñas costas de la región que tomó mucho más tarde el nombre de *narbonense:* hasta que, por un acontecimiento que ha quedado desconocido, se vieron impelidos hacia los Pirineos y obligados á penetrar en la Hispania, sin duda por la parte occidental de esta cordillera, teniendo que arrollar á los vascones que por allí moraban, y que á la sazón carecieron de fuerzas para impedir á las tribus célticas el paso al Bidasoa (1).—Hacia aquel tiempo, algunas de estas tribus celtas de las Galias, llamadas *galatas* por los griegos y *galos* por los latinos, según queda dicho, debieron de penetrar también dentro de la península ibérica por los valles que van á dar al *Gallaicus* (hoy Gállego), y siguiendo el curso del Ebro hasta las inmediaciones de Zaragoza, torciendo desde allí al occidente, por el mismo río corriente arriba, y yendo á establecerse en las costas del Atlántico desde la desembocadura del Due-

(1) Apoya Berlanga esta narración en textos de Varrón, de Strabón y de Ptolemeo.—V. obr. cit. págs. 89 y 90.

ro hasta las playas del Cantábrico. Tomó esta región el nombre de *Gallaecia* de sus nuevos moradores, con el cual sigue hoy (Galicia). Compréndese que los celtas no penetraran en España por la parte oriental del Pirineo y sí por la occidental, porque aquella estaba defendida por numerosas tribus ibéricas que habían tomado asiento en la comarca cispirenáica invadiendo toda la costa mediterránea. Pero pudieron muy bien abrirse paso al actual suelo aragonés por la parte del moderno Canfranc, al norte de Jaca y de Huesca (ciudades iberas: *Iacca, Osca*), con la misma facilidad que por el promontorio y la ciudad de *Oiaso* (cerca del actual valle de *Oyarzun*) y por el Bidasoa. La desembocadura de este río y el paso de Canfranc eran en aquellos remotos tiempos los límites extremos de las fronteras de la Vasconia con las Galias por occidente y por oriente, y con los iberos que moraban en la Vardulia y en la Iaccetania. Franqueadas una y otra barrera, derramáronse los celtas por todo el oeste así como por el centro de la península, fundando á *Lacobriga*, *Dessobriga* y *Amallobriga* entre los Vacceos, á *Adobriga*, *Nemetobriga* y *Brigantium* entre los Galaicos, á *Langobriga, Talabriga*, *Mirobriga*, *Conimbriga* y *Caetobriga* en las costas oceánicas de la Lusitania, á *Lacobrica* al sur de la misma región, á *Nertobriga* y *Mirobriga* en la Beturia, á *Segobriga* y *Arcobriga* en la que fué Celtiberia, y vino á ocupar casi el centro de España, y á *Nertobriga* en los confines de la propia región no lejos de *Salduba* (hoy Zaragoza) (1).

---

(1) Hace observar el erudito autor malagueño las tres clases de terminación que presentan los nombres de las poblaciones fundadas por los celtas, unos en *mag*, otros en *dun* y los terceros en *brig*, que los griegos convirtieron en μαγος en δουνον y en βριγα y los romanos en *magus*, *dunum* y *briga*. Los de las dos primeras especies no aparecen en étnicos hispanos, por lo que debe suponerse que no pasaron al lado de acá del Pirineo. En cambio los nombres de la tercera terminación—*brig*, *briga*—abundan en nuestra antigua toponimia. También hizo ver antes, al discurrir acerca de los iberos, que la antigua toponimia da á entender con toda claridad las comarcas donde estos asentaron: así en efecto se verifica con las denominaciones de *Iaccetania*, *Cerretania*, *Ausetania*. *Lacetania*, *Vescitania*, *Cosetania*, *Edetania*, *Sedetania*, *Contestania*, *Bastetania*, *Oretania*, *Carpetania* y *Turdetania*, territorios que se extendían desde los Pirineos hasta Cádiz. Venían

Una vez posesionados los celtas de toda la parte occidental de la península, desde las playas del mar Cantábrico á la desembocadura del Guadiana, debieron acentuar sus ataques al centro de España, donde los iberos, indómitos y numerosos, les opondrían naturalmente tenacísima resistencia. Tras un largo período de combates de unas y otras tribus, desesperando iberos y celtas de conseguir el triunfo, atendidos la rudeza de la acometida y el vigor de la defensa, hubieron de comprender que era preferible concertarse á seguir destrozándose sin tregua, y dando al olvido odios y venganzas, poner término á tan enconada lucha. Celebrarían entonces sus tratados para que invasores é invadidos pudieran vivir mezclados en un mismo territorio, y luégo la fusión de ambas castas, resultado de los enlaces mutuos entre las gentes de una y otra, dió origen á la tercera raza híbrida de los *celtíberos* y á la vasta región que en el comedio de la península ocuparon con el nombre de *Celtiberia*, acontecimiento memorable que recuerdan Diódoro, Sículo, Apiano, Lucano, historiadores y poetas de los pasados tiempos.

Veamos ahora la procedencia de los vascones y advierte, lector, que seguimos extractando al Sr. Berlanga.—Un distinguido filólogo que ha hecho grandes trabajos para descifrar los textos cuneiformes, en un libro sobre las inscripciones médicas que dió á la luz pública en los últimos años (1), consignó, ale-

---

luego *Lusitania* en las costas occidentales de la Península, y en África *Mauritania* y *Tingitania*: étnicos que tienen todos por radical el nombre de la tribu ibera á que deben su origen, y al cual va unida una terminación, siempre constante, que los griegos tradujeron ταvια ó ταvoς y los romanos *tania* ó *tanus*, indicando con la primera la región y con la segunda al natural de la misma. La terminación *stan*, que es irania, corresponde á la forma sanscrita *s' tá 'na* que significa residencia *(statio)* de una agrupación de gentes de un mismo origen: de modo que ella por sí sola nos va indicando, como una especie de cauce ó reguero, el camino que siguieron en lo antiguo, así en Francia como en España, las tribus iberas de sangre arya que vinieron del Asia á las faldas septentrionales de los Pirineos primero, y luego á las márgenes del Ebro, bajando después á las del Turia y del Genil, y posesionándose por último de las cuencas del Guadalquivir, del Guadiana, del Tajo y del Duero, y de la vecina costa africana.

(1) Julio Oppert. *Le peuple et la langue des Mèdes*, París, 1879, p. 28.

gando robustas pruebas, que *los griegos en el uso corriente confundieron á los Medos con los Persas:* lo cual trae á la memoria la tradición recogida por Hiempsal y escrita por Salustio de que pasaron al África desde España una banda de *Medos, Persas* y *Armenios.* Compaginada pues esta tradición con el orden varroniano, según el cual á España vinieron los *Iberos, los Persas, los Fenicios, los Celtas y los Cartagineses*, despréndese de ambas aseveraciones que los *Medos-Persas* del monarca púnico eran los *Persas* del arqueólogo romano, quien, como la generalidad de los griegos, trocó un nombre con otro usando el de *persas* por el de *medos;* y este supuesto adquiere carácter de certidumbre cuando se considera, como es hoy notorio, que el nombre de *Media*, impuesto por los primeros que en época muy remota la poblaron, era nombre turanio (1), habiendo sido los medos subyugados por un pueblo indo europeo (2), y de consiguiente de raza arya, que se sobrepuso á la turánica por la superioridad de sus cualidades (3), á pesar de haber sido la raza dominada la inventora de los caracteres cuneiformes, cuyo origen fué hieroglífico (4). Es cosa al presente conocida que los soberanos de Persia hicieron grabar en piedra inscripciones trazadas en caracteres cuneiformes y en los tres idiomas *persa*, *medo* y *asirio*, aryo aquél, turanio el segundo y semítico el tercero (5). Sábese asimismo que en la Asiria hubo un pueblo turanio que habitó aquellas regiones antes que los semitas (6), siendo notorio por otra parte que los armenios fueron en ocasiones subyugados por sus vecinos los asirios (7) y que los medos invadieron la Mesopotamia y usurparon el solio de Babilonia (8): de todo lo cual se despren-

(1) OPPERT. Obr. cit. p. 10, 11 y 16.
(2) Ibid. p. 9 y 10.
(3) Ibid. p. 10.
(4) Ibid. p. 6.
(5) Ibid. p. 1.
(6) MENANT. *Babylone et la Chaldée*, p. 47 y 48.
(7) MENANT. *Annales des rois d' Assyrie*, p. 130 et passim.
(8) BEROS. Chald. *Historicorum graec. fragm.* edic. Didot, 2. p. 509.—OPPERT. *Histoire des empires de Chaldée et d'Assyrie*, p. 9 á 13.

de que una gran parte de la población de la Media antigua había venido del Turán (1), llegando á ocupar un día la Susiana (2).—En lucha constante con los kuchitas, los aryas y los semitas de la Asiria, alguna de las muchas convulsiones políticas del país pudo forzar á una parte de sus moradores turanios á evacuarlo dejando las tierras de la Persia vecinas al mar Eritreo, como en ocasión análoga, ó quizá en la misma, lo hicieron los fenicios; pero en lugar de seguir el camino de estos cruzando la Arabia, acaso se dirigirían á la Media y de allí á la Armenia, haciendo retroceder, arrolladas por el ímpetu de tan forzada marcha, á nuevas tribus del Turán, apenas arribadas á aquellas comarcas, de donde lanzadas en tal ocasión, tomando la vuelta del Euxino, vinieron caminando en dirección del sol, costeando los mares que á su paso encontraban, hasta llegar á las vertientes septentrionales de los Pirineos por las tierras de las Galias: donde se hallaron con que habían sido precedidos por numerosa hueste arya que, siguiendo el mismo camino desde la Iberia caucasiana, tenía ocupada la Aquitania y el nordeste de la Hispania. En tal situación, faldeando los Pirineos, llegarían á las costas del Atlántico y por el Bidasoa penetrarían en la Península, asentando en la región cispirenáica, donde los encontraron muchos siglos después los romanos. Siendo esta emigración provocada, como la de los fenicios, por las revoluciones *caldáicas*, no seguirían á ella otras, mientras que las de los iberos venidos del solar aryo, originadas como las de los celtas por el exceso de población y por invasiones de gente extranjera en sus comarcas, debieron constituir una especie de corriente no interrumpida de tribus que afluían sin cesar á las aún no denominadas Galias y á la todavía no conocida Hispania. Muchos siglos más tarde, aquellos mismos fenicios salidos del Golfo Pérsico, invaden la Península, como después sus descendientes los cartagineses, y

(1) OPPERT. Ibid. p. 9.
(2) Ibid. p. 11.

se entabla en el suelo de la vieja Iberia la misma formidable lucha que presenció la Mesopotamia entre la raza arya y la semítica, sin más diferencia que el haber jugado en Oriente un papel muy principal la raza turania, al paso que aquí en España permaneció esta raza casi anulada y sin tomar parte en la contienda de las dos indicadas gentes rivales. Otra diferencia muy marcada hay también entre los turanios y los aryas españoles, á quienes representan los *vascones* y los *iberos*, respecto de sus ascendientes de la Media y de la Asiria, á saber, que mientras estos (es decir, los de Oriente) eran cultos é ilustrados, los de Occidente, ó sea del territorio hispano, eran en extremo bárbaros: lo cual da á entender que nada habían aprendido de sus civilizados paisanos de Persia, Media y Armenia.—Este mismo fenómeno se verificaba con los celtas, que se mostraban incultos é incivilizados en sus enhiestas montañas de la Península, y en una situación vecina al salvajismo. La Persia, la Media y la Armenia, que nombra Hiempsal en el lugar citado, debieron de ser las etapas primeras de la larga peregrinación de los turanios, lanzados del Golfo Pérsico y reunidos por fin con sus congéneres, á quienes empujaron hacia el Ponto Euxino primero, y hacia el Atlántico más tarde, como término de aquella forzada trashumancia desde el Asia hasta la Europa (1).—La toponimia ha

(1) El nombre de *turanio*, ó *turaniano* como escribe el Sr. Berlanga, ha sido aplicado por Max Müller al numeroso grupo de idiomas septentrionales uralo-altaicos ó ugro-tártaros hablados en el Asia meridional, diciendo á propósito de ellos que «se engañaría mucho quien pretendiese encontrar en esta multitud de lenguas el aire de familia que se advierte en las semíticas y aryas, porque la ausencia misma de todo aire de familia constituye uno de los caracteres de los dialectos turanios. *(La science du langage*, trad. Harris et Perrot. I, p. 369 á 370, 501 y 502.) Lenormant, al intentar restablecer los cánones gramaticales del idioma que llama *accadio*, después de afirmar que *tan luégo como esta lengua sea bien conocida, representará en la filología comparada el mismo papel que el sanscrito védico en la filologia de las lenguas aryas (Etudes accadiennes*, I, p. 1), establece como principios indubitados que «el accadio no admite distinción de géneros» y que «los casos de las lenguas de flexión son reemplazados en accadio por posposiciones que se aglutinan al radical, siendo el empleo de estas posposiciones casuales uno de los hechos esenciales y característicos de las lenguas propiamente *turanias*, como su presencia en el accadio de todo punto decisiva para determinar el lugar filológico del idioma de

hecho ver que los iberos, penetrando por el moderno *Port-Vendres*, se extendieron en gran número por Aragón y Cataluña, bajaron luego á los reinos de Valencia y Murcia, internándose en la Mancha y Castilla la Nueva; ocuparon toda la Andalucía, entraron en Portugal y en Extremadura, subiendo la tribu más avanzada, que fué la de los Várdulos, hasta la raya de Francia en la vecindad de los Vascones, los cuales, encerrados en el an-

---

los antiguos habitantes de la Caldea (Ibid, p. 64 y 71).» Otro ilustre asiriólogo, el ya citado Julio Oppert, en su importante *Gramática de la lengua médica*, ha manifestado también que «en el idioma medo no hay distinción de géneros, en lo cual se conforma con las lenguas turanias, y además que el carácter general de la lengua médica, como el de todos los idiomas turanios, se manifiesta en lo que impropiamente se llama *declinación*, que es más bien la aglutinación de terminaciones que indican las categorías *(Le peuple et la langue des mèdes*, p. 51 y 55).» Un vascógrafo distinguido de nuestros días, J. Van Eys, ya en otra ocasión citado, ha establecido como reglas de la gramática vascongada que «el vascuence no conoce el género *(Grammaire comparée des dialectes basques*, p. 28,» y que «las modificaciones del nombre, que en otras lenguas se expresan por los casos ó por las preposiciones, se indican en vasco por medio de sufixos, no teniendo el vascuence declinación (Ibid. p. 29).» Hasta aquí hemos reproducido la interesante nota de Berlanga á la página 135 de su citada obra.

Un escritor vasco digno de toda loa, D. Arturo Campión, que como filólogo lleva la palma entre sus paisanos, reconoce en su *Gramática éuskara* esta particularidad que tánto distingue á las lenguas aglutinantes de las lenguas de flexión, y por lo tanto al idioma vascongado de los idiomas aryos; pero en esto mismo ve él una perfección. «El artículo es uno (dice en su cit. obr., Sección 5.ª); los nombres carecen de géneros; el plural se forma de la misma manera siempre, con sin igual sencillez; las relaciones gramaticales que otras lenguas expresan por medio de casos y de preposiciones, se manifiestan en éuskaro con sufixos que se unen á los nombres, á los pronombres y á los verbos, sin más modificaciones en sus formas respectivas que algunas, relativamente poco frecuentes é insignificantes, exigidas por las leyes fonéticas. Las innumerables reglas, con sus infinitas excepciones, que embarazan en otras lenguas respecto á la formación del plural, á la determinación del género de los nombres, á la declinación de estos y de los pronombres, no son necesarias en el éuskaro; á esta le bastan media docena de preceptos...» «¡ Cuántos esfuerzos no tiene que hacer la memoria para conservar, por ejemplo, nada más que las reglas de la declinación de los nombres y de sus géneros en latín!»—El sabio P. Fita en su notable *Discurso de recepción* leído ante la Real Academia de la Historia el día 6 de Julio de 1879, sosteniendo la tesis de la analogía del vascuence con el georgiano, decía lo siguiente: «Si no se halla rastro alguno del vascuence en el georgiano ¿cómo es que una y otra lengua convienen en su artificio turánico fundamental, en su inflexión imperfecta, tanto nominal como verbal, en la base de cada pronombre, bases que se extienden á la conjugación, y que se juntan á la raíz verbal, ya antes ya después de ella, no sólo con el valor de pronombre determinante, sino también de pronombre determinado? ¿Cómo es que convienen en la carencia de géneros, en el artículo puesto al fin del nombre, en la mancomunidad de partículas, en la estructura sintética, etc. ?»

gosto recinto del montuoso Pirineo occidental, no pudieron salir fuera de sus linderos. Asoman luego los Celtas por las cumbres pirenáicas, hallan la vertiente meridional de la gran cordillera ocupada por los iberos y vascones, comprenden no serles posible forzar la entrada por el lado de Cataluña, ven franco el paso por Canfranc, y no imposible por el Bidasoa, y arrollando á los Vascones, que se defienden con poca energía, y á los iberos del oeste, escasos en número, se derraman por las tierras que aquellos ocupaban. «Arrastrados vascones é iberos por el impetuoso »oleaje de la copiosa invasión Céltica fuera de sus comarcas (dice »el autor á quien seguimos, ó más bien copiamos), determiná»ronse la emigración de aquellos y de estos al África por el Es»trecho, y las de estos solos más tarde á las Galias, para seguir »de allí á la Italia por el mismo camino que sus antepasados »trajeron al llegar de las faldas caucasianas. Apoderáronse vio»lentamente los celtas de Castilla la Vieja, León, Asturias, Ga»licia, Portugal, Extremadura, Castilla la Nueva y parte de An»dalucía, muchos siglos antes que tuvieran tales nombres dichas »regiones, sin que hubiesen logrado hacerse dueños de las co»marcas del Este y mediodía de la Península. Cuando eran apa»ciguadas las sangrientas luchas que produjo esta formidable »invasión extranjera, en los momentos en que el poder tirio de»caía en la Turdetania, una vez rendida la metrópoli fenicia al »conquistador babilonio Nabucodonosor segundo, y al iniciarse »la ingerencia cartaginesa en España, es precisamente la ocasión »en que comienza ésta á ser más conocida de los antiguos histo»riadores y geógrafos. Por eso entonces, después de las grandes »convulsiones sufridas, aparecen las tribus iberas más numero»sas de los Pirineos al Ebro, del Gállego al Mediterráneo y en »contacto con los Rhodios y los Phoceos; menos compactas del »Ebro al Júcar y del Júcar á Almería; pero influidas las más »orientales por los griegos de *Saguntum* y de *Dianium*, las mo»dernas ciudades de Murviedro y Denia. Desde Adra á las bo»cas del Guadalquivir y desde el Estrecho á las ásperas estriba-

»ciones de Sierra Morena se extendía á la sazón la comarca »más fértil de todo el país cispirenáico, la más ilustrada y la »más poblada de habitantes, iberos y fenicios, entre los que es»tos últimos contábanse en mucho mayor número. Del Guadal»quivir al Guadiana comenzaba el dominio céltico, empezando á »decrecer la población ibérica, que disminuía considerablemente »aumentando la céltica del Guadiana al Duero, siendo exclusi»vamente celta desde este río á las playas del Cantábrico, don»de sólo es conocida una tribu de Iberos, la de los Várdulos, »equiparándose ambas razas en Castilla la Nueva, principal »asiento de la Celtiberia. En este flujo y reflujo de pobladores »hispanos, los Iberos y los Celtas representan el elemento arya»no, como los Sidonios y los Tirios el semita, dentro de nues»tro primer ciclo histórico, habiendo colocado entre ambos Va»rrón á los Persas, y Hiempsal á éstos, á los Medos y á los »Armenios. Sábese al presente la importantísima influencia que »los Turanianos tuvieron un día en la civilización de Babilonia »y de la Caldea, antes que el semitismo y el aryanismo fuesen »preponderantes en aquellas apartadas comarcas (1) del mundo »antiguo; que la Media fué poblada por Turanianos, que le im»pusieron dicho nombre y reinaron largamente sobre aquel »país (2); que en la Armenia existió también mucha población »turaniana (3), y que la lengua de esta gente era hablada en la »Persia (4): todo lo cual ha sido dado á conocer por las gran»des inscripciones de Behistun, del Lago Van y de Persépo»lis (5). Además es indudable que los Aryas llegaron á oscure»cer de tal modo al pasado turaniano de aquellos países, que

(1) LENORMANT, *Études accadiennes*, I, p. 1.

(2) OPPERT, *Le peuple et la langue des Mèdes*, p. 16, 17 y siguientes.

(3) LENORMANT, *Lettres assyriologiques*. 2, p. 110.—OPPERT, *Le peuple et la langue des Mèdes*, p. 222 y siguientes.

(4) OPPERT, Ibid. p. 139 y siguientes.

(5) OPPERT, Ibid. p. 112 y siguientes y p. 222, 225 y 229.—LENORMANT, *Lettres assyriologiques*, I, p. 14, II, p. 120.—Véase también el interesantísimo libro de MENANT, *Les Achananides et les inscriptions de la Perse*.

»escritores tan ilustrados como Herodoto y Thucydides llama»ron Medos á los Persas en más de un pasaje de sus conocidos »libros históricos (1). Por todo ello he deducido que los Vasco»nes, á juzgar por su idioma de hoy, fueron turanianos que en »apartadísimas edades arribaron nómadas á las montañas pire»náicas, como también en épocas remotas sus congéneres á la »Persia, á la Media y á la Armenia» (2).

Ahora, que los Iberos precediesen á los Vascones, ó estos á los Iberos, en la posesión del territorio hispano, es cuestión de escasa importancia para los fines históricos, por cuanto dichas dos razas, de tan opuestos orígenes, no estuvieron jamás en lucha, y fué necesario que penetraran en el suelo de la Vasconia los Celtas, primeros invasores, para que comenzara una encarnizada guerra contra el usurpador extranjero. Apaciguadas estas contiendas, la base de la población hispana quedó constituída con elementos tan heterogéneos, que jamás pudieron éstos amalgamarse luégo ni constituir unidad armónica. Los principios civilizadores del país fueron también divergentes, semíticos para unas tribus, indo-germánicos para otras, aquellos antiquísimos, éstos más modernos, unos y otros con encontradas tendencias, por lo cual no es posible que el Catalán llegue á identificarse nunca con el Castellano, ni el Portugués con el Andaluz, ni los Vascongados con el resto de los españoles, porque esas cinco divisiones territoriales modernas corresponden á otros tantos pueblos antiguos distintos, que al crearse en épocas remotísimas, trajeron distintos orígenes, como también diverso desarrollo en la corriente de su respectiva cultura.

Las observaciones que podamos los españoles hacer respecto de nuestros aborígenes, tienen que ser forzosamente escasas é imperfectas, porque entre nosotros no han logrado un

(1) HEROD. I, 163.—IV, 166 y 197.—VI, 64.—THUCYD. I, 14, 18 y 23.

(2) BERLANGA, obr. cit. Cap. 3.º, § III, *Vascones*.—En los párrafos que siguen no copiamos ya literalmente á este distinguido autor; nos limitamos á extractarle.

adelanto serio las exploraciones de las diversas comarcas que aquellos ocuparon. Tenemos gran carestía de datos para suponer que antes de los Iberos, de los Vascones y de los Celtas hubiese habido otra gente en la vieja España, gente que desapareciera destruída por dichas razas históricas; y fuerza es atribuir á éstas, además de los monumentos megalíticos, cuantos objetos de barro no labrado á torno y cuantos instrumentos de piedra, más ó menos toscos, se encuentran por nuestros campos, donde tanto abundan, así como cuanto se ha descubierto con determinados signos de rusticidad, agenos á las civilizaciones asiáticas ó europeas, en algunas cuevas registradas por personas dignas de crédito: que por desgracia no lo son todas las que en esto se han ocupado.

No debe perderse de vista que el período histórico comienza para nosotros con la invasión cartaginesa, siendo prehistórico todo lo que á ésta precede, y que cuando la luz de la civilización no había aún alumbrado á nuestros antepasados, ya el Egipto, la Asiria y la Fenicia llevaban muchos siglos de una pujante cultura. Largos años hacía que á nuestras costas habían aportado naves romanas, cuando aún existían en algunas de nuestras provincias tribus verdaderamente salvajes. En qué estado se encontrasen nuestros aborígenes probables al traspasar las cordilleras pirenáicas, es cosa que sólo se puede apreciar por los escasos indicios que nos suministran algunos informes objetos, desde hace poco tiempo señalados á la atención del arqueólogo, y que es fuerza suponer provienen de las tres citadas razas—la ibera arya, la céltica, arya también, y la vascona turania—que se dibujan las primeras en los más lejanos horizontes de nuestra historia. Del examen de tales objetos se deduce que los Iberos estaban en la más completa ignorancia de los procedimientos mecánicos rudimentarios cuando llegaron á Andalucía: lo que por razones idénticas puede también afirmarse de los Celtas. Algunos de los túmulos y dólmenes que se han descubierto en España, muestran sin embargo en su construcción que no han

podido ser obra ejecutada por gente desprovista de todo conocimiento arquitectónico, y es forzoso atribuir estos objetos á iberos ó celtas que procuraran imitar el arte fenicio. Los fenicios, en efecto, debieron construir mucho en la Bética, copiando á su vez á los asirios y á los egipcios, con quienes estaban por su comercio en trato íntimo.—Dedúcese, pues, de todo, que los Iberos y los Vascones, pobladores los más antiguos de España en tiempo remotísimo, y los Celtas, primeros usurpadores del territorio ibérico, llegaron á la Península en distintas épocas y en perfecta edad de piedra, ó sea en pleno período paleolítico, habiendo aprendido de los Fenicios, á la vez primeros civilizadores del país, los elementos de la vida industrial y comercial.

Terminaremos estas consideraciones acerca de las diferencias etnológicas entre los vascones y los iberos, reproduciendo con toda su enérgica crudeza el juicio que de la lengua éuskara emite el erudito escritor, á quien vemos en declarado antagonismo con el vascófilo M. Chaho. «El vascuence, idioma aglutinan»te, no pudo nunca unirse con los hasta el presente denomi»nados *indo-germánicos* y *semíticos*, que en el decurso de más »de mil y quinientos años venían hablándose sucesivamente en »el país, si bien tomó de estos las palabras de que carecía para »expresar las nuevas necesidades de su vida rústica y oscura, á »medida que iban los Bascos como á remolque entrando en el »movimiento civilizador que á su alrededor se desarrollaba, al »que por muchos siglos permanecieron extraños y refractarios. »Por lo demás, ni el vascuence fué el *ibero*, y tanto que en dicho »idioma no se encuentra semejante denominación (1), ni ésta ha »sido la lengua primitivamente universal de la España, aunque »lo haya asegurado Humboldt tomándolo de los escritores es»pañoles Larramendi y Astarloa, y de Humboldt lo hayan co»piado cuantos después han escrito sobre ello. El castellano,

(1) PICTET. *Les origines indo-europ.* I, p. 68: *Le nom d' Ibères parfaitement étranger aux Basques.*

»como el portugués y el catalán, han sido idiomas que han »surgido muy tarde del romano, riquísimo en palabras, sin que »hayan necesitado por lo tanto tomar ninguna del vascuence, »lengua bárbara y pobrísima á la sazón, mientras que en cam»bio asimilóse éste cuantas le fueron indispensables del ibero, del »celta y del latín, á medida que iban lentamente ensanchándose »sus estrechísimos horizontes lingüísticos. Cuando en la época »gótica, saliendo de las sombrías soledades de sus montañas de »la Vasconia, se extendieron los tales Vascones de entonces ha»cia el oeste en la España, ocupando lo que fué la vieja Canta»bria, y al norte en Francia, extendiéndose por la *Soule* y por »el territorio de *Labourd*, seccionóse el viejo idioma vasconga»do en varios dialectos y en numerosos subdialectos. Entonces »los Bascos de cada región se apropiaron de los idiomas habla»dos entre los pueblos que les eran vecinos las palabras que les »plugo y les eran necesarias para expresar las nuevas exigen»cias de la vida en que entraban, transportándolas los morado»res de cada distrito al vascuence que en su territorio era ha»blado, como antes habían hecho con las voces iberas, celtas y »latinas, dándoles el aspecto metamorfoseado de vascongadas »al ser adoptadas en cada dialecto respectivo. No es posible »admitir ni por un momento la suposición, tan gratuita como »ilógica, que de gente tan inculta tuvieran necesidad nunca de »aceptar voces el resto de los hispanos, que poseían idiomas »aryos y de consiguiente más ricos y copiosos que el vasconga»do, que no había salido del período aglutinante. Tanto más »cuanto que los Iberos vivían en medio de las más grandes ci»vilizaciones importadas á la Península de la Fenicia, del África, »de la Grecia y de la Italia, cuando aquellos salvajes montañe»ses devoraban salpresadas las sangrientas carnes de sus esposas »y de sus hijos, refractarios á todos los adelantos de la cultura »que á su alrededor se desarrollaba.—Por lo demás, el solo mé»rito de este idioma consiste en haber sido uno de los más an»tiguos que se hablaron en España en remotísimas edades, an-

»teriores á toda historia escrita, siendo el único que ha llegado »hasta nosotros casi en toda su integridad, conservado por la »tradición oral de los que lo han venido hablando y aún lo »hablan al presente. Su importancia estriba no más que en »lo extraño de su gramática, desemejante de la de los idio»mas indo-europeos y análoga á la de los uralo-altáicos, »como han hecho notar entendidos bascógrafos, y también »á la de los americanos, clasificándose al presente entre aque»llas y estas lenguas. Por otra parte, el vascuence ha sido »siempre y es al presente un idioma completamente inútil y sin »trascendencia alguna, fuera de la que pueda tener en las regio»nes teóricas de los estudios filológicos, puesto que está muy »lejos de poderse considerar como literario. Sin embargo, los en»tusiastas bascófilos señalan como monumentos los más anti»guos escritos en dicha lengua, varios textos de bien escasa »importancia.

»Son los primeros, dos Cartularios latinos pertenecientes á »Iglesias francesas, que se dicen del siglo X al XIV y que contie»nen los nombres de algunas localidades bascas (1). Pero los »mismos bascófilos reconocen la falta de autenticidad del que se »estima del año 980 (2).

»Es el segundo, el manuscrito compostelano que se supone »de mediados del siglo XII y atribuye la crítica piadosa en su »redacción primordial á la Beatitud de Calixto II, interpolado y »apendizado luégo por cierto francés que se denominaba Ayme»rico Picaud, cuya obra contiene en el párrafo quinto del capí»tulo VIII del Libro IV, diez y ocho voces vascuences. El pro»fesor Dozy, recientemente perdido para la ciencia histórica, no »acepta este Códice como genuino en su totalidad (3), y uno de

(1) LUCHAIRE, *Études sur les idiomes pyrénéens*, p. 100, not. 2.

(2) VINSON, *Les basques et le pays basque*, p. 68.

(3) DOZY, *Recherches sur l' histoire de la littérat. d' Espagne pendant le moyen âge*. Leiden 1831, vol. II, p. 372 á 431.—Pueden verse también los artículos de L. L. Bonaparte y de J. Vinson en la *Revue de linguistique*, tomo XIV, p. 120 á 274.

»los editores franceses del mencionado *Libro IV* tampoco parece »muy seguro de su autenticidad (1), así como otros varios erudi»tos, entre ellos Ambrosio de Morales (2) y Leopoldo Delisle (3).

»El tercero, es cierto verso puesto en boca de una vizcaína »en otro manuscrito inédito que se clasifica como de fines del »siglo XV, cuyo texto se interpreta por la conocida frase vulgar »*idos, idos en buen hora* (4).

»Constituyen el cuarto las pocas palabras que cita Lucio »Marineo Sículo en sus *Cosas memorables de España*, impre»sión de Alcalá de Henares, de 1530 (5).

»Y por último, se considera el quinto, el breve discurso de »Panurgo que se encuentra en el capítulo 9.° del Libro II de la »obra del médico Rabelais referente á la imaginada historia de »Gargantúa, de su hijo el rey Pantagruel y de las navegaciones »de Panurgo, discípulo de este último, cuyo trozo vascuence »aparece por primera vez en la edición de Dolet de 1542 y cuyo »sentido no es muy claro para los mismos bascólogos (6).

»Todos estos incoherentes retazos del viejo lenguaje vas»congado son de suyo de bien escasa importancia, sin que me»rezcan que en ellos se fije la atención, como tampoco en los »fingidos cantos heróicos bascos (7), pomposamente llamados »el uno *de los Cántabros*, el otro *de Altabiscar* y el tercero *de* »*Hannibal*. Ni menos hay que traer á cuento las leyendas de »las monedas ibéricas, que se suponen escritas en vascuence aun »en nuestros días por Boudard (8), por Phillips (9) y por

(1) VINSON, *Les basques, etc.* p. 34: *si ce Codex est authentique...*

(2) *Crónica general de España*, lib. IX, cap. 7, §§ 68 y 69.

(3) DELISLE, *Note sur le recueil intitulé* De miraculis Sancti Jacobi, París, 1873.

(4) BLADE, *Études sur l' origine des Basques*, p. 263 y 264.

(5) LUCHAIRE, *Études sur les idiomes pyrénéens*, p. 101.—VINSON, *Les basques, etc.*, p. 69.

(6) BLADE, obr. cit. p. 264, not. 1; p. 265 y 266.—LUCHAIRE, obr. cit. p. 101. —VINSON, obr. cit. p. 69.

(7) BLADE, obr. cit. p. 444 á 482.

(8) BOUDARD, *Essai sur la numismatique ibérienne*, París 1859.

(9) PHILLIPS, *Uber das iberische Alphabet*, art. publicado en el *Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie des Wissenschaften*, n.° de Mayo, 1870.

»Heiss (1), escritores de bien menguada crítica.»..... «Un hábil »bascólogo moderno, conocedor profundo del idioma del país, »donde confiesa que ha pasado los doce años más agradables »de su vida (2), ha escrito estas palabras por demás elocuentes »y de aplicación inmediata al caso: *La existencia en toda España, en el mediodía de la Francia, en la Italia y hasta en Cerdeña y Córcega, de una sola y misma raza que hablaba una »misma lengua emparentada con el basco, no es más que una hipótesis sin fundamento serio. Al contrario, es infinitamente »probable que los Bascos no hayan sido nunca en las épocas más »remotas, sino una tribu poco numerosa, acantonada en algunos »valles de los Pirineos occidentales y cuyo estado de civilización »fué de lo más rudimentario. Al menos su lenguaje, á juzgar »por el basco moderno, era muy pobre, puesto que carece de ex»presiones indicando ideas abstractas y de las voces Dios, ley y »rey, teniendo las de muy pocos utensilios domésticos, y en punto »á armas, sólo aparece la denominación de hacha, cuyo nombre* »haizkora *parece derivado de la palabra* haitz, *piedra, roca. Los »animales y los vegetales reconocidos y utilizados eran poco nu»merosos, siendo más copioso el vocabulario pastoril que el agrí»cola. Cada palabra presenta un gran número de sinónimos, lo »que podría indicar que las tribus antiguas de los Bascos tenían »muy escasas comunicaciones entre sí. Faltan en dicho idioma las »expresiones generales, de modo que, por ejemplo, mientras cada »clase de animal ó cada especie de árbol tiene su nombre, no hay »uno que designe el animal ó el árbol, sin que pueda tampoco »decirse* hermana; *pero sí distinguirse la hermana de un hom»bre de la de una mujer, todo lo cual es indicio de un estado »mental poco adelantado.* Tales observaciones de Vinson, están »en perfecta consonancia con mis opiniones sobre los Vascones »y su lengua (3).»

(1) Heiss, *Description générale des monnaies antiques de l' Espagne*, París, 1870.

(2) Vinson, obr. cit. Avant-propos, VIII.

(3) Berlanga, obr. cit. p. 739 y siguientes.

He tomado de los dos campeones más sobresalientes, el iberista y el ante-iberista, los principales argumentos encaminados á dilucidar el gran misterio etnológico del origen de los vascones, y la verdad es que así el uno como el otro atribuyen inmensa importancia al estudio del idioma éuskaro: Chaho para llegar con él á la conclusión de que el pueblo que lo habla todavía fué de una raza privilegiada y el más civilizado de la tierra; y Berlanga para deducir con el filólogo francés con quien se declara identificado en doctrina, que ese pueblo éuskaro, de raza inferior á la arya, estuvo siempre sumido en un deplorable atraso intelectual. Creo que en estas dos conclusiones, tan opuestas, hay evidente exageración.

Advierto desde luego que el estudio del éuskaro no conduce de una manera segura al conocimiento de la raza que lo habla. En antropología pasa ya como axioma que la lengua no es infalible indicio de raza, y que toda raza humana puede admitir la lengua de otra con la cual mantenga relaciones. De este fenómeno hay multitud de ejemplos: el visigodo conquistador de nuestro suelo fué paulatinamente abandonando su nativo idioma para adoptar el del hispano romano conquistado; los irlandeses en su gran mayoría han abandonado la lengua gaélica y hablan el inglés no siendo ellos ingleses de origen; lo mismo acontece con los montañeses de Escocia; más aún, los escoceses no son escotos aunque de tales llevan el nombre, como los antiguos latinos no eran aryas aunque por tales vulgarmente se les estime. Porque en tiempos relativamente modernos se haya propagado la creencia de que toda la Europa conócida de los historiadores y geógrafos antiguos habla lenguas indo-europeas ó aryas, no hemos de aferrarnos á esta teoría como á un canon inflexible. Créese aún generalmente que los romanos fueron siempre aryos porque hablaron un idioma aryo, y ya la ciencia antropológica y filológica descubre bajo la capa de la antigua cultura latina otra civilización anterior que no era arya, sino puramente turania. El fondo de una gran familia turania difundida por todo el occiden-

te aparece ya en casi todo el mundo civilizado por entre las resquebrajaduras que en la historia admitida de rutina va dejando abiertas la moderna crítica. Divísase ya con toda claridad la inmensa extensión que alcanzó la raza turania blanca dividida en dos grandes ramas, la que produjo los accadios de Babilonia, y la que dió á Grecia é Italia sus primeros maestros en los elementos de la vida social, política y religiosa: gramática, leyes, mitos, artes.

Aún no se discierne con bastante evidencia si los turanios de las poblaciones proto-helénica y prisco-ítala son los mismos á quienes debió el África las florecientes tribus de Mandenga, Whydah, Bornu, Wolof, Ashanti, Tambuktú y Pulo ó Fulah; falta asimismo averiguar si la raza blanca turania que se propagó por Europa y Asia, idéntica, según creen algunos, á la africana, blanca también, provino del Asia septentrional ó del África del norte, de la región de los Lagos; lo que parece probable es que en la corriente que en el África estableció la población blanca turania del sur al septentrión en demanda de sus primitivos asientos, los antiguos reinos que fundó en el mediodía, debilitados y sin defensa, cayeron en poder de las razas de color, como aconteció en Asia y Europa en presencia de las invasiones semítica y arya. Á esto creen muy sabios etnólogos poder atribuir la falsa noción que de la raza turania se ha venido formando en ventaja de la arya, aplicando á las razas negra y cobriza lenguas, mitos y creencias que no son suyas sino de la muerta civilización turania, de cuyas reliquias quedaron herederas. Por todo lo cual, y discurriendo ahora en términos generales, ¿es seguro que los antiguos aryas fueran más civilizados que los otros pueblos del viejo mundo? No lo es: los Aryas en su primera aparición en la escena histórica de la Hélade y de Italia (y otro tanto debe decirse de los Celtas, de los Germanos y de los Eslavos), más tenían de salvajes que de maestros de humana civilidad y cultura: de donde resulta que es muy cuestionable si la civilización que los distinguió andando el tiempo fué arya pura ó

aprendida de las naciones cultas á las cuales ellos subyugaron y desposeyeron. Esta duda se le ocurrió á un distinguido etnologista y filólogo de nuestros días, y verdaderamente fué un rayo de luz para su perspicaz inteligencia, porque ella le condujo á encontrar la significación turania de un sinnúmero de entidades de las mitologías griega, latina y arya, que, siendo perfectamente conocidas en sus funciones y atributos, no tenían significación alguna en sus nombres según las raíces indo-europeas (1). Quiero suponer que el sabio Hyde Clarke haya participado un tantico de la comezón etimologizadora que tan gratas ilusiones proporcionó en el siglo pasado á Larramendi y Astarloa, y tan poéticas visiones sugirió poco há al inspirado M. Chaho; de todas maneras, su teoría en el fondo es incontrovertible por el extraordinario número de hechos que aduce como pruebas evidentes de que la Italia arya debió á la Italia turania todo lo fundamental de su civilización, y de que el nacimiento á la vida de la inteligencia en las naciones germánicas, anglo-sajona y griega, fué exclusivamente debido á la misma raza turania, manifiesta en cien idiomas de otras tantas familias, las más tempranamente iniciadas en las nociones de una existencia social y de progreso, como fueron la pre-helénica, la Tracia, la Frigia, la Lidia, la Caria, la Georgia, la Canaanita, la Accadia de Babilonia y la Egipcia. Hoy mismo duran sus huellas en el Vasco, el Ugro-Altaico, el Georgiano, en varios idiomas indios, en el Japonés, en el Copto, en las lenguas más adelantadas del África central, occidental y meridional, y en no pocas del norte, sur y centro de América.

Pero estas cuestiones antropológicas están erizadas de dificultades, porque si es ocasionado á aventuradas conjeturas el sistema antiguo etimológico, no lo son menos el antropológico, el filológico y el puramente histórico. La ciencia moderna es incrédula

(1) HYDE CLARKE, *The Turanian epoch of the Romans, as also of the Greeks, Germans, and Anglo-Saxons, in relation to the early history of the world.*—Transactions of the royal historical society, vol. VIII. London, 1880.

y se apacienta de negaciones. La lingüística, demasiado entregada hasta ahora á los gramáticos, da muestras de querer variar de rumbo en lo relativo á la clasificación de las lenguas, por parecerle que los diferentes modos de expresión eufónica del pensamiento humano no se hallan definidos con claridad bastante en la división generalmente admitida de idiomas monosilábicos, idiomas aglutinantes é idiomas de flexión (1). Sus esfuerzos hoy se dirigen á formar un plan cronológico de *capas sucesivas*, digámoslo así, de lenguas habladas, en el cual aparezca al propio tiempo la distribución de las mismas en la superficie del globo por efecto de las emigraciones de las razas. De este cuadro general resultará la irradiación de un inmenso cuerpo de lenguas, más ó menos afines, y muchas de ellas contemporáneas, pero emanadas de un tronco prehistórico común. Mas en tanto que este gran progreso se realiza, la ciencia etnológica fluctuará entre encontrados sistemas de los cuales se sacará poca luz. Los iberistas (concretándonos á nuestra España y principalmente á la Vasconia) pretenderán hacer triunfar la idea del origen ibérico de los vascones; los ante-iberistas pugnarán por establecer radicales diferencias entre vascones é iberos; los que adopten el sistema de Clarke considerarán á los mismos iberos como turanios, como turanios y no aryas á todos los pueblos cultos y medio cultos del mundo antiguo antes de la gran invasión arya, sin que esto sirva de obstáculo para que los vascos sean turanios también.

Y después de todo, que la raza éuskara proceda de la región caucasiana ó venga del Turán, que su idioma presente ó no afinidades con las lenguas ugro-altaicas ó uralo-finesas, con el húngaro ó magyar ó con el bohemo; sea el vascón en su origen

(1) What we have assigned to the semitic Phœnicians of the Aryan epoch, was performed by the Turanian Phœnicians and to a still greater extent by the Etruscans. They were a great maritime people, and it was *they and their brethern, the Turanians of Spain, the Iberians, and not the Basques, who carried on the commerce of the Mediterranean.*—H. CLARKE. The Turanian epoch, etc. TRANSACTIONS, ETC., p. 196.

turanio-africano ó turanio-asiático, haya sido ó no en nuestra España legítimo ibero, tan civilizado en algún tiempo como el turdetano, ó tan rudo y salvaje como el celta primitivo: nada de esto le despojará al navarro de la montaña y á su hermano de la tierra llana de la gloria de haber contribuído á la grande obra de la civilización peninsular con grandes reyes, esforzados capitanes, arriesgados descubridores y colonizadores, legisladores insignes, autores de instituciones que aún hoy sirven de modelo á las naciones más cultas, y por último con inspirados artistas-músicos, á los cuales rinden homenaje los pueblos de Europa más favorecidos por los dones de la estética. Disputen los gramáticos sobre si el pronombre personal es exclusivamente propio de las lenguas indo-europeas, ó si se le encuentra también en el akkadio y en otros idiomas que no pasan por aryos; procuren ellos conciliar la teoría de los que no reconocen las varias desinencias de los casos de la declinación más que en las lenguas aryas, con la de otros que la encuentran en el georgiano, idioma notoriamente turanio para Hyde Clarke y para otros filólogos. Vean ellos de sostener hoy que el chino es lengua monosilábica ante el eminente lingüista que declara desde su cátedra de Londres que muchas de las lenguas clasificadas como tales se componen en realidad de palabras disílabas con la vocal última eliminada. ¡Qué dirá cualquiera de esos gramáticos, calvo de puro meditar y sudar sobre los calepinos, cuando un navarro de buen humor le demuestre que la posposición sustituída á la preposición, que generalmente se estima ley turania en moneda filológica corriente, se encuentra, verbigracia, en el latín y en el inglés, lenguas aryas, lo mismo que en el éuskaro; y cuando añada que el uso del numeral plural con el sustantivo en singular, regla turania también, es ley general de filología y se observa en el mismo idioma inglés común, en el cual se dice, por ejemplo, *vela* de escuadra *(sail of shipping)* por velas de escuadra, seis *pié* de alto *(six foot high)* por seis piés de alto, etc.! El resultado de las acaloradas contiendas que sobre estos y otros puntos de

gramática, lingüística, etnología y antropología puedan sostener los sabios de Europa y de América, cualquiera que sea, aun cuando por él se crean autorizados los detractores del éuskaro á proclamar á la faz del universo que los vascones proceden de una horda de salvajes, en nada afectará ni á la majestad de la épica hecatombe de Calahorra, ni á la serena aureola de santidad que circunda la cuna de San Francisco Javier, ni á la entusiasta ovación que se tributa en todas las naciones cultas al genio de Sarasate cuando arranca de su violín armonías que rebasan de la limitada capacidad estética de las razas indo-germánicas, y transportan al oyente dotado de la intuición de las armonías prehistóricas, al sublime y primitivo concierto de la creación recién salida de la mano del Omnipotente.





CAPÍTULO IV

**Tipo físico del navarro. Su carácter en lo antiguo y hoy.
Gradual extinción de la raza y del idioma éuskaros.—La agricultura y el pastoreo.
La emigración navarra.—El traje.
Diferencias entre montañeses y ribereños.**

Los partidarios del origen turanio de los vascones podrían utilizar en pro de su tesis las notables semejanzas que se descubren comparando la fisonomía del navarro de la montaña con la del etrusco, hombre de raza turania en sentir de muy distinguidos etnólogos. El estudio del ángulo facial, á que tanta importancia se dió desde los trabajos de Camper y Lavater, inventores de la ciencia *fisiognomónica* (1), puede hacerse perfectamente en cuanto al tipo fisonómico etrusco, sin más que una somera inspección de los objetos de cerámica de Chiusi, Cervetri y Corneto. Ignorábamos que hubiese nadie establecido afinidades de raza entre los vascos y los etruscos: hoy nos habla de esta aproximación antropológica el distinguido autor de un *Manual de arqueología etrusca y romana* (2), diciéndonos:

(1) LAVATER, *Fragments physiognomoniques.*

(2) JULES MARTHA, *Manuel d'Archéologie étrusque et romaine.* París, A. Quantin. p. 8.

«los etruscos, cuyo origen es todavía un misterio, han sido »considerados como de todas las razas: para unos son italianos »indígenas, para otros eslavos, *vascos*, celtas, cananeos, armenios, »egipcios, tártaros, etc.;» pero siempre que visitábamos los museos donde se conservan vasos verdaderamente etruscos, los personajes pintados en ellos nos traían á la memoria las fisonomías de los guipuzcoanos y navarros del Pirineo, y cuando contemplábamos las caras de éstos, recordábamos los perfiles de nariz larga y barba ingente perpetuados en aquellos objetos. La misma semejanza de facciones se advierte si se toman como término de comparación las figuras pintadas en los vasos ítalo-griegos de Sicilia y de Nola y Cumas, y hásenos ocurrido si podría este fenómeno atribuirse á la ocupación de la Sicania por tribus pirenáicas emigrantes allá en remotos tiempos, pero históricamente probada. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la semejanza de facciones entre los vascos montañeses y los etruscos y sículos, cuyas figuras nos conserva la antigua cerámica, existe, y que tú, estudioso lector mío, puedes fácilmente comprobarla, utilizando las muchas y buenas publicaciones arqueológicas y artísticas con que te brindan las bibliotecas, si no prefieres verificar la comparación en las amenas y entretenidas salas de los museos.—Para que este estudio comparativo te sea más fácil y expedito, los ceramistas etruscos é italo-griegos cuidaron, al menos los de la época á que pertenece el estilo denominado *severo* — de transición entre el *primitivo* y el *libre* — de mostrarte todos los personajes figurados en las escenas fúnebres que decoran sus vasos, enteramente de perfil, con lo cual consigues que el ángulo facial y la emergencia de ciertas facciones no se te oculten nunca. Hecha esta observación preliminar, dediquemos breves instantes al estudio del tipo físico navarro.

No todos los que habitan del Pirineo al Ebro presentan los caracteres fisionómicos de una raza única: al contrario, bien se advierte en las facciones de unos y de otros, que esa tierra fué en todos tiempos cursada por las más diversas razas, y que las

que hoy la pueblan se hallan estrechadas por gentes de orígenes distintos. Echase de ver, con sólo girar la vista por cualquier grupo de navarros, que en la raza vascona se han verificado y se están verificando todos los días cruzamientos y mezclas que alteran su aspecto general. La naturaleza, sin embargo, en su tendencia constante á conservar las especies típicas, nos suministra á cada paso en la región que nos ocupa, individuos en quienes se perpetúan todas las facciones del vascón primigenio. Ya lo ha observado antes que nosotros el sagaz autor del excelente libro que lleva por título: EL OASIS, *Viaje al país de los Fueros* (1): las mismas diferencias que ofrecen la constitución geológica, el clima y las producciones de las dos zonas septentrional y meridional de Navarra, se advierten en sus habitantes: en fisonomía, usos, costumbres y trajes, todo es diverso entre los de la Montaña y los de la Ribera. El pastor y el campesino de la Ribera muestran una fisonomía abierta, inteligente, enérgica, pero poco respetuosa, es decir, no siempre moderada en su expresión por la prudencia. Jamás una montañesa de Echalar ó de Elizondo, interpelada por un forastero, le espetará una rabotada como las que á toda hora están dispuestas á dispararle las maritornes de las posadas de Tudela ó de Calahorra. Aquella gente es más circunspecta: su raza, cuyo carácter distintivo es la gravedad, se revela como totalmente extraña á la que domina desde Pamplona para abajo, de las sierras de Andía y Aldasudurra hacia la Rioja. Puede afirmarse que no hay un vasco navarro que no sea, como el citarista del sepulcro pintado de Corneto que publica Martha—para citar un ejemplo entre mil

(1) El Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, en el tomo de esta preciosa obra que ha consagrado á la provincia de Navarra. Barcelona, 1878.—Este distinguido publicista, por muchos títulos ilustre en los anales de la prensa moderna española, ha tratado de Navarra, sobre todo de su estado social y de sus instituciones, con la profundidad y filosofía de un consumado político, y con el elegante estilo de un *tourist* inglés de la veta de los Beaconsfield; y desde ahora anunciamos que nos servirá de guía en muchas de nuestras exploraciones.

que se nos vienen á la mente—de larga nariz, barba prominente, ceja espesa y boca rasgada.

Los hombres científicos no podían contentarse con estos rasgos puramente fisonómicos: la antropología, ciencia de observación, ha querido hacerse cargo de las diversas formas del cráneo éuskaro, y ha reconocido entre muchos de ellos los dos tipos fundamentales que echó de ver en un principio en las diversas razas humanas, y que denominó de *braquicéfalos* y *dolicocéfalos;* nombres que indican las dimensiones, una corta y otra larga, del diámetro menor del cráneo, de oreja á oreja, en relación con el diámetro mayor, desde la base de la frente á la nuca. Compárense las dos cifras que arrojan ambas distancias, y si la relación del diámetro menor con el mayor excede de 80 por 100, el cráneo es *braquicéfalo;* y en caso contrario, *dolicocéfalo.* Creyóse por algún tiempo que todos los vascos eran braquicéfalos, pero esta hipótesis resultó inadmisible, examinando más detenidamente ejemplares auténticos de la raza (1): en ellos se encuentran muy marcados los dos tipos, el dolicocéfalo con capacidad cerebral media, mayor en la región occipital que la del parisiense de nuestros días, y menor en la frontal; y el braquicéfalo con capacidad cerebral menos voluminosa, pero de mucho desarrollo en la parte occipital y mayor elevación y anchura en la frontal. El primero se aproxima á un tipo africano; el segundo á un tipo europeo de remota antigüedad; pero aún no es posible afirmar cuál de estos dos es el característico y especial de la raza éuskara propiamente dicha, mucho menos si se toman en consideración las demás diferencias de

(1) En 1862 los doctores Broca y Velasco recogieron unos 60 cráneos en un antiguo cementerio de Zarauz; el Dr. Velasco extrajo luégo del mismo paraje, en 1866, otros 19 cráneos; el profesor Virchow juntó, en 1867, 7 cráneos de las cercanías de Bilbao; en 1868, el citado Dr. Broca reunió 58 cráneos más, procedentes de un antiguo osario de San Juan de Luz, y por último M. Antoine d'Abbadie, miembro del Instituto de Francia, el Dr. Argeliès de San Juan de Luz y el referido Dr. Broca, han practicado numerosos reconocimientos en sujetos vivos, de los cuales ha resultado que los cráneos vascos presentan muy marcadamente los dos mencionados tipos.

complexión, estatura, proporciones, movimientos, color de los ojos y del cabello, etc.

Del carácter y antiguas costumbres de estas gentes ¿qué sabemos? En esta materia, como en lo relativo al problema de su origen, tenemos los datos más contradictorios, y aun estos, interpretados muy diversamente: los que para unos son timbres gloriosos, son para otros pruebas irrecusables de atraso y ferocidad. Cítanse en honor de la antigua Vasconia, y como blasones de la independencia y patriotismo de sus hijos, episodios de la guerra sertoriana y de la otra guerra promovida por la rivalidad entre César y Pompeyo. Calahorra, ciudad insigne que hoy pertenece á la provincia de Logroño y que en la época de la república romana era fuerte población vascona, hacia el año 74 antes de Cristo, declarada la guerra entre Sertorio y los enviados por Roma á concluir con el Senado Oscense, con la blanca cierva inspiradora y con los atrevidos planes del expatriado soñador, se adhirió al partido de éste contra la República; y después de asesinado traidoramente por Perpena el jefe de la rebelión, fué sitiada por Afranio, y tan rigorosamente estrechada, que viéndose los calagurritanos reducidos á la última extremidad del hambre, apurados todos los recursos, devorados cuantos animales había en la población, hasta los más inmundos, no titubearon, según refiere Valerio Máximo, en dar muerte á sus mujeres y á sus hijos, salando sus carnes para irse sosteniendo con tan nefando pasto (1). Este horroroso cuadro hace exclamar á Berlanga: «atérrase el ánimo considerando tal refinamiento de barbarie...» «Semejante fiereza no puede justificarse ni aun por los horrores del asedio que Calagurris sufría, porque los saguntinos, los astapenses y los numantinos les habían ya enseñado de

(1) *Quia nullum jam aliud in urbe eorum superat animal, uxores suas natosque ad usum nefariæ dapis verterunt. Quoque diutius armata juventus viscera sua visceribus suis aleret, infelices cadaverum reliquias salire non dubitavit.* VALER. MAXIM., L. 7, c. 6. Externa, 3.—V. á BERLANGA, obr. cit. p. 111.

qué manera debían defender sus hogares, muriendo cubiertos de gloria y admirando á sus encarnizados enemigos. El proceder de los calagurritanos acusa un estado de oscurantismo inaudito, que los elementos civilizadores que al rededor de ellos se agitaban no habían logrado extirpar. Por eso Afranio los degolló como fieras incendiando su guarida, mientras que Hannibal se detenía asombrado ante el espectáculo que presentaba Sagunto al ser tomada, como más tarde Lucio Marcio al entrar en Astapa y Publio Cornelio Scipión, el segundo Africano, al penetrar en Numancia (1).»—Los navarros, al contrario, reputan semejante acto como de inconcebible heroísmo: la moderna Calahorra erigió á su madre la Calagurris vascona una estatua que personifica la tan memorable y tremenda página de su antigua historia (2): ¡lástima que el cincel á quien se encomendó la obra la desempeñase de tan infeliz manera, que en vez de mover el ánimo á admirar, mueve los músculos faciales á sonreir! El numen poético más ardoroso, aun en medio del entusiasmo que la fortaleza calagurritana le inspira, se abstiene de memorar el nefando accesorio de la antropofagía de aquellos héroes, y con frase concisa consigna el triunfo del valor que se alza radiante del sepulcro de la magnánima hecatombe, cantando de esta manera:

---

(1) Obr. cit. p. 111, not. 2, y p. 114.

(2) Este grotesco monumento, que por honra de las artes españolas debería desaparecer, levantándose en su lugar otro mejor concebido y ejecutado, ocupa desde el año 1878, en que fué erigido, el centro de la plaza principal de la ciudad. Representa á Calahorra una figura de mármol blanco y tamaño natural pequeño, que no se sabe si es de varón ó de hembra. Su semblante es fiero y desabrido, pero feísimo: lleva, con notable impropiedad, cubierta la cabeza con casco romano; túnica prendida al hombro, manto terciado, y coturno. Tiene en la mano izquierda, apretado contra su pecho, el brazo cortado de un niño ó de una mujer, y empuña con la diestra una espada, como en actitud de acometer á la hueste romana. El desairado pedestal de jaspe rojo, chapeado de mármol blanco en sus netos, sobre que se eleva esta estatua alegórica, contiene las siguientes inscripciones: *Prevaleci contra Cartago y contra Roma;—La muy noble y muy leal y fiel ciudad de Calahorra;—Victrix atque invicta, tulit Calagurra trophæum: Sanguine, principio, litteris, virtutibus, armis;—Agosto XXXI de MDCCCLXXVIII.*

Romanos, subid al muro,
subid á hollar esa sangre
que en tanto que ardió en las venas
no pudo humillarla nadie;
subid, que ya Calahorra
bajo sus almenas yace,
no por las armas vencida
sino muerta por el hambre (1).

El juicioso analista de Navarra (2), haciéndose cargo de la barbarie propia de aquel siglo, común á otras muchas naciones, censura la *acedía* con que al referir el caso se expresó Valerio Máximo, y añade: «más blandamente lo interpretó Juvenal dis»culpando á los Vascones *con la acerbidad de la necesidad ex»trema.*» Trae á este propósito á la memoria la sentencia de Tácito de que *todo ejemplo grande tiene algo de lo inicuo* (3), y añade que *la acerbidad del tiempo purgó en aquella ocasión la iniquidad.* Especie de homenaje tácito de admiración hacia el valor y la lealtad de los vascones fué para el citado analista la medida que tomó Augusto César de escoger para guardia de su persona una cohorte de calagurritanos; y no con menor eficacia depone en favor de la noble fidelidad de aquella gente la inscripción que trae de un ciudadano que se mató después del vencimiento de Sertorio por serle insoportable la vida sin su amado caudillo: inscripción concebida en estos términos: *Á los sacros manes de Quinto Sertorio, Yo Brebicio, natural de Calahorra, voluntariamente me inmolé, juzgando ser caso de religión, muerto aquel que todo lo tenía común con los dioses inmortales, no retener más tiempo el alma aprisionada. Vé en buen hora, cami-*

(1) *Calahorra*, poema de D. Hermilio Oloriz premiado en el certamen celebrado bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Pamplona en 1883.—Pamplona, Imprenta de D. J. Lorda.
(2) P. Moret, *Investigaciones*, lib. I, cap. II.
(3) *Omne magnum exemplum aliquid semper ex iniquo traxit.*

nante que lees, y aprende de mí á ser leal. La lealtad agrada aun á los muertos privados de cuerpo humano (1).

Pero su fidelidad á la causa de Sertorio, dicen los que no se entusiasman con estos rasgos de heróica abnegación, no le impidió á la vascona Calahorra pelear después en las filas pompeyanas, y por último romanizarse como toda aquella comarca y mostrarse muy sumisa á los dominadores del orbe, no imitando la constante independencia de los cántabros. Mas no es posible que en tiempos de general atraso un pueblo, por heróico que sea, reuna todo género de virtudes: estas no suelen ser patrimonio más que de las naciones moralizadas por las buenas leyes, ó lo que es lo mismo, civilizadas (2). El salvajismo y la antropofagía de los antiguos vascones en la centuria que precedió á la Era cristiana, eran también peculiares—el Sr. Berlanga lo reconoce (3)—á otras tribus que por entonces, y aun muchos años después, moraban en los países que más tarde se denominaron Inglaterra y Francia. Era aún deplorable por demás en aquellos tiempos el estado de civilización de algunas gentes que vivían en comarcas más ó menos apartadas de la Vasconia: los celtas hispanos mutilaban en ocasiones á sus prisioneros ó los inmolaban á sus dioses; César encontró establecidos los sacrificios humanos en las Galias, y entonces los progenitores de los que hoy se estiman el pueblo más adelantado de Europa, se jactaban de que sus mayores se habían alimentado con los despojos de los ancianos y de los niños en los conflictos de las guerras que sos-

(1) *Dijs Manibus Quinti Sertorij me Brebycius Calagurritanus devovi, arbitratus religionem esse, eo sublato qui omnia cum Dijs immortalibus communia habebat, me incolumem retinere animam. Vale viator, qui haec legis, et meo disce exemplo fidem servare. Ipsa fides etiam mortuis placet corpore humano exutis.* MORET. Ibid.

(2) Adviértase que no decimos *cultas*, sino *civilizadas*. La civilización y la cultura son cosas distintas: puede ser un pueblo muy *culto* y sin embargo bárbaro en su estado social y moral, y vice-versa, una nación puede ser *civilizada* y hallarse sin embargo atrasada en cultura: puede tener buenas instituciones y carecer de buenos artistas. La civilización en suma depende del desarrollo y adelantamiento de las ideas morales y de las costumbres: la cultura se cifra en el progreso de las artes. Profesamos en esta materia la doctrina de Bonald.

(3) Obr. cit. p. 114 y 115.

tuvieron con los Cimbrios y Teutones.—Llevaba el Cristianismo más de medio siglo de lucha contra las supersticiones paganas cuando los soldados de Nerón combatían en la Britania á aquellos bárbaros que rociaban las aras de sus divinidades con la sangre de los indefensos cautivos. ¿Qué mucho, pues, que los vascones se alimentasen de las carnes de sus hijos y mujeres reducidos por Afranio á las últimas extremidades del hambre? Menos deberemos de consiguiente extrañar que en la guerra púnica siguiesen las enseñas de Aníbal con la cabeza descubierta, según nos los pinta Silio Itálico, y que tampoco usasen cascos cuando la rota de Trasimeno, ni en la batalla de Cannas. No atribuiremos esta particularidad, como lo hace el imitador de Virgilio, á alarde de valor y desprecio de los peligros de la guerra: diremos sencillamente que no sabían en aquel tiempo los vascones fabricar las armas defensivas, arte en que estaban tan adelantados los cartagineses y romanos, y añadirémos que los escritores modernos que nos presentan á estas gentes entrando en la pelea con relucientes cascos y vistosas ropas de vivos colores, buenos arreos militares y armas excelentes, han confundido á los vascones con los iberos, de quienes se refieren estas circunstancias, demostrativas de un estado de cultura que los éuskaros no alcanzaron antes ni algunos siglos después de difundido el cristianismo por el occidente de Europa.

Hemos citado el ejemplo de Calahorra como demostración de la fiera constancia de los Vascones, y debemos advertir que aunque hoy no sería buen argumento respecto del carácter del éuskaro de la montaña lo ocurrido en un pueblo de la ribera del Ebro, en la época á que nos hemos referido no había diferencias entre el vasco montañés y el vasco de la tierra llana. Todos eran unos: la Vasconia de entonces acá ha venido reduciéndose, y es probable que los calagurritanos de hoy, así como difieren de los habitantes de la región pirenáica en fisonomía, lengua, costumbres y aptitudes, difieran de sus antepasados en todos estos factores de su modo de ser y de existir. En

una cosa los suponemos iguales á sus predecesores y á los navarros de la región montuosa, es á saber, en su patriotismo y fortaleza de ánimo. Nada significan en contra de estas austeras virtudes, los actos de adhesión, y aun de sumisión al poder romano, que les echan en cara los que para elogiar la indomable constancia de otros pueblos que luchaban con todas sus fuerzas contra el yugo extranjero, censuran la romanización de la Vasconia, y el haberse mostrado ésta bien avenida con magistrados locales duumviros, con la supremacia de un Prefecto pretorio, con una legislación importada de Roma, con romanos al frente de los cargos públicos importantes, con la vergüenza en suma de verse gobernada acaso por hijos de libertos, siendo sus hijos demasiado ignorantes para poder dirigir por sí mismos las riendas de tan exiguo Estado (1). Lo que semejante sumisión significa es que comprendieron muy pronto los vascones que no había medio racional de sustraerse al colosal poder de Roma.

No es más lisonjero el retrato que hace de estas gentes en la Edad media un moderno escritor francés (2) de mucha nota entre los vascólogos, á quien hemos tenido ocasión de citar como decidido anti-iberista, el cual saca á plaza algunos pasajes de historiógrafos anteriores al siglo XIII. No alega Mr. Vinson la derrota del ejército de Carlomagno en Roncesvalles, aniquilado bajo un aluvión de peñascos arrancados por los bravos vascones de los altos riscos del ominoso desfiladero, sin duda porque reconoce el perfecto derecho con que aquellos montañeses protesta-

---

(1) BERLANGA, obr. cit. p. 116 á 121.—Cita este sabio epigrafista monumentos con los cuales demuestra que hubo pamploneses de ambos sexos que desempeñaron los cargos de *legado censual*, de *duumviro* y de *flaminica*, y que entre la *república pompelonense* y Roma hubo frecuentes pactos de hospitalidad con otorgamiento de *prerrogativas de ciudadano* y reconocimiento de *patronato* á favor de ciertos sujetos romanos, y mediaron además relaciones de inferior á superior aceptando los pamploneses instrucciones y decretos de los propretores de la Tarraconense en orden á la extensión de la jurisdicción duumviral contra contumaces, y sobre responsabilidad de los descuidados en materia de constitución de cauciones.

(2) M. JULIEN VINSON, *Les basques et le pays basque:* París, 1882. c. II.

ron en tan memorable ocasión contra el predominio del emperador franco. Lo que hace el sagaz autor es quitar toda su significación á una derrota que han hecho famosa los relatos de los mismos cronistas franceses del tiempo antiguo, diciendo que ese accidente histórico, fuente de todo un ciclo legendario, fué en sí de *mínima importancia*. Las historias de la Edad-media á que él se refiere, pintan en verdad á los montañeses del norte de España, cántabros, vascones, vácceos, etc., con colores nada halagüeños. Los peregrinos que atravesaban el Pirineo occidental hace ocho ó nueve siglos, temblaban de encontrarse con ellos. En el año 1120, el obispo de Oporto se vió precisado á despojarse de su traje pontifical y á disfrazarse de mendigo para librarse de los ataques de aquellos «asesinos crueles y desvergonzados, siempre dispuestos á maltratar á los pasajeros, y cuya lengua nadie conocía.»—Aymeric Picaud, francés de nacimiento, que á mediados del siglo XII hizo una peregrinación á Santiago de Compostela, dejó allí un precioso manuscrito, que aún se conserva, en el cual hay un itinerario muy completo de su viaje. Supuesta la autenticidad de este códice, los vascos de aquel tiempo eran asiduos asistentes á los oficios divinos y sin embargo saqueaban sin escrúpulo á los viajantes que caían en sus manos, y á tal punto abusaban de ellos, que los hacían servir de cabalgaduras. Para atravesar los ríos, metíanlos en pequeños barquichuelos en que no cabían las bestias de montar y de carga: tenían que ir éstas á nado sujetas de la brida á los barcos, por cuya causa ocurrían graves percances, cayendo los viajeros al agua en muchas ocasiones, y ellos sin cuidarse de salvarlos, descaradamente se apoderaban de los animales y de los equipajes. Cuando la travesía se verificaba con felicidad, sacaban ellos sus chuzos ó cuchillos en el momento de cobrar el pasaje, y exigían del viajero derechos dobles ó triples de los que era costumbre inmemorial satisfacer: exigencia que tenían con los mismos peregrinos, los cuales, según antiguos convenios, estaban exentos de todo pago.

Los peregrinos realmente fueron siempre objeto de grandes atenciones de parte de los reyes de Navarra. Fuera D.ª Mayor, la mujer de D. Sancho IV, ó D.ª Estefanía, la esposa de D. García Sánchez, el de Nájera, quien construyó en la antigua Gares (1) el famoso puente (que luégo la hizo mudar de nombre) para comodidad de los romeros que bajaban del Pirineo y se encaminaban á Galicia, lo cierto es que en el siglo XI, cuando esto se hacía, no era verosímil que los vascones de la montaña cometieran con los peregrinos extranjeros tan punibles excesos. Por mi parte me persuado de que el romero francés Aymeric Picaud, propenso como todos los de su tierra á forjar aventuras y á exagerar el atraso de las naciones extrañas, mintió como un bellaco á despecho de su loable devoción y ardorosa fe católica. Claro es que las peregrinaciones en el siglo en que éste hizo la suya no eran todavía pomposas expediciones, como las que llevaron á cabo en el siglo XIV otro Aymeric, vizconde de Narbona, y D. Thibaut de Verona, á favor de los cuales el infante D. Luís, gobernador del reino, mandaba á los merinos, bailes, prebostes, justicias, almirantes, alcaides, alcaldes, concejos, peajeros, ponteros y demás oficiales, que los dejasen pasar y andar francamente, *á ellos y á sus bestias, monedas de oro y otros cualesquiera bienes,* á lo que hubiera podido añadir: *y á los juglares*, *músicos* y *cantores*, de que iban acompañados (2). Pero se hace duro creer que si los peregrinos extranjeros que se dirigían á Santiago en el siglo XIV gozaban de tales consideraciones, los que hacían el mismo viaje reinando en Navarra príncipes como D. Alonso el Batallador, D. García Ramírez el Restaurador y D. Sancho el Sabio, estuviesen expuestos á las

(1) Hoy Puente la Reina.

(2) YANGUAS, *Diccionario de Antigüedades*, art. PEREGRINOS, donde se citan documentos del Arch. de Comp. Todos los peregrinos ó romeros de nota solían hacer su viaje acompañados de sus *yuglares* ó *yoglares*, como los llaman dichos documentos. Además de los citados personajes, suenan en ellos otros caballeros franceses, como Mosén Johan de Chartes y Pierres de Montferrat, ambos gascones.—Arch. cit. Caj. 14, n.º 96.

brutales vejaciones mencionadas. En todo caso, las vejaciones serían causadas por algunos foragidos de esos que, en cualquier estado de civilización de un país, pudieron albergar siempre sus montañas y fragosidades; no por sus habitantes en general. En nuestro siglo diez y nueve hemos tenido bandidos tristemente famosos albergados en las asperezas de las sierras de Andalucía, los cuales causaban á los viajeros análogas molestias, sin que pueda por esto decirse que en tiempo de Fernando VII vivían los andaluces en tal estado de atraso y de barbarie, que robaban y mataban á los infelices pasajeros al atravesar sus montañas. Es verdad que el peregrino francés distinguió á los vascos de los navarros, siendo para él vascos solamente los que ocupaban los valles de San Juan de Pié de Puerto, Roncesvalles y todo el resto de la región septentrional entre el Adour, las montañas y el mar; pero entre navarros y vascos no establece más diferencia que el color, haciendo á estos últimos más blancos que á aquellos, y á todos les achaca las mismas costumbres y la misma *barbarie*. El país, dice, no les da más que manzanas, sidra y leche, y su renta principal son las extorsiones que cometen con los viajeros, aunque sean pobres peregrinos: «son »feroces, su cara inspira terror; son negros (1), malignos, pér»fidos y sin fe, corrompidos, violentos, salvajes, dados á la em»briaguez y á la lujuria, y tan adversos á los franceses, que ase»sinan á cualquiera de ellos por una miserable moneda de »plata...» «Sus únicas cualidades son la lealtad en la guerra y

(1) No he tenido ocasión de examinar por mí mismo el códice compostelano ó Calixtino, pero ó el peregrino francés que escribió su libro 4.°, que comprende el itinerario, se contradijo con reparable ligereza, ó de la contradicción es responsable el sabio M. Vinson, de quien tomamos estos breves pasajes. Dice aquí, en efecto, que *los vascos son negros (ils sont féroces et leur visage inspire l' effroi; ils sont noirs, etc.*, p. 75 de la obr. cit.), cuando cuatro páginas antes había escrito: *los vascos son más blancos, tienen el cutis más claro que los navarros (les Basques sont plus blancs, ont le teint plus clair que les Navarrais*, p. 70.) Esta contradicción es poco disculpable en el reputado filólogo y etnologista, cabalmente en una obra en que con admirable claridad y método ha expuesto los caracteres fisiológicos de la raza éuskara.

»la exactitud con que llevan á las iglesias sus diezmos y primi»cias.» El retrato no puede ser menos lisonjero.—En cambio, los muchos viajeros que recorrieron el país vasco navarro cuatro ó cinco siglos después, como Sebastián Moreau, Abel Jouan, Aarssens de Sommerdick, M.me d' Aulnoy, Ch'mel, de Thou, Le Pays y otros, todos están conformes en reconocer la dulzura, la amabilidad de aquella gente, al par que su agilidad, su natural animación y alegría, en medio de su pobreza é ignorancia.

Entre afirmaciones tan contradictorias como la de Aymeric Picaud y las de estos viajeros de los siglos XVI y XVII, M. Vinson formula su juicio personal, con el cual en la esencia estamos conformes, y viene á decir: Los vascos, no hay para que negarlo, fueron gente muy feroz y bárbara en los primeros siglos de la Edad-media, recibiendo tarde la semilla de la civilización evangélica: en la cuarta centuria, el poeta Prudencio habló de la brutalidad pagana de los vascones; en el siglo VII, el obispo San Amando que se hallaba en los dominios del Duque de Aquitania, Chariberto, refugiado contra las iras del rey Dagoberto, se fué á la tierra de los vascones con la esperanza de lograr el martirio entre aquellos feroces montañeses; en aquel mismo tiempo y bajo el mismo rey merovingio, según el testimonio de los hagiógrafos, la noble Rictruda, madre de Santa Eusebia, *vivía consagrada á Dios en medio de los Vascones, que aún permanecían apegados á sus prácticas diabólicas*, los cuales asesinaron á su marido Adalbaldo que los gobernaba en nombre del rey Dagoberto; San León, primer obispo de Bayona, enviado por el Sacro Colegio á fines del noveno ó principios del décimo siglo para evangelizar en Navarra, se encontró con *bandidos vascones* cuyo idioma no comprendía, y después de haber penetrado en sus *bosques*, volvió á su diócesis donde sufrió el martirio. Pero de entonces acá el carácter de los vascones ha debido modificarse completamente, porque hoy, si bien se hallan imbuídos en ciertas preocupaciones y permanecen arraigados á

supersticiones seculares que no ha podido destruir en ellos el catolicismo, son gente de gran rectitud, aunque su escasa ilustración, su tenacidad, y la extremada viveza de su imaginación, los induzcan á formar falsos juicios; son afables y complacientes, pero irascibles y muy de temer en su cólera; no es cierto que sean rencorosos y vengativos; son expresivos y entusiastas, cualquier cosa los seduce y exalta, cualquier cosa también los desilusiona; habitualmente formales, ceden no obstante con facilidad al atractivo del juego y á los goces de la mesa, y entonces su jovialidad y alegría no tiene límites y es estrepitosa; la hospitalidad en su más amplia acepción, es en ellos práctica constante y culto; sus mujeres, en cuanto llegan á cierta edad, son de una devoción exagerada y meticulosa; en el país vasco, más que en otro alguno, se cuentan casos de enajenación mental dimanados de la exaltación del sentimiento religioso, y estos se advierten particularmente en solteras de edad avanzada; las madres de familia son activas, aseadas, diligentes, amantes de su casa, de sus maridos y de sus hijos; las muchachas son joviales, coquetas, curiosas, despiertas y nada perezosas para el trabajo; el vasco es de suyo inteligente, altivo é independiente; posee en el más alto grado el instinto de la dignidad personal; y si la instrucción, el trato con los extraños, las mejoras de la vida material y la consiguiente holgura para observar y discernir, favorecen sus naturales dotes, desembarazado del fetichismo que subyugó á sus mayores y los esclavizó al capricho de sus déspotas, se le verá elevarse á las más privilegiadas esferas del humano progreso.

He indicado ya que la antigua población vascona va mermando, á tal punto, que se cree posible prever el día en que ni siquiera le quede como refugio último el enriscado Pirineo. Las causas de esta disminución son varias, pero la emigración es acaso la principal. No hallando recursos suficientes para vivir con comodidades en el país nativo, muchos jóvenes de ambos sexos se expatrían desde la edad de quince ó diez y seis años. El vas-

co·navarro no tiene apenas industria manufacturera (1), porque no merece el nombre de tal la raquítica producción de sus fábricas de paños, lienzos, harinas, papel y boinas, que soporta á duras penas la victoriosa competencia que le hacen los vasco-franceses y bearneses; los hierros de sus ferrerías resultan agrios si no se mezclan con los de Vizcaya; y el beneficio de sus salinas no puede compararse con el que obtienen los que explotan las de Álava y Guipúzcoa, y sobre todo las de Urcuit, Briscons y Villefranque en Francia; de manera que la única riqueza del navarro montañés, bien escasa por cierto, es la ganadería y la agricultura.

El pastoreo y la labranza son las dos ubres del Estado, decía Sully, y con él la escuela *fisiocrática* economista; lo mismo piensa tal vez el vasco, pero esas ubres para él están medio secas, aunque se jacte el roncalés, honrosa excepción entre los pastores de la Montaña, de que al echársele encima las nieves y los hielos invernales, que duran en su tierra siete meses, rivaliza con Labán invadiendo las Bardenas sus 90.000 cabezas de ganado lanar. El navarro de la Ribera es buen agricultor y

---

(1) Creemos oportuno ofrecer al lector un cuadro sumario de la industria navarra en las dos regiones, la Montaña y la Ribera. En la Montaña se reduce al corte de maderas en los valles de Roncal, Aezcoa y Salazar, y á las siguientes fabricaciones: quesos y paños en el Roncal; lienzos, harinas y papel, en Pamplona y Villaba; paños burdos y estambres, en Aoiz. La industria minera está muy atrasada, porque aunque abundan las minas de hierro, cobre y plomo, sólo las de hierro se benefician, é imperfectamente, pues en las ferrerías de Navarra se trabaja el hierro dulce *á la catalana*. Para el cobre y el plomo faltan altos hornos, como los que años atrás se establecieron en Orozbetelu y en Santesteban.—La Ribera presenta algún mayor desarrollo industrial: Tudela tiene tintorerías de paños ordinarios, fábricas de velas, de fideos y pastas, chocolate, regaliz, jabón, objetos de alfarería, aceite y vino; Valtierra y Murillo de las limas tienen buenas fábricas de jabón; Olite, de tejas y ladrillo; Tafalla, de aguardientes y curtidos; Estella, de paños y bayetas, boinas, curtidos y objetos de alfarería, y cuenta además con buenos lavaderos de lanas; Cascante produce paños ordinarios y fósforos. Puente la Reina, Villafranca y Peralta dan excelentes vinos.

Hay salinas en muchos terrenos de ambas zonas: en Aldaz, Arruiz y Elgorriaga se elabora la sal por la acción del fuego sobre el agua; en Aguilar, Arteta de Ollo, Guendulain, Javier, Mendavia, Obanos, Olaz, Salinas de Monreal, Salinas de Oro, Salinas cabe Pamplona, Tirapu y Undiano, se obtiene por la influencia atmosférica. De la gran mina de sal gema de Valtierra hemos hablado en el cap. I.

prospera en sus faenas, pero el vasco de la Montaña que posee escasas piezas de una tierra menos agradecida á sus sudores, apenas obtiene de ella con grandes afanes el necesario sustento. Allí al arado se sustituye la *laya*, instrumento que data quizá de tiempo anterior á los romanos.—Mira, lector, cómo se laya la tierra en ese pequeño campo que desde la butaca en que hojeas mi libro te estás imaginando. Un gañán á un lado, más allá acaso una mujer, están removiendo el terreno confiado á su ruda tarea: tiene ella en la mano una pesada horquilla de hierro de dos enormes púas, que va á introducir verticalmente en el suelo con toda su fuerza; él, que la ha introducido ya, se ha puesto de pié sobre la parte horizontal que sirve de base á las púas, para hincarla más, y después, con un violento empuje hacia atrás, haciendo palanca, revuelve la tierra regada con sus sudores, la cual se levanta en montones, dejando profundos hoyos donde las simientes germinan en contacto con los más abundantes jugos. La pequeña pieza así labrada, produce el maíz que es el principal alimento del montañés, y en los parajes más abrigados, el viñedo de calidad ínfima, de que se saca el agrio chacolí, el manzanar que proporciona la refrigerante sidra, y algunos que otros árboles frutales. ¡Pobre agricultura la de esa montaña!...

¡Y pobre también la de la Ribera, si en ella no se atiende á repoblar los montes y bosques, que amenazan convertirse en arenales! El navarro no emplea más abono que el animal: además del guano, se sirve del estiércol de los rebaños. Para él el ganado lanar es el principal agente de la producción rural, y el estiércol el principal producto del ganado: la leche, el queso, la lana sólo tienen á sus ojos un valor secundario. Pero el ganado necesita su cama, y al vasco le ha parecido lo más sencillo segar el helecho que crece espontánea y abundantemente en los claros de los bosques, así como también el dejar al ganado suelto y sin guarda por el monte que rodea al aprisco: lo cual ha sido causa de que este monte se vaya despoblando, de que muchas

tierras de buena calidad queden sin cultivo, y de que la producción vegetal no se renueve. Ha inventado también aquel montañés, para favorecer el pastoreo, un sistema particular de aprovechamiento forestal, que se reduce á no dejar en pié los árboles sino muy espaciados, podándolos periódicamente, cada diez ó doce años, á la altura de cuatro ó cinco metros para formar lo que llama tallares altos. El resultado de este singular procedimiento es el que no podía menos de ser: para sacar del bosque algo más que ramaje de carboneo, se ve precisado á reservar de trecho en trecho algún hermoso árbol, el cual crece libremente; pero ese árbol se hace nudoso y se cubre de ramas laterales: el rebaño, sí, pasta allí en todo tiempo, y en todo tiempo también se puede segar el helecho, el brezo, la retama espinosa y toda yerba que sirve de cama al ganado en el establo, y de combustible en el horno donde se hace la cal que se emplea para los abonos con el estiércol; mas en cambio el pobre bosque, tan maltratado, va poco á poco perdiendo su lozanía y su fuerza generativa: nada vegeta al lado de los tocones, porque en cuanto la bellota cae al suelo el puerco la devora, y si por casualidad asoma algún retoño, al punto la hoz impasible lo corta. Cuando un tronco se pudre y se desploma, se pone en su lugar un plantón ó pimpollo sacado de un vivero formado para este fin, y que la mayor parte de las veces no prende: se reviste el arbolito nuevo de varas de espino para protegerle contra el diente del ganado, el cual de este modo tampoco puede restregarse contra el tronco; y sin embargo, el bosque va lentamente desmedrando y amenaza concluir. En algunos barrancos de difícil acceso, donde el montañés no puede establecer su funesto sistema de siegas y tallares altos, la naturaleza, libre de trabas, se desquita pujante y caprichosa, y con briosos é incesantes renuevos forma impenetrables selvas, que denuncian la feracidad de un terreno de suyo generoso, esterilizado por las torpezas y preocupaciones del hombre.

De esta manera, el pastoreo ha venido á ser para los nava-

rros de la Montaña la ocupación más importante, y no produciendo sino un módico bienestar, la juventud ansiosa de goces y riqueza se expatría, y cuando un ilustrado patriotismo debiera estimularla á permanecer en el país para mejorar su agricultura y sus industrias, corregir sus malas prácticas forestales y hacer productivos los terrenos que tiene abandonados y sin cultivo, se lanza en alas de la esperanza á lejanas regiones, traspone los mares, y dejando en manos de jornaleros franceses, italianos y alemanes sus minas de hierro, se va á las playas americanas á buscar fortuna. Es tan numerosa la emigración de las cuatro provincias vascas españolas y de los territorios franceses *(arrondissements)* de Bayona y Mauleón, á Buenos-Aires, Montevideo, Méjico y la Habana, que se calcula en más de 200,000 la cifra de los naturales de ellas que hoy residen en aquellos países. Las jóvenes no siempre se aventuran á correr los riesgos de tan larga travesía: muchas se quedan en Europa: París, Burdeos, Madrid están llenos de guipuzcoanas, navarras y laburdanas que cobran salarios en las casas particulares, almacenes y tiendas, no faltando nunca dignas representantes de la incansable raza éuskara en los bailes públicos, que duran nada más que lo que tarda el sol en hacer su inmenso giro de ocaso á oriente. Multitud de jóvenes vascos hay asimismo establecidos en estas grandes capitales: hace doscientos años eran muy buscados para el servicio doméstico: en muchas comedias francesas y novelas españolas, los lacayos y criados vizcaínos y navarros hacen su papel. Pero son las Américas el suspirado norte de los más resueltos y ambiciosos: períodos ha habido—y cítase como uno de los más fecundos en emigrantes el decenio de 1865 á 1875—en que el embarco para las Indias occidentales degeneró en verdadera manía: no había mes, no había quincena en que no se diesen á la vela bandadas de vascos en los puertos de San Sebastián, Bayona y Burdeos, después de haber hecho retemblar las casas por espacio de una semana con sus ruidosos fandangos y zorcicos.—Una de las causas que más con-

tribuían á la emigración, además de la ya expresada, era la aversión del vascongado al servicio militar. Esta repugnancia ha desaparecido en gran parte con la reducción del tiempo de servicio, y con otras medidas que hacen el reclutamiento menos odioso que antes era: ya el mozo que comía el pan de maíz y llevaba la chaqueta al hombro y en la mano la *makila* (1), se va acostumbrando al pan blanco que paga el Estado, al cómodo uniforme que preserva del frío y da buen aire al talle, y al fusil que le hace respetado y temido, y va comprendiendo que la servidumbre militar no es una mengua para el buen ciudadano. Y con todo la emigración continúa, si bien en menor escala, y con ella la lenta reducción de la raza pura éuskara, la cual en Navarra queda ya limitada, según el curioso mapa del príncipe Luís Luciano Bonaparte que señala la extensión geográfica ocupada hoy por el idioma vascongado, á una mitad de la superficie próximamente (2).—Según las declaraciones de los emigrantes que se proveen de pasaporte en regla (dice M. Vinson), las causas que alegan para abandonar el suelo natal son: la insuficiencia de los salarios ó jornales y la consiguiente dificultad de subsistir en un país donde los artículos de primera necesidad escasean; las excitaciones que les dirigen los emigrados que les han precedido, los cuales mandan á la tierra sus ahorros; el ejemplo de los que vuelven á sus hogares aco-

(1) La *makila* es el bastón del vasco: es de palo de níspero, más grueso en la extremidad inferior que en la superior. Lleva por contera una pesada virola de plomo ó hierro que termina en un regatón en forma de trébol. El puño suele ser de latón, y va acompañado de una correa, por medio de la cual se suspende la makila á la muñeca. Puede usarse como arma ofensiva.

(2) El ingenioso mapa del príncipe Bonaparte que señala el límite extremo de la lengua éuskara en la moderna Vasconia española y francesa, puede verse en la citada obrita de M. Vinson, titulada: *Les Basques et le pays Basque*, p. 25. En él se advertirá, por lo que respecta á Navarra, la línea de puntos que partiendo del Pico de Anie, extremo oriental de nuestra frontera pirenáica, baja contornando el Roncal, corre hacia Salvatierra, toma la dirección sudoeste hacia Tafalla, sube al noroeste por cerca de Puente la Reina y Valdejunquera, y termina en la frontera de Álava, dejando separada de la parte de la Ribera ó tierra llana toda la zona septentrional que habla la lengua éuskara.

modados, y aun ricos, después de una ausencia relativamente breve; las facilidades que les ofrecen las empresas para el pago de los fletes y, por último, la incesante y enérgica propaganda que hacen los agentes americanos de la inmigración, especialmente los de las repúblicas del Sur. En la república Argentina encuentran los vascones subsistencias baratas y salarios crecidos: los dedicados al servicio doméstico reciben allí, además de la casa y la mesa, de 60 á 80 pesetas al mes de salario; los jornales de los obreros y demás empleados en las industrias del país son desde 8 hasta 20 pesetas diarias. El empleo más lucrativo para el vasco, es el de los *saladeros* de las Pampas, fábricas inmensas de carnes en conserva, que se envían á todos los puntos del globo, aun cuando los naturales sólo usan la carne fresca, de la cual se da á cada jornalero un kilo por día. Cerca de ochenta millones de reses vacunas pastan en las *estancias* ó granjas abiertas, cuyo conjunto no ocupa ni la décima parte de la extensión de las Pampas, y quedan de consiguiente cerca de veinte mil leguas cuadradas donde los inmigrantes trabajadores y activos pueden libremente labrar su fortuna. Alicientes son éstos que no pueden menos de tentar al más apegado al terruño nativo.

Esto en cuanto á la disminución de la población éuskara de Navarra. Respecto de la extinción paulatina, y por cierto muy sensible, de su singular idioma, otras causas pueden mencionarse: en primer lugar, el contacto con los extranjeros, cada día más frecuente; luego, el regreso de los que emigraron y traen á la madre patria nuevas costumbres y nuevas modas; la ausencia de los que prestan el servicio militar y en las provincias extrañas adquieren el hábito de expresarse en el idioma general de la península; el paso de los ferro-carriles, que llevan á aquel suelo, antes casi inexplorado, aluviones diarios de gente que sólo habla la lengua de Castilla; la apertura de nuevos establecimientos termales; las compras de terrenos y caseríos por capitalistas de otras provincias de España, atraídos por las

bellezas de los valles y montañas del Pirineo y por su clima delicioso en la estación estival; el aumento de funcionarios procedentes de otros países; los cruzamientos de raza que son consecuencia de la instalación de los forasteros en las poblaciones donde las empresas industriales y las especulaciones comerciales han creado intereses que antes no existían; y, por último, la costumbre moderna de las familias pudientes de educar sus hijos en los colegios y pensiones ya franceses, ya de la corte.

Aun así, puede suponerse que sólo en Navarra hablan el éuskaro unas 150,000 personas: treinta mil menos de las que lo hablan en Guipúzcoa, que es de las provincias vascongadas la única que lo emplea como idioma exclusivo (1). No se crea que en la parte que el mapa del príncipe Bonaparte asigna al idioma éuskaro, ó sea en la región septentrional de Salvatierra, Tafalla y Valdejunquera para arriba, sea éste el único hablado: al contrario, en casi todas las poblaciones de cierta importancia es el castellano el que domina, y hasta se observa en ciertas comarcas, como en el valle del Roncal por ejemplo, la particularidad de que á medida que se multiplican las escuelas y crece el número de los que aprenden á leer y escribir, el uso del idioma vascongado disminuye. Ya los roncaleses entre sí suelen hablar castellano, aunque cuando conversan con sus mujeres se expresan siempre en vasco, ya diremos por qué.

Si hay algo en la naturaleza humana diametralmente opuesto en aspecto y costumbres al vascón de que nos habla el peregrino francés Aymeric Picaud, es seguramente el vasco navarro de nuestro tiempo. Ya le mires en las faenas de la labranza ó

(1) Además del mapa lingüístico de que hemos hablado, debido al príncipe Bonaparte, formó y publicó este eminente vascólogo otro en que hace constar la división del éuskaro en dialectos, subdialectos y variantes. Ambos fueron grabados en Londres en 1863, pero sólo vieron la luz pública en 1869; y de ellos se ha servido M. Vinson en su tantas veces citada obrita para deducir aproximadamente el número de personas que hablan hoy el notable idioma pirenáico. Consigna M. Vinson las siguientes cifras para cada territorio vasco, así de Francia como de España: Bayona, 65,000; Mauléon, 60,000; Navarra, 150,000; Guipúzcoa, 180,000; Álava, 10,000; Vizcaya, 145,000.

del pastoreo, ya en el telar ó en la ferrería donde trabaja como un cíclope, ora le observes en sus prácticas religiosas, grave y modestamente retirado durante los divinos oficios al pié del templo y bajo el arco del coro, no disputando nunca á las mujeres el lugar preferente ni mezclándose con ellas; ora sigas sus pasos en las procesiones y rogativas ó en las peregrinaciones á determinados santuarios, que son en el país muy frecuentes, ó en las juntas de las cofradías, ó en las reuniones de los jóvenes en el atrio de la iglesia, ó en los entierros; ora le estudies en sus horas de descanso y solaz en los corros de la villa, ó en el juego de pelota al aire libre, donde sólo los que forman el partido están de pié y todos los demás sentados, casi en correcta fila como reclutas, con sus diminutas boinas en el cogote; ó en el cerrado trinquete, que al exterior sólo se anuncia por el ruido de los pelotazos y los estrepitosos aplausos de los concurrentes; ó en la bulliciosa taberna, ó en el atronador casino, ó en la alegre y vistosa romería, ó en el baile de la plaza, ó en el más poético del valle, al són del tamboril y la chirola, donde la alegre juventud con más ó menos dosis de tiernos afectos se forja sus idilios; en cualquiera de estas ocasiones, le hallarás siempre apacible, comedido, jovial sin exageración, de gesto amable y aire ingenuo, con la coloración de la salud en las mejillas y la expresión de la confianza en los ojos, y nunca con el ceño sombrío y con el mirar siniestro que tánto desfavorece al bilioso madrileño del pueblo, el cual, siendo por lo común de buen fondo, tiene el dón de hacerse antipático por su aspecto. — Escucha ahora lo que te dice un sagaz observador, desde el fonógrafo de un elegante libro (1), acerca de las costumbres y usos de estos vascones de hoy. No necesito yo calentarme los cascos para describirte lo que él tiene ya descrito y depositado en las hojas de aquel precioso receptáculo de nociones sobre Navarra y los navarros. El carácter y costumbres de los habitantes de las dos

(1) *El Oasis*, del Sr. Mañé y Flaquer.

zonas—Montaña y Ribera—son enteramente distintos. Los de la Ribera se parecen á los de las provincias vecinas; los de la Montaña, á los guipuzcoanos y rayanos franceses. No visten ni hablan de la misma manera. Generalmente en toda la provincia son buenas y morigeradas las costumbres; sin embargo, sea por razón del clima, sea por el uso frecuente de los licores espirituosos y de alimentos más fuertes, tienen maneras más toscas los de la Ribera que los de la Montaña, donde se presenta el tipo de la bondad y la dulzura, aunque en cierta manera disfrazada con alguna reserva. Todos son por lo común francos y nobles y muy amantes de la gloria: los montañeses aborrecen la guerra y las armas, pero una vez empeñados en ella, su perseverancia no tiene limítes. No así en la Ribera, donde las poblaciones son mayores y la propiedad está repartida entre pocos, por cuya razón hay proletarios y jornaleros siempre dispuestos á alistarse bajo cualquier bandera. Tienen los navarros genio alegre, aman su país y sus costumbres, gustan del aseo y limpieza en sus personas y casas, y la unión que entre sí tienen, particularmente fuera de su tierra, les favorece para acrecentar sus caudales y para ayudar á sus deudos y amigos. Forman una triste excepción en este agradable cuadro, según el autor de un curioso libro que lleva el título de *Estadística de Navarra* (1), los naturales de la que el Sr. Mañé y otros escritores de cosas de aquel país llaman la zona media. «Los *aldeanos* (dice) son los habitantes de un espacio que se conoce con el nombre de *cuenca de Pamplona*, y que desde la capital se extiende en todas direcciones como dos leguas por término medio. En estos hombres no se encuentra ninguno de aquellos sentimientos nobles que resaltan en los demás de la provincia: son, generalmente hablando, egoístas y envidiosos hasta del bienestar de sus parientes; desconocen lo que es caridad y buena fe; jamás dicen la verdad cuando conocen que el decirla les ha de

(1) Del Sr. D. Florencio Sanz y Baeza.

causar la pérdida de medio real ó frustrarles la ocasión de recibirlo; trabajan, pero de mala gana; enemistados casi siempre entre sí los de cada población, se unen todos contra el interés del forastero. Apenas hay persona que tratándolos de cerca, ó teniendo asuntos con ellos, no los mire con desconfianza y antipatía. Su conducta, sus sentimientos, sus inclinaciones les han creado en la provincia una reputación nada favorable y apodos y comparaciones muy propias de su comportamiento.» Acerca de estas aseveraciones, me ciño al partido del Sr. Mañé, el cual, por no haber residido bastante tiempo en el país, ni afirma ni niega la exactitud de semejante retrato.

El distinguido autor del *Oasis* presenta á sus lectores tres tipos del navarro montañés: uno del valle de Ulzama, otro del Baztán y otro de Iguzquiza, territorios muy distantes unos de otros y sin embargo habitados por gentes de idéntica raza y fisonomía. Los tres presentan la nariz aguileña, la barba saliente y la ceja espesa que hemos notado como facciones características del éuskaro en nuestras consideraciones etnológicas: los tres el mismo reposo, la misma formalidad, la misma gravedad en sus semblantes. El carbonero de Ulzama y el anciano del Baztán llevan boina azul grande, echada hacia adelante y sirviendo como de visera, según se usaba en la época de la primera guerra carlista, y que aún conservan los que eran jóvenes en 1834. El traje del carbonero se compone de chaleco, sobre el cual va el elástico azul oscuro con adornos encarnados y algunas veces el nombre del dueño tejido en la bocamanga; pantalón, por lo común de pana, negro ó color de aceituna, arremangado hasta debajo de la rodilla; las piernas cubiertas con un envoltorio de lana, y los piés con *peales* de la misma tela, sujetos con las correas de las abarcas, que suben formando aspas hasta la rodilla. Lleva además faja de lana, generalmente encarnada, y su prenda de abrigo es una especie de dalmática, á la que da él el nombre de *capusay*, saco sin mangas y abierto por los costados que baja hasta medio muslo. Esta

prenda, de paño burdo, peludo y casi negro, suele tener una capucha para proteger la cabeza en tiempo de lluvia. El capusay se fabrica en la frontera francesa, pero la ropa interior que se usa en toda la montaña es de hilo del país de gran blancura, y se distingue por su limpieza. El aseo es uno de los rasgos característicos de los montañeses vasco-navarros, no sólo en su ropa sino también en sus personas, á tal punto, que hasta los más pobres, á pesar de los trabajos rudos y poco limpios á que están dedicados, al regresar de sus faenas á sus caseríos ó sus bordas, se lavan los piés en los cubos de madera que tienen siempre llenos de agua para este objeto. El tipo del Baztán y el de Iguzquiza no se diferencian del de Ulzama en cuanto al traje: cuando no llevan el capusay, usan su chaqueta de paño, de cuello derecho muy bajo y solapas vueltas. Ningún montañés gasta corbata: los ancianos usan calzón generalmente; los mozos llevan ya en todos los valles el moderno pantalón, aun en el Roncal, donde no se comprende sin el calzón corto el traje de ceremonia.

Los roncaleses usan un traje pintoresco que merece especial descripción: los hombres visten chaqueta y calzones de paño negro, chaleco de pana azul oscuro, faja morada ó encarnada, media negra, y en los piés alpargatas ó borceguíes gruesos, y también abarcas, y cubren su cabeza con sombrero negro de alas anchas, á estilo de los montañeses de Aragón (1). Los que en el Roncal ejercen cargos de alcalde ó regidor tienen su traje de ceremonia, con el cual se presentan en todas las solemnidades civiles y religiosas. Consiste este traje en un gabán negro, corto hasta medio muslo, con mangas perdidas, sin cuello, y con botones en el pecho y sobre la abertura de las mangas. Llaman á este gabán *anguarina*. Sobre los hombros ponen á guisa de es-

(1) Entiendo que este sombrero y todo el traje del roncalés de hoy no sube más allá del siglo XVII, y que la boina que usan los otros navarros tuvo su principio en el siglo XVI. El antiguo tocado de las gentes de esa provincia me es desconocido.



NAVARRA.—Campesino.

tola, ancha y corta, que les cae á la mitad del pecho, una tira de lienzo blanco y fino que llaman *valona,* degeneración visible de las valonas del siglo XVII, que bajaban á veces aún más que esa especie de beca. Calzón y media negros y zapato de cuero son el complemento de este traje oficial, y el regidor ó alcalde no suelta de la mano el bastón, signo de su autoridad.—Las roncalesas gastan corpiño negro en forma de chaleco, ó mejor dicho, de corsé, galoneado de seda, y aun de plata y oro; camisa ó camisolín de hilo con muchos pliegues, y al pecho como adorno multitud de collares de perlas, corales, cuentas de vidrio y de metal, etc. Las mangas de sus camisas son muy anchas, á estilo de las aldeanas de Italia. También suelen ponerse encima una chaqueta negra, abierta por delante y de mangas ajustadas. Su saya es de un negro azulado, con multitud de pliegues y corta hasta el tobillo: la media, blanca; su calzado, las alpargatas, los zapatos ó las abarcas; el refajo, de paño encarnado con ribete azul celeste, lo mismo que la mantilla, que también es encarnada y ribeteada como el refajo en las solteras, pero negra en las casadas y viudas. Llevan el cabello trenzado, y las trenzas caídas á la espalda ostentando en sus extremidades pomposos lazos de cinta de seda.—Y vamos ahora á la Ribera.

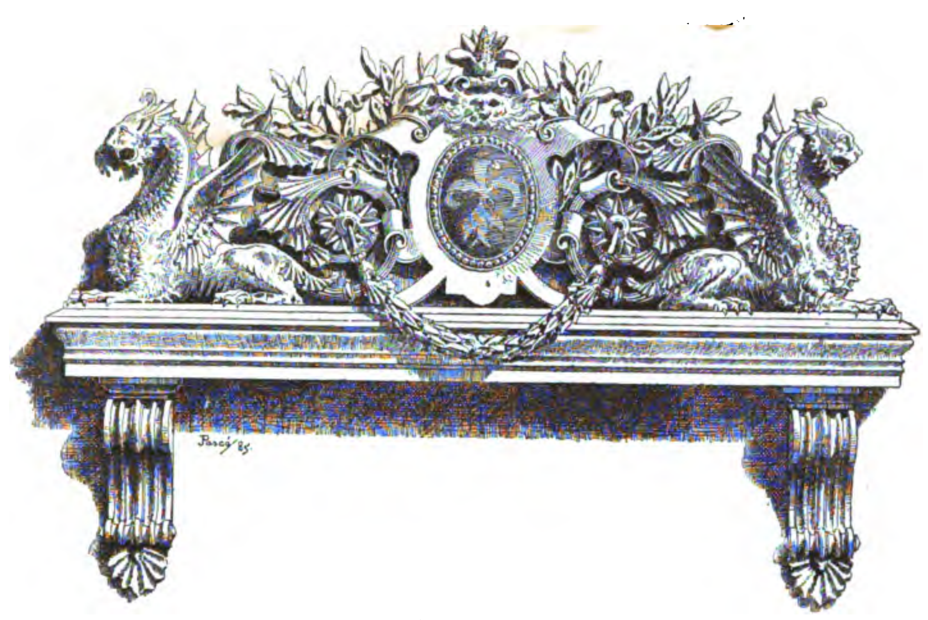
El traje del habitante de esta región ha sido también minuciosamente descrito, y aun gráficamente representado en el mismo entretenido libro (1). El pastor viste camisa de hilo grueso, chaleco negro de pana, llamado *justillo*, faja ancha de lana morada, calzón de piel de cabra (*cabruna*) de color rojizo con refuerzos pespunteados en la entrepierna, calzoncillos de algodón blanco, medias de lana negra cubriendo el pié y hasta la mitad de la pierna, con calcetines de bayeta blanquecina (*peales*), y alpargata abierta de cáñamo sujeta con cintas de algodón negro, á la aragonesa. Lleva al hombro en el buen tiempo su *elástico* de lana azul turquí ribeteado de encarnado, y en invierno se

(1) *El Oasis.*

abriga con la zamarra. En la cabeza, de la misma manera que el catalán del Priorato, lleva un pañuelo de seda de muy vivos colores, doblado á modo de venda y ceñido á las sienes, dejando descubierta la coronilla. Dan á esta prenda el nombre de *zorongo,* acaso por la caída que forma á un lado de la cara á manera de borla. Los pastores ancianos de la tierra gastan sombrero. Completa la figura del pastor un palo muy largo con que guía el ganado, y en que apoya el peso de su cuerpo para descansar cuando está parado.—El jornalero ó bracero de la Ribera gasta camisa de hilo grueso, chaleco de pana negra, chaqueta y pantalón de color verde botella, también de pana, faja de lana morada, alpargata abierta al uso de Aragón, sujeta con cintas negras, y sólo en el rigor del invierno lleva media de lana azul. En la cabeza, en toda estación, boina azul, pequeña, algo echada hacia atrás, que no le defiende de los rayos del sol: prenda que sólo empezó á usarse en la Ribera á la conclusión de la guerra civil de los siete años, pues antes usaban el mismo pañuelo (*zorongo*) ó sombrero que los pastores.—Las jóvenes solteras de la clase jornalera ó campesina, que llaman *zoceras,* para diferenciarlas de las señoras, visten jubón de percal oscuro, cerrado al cuello y ajustado con botones á la muñeca; un pañuelo de lana de color oscuro doblado en punta que les cubre la espalda, hombros y pecho; saya ó falda y delantal, también de percal oscuro; medias de lana azul turquí y zapatos de becerro negro. Pendientes de similor, sin collar de ninguna clase, son su único adorno. Habitualmente llevan la cabeza descubierta, cubriéndola sólo cuando hace frío con pañuelo de seda ó algodón de vivos colores. Para ir á la iglesia usan mantilla negra de lana con ribetes de terciopelo. Péinanse echando todo el cabello atrás, como las chinas, y formando el moño en la nuca. Ahora añado yo de mi propia cuenta y riesgo unos cuantos toques que creo le faltan al cuadro. Del grado de cultura de estos habitantes de la zona meridional no puede juzgar el viajero sino por indicios exteriores: en las poblaciones deja mucho que desear la comodidad y

la limpieza: las calles, en cuesta, son verdaderos derrumbaderos; la vía pública es á veces — sobre todo en el tiempo de la vendimia — inmundo estercolero. En cuanto á las personas, por el poco gasto de agua que la clase media hace, de lo que dan clara muestra las palanganas, angostas como tazas, y la total ausencia de lebrillos y otras indispensables vasijas, se colige que no es su manía el excesivo aseo corporal: si bien reconozco que esto no es característico de los navarros, porque en Andalucía sucede lo propio, y recuerdo que una vez en cierto pueblo de la provincia de Jaén, en el cual era yo recién llegado, para lavarme metí naturalmente las dos manos juntas en una muy honda y bonita jofaina de Andújar, y al sacarlas, me traje en vilo fuera del palanganero el curioso objeto cerámico.





CAPÍTULO V

Continuación: las viviendas, las familias: ascendiente de la mujer navarra.— Un chocolate en Roncesvalles: sobriedad canonical.—Usos y costumbres del tiempo viejo: la propiedad comunal; la hospitalidad; los derechos de vecindad; el matrimonio civil; la exogamia; el concubinato; mezcla de cristianismo y paganismo, de humanidad y salvajez; noción bárbara de la potestad paterna y señorial. Crueldad de las antiguas leyes penales. La exposición de los cadáveres de los deudores; prácticas funerales; entierros, convites, monumentos sepulcrales.

HAGAMOS ahora una rápida excursión visitando al labrador navarro en su propio solar: á bien que el trasladarnos mentalmente de la montaña á la cuenca de Pamplona, y de aquí á la Ribera sin tener que pagar transportes, sin la molestia de los equipajes y con rapidez mil veces mayor que la de los ferrocarriles, sólo de nuestra voluntad depende.—Los pequeños propietarios de la montaña residen en sus tierras y las cultivan por sí mismos. Sus casas son de una construcción muy sencilla: fábrica de mampostería ó piedra irregular, con dos pisos, cubierta ya de teja, ya de lastras de pizarra ó cuarzo, ya tam-

bién de tablas y cal, á dos faldones de gran vertiente, con su solana al mediodía, su puerta en arco de enormes dovelas, su balcón encima, y al costado una escalera que conduce al piso principal para tener siempre el acceso al interior durante las nevadas, siempre copiosas en aquella región. Dentro de la casa, la pieza de más importancia es á la vez cocina, comedor, sala de reunión de la familia y aun de recibo de los forasteros. En todos los caseríos (advierte el Sr. Mañé y Flaquer) existe una abertura, especie de ventana, que pone en comunicación el comedor con el establo. El labrador cuida de sus animales como si fueran individuos de su propia familia, porque son sus compañeros de fatigas, y del cuidado que en ellos emplee depende muchas veces su bienestar ó su ruina. Siendo así, no debe sorprendernos que si asoma por esa ventana la cabeza de alguno de aquellos animales domésticos, en vez de llevarlo á mal la familia, sea el intruso recibido con caricias y obsequiado con algún pedazo de pan (1).—En Navarra no abundan los caseríos aislados como en Guipúzcoa, Álava y Vizcaya; sólo hay algunos en determinadas zonas y están exclusivamente habitados por los inquilinos y arrendatarios de las tierras anejas á la *borda*. La borda ó choza es la habitación ordinaria del labriego y del pastor: los pequeños propietarios viven en pueblos que son meras agrupaciones de caseríos de las condiciones ya señaladas; pero algunos hay que en pueblecillos muy insignificantes tienen casas de piedra labrada de aspecto señorial, con grandes escudos de armas sobre la puerta ó en alguna de las esquinas (2). Apenas existen jornaleros en la montaña: la mayor

---

(1) Esta oportuna observación del Sr. Mañé y Flaquer nos trae á la memoria otra que acerca de las caballerizas de las casas próximas al Pirineo hace nuestro querido y venerado amigo el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. D. José Oliver, obispo de Pamplona, en su precioso folleto titulado *Loyola y Javier*. «En esos pueblos (dice) donde el ganado caballar es la principal riqueza de sus habitantes, la caballeriza es una pieza de la casa, la más abrigada y limpia, tanto como pueda estarlo la mejor de nuestros opulentos banqueros..... tal es el cuidado que estas gentes sencillas tienen de sus animales.....»

(2) Las casas solariegas donde los nobles ponían los escudos de sus armas, se llamaban *palacios de cabo de armería*. Ya hablaremos de ellos oportunamente.

parte de los labradores son arrendatarios ó pequeños propietarios que se auxilian mutuamente en las faenas del campo, y que cuando resulta alguna diferencia de jornales en los servicios que mutuamente se han prestado, la saldan á razón de una peseta diaria y la comida.—En la zona media de la provincia, también los labradores suelen ser arrendatarios y dueños de pequeñas fincas, y en los días ó épocas del año en que no labran su propiedad ó las tierras arrendadas, trabajan á jornal, generalmente por cuenta del dueño de la tierra que llevan en arriendo, ó por la de otros vecinos que las tienen de mayor extensión que ellos. Su jornal varía: el que llaman jornal *secò* fluctúa entre 7 y 12 reales y tres cuartillos de vino; otras veces se ajustan comprendiendo la comida, y ganan de 4 á 6 reales.—Sólo en la Ribera hay verdaderos jornaleros. El valor de sus jornales, según la estación y las circunstancias, ni baja de 5 ni sube de 20 reales. —La comida del jornalero de la montaña es: aguardiente por la mañana, potaje á las 7, un pedazo de pan á las 10, un caldo y berzas con tocino á las 12, otro pedazo de pan á las 4 de la tarde, y una sopa ó verdura á la noche, con dos pintas de vino.—En la Ribera hay que dar al jornalero guisado de carne, huevos, verduras frescas, etc., además del vino á discreción, y son tantas hoy las exigencias de los trabajadores respecto á la comida, que se va generalizando la costumbre de tomarlos á jornal seco. En cambio, si el jornalero de la Ribera es exigente, trabaja con tal empuje, que el mejor jornalero catalán no sería capaz de mantener por dos horas la enorme azada que éste maneja durante ocho ó diez. Los hombres de esta zona meridional son fornidos y robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadoso (dice Navarro Villoslada) (1), se comen casi todo lo que ganan (2), y su ali-

(1) V. el último de sus notables artículos sobre LA MUJER DE NAVARRA, *Revista Éuskara*, t. IV, p. 319.

(2) Se refiere al jornalero que come por su cuenta, se entiende; no cuando se le ajusta con la comida.

mento en pocas partes será mejor. El pan es blanco y de sustancia, el vino fuerte y abundante, y ambos artículos forman la base principal de sus comidas: el pimiento y la carne constituyen el resto. Sólo cuando el jornal es corto ó falta por completo, lo que sucede raras veces, llevan del campo patatas y legumbres. Con tales alimentos, los mozos sobrellevan alegres el trabajo, por duro y penoso que sea; tras un día de cava ó de arado en tierra arcillosa ó de mucha miga, viene una noche de ronda, de guitarra y galanteo. Pero este hombre se acaba pronto: aquella robustez, aquel brío para el trabajo, sostenidos por el pimiento y la guindilla y el vino cargado de color y alcohol, duran poco tiempo: el que sólo vive de la azada, á los cuarenta años es ya viejo, y si no muda de régimen, luégo bajará al sepulcro, no sin haber pasado por el hospital á pesar del horror que siempre le ha tenido. Si es casado, la mujer es su ángel tutelar: ella le atrae al hogar, le cercena las horas de la taberna, le hace saborear el puchero de casa, vivir con orden y arreglo y llegar á edad avanzada.

De la costumbre de los mozos de rondar de noche cantando y tocando la guitarra para galantear á las mozas, siendo ellos como son ardientes y belicosos, sobrevienen pendencias de las que con harta frecuencia resultan heridos ó muertos. «Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la Ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada, sacan éstos á relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman á la ventana, ó entreabren á hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares. Porque es de advertir que en pocos pueblos hay mayor facilidad que en Navarra para la poesía de romance y redondillas...» «... Lo que en la Ribera son músicas

y rondas, trabucazos y navajadas, en la Montaña son leyendas, contadas en las veladas del hogar. Los que viven en Madrid y en pueblos meridionales, no pueden tener idea de lo que es el hogar en una casa de los Pirineos. El hogar es toda la cocina, embaldosada de grandes piedras de granito. La chimenea todo el techo, que, en forma de embudo y sin aleros, se apoya en las cuatro paredes del aposento y deja escapar el humo por el tubo circular del centro. Debajo de él arden troncos enteros de robles y carrascos; y gavillas de ramaje á las cuales las cabras han despojado de la hojarasca, entretienen la llama que sube á la chimenea con los giros y proporciones de una hoguera.—Al rededor de la lumbre, y apoyados en las cuatro paredes de la cocina, grandes bancos de nogal que permanecen allí inmóviles siglos enteros, dan asiento á los hombres que vienen del campo transidos y empapados de agua ó de nieve; y en torno de un candelabro de madera, tamaño como el hachero de una catedral, y en donde arden oblicuamente las teas, siéntanse en bajos trípodes las mujeres, cuyas trenzas recuerdan las de las antiguas vasconas, con sendas ruecas de lana que hilan á porfía, y renuevan, cuando es preciso, las teas que inundan aquel ámbito de humo y olor de resina. Á la luz semifantástica del candelabro y del hogar, descúbrese la noble y honrada fisonomía del vascón montañés, y el rostro dulce y sonrosado de la montañesa, de finas facciones y brillantes ojos. Preside á la reunión el *echeco jauna*, cuyo mastín favorito yace como enroscado á sus piés. Miradlo: es el mismo montañés que nos dió á conocer la canción de Roldán en Roncesvalles. El perro que duerme á su lado es aquel que hacía resonar con sus ladridos las rocas de Altabizcar (1). Ese anciano de blancas

(1) Cuando el Sr. N. Villoslada escribió los preciosos artículos de donde sacamos este breve cuadro de la vida del montañés navarro, aún no se había averiguado que el célebre canto de Altabiscar *(Altabiskarco cantuá)*, tan encomiado hasta hace pocos años, es una composición moderna escrita en París en 1834 por el literato bayonés M. Garay de Monglave, inspirada por un zorzico de ocho versos que contienen la numeración vascuence, y que entonaban á coro por diversión

guedejas vive en completa familiaridad con sus pastores y criados, pero respetado y querido de todos ellos. La *echeco-andria*, el ama, la dueña—que con todos estos nombres es conocida en Navarra,—con la rueca al cinto, no se distingue de las otras mujeres sino como una semi-diosa de las simples mortales, como una reina entre sus damas.» «... Pero el navarro siempre ha de ser navarro, por muy arrimado que viva á las crestas de los Pirineos: y la montañesa, por muchos quesos que forme y mucha leche que beba, no dejará de incitar á su marido á otras ocupaciones más lucrativas, aunque más arriesgadas, que las agrícolas y pastoriles. Veréislos, pues, á marido y mujer darse al contrabando, haciendo prodigios de habilidad para trepar como gatos monteses por las rocas, ó deslizarse como una avalancha hacia el abismo, cargados con los enormes fardos que sacan de la frontera. Si el uno lleva los bultos, la otra el fusil. La montañesa de finas facciones y graciosa mirada, sabe manejarlo tan bien como su padre, su hermano ó su marido (1).»

Parece imposible: nadie creería capaz de tal arrojo á la hermosa y dulce navarra de la Montaña, en cuya fisonomía sólo se advierten rasgos y lineamentos de nobleza y distinción. ¿Habrá exageración en esto que de su tipo físico consignamos? No abrigaría el lector semejante sospecha si, atravesando por la carretera de Aoiz el pueblo de Burguete en dirección á Roncesvalles, como lo verificamos nosotros hace unos veinte años, hubiera visto á la puerta de la única posada del pueblo, á las tres hijas del posadero que, blancas, rubias y de delicadas facciones, dignas de una tabla del Vinci ó del Giorgione, se nos aparecieron

---

varios estudiantes vascongados de Derecho y Medicina. Hoy ya va siendo conocida esta historia de la inocente superchería literaria que ha seducido á tantos insignes literatos de aquende y de allende el Pirineo; y para que nuestros lectores la sepan por completo, les diremos que quien tradujo al vascuence la composición de Garay de Monglave fué M. Louis Duhalde d'Espelette, estudiante vascofrancés que se ocupaba en París en dar repasos á los jóvenes que se preparaban para entrar en la Escuela politécnica.

(1) NAVARRO VILLOSLADA, en su citada monografía, p. 329 y siguientes.

como tres princesas encantadas de una leyenda del ciclo carlovingio, ó como las tres hermosas mujeres del cuento del *mirlo blanco* (1), que incitaron á jugar á los naipes á los dos hijos mayores del rey ciego, para hacerles perder su hacienda y su libertad.

La mujer del pueblo en la Ribera suele ser menos bella, pero bajo la ruda corteza de su recia complexión y de su genio desabrido y altanero que la hace capaz de encajar una fresca al lucero del alba—como dice Navarro Villoslada—se abriga un alma generosa susceptible de los más heróicos sacrificios. «En el alma de esa mujer hay no sé qué energía (añade este distinguido escritor filósofo), no sé qué grandeza y perseverancia, no sé qué vigor, no sé qué hermosas cualidades, que si se replegan al principio sobre sí mismas, por no estrellarse en el alma indomable y fuerte del marido en plena juventud, luego que éste declina, reaparecen y tornan á la lucha, hasta que triunfa con ellas la mujer navarra.» Y es de advertir que este triunfo lo obtienen cuando sus gracias juveniles se han marchitado bajo la dura garra del infortunio, que casi siempre suele hacer presa en ellas: porque si la mujer de la Ribera se casa por amor, después de casada, todo es para ella padecer y sufrir. Su marido, en efecto, trabaja como un negro, pero se come, y sobre todo se bebe, cuánto gana; y la pobre mujer que llevó al matrimonio una cama completa y un baúl repleto para estrenar algo por Pascuas y ponerse maja los domingos, acaba remendando sus antiguas galas, afanándose y echando el quilo para vestir á sus hijos, y aunque se casó fresca como una rosa y limpia como la plata, al año de matrimonio ya se la ve sucia, vieja, desgreñada y llena de remiendos... y sin embargo dotada de irre-

(1) Este cuento de hadas del *mirlo blanco* figura en la colección del Reverendo Wentworth Webster titulada *Basque legends*, como popular en el país vasco-francés. Señala el erudito colector su grande analogía con otros cuentos de supuesto origen céltico, de los que recogió Campbell para su libro *Tales of the West Highlands*, y deja sin resolver el punto crítico de si los vascos tomaron estos cuentos de los celtas, ó los celtas los tomaron de los vascos.

sistible prestigio para con su marido.—Proviene esta fuerza moral superior de las grandes cualidades que su corazón atesora, y del ejemplo de sobriedad y buenas costumbres que da á su familia, pues si la montañesa es dada á las bebidas espirituosas, ella ni siquiera prueba el vino, y su único regalo es el chocolate: electuario bien inofensivo por cierto.

El recuerdo de este clásico brebaje trae á mi memoria cierto pequeño episodio de mi primer viaje por Navarra en el tiempo en que era digno Prior ó Presidente de la Colegiata de Roncesvalles el Ilustre y Rdo. D. Bernardo Galarza. Mi compañero de viaje, el malogrado artista catalán D. Jaime Serra y Gibert, era muy aficionado al chocolate, y el día de nuestra excursión al famoso é histórico Santuario desde Pamplona, confió demasiado en la tradición de lo que fué en tiempos antiguos la hospitalidad canonical, y en la fama de gastrónomos de que por lo general gozan los navarros, sin duda porque además de almorzar y antes de comer *toman la ley*, como los castellanos *tomamos las once* y los ingleses toman el *lunch*, sin que por esto se nos tilde de glotones. Con la esperanza, pues, de que aquel buen prelado, para quien llevábamos cartas, no dejaría de ofrecernos una suculenta mesa, había rehusado participar del almuerzo poco apetitoso y aceitoso de sobra que nos sirvieron en la posada de Aoiz. —Hicimos nuestra presentación al Sr. Galarza, que nos convidó á tomar con él el chocolate. El convite no se anunciaba como refacción de tenedor, que era lo que mi buen compañero hubiera apetecido.—¡Malo! le dije yo por lo bajo: habremos de contentarnos con una modesta merienda.—No lo crea usted, me respondió: se hace el convite así por mera fórmula, como si dijéramos por sinécdoque, pero no nos faltará comida ó cena.—Tomará usted que el chocolate venga bien acompañado de bizcochos y dulces y de sendos vasos de leche, que la de este país ha de ser deliciosa, como de esas cabritas blancas que parecen copos de nieve en la verde alfombra de las montañas.—Recorrimos el monasterio, visitamos todas sus dependencias: Serra tomó cro-

quis en su cartera: yo tomé notas en la mía (de que oportunamente haré uso en este libro); y después que nos hartamos de ver y de apuntar, nos dirigimos al aposento del Prior, donde con desagradable sorpresa advirtió mi compañero que no había el menor indicio de cosa parecida á comida ó cena. Estaba el infeliz muerto de hambre; á mí no me faltaba el apetito; pero mientras el Sr. Galarza nos preguntaba por lo que habíamos visto y nos hablaba de la historia de la Orden religiosa, militar y hospitalaria de Roncesvalles y sus vicisitudes, Serra y yo nos mirábamos á hurtadillas, recelosos y escamados. Quedábale aún á mi amigo como última esperanza la de estar la mesa preparada en alguna pieza inmediata, y que de un momento á otro se nos brindase á pasar á ella... ¡Vana ilusión! Entró un fámulo preguntando si el Sr. Prior quería el chocolate, y al ademán afirmativo de éste, siguió á los pocos minutos la solemne entrada en el aposento donde nos hallábamos, de una bandeja de charol negro con flores encarnadas—no la olvidaré nunca—con tres jicaritas de chocolate, espesito y fragante, otros tantos vasos de agua cristalina, y en cada uno de los respectivos platillos dos ó tres rebanaditas de pan moreno, finas como mondadientes, las cuales aparecían á nuestros ojos atónitos más que como cosa comestible, como místico emblema ó recuerdo de las espinas de Nuestro Señor Jesucristo.—Aun así, tomóse con gusto el chocolate, y dió treguas el hambre hasta la hora de cenar en la buena fonda francesa que luégo nos deparó la Providencia, desde la cual nos fuimos á dormir á Burguete.—Muchos años después de aquel cómico percance, al leer por primera vez la preciosa monografía de Navarro Villoslada que acabo de utilizar para este somero estudio de las costumbres de aquella tierra, tropecé en su ingreso con el lindo cuadro en que el cura del santuario de Cuevas y un simpático niño que con él había salido de Viana y le había ayudado la misa en la festividad de Nuestra Señora, recibían del ermitaño el agasajo del desayuno; y al ver que un simple ermitaño les había servido «sendas jícaras de

»chocolate orladas de pan y bizcochos, con agua en limpios va»sos de cristal y una bandeja de bolados» no pude menos de recordar nuestro chocolate de Roncesvalles y sacar por conclusión, que cuando todo un Prior de la categoría é importancia de aquél se limitaba á ofrecer á sus presentados el chocolate limpio y mondo sin orla de bizcochos ni aditamento alguno, esto debía consistir ó bien en la mayor sobriedad de los navarros del norte respecto de los del mediodía, reputados como menos abstinentes, ó bien en la saludable reacción producida en las costumbres y prácticas de la santa casa después de los abusos de que fueron acusados sus prelados en el siglo XVI: los cuales, absorbiendo el poder y gobierno de la Orden, se llenaron de vanidad, menospreciaron á los religiosos y su vida humilde, dispusieron de las encomiendas en favor de sus deudos y amigos, abandonaron el monasterio, siguieron á la corte desplegando en ella galas y lujo de Obispos, y para dar á la sagrada institución un falso lustre, malvendieron haciendas y donaciones á despecho del Capítulo, causando tal desarreglo, que hubo que cerrar el Hospital por falta de fondos.

Muchas de las diferencias que se advierten en cuanto al estado social y á la condición de las personas entre la Ribera y la Montaña, tienen su explicación en la variedad de instituciones, leyes y prácticas del país. ¿Porqué, verbigracia, sólo en la Ribera hay verdaderos jornaleros, y no en la Montaña? En esta región son pocos los que trabajan á jornal porque casi todos son co-propietarios ó co-usufructuarios en terrenos de aprovechamiento común. Todos los montes de aquella parte alta, que son muchos, continúan siendo comunales. Hasta en la llamada zona media de Navarra hay muchos que se disfrutan de esta manera primitiva, porque aun en aquellos que fueron enajenados por la Hacienda pública de resultas de la desamortización, se reservaron á los vecinos varios derechos comunes, como el de sembrar, hacer roturaciones, extraer leñas, y otros, de modo que los compradores no adquirieron sino el derecho de utilizar las hier-

bas de los terrenos incultos, y en los cultivados, después de alzados los frutos.—En la Ribera, donde por el contrario abundan las tierras de labranza y escasean los bosques, los valles y los pastos, se vendieron todos los terrenos comunes que llevaban el nombre de *corralizas*, y sólo se exceptuaron de la desamortización los montes del Cierzo y Arganzón, pertenecientes mancomunadamente á los pueblos de Tudela, Cascante, Marchante, Cintruénigo, Corella, Fitero y Ablitas, y las Bardenas reales.—En la región pirenáica, como en algunas de nuestras provincias del norte—Zamora y León por ejemplo,—subsisten vestigios del modo más antiguo de posesión y explotación de la tierra: existe en algunos pueblos el disfrute comunal y la repartición del suelo por lotes entre todos los cabezas de familia, antiguos jefes de tribu. En unas partes son las tierras laborables las comunes que se disfrutan en lotes, quedando los montes y pastos bajo la propiedad privada: en otras, como en el Roncal, y como en el Labourd y en el valle de Aspe, en el Bajo-Pirineo francés, lo que se disfruta en común son los pastos y los bosques. Ningún particular tiene en ellos derecho personal y exclusivo: todo es allí perpetuamente común é indivisible. No existe en Navarra un tercer modo de posesión de la tierra que se conoce en el derecho consuetudinario del alto Aragón (1), y que consiste en lo que llaman los ingleses la *house community*, esto es, que cada familia forma una especie de comunidad regida por leyes y pactos especiales, al tenor de los cuales la propiedad de la tierra no es de ninguno, pero el cabeza de familia, ó el *consejo* instituído para suplirle, dirige la pequeña comunidad para el bien y provecho de todos, sin que el que dirige tenga derecho alguno absoluto é individual. Este sistema parece ser idéntico al que se conserva todavía entre los eslavos de los Balkanes, en Turquía y en Austria.

(1) Según la explica el Sr. D. Joaquín Costa en su interesante obra *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*. Madrid, 1880.

Algún sabio extranjero ha creído hallar vestigios de esta costumbre en la Navarra española (1): los ha señalado en verdad en el antiguo condado de Bigorre, donde advierte una degeneración del régimen secular de la *comunidad de familia (house community)* bajo la influencia del feudalismo, en cuya virtud dan en Barége á los hijos menores el nombre depresivo de esclavos *(esclaus)*, porque realmente eran como los esclavos del hermano mayor, sin cuya autorización ni podían salir de la casa común, ni trabajar para nadie más que para él. En la misma Navarra francesa rige como ley que los hijos no casados habiten todos en el hogar paterno ó del hermano mayor, y no puedan adquirir cosa alguna sino para la casa. Pero no ha citado el sagaz escritor inglés ningún hecho que autorice á decir lo mismo de nuestros vascones.

No encontramos tampoco rastro en los Fueros de Navarra de que el hogar paterno haya sido nunca, como en el Pirineo francés, objeto de cierta especie de culto, recuerdo evidente del culto clásico antiguo de los dioses *lares*. Lo único que consigna el Fuero general es la inviolabilidad de ese hogar y su inmunidad, de modo que nadie, aun cuando sea merino ó sayón, pueda penetrar en él contra la voluntad del dueño (2); que no sea enajenado ni éntre en partición con los demás bienes; que cuando por razón de matrimonio, ó por otro medio cualquiera, se junten en una familia varios lares, ó hablando en términos comunes, varias casas solariegas ó de mayorazgo, retenga el lar paterno el hijo ó la hija en quien concurra la primogeni-

(1) El reputado vascólogo inglés, Rev. Sr. Wentworth Webster, en su opúsculo titulado: *Quelques notes archéologiques sur les mœurs et les institutions de la région pyrénéenne.* Bayona, 1884. «*Ce régime* (dice) *a laissé ses traces, je le crois du moins, dans la législation des deux pays* (esto es, en Francia y en España). *On en trouve l'influence dans les Fueros d'Aragon et dans ceux de la Navarre Française ou espagnole.*—Pág. 8.

(2) *Historia de la legislación civil de España, por los abogados* AMALIO MARICHALAR, MARQUÉS DE MONTESA, y CAYETANO MANRIQUE, tomo IV, edición de 1862: *Navarra.* Sección II, *Fueros generales*, cap. III.

tura (1), asignándose los otros lares á los hijos menores; que todos puedan vivir en aquel, y no sean privados de este derecho á menos de haber adquirido por casamiento, ó por otro medio, otro lar, ó de haberse hecho incapaces de heredar por alguna acción infamante.

Costumbres ligadas con el respeto á la morada ó *lar* de la familia, son las que el mismo Fuero impone como actos y relaciones mutuas de buena vecindad. El vecino en Navarra es menos libre que en cualquier otro país: en todos los actos de su vida experimenta el vínculo moral del deber y de las obligaciones que le unen á sus iguales, á sus convecinos y conciudadanos. Es para con éstos, y ellos lo son á su vez para con él, fiador, compurgador, compromisario, protector en todos los conflictos de la vida, y á veces hasta rehén y seguro. Todos los vecinos se deben recíproca asistencia como testigos, no sólo en los negocios civiles y criminales, sino en todos los actos de la vida común, en los desposorios, bodas, transacciones, estipulaciones de cualquier género, otorgamiento y apertura de testamentos, velación de difuntos, entierros, etc. Y no sólo los hombres, sino también las mujeres vienen obligadas por Fuero á estos actos de humanidad y de fraternidad cristiana.—El derecho de tomar el fuego del vecino es de la mayor importancia en algunas comarcas de Navarra. Consideraron los autores del Fuero que hay en el reino lugares donde la madera falta por ser escasa la producción forestal, y que no porque falte el com-

(1) La primera noticia de los mayorazgos en Navarra, llamados allí *mayorios*, es la que nos suministra el Fuero general (Lib. II, tit. IV, cap. 1 y 2) disponiendo que cuando muriese un rico-hombre hidalgo é infanzón, *dueño de un solo castillo*, se siguiese el orden de primogenitura establecido para la sucesión de la corona, y que los demás hijos, si los hubiese, heredasen los muebles. Sin embargo, hasta el reinado de Carlos el Malo (siglo XIV) no empezó á generalizarse el sistema de amayorazgar. Pero esa facultad de fundar *mayorios* y vincular era exclusiva de la nobleza. Así se deduce de una Cédula de 1503, en que el rey D. Juan III, concede á la casa de Iribarren, en Arberoa, la facultad de fundar *mayorio* y *vincularlo* en la forma que bien visto le fuere, según la costumbre de la tierra entre los hijosdalgo, gentileshombres y señores de palacios y casas solariegas *habientes armas*.

bustible deja de ser indispensable el fuego: y en esta inteligencia dispusieron sabiamente que todo el que ponga olla tenga por lo menos tres tizones encendidos, de manera que si algún vecino acude á su casa por fuego, traiga éste su vasija de barro con paja menuda dentro, déjela á la puerta del corral ó en el umbral de la casa, lléguese al hogar donde arden los tizones, tome en el hueco de la mano ceniza, ponga sobre ella un poco de lumbre, soplando los tizones para que no se apaguen, y trasladando la lumbre á la vasija ó cacharro que dejó á la entrada, llévesela á su casa para encender su hogar y guisar su comida. Si el vecino que tiene fuego se niega á prestar este servicio, pague en pena sesenta sueldos (1).—Romper el pacto tácito de la confraternidad era cosa vituperable: el que se negaba á acatar los acuerdos de la mayoría, perdía la calidad de vecino y era declarado indigno: nadie debía socorrerle aunque un extraño atentase á su vida; todos sus convecinos debían huir de él. Cuando estuviese enfermo, ni sus mismos parientes podían visitarle: lo único que se le otorgaba era un cura que le confesase, un tamiz en que cerner la harina que hubiese de amasar, y el fuego que por Fuero le era permitido sacar en la palma de la mano. Á excepción de estas tres cosas, todo lo demás debía negársele (2).

(1) Copiamos esta curiosa ley del Fuero general para dar al lector una idea del lenguaje y estilo de este famoso código.—Capítulo VII del título XIX, lib. III. «En quoal manera deve dar fuego un vezino á otro, et si non faz, que calonia ha. —En el reysmo del rey de Navarra logares ha qui no han leyna, et en logares pocos montes et poca leyna. Maguer que ha mengoa de leyna, los omnes han menester el fuego. Manda el fuero, que aquecill que avrá guisado, que tienga al menos III tizones al fuego, et si algun vezino veniere por fuego á su casa, deve venir con el tiesto de la oylla teniendo alguna poca de paia menuda, et deve leyssar el tiesto, si corral ha en la puerta del corral de fuera, et si corral no ha, en la puerta de la casa de fuera, et vaya á la foguera, et abive el fuego de los tres tizones, et deysse en manera que non muera en aqueill logar el fuego, et prenga de la cenisa en la palma de la mano, et ponga del fuego de suso, et saque ata el tiesto, et lieve á la su casa. Et si por aventura en esta manera non quisiere dar fuego el un vezino al otro, si fuere provada la querella, LX sueldos ha de calonia.»—Edición de Pamplona de 1869.

(2) «Si peleare con alguno de fuera ó lo mataren, ó lo plagaren, los vezinos nol aiudarán... devenli dar en la glesia un ome que li de paz; et devenli mostrar

La condición de la mujer en Navarra es digna de estudio, y el distinguido vascógrafo inglés antes citado no ha dejado de entrar en él aduciendo costumbres poco conocidas. Hay, según este escritor, vestigios en los Pirineos del estado primitivo en que el hijo no era reputado miembro de la familia si no mediaba en su favor el reconocimiento formal y expreso del padre. Otros hechos ocurren en la propia región que parecen indicar la existencia de un período en que estuvieron en práctica la exogamia, ó sea el rapto de las mujeres, los casamientos con mujeres de tribus extrañas, y la prohibición de casarse en la propia tribu. Otros hechos demuestran que la obligación de los deberes matrimoniales, impuestos á ambos sexos, no empezó á observarse sino muy tarde.—De la exogamia, ó sea de la ley según la cual el marido y la mujer no debían ser de la misma tribu, tenemos marcado el rastro en un hecho lingüístico muy curioso observado por el príncipe José Luciano Bonaparte en el valle del Roncal. Los roncaleses entre sí hablan castellano; con las roncalesas no hablan sino en vascuence, lengua de que siempre usan ellas para hablar unas con otras. Lo mismo se observa en Ochagavia, en el valle de Salazar, sin que este fenómeno se advierta en otras villas del mismo valle del Roncal, como Ustarroz é Isaba, donde los hombres entre sí usan indiferentemente del vascongado y del castellano. El hablar las mujeres diferente idioma que sus maridos (uso que se advierte en las tribus salvajes y principalmente en la Australia) es consecuencia de la costumbre de buscar las mujeres fuera del país natal (1).—Respecto de los deberes matrimoniales y de la fidelidad conyugal en Navarra, es

---

una casa ol den sedazo para cernir la farina que coma, et fuego quel saquen en la palma de la mano, como fuero manda.» Libro V, tít. XII, cap. II.

(1) Advierte el Rdo. Wentworth Webster, citando al Sr. D. G. de Azcárate, que en la provincia de León rige la costumbre contraria, es decir, la de no tolerar que un forastero tenga relaciones amorosas con una doncella del país, siendo en esto tan intransigentes los naturales de la tierra, que si el forastero desdeña semejante prohibición, los mozos del lugar le prenden, y no le sueltan hasta hacerle pagar el *priso*, que consiste en cierta cantidad de vino.—Opúsc. cit. p. 15 y 16.

muy de extrañar que la influencia del cristianismo apenas se hiciera sentir en tan importante materia ética durante la Edad media. Casi puede asegurarse que es en esa tierra cosa moderna el considerar esos deberes como obligatorios para ambos cónyuges. Documentos legales é irrecusables nos demuestran que la fidelidad conyugal no se reputaba de derecho estricto. El Fuero general prescribe que *todo omne casado que á su muyller tiene en el término de la villa, non debe iazer sino es con eylla* (1): de esta manera, comenta un erudito jurisconsulto arqueólogo (2), los reyes como Carlos el Noble no se hacían escrúpulo de aprovechar la ausencia de sus mujeres para tener en otras hijos cuyo nacimiento no reprobaba el Fuero (3).

La costumbre de tener una *barragana* ó concubina legal era muy frecuente en Navarra. Para el clero era una especie de matrimonio lícito: el testimonio de algunos viajeros observadores no nos permite ponerlo en duda (4), y el de nuestras antiguas cortes durante el siglo XV viene en apoyo de esta misma opinión (5). Avanza más el escritor Chaho, el cual supone que entre los vascones se habían redactado leyes mandando que cada cura tuviese su barragana para que, entretenido con ella, no atentase á la tranquilidad de las esposas y de las hijas de sus feligreses (6).—Es curioso observar cómo entre los vascones, gente tan religiosa y católica, pudo ser el matrimonio durante mucho tiempo un mero contrato civil. El Fuero, dice Lagrèze, no exige la presencia del párroco para la celebración del ma-

(1) Cap. III del tít. I, Lib. IV.

(2) LAGRÈZE, *La Navarre française.*

(3) Fuer. gen., Lib. II, tít. IV, cap. 22.

(4) *Viajes de extranjeros por España en el siglo XV*, por D. J. F. RIAÑO.—Describiendo el caballero León de Rosmital en 1465 las costumbres de los eclesiásticos vascos, dice: «Los clérigos en el campo tienen mujeres y han aprendido mal »de ellas.»

(5) Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla: *Introducción*, por D. MANUEL COLMEIRO, Parte I. *Cortes de D. Juan II*, p. 346. «Que los hijos que los »clérigos hubiesen en sus barraganas no heredasen los bienes de sus padres, etc.»

(6) CHAHO, *Voyage en Navarre*, p. 103.

trimonio, el cual puede ser válido sin ceremonia alguna religiosa (1): según el Fuero (añade), el matrimonio es un mero contrato, válido sin la bendición que prescribe el ritual romano (2). No estamos conformes con esta aseveración tan radical si con ella se quiere dar á entender que no había en Navarra más medio de contraer vínculo matrimonial que la estipulación civil. Hallamos en verdad en el Tit. I, Lib. IV del Fuero General una ley de interpretación dudosa, que es quizá el único fundamento de los dos vascólogos, el inglés y el francés, para consignar su afirmación rotunda de no ser el matrimonio sacramento según las antiguas leyes de Navarra. Es esa ley el capítulo VII, que trata de la pena en que incurren los infanzones y villanos casados cuando se separan de sus mujeres, y de lo que debe entenderse por casamiento. En ella se expresa que el obispo D. Pedro de París rogó al rey D. Sancho que no consintiese los divorcios á que estaban acostumbrados así los infanzones como los villanos, no pagando los primeros pena ninguna y satisfaciendo los segundos cierta multa en reses vacunas, porque los tales divorcios *eran á perdición de las almas;* que el rey le prometió tratar este asunto con sus ricos hombres y con los caballeros é infanzones de Pamplona, y habido consejo, dijéronle ellos que no dejarían su fuero; pero que si alguno oyese misa y tomase anillo de mano del capellán, se le reputara casado, y celebrado el acto según fuero de Iglesia; que lo que la Iglesia declarase casamiento, por casamiento se tuviera, pero reteniendo las fianzas y las arras según el fuero.

De esta ley de sentido tan oscuro, por efecto sin duda de la corrupción de las copias que se tuvieron á la vista al imprimir el Fuero general, colegimos nosotros que había antiguamente en Navarra dos modos de contraer matrimonio, el del fuero ordinario y común, reducido á un simple contrato civil con entrega de

(1) LAGRÈZE, *Navarre*, II, 50.
(2) Ibid. 168 y 181.

arras y prestación de fianzas, pero con derecho en el marido de repudiar á su mujer, como sucedía entre los judíos, y el instituído por la Iglesia como sacramento, al cual sólo accidentalmente alude el Fuero. El primer modo, que daba lugar á cuestiones y reyertas de poca moralidad, como la que sirvió de ocasión á que se dictara la ley mencionada (1), interviniendo con su prudente ruego al rey D. Sancho el sabio obispo de Pamplona D. Pedro de París, era en rigor uno de tantos odiosos privilegios concedidos de antiguo á la aristocracia navarra, lo que aparece claramente en el hecho de no pagar *calonia ninguna* el infanzón que repudiaba á su mujer: privilegio que sin duda se hizo extensivo á los villanos y pecheros, aunque con la condición de que el pechero que apartase de sí á su mujer pagase cierta pena. El segundo modo era el del matrimonio canónico, cuya existencia se sobreentendía, dado que ya se expresa en la referida ley que había quien se casaba asistiendo á la iglesia, oyendo la misa y recibiendo anillos de mano del capellán ó párroco, y puesto que otras leyes del antiguo Fuero de Sobrarbe llaman *hijos de bendición* á los que hoy llamamos *legítimos* y habidos de legítimo matrimonio, para diferenciar los de los nacidos de matrimonio no contraído *in facie ecclesiæ* (2).—Poca consideración en verdad se dispensaba á la madre y á la esposa, al alma de la

(1) Capít. VII, del tit. I, lib. IV, donde leemos: «*el rey don Sancho et el Obispo don Pedro de Paris seyendo ensemble, vinieron marido et muger por partir con lures creaturas: sobre esto rogó el Obispo don Pedro de Paris al rey que non sofriere en esta tierra tales casamientos (esto es, los de mero contrato ó avenencia), que eran á perdicion de las almas. El rey sobre esto puso dia de aver acuerdo con sus richos omnes, et con los cavaylleros et con los yfanzones en Pamplona, et avido el conseio dixieron, que lur fuero non desarian de todo; maguer si ninguno oiese misa ó prisiere sortieyllas por mano de capeyllan, otorgaron que fuese casamiento, et estos atales que fuesen á fuero de eglesia: si la glesia dixiere por casamiento, otorgaron que fuese casamiento, maguer reteniendo fermes et fiadores de arras, segun lur fuero.*

(2) Al matrimonio canónico llamaban en el siglo XIII matrimonio *según la ley de Roma*. En 1286, D.ª Estrella, mujer de D. Juan de Montán, se concierta con Pedro Periz de Ladrón en que le dará su hija Empiria por mujer *segunt la ley de Roma*, dentro de cinco años, con 300 libras de buenos torneses negros, y con dos pares de vestidos con sus *guarnimientos* y su buena cama cumplida, y la mitad de los gastos de la boda.—Arch. de Comp. Caj. 4, n. 53.

familia, con aquel primer modo de establecer la sociedad conyugal, que hacía retroceder á la mujer á la depresiva condición de *cosa renunciable* al estilo judáico. Cabalmente para abolir esta perniciosa costumbre fué instituído el matrimonio canónico como vínculo indisoluble; y observa un sabio jurisconsulto inglés (1), que acaso para afirmar la unión del hombre y de la mujer y concluir con esos pactos inmorales sin sanción religiosa que daban lugar á los repudios, estableció sabiamente la Iglesia el recuerdo de las solemnidades religiosas de la antigua *confarreación* en la ceremonia que aún se observa en San Juan de Luz, según la cual los desposados, durante la misa de velación, cubiertos con un largo velo, se pasan de mano á mano un pan: sustitución evidente de la torta de farro que comían los desposados en Roma.—El marido, según la ley foral, estaba dispensado de guardar fidelidad, y la mujer era severamente castigada si faltaba á ella.—Pero por una de esas infinitas anomalías y contradicciones que se observan en las leyes y costumbres de todos los pueblos atrasados, al paso que la mujer era tratada sin el menor miramiento en las relaciones interiores de familia, dado que el padre podía casar á la hija á su antojo después de dos repulsas, y darla á prueba de doncellez, y el eclesiástico que tenía barragana podía entregarla, juntamente con el fruto de sus amores sacrílegos, al vituperio de la posteridad; en ciertos actos públicos se la tributaba verdadero culto. Así, por ejemplo, si alguno hería á otro delante de la reina, de modo que en la cámara de ésta quedase mancha de sangre, estaba obligado á repararla á su costa y dejarla en su primer estado; y si el desacato hubiese sido cometido en presencia de dama noble, hija de caballero, debía pedir á ésta perdón, acompañado de doce hombres iguales á él en condición, y todos ellos besar á la dama el pié (2).

---

(1) Citado por el Rvdo. Wentworth Webster en su opúsculo *Quelques notes archéologiques*, etc. p. 22.

(2) Fuero general. Lib. V, tit. I, cap.° II y III.

Gran contraste forma con este respeto á la dama el menosprecio á que el mismo Fuero general entrega á la mujer soltera constituída bajo la patria potestad. Tiene, verbigracia, un infanzón una hija á quien se propone casar con otro infanzón, recibiendo precio por ella; reúnese con dos ó tres parientes, y todos juntos, dicen á la joven: *casar te queremos con fulano, que es conveniente para ti.* La hija puede desechar este novio, y aun otro más; pero tiene que recibir por fuerza el tercero que su padre y parientes le proponen. Si este tercer novio dice: *de grado me casaría con ella si no tuviese mala fama,* y el padre y los parientes niegan que esta mala fama sea ciérta, se procede según fuero á lo siguiente: el padre presta fianza de que si la mala fama resulta cierta, consentirá en que el novio no se case con su hija, y entonces el mismo padre, el novio y los parientes buscan tres ó cinco dueñas de probidad, toman á la muchacha, la bañan, la ponen guantes y la atan las muñecas de manera que no pueda soltarse: preparan la cama, la registran el cabello por si ha escondido en él aguja ó instrumento pinchante con que pueda hacerse sangre, y en semejante disposición se la entregan al aspirante á su mano. Cuando él se retira, las dueñas observan el lecho, y según la declaración de éstas, ó el novio la recibe por esposa, ó queda la infeliz abandonada y desheredada (1).—No es fácil encontrar una costumbre más bárbara é inmoral.—Pues veamos ahora otra curiosa mezcla de bueno y malo en un mismo individuo. D. Miguel Doylleta, piadoso capellán de la parroquia de San Lorenzo de Pamplona en el primer tercio del siglo xv, se propone ir en peregrinación á Santiago de Galicia, y antes de emprender su romería, como cristiano cuerdo y previsor, por si falleciere en ella, resuelve hacer su testamento, y dispone: *que si muriese en el viaje que entendia hacer, trajesen su cuerpo sus compañeros ó cabezaleros á enterrar á la Iglesia de San Lorenzo*

(1) Fuero general. Lib. IV, tit. I, cap. 2.°

en la sepultura de D. Sancho Paniagua, entendiéndose si mu riere allende Estella ó en este lugar; y después de referir las deudas que tenía á su favor y contra sí, manda se le cante una capellanía á su favor *anual en todo un año, con su oblada, orios* (sic) *y una sola candela, comenzando el dia que se haria el entierro, y que el capellan fuese tenido de bendecir la fuesa donde su cuerpo fuese enterrado, cada dia en el dicho año; y que sea puesta una capellanía por la ánima de María Duaso en la dicha Iglesia, y que den á comer en los nueve dias á cinco pobres, y á otros cinco en todos los viernes del año, y que en estos el capellan que cantará la capellanía diga la Pasion de Jesu Christo en la misa que dirá durante el año; y manda á la Cofradía de los faseros* (sic) *porque le pongan en oracion perpetua, beinte sueldos, y otros beinte á la Cofradía de los Lavradores. Item deja á Millico su servidora, por tal que se case, en recompensacion de pecado, quarenta Libras, y si por ventura eylla ficiese otra mal vertaz* (sic) *antes que se case, que non li sea dado rent, y si fuere Preyna, que le den la provision de aquel año, tres cayces de trigo y tres cargas de vino mosto* (1). Hace otras mandas y nombra sus cabezaleros, y otorga este singular testamento en Pamplona á 16 de Noviembre de 1423.

El clero navarro en el siglo XV era como el del resto de la Península: había en él por lo general una crasa ignorancia. Finalizaba aquella centuria, y todavía se quejaba el cardenal Ximénez de Cisneros de que apenas hubiese ministros del altar que entendiesen el latín: motivo principal que le determinó á fundar los Estudios de Alcalá de Henares. De la ignorancia es compañera inseparable la grosería de las costumbres, y no son de extrañar por lo tanto las que afeaban el cuadro general del estado eclesiástico de Navarra en aquel tiempo, tan distinto del de hoy en este punto. Curas había que se presentaban á decir misa sin calzas, con las piernas desnudas; y por duro que se

(1) Arch. de Comp. Caj. 104, n. 21. Ms. de la Acad. de la Hist.

haga el creerlo, es éste un hecho comprobado en un curiosísimo documento, que tiene conexión con una de las obras de escultura más insignes que guarda la catedral de Tudela. En el testamento que otorgó el caballero D. Frances ó D. Francisco de Villaespesa, Doctor en Derechos y Canciller de Navarra (el cual tiene, juntamente con su mujer, un precioso enterramiento en una capilla de la referida catedral, que á su tiempo describiremos), se lee lo siguiente, después de ordenar que su cuerpo sea soterrado en la Iglesia de Santa María de Tudela, en la capilla de San Gil cerca de la gran Puerta de dicha iglesia, y que en su sepultura no se entierre *otro que D.ª Isabel de Uxué su mujer*, y de instituir una capellanía perpetua cantada, «*que el capellan que habrá de cantar la dicha capellania sea á tal que onestamente viba y que no sea público concubinario*, *et onestamente sea vestido*, *et especialment que en manera alguna allí non celebre sin calzas, car desonesta cosa es el capeillan tenendo las cambas* (las piernas) *desnudas et espuilladas*, *ante el altar celebrando haya de parescer á los que serán presentes oyent su misa; y si el contrario ficiese*, *el tal capellan que celebrare sin calzas, pierda tanto por cada vegada quanto á eill competría en aquel día*, etc.» Este interesante documento aparece firmado en Olite y lleva la fecha de 12 de Enero de 1421 (1).—De seguro se ruborizará hoy el pulcro y morigerado clero de Navarra al ver este retrato de algunos curas del siglo XV. Nuestra pintura ha resultado harto realista en verdad, pero nos complacemos en tributar aquí el homenaje de nuestra consideración y respeto á los actuales, que son el reverso de la medalla de aquellos.

De costumbres bárbaras que pasaron á ser leyes, y de leyes bárbaras de que se originaron feroces costumbres, podríamos citar muchas: nos contentaremos con señalar algunas.—Terrible era la condición del pechero ó villano, llamado también rústico, mezquino y collazo. Eran estos villanos una clase media

(1) Arch. de Comp. Caj. 119, n. 17. Ms. de la Acad. de la Hist.

entre el esclavo y el hombre libre, y tan numerosa, que apenas había pueblo en Navarra donde no existiesen. En algunos, la totalidad de sus habitantes eran villanos, porque sólo ellos cultivaban la tierra, y las servidumbres personales á que estaban sometidos bien daban á entender que procedían de la esclavitud antigua. En algunos casos eran tenidos en menos aprecio que los judíos, como se ve en el Fuero de Nájera que señalaba la pena de 100 sueldos por la muerte de un villano, y 250 por la de un judío. El hijo de labrador *encartado* (1) que quería ordenarse, tenía que obtener primero el beneplácito de su señor, dando éste fiador infanzón de que no reclamaría nunca sus derechos sobre la persona del villano ordenado. Era, pues, todo villano *cuerpo mueble*, y bajo este concepto, como un esclavo. Pero donde se ve esta miserable condición más patente es en los casos de defunción de los tales villanos. *La seynal es el seynor solariego*, dice la ley (2), esto es, el señor puesto por el rey y el dueño de la tierra, *han palavras ensenble, assi diziendo el seynor solariego: muerto es nuestro villano solariego, et partamos sus creaturas. En esta manera se faze esta particion. La mayor creatura deve aver la seynal, la otra creatura el seynor solariego, et si una fuere de más, partan por medio la creatura; la seynal prenga de la pierna destra, et el seynor solariego de la siniestra, et partan por medio todo el cuerpo con la cabeza... Sabida cosa es et cognoscida, que todo villano solariego es, la diestra part del cuerpo del seynal, et la seiniestra part del solariego.* —Con toda la serenidad del que recuerda un axioma, recuerda la ley que medio villano pertenece corporalmente al gobernador

(1) Llamábase *encartado* al villano que mediante pacto ó escritura, ó carta, se había obligado á cultivar la heredad de un señor, por sí y su descendencia, bajo un canon ó *pecha* fija, obligándose á su vez el señor directo de la heredad á no exigir otra cosa.

(2) Fuer. gral. Lib. II, tit. IV, cap. XVII. La *seynal* ó señal era la bandera del rey; otras veces sus armas, puestas en los pueblos realengos para distinguirlos de los de mero señorío; y otras veces la *seynal* es, como aquí, el rico-hombre ó el caballero que tiene el gobierno de un pueblo en nombre del rey.

puesto por el rey, y el otro medio al señor de la tierra que el infeliz cultiva! Ahora bien, y aquí entra el instinto del legislador bárbaro, cuyo buen sentido triunfa del atraso de su época: si alguno de los partidores dijere: *darvos he ferme* (es decir, fiador) *del cuerpo, non se debe partir.* Y esto vendría á hacerse siempre, porque por bárbara que fuera aquella época, el propio interés había de aconsejar á los dos dueños del sér humano que iba á partirse como un cerdo ó un cabrito, que se le dejase vivo, dado que el medio cadáver que á cada uno correspondía, aun más para ellos que un estorbo, había de ser forzosamente una horrorosa y nefanda presa, origen quizá de pesadumbres. El medio imaginado de quedarse con el villano entero el que afianzara pagar el valor de la mitad perteneciente al co-partícipe, era un expediente humano, sugerido acaso por el progreso de una incipiente cultura.

Son muy originales las penas que se aplicaban en algunas poblaciones á los que hurtaban ya una res, ya un gato, ya una burra. El gato era muy estimado, y es de notar la coincidencia entre el Fuero de Navarra y las antiguas leyes del país de Gales en cuanto al castigo del delito perpetrado en este animal. Según estas antiguas leyes (1), el que mataba á un gato debía dar á su dueño tanto trigo como fuese menester para cubrir al animal muerto suspendido por el rabo á un palo, tocando el hocico en tierra. Según el Fuero general de Navarra (2), si alguno hurta un gato, se le castiga del modo siguiente: el dueño del gato coge un cordel con el cual le ata por el pescuezo, híncase en tierra una estaca, buscando un lugar llano que tenga nueve palmos de circunferencia; sujétase el gato á la estaca por medio de la cuerda, de manera que entre el gato y el palo haya un palmo de distancia, y hecho esto, el que hurtó el gato va echando puñados de mijo sobre el animal, hasta cubrirle ente-

(1) RDO. WENTWORTH-WEBSTER, opús. cit., p. 21.
(2) Lib. V, tit. VII, c. XX.—Qué enmienda debe fazer qui furta gato.

ramente. Este mijo es la pena que paga el hurtador al dueño del gato. Si es pobre y no puede pagar con el mijo, desgraciado de él! porque le desnudan de medio cuerpo arriba, le atan el gato al cuello de modo que le quede colgando á la espalda, los sayones le obligan á correr en esta disposición fustigando al ladrón y al gato, y éste, al sentirse herido, se agarra con las uñas y los dientes á las carnes del ladrón, y se las destroza (1).—Al que hurta carnero que trae cencerro ó campanilla entre ovejas, si se le prueba su hurto con hombres buenos, hácesele meter en la campanilla del carnero robado los dedos de la mano derecha, cuanto puedan entrar en ella, y el juez se los manda cortar por aquella medida (2); á menos que el reo prefiera que, lleno el cencerro de excremento de hombre, se lo vacien en la boca.

Grande debía ser la relajación en el respeto á la propiedad cuando tan severamente se castigaban el robo y el hurto. Los salteadores de caminos podían ser condenados á muerte por el primer robo, según la gravedad y circunstancias del delito, y también por sólo intentarle, siempre que los agresores llevasen armas, de modo que resultase evidente el propósito de robar. Por el tercer hurto en poblado, sin allanamiento ni fractura, se imponía pena capital; pero si el hurto excedía de 600 ducados, también se imponía por el primero. La falsificación de documentos que producían falsas reclamaciones ó pagos, se castigaba como hurto: en 1342 fué ahorcado en Pamplona el judío Azac por haber falsificado una carta de pago.—Por hurto de una burra, y por habérseles sin duda probado que era el tercero que

(1) *Devenli fer correr los sayones feriendo al ladron et al gato, et el gato rónpal bien las cuestas al ladron con las uinnas et con los dientes; et esto fecho sea quito el ladron.*

(2) *El baylle de Seynor de la tierra deve fer tayllar tanto quoanto entridieren en la canpaneta dentro los dedos; et encara puede iurgar en otra manera, que fagan inplir la campaneta de m... de ombre que sea rasa, et faga implir en la boca al ladron daqueylla m...* Fuer. gral. Lib. V, tít. VII, c. XVI.—Qué pena ha qui furta carnero qui traye cencerro.

habían cometido, fueron ahorcados en 1333 Rismado y Yento, judíos de Tudela, costando la ejecución diez y siete sueldos y seis dineros. En este lance hubo un hecho horroroso: una judía, llamada la Pechera, cómplice en el hurto, fué enterrada viva, costando el enterrarla cinco sueldos y nueve dineros; y el judío Pientas fué ahorcado por haber sustraído de la horça los cadáveres de Rismado y Yento. En este hecho del bárbaro y extraordinario suplicio aplicado á la Pechera, el cual no estaba impuesto en ley alguna, resalta el odio con que miró siempre el navarro á la raza hebrea: aspecto que en el estudio de sus antiguas costumbres no debe ser desatendido.—Por un tercer hurto fué también ahorcado en el mismo año 1333, reinando Don Felipe el Noble, el moro Cáez que había robado un cabezal y una cubierta.—Estas ejecuciones y la sustanciación de las causas eran muy rápidas: el moro Cáez sólo estuvo preso nueve días; el cristiano García Pérez del Peinar, preso por hurto de una oveja, y que al intentar escaparse estuvo á punto de matar al bayle de Monteagudo, fué ahogado en el río, y sólo estuvo en prisión diez días. Su manutención y el salario del que le arrojó al agua ascendieron á seis sueldos y nueve dineros (1).

También el perjurio debía de ser moneda muy corriente, á juzgar por los graves castigos con que se propusieron reprimir el falso testimonio los legisladores. El rey D. Felipe en su famoso *amejoramiento* (2) manda que los testigos falsos en causa criminal sean ahorcados; antes de él, se les cortaban las orejas, y esta pena fué la que sufrió un cierto Pedro Rodríguez en 1323, reinando D. Carlos el Calvo, por falso testimonio en el hurto de unas ovejas. En causa civil, al testigo falso se le cortaba la lengua, y los infanzones que en causa de hidalguía juraban en

(1) MARICHALAR y MANRIQUE, *Hist. de la legislación*, etc. *Navarra: fueros generales*, cap. 3.°

(2) Lleva este nombre el fuero nuevo con que completó el rey D. Felipe III, apellidado el Noble, el Fuero antiguo ó de hijos-dalgo que había reformado Don Teobaldo I. El *amejoramiento* va publicado á continuación del *Fuero general* en la edición de Pamplona de 1869.

falso, además de sufrir aquella pena, quedaban reducidos á villanos pecheros del rey, ellos y toda su generación, y pechaban el collazo (1). El acusador de falsedad que no probaba el delito, sufría la misma pena que debía sufrir el acusado si se le probase (2).

La pena contra el deudor que decía hallarse enfermo era de una inaudita barbarie, y cuando las leyes aparecen inspiradas en pasiones bárbaras debe suponerse que las costumbres son depravadas. El fiador de un deudor enfermo, no sufría embargo de bienes hasta que el deudor sanase: entonces el acreedor tenía derecho á que se nombrasen tres ó cinco personas inteligentes, que pasando á casa del enfermo, hiciesen un lecho de paja y le colocasen en él, hecho lo cual, se prendía fuego al lecho, y si el enfermo saltaba afuera, se le declaraba sano, y si no, los testigos clasificaban la enfermedad (3).—En el siglo XV, todavía duraba la costumbre de embargar los cadáveres por deudas, siempre que se hiciese fuera de la casa mortuoria y de la iglesia. En 1401, un Miguel Arnal de Ruiperis embargó el cuerpo muerto de Luís de Undiano, vecino de Pamplona, impidiendo que se le diese sepultura mientras no le pagasen 76 florines que el difunto le debía. Enterado el rey del caso, mandó inhumar el cadáver: entonces el acreedor demandó al rey por la deuda, y éste dispuso que para su pago se vendiesen los bienes del difunto (4).—Este punto se relaciona con otros usos muy

(1) Heredad por la cual se pagaba pecho al señor directo.

(2) MARICHALAR y MANRIQUE, Ibid.

(3) ID., Ibid.

(4) ID. Ibid.—La ley del Fuero general que autoriza este procedimiento dice así: «Fianza que ha á peytar por omne muerto, deve empararlo del muerto por la dobla si peytó, *et si non lo ha, puede prender el cuerpo fuera de casa ó de glesia, é tener el cuerpo peyndrado, que no entre de ius tierra*, etc.» Lib. III, tít. XVII, c. VII.

Es muy de notar que esta costumbre de tener al difunto insepulto á la puerta de la iglesia hasta que fueran pagadas sus deudas, viene consignada en muchos cuentos del país vasco francés, y en otros muchos del país gaélico según juiciosamente observa el Rdo. Wentworth-Webster en su interesantísimo libro *Basque Legends* (Londres, Griffith and Farran, 1879).—Esta singular coincidencia tiene su explicación para el erudito autor: Parece indudable (dice en la nota de la página 146) que los vascos han tomado los cuentos en que figura esta costumbre, de

particulares que se observaron entre los vascones españoles y franceses en materia de entierros y sepulturas. Consérvase aún en algunos lugares de la Navarra francesa la primitiva costumbre de llevar el cadáver al cementerio en féretro descubierto y de enterrarle con el traje mismo que usó en vida. Más frecuente es todavía la de encender hogueras en una plaza próxima á la casa mortuoria y que todo el que pase por ella rece un *padre nuestro* por el alma del difunto.—Cuando se enterraba á algún caballero, su corcel y sus armas se ofrecían al preste que había celebrado sus sufragios (1); en lo cual ven algunos una especie de transición del antiguo uso bárbaro de enterrar con el guerrero su caballo y sus armas, al moderno uso de llevar en el cortejo fúnebre del soldado su caballo de batalla y su espada (2). Pero debemos advertir que la costumbre de enterrar con el cadáver del guerrero su caballo y los objetos característicos de su profesión militar ó de su elevada clase, ó de sus particulares aficiones, como la caza por ejemplo, fué aún más general en algunos pueblos del norte. Cierta antigua saga nos conserva una curiosa descripción de los funerales del rey Haraldo Hildetand de Suecia, en la cual se refiere que al día siguiente de la batalla de Bravalla, el rey Sigurd Ring mandó buscar el cuerpo de Haraldo, que se le limpiase bien haciendo desaparecer la sangre que le manchaba, y que se vistiese al difunto según la antigua costumbre. Hízole colocar en el carro que usaba en los combates; mandó luego construir para él un gran túmulo, al cual llevó al rey muerto en su carro y con su caballo de batalla. Inmolado el caballo, el rey Sigurd tomó la silla de montar que él

---

las tradiciones célticas en la época en que ocuparon las Hébridas. Pase esto como génesis de los entretenidos cuentos de *Ezkabi*, de *Juan Dekos*, de *Juan de Kalais*, del *Mirlo blanco*, etc.; pero no puede suponerse que la costumbre consignada en el Fuero general viniese también á la Vasconia de pueblos tan salvajes é insignificantes como los celtas de las Hébridas.

(1) Son numerosos los documentos del Arch. de Comp. que consignan pagos hechos por caballos ofrecidos en los entierros y funerales de los reyes y príncipes. No los señalamos porque resultaría interminable nuestra lista.

(2) Rdo. Wentworth-Webster, *Quelques notes archéologiques*, p. 19.

había usado, diósela al rey Haraldo, y dirigiéndose á su cadáver, le rogó que hiciese lo que fuera más de su agrado, trasladándose al Valhall (paraíso de los escandinavos) bien á caballo ó bien en carro. Antes de cerrar el túmulo, el rey Sigurd amonestó á todos los personajes y guerreros reunidos para la fúnebre ceremonia, á que depositasen en él anillos y armas en honor del rey Haraldo Hildetand (1).—Aun cuando la narración de esta saga no pueda ser considerada como enteramente auténtica en todos sus pormenores, su interés en el fondo es el mismo para el conocimiento del uso de enterrar á los héroes escandinavos con su arnés de guerra y sus caballos, sobre todo si se considera que esta práctica resulta confirmada por los descubrimientos de varios túmulos en cuyo interior se han encontrado guerreros completamente armados, restos de caballos, bridas, estribos, arneses y carros, en las comarcas de Ultuna, Tune y otras de Sudermania, del Bohuslän y de la Jutlandia.

Costumbre era también en Navarra, y en todo el país vasco, llevar plañideras de profesión á los entierros (2), según se practica en casi todo el Oriente. No recordamos en verdad que pueda citarse de la subsistencia de esta ridícula costumbre una prueba más reciente que la que cita el escritor inglés á quien ya en otras ocasiones acabamos de referirnos: «Conocidas son (dice) las *aurots* del valle de Aspe (3); pero yo mismo he hablado con

(1) OSCAR MONTELIUS, *La Suède préhistorique*, traducción de J. H. KRAMER, *Seconde livraison*, Stockholm. P. A. Norstedt & Söner, p. 164. Debemos á la galantería del Sr. Montelius un ejemplar de esta interesante publicación, en la cual el sabio arqueólogo sueco expone con la mayor claridad las costumbres, usos y artes de los antiguos escandinavos, deducidos de los curiosísimos monumentos últimamente descubiertos en aquellas regiones.

(2) *Corografía de Guipúzcoa* por el R. P. Manuel de Larramendi, Barcelona, 1882. «También fué muy común el oficio ridículo de las plañideras, que se alquilaban y pagaban para que fuesen llorando y lamentándose á gritos detrás del difunto.»—p. 191.—No sólo en el país vasco, sino en toda España, podemos hallar vestigios de esta costumbre oriental y antiquísima. En cuanto á la Edad-media, son muchos los sepulcros del XIII al XV que dan testimonio de su observancia en Castilla.

(3) Las mencionan el autor de las *Poésies Béarnaises*, Rivavès (Frédéric) en

personas que han alcanzado á la famosa Marie Blanc, la última de las plañideras de este país, y que me han repetido cantos suyos todavía inéditos.» Para terminar esta reseña de las prácticas que tenían por objeto solemnizar el fin y término de la peregrinación del hombre en la tierra, recordaremos los convites funerales, y una costumbre curiosa é inexplicable consignada en la legislación de Navarra.—Eran grandes los gastos en que se empeñaban las casas cuando ocurrían en ellas defunciones, como sucedía antiguamente en Escocia, según el testimonio del gran novelista Walter Scott: sobre todo si era el cabeza de familia el que moría. Con el pretexto de llorar al muerto, se reunían los parientes y amigos en la casa mortuoria, donde se celebraban banquetes fúnebres que se prolongaban indefinidamente, y en que se desustanciaba la herencia con perjuicio de las familias y del Estado. Á estos banquetes acompañaban costosas dádivas y ofrendas. En los entierros de los caballeros se ofrecían caballos, armas, joyas. El rey Carlos II, llamado el Malo, mandó pagar en 1372 treinta libras al P. Guardián de San Francisco de Pamplona *por el caballo, armas y joyas que fueron ofrecidas en la misa que se dijo cuando mosen Seguin de Badastol fué sepelido en el dicho monasterio* (1). Para el rey no era gravosa esta costumbre, porque cuando carecía de fondos, tenía recursos hartos de donde sacarlos, mas sus súbditos se arruinaban á veces con los tales *enterrorios* (2), y considerando ese mismo monarca sus muchos inconvenientes, había mandado que no se hiciesen gastos de comidas en semejantes ocasiones. En 1376 fué en su consecuencia multada por el tribunal del rey una hija de cierta dama llamada D.ª María Zubiel, por haber dado de comer en el entierro de D. Pedro Jiméniz Abad de Erize (3).

---

sus *Chansons et airs populaires du Béarn*, y Pierquier de Gembloux en su *Histoire littéraire des Patois*.

(1) YANGUAS, *Dicc.º de antig.* art. ENTIERROS, donde cita el documento: Archivo de Comp. Caj. 27, n. 55.

(2) Este nombre se da á los entierros en los documentos de la época.

(3) Arch. de Comp. Caj. 32, n. 49. Cit. por Yanguas, art. referido.

Á pesar de la prohibición y de los castigos impuestos á los contraventores, el abuso continuaba: y en 1383, año en que una terrible peste diezma la población del país, dice severo el rey: «Como nos antes de agora, por el provecho comun del Pueblo »de nuestro Regno obiésemos ordenado mandado et defendido, »especialmente en este ayno de ochenta y tres, por causa de la »mortaldad que benia, que ningunos del dicto nuestro Regno »non fuesen tan osados de facer grandes comeres nin convi»vios sobre et por causa de los muertos et Enterrorios, ca se »segueria grant dayno et destruimiento á los Herederos et en»cara á Nos en nuestras pechas et rentas, et si lo facian que »pagasen de pena et calumnia cada persona diez libras, segund »en la dicta ordenanza nuestra, mandamiento et defendimiento »es contenido et fue pregonado de nuestro mandamiento publi»cament por villas et mercados de nuestro Regno, á fin de que »ninguno ignorancia non podiese alegar; segund he sido infor»mado, muchos menospreciando la dicta ordenanza han hecho »grandes comeres é combites, por lo quoal han incurrido en las »dictas penas et calupnias;» y manda en su consecuencia á Sancho de Mayer, á quien en esta cédula se dirige, que se certifique de los contraventores y les haga *emparar et costrenir por porteros* á pagar dichas penas, con ejecución y venta de sus bienes; y que respecto de los que no pudiesen pagar sin gran daño y ruina de sus haciendas, se componga con ellos, exigiéndoles las multas á proporción de sus bienes (1).—La costumbre singular á que antes he aludido, consiste en que si un moribundo dejaba á elección de los parientes el sitio de su entierro, y estos nada disponían, y los vecinos del difunto mandaban abrir la sepultura, y después acudían los parientes y resolvían enterrarlo en otra parte, podían hacerlo, siempre que llenasen

(1) Archivo de Comptos, caj. 47, n.° 99. Ms. de la Acad. de la Hist. Esta cédula, dada en Tafalla, lleva la fecha de 26 de Diciembre de 1383.—En el Ms. de donde la tomamos solo está copiada literalmente la parte que reproducimos entre comillas, lo demás es mero extracto.

de trigo la primera sepultura, cubriéndola con una losa como si estuviese dentro el cadáver (1). Ofrece interés la ley del Fuero general que así lo dispone, la cual dice: «Si muere un pobre, á cualquier hora que sea, entiérrenlo; si es un hombre rico ó emparentado el que muere, háganle vela durante la noche. Deben hacer la vela el dueño ó la dueña de la casa, y si no lo hicieren hallándose en buena salud, pagarán multa. Al alba, podrán los varones sacar al campo el ganado y se quedará la dueña (*echandra*) velando el cadáver. En saliendo el sol, irá el alguacil (*mayoral*) á la iglesia y tocará tres veces las campanas, y de cada casa acudirá un vecino para abrir la sepultura, y los que no concurran, mandarán otros en su lugar, á fin de que haya gente que la guarde y no causen en ella daño los transeúntes ni los ganados. Si algún daño ocurriese, los vecinos que abrieron la huesa deberán repararlo; y si por ventura llegase á pasar por la villa donde está hecha la huesa cualquier rico-hombre ó mesnadero, ó prestamero ó merino que tenga el señorío ó gobierno de la misma, y no encontrase en ella quien le diga: guardaos no recibáis daño; aun no recibiéndolo, deberá pagar sesenta sueldos de multa (2). Y si muere algún vecino diciendo: si mis parientes me quieren enterrar aquí, bien está, y sino llévenme

(1) Maricuhalar y Manrique, obr. cit. *Navarra*, Sección II. *Fueros generales*. Edición de 1862, t. 4.° p. 325. Paréceme que estos doctos escritores no han comprendido bien el sentido de la ley, que es, aunque no la señalan, la del libro III, título XXI, cap. I: porque la han resumido en estos términos: «si un moribundo »dejaba á elección de los parientes el sitio de su entierro, y estos después de »abierta la sepultura, dispusiesen enterrarlo en otra parte, podían hacerlo siem»pre que llenasen de trigo la primera sepultura, etc.» Aquí parece como que se trata del caso en que los parientes del muerto, después de haber mandado abrir su huesa en una parte, mudan de parecer y resuelven enterrarlo en otro lugar. No es esto lo que dice la ley: trátase de que los vecinos del difunto, por tardanza de los parientes, mandaron darle sepultura en un sitio, y vienen luégo dichos parientes y quieren enterrarlo en otra parte.

(2) No comprendo el sentido de esta cláusula: su contexto literal es el siguiente, que transcribo por si alguien, más avisado que yo, quiere explicar su verdadero significado: *Et si por aventura en esta villa o la fuessa es feyta, passare richombre ó mesnadero, ó prestamero, ó merino que tienga la villa por honor, et non fayllare qui diga, agoardátvos que non prengades dayno, non prendiendo dayno et todo, deve peytar LX sueldos de calonia en esta villa sobre scripta.*

á donde quisieren; y retardándose los parientes, dicen los vecinos: hagamos la huesa; y viniendo luégo los parientes, dicen: queremos llevarnos á nuestro deudo; manda el fuero que si la huesa destinada á recibir el cadáver estaba ya abierta, la llenen de trigo y la cubran con losa como si estuviese allí el cuerpo enterrado, y hecho esto, llévense el pariente muerto adonde se les antoje».—No acierto á explicarme la razón de tan singular costumbre; acaso el pueblo vasco, de suyo propenso á cierto idealismo místico, se figuraba que por haber sido destinada aquella tierra á recibir un cuerpo en que había de verificarse algún día la admirable renovación anunciada al hombre, era menester que se consumase en ella, tomado como alegoría ó emblema de la resurrección de la carne, el renacimiento del grano después de su putrefacción dentro de aquella huesa. Algún incrédulo de esos que nunca se despojan del guiño epigramático, pensará tal vez que semejante ley habrá sido sugerida al legislador navarro por un clero interesado y de groseros instintos, para aprovechar el ejemplo de los sacerdotes del paganismo, que se comían las tortas y los demás manjares depositados por los devotos oferentes en las aras de sus dioses.





CAPÍTULO VI

Religión panteísta de los vascones.—Divinidades éuskaras: cipos y aras.—Supersticiones.—Agüeros.—Brujas.—Grachina.—El Duende de Muez.

Concíbese aunque con dificultad, que se viva sin religión alguna, esto es, sin una noción de la vida futura bastante determinada para estimular al hombre á reconocer un poder supremo é impetrar su favor en los conflictos de la vida por medio de oraciones y sacrificios; lo que no se comprende es que haya un pueblo celoso de que se tributen honores y culto á los difuntos, no teniendo religión. Hemos visto á los vascones, en algunas de sus costumbres de carácter prehistórico, tributar obsequios á los muertos, y estos hechos despiertan naturalmente el deseo de investigar qué religión profesaban.

Sospecha M. Vinson que los vascones, antes de anunciarse al mundo la ley de Cristo, y hasta la época tardía de abrazar ellos el cristianismo, no profesaron religión alguna. Temeraria nos parece esta proposición del docto filólogo y etnologista, dado que podemos hoy señalar con toda distinción las pequeñas regiones topográficas, los valles, las montañas, las poblaciones de la región pirenáica donde bajo el influjo de las costumbres romanas, la doncella, el mancebo, el anciano, acudieron con sus víctimas y sus guirnaldas de flores á depositar ofrendas en las aras de las divinidades éuskaras. Para los iberistas el problema está resuelto, porque partiendo del principio de que los vascos eran iberos, todos los monumentos relativos á divinidades ibéricas son para ellos descubrimientos que enriquecen el panteón éuskaro. Según este sistema, la etnografía, la lingüística y la epigrafía nos han suministrado ya datos abundantes para deducir como consecuencia que el dilatado istmo que separa el Mediterráneo del Atlántico estuvo antiguamente ocupado por gentes de una misma raza—iberos todos,—cuyos caracteres étnicos han venido alterándose en las diferentes comarcas de este territorio á causa de las invasiones y de los sucesivos cruzamientos. Aún va más allá la etnología moderna, y por algunos de sus más autorizados órganos declara que desde el Ebro hasta el Garona todos eran iberos. Otros de sus profesores, no menos sabios y autorizados, proclaman, por el contrario, que hay que eliminar á los éuskaros como extraños á la gran familia ibérica que antes de las incursiones célticas habían ocupado y hecho florecer toda nuestra Península; y claro es que para los arqueólogos que siguen á estos últimos, no son monumentos éuskaros los monumentos epigráficos y escultóricos de los iberos, ni divinidades éuskaras las divinidades cuyos nombres leemos hoy esculpidos en estas elocuentes piedras recién descubiertas en la región pirenáica (1).—Pero es el caso que entre la falange, ya nume-

(1) Un curiosísimo trabajo de nomenclatura y distribución geográfica de las

rosa, de númenes ibéricos que la moderna arqueología ha sacado á luz, hay divinidades éuskaras indubitadas, las cuales nos dejan ya entrever qué aras erigían en su culto panteísta los montañeses habitadores de las vertientes septentrional y meridional de la gran cordillera al soberano autor del universo, el cual, velado por las nieblas del gentilismo, se representaba á sus ojos de multiforme manera en los fenómenos de la naturaleza, perdida su imponente unidad.

«Los ibero-aquitanos, dice M. Sacaze, tenían sus dioses propios, esencialmente distintos de las divinidades célticas y romanas, y esto es lo más característico de la epigrafía religiosa de los Pirineos: lo que da á las inscripciones de esta región su verdadero interés en orden á los orígenes de sus habitantes. Con los dioses de los latinos andan mezclados no pocos dioses extraños; pero estas importaciones debieron de verificarse sin colisión, y acaso sin protesta, porque los romanos, como hábiles políticos, adoptaron nuestros mitos para que nosotros recibiéramos los suyos. Nuestros progenitores iberos de aquende y allende el Pirineo no se curaban de esa amalgama de divinidades y de doctrinas que había de producir un sincretismo religioso complicado: su fe viva y sincera no excluía la tolerancia. Sus creencias en lo esencial no se alteraban, y cualesquiera que fuesen los nombres de las divinidades locales ó extrañas inscritos en las aras votivas, siempre sus homenajes iban encaminados á la naturaleza: adoraban las fuentes, los árboles, los bosques, las montañas, el fuego, las rocas, etc. Ni aun en nuestros días vemos desarraigadas aquellas antiguas su-

---

divinidades que adoraban los habitantes de la tercera Aquitania, fué comenzado por el general Creuly, continuado y mejorado por M. Edw. Barry, profesor de la Facultad de Letras de Tolosa, y M. E. Roschack, inspector de antigüedades del Garona superior; luégo por M. Ernest Desjardins, del Instituto de Francia, y por M. Luchaire, catedrático de la Facultad de Letras de París; y últimamente por M. Julien Sacaze, presidente de la Sociedad de Estudios de Comminges, que acaba de dar á luz el interesante opúsculo que lleva por título *Les anciens dieux des Pyrénées*. (St. Gaudens, 1885).

persticiones, y fácil es encontrar en los enriscados valles los vestigios y hasta las manifestaciones de aquella antigua religión tan profundamente naturalista (1)».—Colígese de este preámbulo que el sabio epigrafista M. Sacaze considera al montañés del Pirineo como legítimo descendiente del ibero-aquitano.

Con los 74 monumentos religiosos latino-iberos que ha estudiado en la Aquitania sola, no tomando en cuenta nosotros los de la Narbonesa, que cae fuera del cuadro de la Vasconia, se forma un pequeño panteón de dioses iberos y éuskaros digno del mayor interés. Todos ellos han sido descubiertos en los territorios de seis ciudades: Couserans (*civitas consaranorum*), Comminges (*civitas Convenarum*), Tarbes (*civitas Turba)*, Oloron (*civitas Ilurorensium*), Aire sobre el Adour (*civitas Aturensium*) y Auch (*civitas Ausciorum*). El territorio de Couserans le ha suministrado dos mitos en su valle del Salat, una *Minerva Belisama* y una diosa *Ande;* el de Comminges, once mitos, solo en el valle alto del Garona, *Fagus* ó *Facus* (el Haya); *Ilurberixon*, y éste repetido cuatro ó cinco veces con las variantes de *Ilurberrix, Iluro,* é *Ilumber* (2); *Edelas; Horolas; Gar; Argas,* que recuerda la famosa gruta de *Gargas* del Pirineo, de la cual fué acaso numen protector; *Arteh* ó *Artah; Idiat; Dii montini* ó *montes; Aereda* ó *Erda* y *Eles;* en el valle de Layrisse ha encontrado á *Alar, Gar, Ilun, Asto Ilun* y *Abelion;* en el valle de St. Béat ó S. Beato, á este mismo *Abelion,* á *Arard,* á *Ilumber,* á *Fagus* y á los dioses *Montini* ó de las montañas: en el valle de Bassioné á *Averan* y á *Basce;* en el valle de Arán á *Ilurberrix;* en el de la Barousse, á *Borienn;* en el de Luchón, los de *Ilixon*, los *Montes* y *Baicorrix:* en el de Larboust, tierra predilecta de los mitos y las leyendas, valle

(1) J. SACAZE, opúsc. cit., p. 4.

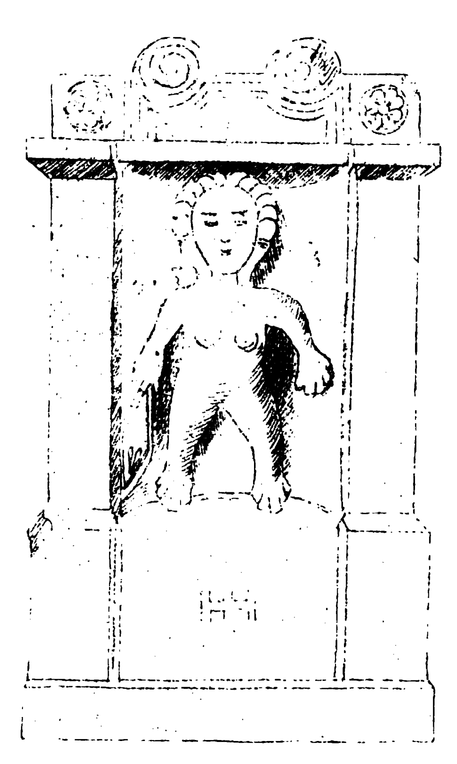
(2) De donde procede acaso el nombre geográfico de *Lumbier*. Á nuestro juicio, tiene mayor afinidad Ilumber con Lumbier que *Ilurberrix* con Illiberris, Eliberris y Elimberris, que son los nombres geográficos que encuentra como similares M. Sacaze.

alto de los Pirineos donde se descubrieron hace unos diez años gran número de *cromlechs* y otros monumentos megalíticos, muchos de los cuales son objeto de creencias y prácticas supersticiosas (1), ha encontrado á *Aherbelst*, *Abelion*, *Fontes* ó las Fuentes, *Iscitt* y *Expreenn;* en el de Louron, á *Arixon;* en el de Aure, á *Beisiris*, *Ilun* y los *Montes;* en el de la Neste, á *Ageion* y *Erge* ó *Erce;* en el llano de la Rivière, á *Baios*, *Daho*, *Baesert*, *Car*, *Baigorix*, *Leherenn* y *Buaicorix;* en el valle del Arousec, á *Boccus Harouson* y á *Abelion;* en el del Arbas, á *Xuban*, *Sex arbores* ó dios de los *Seis árboles*, con las inscripciones *Sexs Arbori deo* y *Ex voto Sexs Arbori deo* en dos cipos recogidos por M. Chaton de Saint-Gaudens; en el valle alto del Save, á *Baigoris*, *Sutugius*, *Iluron* y *Abelion;* en el de Longe, á *Abellion*, *Arpeninus*, *Lahe* (donde existía sin duda una cofradía religiosa bajo la protección de esta deidad femenina, según se colige del gran número de cipos que le estaban consagrados, esparcidos por todo el valle, en Alan, en Marignac-Laspeyres, en Sana, en Francon, en Castelnau de Picampau). El territorio de Tarbes, *civitas Turba*, le ha ofrecido en su valle de Campán dos memorias de una divinidad ibérica, la de *Ageion*, mito de las montañas adorado en varios puntos del Pirineo central; el de Olerón, *civitas Iluronensium*, le ha dado las de los dioses *Baicorix* y *Heraus Corritseha*, del primero de los cuales hemos visto recuerdos en diversos valles del territorio de Couserans. El de Aire sobre el Adour, *civitas Aturensium*, le ha puesto ante los ojos piedras consagradas á *Lelhunn*, asimilado á Marte; por último el territorio de Auch, *civitas Ausciorum*, le ha suministrado aras erigidas á *Tole*, asociado con Hércules, y á los Vientos, *Ventis*.

Entre estos mitos encontramos algunos que son evidentes importaciones de la religión de los éuskaros: tales son *Ilurberrix*, que vemos recibía culto en el valle alto del Garona, en el

(1) Sacaze, opúsc. cit., p. 11.

de Arán y en el de Saint-Béat; *Argas*, divinidad acaso de la célebre gruta de Gargas, que es una de las principales curiosidades del Pirineo; *Baicorrix*, divinidad la más difundida por la región pirenáica después de Abellión que recibía culto en multitud de valles (1); *Leheren*, que en su etimología éuskara recuerdá la simbólica *Alpha* y *Omega*, atributo de nuestro Dios, principio y fin (2): adorado en el llano de la Rivière; y *Heraus* ó *Harous-Corrits* (3) en la diócesis de Olerón.—De estos mitos éuskaros no ha publicado cipos ni aras el distinguido arqueólogo que acaba de sacar á luz documentos tan preciosos; los que reproduce grabados en pequeña escala son por lo general de buena forma latina; y respecto de cuatro que ofrecen formas enteramente bárbaras, indicio notorio de una casi total carencia de cultura, no sabemos más sino que han sido hallados en los valles del territorio de Cominges. De uno solo, por excepción, se consigna que pertenece á la memoria de *Baicorrix* en el valle de Luchón. Estos cuatro cipos marmóreos, me atrevo á proponer que se tengan por obra de vascones, atendido el carácter



DIVINIDAD ÉUSKARA

(1) Hay memorias epigráficas de esta divinidad, *Baicorrix*, notoriamente éuskara, en los valles de Luchón y del Save, en el llano de la Rivière y en tierra de Olerón.

(2) *Leheren*, forma sincopada de *Lehen-heren*, que quiere decir *primero-último*. CHAHO, *Los Pirineos*, trad. de la *Revista éuskara*, t. 2.º p. 131.

(3) Tenemos un lugar llamado *Gorriz* en el valle de Lónguida.

de su escultura, que acusa un atraso indecible respecto de los otros que son ibero-latinos. Á falta de signos con qué diferenciarlos, dado que carecen de toda inscripción y número, los señalaré por las páginas en que se hallan incluídos.—El mito de la página 6, es de mujer. Está la diosa representada desnuda, con el cabello trenzado en forma de rollo que contorna á modo de tocado ó nimbo su enorme cabeza; tiene las piernas separadas y en la mano derecha una honda con dos piedras dentro. El dibujo de esta figura no puede ser más bárbaro: si á algo puede compararse es á los muñecos de pasta-flora que hacen los pasteleros. Ocupa el centro de una hornacina ó nicho rectangular, que tiene por frontón un tablero decorado con unas molduras arrolladas á modo de hélices ó volutas, puestas en sentido inverso.—El de la página 12, hallado en el valle de Luchón con el ara de Baicorrix, es una estela puntiaguda en que está grabada, en relieve muy bajo, y más bárbaro si cabe que el anterior, la figura de otra diosa, que más parece embrión de rana; y á no ser por las dos pelotitas que quieren imitar sus pechos, más se la creería vestida que desnuda. Su mano derecha aparece doblada hacia arriba y la izquierda no existe: está como oculta dentro de un bote ó vaso cilíndrico. Hay por último en esta tosca imagen algo que la caracteriza como hermafrodita.—El dios de la página 13 está representado de alto-relieve. Es un adolescente desnudo, con un palo en la mano izquierda, y adosado á su ara, especie de pedestal cuya cornisa es como un ábaco ó tablero, sobre el cual se levanta un remate decorado con baquetoncillos que forman ángulo agudo en la parte superior y á los lados como volutas embrionarias. El carácter de esta ornamentación es enteramente primitivo, y re-



DIVINIDAD ÉUSKARA

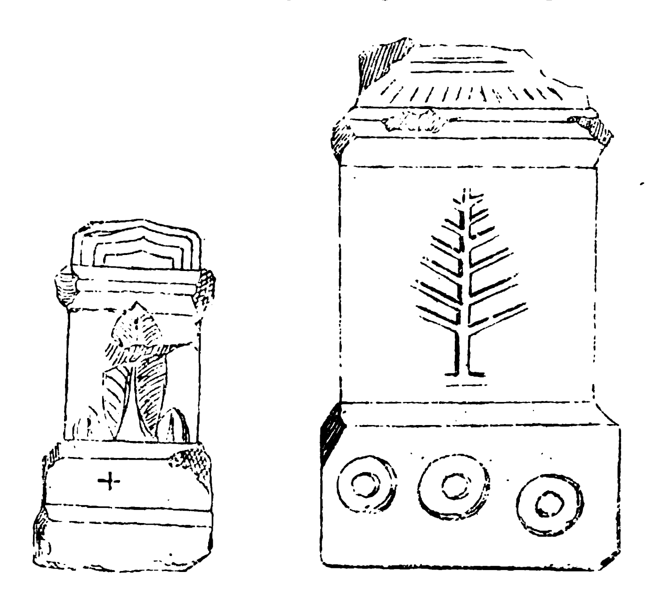
cuerda el de algunas obras de pueblos salvajes. La figura del dios presenta unas desproporciones chocantes, aunque en su movimiento revela mayor estudio del natural que la de la diosa del ejemplo primero.—Los dos cipos de mármol de la página 17 son como pedestales de forma bastante regular, cuyas basas y cornisas no presentan más que planos cortados á bisel. Uno es mayor que otro, y ambos destinados al culto de los árboles. El menor está coronado por un plano vertical con marco de baquetones curvilíneos, en forma de dintel ligeramente apuntado: lleva en su neto grabadas una grande hoja partida en dos, con otras pequeñas á los lados, y en la cara de la basa tiene rehundido un signo en forma de cruz, no como emblema cristiano, sino con otro carácter. El cipo mayor, que termina con un aditamento cuya forma no es ya posible averiguar por hallarse muy mutilado, lleva en su neto, en forma más emblemática que bárbara, la representación de un árbol de la familia de las coníferas, acaso de un pino, especie tan común en el Pirineo; y en la cara del pedestal tres círculos como pateras, desigualmente colocados.



DIVINIDAD ÉUSKARA

No es posible atribuir á los iberos de la Aquitania ó Novempopulania estos groseros mitos, dado que todos los otros que en aquella comarca se han descubierto presentan formas ó del todo clásicas— en cuyo caso entiendo que deben clasificarse

como obras de romanos—ó imitadas rudamente del arte clásico, circunstancia que para mí las denuncia como de manos iberas. Los que acabo de describir rebasan con mucho del límite de la rudeza ibérica. Ahora bien: ¿hay alguna razón que se oponga á



Cipos consagrados á los árboles

que existan monumentos religiosos de los vascones en la tierra aquitana? ¿No fué esta tierra invadida por ellos á fines del siglo VI, cuando por huir del yugo visigodo franquearon la barrera pirenáica y se mezclaron con los ibero aquitanos? Allí encontraron un arte, al cual en el suelo del Pirineo al Ebro se habían mantenido extraños, y lo aceptaron sin duda para la demostración de sus creencias religiosas, todavía idolátricas en ese sexto siglo.—¿Se querrá acaso suponer que esas piedras son de mayor antigüedad, y del período romano? Pues ni aun así es imposible que sean obras rudimentarias de artistas éuskaros, porque bien sabido es que la Vasconia fué la única provincia de la región septentrional de nuestra Península que no opuso resistencia á los ejércitos romanos enviados á reprimir el

levantamiento de los cántabros contra César; que los vascones llegaron á romanizarse más que todas las otras tribus del norte de España; y que estos mismos vascones vieron impávidos aniquilar á aquellos otros indómitos montañeses: por lo cual no es en manera alguna violento suponer que una gente que había aceptado de Roma magistrados y leyes y costumbres, procurara tomar también en aquel mismo tiempo algo de sus artes, en la medida adecuada á su capacidad, muy escasa entonces.

De enterramientos de los vascones no sabemos cosa segura. Hasta ahora habían venido considerándose como túmulos de la primera edad de hierro en la región del Pirineo francés, ciertos montículos artificiales en cuyo interior han encontrado los exploradores, bajo una espesa capa de tierra y maderaje despedazado, vestigios de habitación humana. Juzgábase que estos montículos, semejantes á los túmulos escandinavos y célticos, hubiesen podido ser las cámaras sepulcrales ó hipogeos de los ibero-aquitanos, y los que contemplan en los vascones los continuadores de los iberos, creían por lo mismo que, dada la identidad de raza y de costumbres entre los vascones franceses y los españoles, era lógico deducir que nuestros navarros del Pirineo tendrían naturalmente los mismos ó parecidos sepulcros. En lo interior de los referidos habitáculos, que se creían túmulos, se hallaron camas, poyos, vasos, restos de piés derechos y de techumbres de ramaje. Las camas son de guijo amasado con arcilla, con cavidad acomodada á la forma del cuerpo, y aun con cabezal de la misma materia, que se supone se cubría de pieles de animales, ó de césped, ó de hojas secas; los poyos ó asientos son de análoga construcción; los vasos tienen forma de urnas (porque las urnas funerarias tenían á su vez forma de ánforas). Más de quince ó veinte de estos montículos fueron reconocidos en los contornos de Agès (concejo de Monségur, en las Landas) en el pasado año 1884 por los arqueólogos Dufourcet y Testut, acompañados de los entendidos investigadores Léonce de Bahr y Taillebois, correspondiente de nuestra Real Acade-

mia de la Historia (1); y ya entonces M. Dufourcet consignó su sospecha de que los llamados túmulos de las Landas no eran otra cosa que antiguas *bordas* hundidas, que no fueron construídas nunca para sepulcros. Hoy esta sospecha ha adquirido carácter de certidumbre con las nuevas exploraciones hechas en Estibeaux, Mimbaste, Clermont y Pomarez, y principalmente en la misma comarca de Agès; las cuales han dado por resultado, en la generalidad de los casos, la ausencia absoluta de huesos, cenizas y despojos humanos: ausencia que excluye toda idea de enterramiento, y corrobora por el contrario la deducción de que tales cabañas ó bordas fueron abandonadas por sus dueños y se derrumbaron después por la acción natural del tiempo. —El encontrarse en algunos túmulos de Tarbes, Ossun, Bartrès y otros puntos, restos de incineraciones, y aun de inhumaciones evidentes, no destruye la conclusión aceptada ya hoy, porque los mismos arqueólogos que la consignan como tesis de todo punto nueva, admiten que en no pocos casos fueron las bordas abandonadas convertidas en sepulcros.—Confirma la conjetura de M. Dufourcet el hecho curioso de haberse descubierto constantemente en las inmediaciones de los montículos, que se creían monumentos funerarios, multitud de braseros excavados en el suelo, que los naturales del país designan con el nombre de *mardelles* ó *margelles*, y en las cuales se encuentran siempre carbones y cenizas, pero no huesos, ni fragmentos de vasos sepulcrales, ni indicio alguno de enterramiento humano. Estos braseros, de la misma antigüedad por sus caracteres externos que las rudimentarias construcciones que han dado origen á aquellos montículos, fueron sin duda los hogares ó cocinas de que se servían los habitadores de las bordas inmediatas, en las cua-

(1) Á su galantería debemos el ejemplar del curioso opúsculo de donde sacamos esta noticia, el cual lleva por título *Les tumulus des premiers ages du fer dans la region sous-pyrénéenne: nouvelles fouilles dans les Landes d'Agès;* par MM. Léo. Testut et Émile Taillebois. Dax, 1885.

les no hay vestigio alguno de cosa tan indispensable como el hogar ó fogón donde cocer los alimentos.

Hasta aquí ha llegado la moderna ciencia arqueológica en la materia que nos ocupa, destruyendo por un lado la teoría de los túmulos de los antiguos pobladores de la Novempopulania, y erigiendo por otro la tesis de sus rústicas viviendas con lechos de piedra y arcilla, cubiertas de ramaje y sostenidas por un pié derecho central á modo de tienda de campaña. Estamos, pues, otra vez á oscuras respecto de las necrópolis ibero-aquitanas, y lo están también los vascófilos iberistas respecto de los enterramientos de los antiguos vascones; pero en cambio adquieren estos últimos cierta noción de lo que pudieron ser las bordas en la región pirenáica en aquellos remotos tiempos.

Á falta de datos sobre estos y otros puntos referentes á la antigua religión de los éuskaros, los tenemos abundantes respecto de una materia que tiene íntima conexión con las creencias religiosas de este pueblo, cual es la de sus supersticiones.—La práctica reprobada de los auspicios y agüeros se conservaba en Logroño á principios del siglo XVII, no ya entre gentes de costumbres paganas, sino entre aquellos mismos devotos que emprendían la penosa peregrinación á Santiago de Compostela; y esto en el recinto de un templo cristiano. Cuenta, en efecto, el viajero polaco Jacobo Sobieski que emprendió esa peregrinación en 1611, que había en aquella ciudad una iglesia en cuyo atrio criaban pollos, ó hablando con más exactitud, capones blancos, á los cuales servía en un rincón de ponedero una jaula de latón. Los romeros supersticiosos, principalmente los franceses y polacos, tenían sitiadas á aquellas aves, porque decían que poniendo migajas de pan en la extremidad de los bordones y metiendo estos en la jaula, si los capones recogían las migajas y las comían, el peregrino hacía su viaje sin tropiezo; pero si las despreciaban, el romero moriría sin acabar su peregrinación (1).

(1) *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos* XV, XVI *y* XVII. Colección de JAVIER LISKE. Madrid, 1878, p. 242.

Otro viajero y anticuario de grande autoridad (1) parece confirmar esta singular especie al referir que en el claustro de la catedral de Barcelona hay ocas que allí crían con esmero, destinando á su sostenimiento los productos de una antigua fundación.

No hay superstición que haya echado más raíces en el país vasco que la de la creencia en las brujas y hechiceras. Observa con fundamento el escritor inglés citado poco há, que cabalmente por hallarse tan difundida entre los habitantes de la montaña esta superstición, es por lo que no ha pasado todavía á la categoría de las leyendas.—Las leyendas, en efecto, se repiten de memoria y pasan de boca en boca sin que el que las cuenta dé crédito á su narración: á veces el montañés que las refiere ni se da por enterado de su sentido: á tal punto las comunica á sus oyentes de un modo mecánico. La narración supersticiosa, por el contrario, sale del labio del narrador con toda la intención y el color, y con todas las vibraciones psicológicas propias de una historia personal. Los casos de brujería se comunican con cierta reserva, con la persuasión y el convencimiento íntimo de haberle sucedido ya al que los refiere, ya á sus convecinos. Una buena mujer me refirió una vez, dice el Reverendo Wentworth Webster (2), como caso que le había sucedido á una hija suya, un cuento publicado por M. Cerquand y por Fr. Michel en su libro *Le pays basque*. Solo á fuerza de preguntas logré descubrir que no era precisamente á su hija á quien le había pasado lo que me refería, sino que ella había visto por sus propios ojos la casería y la capilla que constituyen la escena del suceso (3)».—«Sé por persona de toda autoridad

(1) CONDE ALEJ. DE LABORDE, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, 3.ª edic., t. II, p. 45, nota.

(2) *Basque legends*, p. 64.

(3) No dice el autor qué caso fué el que le refirió la mujer, pero citando el cuento publicado por M. Francisque-Michel en la página 152 de su libro, debemos suponer que se alude al del fanfarrón que habiéndose comprometido por 50 céntimos á ir de noche á un campo á recobrar un azadón que una labradora se había

que á un cura de aldea, hace cosa de un año ó dos, uno de sus feligreses, lleno de dolor y contrición y bañado en lágrimas, le confesaba que tenía la costumbre de concurrir los sábados al aquelarre». Evidentemente los que de buena fe hacen esta clase de revelaciones son infelices alucinados, y no hay entre ellos y los perversos embaucadores nada de común. Y sin embargo, en la historia de la hechicería y brujería han sido frecuentes los terribles castigos impuestos á unos y á otros indistintamente.

Es un hecho digno de observación, que á pesar de hallarse tan arraigada la creencia en la brujería entre los vascos, sean tan escasas las voces éuskaras que á ella se refieren. La hechicería fué importación de tierra extranjera, probablemente del Béarn (1), donde desde fines del siglo XV era muy perseguida por las leyes del país. Su tecnicismo, digámoslo así, está tomado de las lenguas románicas: suerte, es en vascuence *sortea;* brujo *(sorcier)* ha venido á convertirse en *sorghina*, y brujería *(sorcellerie)* en *sorghinkeria;* maleficio *(charme)* en *charma;* sábado *(sabbat)* en *sabato;* si bien es más frecuente usar la palabra *akhelarre*, única éuskara original referente á la brujería, compuesta de los vocablos *akher*, cabrón, y *larrea*, terreno de pasto, como si dijéramos *pasto del cabrón*, por el importante papel que juega este animal en los conventículos de las brujas de la región pirenáica (2). El aislamiento en que por largo tiem-

---

dejado allí olvidado, al ejecutar su obra, se vió arrebatado por los aires y llevado por encima de la capilla de San Antonio, donde tuvo la feliz idea de invocar la ayuda del Santo, con lo cual se sustrajo á las garras del espíritu raptor.

(1) CERQUAND, *Légendes et récits populaires du pays basque:* «Bulletin de la Société des sciences, lettres et arts de Pau».

(2) El mismo vocablo castellano *brujas* viene de la palabra bearnesa *brouxes*. También en este dialecto se las llama *pousoères*, y M. Hilarión Barthety, en su entretenido y erudito opúsculo *La Sorcellerie en Béarn et dans le pays basque* (Pau, 1879), explicando la etimología de estas dos voces, *brouxes* y *pousoères*, dice, después de recordar el pintoresco cuadro que traza M. Michelet en su libro *La Sorcière*, del triste destino de las desgraciadas y criminales mujeres á quienes denominamos *brujas:* Dans les femmes qui étudient et administrent ainsi les plantes, les *poisons*, les remèdes, ne reconnaissez-vous pas les *pousoères* de Béarn? Et dans celles qui s'en vont aux plus sinistres lieux, isolés, mal famés, aux masures,

po han vivido aquellos habitantes, ha favorecido el desarrollo de tan perniciosa superstición una vez acreditada en el país; pero las brujas y brujos van perdiendo su prestigio á pasos agigantados, y ya sólo inspiran temor entre los crédulos pobladores de la montaña. Aún duran en algunas comarcas de la tierra baja los *saludadores*, verdaderos embaucadores que se dedican á curar ó precaver la rabia y otros males con el aliento, la saliva y ciertas deprecaciones y fórmulas de mentida eficacia.— Las brujas ó hechiceras son de remota antigüedad en la historia (1): Roma tenía sus nefandos conventículos en el monte Esquilino, como los tiene Navarra en el monte Aquelarre y en Peña-Plata. El Esquilino ó collado de las Esquilias era en lo antiguo un inmundo muladar, célebre por su misma asquerosidad é infección. Mecenas hizo en él unos jardines magníficos, convirtiéndolo en deliciosa quinta de recreo, y Horacio, que para burlarse de la hechicera Canidia y sus alumnas escribió la famosa sátira del dios Príapo (2), compara con lo que era en sus días, lo que había sido antes aquel sitio, cementerio del populacho á donde llevaban los esclavos á enterrar en cajas prestadas á sus camaradas difuntos, y donde por todas partes blanqueaban huesos humanos entre carroña de animales putrefactos; y supone que el grotesco numen de los huertos, plantado en medio de aquellos verjeles con su brazo levantado y su ramaje erguido en la cabeza, cansado de las viejas hechiceras que iban á aquel paraje de noche á la claridad de la luna á recoger huesos y plantas venenosas para hacer las infernales drogas con que trastornaban el seso á las incautas gentes, las

---

aux décombres et dans les *broussailles*, ne reconnaissez-vous pas les *brouxes* de Béarn? El nombre latino de la hechicera, *venefica*, venía de *venenum*.

(1) Las hechiceras fueron conocidas de los griegos y de los romanos: estas viejas embaucadoras que por medio de los dioses y con sacrificios misteriosos y terribles pretendían poseer el arte de producir fenómenos extraordinarios y sobrenaturales, solían en Grecia proceder de la Tesalia; en Roma, las más famosas eran las pelignas y las de las montañas de los marsos en el Samnium.

(2) VIII del Lib. I, *Olim truncus eram ficulnûs*, *inutile lignum*, etc.

ahuyentó de allí empleando el chistoso expediente que refieren sus versos (1):

Yo, con su negra capa arremangada,
descalza, y los cabellos esparcidos,
ví á Canidia, la oí dando alaridos
con Sagana, y horrendas á porfía
á ambas á dos la palidez hacía.
Escarban con las uñas el terreno,
y de una oveja negra, que inclementes
hacen luégo pedazos con los dientes,
el hoyo dejan con la sangre lleno,
de donde aguardan que almas salgan juntas
á dar satisfacción á sus preguntas.
. . . .
Á Hécate la una invoca,
la otra á la atroz Tesífone provoca;
perros allí y serpientes
vieras salir de la infernal guarida;
y la luna encendida,
para no presenciar tanta torpeza,
esconder entre tumbas su cabeza (2).
. . . .
Pero ¿á qué fatigar más tus oídos?
¿Á qué hablar de los lúgubres chillidos
que alternaban las sombras con Sagana?
¿Á qué contar que cautelosamente
barbas de lobo y de culebra un diente
enterraron, y luégo
en la imagen de cera prendió fuego? (3).

(1) Damos la traducción de estos, debida á la pluma del insigne comentador de Horacio, D. Javier de Burgos, exacta siempre en cuanto al sentido de las composiciones del famoso venusino, no siempre feliz en cuanto á la forma métrica.

(2) Esta idea de que la luna, corrida de ver aquellas abominaciones, se esconde detrás de los sepulcros, da á entender que Mecenas, al convertir en jardines el terreno inmundo de las Esquilias, no lo cerró todo, sino que dejó en pié, al otro lado de las tapias de su soberbia quinta, muchos sepulcros del antiguo cementerio.

(3) Por no hacer demasiado larga esta cita, hemos suprimido un pasaje en que cuenta el poeta que las hechiceras, en su grotesca farsa, sacaron á relucir dos muñecas, una de lana y otra de cera, amenazante aquella, y ésta, en forma de esclava que espera la muerte, implorando misericordia.

Indignado de tanta malandanza,
de aquellas furias tomo en fin venganza,
y tal mi traspontín de higuera truena,
cual reventando la vejiga llena.
Al ruido, fué una risa
ver escapar las brujas en camisa,
de Sagana caer prestados rizos,
de Canidia volar dientes prestados,
rodar los brazaletes encantados,
y las yerbas rodar de los hechizos.

En su célebre oda á la hechicera Canidia (1) nos da razón el poeta latino de otras famosas brujas, además de la Sagana ya nombrada, cuales son Veya y Folia; pero lo más curioso es el cuadro de las operaciones que hacen esas infames mujeres para confeccionar sus drogas y sus filtros. Este cuadro, de una energía y una riqueza que admira, nos descubre que entre las sustancias que cocían para hacer sus mágicos brebajes entraban los cabrahigos y los cipreses, esto es, las raíces de estos árboles, que era de rigor arrancar de los cementerios; huevos y plumas de lechuza ó murciélago, teñidos con sangre de sapos; yerbas venenosas y huesos roídos por los perros; y que en otras ocasiones empleaban la parte ponzoñosa de las culebras, cráneos arrancados de entre los dientes de las fieras, y otras curiosidades de la misma especie. Para la confección de los filtros, ó sea de las drogas destinadas á inspirar el amor en los pechos fríos ó indiferentes á sus halagos, añadían á los objetos ya enumerados, polvos hechos con los sesos y el hígado de un niño, á quien se condenaba antes al tormento de Tántalo de la siguiente manera: penetrando á deshora en su casa, se apoderaban de él, le despojaban de su vestido, abrían en el suelo un hoyo, donde le metían hasta la boca, y en tal disposición, enterrado y sin movimiento, le ponían á la vista sabrosos manjares que remudaban á cada instante para despertar y enardecer su

(1) V del Lib. V, *In Canidiam veneficam.*

apetito. Al ansia del desgraciado infante, sucedía el desmayo; al desmayo, la muerte; y entonces las hechiceras le sacaban los sesos y el hígado para hacer los referidos polvos.—Entiéndese que todas estas preparaciones no eran en definitiva más que ficciones y embusterías con que se abusaba de la credulidad del ignorante vulgo (1). Los historiadores antiguos, y particularmente los poetas, abundan en verdad en testimonios del poder de las hechiceras, que algunos supusieron obrar sobre los astros y los elementos; mas debe entenderse que al consignar ellos en sus escritos tan vergonzosas necedades, no hicieron más que referir las aberraciones de su época, ó aprovecharse de las preocupaciones vulgares para realzar el colorido de las creaciones de su fantasía.

La creencia en la brujería se hallaba tan arraigada en Navarra, y tan criminales se reputaban sus prácticas, que en muchos documentos del siglo XVI se equiparaba á las brujas y brujos con los que cometían delitos de lesa majestad. Por los años 1525 se formó causa por brujería contra muchos habitantes del Roncal, de Salazar, Aezcoa y Aoiz. El juez de la causa, D. Pedro Balanza, hizo figurar entre las personas de quienes se valió para la sustanciación y sentencia, á un capellán, dos verdugos y dos brujos que por ciertas señales conocían á todos los demás. Hízose justicia de muchos de ellos, y entre las pruebas de brujería refiere el obispo Sandoval, en su historia de Carlos V, que una bruja voló en medio del día desde el tribunal donde se la estaba

(1) Nuestro gran etimologista San Isidoro, el Plinio de la España visigoda, distingue, como distingue la Iglesia, la mera superchería, de la arte mágica en que es posible el comercio del hombre con el demonio y los espíritus impuros. Traza el cuadro completo de la historia de la magia desde Zoroastes, rey de Bactriana, hace mención de los magos asirios, de los egipcios del tiempo de Moisés, de la famosa Circe, de los sacrificadores Arcades que convertían en animales todas sus ofrendas, de la Pitonisa de Endor, etc., y presenta todas las divisiones y subdivisiones del arte de la hechicería, definiendo separada y metódicamente los magos ó maléficos, los necrománticos, los hidrománticos, los adivinos, los encantadores, los ariolos, los arúspices, los augures, los pythones ó intérpretes de Apolo Pythio, los astrólogos, los genethliacos ó matemáticos, los horóscopos, los sortílegos *(sortilegi)* y los salisatores.—*Etymol.*, lib. VIII, cap. IX, *De magis*.

juzgando á una torre muy elevada: de cuyo hecho dieron testimonio el juez, el escribano, todas las personas que estaban en la sala del tribunal, y cuantos ocupaban la plaza del pueblo que vieron el vuelo de la bruja (1).

La práctica de las hechicerías pudo venir con los romanos á los vascones de ambos lados del Pirineo, ó haberla traído estos mismos del interior del Asia cuando por primera vez ocuparon la región septentrional de nuestra Península; sin embargo, los datos históricos nos obligan hasta ahora á considerarla como contagio introducido por el comercio con el Béarn desde el advenimiento de las casas de Foix y de Albret al trono de Navarra.

No corresponde en rigor á la historia de nuestra provincia el entretenido relato de las averiguaciones que sobre el ejercicio del arte mágica han hecho los que han escrito de la brujería en aquella tierra (2), pero el haber estado incorporada ésta con la nuestra por una larga serie de años, nos obliga á decir algo de lo ocurrido allí y en el Labourd, como preparación de las escenas demonolátricas que se ha supuesto tenían su desarrollo en las nevadas cumbres de Aquelarre y de Arachuri.—Todo el Labourd se hallaba infestado de demonolatría por efecto del as-

(1) MARICHALLAR y MANRIQUE, obr. cit. *Navarra*, Sección III, cap. IV.

(2) Un distinguido escritor francés muy versado en las cosas del Béarn, M. Lespy, publicó en 1875 en el *Bulletin de la Société des sciences, lettres et arts de Pau*, una interesante memoria titulada *Les sorcières dans le Béarn*, en la cual consigna un resumen de los procesos seguidos en aquel país contra las brujas desde al año 1393 hasta el 1672.—M. Michelet, en su citado libro *La Sorcière*, refiere la entretenida historia de la comisión que trajo al Labourd en 1609 el consejero del Parlamento de Burdeos Pierre de Lancre, sacada de su obra *De l' inconstance des mauvais anges et démons*, y estampa esta interesante nota: «Brujas y brujos imperaban entre los vascones: nadie se hubiera atrevido á cerrarles la puerta. El mismo asesor de lo criminal de Bayona, á pesar de la magistratura de que se hallaba investido, tuvo que permitir que en su casa se celebrase un aquelarre. El señor de Saint-Pé, Urtubi, tuvo que consentir otro en su palacio; pero medio se le trastornó el seso y llegó á figurarse que una bruja le chupaba la sangre. El miedo le dió valor: con otro magnate de aquella tierra, se dirigió á Burdeos, acudió al Parlamento, y éste consiguió del rey que dos de sus miembros, d' Espagnet y de Lancre, saliesen comisionados para procesar á los brujos del país vasco.»

cendiente que habían allí logrado las brujas y brujos. El mismo asesor de lo criminal de Bayona había tenido que consentir que en su propia casa tuviesen aquellos un aquelarre; otro tanto le había sucedido al señor de Saint-Pé, quien de resultas del conciliábulo que celebraron en su palacio, creyó perder el seso imaginándose que una bruja le chupaba la sangre. Sacando fuerzas de su propio terror, éste y un amigo suyo se dirigieron á denunciar tan escandalosos hechos al Parlamento de Burdeos, el cual, con licencia del rey, comisionó á los dos magistrados D'Espagnet y de Lancre para que procediesen á la instrucción de la correspondiente causa y á la ejecución de las sentencias que hubiesen de pronunciar. Desde el mes de Mayo hasta el de Agosto duraron los sumarios y los procesos, ejerciendo los comisionados un poder absoluto, interrogando y examinando á quinientos brujos y brujas, y quitando la vida á sesenta ú ochenta de ellos. De Lancre se volvió á Burdeos íntimamente persuadido de la realidad de las potencias ocultas y creyendo á puño cerrado en las extravagancias de los aquelarres, y entonces escribió su libro, ya famoso, que tituló *Cuadro de la inconstancia de los ángeles malos y demonios* (1). He aquí algunos párrafos del libro de Michelet *la Sorcière:*

«Los vascos de Bayona y San Juan de Luz, cabezas excéntricas y corazones arrojados, que en barquichuelos como cáscaras de nuez se lanzaban á los mares más tempestuosos á pescar ballenas, solían dejar muchas viudas. Acudían en bandadas á las colonias de Enrique IV, al imperio del Canadá, abandonando sus mujeres á Dios ó al Diablo. En cuanto á los hijos, aquellos honrados marinos no habrían dejado de pensar en ellos; pero de regreso á sus hogares, calculaban, contaban los meses, y nunca les salía bien el cómputo.» —«Las mujeres, muy bonitas, muy resueltas y de imaginación ardiente, se pasaban los

(1) V. la nota antecedente.—La edición se hizo en París en casa de Nicolás Buon, en 1612, y lleva un prefacio de su acompañado M. d' Espagnet.

días sentadas en los sepulcros de los cementerios charlando de los aquelarres, siempre impacientes de que llegase la noche del sábado: imán irresistible, afición que rayaba en locura.» —«La naturaleza las hizo brujas: son producto de la mar y de las ilusiones. Nadan como peces, retozan con las olas. Su señor natural es el Príncipe del aire, rey de los vientos y de los sueños, el mismo que henchía el pecho de la Sibila y le inspiraba el conocimiento del porvenir.» —«El propio juez que las entrega á la hoguera, experimenta su seducción: al verlas desfilar (dice éste) suelto el cabello al viento y tendido sobre sus hombros y espalda, esta gala natural las adorna y ennoblece de tal manera, que el sol que pasa por ella como al través de una nube, brilla y despide fulgores que abrasan... Así la fascinación de su mirada es tan peligrosa cuando aman como cuando hechizan.» —«Cuando los jueces llegaron, muchas huyeron á las montañas; otras permanecieron valientes en sus aldeas, diciendo que los quemados serían ellos. Y demostraban tan poco miedo, que en el tribunal se entregaban al sueño sabatino, y al despertar aseguraban que habían gozado las inefables dulzuras de Satanás. Muchas dijeron: sólo nos duele el no poderle demostrar cuánto ansiamos padecer por él!» —«Las interrogadas respondían que no podían hablar. Satanás obstruía su garganta y les cerraba las fauces.—El más joven de los dos delegados, De Lancre, autor de esta historia, era hombre de mundo, y las brujas comprendieron que de él podían sacar partido. Una pordiosera de diez y siete años, llamada la Murgui (Margarita), que se había hecho bruja por interés, y que desde su infancia estaba sacrificando niños al demonio, empezó, juntamente con una compañera suya nombrada Lisalda, á denunciar á las otras brujas. Todo lo contó, todo lo reveló, todo lo describió con la viveza y la violencia y con el énfasis propio de una gitana española, refiriendo mil pormenores impúdicos, verdaderos ó supuestos. Sus declaraciones espantaron, divirtieron, sedujeron á los jueces, y los engañaron como si fueran unos idiotas: dieron á aquella

perdida el encargo secreto y terrible de buscar en el cuerpo de las doncellas y de los muchachos el paraje donde el diablo les había puesto su señal, y donde por consiguiente habían perdido la sensibilidad; y de este modo, al paso que un cirujano iba martirizando á las ancianas dándoles pinchazos, la Murgui probaba sus agujas en el cuerpo de las jóvenes, y dueña la infame de la suerte de aquellas desgraciadas, tuvo en su mano el salvarlas ó el entregarlas á la muerte. Sorbió los sesos á De Lancre hasta el punto de hacerle creer que mientras él dormía en Saint-Pé, guardado por sus criados y su escolta, el diablo había entrado en su dormitorio, había dicho allí la *misa negra*, estando las brujas escondidas detrás de las cortinas para asesinarle; que si no lo hicieron fué porque Dios no quiso. Ayudó la misa negra la señora de Lancinena, á quien Satanás cortejó en el mismo dormitorio del juez. El propósito de la mendiga acusadora que inventaba esta calumnia, era fácil de entrever: odiaba ella á la dama porque era hermosa, y porque sin esa difamación habría podido tomar algún ascendiente en el corazón del joven y galante juez delegado.—De Lancre y su asociado, consternados y puestos ya en la funesta pendiente, no supieron retroceder: hicieron fijar las horcas reales en todos los parajes donde el diablo había tenido sus aquelarres. Cundió el terror, todos se prosternaron ante el brazo del rey: llovieron las denuncias; las mujeres se acusaban unas á otras; luégo fueron los niños los que denunciaron á sus madres, porque el juez, en su justa severidad, había declarado válido el testimonio de cualquier niño que hubiese cumplido ocho años!—D'Espagnet no podía atender á tan colosal proceso porque sus deberes le llamaban á otra parte, al Béarn, y De Lancre, arrebatado inconscientemente por la violencia de la Murgui y la Lisalda, cuya vida habría corrido peligro á no haber entregado á la hoguera á las viejas, llevó la causa al galope y á rienda suelta. Fueron muchas las brujas sentenciadas á morir quemadas: cuando llevaron al brasero á las primeras, hubo una escena tremenda: el verdugo, los



¡Al aquelarre!

(Copia de un Capricho de Goya)

alguaciles, los guardias, creyeron llegada su última hora: el gentío se precipitó á los carros para obligar á aquellas infelices á retractarse de sus declaraciones. Hubo hombres que las amenazaron con puñales, y no pocas estuvieron para perecer entre las uñas de sus furibundas compañeras.»

De Lancre describe minuciosamente en su libro cuanto aprendió en aquella funesta delegación de cinco meses, de las prácticas y del poder de las brujas, que firmemente creía comunicado por Satanás. Él se figuró de buena fe que había visto salir de la cabeza de una de las primeras hechiceras condenada á las llamas, toda una nidada de sapos, uno de los cuales, negro como la pez, insensible al fuego, á los pinchazos y á las pedradas, se escabulló sin que fuera posible dar con él.—Los conciliábulos ó aquelarres se verificaban los sábados por la noche: acudían á ellos brujas y brujos, en muchas ocasiones con los curas al frente, ya á pié, ya cabalgando por los aires en sendas cañas de escoba, después de haberse untado el cuerpo con cierto ungüento especial; y hacían su camino sin reconocer obstáculos en barrancos ni cercados, y aun burlándose de las puertas cerradas y de las prisiones. Era tal la facultad de locomoción de los brujos de ambos sexos, que en cierta ocasión presentaron á De Lancre una mujer que de una zancada se había trasladado de la cumbre de la Rhune, que tiene 963 metros de elevación, á Behovia, salvando una distancia de ocho kilómetros.—Cuando brujos y brujas acudían al aquelarre, los gallos, enemigos vigilantes del demonio, cantaban para advertir á sus dueños: de donde provino la costumbre de algunas ancianas del país vascongado de echar en el fuego un puñado de sal cuando oyen de noche cantar al gallo, como medio único de librar la casa del hechizo ó sortilegio que sobre la familia haya podido dejar caer el brujo pasajero.—Los aquelarres se celebraban habitualmente al aire libre, en un arenal, en una planicie cualquiera de tierra llana ó de montaña, ó á la entrada de algún bosque. Allí plantaba Satanás su trono, recibía adoración y celebraba la *misa*

negra. Cuenta De Lancre de buena fe, por sugestión sin duda de la perversa Murgui, que en las aldeas de la costa del Labourd se solía decir una misa de burla y mofa, celebrada generalmente por un cura con todas las ceremonias del ritual, en que el oficiante consagraba una hostia negra, y después de la cual, hecha la colecta, brujas y brujos se entregaban á una desenfrenada orgía (1).—Los aquelarres se prolongaban hasta la aurora: entonces desfilaban todos; pero á veces el conciliábulo, en medio de sus ceremonias diabólicas ó de su vertiginosa rueda, quedaba súbitamente interrumpido, ora porque se oyese el lejano canto del gallo, ora porque algún asistente incauto hiciera la señal de la cruz, ó asustado de lo que presenciaba, prorrumpiese invocando algún nombre sagrado.

Consérvase en la biblioteca pública de Pau un voluminoso manuscrito que contiene la *Historia del Béarn*, obra del siglo pasado, procedente según se cree de la antigua abadía de Sorde, y atribuída hoy á un sabio eclesiástico llamado M. Bonnecaze, que fué párroco de Angos (2). Este juicioso autor, con el plausible intento de desarraigar rancias supersticiones, entre otras la de la creencia en las brujas, muy esparcida en el Béarn, cuenta los maleficios de tan infame secta, refiriendo los estragos que según los cuentos del vulgo ignorante y crédulo habían hecho los hechiceros de ambos sexos en la parroquia de Lucq, barrio el más renombrado por sus brujas. Explica los hechos ocurridos, despojados de las exageraciones que contribuían á hacerlos aparecer como maravillosos, por las leyes comunes de la naturaleza, y hace atinadas reflexiones acerca de lo mucho que influyen en ciertos temperamentos las narraciones de lo sobrenatural, y de cómo los cuentos de brujas, malos espíritus y duendes, predisponen la imaginación á creerse en ellos actor

(1) Vinson, *Les basques*, etc., p. 119.

(2) Hilarión Barthety, *La sorcellerie en Béarn*, etc., p. 22. El extracto que sigue del ms. del presbítero Bonnecaze está sacado de la larga referencia que hace á él M. Hilarión Barthety en su opúsculo citado.

durante el sueño. Pero lo más útil para nosotros en este libro, es la historia racional que bosqueja del origen y gradual crecimiento de los conciliábulos que hoy denominamos aquelarres. Estas reuniones sabatinas (dice) comenzaron á tenerse bajo los reinados de Carlos VIII y Luís XII de Francia (siglo xv), pero sin carácter maléfico: eran simples espectáculos, muy groseros, pero muy del gusto de cierta gente, que llevaban el nombre de *diablerías (diableries)* por cuanto los que los representaban se disfrazaban de diablos, según se los figuraban ellos, pretendiendo remedar sus acciones. Á la invención de tales pasatiempos, que se tenían los sábados por la noche, porque los domingos son días de descanso, contribuyó mucho la piedad mal entendida. Eran estas reuniones de dos clases, pequeñas y grandes: en las pequeñas no representaban más que dos actores, los cuales llevaban cuernos y garras, blandían teas encendidas y aullaban como desesperados. En las segundas los actores eran cuatro, mucho más desfigurados y bulliciosos. Del espantoso estruendo que armaban nació la frase figurada de *hacer el diablo á cuatro* (1). Estas diversiones empezaron en la corte, y de allí se propagaron á las poblaciones y á las aldeas: y no tardaron mucho en degenerar, convirtiéndose los pajares y graneros donde se celebraban en invierno, en verdaderos burdeles. Entonces nació la licencia, engendradora de crímenes é infamias: entonces se dieron aquellos histriones en figura de diablos á componer venenosas drogas, y pócimas y filtros, para sus falsos hechizos y nefandos sortilegios. Con tales farsas hacían creer que el diablo les había dado el poder de hacer maleficios, y si bien merecían como malhechores el castigo de los tribunales, no todos eran delincuentes en igual grado, porque había entre ellos embaucadores y embaucados. Algunos eran conducidos al aquelarre por sorpresa; otros creían haber estado allí sin haber ido, embriagados ó aturdidos por los brebajes que les daban á

(1) Esta frase no tiene equivalente en castellano.

beber, y que producían en su cerebro visiones de lo que habían estado contándoles todo el día. Hombres hubo en quienes se arraigó de tal modo la persuasión sincera de haber sido brujos, que nada en el mundo pudo convencerles de lo contrario.

Así tomó cuerpo y duró tánto una creencia que no tuvo más fundamento que una simple diversión, verificándose en el mundo moderno lo propio que había ocurrido en el antiguo, donde si se burlaba Horacio de los encantamentos de Canidia y de sus compañeras, el pueblo crédulo se dejaba aterrar por sus farsas y hechizos. ¡Cuán admirablemente no harían su papel los hechiceros de los tiempos modernos, cuando hombres instruídos y sesudos como los consejeros de muchos Parlamentos de Francia fulminaron contra ellos tan sangrientos y horripilantes castigos! En Normandía y en el Béarn fueron tratados aquellos miserables con inaudito rigor, pero hacia el año 1670 el consejo del rey dictó una medida prohibiendo al Parlamento de Pau conocer de las causas formadas á los brujos. Desde entonces empezó á decrecer el fanatismo que aumentaba con la misma presencia de los suplicios, y hubiera acabado de todo punto á no quedar viva en el Béarn la mala costumbre de las nodrizas y viejas desocupadas de amedrentar á los niños con cuentos ridículos y absurdos.

Á ti, lector, ya puedo contarte alguno, que siendo hoy mera relación de lo ocurrido á una linda campesina navarra tocada de la supersticiosa creencia en las brujas, pasará mañana á leyenda popular por la inmortalidad poética de que la ha dotado su ingenioso narrador (1). No voy á copiarla al pié de la letra: quiero solamente extractar este precioso poemita de una ejemplar historia.—Veinte ó treinta muchachas de Urdax, provistas de hoces, cortan en una apacible tarde de Otoño semejante á un renuevo de la primavera, los cimbreantes tallos de helecho de un

(1) Es D. Arturo Campión, y se titula su trabajo *Grachina (Tradición Navarra)*, publicado en el tomo 6.º de la *Rev. éusk.*, p. 142 y siguientes.

campo que remeda una inmensa cesta de flores. Ya el helechal está desprovisto de su ondulante cabellera verde, y las segadoras empiezan á transportar los fajos á las bordas, llevándolos sobre sus cabezas. Con las sayas arremangadas hasta la rodilla, desnudas de pié y pierna, esbeltas, erguidas, moviendo cadenciosamente los brazos como soldados en marcha, pasan rápidas unas tras otras ó formando grupos, y por entre las frescas ramas que de los fajos les caen sobre la cara, se descubren á trechos sus arreboladas mejillas y destellan sus brillantes ojos, ya dardos de fuego, ya azulados reflejos del firmamento. En uno de los extremos del campo segado, junto al bosque, hay cuatro muchachas, sentadas unas en los fajos y ocupadas otras en atarlos. Una de ellas es delgada, morena, pálida, de nariz aguileña, boca grande, ojos negros como hornos, y con un enorme lunar en el borde del labio inferior. Todo su cuerpo y actitud revelan fuerza, agilidad y decisión. Su traje negro, ajustado al cuerpo, dibuja formas esbeltas, elegantes y nerviosas, como las de la raza árabe. La que habla con ella es por el contrario gruesecita, sonrosada, con hoyuelos en la barba y en los carrillos, de ojos azules grandes, transparentes como un manantial que deja contar sus guijas, pestañas largas, nariz ligeramente arremangada que da á su rostro cierta expresión de malicia á la vez que de infantil curiosidad: niña que apenas es mujer, mariposa que rompe el capullo y sacude sus pintadas alas ensayando quizá peligrosos vuelos.

—Esta noche á las nueve te espero sin falta—díjole la morena.—Déjate de cobardías: no has de ser tú la única de todas nosotras que se quede sin ver aquellas maravillas.

La jovencita volvió la cabeza hacia otra muchacha que estaba atando su fajo, exclamando sorprendida:

—¡Cómo! Miquela, tú también vas al...?

—¡Ya lo creo!—respondió la interpelada, que era una moza de unos veintidós abriles, gruesa, de mediana estatura, de cara ancha y poco expresiva.—Y me pesa de no haber ido antes.

—¿Lo ves, Grachina (1); miedosa, lo ves? Te hemos de pegar una zurra, como á las chiquillas que no van á la escuela.

—Pues bien, si Miquela va, yo no seré menos—exclamó Grachina con resolución.—¿Estás contenta, Josepa Antoni?

La muchacha morena la colmó de besos y abrazos.

—Verás qué noche!—exclamó llena de júbilo.—Verás qué placeres tan grandes, qué bailes tan largos, qué cosas tan deliciosas! Qué fogatas, qué *tun-tun!* (2). Mejor aún que por San Juan! Allí encontrarás cuanto puedas desear!

Y á medida que iba recordando, sus ojos brillaban como ascuas encendidas, y las ventanas de su nariz, violentamente dilatadas, parecía que respiraban embriagadoras emanaciones. Llegó el momento de encaminarse al pueblo.

—¡Ea! esta noche á las nueve en punto te espero—le repitió, sin reparar que la fisonomía de Grachina había ido perdiendo su expresión resuelta é iba tomando una seriedad pensativa. —Te espero, añadió, detrás de la iglesia: allí estarán la Miquela, la Mai Andrés, la Vithori, la Mai Cruch, la Juana Mari, la Cathalin y la Mai Batichta. Buena compañía ¿no es verdad? Con el traje de domingo y los zapatos en la bolsa del delantal, como cuando vamos al mercado, pecho arriba, hasta la punta de *Archuri!* (3). Una vez allí, venga el tamboril, la pandereta... y la broma! Ahora á casa, que es tarde.

---

(1) *Grachina*, diminutivo de Graciana.

(2) *Tun-tun*, nombre popular del tamboril en la montaña de Navarra.

(3) Á propósito del verdadero nombre de Peña-Plata, que el Sr. Campión escribe *Archuri*, y que nosotros hemos escrito de la misma manera siguiendo una guía que nos merece tanta fe, no podemos menos de insertar aquí un trozo de la curiosa carta que dirigió á la *Euskal-Erria* de San Sebastián el Sr. Elizamburu, de Sara, y que reprodujo la *Rev. éusk.*, en la p. 31 de su tomo 4.°. Dice así: «Hace mu»cho tiempo conocía el nombre de esa montaña, pues hará cuarenta ó más años, »siendo todavía muy niño, estuve en su cima á visitar á un pastor que habitaba la »propia casa en que yo vivía. Hacía lo menos sesenta años que ese pastor pasaba »en aquella cumbre todos los veranos, bajando al llano los inviernos al lado de su »rebaño y para atender á su alimentación. ¿Derretíase la nieve? Pues nuestro buen »pastor, formando delante de sí en apiñadas hileras sus ovejas, carneros y cabras, »marchaba á la montaña, y de los siete días de la semana pasaba seis en ella, vien»do á menudo ante sí más lobos que seres humanos, pues por aquel tiempo los lo-

Las cuatro muchachas cogieron cada una su fajo de helecho, se lo colocaron en la cabeza, y con paso ligero se encaminaron al pueblo, pues las cuatro eran en Urdax de la *calle*, no del *caserío*. Poco á poco se fueron dispersando. La que vivía más lejos era la Josepa Antoni: internóse por unos callejones, convertidos con los surcos de las carretas en incómodos barrizales. Al doblar una esquina, púsosele delante un mozo labrador que la miró con sonrisa burlona, cerrándola el paso; ella, ruborizada, se salió al arroyo metiéndose en el fango hasta cerca de la rodilla, y con tono de despecho le soltó la palabra *Ergela!*, esto es, *imbécil*. Y él replicó *Sorgiña!* que quiere decir *bruja*, riéndose con tanto estrépito, que dos ó tres viejas se asomaron llenas de curiosidad á las ventanas.

Todo es silencio y calma en el pueblo: el reloj de la torre de la iglesia dejó oir nueve unísonas campanadas, y de lado á lado de la plaza, iluminada por la luz de la luna, van pasando leves sombras, que se agrupan junto al templo, gesticulan y se mueven. Ladran los perros: una sombra más pequeña que las anteriores cruza la esplanada y viene á unirse al grupo. Pónese éste en movimiento: vélase el disco de la luna, y las campanas de la torre, movidas por un fuerte huracán súbitamente desatado, exhalan como balbuceando sordos tañidos. El grupo se compone de once mujeres: entre ellas van nuestras conocidas, sin pronunciar palabra, de prisa, muy de prisa; ya trepan por las ásperas vertientes de Archuri, y de vez en cuando se oye la voz

»bos abundaban allí más que en nuestros días. Solamente los sábados por la no»che bajaba á su casa á buscar el alimento necesario para toda la semana, esto »es, un saco de harina de maíz para elaborar borona (torta de maíz), algunas sar»dinas de ojo encarnado (sardinas viejas) para los días de vigilia, y un cacho de »jamón ó de cecina para los restantes, y *san se acabó*. Cierto es que en una buena »parte del año tenía leche y queso en abundancia...» «Contaba este hombre muy »cerca de cien años cuando murió, hará unos veinte...» «Lo recuerdo bien, nuestro »pastor Predo (Pedro) llamaba á su monte HARTCHURIA, y hoy le conocemos con »el mismo nombre de HARCHURIA ó HAR-ZURIA *(harrizuria)*. Jamás ese monte ha »podido tener nombre de bautismo más verdadero que éste *(Harchuria)*. El de Pe»ña de Plata es un sobrenombre dado por los extranjeros...»

de la Josepa Antoni que, yendo á la cabeza de todas, las estimula con el consabido grito de *aurrerá*, *aurrerá!*—Muéstrase el valle negro y profundo como una sima: en la boca tenebrosa de la hondonada flotan undívagos y multiformes vapores, pálidos unos, fosforescentes otros. Entre las ramas de los árboles brillan inmóviles los redondos ojos de los buhos que asoman curiosos sus cabezas: los sapos cantan en las charcas; las culebras silban ocultas en la hierba. Las matas aparecen coronadas de fuegos fatuos, y al resplandor incierto de aquellos cárdenos penachos, se divisa el argentado rastro de la torpe babosa sobre el menudo césped. Inmensa plaga de ratas y ratones invade el pedregoso camino, produciendo un estrépito como de redoble. La oscuridad y la luz, alternativas según se interponen ó se abren las nubes, transforman el aspecto de los objetos, convirtiéndolos en otros tantos proteos. Los árboles, sacudidos por el huracán, parecen inmensos manojos de serpientes. Los picachos de Archuri, medio velados por la niebla, semejan á la claridad escuetos fantasmas envueltos en sudarios, y á la sombra, tétricas apariciones de enlutadas matronas.

—Ay! ay! exclamó Grachina, al notar que bajo sus plantas desnudas brotaban rojizas llamas.

—No hagas caso, eso no quema—le dijo la Josepa Antoni, batiendo el suelo con sus anchos piés y haciendo saltar innumerables chispas, como cuando se sacude un tizón.

Repentinamente el espacio se llena de voces: gritos, suspiros, carcajadas, imprecaciones, lamentos, quejas y amenazas, resuenan pasando de norte á sur como un turbión que barre la tierra. Los vapores del abismo centellean, y durante algunos momentos la campiña se baña en lívidos resplandores, después de lo cual todo se cubre de densas tinieblas.

—¡Échate á un lado, Grachina!—gritó la Josepa Antoni—¡sepárate, sepárate!

Apenas tuvo tiempo la muchacha de separarse del centro del camino. Un enjambre de hombres y mujeres, montados en

cerdos, en escobas y en gallos, hiende los aires con vocerío y estrépito de hierros, tambores y trompetería, dejando largo rastro de humo, y hedor de azufre y hollín. Por donde pasa la ululante caterva, lanza la tierra bocanadas de fuego, acompañadas de estridentes detonaciones. La montaña, pocos momentos há solitaria, se puebla de gente: por todas partes se ven grupos: aquí jóvenes gallardas, allá viejas decrépitas y como agobiadas por el peso de los años; las unas esbeltas, finas, elegantes; las otras deformes, harapientas y soeces. Parece aquello un hormiguero. Los fuegos fatuos avanzan y se cruzan, huyendo de las rocas y buscando las zarzas, los helechos y las árgomas.

Hacia el recuesto de la montaña resuenan pisadas de caballo y se ve resplandor: momentos después, llega adonde estaba el grupo de las mujeres de Urdax un hombre vestido con traje eclesiástico montado en un macho blanco, llevando á la grupa una horrible vieja, desdentada y barbuda, de ojos pequeños y relucientes, tan flaca y nudosa que parece un haz de leña envuelto en trapos. Aquella mujer se ríe con voz chillona que taladra los oídos, saludando á los circunstantes con inmundos dicharachos. Acompañan á estos jinetes hombres y mujeres ebrios, brincando y bailando al són de un destemplado tamboril y enarbolando humosas teas.

Fijó Grachina sus azules ojos en el grupo del macho blanco, y volviéndose maravillada á sus compañeras, exclama:

—¡Ay, Osambela, el señor cura de Zugarramurdi!

—¿No te dije yo—contesta la Josepa Antoni—que venimos aquí lo mejor de la tierra?

En aquel instante se acercan á las muchachas de Urdax el del macho y su comitiva.

—¡Cuidado, Miquela—grita la vieja—que ya se te conoce demasiado la gordura del talle, y el día menos pensado, tu padre, que es muy bruto, te acaricia con una vara de acebo!

Miquela se tapó la cara con las manos y lanzó un sollozo: las amigas, excepto Grachina que la tuvo lástima, se sonrieron

maliciosamente. Pero aquello pasó pronto, porque sobrevino un verdadero prodigio.

De los cuatro lados del horizonte avanzaban, como en columna cerrada, formas humanas cabalgando en grullas, en buitres, en lechuzas y cuervos, con tan horrible baraúnda de aletazos, desaforados gritos, sonar de cencerros y cuernos, y martilleo de almireces y calderas, que no parecía sino que se desplomaba el firmamento. Aquella aérea caballería rasgaba las tupidas nubes, saliendo de ellas con copos de grisientos vapores pegados al cuerpo, los cuales brillaban un leve instante al fulgor intermitente de la luna, perdiéndose en seguida en la tétrica tinta de otras nubes.

Continúa la ascensión, y de allí á poco dice la Josepa Antoni: Ya hemos llegado.—Y saca sus zapatos de la bolsa del delantal, y se los calza, imitándola sus compañeras.

El paraje donde están ahora es una extensa explanada, tapizada de menuda y espesa hierba: la concurrencia, inmensa, incontable; por todos lados desembocan en aquel llano nuevos aluviones de gente, niños, jóvenes, hombres, mujeres, viejas rotas y remendadas, tiznadas de hollín, desdentadas, narigudas y medio calvas, con las víboras al cuello y los lagartos en los lacios y colgantes pechos. Allí se juntan hechiceros y neófitos de toda la Navarra vasca y de los pueblos cercanos de Guipúzcoa y del Labourd. Cada cual busca su pareja con explosiones de regocijo y con lascivas muecas: sólo se quedan solas Grachina y una *cascarota* de Ziburu (1) de negros ojos, cabello crespo, tez bronceada y formas esbeltas como una canéfora ateniense. El temor las unió á ambas.

Al tañido de una campana, entró en movimiento aquella abigarrada muchedumbre: todos se dirigieron al centro de la ex-

(1) Los *Cascarots* de Ciboure son del mismo origen que nuestros gitanos: se dedican á la pesca, y sus mujeres é hijas son las que venden el pescado en Biarritz y Bayona, corriendo las calles con el canasto en la cabeza, sueltas y ligeras como ciervas salvajes.

planada. Alzábase allí un trono de madera negra con dosel rojo, y en él estaba sentado un sér espantoso y grotesco á la vez, medio hombre y medio chivo, con la frente armada de dos enormes y retorcidos cuernos, panzudo como un hidrópico, flaco como un esqueleto, de ojos encandilados y saltones, boca rasgada hasta las orejas, negro desde la pezuña hasta la raíz de la cornamenta y cubierto con un paño de lana inculta y lacia. Á sus piés estaban sentados Osambela, el cura de Zugarramurdi, y la vieja que con él cabalgaba á grupas. Á la izquierda se levantaba un campanario de madera, y á la derecha un tablado y una cruz toscamente formada con dos troncos de árbol retorcidos y nudosos. Del trono brotaban llamaradas de olor de azufre, ora rojizas, ora cárdenas ó azuladas, nunca claras y alegres.

El diablo—llamémosle por su nombre—se puso en pié, y resonó una inmensa aclamación de amor y de entusiasmo: en seguida, el tétrico monarca del abismo se volvió de espaldas, se echó á gatas sobre el trono, levantó la cola, y dió á besar al público su trasero.

Ejecutar este acto soez y precipitarse la gente á adorarle poniéndose de rodillas, todo fué uno. Cerca de una hora duró aquel inmundo besuqueo: terminado el cual, dos hombres subieron al tablado, el uno con un *chistu* ó flauta rústica, y el otro con su tamboril; las agudas notas de la *chirola* (1) rasgaron el aire, los redobles del atabal despertaron los ecos de las montañas, y la mayor parte de los concurrentes, cogidos de las manos, empezaron á bailar, dando vueltas cada vez más rápidas al rededor del trono.

Reconoció Grachina en los dos músicos á los tamborileros de Echalar, pero jamás les había oído producir sonidos semejantes. El són que tocaban ahora era excitante, persuasivo, irresistible; era como una tentación maléfica, infernal, diluída en notas chillonas que, filtrándose por los oídos, llegaba al corazón

(1) Flauta rústica, *chislu* y *chirola* es todo uno entre los vascos.

desatando todos los instintos, enardeciendo todos los apetitos, aguzando é irritando todos los sentidos. La chusma danzante se agitaba con delirio, giraba vertiginosa, lanzando alaridos, carcajadas y blasfemias, presa de un frenesí bestial. Las llamas que vomitaba el trono formaban una diabólica aureola que iluminaba todos los seres y objetos de la montaña, la cual trepidaba cual si quisiera animarse: el cielo estaba en tinieblas, y las nubes tan bajas, que los bordes de las más próximas á la cumbre se teñían de purpurinos reflejos. El viento gemía en los barrancos y en los bosques: la niebla, abismada en el valle, se cernía lentamente de un lado á otro como una densa humareda.

Cesó la danza á una señal de Satanás: al movimiento vertiginoso siguió una inmovilidad absoluta: la vieja que había estado sentada á los piés del cabrón junto á Osambela, se levantó y, tan cínica como horrenda, se desnudó hasta ponerse enteramente en cueros, dejando ver sus carnes denegridas, sus piés deformes y juanetudos, sus pechos lacios y arrugados como vejigas desinfladas, su vientre abombado, sus rodillas nudosas, sus brazos secos como cañas, sus piernas retorcidas como alfanjes, sus manos huesosas y cubiertas de asqueroso vello, como las zarpas del orangután. Sobre sus espaldas echaron un paño blanco y ella se puso en cuatro piés remedando una especie de mesa de altar; Osambela se revistió de alba y casulla como para celebrar misa; y ayudado por un chicuelo bisojo, con cara de bellaco y mal aspecto, practicó una parodia del Santo Sacrificio, alzando una hostia negra y un cáliz coronado de llamas carmíneas y humeantes. Terminada la *misa negra*, el celebrante y la vieja adoraron al cabrón demoniaco, y los tamborileros volvieron á tocar sus instrumentos, bailando al són la bruja y el diablo una danza obscena que arrancó aplausos y vítores á los espectadores.

El diablo tomó luégo asiento, y dijo con voz cavernosa:

—Si hay algún neófito que quiera profesar en mi religión, salga afuera acompañado de su padrino ó madrina. Yo estoy

dispuesto á admitirle en mi Iglesia, concediéndole todas las gracias, beneficios y privilegios que disfrutan los profesos.

Hubo unos instantes de expectación general, y la Josepa Antoni, acompañada de la Miquela, salió al centro del círculo. Llevaba la Josepa su lagarto encima del corazón á manera de insignia ó escudo.

—Hola, mi amada Izarbeltz (1)—dijo el diablo dirigiéndose á ella—veo que perseveras en tu buen celo apostólico. Si todos mis vasallos fueran como tú, pronto el mundo se vería sometido á mi imperio y gobierno. Esta noche serás mi pareja en la gran danza en cueros.

La profesa se arrodilló y besó tres veces la pezuña de Satanás. En seguida dijo:

—Gracias, Señor, no soy digna de tan gran merced; pero tú lo puedes todo y ensalzas al humilde.

—Ponte de pié, mi predilecta Izarbeltz, y habla.

—Señor, aquí tienes una mujer que desea entrar en tu Iglesia para adorarte y servirte eternamente.

—¿Con qué nombre?

—Con el de Osiñbeltz (2).

—¿Qué ha hecho en contra de los dogmas de la moral de mi enemigo?

—Ha cedido á los halagos de su amante.

—Bueno. Adelántate, Osiñbeltz. ¿Es cierto que quieres entrar en mi Iglesia?

—Sí, Señor, es cierto—respondió la Miquela con voz trémula.

—¿Es cierto que estás pronta á adorarme y servirme, obedeciéndome en todo y amándome sobre todas las cosas?

—Sí, Señor, es cierto.

—¿Es cierto que confesarás mi fe en público cuando sea preciso y que sufrirás por ella la muerte y el martirio?

(1) *Izarbeltz*, estrella negra.
(2) *Osiñbeltz*, ortiga negra.

—Sí, Señor, es cierto.

—¿Es cierto que estás dispuesta á abominar de todo lo que has adorado hasta el día, y á despreciarlo, renegar y hacer de ello ludibrio?

La Miquela vaciló un instante, y con voz aún más trémula y apagada, añadió:

—Sí, Señor, es cierto.

—Pues bien, adórame, Osiñbeltz.

El diablo se volvió de espaldas y la Miquela le adoró según rito.

Una formidable exclamación estalló como un terremoto. El trono arrojó á manera de surtidores dos inmensos chorros de fuego, que se perdieron culebreando en las nubes.

El diablo se sonrió con expresión de siniestra alegría, y dijo:

—Osiñbeltz, antes María, Agustina, Micaela Goyeneche, hija del caserío Gañecoborda, donde siempre habitaron cristianos, me perteneces para siempre. En testimonio de mi perpetua soberanía, márcala con mi sello, Izúrritebeltz (1).

Osambela, ó sea Izúrritebeltz, se acercó á la apóstata, y agarrándola por el cuello con la mano izquierda, sin hacer caso de sus gritos de dolor y espanto, marcó con una moneda de oro en la niña de su ojo izquierdo la imagen microscópica de un sapo, distintivo tradicional de los sectarios de Satán en la euskal-erría.

—Arrodíllate nuevamente, Osiñbeltz.

Así lo hizo ésta, y el diablo, sacando de su seno un gran lagarto, se lo entregó diciéndole:

—Cuida más que de tu propia vida de este animal sagrado y maravilloso. Con su baba confeccionarás el ungüento que te tornará invisible y te permitirá volar por los aires montada en cualquier objeto ó animal, sin que nieblas, ni mares, ni montañas, ni bosques, ni barrancos, ni ríos, ni paredes, ni cadenas,

(1) *Izúrritebeltz*, peste negra.

sean parte bastante á detenerte, y el licor que ciega, atonta, enloquece, enferma á los hombres y ganados, y mata, lenta ó súbitamente, según se quiera. Llévalo siempre contigo y siembra maleficios en los campos, las casas y los corrales de mis enemigos y de los tuyos. Sé libre y sacia todos los deseos de tu cuerpo. Siembra la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria y todos los demás pecados por el mundo. Cuando nazca tu hijo, no lo bautices y mátalo. Nadie lo sabrá, excepto yo, que me regocijaré en ti. Coge ahora tres piedras, ponte delante de esa cruz, repite mis palabras y haz lo que te mande. Concluído esto, bailaremos todos y nos entregaremos á la orgía, hasta que la aurora empiece á colorear las nubes en oriente.

Osiñbeltz cogió las tres piedras y se dispuso á obedecer.

—Repite mis palabras: «¡Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegación! ¡Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas! Reniego de ti, y me voy con el eterno Proscripto, con el gran libertador.» Apedrea la cruz.

Había estado Grachina presenciando esta escena con una curiosidad mezclada de terror y de repugnancia inaudita. Sus piernas flaqueaban, y sin embargo, levantaba la cabeza cuanto podía para mirar por encima de los hombros de los que estaban delante de ella. Pero al escuchar las blasfemias repetidas por la Miquela y ver la primera piedra lanzada por ella rebotar en el leño de la cruz, dió un salto hacia atrás y exclamó horrorizada:

—*¡Ah, Jesús ona! ¡Ene andre biryina María!* (1).

Estas palabras, aunque pronunciadas á media voz, resonaron á gran distancia con un dulcísimo timbre cristalino. Un alarido de desesperación y rabia contestó á ellas, y toda aquella obscena y sacrílega chusma, como ceniza aventada por el huracán, se despeñó monte abajo ó se sumergió en las brumas del horizonte, quedando sola en medio de la alta planicie la pobre Grachi-

(1) ¡Ah buen Jesús! Mi señora Virgen María!

na, ya medio muerta de miedo y de pena. La hermosa niña se arrodilló ante la cruz, lloró mucho, pidió perdón á Dios de su pecado, se encomendó á la Virgen Santísima, y herida en el corazón, tras un congojoso grito, cayó en tierra exánime.

Un ángel más radiante que el sol y más perfumado que un jardín en Mayo, bajó lentamente, se cernió sobre ella, recogió su alma fugitiva del cuerpo, y la subió al cielo.

. . . .

. . . .

Varios arrieros que aquella noche atravesaron el puerto de Otsondo, dijeron al día siguiente que á eso de las dos de la madrugada habían notado sobre el Archuri un resplandor como de arco-iris, pero mucho más brillante; que los pájaros, creyendo sin duda que aquella tornasolada luz era la de la aurora, habían prorrumpido en trinos y gorjeos; que la claridad fué subiendo hacia arriba hasta extinguirse completamente; y que habían oído como repicar campanas, música como de arpas, y cánticos dulces y lejanos.

Tres días después, los pastores de Urdax y Zugarramurdi encontraron el cadáver de Grachina en la cumbre de Archuri, hermosa como en vida, sin más detrimento que la palidez de sus labios y mejillas.

Los hechos que forman el cuadro de esta preciosa leyenda, concuerdan en lo sustancial con la historia. Según la que publicó Llorente *De la Inquisición de España*, en los días 7 y 8 de Noviembre de 1610 (1), los Inquisidores de Logroño celebraron solemne auto general de fe con cincuenta y tres causas: once de relajación, veintiuna de reconciliación, y otras veintiuna de penitencia de sospechosos y delincuentes. Los once relajados

(1) Al año siguiente del famoso proceso seguido en el Labourd y el Béarn por los dos jueces delegados del parlamento de Burdeos, De Lancre y D'Espagnet.

y diez y ocho de los veintiún reconciliados, eran brujos, y estos últimos, que se mostraron buenos confidentes, explicaron muy al por menor la naturaleza, el sistema y los efectos de la secta. Eran los veintinueve brujos de la villa de Vera y del lugar de Zugarramurdi, y al tenor de las declaraciones hechas por María de Zuzayo (que murió arrepentida), los aquelarres que se celebraban en 1610 en el monte de este nombre (1), eran, con pequeñas diferencias, lo mismo que el que acaba de presenciar en Archuri ó Peña-plata la incauta Grachina. La explanada, el numeroso concurso de brujos y brujas, el trono del formidable cabrón que en medio de ella se levanta; las adoraciones inverecundas acompañadas de inmundo besuqueo; el remedo sacrílego del Santo Sacrificio; la fórmula de la abjuración empleada en la recepción de los neófitos; la marca que á estos se pone; el poder que se les da al entregarles el asqueroso reptil que ha de acompañarles toda la vida: en todo esto conforman sustancialmente la leyenda y la revelación histórica, de tal manera, que parece aquella sugerida por esta. Sólo hay diferencias en algunos accidentes: así, por ejemplo, en la declaración que ante los Inquisidores de Logroño prestó María de Zuzayo, los aquelarres ó reuniones son los lunes, miércoles y viernes de cada semana, además de algunas festividades solemnes, como las Pascuas y otras de las que más celebran los cristianos; el que dice la *misa negra* es el mismo Satanás, preparando el altar y todo lo necesario seis ó más demonios de inferior categoría; el propio Satanás es también el que pone con la moneda de oro la marca del sapito en la pupila al neófito, además de señalarle con las uñas de la mano izquierda en la parte del cuerpo que le acomode; y el reptil que éste entrega, no es un lagarto como el que dió el

(1) Este monte, que el ingenioso autor de las *Leyendas vascongadas*, D. José María de Goizueta, eligió, en consonancia con el dato que suministra el *auto de fe* de Logroño, para escena de su interesante poemita en prosa titulado *Aquelarre*, se halla situado entre Zugarramurdi y Echalar, y está completamente aislado, rodeado de jarales y cercado de peñascos y torrentes. Es distinto del monte Archuri, que llamamos hoy *Peña-plata*.

cabrón á la Miquela al hacer ésta su abjuración y su pacto infernal, sino un *sapo vestido*, que debe el devoto cuidar con todo esmero para lograr por su medio, como en la leyenda por medio del lagarto, cuanto se le antoje en el mundo y sacar de él el licor para sus unturas y filtros.

Supónese que los efectos fisiológicos del veneno del sapo son muy parecidos á los de la hierba digital, y que suministrado á los perros, los adormece (1). Según esto, no sería violento admitir una de las explicaciones que reseña el docto Pedro de Valencia de los fenómenos de la brujería, y que un elegante escritor moderno (2) condensa en estas frases: no van (los brujos) á congregaciones, aunque piensan ir; ni se transportan de un sitio á otro, aunque creen hacerlo; ni hacen allí lo que se dice, aunque lo tienen por cierto, consistiendo todo en que los ungüentos les producen sueño, y el demonio, en virtud del pacto, les representa en la imaginación mientras duermen, todo lo que, después de despertarse, creen haberles sucedido (3). No estaba distante de esta opinión el inmortal Cervantes cuando en su famoso *Coloquio de los perros* ponía estas juiciosas razones en boca de la hechicera Cañizares: «hay opinión que no vamos á »estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa »el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después »contamos que nos han sucedido: otros dicen que no, sino que »verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas »opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nos-

---

(1) Esto afirma el Dr. Fornara de Taggia en unos curiosos estudios publicados en Génova que cita en su *Oasis* el Sr. Mañé y Flaquer.—NAVARRA, XXXIX, página 458, nota.

(2) *Oasis*, loc. cit., p. 457 y 458.

(3) El proceso de Logroño y otros de igual índole fueron ocasión de que se publicaran en España obras sobre la brujería, y se cita como muy notable una de D. Martín de Arlés y Andovilla, canónigo de Pamplona, que se titula: *De las supersticiones. Contra los maleficios y sortilegios que prevalecen hoy en el mundo.* Esta obra fué escrita en latín é impresa en París. Otra del mismo género escribió el P. Fr. Martín de Castañaga. El Sr. Mañé y Flaquer, de quien tomamos esta noticia, no da su título.

»otras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; »porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamen»te, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdade»ramente.»

El campo de las supersticiones es muy vasto: no podemos recorrerle todo. Quiero no obstante recordar que, no hace muchos años, ocurrió en el pueblo de Muez—valle de Guesálaz—un suceso que contribuyó por algún tiempo á refrescar en nuestro siglo XIX la creencia en los *duendes*. El brujo, ya lo hemos visto, puede ser pícaro ó inocente, activo ó pasivo, responsable ó irresponsable: uno puede creerse brujo de buena fe, sin serlo realmente; pero el duende tiene que ser siempre y forzosamente un impostor, un gran bellaco.

Sucedió, pues—y cedo la palabra al elegante autor de los *Episodios militares* (1), que lo refiere con su pintoresco y animado estilo,—sucedió que al principio de la guerra carlista, llamada por entonces de Navarra, estación en que el maíz se empina y la patata ahonda, una brigada del ejército de la Reina, tras larga jornada, se detuvo á pernoctar en el lugar de Muez. Su situación está en alto, los alrededores frondosos, huertos en torno: los castañares y hayas van después. El lugar es corto, y sobre corto, estrecho para tanta gente.

Con olvido del orden se repartió la tropa sin boleta á ciento por casa, y sobraron cientos.

Apenas distribuída la fuerza de servicio, cerró la noche, sin que obstruyeran las boca calles con reparo alguno; y como en aquella época no había Administración militar y los vecinos de la anterior etapa y de la presente se habían huído casi todos, aquello, en reducidos límites, era Babilonia sin pan ni agua. Con hambre los soldados, cada cual tomó vientos, alejándose algunos de las avanzadas, cual aconteció al cabo Rando y cuatro compañeros, no tan culpables como quien expuso sus tropas á

(1) D. Antonio Ros de Olano, marqués de Guad-el-Jelú.

los riesgos de una sorpresa en la situación más comprometida: de lo que pudieron sacar partido los contrarios á punto de que no quedara quien pudiese dar cuenta de la derrota.

. . . .

El caso era prevenir la cena. Juntáronse para este acto los camaradas en rancherías parciales, y 6000 hombres encenderían sobre dos mil fogatas.

La leña estaba verde, las calles húmedas y pantanosas, la niebla no dejaba ascender el humo; y se armó un infierno que lo atizaban las caras más atrevidas de los más fieros diablos con los carrillos inflamados y los bigotes tiesos.

. . . .

La cena de los soldados en campamento es tan escasa como larga: tiene parte de la colación del cenobita y mucho de la orgía: fríen primero la carne, generalmente con sebo; se la comen hebra por hebra; beben, fuman, charlan, siempre al amor de la candela, porque es una propiedad momentánea de que son tan avaros como frailes de la cama, y entre sorbos, bocanadas de humo que huelen á pimentón, sueltan chistes de la boca, y de las manos dejan caer patatas en las ascuas, que mientras las asan, las pelan y se las comen, pásase la noche, suena la Diana y vuelven á la noria.

. . . .

La noche de Muez había una ranchería compuesta de cinco imprudentes soldados, excéntrica de las otras, y contigua á las tapias de la aldea, á igual distancia de dos guardias avanzadas, y sentados á la redonda los cinco hombres sobre sus respectivos morrales hacían arder la fogata que daba gusto.

Un soldado de bigote chamuscado, pequeñuelo y más feo que Picio, dando vueltas á una ascua entre los dedos, díjole á otro que tenía todo el aspecto de un novicio y vestía pantalón de lienzo:

—Novato, alarga un pito.

El otro, que bien claro dejaba ver que era un quinto, le alar-

gó con presteza su cigarrillo de papel, y el veterano lo encendió sin darle gracias.

De allí á poco otro soldado tan feo como el primero y más amenazador, dijo al segundo:

—Oyes, *recluta,* me secaste el fusil?

—Sí, señor, camarada Romero.

—Le diste aceite?

—Sí, señor.

—Es que sino...

Apenas el soldado Romero había empezado su amenaza, cuando otro de los compañeros dirigió la palabra muy imperiosa al humilde quinto:

—Quintarraco, anda por agua.

El malhadado se levantó ranqueando, y volvió lo mismo de allí á un rato con una fiambrera llena de agua; apuráronla los demás, y el último le arrojó al rostro el sobrante. Todo lo sufría el paciente. . . . .

. . . .

De allí á un instante, por el lado del campo, se oyó un cencerro como de bestia que pacía, y de los cinco, dijeron los tres más maleantes: —Vamos á ver qué casta de bicho sea ese, y si sale vaca la ordeñamos, si sale cabra nos la mamamos, si es cerdo lo descuartizamos, y si es jaco servirá mañana de bagaje.

—Alto ahí, muchachos—exclamó el cabo Rando; y el cencerro se oía cada vez más cerca y pausado.—Alto ahí, chicos, que no sabéis vosotros cómo anda el andergue del mundo, que digamos.

—Pues qué hay?—dijeron todos.

—Hay—repuso el cabo—que las brujas se cuelgan esquilas como las cabras para atraer los machos cabríos, y luégo que los tienen engatusados se montan en ellos y son capaces de cualquier fechoría.

El quinto se persignó dos ó tres veces, y el cencerro continuaba sonando.

—No hay más que lo dicho. En Abárzuza estaba yo una

noche de avanzadilla, y oí un són tal como ese, fuíme á él, y me pareció que veía una cabra; pero como yo diese en perseguirla, se puso en dos piés la tal cabra, que no lo era, me arrojó las tetas que eran dos pedruscos, cada uno como mi cartuchera, y los dos me dieron en salvo la parte (señalando la barriga), pero tan fuerte que caí redondo: entonces ví cosas del otro mundo, y fuí á amanecer al hospital cubierto de unas heridas que los practicantes decían ser de bayoneta, y yo me sabía que habían sido hechas con las uñas de la bruja. Con que no os metáis, muchachos, que en la guerra, mientras no nos lo manden, lo mejor es la del *cuquis*.

El cencerro cada vez se anunciaba más cerca, y el cabo, volviéndose muy socarrón hacia donde sonaba, torciendo el gesto, levantó la voz y dijo:

—Hermana salcocha, á mí no me la cuela, que yo ya soy perro viejo: muchachos, arrojarle un mendrugo para que coma y nos deje en paz.

—Anda tú—dijo Romero al recluta—y tírale esta patata cruda, que de menos hizo Dios al soldado.

El pobre quinto, que todo lo entendía bajo pena de obediencia, armado de su patata se puso en pié; pero no bien había cobrado posición, cuando á boca de jarro estalló un fusilazo que lo volcó patas arriba, y al caer espirante sobre las ascuas, sólo le quedó aliento para pronunciar estas últimas palabras:

—..... ¡Adiós mundo!

Al fracaso huyeron los compañeros, y un aullido salvaje vomitó el grito subversivo de *¡Viva Carlos V!*

Pusiéronse en alarma las patrullas y guardias avanzadas, y prendieron á un joven del país, de rudas y atléticas formas, cubierto de una boina azul y un esquilón colgado del pescuezo. En aquel punto mismo lo hicieron trizas, y apenas les quedó tiempo para más operación, y tuvieron que replegarse, porque instantáneamente rompió un fuego vivísimo el enemigo, y las balas crugían por todas partes.



CAPÍTULO VII

Mesa revuelta: la estética del navarro: leyendas, mitología. Poesía erudita; poesía popular; los versolaris.—La música: compositores, instrumentistas. El zortzico. Las danzas.—Las fiestas éuskaras

No se cita ninguna composición poética éuskara del tiempo pasado, que por la trascendencia del pensamiento ó por el lujo de las imágenes y pompa de la versificación, pueda ponerse al lado de las grandes creaciones literarias con que los genios de otras razas han dotado á la humanidad. Esto lo confiesa un muy distinguido escritor y poeta navarro (1). Y sin embargo, por las razones que él mismo desenvuelve, este fenómeno no acusa en el pueblo vasco inferioridad de sentimiento estético respecto de los demás pueblos europeos.—Un terreno erizado de apiñadas mon-

---

(1) D. Arturo Campión en su excelente artículo *La poesía popular vascongada y sus relaciones con la capacidad poética de la raza éuskara*, dando cuenta en la *Rev. éusk.* (t. I, p. 54 y siguientes) del *Cancionero Vasco*, ilustrado y publicado por D. José de Manterola: San Sebastián, 1877.

tañas, que le dan el aspecto de un inmenso mar petrificado; un terreno cubierto de tupidos bosques, surcado por profundos y escondidos valles, bañado en la reducida extensión de sus costas por un Océano tempestuoso é inhospitalario, que no ha permitido que las quillas de los barcos extranjeros rompan sus revueltas aguas; sin más tesoros en las entrañas de sus montes que el duro hierro con que se forjan armas defensoras de una noble independencia, ni más adorno que el robusto roble que sirve de dosel á libertades patriarcales; de cielo triste y lluvioso que deja caer perennemente melancólicas nieblas sobre los picos de gigantescas sierras; un terreno semejante era una fortaleza destinada por la Providencia tan sólo para mantener vivos el espíritu, las costumbres y la lengua de razas ya borradas del mundo de la historia. El aislamiento ha sido la causa principal de la carencia de una gran literatura en los pueblos euskaldunas; pero al propio tiempo que esta planta carecía allí de fomento, la poesía popular se desarrollaba lozana, acreditando que aquella raza no nació privada de sentimiento estético. Hoy que el genio nativo recibe impulso del comercio de ideas que la euskalerría mantiene con las más adelantadas naciones extranjeras, el estro de los poetas navarros raya tan alto como el de cualesquiera otros poetas peninsulares, y todos los días dan testimonio de la verdad de este aserto las composiciones líricas premiadas en los certámenes que abre la *Asociación éuskara navarra*, iniciadora de tan provechosas y fecundas lides.

La fuente de la inspiración no se cegó nunca en ese suelo: corre hoy copiosa con curso más regular y constante que en los pasados tiempos; mas no puede decirse que faltaran jamás en absoluto manifestaciones espontáneas de feracidad imaginativa en los habitadores de la vertiente meridional del Pirineo. No hemos de ocultar un hecho á todos patente: hasta ahora las antiguas producciones poéticas vascongadas que corren por el mundo culto con el nombre de *leyendas* y *canciones*, más que á la Vasconia española, pertenecen á la francesa, y esto consiste

en que los filólogos colectores de tales creaciones han sido literatos extraños á nuestro país. El Rdo. Wentworth-Webster, M. Julien Vinson, y antes que ellos considerable número de escritores franceses, ingleses y alemanes, han recogido en florilegios más ó menos apreciables las inspiraciones anónimas repetidas de boca en boca en el Labourd, la Baja-Navarra y la Soule. Consignaron en elegantes páginas lo que oyeron referir á toda clase de personas, en las ciudades, en las aldeas, á los caseros, á las criadas, á los sencillos labradores, á los mismos pastores que apacientan sus rebaños entre Bayona y Sara, entre San Juan de Luz y Ainhoa, entre San Juan de Pié de Puerto y Roncesvalles. Nos falta un *Folk-lore* vasco español, que complete la meritoria empresa comenzada por Araquistáin con sus *Tradiciones vasco-cántabras* y continuada por Manterola con su *Cancionero vasco;* los cuales, sin embargo, no han dejado de incluir en sus colecciones poesías y leyendas del país vasco-francés. Y no obstante, bien podemos asegurar que los antiguos destellos del genio poético navarro no nos son desconocidos. Porque si la que hoy llamamos Navarra francesa formó siempre parte de la corona de Navarra hasta el reinado de Carlos V, sin más intervalo que los diez y ocho años que transcurrieron entre las turbaciones sobrevenidas por muerte de D. Alonso el Batallador (en 1134) y la rebelión de sus pobladores vueltos al dominio de D. Sancho el Sabio en 1152, es claro que todo el caudal poético y legendario recogido en la Baja-Navarra, es riqueza nuestra de pleno derecho, ó por lo menos riqueza éuskara, sin distinción de tierra de aquende ó de allende el Pirineo. Nuestros vascones, pues, tienen perfecta razón para considerarse en cuanto á su abolengo lingüístico y literario (si literatura puede llamarse este género de producción intelectual á que nos referimos) como pueblo completamente extraño á España y Francia, y hacen muy bien en acoger con aplauso, sin reservas de asombradizo patriotismo peninsular, cuantas publicaciones dan á conocer nuevos descubrimientos de antología éuskara verifica-

dos en una ú otra región pirenáica.—Y basta con este exordio para entrar de lleno en la materia del presente capítulo.

Cierta confusa reminiscencia de los países que los primeros éuskaros habitaron, es según el sistema de Agustín Chaho, la causa de que la imaginación de nuestros vascones se haya forjado en los Pirineos seres misteriosos y extraños, que sirven como de lazo supersticioso entre la creación material y visible y el mundo fantástico de las larvas y espíritus. El mito de *Bassa-Jaon* ó del *Señor de los bosques* (1), especie de monstruo de faz humana, unas veces con dos ojos y otras con uno solo, que ya mora en los negros abismos, ya en lo profundo de las selvas, es el más popular de todos ellos. El *Bassa-Jaon* es de alta estatura y de fuerza prodigiosa: su cuerpo está todo cubierto de largo vello lacio: anda derecho como el hombre, lleva un palo en la mano y supera en agilidad á los mismos ciervos. Pero al *Bassa-Jaon* se le oye más á menudo que se le ve: le oye el viajero medroso que al caer la noche acelera el paso en el valle, ó el pastor que huye con su rebaño de la tempestad que se aproxima: óyense éstos llamados por su nombre, que repercute de colina en colina. Óyenle formulando extraños aullidos cuando su voz se une al rumor de los vientos y á los sordos gemidos que arranca á la selva el primer estrépito de la tempestad. Óyesele también cuando uno siente que un sér invisible le sigue y que sus pasos forman detrás un eco cadencioso. Se le ve sin embargo á veces á la rápida claridad del relámpago, alzado en medio del pinar, ó acurrucado sobre algún tronco podrido, separando de su frente los mechones de largas crines por entre los cuales centellean sus ojos.—Cuenta el vasco al amor de la lumbre el encuentro que tuvo con el Señor-salvaje cuando era joven y hacía vida de pastor: marca la hora y el sitio, describe

(1) *Bassa-Jaon*, *Basa Jaon* y *Baso Jaun*: de todas estas maneras se escribe el nombre del terrible *Señor salvaje* ó *Señor de los bosques* entre los colectores de leyendas éuskaras.

el paisaje, y no vacila en confesar su miedo, del cual participa el infantil auditorio, que con ávida curiosidad escucha el relato del abuelo.

Era una noche oscura y fría de invierno: los vientos silbaban en las ramas de los árboles, la niebla descendía, y caía blanca y helada la nieve. El pastor, de vuelta de la montaña, caminó hasta media noche, y se vió precisado á detenerse en el bosque porque la densa bruma le ocultaba el camino. Un tronco de árbol, cortado á la altura de las ramas, le obstruye el paso: el montañés le toca maquinalmente con su cayado, y de repente el tronco, que parecía inanimado, da un enorme salto, la nieve que le cubría cae como un velo, y déjase ver al pastor, inmóvil de espanto, *Bassa-Jaon* rugiendo como una fiera, con los ojos encendidos y la crin erizada.—El narrador del hogar cuenta este extraño suceso con tono de verdad y convicción, como si él hubiera sido el héroe de la aventura; pero lo cierto es que él oyó relatar el hecho á su padre, quien á su vez lo había oído contar á su abuelo. «Probable es, dice Chaho, que retrocediendo de generación en generación hacia el origen del cuento, se llegase á través de miles de años á los tiempos en que los éuskaros tenían su asiento en el África, porque el *Bassa-Jaon* de los vascones es simplemente el orangután que sugirió á los antiguos egipcios y griegos los mitos de los silvanos y los sátiros.—El solo nombre de *Bassa-Jaon* dado al orangután por los éuskaros, expresa con toda sencillez la extrañeza y miedo que se apoderó de ellos al aspecto del animal antropomorfo. Aun en nuestros días el negro de las costas africanas se figura que el mutismo del mono grande es una astucia que él emplea para esquivar la tiranía de los blancos y los penosos trabajos de la esclavitud.—El éuskaro, más observador, no tardó en reconocer en aquel animal un sér desprovisto de razón, privado de la palabra é inferior al hombre tanto cuanto la reflexión se sobrepone al ciego instinto, y conmemoró este resultado de su inteligencia en la fábula de *El Herrero y el Bassa Jaon*, en

que el artesano agarra por las narices al Señor-salvaje con unas tenazas hechas ascua: forma que, aunque pueril, entraña este significado filosófico: el Señor-salvaje es una bestia, un irracional, un mono; y el hombre un sér inteligente y perfecto: *guizon (gu-iz-on).*

Hay en el país vasco otros cuentos en que Bassa Jaon aparece aún más tonto que Bertoldo, y tal es el de Ancho (1). Cierto seminarista, para maldecirle por la iniquidad que había cometido perdiendo á una doncella de la casa de Ithurburu, le obliga á dejar el agujero donde estaba retraído, en los Alduides, diciéndole que salga á ver un sombrero que cubre dos cabezas á un tiempo mismo (2). Sale el mentecato de su escondrijo, y dice muy engreído al seminarista: Yo sé de otra maravilla más grande que esa, y es que no hay fuente en los Alduides que se oculte á mi vista, y que en todas he bebido.—Pues no volverás á beber en ninguna, repuso el estudiante; y habiéndole maldecido, le dejó inutilizado para siempre.

El mismo protagonista, entre feroz y bobalías, figura en otro cuento visiblemente tomado de la invención homérica que cuenta el apurado trance en que se vió Ulises con Polifemo y sus cíclopes antropófagos. Aquí Bassa-Jaon, como el gigante sículo, tiene un solo ojo.—Volvían á su casa juntos y caminando muy contentos dos soldados de un mismo pueblo que acababan de obtener su licencia. Sorprendióles la noche dentro de un bosque, pero como al anochecer habían visto salir humo en cierta dirección, hacia allí dirigieron sus pasos, y se encontraron á la puerta de una mala borda. Llamaron, y una voz desde dentro les preguntó:—¿Quién va? —Dos camaradas, contestaron.—¿Qué buscáis?—Alojamiento para esta noche.—Ábrese la puerta, entran los dos soldados, y ciérrase de nuevo. Aunque muy valientes ambos,

(1) *Ancho*, como equivalente á *Sancho*, es mote puesto al Bassa-Jaon idiota.

(2) Forma parte, bajo el n.° 29, de la colección reunida por Cerquand, publicada en el *Bulletin de la Société des sciences, lettres et arts* de Pau, y la incluye M. Vinson en su *Folk-lore du Pays Basque.*

quedaron aterrados al verse en presencia de un Bassa-Jaon, hombre en la figura, pero todo cubierto de pelo y con un solo ojo en medio de la frente.—Bassa-Jaon les dió de cenar, y terminada la cena, los pesó á los dos y dijo al más gordo: tú para esta noche, ese para mañana; y sin más preparativos, le trinca con un enorme asador, atravesándole de parte á parte, vestido y todo; le pone á asar y se lo come. Preséncialo el otro espantado, y no sabe qué hacer para salvar la vida. Bassa Jaon se queda dormido después de la nefanda cena: entonces el soldado se apodera del asador que había servido para tostar á su pobre compañero, lo hace ascua, se llega cautelosamente al monstruo, y se lo introduce en su único ojo. Bassa-Jaon despierta dando alaridos de dolor, y la emprende con el pérfido huésped, buscándole á tientas por todos los rincones; pero el soldado se refugia en el establo entre los corderos, de donde sin embargo no puede salir por estar cerrada la puerta. Al otro día de madrugada abre el terrible dueño la puerta del establo, y presumiendo que está allí el soldado, para apoderarse de él resuelve que sus corderos salgan uno á uno, pasando por debajo de sus piernas; mas el soldado era ladino, é imagina desollar un cordero, cubrirse la espalda con su piel, y salir á gatas, dejando burlado al gigante cuando éste fuera tentando el vellón de los corderos al desfilar de aquella manera. Pónelo por obra, pero hizo su mala suerte que la piel que le cubría se le quedase á Bassa-Jaon entre las manos, dándole claramente á entender que el hombre se le había escurrido.—Corría el soldado á todo correr, y Bassa-Jaon detrás dando mil tropezones, y desesperando de alcanzarle, le grita: Oye, toma, para que cuando estés en tu casa puedas referir á todos tu hazaña. Y le arroja un anillo. El soldado lo recoge y se lo pone en el dedo, pero el anillo empieza á hablarle y le dice: aquí estoy! aquí estoy!—Corre el soldado: el monstruo ciego corre detrás: parecen los dos cuerpo y sombra.—El soldado, rendido, viéndose ya en poder de Bassa-Jaon, al acercarse á un río, intenta arrojar allí el anillo; pero no puede sa-

cárselo. Entonces se arranca el dedo, y lo tira con el *anillo* al río. Y como desde el fondo del agua el anillo seguía chillando: aquí estoy! aquí estoy! Bassa-Jaon, al oir esta llamada, se precipita en la corriente, y en ella se ahoga.—El soldado pasó muy tranquilo el río por el puente, y llegó contento á su aldea (1).

No afirmaremos con M. Chaho que los mitos de los *vascos* tengan su origen probado en los vagos recuerdos de las peregrinaciones de la raza éuskara por el Asia y el África en tiempos remotos; pero sí que debe darse alguna importancia á los relatos en que se consignan apariciones del hombre de las selvas en los Pirineos occidentales. En esos montes ha habido—no diremos que los haya hoy—verdaderos salvajes, y su antigua existencia no puede ponerse en duda por más inexplicable que á primera vista parezca; de modo que en la invención del Bassa-Jaon acaso no todo es superstición y poesía.—El ingeniero Le Roy, que á fines del siglo pasado (en 1790) dirigía ciertos trabajos de corte y extracción de maderas para la arboladura de la marina, refiere en una de sus memorias científicas que unos obreros que trabajaban en el bosque de Irati, observaron diferentes veces á dos individuos de aquella clase. Uno de los salvajes, mujer de larga y negra cabellera, iba enteramente desnuda, y era notable por sus formas elegantes y sus facciones de gran regularidad y belleza, á pesar de su extremada palidez. Acercóse un día á los trabajadores y los miraba aserrar árboles, con más apariencia de curiosidad que de temor, y las palabras que entre sí se dirigían aquellos excitaban visiblemente su atención. Animada al ver que nadie la ofendía ni molestaba, volvió al día siguiente á la misma hora: los obreros habían formado el propósito de apoderarse de ella si podían conseguirlo sin hacerle daño; uno de ellos se le acercó arrastrando y con mucha cautela, mientras otro de sus

(1) VINSON: *Le Folk-Lore du pays basque:* p. 43 y siguientes. Tomado de Cerquand, el cual lo recogió de Jean Sallaber de Aussurucq.

compañeros hablaba en alta voz y gesticulando con viveza para distraerla; pero en el momento en que el leñador alargaba el brazo para asirla por la pierna, un grito de alarma salió del vecino bosque, advirtiendo á la muchacha el peligro que corría; dió ella entonces un enorme salto con agilidad sorprendente, huyó hacia la selva con la rapidez del relámpago, y no volvió á vérsela más, ignorándose la suerte de la pareja salvaje (1).

Creemos que este mito del Bassa-Jaon ha podido muy bien originarse en las lóbregas é imponentes soledades de las selvas pirenáicas: porque es de advertir que siempre para el poeta éuskaro fueron temerosas é imponentes las profundidades de los bosques, principalmente al internarse en ellas de noche. Si el Bassa-Jaon es creación de la fantasía popular en la montaña, habrá probablemente nacido como sér terrífico, gigantesco y fuerte, con todos los caracteres del ente sobrenatural mixto de hombre y fiera, dotado del dón de ubicuidad y de otras cualidades maravillosas, cual lo representan algunas leyendas, recorriendo cual impetuoso huracán tranquilos valles, montes enhiestos y precipicios espantables, arrasando los campos, tronchando las selvas y sembrando por doquiera la ruina y la desolación. Escritores eruditos como Francisque-Michel, Chaho, Cerquand y otros, han intentado esclarecer los orígenes de este monstruo fabuloso, sin haber conseguido averiguar acerca de él nada positivo; pero se nos figura que no hay necesidad de buscar la solución del problema en vagas reminiscencias de una prodigiosa peregrinación de la raza éuskara, iniciada en los páramos de la Iberia asiática, que puede no haberse verificado jamás.

Lo que sí parece importación probable es otra leyenda, la del *Tártaro*, la cual ha venido paulatinamente á confundirse con la del Bassa-Jaon hasta adulterarla, produciendo ese otro mito de la selva, ora terrible, ora menguado é idiota, que con el nombre de *Ancho* sirve de hazmerreir aún á los niños. El Tártaro, en su

(1) *Los Pirineos*, cuarto artículo. *Rev. éusk.*, t. II, p. 281.

leyenda matriz, es como un primer esbozo de la fábula de *Ovidio* de *Acis y Galatea*, siendo el monstruo el gigante Polifemo, perseguidor de la ninfa. Esta que llamamos leyenda matriz es muy sencilla, y reza lo siguiente: Un rey tenía un hijo que por castigo de cierto delito fué convertido en monstruo. Sólo casándose podía recobrar la forma humana que había perdido. Vió á una hermosa joven y se prendó de ella, pero la doncella le repelió *por* miedo. Quisó el Tártaro darle su anillo y la doncella lo rehusó; pero se lo envió por conducto de un apuesto galán. Tomólo ella, mas en cuanto se lo puso en el dedo, empezó el anillo á chillar: «tu ahí y yo aquí!» y como el anillo seguía chillando y el monstruo corría detrás, llena de espanto la doncella por el temor de ser alcanzada, se cortó el dedo, lo arrojó á una corriente profunda que encontró en el camino, y allí el Tártaro se ahogó.

Mas no por esto se crea que el Tártaro éuskaro es copia comprobada de la mitología griega y latina, porque la idea del cíclope de un ojo solo procede del Occidente y no del Oriente, de donde tomó el genio helénico sus principales fábulas. El docto é imparcial Webster plantea en sus *Leyendas vascas* este problema. «Dejo á los estudiosos el averiguar si las razas itálicas de la Magna-Grecia y de Sicilia estuvieron ó no en contacto con los vascos, y si tomaron ó no de ellos la forma especial de sus cíclopes legendarios (1).» M. d'Abbadie, por su parte, dice resueltamente en su memoria sobre las leyendas del Tártaro (2), que la que acabamos de transcribir la oyó en el mes de Junio de 1843 en la Abisinia, en boca de un hombre que no había salido nunca de aquel país. Para hacer conjeturas acerca de la tierra nativa de este mito, hay que tener presentes las demás formas bajo las cuales se le presenta. El Tártaro y el Bassa-Jaon vienen á ser en otras leyendas una misma entidad: el anillo parlante, el ojo único, la voracidad y la fuerza ciclópeas, y en muchos casos

(1) *Basque Legends*, p. 2.
(2) Memoria dirigida á la Sociedad de Ciencias de Bayona.

la estulticia, son accidentes comunes á varios cuentos en que son protagonistas ya el uno, ya el otro. Podría acaso decirse, en suma, que el *Bassa-Jaon* terrible, creación original éuskara, pasó á la fábula griega y latina, donde se modificó tomando las variantes del *Ancho* y del *Tártaro*, monstruoso pero imbécil, semejante al demonio de la Edad media, de quien se burlaba muy á menudo el hombre: y que el Tártaro no es más ni menos que el Cíclope de los poetas griegos y latinos, mezcla asimismo de terrible y de ridículo. En un punto solo, observa el docto vascófilo Rdo. P. Fita, se separa la narración éuskara de la clásica griega y latina, es á saber, en el *anillo parlante*. Este mágico accesorio, no es propio solamente de nuestras leyendas vascas: Mr. Webster lo encuentra en leyendas escocesas y en otras de la colección de Grimm, como la de *El Bandido y sus hijos*; pero de esto no se deduce que haya venido importado ese accidente á la Vasconia desde lejanas tierras (1), cuando puede muy bien de la nuestra haber pasado á aquellas. No olvidemos esta especie que hemos notado ya en la *leyenda de Aitor* (2): Un monstruo, un cíclope fué el progenitor del *celta:* el padre de éste, el feroz *Celtus*, nos trajo la raza infecta de los gigantes; nuestros nietos llaman al celta el *Tártaro*, cuando en las veladas de invierno, escuchando las consejas del tiempo pasado, se arriman atemorizados al seno materno y tiemblan como las hojas en el árbol con el recuerdo de la ferocidad de los Bárbaros del Norte.»

Al Bassa-Jaon acompaña la *Bassa-Andre* ó mujer de las selvas. Esta se nos ofrece en unas leyendas como hechicera, en otras como una especie de sirena terrestre, mujer hermosa de medio cuerpo arriba, alojada en su gruta y peinando su rizosa cabellera con peine de oro, en apartada montaña.

Las *Lamiñak*, verdaderas hadas, ó *lamias*, apenas se dife-

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. IV, cuad. 3.º.
(2) V. la pág. 165.

rencian de las hadas célticas más de lo que se diferencian entre sí las de Escocia, Irlanda, el país de Gales y el Cornualles ó Baja-Bretaña. Las leyendas en que figuran son casi las mismas en todas partes: bajan á las casas por las chimeneas, se apoderan de los niños no bautizados, los truecan, pero no les hacen daño; cuidan del aseo de los hogares y ejecutan otras cosas en provecho de las familias que protegen; como el Bassa-Jaon y la Bassa-Andre, aborrecen las campanas de las iglesias y escuchan con tristeza su tañido. En otros tiempos fueron grandes constructoras de puentes y aun de iglesias (1), pero solían verse defraudadas en el pago, que era se les entregasen algunas almas al acabar las obras. Fuentes y molinos hechos por ellas, cítanse muchos en las Landas y tierra de Gascuña; pocos en verdad en el país vasco. Háblase en las leyendas de antros de las lamias *(lamiña ziloak)*, que no sabemos en realidad lo que son, aunque deduce el Rvdo. Webster por lo que en el país ha oído referir, que los tales antros ó grutas son simplemente los huecos que hay en los setos, cubiertos por las telarañas. Nada se dice en ellas de sus bailes en rueda sobre la esmeralda de las praderas á la claridad de la luna; pero dando al olvido las fantásticas invenciones de Shakespeare y de Ben Jonson en que figuran Puck, Oberón y Titania, habremos de encontrar muy escasas diferencias entre las lamias éuskaras y las hadas de Walter Scott, de Campbell y de las *Leyendas irlandesas* de Croker. Nota el citado W. Webster una particularidad, á saber, que la *lamiña* vasca lleva con frecuencia el nombre de *Guillén*, equivalente al *Guillaume* francés y al *William* inglés, y que la confusión que tan á menudo suele hacerse entre las brujas y las hadas ó lamias parece ser un indicio de decadencia de la fe é interés con que en otro tiempo se referían sus hechos.

La siguiente leyenda encierra una moraleja inspirada por la

(1) Entre los vasco-franceses pasan por construcciones de las hadas ó *lamiñak* la iglesia de Espés y el puente de Licq. — V. á CERQUAND, Parte I, p. 31 y 32, y Parte II, p. 50 y 52.

creencia en el influjo benéfico de las lamiñak.—«Había una vez un matrimonio. La mujer estaba una noche hilando. Presentóse á ella una hada, y tanto se aficionó á la casa porque le daban todas las noches una magra de jamón, que ya marido y mujer empezaron á cansarse de ella no sabiendo cómo quitársela de encima. Un día dijo la mujer al marido: No puedo ya sufrir á esa hada: ¿cómo haremos para librarnos de su presencia?—Trama entonces el marido ponerse el vestido de su mujer y tomar su rueca sentándose á hilar como hacía ella. La mujer se mete en la cama y el marido se queda solo en la cocina hilando. Viene la hada y le saluda:—Buenas noches, señora.—Buenas las tenga usted—responde él, y sigue hilando.—Toma asiento la hada y le dice: Observo que antes su huso de usted giraba más de prisa, y ahora parece como que anda torpe.—Es verdad: consiste en que estoy cansada.—Y como la mujer tenía costumbre de ofrecerle una magra de jamón, él hace otro tanto.—¿Quiere usted cenar ahora?—le pregunta.—Con mucho gusto—responde la hada.—Pone él la sartén al fuego con un trozo de jamón. Deja que se tueste bien, y cuando ya la sartén está hecha una ascua, saca la magra y se la planta á la hada en la cara. La pobre empieza á chillar, y acuden al punto treinta de sus compañeras.—¿Quién te ha ofendido?—le preguntan.—He sido yo misma—responde ella.—Pues si tú lo has hecho, cúrate tú.—Y se van todas, y desde entonces no volvió á verse la casa fadada. Pero también desde entonces sus dueños vinieron á menos: y de mal en peor, llegaron hasta una espantosa miseria. Si hubieran vivido bien, no hubieran muerto desgraciados.»

Sigue el mito de la *Heren-Suge* ó *Leheren-Sugue*, serpiente de siete cabezas. Suponen los iberistas (1) que este mito, «emblema de las luchas de la naturaleza, es el mismo que el *Leherenus* ó dios de la guerra de los antiguos habitantes de la Novempopulania, pero que en su origen sólo fué un ente benéfico,

(1) Chaho, *Los Pirineos*; Rev. éusk., t. II, p. 131.

poderoso instrumento de Dios en la formación del mundo habitable. Al sonido de la trompeta del ángel *Yao* que anunció el fin de la antigua creación, *Leheren*, el gran obrero de Dios, despertó sobresaltado en su caverna abriendo siete inmensas bocas, de las que salieron los volcanes; en diez días consumió y devoró la antigua tierra, y con su ancha cola, más hábil que la del castor, amasó la nueva en las aguas del diluvio. Después de acabar su obra, la gran serpiente, semejante al gusano de seda que construye su vivienda, se enroscó otra vez sobre sí misma y volvió á dormirse, mecida día y noche por cuatro genios, esperando el despertar de los siglos y la aurora del *tiempo nuevo.*»
—Heren-Suge ó Leheren-Sugue es la forma éuskara de la conocidísima leyenda de San Jorge. Aquí es el mito atmosférico, en que el dragón representa la nube tempestuosa, la doncella figura la tierra, y el héroe es emblema del sol, según la gran leyenda aria perpetuada en las mitologías india, egipcia, fenicia, itálica, céltica, teutónica y escandinava.

La versión pirenáica más antigua es la de la *Serpiente de Isabit.* He aquí en sustancia cómo la cuentan los aldeanos de Bagnères de Bigorre:

Yacía la serpiente descansando su cabeza en la cumbre del Pico de Mediodía, extendiendo su cuello hacia Barèges y ocupando con su cuerpo todo el valle de Luz, Saint-Sauveur y Gédres: su cola estaba enroscada en la hondonada de Gavarnie. Comía una sola vez en tres meses: de lo contrario toda la comarca hubiera perecido. Con una sencilla aspiración de su enorme pecho, hacía entrar en sus fauces, atravesando valles y barrancos, rebaños enteros de ovejas y cabras, vacadas, yeguadas, hombres, mujeres y niños, las poblaciones enteras de muchas aldeas. Después de tan suculenta refacción, se quedaba adormecida y sin movimiento. Reunióse toda la parte masculina de diferentes valles para deliberar sobre lo que convendría hacer para librarse de tan grande calamidad. Después de un prolijo y estéril debate, se levantó un anciano y dijo:—Tenemos

cerca de tres meses de tiempo: talemos todas las selvas de los collados fronteros; traigamos después todas las fraguas y todo el hierro de que podamos disponer, y con la leña cortada fundámoslo todo haciendo una inmensa masa candente. Ocultémonos nosotros luégo detrás de las peñas, y armemos todo el estrépito posible para despertar al monstruo.—Dicho y hecho: todo quedó ejecutado al pié de la letra: despertó la serpiente, enfurecida de que la hubiesen cortado el sueño; dirigió la mirada en derredor por el ancho espacio, y viendo brillar un objeto indefinido en el lado opuesto del valle, hizo una de sus terribles aspiraciones, y toda la ardiente masa, con un ruido semejante al de muchos truenos juntos, se precipitó por el valle arriba hacia la boca del monstruo. Entró éste luégo en horrendas convulsiones: desgajó rocas, volcó peñascos, despedazó montañas, hizo polvo las neveras sacudidas con los coletazos y estremecimientos de su agonía. Rabiosa de sed, descendió al valle y se sorbió todos los arroyos desde Gavarnie hasta Pierrefitte, y en su convulsión postrera se dejó caer de esquena sobre la vertiente de la montaña, y allí espiró. Su cabeza quedó descansando en una hondonada, y á medida que el fuego que devoró sus entrañas se fué extinguiendo, fué saliendo de su boca el agua que había bebido y formó allí el Lago de Isabit.

Para nada figura aquí la princesa libertada, ni los carboneros, ni las bodas, ni las demás circunstancias maravillosas que concurren en las leyendas propiamente éuskaras. Si no fuera por la gran semejanza de estas con las gaélicas ó escocesas, se creería que los cuentos de *El Tártaro agradecido y la Heren-Suge*, *La Serpiente de siete cabezas* y *La Serpiente en el bosque*, de la sección correspondiente á las referidas leyendas éuskaras (1) en la colección del Rvdo. Webster, eran simples traducciones de alguna leyenda francesa.

(1) Á las de la *Heren-Suge*, se entiende. Véanse los tres referidos cuentos en las *Basque Legends* del citado escritor inglés, Sección II, págs. 22 y siguientes. No podemos transcribirlos aquí por su grande extensión.

Para que se vea hasta qué punto tienen afinidad con *la leyenda francesa de San Jorge* y con la fábula de Perseo y Andrómeda estos cuentos éuskaros, en que hace el principal papel la serpiente, daré al lector de una manera abreviada el de *El Tártaro agradecido y la Heren-Suge*, el cual dice así:—Como otros muchos que hay, ha habido y habrá en el mundo, existía un rey que tenía mujer y tres hijos. Cazando este rey un día, se apoderó de un Tártaro: se lo llevó á su palacio, lo encerró en un establo, y mandó anunciar á són de trompeta que estuviesen todos los personajes de su corte reunidos en determinado día para tener con él un gran banquete y mostrarles luégo un animal extraordinario cual no habían visto otro en su vida.

Al otro día estaban los dos hijos del rey jugando á la pelota contra la pared del establo donde se hallaba encerrado el Tártaro, y la pelota se coló dentro. La reclamó uno de los dos, y el Tártaro se la echó por encima de la pared, con la condición de que había de ponerle en libertad.

—Sí, sí—dijo el muchacho: echó á correr con la pelota, y no se volvió á acordar de su promesa.

Volvió de allí á poco á repetirse aquello. Pidió la pelota el otro hermano: devolviósela el Tártaro con la misma condición; obtuvo igual promesa, y sin embargo continuó encerrado.

Á la tercera vez que se coló la pelota dentro del establo, el Tártaro se negó á devolverla si antes no le dejaban libre. Díjole el muchacho:

—Yo no tengo la llave.—Y replicó el Tártaro:

—Vé á tu madre y díle que mire lo que tienes en la oreja derecha, que te duele, y mientras ella examina tu oreja, tú metes la mano con cuidado en su bolsillo y sacas la llave que está allí.

Dicho y hecho. El muchacho quita á la reina la llave y pone en libertad al Tártaro. Pero aquí su apuro. ¿Cómo restituye la llave á su madre?

—Vé á ella, díle que mire lo que tienes en tu oreja izquier-

da, que te duele, y mientras ella examina tu oreja, deslizas cuidadosamente la llave en su bolsillo.

Dicho y hecho. La llave volvió á quedar en poder de la reina, y el Tártaro en libertad. Pero á fuer de agradecido, antes de separarse del muchacho, le dijo:

—Pronto necesitarás de mí. No tienes más que llamarme, yo te serviré siempre.

Llegó el día del banquete, que fué espléndido. Al terminar, dijo el rey á sus cortesanos que iba á mostrarles la maravilla anunciada. Llévalos al establo, y cuál no sería su sorpresa, su corrimiento y su enojo, al ver que en el establo no había nadie!

—¡Quisiera yo ahora—exclamó colérico—comerme el corazón crudo y sin sal del que ha dado suelta á mi presa!

Pasó algún tiempo: un día disputaron los dos hermanos en presencia de su madre, y en medio de la disputa, amenazó uno de ellos al otro con contar á su padre lo que había ocurrido con el Tártaro. La reina, que lo oyó, cobró miedo y dijo al acusado:

—Toma todo el dinero que quieras, y véte donde tu padre no vuelva á saber de ti.—Y al despedirse su hijo, le puso en el pecho la marca que llevaban los hijos de los reyes, que era una flor de lis.

El muchacho se llamaba Peti Yorg. Deja la casa paterna y emprende su camino sin dirección alguna: anda y anda, recorre tierras, gasta su dinero, y no sabiendo qué hacer, llama en su auxilio al Tártaro, que se le presenta luégo. Cuéntale sus apuros, y el monstruo le da este consejo:

—Sigue andando un poco más: llegarás á una ciudad donde vive un rey: preséntate á él, y pídele que te reciba de jardinero. Ese rey tiene tres hijas. Trastorna y arrasa todo el jardín, y al otro día lo verás arreglado, hermoso y florido cual no estuvo nunca. Verás allí tres hermosas flores: arráncalas y preséntaselas á las tres hijas del rey, pero ten cuidado de ofrecer la más hermosa á la hija más pequeña.

Dicho y hecho. Ejecutó Peti Yorg lo que el Tártaro le había aconsejado, y todo salió como él le dijo. Cada cual de las tres hermanas se jactaba de haber recibido la flor más hermosa. Pero la pequeña se fijó más en el jardinero: llevábale ella misma diariamente la comida, y un día se arrojó á decirle:

—Tienes que casarte conmigo.

—No es posible—respondió el muchacho.—El rey no *lo* consentirá.—Y añade la doncella:

—Pues es preciso, porque de lo contrario, pasados ocho días seré yo pasto de la serpiente.

En los ocho días consecutivos llevó ella puntualmente su comida al jardinero. Al entregarle la del octavo día, se despidió de él muy triste.

—Ya mañana—le dijo—no volveré yo á darte de comer.

—Volverás—replicó él;—alguien te asistirá.

Al otro día de mañana va Peti Yorg en busca del Tártaro; cuéntale lo que ocurre: el monstruo le da un hermoso caballo y una espada y le dice: vé á tal punto, allí encontrarás la carroza donde la serpiente se lleva á la doncella; abre la carroza con la espada, corta dos de las cabezas de la serpiente, y quédate con las lenguas.

Dicho y hecho. Acude Peti Yorg á caballo y con su espada al sitio indicado: ve allí á la doncella dentro de la carroza: dícele que abra la puerta; responde ella que no puede ser, porque son siete las puertas y todas clavadas, y pídele por último que la abandone, para que no haya dos víctimas en vez de una. Pero Peti Yorg abre las puertas con su espada y toma asiento junto á la doncella. Y dícele:

—Mira qué tengo en este oído, que me duele.—Y mientras ella lo examina, corta él sin que lo note siete girones de los siete vestidos que lleva puestos. Viene en seguida la serpiente, y encarándose con él, le dice:

—En vez de uno, comeré tres.

Salta Peti Yorg sobre su caballo y exclama:

—Ni uno solo tendrás.—Y empieza la pelea. Córtale con su espada una cabeza, y el caballo otra de una manotada, arráncales las lenguas, y la sierpe pide cuartel hasta el día siguiente; y Peti Yorg desaparece diciendo á la doncella, que llena de reconocimiento y de júbilo quiere llevársele consigo:

—No puedo acompañarte, tengo que ir á cumplir un voto á Roma; pero mañana vendrá un hermano mío y hará algo por ti.

Vuelve la doncella á su palacio, y Peti Yorg á su jardín, y cuando ella al anochecer le trae como de ordinario su comida, dícele él:

—¿Ves cómo la serpiente no te ha devorado?

—No—responde ella;—pero me devorará mañana.

—No por cierto: mañana me traerás también la comida. Alguien acudirá en tu auxilio.

Repítese la entrevista de Peti Yorg con el Tártaro; dale éste otro arrogante caballo, otro traje y una fuerte espada. Reprodúcese también el encuentro con la doncella en la carroza. Ahora las puertas que hay que abrir no son siete, sino catorce, y vuelve ella á suplicar á su paladín que la abandone para que no haya dos víctimas en vez de una. Pero al mero contacto de la prodigiosa espada se abren las catorce puertas: Peti Yorg toma asiento al lado de la doncella, y con el mismo ardid con que el día anterior le había sacado los siete girones sin que ella lo advirtiese, le corta ahora catorce, de otros tantos vestidos que lleva puestos. Acude en el mismo instante la tremenda sierpe, trábase la lucha montando él velozmente en su caballo: la serpiente da terribles saltos, pero Peti Yorg queda vencedor. Córtale una cabeza, el caballo le descuaja otra, arranca el héroe las dos lenguas, y pide ella cuartel hasta el siguiente día.—Nuevas instancias por parte de la agradecida princesa para que la acompañe al palacio de su padre: nuevas disculpas por parte de él, que alega como el día anterior la precisión de ir á cumplir un voto á Roma; y, por último, nueva promesa de mandarle al siguiente día un libertador valiente, primo suyo, que de nada se asusta.

Vuelve ella á palacio, y él á su jardín. La alegría del rey no tiene límites. Al anochecer vuelve la hermosa libertada á dar de comer al jardinero, el cual le dice:

—¿Ves cómo has vuelto, según yo te anuncié? Pues mañana volverás también.

Y la princesa se retiró contenta.—Á la mañana siguiente, volvió el muchacho á verse con el Tártaro y le dijo que á la serpiente le quedaban aún tres cabezas, y que necesitaba de todo su poder y auxilio para acabar con ella.

—No tengas cuidado—le contesta su protector;—ya triunfarás.

Le da una nueva armadura, más preciosa que las anteriores, un caballo de mayor brío, un formidable perro, una espada, y un frasco de agua de olor, y dícele:

—Cuando te vea la serpiente, exclamará: ¡Ah! si tuviera yo una centella entre mi cabeza y mi cola, tú, tu princesa, tu caballo y tu perro, pronto seríais chicharrones. Á lo cual contestarás: si yo tuviera una buena esencia que oler, pronto te cortaría una de tus asquerosas cabezas, y otra te arrancaría mi caballo, y otra mi perro. Entregarás ese frasco á la princesa, encargándole que lo esconda en su pecho, y que en el momento mismo de proferir tú esa amenaza, rocíe ella con el líquido tu cara, tu caballo y tu perro.

Con esto parte confiado: llega donde está la carroza, y le dice la doncella:

—¿Adónde vas? La serpiente va á venir: huye pronto, no haya dos víctimas en vez de una.

—Abre tu puerta, dícele él.

—No es posible: las puertas son veintiuna.

Pero no bien las toca con la espada, ábrense por sí solas. Entonces se sienta á su lado, le da el frasco de esencia, diciéndole el uso que ha de hacer de él: con el mismo ardid de los dos días anteriores, le saca veintiún girones de otros tantos vestidos que lleva puestos, y viene la serpiente gritando con alegría:

—En vez de uno, voy á comerme cuatro!

—Ni cuatro, ni ninguno!—replica Peti Yorg.

Salta sobre el caballo, y empieza la batalla más terrible que nunca. El corcel llegaba con sus saltos á las copas de los árboles, y la serpiente enfurecida exclama:

—¡Ah, si tuviera una centella entre mi cabeza y mi cola, bien pronto tú, tu princesa, tu caballo y tu perro seríais chicharrones!

—Si yo tuviera una buena esencia debajo de la nariz, pronto te cortaría una de tus asquerosas cabezas, y otra te arrancaría mi caballo, y otra mi perro.

Al pronunciar él estas palabras, saca la princesa el frasco, rocía con él al caballero, al caballo y al perro: el joven paladín taja una de las cabezas de la sierpe, el caballo y el perro concluyen con las otras dos, y muere la terrible fiera, quedándose él con las lenguas. ¡Imaginaos el gozo de la muchacha! Quiere que su libertador la acompañe á su palacio, para que reciba allí los plácemes y los agasajos de su padre agradecido; pero él lo resiste alegando tener que ir á cumplir un voto que ha hecho con sus primos, y que á su vuelta irán todos tres á verla.

Pésale de aquella resistencia á la muchacha, pero corre á referir á su padre la feliz aventura. El padre no cabe en sí de gozo al ver á su hija libre por fin de la maldita serpiente, y manda echar un pregón por todo su reino para que, cualquiera que sea el que la haya dado muerte, se le presente á recibir el galardón, trayendo las pruebas de su hazaña.

Al anochecer, volvió la muchacha á llevar su comida al jardinero, y éste la dijo:

—¿Estaba yo ó no en lo cierto al asegurarte que no te tragaría la serpiente?

Y ella le contó llena de júbilo lo que había sucedido, como si él nada supiera.

Mas ¡ay! pocos días después, se presenta en palacio un tiznado y feo carbonero, diciendo que él mató á la serpiente y que

viene á reclamar el premio ofrecido. Al verle la doncella, niega resueltamente que sea él el que consumó la hazaña; afirma que el héroe fué un hermoso y bizarro caballero, y no aquel sucio y despreciable villano. Pero el carbonero saca las cabezas de la serpiente, y el rey declara que en honor á la verdad aquel hombre ha sido sin duda el matador del monstruo fiero. Era el rey hombre de palabra, y como el premio reservado al matador de la serpiente era la mano de su hija, anuncia á ésta que va á ser esposa del carbonero. Ella protesta y se desespera: el padre insiste, y dice que no la dará á ningún otro hombre. Por fin, vista la resistencia invencible de la princesa, el rey, para dar largas al asunto, manda pregonar en todos sus dominios que el que triunfó de la serpiente de seguro ha de ser capaz de correr cualquier otra suerte menos dificultosa, y que, por lo tanto, todos los jóvenes que aspiren á casarse con su hija menor, se presenten á caballo en determinado día y lugar, donde él hará suspender del badajo de una campana una sortija de diamantes, para que el que pasando á galope por debajo la enfile con su espada, sea el esposo de la doncella.

Llegan de todas partes apuestos galanes: Peti Yorg va á verse con el Tártaro, le cuenta lo que pasa, y le dice que necesita de nuevo de su auxilio. Su protector le da un hermoso caballo, un traje magnífico y una soberbia espada, y con tal equipo se presenta entre los otros jóvenes. La princesa reconoce al punto en él al que mató la serpiente, y lo muestra á su padre. Comienza la carrera de sortija, tiene la buena suerte de enfilar con su espada el anillo, y en vez de pararse á recibir los vítores, sigue galopando, desdeñoso del aplauso de los espectadores, hasta que se le pierde de vista. El rey y su hija lo observaban todo desde su balcón, y ven que de allí á poco vuelve el vencedor al circo. Dice entonces la princesa á su padre:

—Padre, llámale.

Y el rey, con acento colérico, le responde:

—No haré tal: se aleja el mal caballero porque rehusa reci-

bir tu mano.—Y esto diciendo, le lanza un dardo que se le clava en una pierna. Pero Peti Yorg sigue cabalgando sin darse por sentido. La princesa sin embargo tenía gran pesar.

Al día siguiente, va como de costumbre á llevar su comida al jardinero. Repara que tiene vendada una pierna, y le pregunta qué le ha pasado. Empieza á maliciar, comunica á su padre sus recelos, hace que éste vaya en persona á hablar con el jardinero y le obligue á descubrir su herida, y entonces ven con asombro que tiene aún clavado en la pierna el dardo que le arrojó el rey.—Oféndese éste de que Peti Yorg le haya engañado tomando apariencias de caballero andante, y deplora tener que entregar su hija á un hombre de tan humilde condición; mas él descubre su pecho y deja ver la flor de lís con que le marcó su madre: el rey queda suspenso sin saber qué decir; la hija clama que aquel joven es su libertador y que solo á él quiere por marido; y entonces dice Peti Yorg al rey:

—Manda que vengan al punto los cinco mejores sastres de la ciudad, y cinco carniceros.

El rey envía por ellos y todos acuden. Pregunta Peti Yorg á los sastres si han hecho alguna vez vestidos con agujeros, y al responder los sastres que no, saca él los girones que había arrancado de los vestidos de la princesa; y les vuelve á preguntar si al entregar ellos dichos vestidos los enviaron con aquellos bocados: á lo que contestan todos unánimes:—¡En manera alguna!

Dirígese luégo á los carniceros, y les pregunta si han matado alguna vez animales que no tuviesen lengua.—No, responden ellos.—Y entonces les pide que reconozcan las cabezas de la serpiente. Hácenlo los carniceros, ven que dentro de sus bocas no hay lenguas, y al declararlo así, presenta él triunfante las siete lenguas que guardaba en su poder.

Ante todas estas pruebas, el rey se convence, ve quién es Peti Yorg, y le entrega su hija. El joven héroe le pide que convide á la boda á su padre, pero que lo haga en nombre del padre de la novia, y que en la mesa le sirvan un corazón de cor-

dero, crudo y sin sal.—Celébrase el banquete, sirven al padre del novio aquel extraño plato, hacen que él mismo lo trinche, y al ver la indignación que experimenta por aquella especie de burla, le dice su hijo:

—Esto mismo estaba yo esperando. ¡Ah! padre mío, ¿no recordáis haber dicho que deseábais comer el corazón crudo y sin sal del que hubiese puesto en libertad al Tártaro? No es mi corazón ese, que es el corazón de un cordero. Esto he hecho para traer á vuestra memoria la amenaza que proferisteis, y para que me reconozcáis.

Abrázanse ambos y se cuentan sus aventuras, y Peti Yorg refiere á su padre todo lo que el agradecido Tártaro había hecho por él. El rey convidado regresó á su reino, y el novio se quedó á vivir con su esposa en el palacio del padre de ésta, donde fueron muy felices y nada les faltó nunca porque el Tártaro fué su mayordomo.

Los navarros y los suletinos llaman al pico de Anhie *Ahunamendi* ó sea *montaña del cabrito*, denominación que por otra parte aplican á toda la cordillera de los Pirineos (1). Ahunamendi mide unas 1400 toesas de elevación sobre el nivel del mar y conserva todo el año su manto de nieve. Rocas erizadas del modo más extraño forman su diadema y protegen la entrada de sus neveras eternas. La imaginación de los bardos ha convertido aquellos ventisqueros en mansión encantada de seres sobrenaturales, y entre estos figura la peri éuskara, la hermosa hada que denominan la *Maitagarri* (2). Suponen que en aquella inmensa altura hay un cielo siempre sereno, una atmósfera paradisíaca que vivifica con su rocío el verdor de las plantas y mantiene bajo risueñas florestas una eterna primavera; que allí hay conciertos aéreos, cánticos alegres y ligeras danzas, mientras los vientos silban en lo profundo de los valles y los espíritus

(1) CHARPENTIER, *Ensayo sobre la constitución geognóstica de los Pirineos.*

(2) Este nombre significa en éuskaro *lo amable, lo adorable.* CHAHO.—*Los Pirineos:* Rev. éusk. t. II, p. 99 y 100.

maléficos llevados sobre las alas de las grullas vagan lanzando aullidos á lo largo de las colinas y por entre la espesa niebla de donde la nieve se desprende en copos. Cuando relumbra la cima de Ahunamendi y sus plateados bosques beben los dorados reflejos del sol, no es una nevera la que con su brillo atrae nuestras miradas, sino el palacio encantado de la Maitagarri, la más joven y seductora de todas las hadas éuskaras.—Un cinturón mágico oprime el talle esbelto de la divina hechicera y sujeta los pliegues de su manto azul sembrado de estrellas; un aro diamantino aprisiona su rubia cabellera y centellea sobre su frente con menos brillo que el fuego divino de sus azules ojos; su delicado brazo está armado con una lanza de plata y un hermoso ciervo es su corcel. Un día de verano, la Maitagarri se arriesgó á penetrar en un bosque sombrío y espeso para dar de beber á su ciervo en el cristal de un murmurador y límpido arroyuelo, á cuya orilla dormía profundamente el hermoso *Luzaire*. La ninfa, tan sorprendida como turbada, fijó en él sus bellos ojos, y al influjo del encanto que rápido cautivaba sus sentidos, rindió su alma al ciego delirio del amor. Trémula, fuera de sí, corrió en busca de plantas trepadoras para encadenar al afortunado pastor, y despertó éste en una gruta de la cúspide de Ahunamendi entre los brazos de su arrobada amante que le estrechaban contra su seno.

Si se supiera el origen de esta erótica leyenda, acaso podría conjeturarse, según lo ha hecho con la ciclópea del Tártaro el Rvdo. Webster, que no es de mera y casual coincidencia la gran semejanza que se advierte entre su contexto y el de la fábula helénica de Diana enamorada de Endimión.—Hoy sin embargo, no es la Maitagarri la Lucina éuskara, aunque nos la figuremos con la ágil cierva al lado y el argentino venablo en la diestra, sino una hada ó ninfa protectora de los amantes desdeñados, al tenor de la sentida querella del moderno vate (1):

(1) D. Vicente Arana, en su bella oda *á la Maitagarri*. «Rev. éusk.» t. I, página 293-95.

Ninfa que moras en la umbrosa selva,
de manso arroyo á la florida orilla,
¿porqué tendida sobre el verde césped
pasas las horas?
¿Ya solo piensas en bañar tu cuerpo,
tu hermoso cuerpo en la argentada linfa,
en hacer ramos, y en dormir la siesta
bajo los robles?
¿No es tu misión por los amantes finos
siempre velar cual bondadosa madre,
y hacer que el fuego del amor encienda
pechos de hielo?
. . . .
. . . .
¡Oh ninfa hermosa del umbrío bosque,
oh Maitagarri hija de Ariel! ¡Vé, lleva
mis tristes quejas á mi Luz querida;
vete, no tardes!
Así por siempre en esta selva habites,
no se marchite tu sin par belleza,
y ponga Ariel sobre tu rubia crencha
aurea corona.

¿Y quién es *Ariel?* Otra entidad más de esa mitología éuskara acerca de la cual estamos aún tan á oscuras. El mismo poeta á quien acabo de citar nos dice que Ariel es el padre de la hermosa hada habitadora de las altas crestas de Ahunamendi y de las umbrosas selvas tendidas á su falda, y que es el genio tutelar de los euskaldunas; pero aquí concluye la noticia.—Tenemos, pues, una mitología nuevamente descubierta que estudiar, con mitos tan grandiosos como el ciclópeo del *Tártaro* y del *Bassa Jaon* bajo su aspecto terrible, y el de la serpiente de siete cabezas *(Leheren* ó *Heren-Sugue);* y tan interesantes como la *Bassa-Andre* y las *lamiñak* (hadas ó lamias), y tan poéticos como el de la *Maitagarri:* necesario es desentrañar por medio de concienzudas disquisiciones sobre las diversas mitologías comparadas, qué debe esta mitología éuskara, hoy sólo vislumbrada, á las leyendas míticas, ya célticas, ya escandinavas, ya

itálicas y griegas, ya africanas, ya asiáticas; y por el contrario qué rastros de las invenciones míticas vasconas pueden reconocerse en las mitologías de la clásica antigüedad. Pero entre tanto una cosa hay de toda evidencia, y es, que bajo el alto y enriscado Pirineo habitado por los adustos y montaraces vascones, han existido en las llanuras de aquende y de allende, y todavía existen, centellas de verdadero genio poético manifiestas ora en entretenidas leyendas, ora en sabrosos cuentos, ya en cantos heróicos, ya en dulces canciones, unas veces vaciadas en la turquesa de la vida real con toda su plástica vulgaridad, y otras inspiradas por el más delicado idealismo.

El genio poético éuskaro no es épico, sino puramente lírico, y por lo que se deduce del movimiento literario moderno en las provincias donde dura aquella raza, creemos poder decir que los poetas cultos que allí descuellan hoy, ya escriban en vascuence, ya en castellano, ora en verso, ora en prosa, muestran en sus obras más afición á las escuelas académicas española, francesa é italiana, que apego á la musa genuina de la tierra nativa. Hay en verdad en todos los países una poesía popular y otra que es exclusivo patrimonio de la gente que cultiva las letras en su forma más selecta: la poesía popular es la que verdaderamente marca el carácter y la índole de la raza que la produce; la poesía culta tiende en todas las naciones á cierta uniformidad, que acabará por hacer desaparecer por completo toda diferencia de escuelas. Cuando leemos las producciones poéticas castellanas en verso y prosa de los actuales escritores éuskaros, de Trueba, de Campión, de Arana, de Oloriz, de Olave, de Landa, de Iturralde, de Gorostidi, de Echaide y de otros no menos distinguidos, que han llenado de bellezas literarias de todo género los seis preciosos volúmenes de la *Revista éuskara* de Pamplona en el breve espacio de seis años, ¿qué encontramos en ellas que las diferencie de las de nuestros poetas castellanos ó andaluces? Nada absolutamente. Véase, en prueba de esto, una pequeña muestra del estilo y escuela de uno de los vates navarros en quien fundan,

y con razón, las mayores esperanzas los amantes de las glorias de aquel país. En su poemita titulado *Pamplona* (1), escrito desde luego todo él en suelto y castizo romance castellano, pinta Oloriz una situación terrible y conmovedora, en que resalta el heroísmo navarro con los más vivos y enérgicos colores.

Pamplona está cercada por la morisma. El rey D. Sancho recibe de un mensajero la nueva fatal, y se dispone á ir en socorro de los sitiados, exclamando:

Resuenen, pues, los clarines,
tráiganme el negro caballo,
el que gané en Roncesvalles,
el que perdió Carlo-Magno;
el que el honor despedaza
del moro bajo sus cascos,
pues tiene en sus herraduras
metal de un cetro africano.

Pero ocurría esto en lo crudo del invierno: D. Sancho y los suyos tenían que trasponer altísimos montes cubiertos de nieve, y que atravesar prolongados desfiladeros, llenos quizá de profundos abismos engañosamente ocultos por la nevada, y esto en medio de las sombras de la noche, cuando no podía señalarles el camino ni siquiera el vacilante y escaso fulgor de las estrellas; cuando el helado huracán azotaba el rostro y convertía en fría llovizna el aliento y empujaba quizá al terrible alud hacia el abismo.—Así sucede en efecto, el alud se precipita; pero el rey no retrocede; y al contemplar el poeta su temerario arrojo, le increpa de este modo:

¡Ah! qué intentas? Esperarlo,
si á su choque el roble salta,
como saltan las astillas
al rudo golpe del hacha!

---

(1) HERMILIO OLORIZ, *El romancero de Navarra* (primera serie del vasco-navarro) con un prólogo de D. Manuel Valcárcel. Pamplona, 1876.—Contiene esta primera serie tres bellos poemas: *Roncesvalles, Olant* y *Pamplona.*

¡Teme su empuje violento
que es por lo fatal borrasca,
por el són, mar despeñado,
y exhalación por lo rauda!...
Sí, ya viene! hacia ti rueda!...
no es el alud el que baja;
es todo el monte abrumado
por el peso de tu fama!...

La mayor parte de los soldados mueren envueltos en aquella helada mortaja: D. Sancho queda casi solo, llora tal vez por sus valientes que allí sucumben sin la gloria de haber combatido; vuélvese á los pocos que respetó la desgracia, los enardece, los intrépidos montañeses le aclaman y le siguen; pocos son los que llegan á socorrer á Pamplona, pero su heroísmo los hace formidables.

¡Vedlos!... Son fuertes cual rocas
de granito; su apostura
sin ser orgullosa es noble,
y es altiva sin ser ruda.
Llevan erguidas las frentes,
sus pechos sin armadura,
y sus serenas miradas
dicen que son euskaldunas.
¡Allí van!... sus cabelleras
al viento del norte ondulan,
y los hierros de sus armas
con nerviosa diestra empuñan.
Allí van los pamploneses,
allí van por la espesura,
van por sangre que humedezca
del noble Yeso la tumba!...
. . . .
. . . .
Los ve el moro: sus clarines
toques de alarma modulan:
ya el soldado está en su puesto...
¡Ah, cuánta faz se demuda!
Ya se avistan, llegan, chocan...
y parecen en su furia

dos leones que se embisten,
dos aludes que se cruzan,
dos torrentes que al hallarse
rugen, saltan, hierven, luchan. .
y hasta el alto firmamento
arrojan su hirviente espuma!

La entrada del rey vencedor en Pamplona es digna de la pluma de Góngora ó del Duque de Rivas, los dos romanceros más hábiles de nuestro Parnaso castellano.

¿Porqué, porqué de Pamplona
turban el triste silencio
con grato són las dulzainas,
con alegre voz el pueblo?
. . . .
. . . .
Que si tormentosa nube
que ennegrece el firmamento
fué el moro, y Pamplona espacio
de luto y de sombra lleno,
cuando el rey vino á Pamplona
el luto y la sombra huyeron,
que era claro sol Don Sancho,
si era nube el agareno.
Por eso flores esparce,
tañe gratos instrumentos,
y enciende tan vivas luces,
que de su conjunto bello
toma el prado nuevas galas,
el Abril matices nuevos,
el ave notas más dulces,
y luz más brillante el cielo.
Por eso hierven las calles
en damas y en caballeros,
y en ellas como en el muro
todo es galas y festejos.
Por eso sus hijos gritan
¡viva Don Sancho! y por eso
que entra el vencedor anuncian
las campanas del concejo.
Ya entre el viva de las turbas
y entre el són del campaneo,

se oye el ruido que producen
las armas rozando el suelo.
Ya aparece el rey Don Sancho
al frente de sus guerreros,
no cubierto de oro y seda,
sino de sangre cubierto.
Á su lado marcha Aizubi
llevando con porte fiero
la enseña de los navarros
que mece orgulloso el viento.
Y subiendo á las almenas
en donde murió el de Yeso,
el victorioso monarca
dice así con ronco acento:
«Moro que entraste en Navarra
por vencer al Pirineo,
siendo más que osado fuerte,
y más que fuerte soberbio...
tú que el carro de tus lauros
uncir anhelaste al pueblo
cuyas llanuras alfombran
los blasones de tu imperio...
pues ves tu ambición deshecha,
pues ves postrado tu esfuerzo,
dí al orbe su bizarría,
díle sus preclaros hechos...
y si á cambiar nuestros usos
viene un día el extranjero,
verá que Navarra sabe
morir, pero no perderlos.»
Calló Don Sancho: la luna
por ver su marcial aspecto
dejó tras de sí las nubes:
llenóse de luz el cielo,
y á oirse volvió en Pamplona
de su entusiasmo el estruendo,
entre las notas del bronce
y el són de los instrumentos.

¿Queréis un trozo de verdadera elevación épica? Escuchad á Serafín Olave y Díez en su Oda *al Genio del Pirineo* (1):

(1) *Rev. eusk.*, t. I, p. 71 y siguientes.

Yo de la libertad seré el acento,
yo arrancaré á los siglos su misterio;
yo haré vibrar el asombrado viento
con los ecos del viejo monasterio
y de bélica trompa al són violento,
cuando, unidos la espada y el salterio,
honor y democracia centelleaban
y Dios y su Derecho proclamaban.
Tú, en cambio, me darás selvas umbrosas;
para mi ardiente sed, tus fuentes puras;
para el alma, memorias hazañosas;
el ambiente vital de tus alturas
para mis fauces viejas y achacosas,
secas ya de historiar tus desventuras,
y, si hierro pidiese á las montañas,
el hierro me darás de tus entrañas!

¿Hubiera expresado mejor Zorrilla estos varoniles conceptos?

Desearíamos ahora no agraviar á ninguno de los buenos prosistas navarros que nos salen de tropel al encuentro, al elegir un trozo de bella prosa escrita bajo la protectora majestad del enriscado Pirineo. El *Puente de Miluce*, de Iturralde; la *Leyenda de San Virila*, *La Leprosa*, *El ruiseñor de Errota-zuri*, del mismo escritor artista; la *Historia de un naranjo*, de Gaztelu; *Roncesvalles* y un sinnúmero de elegantes tradiciones y leyendas, de Arturo Campión; la *Amaya* de Navarro Villoslada; *Enríquez de Lacarra*, novela inédita del conde de Guendulain, otra multitud de composiciones, modelos de bien decir, de bien pensar y de recto sentir, que no por estar escritas en prosa dejan de ser verdaderos dechados de alta y sana poesía, nos suministrarían todas trozos muy adecuados á nuestro intento. No pudiendo elegir entre tanto bueno, tomamos á la ventura un texto del tomo I de nuestro más socorrido arsenal literario (la *Revista Éuskara* que tantas veces hemos citado ya, y que tantas hemos de citar todavía), y copiamos los siguientes pasajes de la hermosa fantasía que lleva por título: *Una visión en la niebla* (1).

(1) Obra del docto fisiólogo y humanista Dr. D. Nicasio Landa.

«El sol sumerge en las ondas del Océano su disco, rojo como el cobre fundido: sus postreros arreboles iluminan con brillantes reflejos las mil ensenadas que va formando la tierra éuskara desde la embocadura del Adur á las del Urumea y del Urola, mientras que como cintas de plata serpentean á uno y otro lado por el fondo oscuro de los valles, el Bidasoa por la Navarra española, la Nive por la Navarra francesa.

»La sombra invade los horizontes, borrando á mis ojos las Landas extensas de Aquitania y las cumbres del Pirene: los picos de Altabizar, de Mendaur, de Arola, de Mendara, de Atchuvia se confunden en una sola masa sombría: sólo distingo los negros contornos del Laviaga y del Jaizkivel.

»La naturaleza va á descansar: ya las águilas se han desplomado desde la región de las nubes para refugiarse en sus nidos de mármol; el último jabalí ha pasado ya rasgando jarales para ocultarse en su guarida; los tímidos corzos, después de haber lamido el agua de los torrentes, se acuestan en su cama de helechos; sólo el aullido del hambriento lobo ó el monótono grito de la lechuza que se alberga en las grietas de añosa encina, vienen á turbar el murmullo de la brisa que pasa por las frondosas copas de las hayas, que majestuosas se alzan de los barrancos sin fondo.

»De todos los valles, de todas las hondonadas, de todos los desfiladeros, se levanta una nube opalina, cenicienta, que sube invadiendo las colinas, las rocas, las cumbres, las crestas. Es el manto en que se envuelven de noche los Pirineos. Es la niebla que vuela borrando perfiles y desvaneciendo sombras, sustituyendo al aire, cerrando, envolviendo, cubriendo, amparando todo lo terrestre, así las rocas como los guijarros, así los musgos como los robles. Sus nubes blanquecinas vuelan impulsadas por la brisa que alienta el mar; sus cortinas de gasa se cambian, se cruzan, se suceden á millares; ora desaparece una montaña ó un bosque, ora vuelve á brotar en la luz; todo cambia, todo varía; toda forma se hace incierta y luégo muere; parece que los

bosques se deshacen, que los montes se resuelven en ese vapor universal, volviendo á los tiempos en que la materia terrestre vivía en el estado de nebulosa girando en el éter...

»Aferrado á la roca, inclinado sobre el abismo (1), contemplo este magnífico espectáculo á la luz azulada de la luna cernida por la niebla. La tierra ha desaparecido: creo que estoy suspendido en la atmósfera, en el húmedo seno de una nube... Los montes vecinos simulan castillos coronados de infinitas almenas: los árboles del bosque cercano parecen Briareos que alzan al cielo millares de brazos; y el murmullo del viento en la hojarasca semeja el rumor de los pasos de una muchedumbre que desfila en silencio...»

Este bello trozo de poesía descriptiva (pues repetimos que para nosotros la poesía puede existir sin versos) prepara ingeniosamente al lector para presenciar una especie de revista osiánica que el autor pone ante sus ojos, y en la cual figuran los guerreros euskaldunas de las principales épocas históricas del país (2). Oigámosle de nuevo:

«Y en efecto, desfilan... Sí, yo veo en las nubes que cruzan, en las nieblas que pasan, millares de sombras, de formas humanas, ora indecisas, ora marcadas. Son hombres de elevada estatura: su cabeza ancha por detrás, la cabellera lacia que cae sobre sus hombros como la guedeja del león, sus cejas prominentes, su nariz aguileña, su largo bigote les dan un aspecto terrible. Van cubiertos con pieles de fieras que ya no existen, del oso y de la hiena de las cavernas, del buey primigenio: llevan al hombro mazas enormes y cuelgan de su cinturas hachas

(1) Se supone el prosista-poeta situado en el reducto de rocas que corona el pico de Larrhun, en la frontera septentrional de Navarra.

(2) En esta reseña histórica manifiesta el Sr. Landa su opinión acerca del origen de los éuskaros, á quienes cree descendientes de los iberos y de los cántabros, pero no arias, sino turanios; mas como nosotros al reproducir trozos de esta preciosa fantasía literaria, no tenemos el propósito de argüir en pro de una determinada solución del problema ibérico, nos abstenemos de anotar las especies en que el distinguido autor discrepa de los sistemas que llevamos expuestos en nuestros capítulos II y III.

de pedernal; algunos, los jefes sin duda, se adornan con collares hechos de colmillos de jabalíes... ¡Ah! son los hijos de Aithor, son los Euskos, los primeros señores de Europa; los únicos Turanianos que con los Finlandeses y Madgyares lograron resistir á la inundación de los Aryas desbordados sobre toda Europa desde el Asia...

»En pos de estas bandas vienen otras... Estos llevan hachas y espadas de bronce, y se adornan con medias lunas de oro; son los éuskaros á quienes el extranjero Strabón llamó iberos y que con este título extendieron su civilización por todas las costas del Mediterráneo...

»Y vienen después otros guerreros con túnicas blancas y mantos rayados de rojo, con la cabeza descubierta despreciando el casco, y armados con la espada corta y el broquel de cuero. Son los éuskaros que con este nombre ó el de cántabros resistieron la tiranía de Roma. Esos que van con los piés y las manos manando sangre, pero con la frente erguida, son aquellos heróicos salvajes que prisioneros de los romanos y crucificados en la cumbre del Kuruceta, aprovecharon el último aliento para escupir al rostro de sus verdugos cantando el himno de guerra.

»Ahí van los auxiliares de Aníbal, los que en Canas hicieron desfilar bajo el yugo á las soberbias legiones de Roma. Ahí van los que denodadamente combatieron al cónsul L. Lúculo. Ahí van los voluntarios de Sertorio; ahí los que pelearon en Aquitania contra P. Craso. Esos son los treinta y ocho mil que murieron guerreando contra César: ahí están los que por odio á este tirano defendieron á Pompeyo bajo las enseñas de Petreyo y Afranio.

»Y siguen desfilando los guerreros euskaldunas, porque si Roma sucumbe ante los Bárbaros, Euskaria no.»

. . . .

. . . .

De la misma manera sumaria y pintoresca reseña el autor las proezas de los éuskaros contra los visigodos y los sarrace-

nos; señala con vivos toques los gloriosos hechos de Roncesvalles y de las Navas de Tolosa, y pinta la caballeresca época de las cruzadas bajo los reyes de la casa de Champagne y de Brie.

«Las nieblas se espesan, mas luégo se aclaran, y veo pasar una hueste de infantes y jinetes vestidos de hierro, armados de lanzones y tizonas, de hachas y ballestas: todos llevan la sobrevesta blanca con una cruz roja: á su frente marcha con su espada de dos manos un príncipe poeta, un rey trovador: es Thibault de Champagne, son los navarros, que al grito de *Dieu le veult* se fueron á Tierra Santa; son los que en los desfiladeros del monte Tauro derrotaron al Soldán de Iconio; los que penetraron en Antioquía; los que sitiaron á Ascalón; los que lucharon en Gaza...

»Y les sigue otra hueste de cruzados: los que con Teobaldo II acompañaron al rey San Luís en la jornada de Túnez; los que sufrieron la peste sobre las ruinas de Cartago; los que pelearon y vencieron en Estaing.

»Más cruzados aún: son los navarros que con su rey Felipe d'Evreux fueron al cerco de Algeciras. También pasan en oscuro turbión los que con Carlos el Malo combatieron en Normandía: los Uriz y los Ayanz, los Garros y Azconas... los que mandaba el Captal de Buch en Cocherel... los bandos de Agramont y de Beaumont... Y vienen por fin los defensores de la autonomía de Navarra, los que gloriosamente sucumbieron resistiendo la usurpación de Fernando el Católico: ahí van los cinco mil valientes que en el día de San Andrés del año 1521 murieron en los campos de Barbatáin defendiendo la dinastía de Labrit. Entre ellos veo á su jefe Andrés de Foix, al señor de Asparrot, á Carlos de Mauléon, á Juan de Sarasa, á Ezpeleta, la flor de la caballería navarra...

»Y siguen cruzando veloces las sombras de los guerreros euskaldunas. Como en la balada de Lenora, *los muertos van de prisa*... Distínguense entre ellos algunas figuras colosales, pero

aisladas: son los hijos de estas montañas que llevaron al combate soldados de otras tierras. Ese que lleva por armas un cuerno y un dardo clavado en la sien, es Corbarán de Lehet, el senescal de los almogávares en Oriente. Ese otro es el conde Pedro Navarro, el conquistador de Orán y de Trípoli, de Monte-Casino y Gaeta. Allí va Gastón de Foix, el Marte navarro, el vencedor en Ravena.

»Y pasan también los vascongados que en són de guerra corrieron los mares, desde los primeros que persiguiendo á los monstruos marinos penetraron hasta las regiones glaciales del polo... Esa es la gran figura de Sebastián del Cano, el primer mortal que dió la vuelta al mundo; ahí está Legazpi, el conquistador del Archipiélago Filipino; ahí los atrevidos corsarios vascos, terror del inglés y del turco... ahí los grandes marinos Churruca, Oquendo y los héroes de Trafalgar...

. . . .

. . . .

»Oscura es la niebla: sombríos van los batallones y escuadrones que ahora desfilan en ella: casi todos llevan boinas rojas; otros blancas; otros llevan morriones. ¡Ah! éstos son los héroes desgraciados que durante siete años acreditaron su indomable energía, su incansable denuedo, su sin par fiereza, en una guerra donde no hay laureles, porque fué guerra entre hermanos. Son las valerosas divisiones del ejército carlista: los denodados nacionales del Baztán, del Roncal, de Bilbao... Ahí van, abrazados en la muerte, esos vascos y navarros que, ofuscados por el genio fatal de la discordia, derramaron recíprocamente su sangre generosa... Valdespina y Jáuregui, Sagastibelza y Pedro Elío, Iriarte y Alzáa, Oráa y Zumalacárregui...

»Y pasan por último los vascos y navarros que en nuestros días han peleado por el honor y la integridad de España en África, en Asia y en América, hasta los que hoy encuentran en la reina de las Antillas la muerte de los héroes...

»Las últimas sombras pasaron... Acaso desfilan ahora por

las cumbres del Aralar ante el Arcángel guerrero que vela desde allí sobre Navarra, antes de volver al Valhalla de los guerreros cristianos.

»Y mientras tanto la niebla se disipa sobre la inmensa planicie del mar: reaparecen los contornos de los bosques, de las cumbres, de las rocas y de los picos, á la luz plateada de la luna nueva que riela sobre la vecina concha de Ondarraitz. Cástor y Pólux, Aldebarán, Procyon, innumerables astros esmaltan con sus destellos diamantinos el negro firmamento. La calma, el silencio absoluto, han vuelto á reinar en estas cimas inaccesibles. Es una noche de aquellas en que, mientras Grecia y Roma eran idólatras aún, nuestros antepasados los Iberos adoraban al Dios único, al Dios *sin nombre.*»

Hemos hechos estas citas, y con la necesaria extensión, porque así el Rvdo. Webster, á pesar de su amor al país vasco, como M. Vinson, que tiene una desventajosa idea del alcance del estro éuskaro, parece que niegan la aptitud de los habitantes de aquella tierra para alzar el vuelo á las regiones adonde lo levantaron Burns y Béranger con sus canciones, Gascon, Jasmin y los trovadores provenzales y catalanes con sus serventesios bélicos, políticos y amorosos; el biarrote Justin Larrebat con su poesía *Le Demiselle;* y, entre los antiguos, el bearnés Despourrins, superior en opinión del crítico inglés á los Dechepare y los Oihenart. Queremos patentizar lo caprichoso de semejante juicio, que lleva en sí la afirmación tácita de una verdadera inferioridad de raza. Si esta fuera cierta, la mediocridad del genio en las dotes de concepción, forma y estilo, lo mismo aparecería escribiendo en la lengua de Cervantes que vaciando los pensamientos en idioma éuskaro; de consiguiente, nos basta haber demostrado que puede un escritor navarro, expresándose en castellano, subir adonde han subido nuestros buenos poetas ó prosadores, para que caiga por tierra la tesis de los que pretenden fundar la pasada decadencia del numen vasco en causas congéni-

tas y puramente etnológicas.—No: los talentos éuskaros son susceptibles de tanta elevación y grandeza como otros cualesquiera, y cualquiera que sea el instrumento que manejen, pues es perfectamente lógico suponer que si bellos resultan sus conceptos y bella es la forma de que los revisten cuando usan el habla de Castilla, no serán sus obras de menos prez cuando las amoldan al idioma antiguo de sus mayores. La mayor parte de los ilustres literatos que hemos mencionado, escriben con la misma facilidad el vascuence que el castellano; creemos á algunos de ellos muy capaces de arrancar de la trompa épica de su paisano Ercilla, si la ocasión se presenta, acentos que rivalicen con los de aquel insigne poeta; y los anales de la moderna literatura de la Vasconia española nos atestiguan la fecundidad de ese feliz renacimiento promovido por la *Asociación éuskara navarra* en nuestros días.

¿Pretenderemos por esto que los vascos de Navarra hayan tenido *siempre* notables poetas? ¿Cómo hemos de afirmarlo ante la absoluta carencia de monumentos literarios que lo comprueben? Ni lo suponemos, ni lo negamos. La leyendas, de que hemos tratado, son sí destellos vagos, indicios inciertos, de una poesía popular de orígenes aún indeterminados: retazos unas veces de extranjeras importaciones, verificadas con intermitencias y en períodos aún desconocidos, restos otras veces de tradiciones locales, nacidas en el suelo pirenáico y derivadas á lejanos pueblos, en ocasiones ignoradas también. Mas no porque nos sean desconocidas sus fuentes, debemos negar en absoluto la posibilidad de la creación poética espontánea en ese suelo en tiempos en que, aislados sus habitantes y sin comunicación con los otros pueblos, la mayor parte de sus producciones estéticas pudieron muy bien perderse sin traspasar las lindes de sus selvas y montañas, como se marchita y muere sobre el terreno mismo en que brota, la hermosa y fragante flor que ninguna mano recoge. Suponed al autor del *poema del Cid* ó á Berceo aislados y sin comercio con la sociedad de su época, y tendréis atrofiados

en su misma cuna, y muertos antes de lograrse para las generaciones futuras, los monumentos literarios más venerandos de la naciente poesía castellana.

De la poesía heróica tradicional de Navarra, nada ha dejado en pié la moderna crítica: Pasaban por genuinos arranques de la musa bélica vascona el famoso *Canto de Altabiscar* (*Altabiskarco Cantua*) (1), y el poco menos famoso *Canto de Lelo (Leloaren Cantua)*; pero ya no hay medio de mantener ni el prestigio del uno ni la remota antigüedad del otro. El *canto de Altabiscar* que refiere la derrota de Carlomagno en los desfiladeros de Roncesvalles, calificado por uno de nuestros más distinguidos literatos de las Reales Academias Española y de la Historia como *monumento de gloria, con sobra de ésta para enriquecer á toda una serie de generaciones literarias* (2), después de su carrera triunfal por todo el orbe culto, ha resultado ser una verdadera superchería. He aquí en sumario la curiosa historia de esta falsificación y de su descubrimiento.—Los jóvenes vascongados que bajo el reinado de Luís Felipe estudiaban en París, y principalmente los alumnos de la Escuela de Derecho y de Medicina de aquella Universidad, solían cantar á coro, por el gusto de formar acordes, una sencilla melodía ajustada á la numeración vasco francesa, subiendo *bat*, *biga*, *hirur*, *laur*, etc., hasta *hogoi* (veinte), y bajando después de *hogoi* á *bat*, ó sea de veinte á uno. M. Garay de Monglave, conocido literato bayonés, redactor del *Diable Boiteux* y fundador en 1833 del *Institut historique*, del cual fué elegido secretario perpetuo, acostumbraba por los años 1834 á reunirse con aquellos estudiantes, sus paisanos, y en una de sus conversaciones sobre los recuerdos del país vasco, nació en su mente la idea del canto de Alta-

(1) Advertimos en este título ó epígrafe tres formas diferentes: M. Garay de Monglave escribe *Altabiçaren cantua;* Manterola, el autor del Cancionero Vasco, *Altabiskarco cantua;* y Mr. d'Abbadie, *Altabiscarraco cantua.*

(2) El Exmo. Sr. D. Víctor Balaguer, en su bello y aplaudido *Discurso de recepción* leído ante la Real Academia Española el día 25 de Febrero de 1883.

biscar. Compúsolo en francés, y un joven llamado M. Louis Duhalde d'Espelette, estudiante aprovechado con quien repasaban otros que se disponían á entrar en la Escuela Politécnica de París, tradujo al vascuence la obra de Monglave. Duhalde había descuidado mucho su lengua nativa: recordaba medianamente lo que de ella había aprendido de niño, y su versión había de resentirse de su inexperiencia: así que se limitó á hacer la traducción en sencilla prosa, sin medida y sin rima. Recitábase el canto de Altabiscar, y no se cantaba: el canto no se aplicaba más que á la nomenclatura de la numeración ascendente y descendente, con una melodía que por cierto nada tiene de bélica. —Pero el escritor bayonés tuvo la ocurrencia—no sabré decir si feliz ó desdichada—de publicar el canto que entre él y Duhalde habían confeccionado, en el *Journal de l'Institut historique* (1), acompañado de un largo artículo en que trazaba el cuadro de la importancia del idioma vascuence por su antigüedad, belleza eufónica y estructura gramatical; y en dicho artículo establecía bizarra y resueltamente la siguiente premisa, que no fué en el acto recibida con protestas porque sabido es que la fortuna favorece á los osados. «El recuerdo de los valientes »guerreros de Carlomagno vive en la mente de los pastores »del Pirineo: todas las baladas que se oyen en el país, repiten »sus memorables hazañas, y al viajero le señalan, ya los jardi»nes encantados de Armida, ya los veinte ó más peñascos hen»didos por la Durindana de Rolando; y sin embargo nadie en »aquellos valles ha leído al falso Turpin ni á Boyardo, y del »Ariosto ni siquiera saben el nombre. Entre las poesías caballe»rescas de los *Escualdunac*, una de las más conocidas es la que »lleva el título de *Canto de Altabiçar*, *Altabiçaren Cantua*. Es »el relato que de la famosa rota de Roncesvalles hacen los des»cendientes de los vencedores..... Este canto, al pasar de boca »en boca, ha sufrido, como toda producción no escrita, infinitas

---

(1) Tomo I, año 1.°

»alteraciones, que he recogido como variantes en muchas localidades de las dos vertientes del Pirineo.—Uno de los redactores del *Diccionario de la Conversación*, M. G. Ollivier, habla »de este canto en un curioso artículo que ha publicado acerca »de los cantos populares de las diferentes naciones (tomo XIII, »p. 25). Desgraciadamente, no tuvo noticia este escritor más »que del fin de los versos 3.° y 7.°, ó sea de los nombres numerales desde uno hasta veinte, y vice-versa. Tratando de averiguar el sentido oculto de tan extraña fórmula, ha creído ver »en ella á los *escualdunacs* designando por medio de la simple »denominación numérica ascendente los años amargos del destierro, y evocando luégo uno á uno en sucesión decreciente los »años de la venganza: canto cabalístico que hoy ya no es más »que una música sin significación.» «..... Si M. Ollivier hubiese »podido ver la poesía entera, no hubiera caído en tan ingenioso »error: restablecidos los ocho versos, todo se explica naturalmente: la serie ascendente representa la marcha de un ejército que avanza; la descendente, la huída de ese ejército vencido.—He visto tiempo há una copia del canto de Altabiçar »en casa del conde Garat, antiguo ministro, antiguo senador y »miembro del Instituto de Francia, filósofo entre los más célebres de nuestra nación y uno de los hombres que más honran »con su talento al país vasco, donde tuvo su cuna. Adquirióla »él del famoso la Tour d'Auvergne, llamado el primer granadero de Francia, quien durante las guerras de la República »descansaba de sus fatigas componiendo un glosario en cuarenta y cinco idiomas. La Tour d'Auvergne había sido el encargado de la capitulación de San Sebastián del 5 de Agosto »de 1794, y obtuvo del abad de uno de los conventos de la »ciudad aquel precioso documento, escrito en pergamino á dos »columnas, con letra de fines del siglo XII ó principios del XIII, »fecha evidentemente muy posterior á la del canto popular que »reproduce.—El texto que aquí doy á la luz pública no es exactamente el mismo que ha debido de encontrarse entre los pa-

»peles del conde de Garat. Lo he arreglado teniendo á la vis»ta todas las variantes que he podido reunir. Las diferencias »entre uno y otro serán meramente gramaticales, sin afectar en »lo mínimo al sentido de las palabras y de las frases. Pueda esta »nueva exhumación ser del agrado de los lectores del *Diario »del Instituto Histórico!»*—El puesto de secretario perpetuo que ocupaba M. Monglave en el *Institut Historique* fundado por él, le proporcionó grandes ventajas para acreditar una triquiñuela tan poco plausible. Si hubiese escrito en otro periódico, el director de éste le hubiera pedido pruebas de lo que aseguraba, por ejemplo, alguna de las numerosas variantes que decía haber recogido en las dos vertientes del Pirineo.

Tan pronto como se publicó el famoso *canto* heróico, su autenticidad halló contradictores; pero la aceptaron como de buena ley Fauriel, Romey, Chaho, Cenac-Moncaut, Francisque-Michel, Louis Lande, y en nuestra nación La Fuente, Amador de los Ríos, Araquistain, Manterola, los editores de la *Revista éuskara,* etc.; y aunque el sagacísimo Alexandre Dihinx dió la voz de alerta desde las columnas del *Impartial des Pyrénées* (1), apuntando que «*el autor del Canto de Altabiscar sabía el francés mejor que el vasco, y escribía en vasco lo que había pensado en francés*» y que el uso frecuente de los diminutivos denunciaba «*la mano de un autor joven demasiado fiel á las reminiscencias del niño*», hasta estos últimos años se ha seguido creyendo en la autenticidad que habían admitido tan autorizados valedores. De nada sirvió tampoco que un sabio vascófilo tan respetable como M. Antoine d'Abbadie, en Marzo de 1859, no pudiendo reprimir el santo odio á la supercheria, advirtiese al público en el *Gentleman's Magazine* de Londres de la falsedad del tan encomiado canto: «pena me causa (decía) ver anunciado el *Alta-*

(1) Números del 10 y 12 de Setiembre de 1873: reprodujo estos artículos M. Vinson en el *Avenir de Bayonne* de los días 1, 3 y 6 de Mayo de 1878, y los insertó igualmente en la obra titulada *Mélanges de Linguistique et d'Anthropologie,* París, 1880, p. 161.

»*biscarraco Cantua* como perla de antigua poesía. La verdad »me obliga á protestar contra la pretensión de que universal»mente esté así reconocido, pues en efecto uno de mis paisanos »vascongados (aludía á M. Duvoisin) ha designado repetidas »veces por su propio nombre así al sujeto que hace 24 años »compuso en francés la pieza original, como al que la tradujo »en vascuence moderno é insignificante.» —Desde entonces M. Francisque-Michel, que había sido uno de los defensores más acérrimos de la supuesta venerable antigualla, se dió por convencido de la razón con que le habían desde un principio negado su asenso Dumège, Barry de Toulouse, Gaston Paris, Bladé, Vinson y otros eminentes críticos. Pero el desengaño no ha llegado á nosotros hasta el día en que el Rvdo. Webster, correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, tomando pié del mencionado Discurso de recepción del Sr. Balaguer, donde el Canto de Altabiscar fué enaltecido, según lo estimábamos todos, como «monumental é imperecedero», remitió á la citada Academia, desde su residencia de Sare, en 15 de Julio de 1883, el interesante y luminoso artículo que el docto Cuerpo se apresuró á publicar, en el número de Setiembre del propio año, en su *Boletín*.

En este artículo consigna el respetable vascólogo inglés todos los hechos que acabo de referir, y para que no quede sombra de duda acerca de la veracidad de su relato, acompaña la carta que lo confirma, dirigida en 30 de Mayo de 1883, desde Ciboure, á M. d'Abbadie, por su amigo el literato vasco M. Duvoisin, primo de M. Louis Duhalde d'Espelette, el que tradujo en 1834 el canto escrito en francés por M. Garay de Monglave (1).

(1) De la terminante declaración de M. Duvoisin saca estas tres conclusiones el Rvdo. Webster:

1.ª Que el original del canto de *Altabiscar* es francés, y no vascongado.

2.ª Que la versión vascongada está en prosa moderna, y no en verso que autorice la pretensión de haberse cantado y conservado en boca del pueblo.

3.ª Que un solo fragmento de la canción, ó sea la lista de los números en au-

Por lo que hace al célebre *Canto de Lelo*, reputado también por muchos como coetáneo de los hechos á que se refiere, supónese que fué inspirado por la guerra del emperador Augusto contra los Cántabros; pero una crítica filológica acaso demasiado avara, ha traído su nacimiento al siglo XVI, con la historia siguiente (1): Á fines de esa centuria, un notario de Zornoza—J. Íñiguez de Ibargüen—fué comisionado por la Junta de Vizcaya para que buscase en las principales librerías de España documentos referentes al país vascongado. En el Archivo de Simancas descubrió un antiguo manuscrito en pergamino que contenía versos en vascuence, medio borrados algunos y completamente destruídos otros. Copió los que pudo, y los insertó en la página 71 de su *Crónica general de España y Sumaria de Vizcaya*, obra que todavía se conserva manuscrita en Marquina. El afamado W. von Humboldt sacó el canto de la Historia de Ibargüen, y lo dió á luz en 1817 en un Suplemento al *Mithrídates* de Adelung por Vater. El texto publicado por W. Webster está tomado del *Cancionero Vasco* de Manterola, el cual lo da como copia nueva y fidelísima de la *Crónica* inédita de Ibargüen. Desde que Humboldt lo sacó á luz pública, ha venido siendo este canto objeto

---

mento y disminución hasta veinte, tiene ó puede tener tipo vascongado, independientemente de la canción original ó composición francesa.

En una nota á su referido artículo, dice el Sr. Webster, refiriéndose á M. d'Abbadie: «Un aldeano de las cercanías de Baygorri cantaba la serie de los números en un zortzico de 8 versos. La primera estancia es progresiva de 1 hasta 20, y la segunda viceversa, retrógrada:

(1 á 4)—Bat, biga, hirur, laur,
(5 á 8)—Bortz, sei, zazpi, zortzi,
(9 y 10)—Bederatzi, hamar,
(11 y 12)—Hameika, hamabi;
(13 y 14)—Hamairur, hamalaur,
(15 y 16)—Hamabortz, hamasei,
(17 y 18)—Hemezazpi, hemezortzi,
(19 y 20)—Hemeretzi, hogoi.

El aire de la canción, según me dijo un amigo que me lo cantó y lo había oído en París y en San Juan de Luz, no tiene nada de belicoso.»

(1) Debemos esta noticia histórica del *canto de Lelo* al citado W. Webster, que la consigna en el *Apéndice* de su libro *Basque Legends*, edición de 1879.

de controversias. Que es uno de los más antiguos fragmentos de la poesía éuskara, no tiene duda; pero creer que es contemporáneo de Augusto, ya se hace más difícil. Su antigüedad, sin embargo, debe ser mayor que la que supone el crítico inglés de quien hemos tomado la breve noticia antecedente, porque no habiendo motivo para dudar de la veracidad de Íñiguez de Ibargüen, hay que dar crédito á sus palabras; y si este notario y cronista de fines del siglo XVI dice que el pergamino de Simancas, de donde él copió las diez y seis primeras estrofillas (que llama *versos rodados)*, estando las demás *carcomidas*, era *muy roñoso y viejo*, fuerza será suponer que no fué el viejo mamotreto obra de aquella misma centuria, sino anterior á ella en algunos siglos. El *canto de Lelo*, por lo tanto, puede ser obra de los siglos XIII al XV, y si esto llegara á comprobarse examinando de nuevo el códice de Simancas de donde lo tomó Ibargüen, caso de que allí exista todavía, debería adjudicársele la prioridad entre los escasos monumentos de literatura éuskara llegados á nuestros días.—Todo es oscuro en este antiguo canto: hasta se duda que su título sea el nombre del héroe vasco cuya gloria se suponía perpetuada en ese rasgo épico. Decíase que Lelo era un guerrero muerto por Zara, reproduciendo ambos la leyenda de Agamemnón y Egisto; pero después han prevalecido otras interpretaciones: según unos, Lelo debe tomarse como un mero refrán (como *el eterno lelo* del conocido proverbio vascongado), usado por el cantor ó trovador á modo de llave para indicar el tono ó ritmo á que había de ajustarse en toda la pieza; otros, y entre ellos Alejandro Dihinx, ven en la misma palabra gran semejanza con el grito muslímico *La Elah Ula Allah*; y si fuera acertada su conjetura, el canto bélico de Lelo habría nacido, tratándose del norte de la Península, unos ochocientos años después del tiempo de Augusto. Así y todo, su antigüedad resultaría muy respetable. La estructura de esta composición es verdaderamente de carácter arcáico: después de la primera estrofilla que indica el tono, ó que sirve como de invocación, entra el

poeta á referir la terrible guerra de cinco años que sostuvo la Cantabria contra todo el poder de Augusto; pero lo hace sin exaltación y con una sobriedad que admira. No hay en ella exagerados arranques y vulgares exclamaciones de honor y de patriotismo; nada de apóstrofes ni de epítetos: nada de subjetivo y moderno, ni siquiera la menor frase de desventajosa calificación para el romano opresor. Se narra el suceso sin comentarios, y muy sumariamente, tal como fué: Augusto cercó á los cántabros por mar y tierra, no les dejó más que sus peñascos y cavernas, y á fuerza de perseverancia los subyugó, dándoles la paz. Esto se canta con primitiva simplicidad y de modo tal, que hasta duda uno si en la época en que se compuso el canto, los sentimientos de patria, de libertad, de equidad y de justicia, tenían algo de común con lo que hoy nos representan estos nombres. Vale la pena de que el lector tenga conocimiento de los conceptos de sus estrofillas, que, ya que no sepamos trasladarlos directamente del idioma original, tomaremos de la versión inglesa del Rdo. Webster, que pasa por traductor sabio y concienzudo:

1 Lelo, muerto es Lelo; Lelo, muerto es Lelo: Lelo, Zara mató á Lelo.
2 Las armas de Roma hacen cuanto pueden, y Vizcaya entona el canto de guerra.
3 Octaviano es Señor del mundo, y *Lecobydi* (?) de Vizcaya.
4 Por mar y por tierra nos ha puesto cerco.
5 Las llanuras son de ellos: nuestras las altas montañas y las cavernas.
6 Cuando estamos en terreno favorable, cada cual siente su corazón firme.
7 Poco miedo con armas iguales; pero están mal nuestras amasaderas.
8 Fuertes corazas llevan ellos; cuerpo desnudo es más ágil.
9 Cinco años, día y noche, sitio sin descanso.
10 Cuando uno de los nuestros es muerto, cincuenta pierden ellos.
11 Ellos muchos, y nosotros pocos: al fin hicimos la paz.
12 En nuestra tierra y en sus poblaciones los haces se atan de igual manera.

14 Tíber, tu llanura queda descampada; *Uchin Tamayo* (?) tú muy ancho.

16 Los grandes robles caen á los picotazos continuados del pica-poste (1).

Sorprende que en estas estrofillas, únicas legibles que nos han conservado Humboldt y Manterola, nada se diga del tremendo y épico suicidio á que se supone se entregaron los sitiados (2), repitiendo una de aquellas extrañas resoluciones de rudo heroísmo de que tantos ejemplos habían ya dado los indomables iberos, que siempre preferían la muerte á la esclavitud. Lo más particular de este *Canto de Lelo* es hallarse escrito en lengua éuskara tratándose de hazañas en que ninguna parte tomó la gente de la Vasconia; la cual, como es sabido, no sólo era extraña por su raza á los cántabros, sino que además se hallaba en plena paz con Roma y muy bien avenida con sus autoridades, según dejamos expuesto en uno de nuestros capítulos anteriores. Esta misma circunstancia demuestra que el trozo de poesía heróica que examinamos no puede pertenecer á la época de las guerras cántabras.

La verdadera poesía popular navarra tiene una índole par-

---

(1) Después de escrito esto, llega á nuestro conocimiento una bella versión castellana del *Canto de Lelo*, hecha en verso por el Sr. D. Antonio de Trueba; mas por ser traducción libre, según él mismo declara, acaso no parecerá en nosotros impertinente el mantener la traducción literal del interesante fragmento éuskaro, aun tomada de otra versión inglesa.

La lectura de la poesía del Sr. Trueba nos ha hecho pensar en una explicación, acaso no demasiado aventurada, de la primera estrofilla: *muerto es Lelo; Zara mató á Lelo.* — Lelo, Zara, Lecobidi, Uchin Tamayo ¿son nombres ibéricos? ¿son cántabros? ¿son éuskaros? No lo sabemos, pero sin duda son nombres peninsulares, de persona unos, geográficos otros. Ahora bien, atendido el estilo conciso del poeta autor del canto, esa estrofilla primera podría quizá expresar algún acontecimiento de gran bulto en la historia de la guerra cantábrica. Hay aquí un indígena, Zara, que da muerte á otro indígena, Lelo. ¿Porqué esa lucha entre dos peninsulares? Pues la causa de esa contienda intestina es notoria, si se recuerda que los cántabros hicieron uso de las armas contra los astures, estrechados con ellos por los romanos, porque en las angustias del cerco, menos esforzados que ellos, trataron de implorar la clemencia del sitiador.

(2) Lo atestiguan FLORO, l. IV, c. 12, y DION CASIO. l. 54, c. 5.

ticular, como dice un escritor muy competente de aquella tierra (1); la maravillosa estructura de la lengua nativa se presta admirablemente á la versificación; así es que los poetas ó *coblakaris* pululan en la Euskal-erría, y no hay fiestas ni regocijos, ni duelos ni quebrantos públicos, sin que de la boca de los *versolaris* (2) broten composiciones adecuadas al suceso que se celebra ó deplora. La afición del pueblo á la poesía es tal, que muchas veces los *guizones* que acaban de soltar la laya, concluída la cena, y después de empinar sendos vasos de chacolí, empiezan á improvisar sobre cualquier asunto, contestándose los unos á los otros, y se pasan así las horas enteras, arrancando á menudo carcajadas á los circunstantes con sus oportunas respuestas y agudas salidas. La poesía popular navarra, como la de toda la región éuskara, abunda en composiciones amorosas y satíricas; también son frecuentes en ella las patrióticas, pero á juzgar por las traducciones que de unas y de otras conocemos, son superiores aquellas á las de este último género. Creemos con el erudito W. Webster, que las composiciones bélicas y patrióticas del vasco — al menos del moderno — son de muy escaso valor. Los cantos de los *Jacobitas* de Escocia, observa en su tantas veces citado estudio sobre la poesía vascongada (3), entran en el número de las más bellas producciones de aquella musa lírica; al paso que los cantos de los *carlistas*, aunque inspirados por hechos no menos hazañosos y románticos, son de una deplorable mediocridad. Sin embargo, añade, hay en la poesía éuskara mucho agrado, y si no es de gran valor, tampoco presenta grandes defectos. Aparece siempre ingenua y varo-

---

(1) D. Arturo Campión, en su citado estudio del *Cancionero vasco* de Manterola.

(2) La palabra *versolari* es compuesta de las dos voces, *verso*, tomada del castellano, y *lari*, que significa jugador, designándose con ella al que juega ó se recrea en hacer versos. *Ari* es nombre verbal que denota la acción de estar haciendo alguna cosa.—La palabra *coblakari* se descompone de igual manera, y tanto vale como persona que se recrea haciendo *coplas*.

(3) *Basque poetry*, apéndice á la edición de 1879 de sus *Basque Legends*.

nil y exenta de afectación. No se la ve forzada é impuesta por las circunstancias: el cantor vasco canta porque quiere y cuando se siente inspirado, no para lisonjear su propia vanidad ni para granjearse fama de poeta. De las muchas composiciones que diariamente improvisan aquellos vates, inconscientes de la intuición estética con que nacieron, muy pocas se recogen, y de las recogidas, la mayor parte deben su paternidad á toscos aldeanos y artesanos. Las escritas por personas de educación se distinguen por cierta pulcritud en la forma y por la mayor elegancia del lenguaje; pero fieles á la índole de las invenciones populares, cantan los asuntos de la vida real, y con el mismo estilo sencillo, natural y rápido, propios de la poesía espontánea del pueblo. Su intención moral es casi siempre sana: á veces en sus cantos báquicos ó eróticos se dejan llevar de cierta libertad de expresión: pero nunca se propasan á revestir el vicio con el velo seductor de su genial sentimentalismo. Puede decirse que por lo general los afectos que canta la musa popular éuskara son puros; las pasiones que pinta, comedidas, como dominadas por cierta disciplina social y religiosa; y que la sátira que emplea es correctora, no afrentosa; la sensibilidad que revela, profunda; la moralidad, de buena ley; y la expresión de su altivez, nunca fanfarrona.

¡Con cuánto placer, en nuestras excursiones por esa hermosa Navarra del norte, ya en los públicos certámenes y juegos florales de Vera y de Elizondo, ya en las vastas cocinas hospitalarias de la montaña, ya á la sombra de seculares bosques donde hay ecos que repiten las risas y los cantos de los leñadores, ó bien en las ventas de las carreteras durante la lenta ascensión de los carruajes tirados por bueyes en los puertos, nos hemos reunido con ese pueblo honrado y sencillo y hemos contemplado la franca alegría con que disfrutaban los naturales de las ocurrencias de los improvisadores, de las cuales nada absolutamente nos era dado comprender! Muy á menudo nos hemos encontrado allí con vascos franceses, más hermanados con ellos que nos-

otros con ser peninsulares, y les hemos envidiado la participación que sus dialectos labortano ó suletino les proporcionaban en aquellos inofensivos y ruidosos deportes.

Para comprender hasta dónde llega la natural inspiración de los *versolaris*, hay que asistir á cualquiera de las fiestas en que celebra sus juegos florales la *Asociación éuskara* del país, la cual para estos entretenidos y provechosos certámenes suele unirse con la *Euskal-erría* de las provincias vascongadas. Supone, lector, en la linda villa de Vera, corazón de la Euskaria, donde al amparo de druídicas selvas y á la orilla del manso Bidasoa, se respira durante el estío, abrasador en todas partes, el embalsamado ambiente de las montañas, en cuyas calcáreas vertientes se estrelló el poder de los visigodos y de los sarracenos. Figúrate que hemos retrocedido seis años en la corriente ¡harto fugaz! de nuestra vida. Estamos en la tarde del día 2 de Agosto de 1880, víspera de San Esteban: atruena nuestros oídos el penetrante clamoreo de los sagrados bronces echados á vuelo en la parroquia dedicada al santo protomártir, empinada con su campanario greco-romano sobre el terraplén donde erigió el templo primitivo un hábil trazador del siglo XV. Ese repique general anuncia dos fiestas, una religiosa y otra profana, porque la Asociación éuskara navarra ha tenido la feliz idea de juntar las glorias de las letras con las glorias de la Iglesia católica. Empieza á anochecer, y comienzan en la plaza principal del pueblo las fogatas; y en los siguientes días 3 y 4 tendremos tamborileros, misa mayor con sermón de panegírico, bailes vascongados, recibimiento de comisiones con sus banderas, banquete, brindis, lectura de poesías en vascuence y en castellano, gran concurrencia de pueblo en la plaza para el certamen de los *versolaris* improvisadores ante su jurado; y luégo el juego tradicional y fiero de descabezar gansos, que se repetirá en el barrio de Alzate, donde se reproducirán también las improvisaciones: y por la noche gran bailoteo con iluminación á la veneciana, cohetes y rueda de pólvora. Para que descansemos

y se mitigue el ardor de la bulla y del jaleo, traerá el día 5 sobre nosotros el gran chubasco que nos está anunciando el calor picante del sol; con él se aguarán las fiestas del citado día: no podrá realizarse el entretenido *concurso de siega*, que el conde de Guendulain nos tenía anunciado en la Memoria que leyó en el *batzarre* (1) del 11 de Julio; el partido de pelota á largo y á remonte, con guantes, quedará también frustrado. Los famosos jugadores del Baztán y Cinco Villas que estaban ganosos de humillar á las notabilidades del Valle de Santesteban, se quedarán á media miel. Algo se hará pasado el aguacero, porque en el Salón de la Escuela de niños se improvisará una amena justa músico-poética, entre concierto y velada, en la cual cosecharán aplausos Zabalza, Zubiria y Campión.

Manterola, con su bien cortada pluma, se encargará de dar cuenta al público de estas fiestas aguadas en su parte postrera, y me cuenta que lo va á hacer en un artículo que está ya redactando para la *Revista Éuskara*, que dirá lo siguiente: «FIESTAS »ÉUSKARAS EN BERA (2). Los días 4 y 5 de Agosto se han cele»brado en la citada villa las fiestas dispuestas por la Asociación »Éuskara de Navarra, en unión con las locales dispuestas por »el Ayuntamiento de Bera. He aquí, á vuela pluma, una ligera »reseña de las mismas:

»Al anochecer del 2, víspera de San Esteban, patrono del »pueblo, un campaneo general anunció la fiesta, quemándose »por la noche fogatas en la plaza principal.

»El día 3, á las nueve de la mañana, los tamborileros die»ron alborada á las autoridades y personas principales del pue»blo. Á las diez se celebró la misa mayor, en la que hizo el »panegírico del Santo, en lengua vascongada, el vicario del

(1) Junta general de la *Asociación éuskara*.

(2) Respetamos la ortografía del original, que escribe *Bera* por Vera, *Echeberria* por Echeverría, *Nabarra* por Navarra, etc. Los modernos vascófilos han convenido en sustituir á la *v* la *b* en todos los nombres propios vascongados, para lo cual alegan que en el alfabeto éuskaro la *v* es letra de nueva importación.

»pueblo, D. Víctor María Perostena, natural de la villa de Oña-»te. Á la salida del pueblo esperaban al Ayuntamiento veintitrés »mocetones del pueblo, uniformemente vestidos con el tradicio-»nal traje de los *makildantzaris*, los cuales acompañaron á la »Corporación municipal, bailando después en la plaza pública »el *baile de cordón*.

»Por la tarde, el Ayuntamiento concurrió á vísperas, prece-»dido de la misma comparsa, y después de los Oficios divinos, »se bailó en la plaza el clásico *aurresku* ó baile real. Por la no-»che, hubo iluminación á la veneciana, voladores y fuegos arti-»ficiales.

»La mañana del 4 llegó á Bera la comisión de la Asociación »Éuskara, que fué saludada en su alojamiento por los *makil-»dantzaris* y los tamborileros del pueblo. La comparsa de baile »iba precedida de una bandera española, en uno de cuyos lados »se veía la inscripción *Biba Euskaldunak*, y en el otro BIAK-»BAT (los dos uno), lema alusivo á los dos barrios de Bera y »Alzate que forman la villa.

»Después de la comida, á cuyos postres concurrieron el Al-»calde y Vicario, dióse lectura al acta del Jurado encargado de »dictar fallo sobre el mérito de las composiciones presentadas »al certamen histórico y literario anunciado por la Asociación, »y terminados los brindis, recitaron composiciones en castellano »y vascuence los miembros de la Asociación, Sres. Hermilio »Oloriz y Arturo Campión.

»Á las tres de la tarde inmenso gentío esperaba en la plaza »la presentación de los bersolaris-improvisadores, Pedro José »Elicegui *(el molinero de Asteasu)*, y su hermano Juan Cruz Eli-»cegui, de la misma villa, con residencia actual en Oyárzun, que »acudieron á medir sus fuerzas en el concurso anunciado por la »Asociación.

»Ocupado su puesto por los Jurados, dió principio la justa á »las tres y media en punto, durando hasta las cuatro y cuarto. »—En el breve espacio de 40 minutos, ambos aldeanos, con la

»agudeza característica de nuestros bersolaris populares, cuyo »ingenio se admira más cuanto más se les escucha, improvisa»ron entre los aplausos del pueblo, *36 estrofas*, *de á ocho versos* »cada una, dejando satisfecho y complacido al numeroso públi»co que los escuchaba.

»Á las cuatro y media se dió principio en la plaza al juego »de gansos dispuesto por la villa, espectáculo de hondás raíces »en la mayor parte de nuestros pueblos, que comprendemos no »puede desterrarse en un día y de una plumada, pero que desea»ríamos fuera desapareciendo cuanto antes y en absoluto de »nuestras fiestas, pues despega de nuestras clásicas costum»bres, á la vez que hiere los sentimientos de bondad y de com»pasión hacia los animales, que todos tenemos el deber de pro»pagar.

»Á las Corporaciones populares y personas de influencia »toca principalmente la misión de humanizar las costumbres, y »ellas deben contribuir por todos los medios á que espectáculos »de la índole del que nos ocupa dejen su puesto á otros más »característicos y más propios de nuestra raza y de nuestras »tradiciones, como son los bailes populares, que tanto admiran »los extraños por su sencillez; las pacíficas luchas de bersolaris »y de segadores, las carreras á pié, dentro siempre de sus natu»rales límites, y otras diversiones de la misma naturaleza.

»El juego de gansos se repitió en el barrio de Alzate, una »vez terminado en la plaza principal del pueblo, y á las siete y »cuarto los bersolaris dieron comienzo de nuevo á su tarea en »Alzate, siendo escuchados entre el mayor silencio y con gran »regocijo del numeroso público que acudió á presenciar esta se»gunda parte de la lucha.

»Los hermanos Elicegui estuvieron aún á mayor altura que »en la primera parte de su sesión, improvisando en el brevísimo »plazo de *quince minutos*, con una rapidez asombrosa, y con una »sensatez y un tacto ciertamente admirables en gentes despro»vistas de toda cultura literaria, y con el envidiable sentido

»práctico que distingue á nuestros hombres del pueblo, 16 es»trofas el molinero y 15 su hermano, de á ocho versos cada »una, que suman un total de *31 estrofas con 248 versos*, fecun»didad maravillosa, que llamó extraordinariamente la atención »de propios y extraños, y que es un dato elocuentísimo en favor »de las excelentes condiciones del bascuence para la versifica»ción.

»El olvido de antiguas diferencias, el prudente alejamiento »de las banderías políticas que durante tantos años nos han »traído divididos, legándonos á la postre triste fruto de amar»gos desengaños y profundas heridas en nuestra organización »administrativa y social; la necesidad y la conveniencia de una »unión sincera y práctica entre todos los hijos de la Euskal-erría, »dentro de los grandes principios que informan nuestra historia »y la tradición bascongada; la conservación de nuestra admira»ble lengua privativa y de nuestros peculiares usos y costum»bres; tales fueron los principios desenvueltos con admirable »perspicacia y tacto por aquellos rudos aldeanos en esta prime»ra parte de su reanudada improvisación, frecuentemente inte»rrumpida por los aplausos de la muchedumbre.

»La sesión terminó á las ocho en punto con un chispeante »diálogo de verdadero carácter popular entre ambos contendien»tes; á los que se otorgó por mitad el premio de 80 pesetas »señalado por la Asociación Éuskara.

»No estará de más exponer aquí, como resumen, el siguien»te curiosísimo dato: En los *setenta minutos* que, descontados »los cortos intervalos de descanso, duró esta pacífica é inte»resante lucha, los hermanos Elicegui improvisaron la enorme »suma de *ciento veintisiete estrofas de á ocho versos cada una*, »es decir, la friolera de *mil diez y seis versos:* total que arroja »la asombrosa proporción media de *catorce y medio versos por »minuto*..

»Así se comprenderá la dificultad invencible que existe de »seguir á estos fecundos improvisadores, y de recoger las ideas

»que brotan de sus labios, ni aun por medio del arte de la taqui»grafía ó estenografía.

»Las fiestas del día 4 terminaron con un gran bailoteo en »el barrio de Alzate, en el que hubo iluminación y se quemó »una rueda de pólvora.

»Las anunciadas para el día 5 se aguaron casi por completo »á consecuencia del terrible temporal que se desencadenó.

»No pudo verificarse el *concurso de siega* señalado para las »ocho de la mañana, para el que, por otra parte, no se presen»tó tampoco opositor ninguno dentro de la hora reglamentaria. »El partido de pelota á largo y á remonte, con guantes, hubo »de suspenderse apenas comenzado, y la mucha gente que con»currió de los pueblos inmediatos hubo de pasar el resto de la »mañana viendo llover y granizar á más y mejor. El partido se »había concertado entre los jugadores siguientes: por una parte, »José Echeberría (a) *Baztán* (de Narbaste); José María Fagoa»ga (a) *Arrozco*, el notario José Joaquín Valcarlos (los dos de »Bera), y el albéitar de Lesaca, Serapio Larregui; y por la con»traria Martín Taberna, José Garraus, Mariano Sánchez y Ma»nuel Oyarzabal, todos cuatro de Santesteban.

»El partido se suspendió hallándose éstos *dos juegos por uno*, »y á *treinta cuarenta*. Á pesar de esto, la Comisión, teniendo »en cuenta la imposibilidad de continuarlo, las dificultades que »se ofrecían para reanudarlo cualquier otro día, y los gastos que »esto había de ocasionar á los jugadores, acordó otorgarles, »como gracia y en concepto de indemnización, las 125 pesetas á »que ascendía el premio ofrecido por la Asociación á los vence»dores.

»Á las tres y media de la tarde se celebró el *concurso de »tamborileros*, presentándose como único opositor el que lo es »de la villa, Martín Sansiñana y Larralde, á quien, después de »ejecutar varios de los aires bascongados más populares, se con»cedió, por decisión del Jurado, la mitad del premio señalado »por la Asociación.

»Á las cuatro y media se improvisó en el salón de las Es»cuelas de niños un concierto á beneficio del bardo bascongado »Sr. Zubiría, acto al que dieron importancia la cooperación del »inteligente artista y conocido pianista navarro, D. Dámaso Za»balza, y la del laborioso y distinguido escritor pamplonés Don »Arturo Campión. El Sr. Zubiría cantó con acompañamiento »de guitarra las conocidas canciones *Trapu-biltzalleak* y *Adiyo »Euskal-Erriari* (de Iparraguirre), y con acompañamiento de »piano el *Gernikako-arbola*, recogiendo gran cosecha de aplau»sos. El Sr. Zabalza, tan conocido por sus excelentes condicio»nes de artista y por su amor á Nabarra, donde vió la luz, y en »cuya provincia pasa todos los años una buena parte del vera»no, amenizó el concierto ejecutando al piano varias piezas, »como él sabe hacerlo, y dejando escuchar un precioso *Capri»cho bascongado* de su composición, que le valieron justos pláce»mes del concurso que llenaba la sala. Puso fin á esta improvi»sada velada el Sr. Campión, que dió una muestra de su firmeza »de voluntad, de sus progresos en la lengua bascongada y de »sus excelentes condiciones de lector, recitando de una manera »admirable la preciosa elegía *Azken agurrak Ama euskeriari* »de Arrese y Beitia, premiada el año pasado en el concurso de »Elizondo, y que fué escuchada con religioso silencio y aplaudi»da con verdadero entusiasmo.

»Entre los escritores y miembros de la Asociación Euskara »que concurrieron á las fiestas, recordamos á los Sres. Cancio »Mena, Luís Echeberría, Iturralde y Suit, Campión, Hermi»lio Oloriz, Salvador Castilla, Echaide, Otaegui (Claudio), »Dihinx, Zabalza, Iraizoz (Esteban), Legaz (Dámaso) y otros »varios.

»La Asociación ha quedado altamente satisfecha de la aco»gida que le han dispensado las autoridades y pueblo de Bera, »especialmente el clero, y de la amabilidad del alcalde señor »Agesta, el vicario Sr. Perostena, y el representante de la Eus»kara en aquella villa, Sr. D. Esteban Iraizoz.—Las fiestas ter-

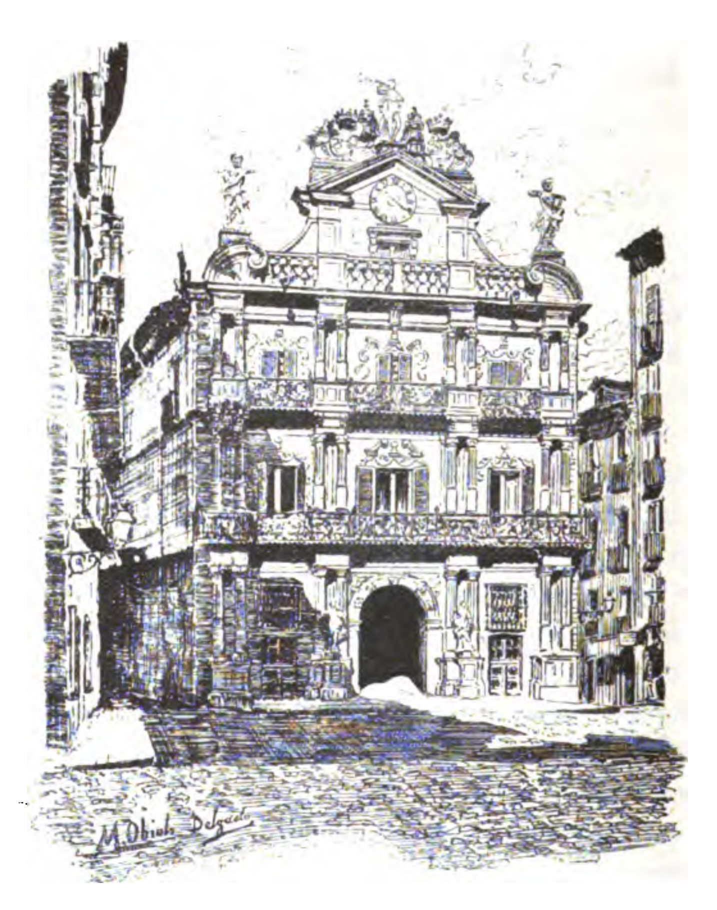
»minaron la noche del 5, dejando completamente satisfechos á »sus iniciadores».

Oye ahora una noticia interesante que circula entre estos que están aquí al lado tomando café. Dicen que el jurado de los juegos florales de Vera ha procedido con gran rectitud al decidir acerca del mérito de las composiciones de historia y poesía presentadas al concurso abierto por la Asociación; que por unanimidad ha declarado desierto el concurso respecto de los temas *Constitución é importancia de las cortes de Nabarra, La Batalla de Arrigorriaga* y *Los Euskaros en la batalla de las Navas;* que con la medalla de oro prometida al autor de la mejor composición sobre las batallas de Arrigorriaga y de las Navas, ha constituído un premio extraordinario de honor adjudicándoselo á D. Felipe Arrese por unas composiciones que ha presentado de tema libre, *Euskeldun baten gogorazińoak* y *Gizonaren zorigacha*, ambas de mérito sobresaliente; que la medalla de plata la ha adjudicado á un D. Agustín Etcheberry, de Sara, por una composición titulada *Deserturra,* que dicen es muy bella; que han concedido una *mención honorífica* al poeta de San Sebastián D. Ramón Artola por sus dos composiciones *Bildocha eta Otsoa* y *Chomin Iruchuloetarra bere erriyan.*—No sé si te transmito con fidelidad tan enrevesados títulos, porque me pasa á mí algo de lo que les pasaba á Strabón y Mela, y á la generalidad de los escritores griegos y romanos, que no acertaban á transcribir nombres iberos y vascones.—La mención honorífica concedida á Artola, dicen que consiste en un diploma y en una tirada especial de sus composiciones.—Complemento de esta noticia: acabo de preguntar á estos señores quiénes han formado el Jurado, y me dicen: D. Dámaso Legaz, como presidente, D. Félix Gaztañaga y D. Salvador Echaide, como vocales, y D. Arturo Campión como secretario.—Y volvamos á nuestro tiempo, es decir, el año en que real y verdaderamente nos encontramos, yo escribiendo lo que he visto, oído y leído, y tú, lector bondadoso, recorriendo las hojas del libro que voy compaginando.

ricos archivos del reino de Navarra, que encierran verdaderas preciosidades, y donde encontrarás un venerando ejemplar de los *Fueros* escrito en pergamino, un trozo de las cadenas de las Navas que trajo D. Sancho el Fuerte y dió al monasterio de Hirache, y que la Diputación mandó recoger cuando éste quedó despoblado: la bandera que sirvió en la proclamación de los últimos reyes de Navarra, y la que llevaban los roncaleses en la guerra del 1794 con Francia; una dalmática de los antiguos reyes de armas; un precioso cáliz esmaltado, regalo de Carlos *el Noble* á Nuestra Señora de Ujué; y un armario que contiene monturas, sables y otros objetos, todos de lujo, cogidos por Mina á mariscales del Imperio durante la guerra de la Independencia. Allí se custodian por último tres urnas de plata de las que se usaban para las insaculaciones de los representantes del país.

Al palacio de la Diputación sigue en el orden jerárquico administrativo la *Casa Municipal* ó Casa-Ayuntamiento. Presenta, como puedes ver en el grabado que la reproduce, una fachada de tres cuerpos, el de abajo dórico, jónico el principal y el segundo corintio, con terrado y ático muy pesado encima, de muy saliente frontón, coronado con esculturas que representan una Fama de vulgarísimas formas, con escudos á los lados entre las zarpas de sendos leones tenantes, que más parecen perros que leones, y campanas de reloj. El terrado presenta al frente una fea balaustrada con enormes cartelas ó volutas en sus extremidades, destinadas á soportar dos acroteras que sirven de pedestales á dos Hércules con la clava al hombro. Las columnas de cada cuerpo están pareadas y lleva cada par su entablamento de arquitrabe, friso y cornisa. Son cuatro parejas en cada cuerpo, y de consiguiente tres en cada piso los vanos. En el piso bajo, el grande arco de entrada al vestíbulo tiene entre sus columnas flanqueantes, apareadas, estatuas barrocas, y en su archivolta y enjutas adornos de mal gusto. Los vanos en los cuerpos principal y segundo están contornados de

follaje y cartelas de pésima forma. No sé quién construyó este edificio, que supongo por su estilo arquitectónico de fines del siglo XVII, pero hubo otro anterior, pues leo en los antiguos



PAMPLONA.— AYUNTAMIENTO

documentos que me suministra Yanguas, que desde el año 1483 el municipio iruniense venía disfrutando de una renta de 400 libras anuales que le concedió el rey D. Juan de Labrit, con su esposa D.ª Catalina, á cambio de un antiguo privilegio que cedió la ciudad á los reyes, y que debía invertirlas en la fábrica de una *casa de Ayuntamiento*, comenzada en la Navarrería delante

del Chapitel. Leo también que la Casa municipal estaba mandada construir desde el feliz reinado de D. Carlos *el Noble*, que en el famoso *privilegio de la Unión* del año 1423 disponía ya de dónde habían de tomarse los fondos para este objeto (1). —Veamos el interior de este edificio. Ocupa su planta baja una extensa lonja donde se halla el peso general, y hace pocos años servía al propio tiempo para depósito del pescado fresco hasta que se vendía en la pescadería pública, y para la venta de aves y contratación de algunos artículos de abasto. Tiene dos buenas escalinatas que se juntan en el primer piso: subiendo por la derecha, se encuentra sobre el primer tramo una antigua tabla colgada en la pared, con las armas de la ciudad, y señaladas en ella con clavos todas las medidas del reino de Navarra con la explicación de cada una en caracteres góticos y latinos comunes. La escalera está iluminada por la linterna de una media naranja bien proporcionada. En el primer piso están los salones de juntas y la Secretaría. En frente de la escalera, una puerta abre paso á un salón adornado con lujo, donde hay una gran mesa cubierta de damasco carmesí, con escribanía de plata, bajo un dosel, también de damasco, en cuyo fondo campea un retrato del rey. La hermosa sillería de este salón, sus espejos, su precioso reloj, sus magníficas arañas, arandelas y candelabros, le dan un aspecto noble y serio. Otro salón, á la parte opuesta del mismo patio, te muestra en el testero otra mesa

(1) Cap. VIII .....De otorgamento de los dichos procuradores habemos acordado que en este aynno present, comenzadero el dia de hoy data de las presentes, por el dicho Domingo de Belzunce, thesorero sobredicho, se hayan á tomar de las rentas de nuestra dicha muy noble ciudat, unida como dicho es, para convertir en el dicho aynno en la fábrica de la *casa de la jureria*, la suma de 700 libras carlines pretos; et en el segundo aynno siguient, se hayan á tomar de la dicha renta comun por el dicho thesorero, que será de la dicha poblacion, para convertir et facer la dicha *casa de la jureria*, otras 700 libras; et en el ayuno que será el dicho thesorero de la dicha Navarrería, sean por él tomadas para destribuir en la fábrica de la dicha *casa de la jureria*, otras 700 libras; que montarán todos los dineros que tomarán los dichos tres thesoreros para convertir en la *casa de la jureria*, 2100 libras, etc.» Casa de la *jureria* se llamaba entonces á la Casa de Ayuntamiento.

junto á otro dosel carmesí, y en las paredes los retratos de los reyes desde la incorporación de Navarra á Castilla.

Palacio episcopal. Tres tuvieron los obispos de Pamplona antiguamente: uno junto á la catedral, donde vimos, al recordar los principales sucesos de la *guerra de los barrios*, que intentó en vano penetrar Eustaquio de Beaumarché para esquivar las amenazas del pueblo de la Navarrería; y este palacio, después de aquella guerra desastrosa, en 1277, fué cedido por el obispo á los canónigos para ensanche de sus claustros (1). Otro estaba enfrente de la misma iglesia, al principio de la calle que hoy se llama *de la Curia:* el cual fué asimismo cedido al cabildo para que construyese las viviendas de los dependientes y criados de la catedral; y el tercero era el palacio real, dado á los obispos por el rey D. Sancho *el Fuerte*, recuperado de hecho por los reyes D. Felipe y D.ª Juana, reconocido de derecho como de los obispos por D. Carlos *el Malo*, y ocupado sin embargo por éste hasta su muerte. El papa Benedicto XIII, considerando el desdoro que padecía la mitra al carecer de palacio propio é indisputado, mandó que á sus expensas y á las de la clerecía se construyera un nuevo palacio para habitación de los obispos de Pamplona: reunida la clerecía en la morada que ocupaba el obispo provisionalmente, se convino en que se edificara en unas casas que habían sido del marqués de Cortes; el convenio fué aprobado por Su Santidad Clemente XII en bula que expidió á 9 de Enero de 1732, y en su virtud dióse principio á la fábrica del actual palacio junto á la parte de la muralla del nordeste, mirando al Arga, casi en un extremo de la ciudad, con arreglo á un plano que, sin carecer de grandiosidad, presentaba el grave defecto de no haber en él espacio para la instalación del Archivo general de la Diócesis. No lo habitó el que promovió su

(1) Trae Madoz esta curiosa noticia, sin decir de dónde la tomó; pero debemos suponerla fidedigna porque este autor estuvo perfectamente enterado, como navarro, de todo lo referente á su país.

edificación, que fué D. Melchor Angel Gutiérrez Vallejo, sino su sucesor en la silla D. Francisco III, Ignacio Añoa y Busto, durante cuyo pontificado se promovió una ruidosa competencia acerca del uso del dosel en las grandes solemnidades eclesiásticas. Pretendía ponerlo el virrey para sí, y el obispo quería también usarlo porque celebraba de pontifical. Era virrey el conde de Maceda, gran regalista, y se originó un verdadero conflicto, mediando de una y otra parte largos y nerviosos escritos que llegaron á enconar mucho los ánimos; pero al fin la cuestión fué resuelta en favor del obispo.—El palacio episcopal, cuya fachada, modestamente arrinconada al fondo de una plazoleta de poco tránsito, solo se revela como de casa principal en la profusión del ornato de mal gusto de su portada, ofrece poco atractivo en la estación de los fríos y de las nieves, tan abundantes en Pamplona, por la situación que ocupa hacia el extremo del Este de la población, sin defensa alguna contra los vientos de aquel lado, que la baten por encima de la cortina cuya base lame el Arga. La única amenidad que en él encontré fué la franca hospitalidad y el dulce trato del docto y virtuoso prelado que le habitaba entonces (1), y el de los dignos eclesiásticos que ya por sus funciones, ya meramente por afecto le rodeaban; y la única ventaja que ese mal escogido emplazamiento proporciona, está en que puede el obispo trasladarse desde sus habitaciones á la catedral sin salir á la calle, por una larga galería que, corriendo de uno á otro edificio, paralela á la cortina de la fortificación, le lleva directamente á un paso que sale al Refectorio bajo del Cabildo, contiguo según se ha visto al ala del sur del grandioso claustro.

Este edificio está unido por la parte de occidente con el de los Seminarios *conciliar* y *episcopal*, erigido el primero en 1777,

(1) El ya mencionado Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Oliver y Hurtado, que por una tenaz dolencia, muy sentida por todos sus muchos y buenos amigos, ha tenido que abandonar su Diócesis, donde tantos corazones le habían conquistado sus talentos y virtudes.

bajo el pontificado de D. Juan IX Lorenzo de Irigoyen y Dutari, á quien fué cedida para seminario episcopal la casa colegio que habían ocupado los PP. de la Compañía de Jesús. Á fines del siglo pasado se construía en ambos seminarios, en el *conciliar* para amplificarle, y en el *episcopal* para instalarlo en la parte antigua de aquel (1).—Además de estos seminarios, existe el de *San Juan Bautista*, fundado en 1734 por el ministro de Hacienda D. Juan Iturralde y su esposa D.ª Manuela Munárriz, cuyos retratos de cuerpo entero se conservan en la habitación del rector. En este establecimiento debe haber siempre 12 plazas de gracia, ocupadas por otros tantos colegiales, de los que 10 han de ser naturales del Baztán y seis de ellos precisamente del lugar de Arizcun, pero parientes del fundador, y los dos restantes de la familia de la fundadora.—Después del año 1815, en que ocupó la silla de Pamplona el Sr. D. Joaquín Javier Uriz y Lasaga, los seminarios conciliar y episcopal recibieron grande impulso; pero al comenzar la primera guerra promovida por los carlistas se apoderó del seminario conciliar la autoridad militar para acuartelar tropas, en defecto de otro local más á propósito de que poder echar mano, y desde entonces se hicieron en él tales gastos por cuenta del Gobierno para adaptarlo de lleno á este nuevo servicio, que no hubo medio de que prosperaran las reclamaciones del obispo para que le fuese devuelto.

Pero advierto, consecuente y benigno lector mío, que abuso de tu paciencia usurpando sus atribuciones á los escritores de estadística: y sospecho que te parecerá preferible á esta descarnada descripción de lo que la actual ciudad de Pamplona nos ofrece en materia de instrucción pública, eclesiástica y secular, de beneficencia, de servicio militar, de abastos y mercados, de

(1) Así consta en las relaciones remitidas á la Real Academia de la Historia á fines del siglo XVIII para la formación del *Diccionario geográfico-histórico* de España; si bien el académico encargado de la parte de Navarra tomó para su artículo *Pamplona* una descripción diminuta y deficiente, enviada por D. Joaquín López, con acuerdo de la ciudad, en Junio de 1801.

policía urbana, de lugares de esparcimiento y diversiones públicas, etc., que te diga sobre la transformación de la Pamplona antigua en una ciudad hermosa y culta, algo de lo que aún permanece recóndito en los manuscritos de la curiosísima época en que se inició esa mutación. La vida de la Pamplona moderna te es bien conocida: has taconeado, en las tardes de otoño y en los hermosos días de invierno, por el *paseo de Valencia* y la *Taconera*, como taconeamos nosotros los madrileños por el Prado, por el Retiro ó Parque de Madrid y por la Fuente Castellana; has visitado las hermosas viviendas con honores de palacios—y con portadas *inverosímiles*—de los condes de Espeleta y de Guendulain, y las de menos ostentosas fachadas del marqués de Vesolla y de otros titulados; has dirigido quizá tus errantes pasos al gran *Depósito* de las aguas que trae á Pamplona el famoso *acueducto de Subiza*, inmediato á la basílica de San Ignacio; quizá has tenido curiosidad de enterarte del sistema de abastos, verdadero modelo de sabiduría y de previsión económica de la Diputación de Navarra, visitando la *Panadería municipal*, y acaso también el *Almacén municipal de combustibles*, y de seguro el grande, hermoso y bien ventilado *Mercado nuevo*, construído últimamente donde estaba el antiguo *Pósito*, en la llamada plaza de *Abajo*, por nuestro amigo el inteligente arquitecto D. Florencio de Ansoleaga;—has visitado, al menos cuando te has visto en la precisión de acompañar á algún forastero recomendado, si era militar, los seis cuarteles de *Palacio*, de *San Martín*, de *Caballería*, paralelo á la cara del baluarte de San Nicolás; de la *Merced*, de *Santo Domingo* y del *Carmen*; y el *almacén de pólvora* de la gola del baluarte de la Reina; y si era hombre de administración é inclinado á los ramos de beneficencia, has visto con él, ante todo el *Hospital provincial*, donde, desde una elegante portada del *renacimiento* para adentro, hacen sus frecuentes milagros de caridad las simpáticas heroínas que militan bajo esta santa enseña, con gran regocijo del ánima del bienaventurado arcediano D. Ramiro de Goñi que

amplió el edificio á sus expensas, fundó su iglesia y en ella está enterrado; luégo la *Casa de Misericordia*, situada en el paseo de Valencia entre la Panadería municipal y el Juego de pelota, la cual mantiene á más de 300 pobres de ambos sexos y los ocupa en tejer mantas y lienzos y en hacer zapatos y prendas de sastrería, también al cuidado de las Hermanas de la Caridad; luégo la *Inclusa* y la *Casa de Maternidad*, donde prodigan estas mismas Hermanas sus desvelos á los débiles y desgraciados seres en ella acogidos, que á la edad de 6 años, siendo varones, pasan á la Casa de Misericordia á aprender oficio. Has frecuentado las públicas diversiones, el *Teatro*, el *nuevo juego de pelota* en verano, y el *Trinquete* en invierno; la *Plaza de Toros*, donde caben más de 8000 *cómplices* de bárbaras emociones, en que se ceba así el almibarado aristócrata como el rudo menestral demócrata; has concurrido á los *cafés*, al *Casino*, donde ó el fastidio te ha hecho bostezar, ó la discusión política te ha puesto nervioso; has girado tus visitas, acaso por no tener otros placeres á mano, á los establecimientos de instrucción pública, en los que no pen-



PAMPLONA.—Hospital provincial.

sabas hallar grato entretenimiento: á la *escuela de párvulos* que el celo de una asociación benéfica sostiene, bajo la protección de la Diputación provincial, en un edificio que fué convento de Franciscanos, donde se admira cómo aquellos niños desarrollan sus fuerzas con juegos gimnásticos, respetando sin embargo con religioso esmero el bonito plantío que tienen en un inmenso patio de dos mil varas cuadradas destinado á su recreo; á las *escuelas elementales*, perfectamente instaladas en el piso segundo del mismo edificio, á que concurren 550 niños; á las *escuelas de niñas* de la calle de la *Pellejería*, donde tan útiles labores hacen 500 doncellitas dirigidas por las Beatas de Santa Catalina de Siena. —No sé si habrás tenido constancia para completar tus útiles excursiones visitando las *escuelas normales* para ambos sexos, la *Academia de dibujo*, el *instituto de 2.ª enseñanza* de la plazuela de San José, inmediato á la catedral; ni si se te habrá ocurrido el capricho de dirigir tus pasos hacia los puentes, hacia las ermitas de San Fermín de Aldopa ó de Santa Ana, ó hacia el cementerio para ver la cruz negra que lleva el extraño nombre de *cruz del mentidero*, ó el sepulcro de bruñidos mármoles, trasladado aquí desde la iglesia de Santo Domingo donde primero estuvo, de D. José Armendáriz, ó la lápida del marqués del Cairo, procedente de la misma iglesia.

Si nada de esto has visto por tus propios ojos, á fe que no te faltará quien de ello te instruya: el *Oasis* del elegante y docto Mañé y Flaquer, y el nuevo *Itinerario de España y Portugal* de Mr. Germond de Lavigne, aquel extensamente, éste de una manera sumaria pero hábil y sustancial, te ofrecerán cuanto puedas apetecer acerca de la vida moderna de Pamplona; mejor aún que la obra de Madoz, ya en parte anticuada. No hemos de usurpar su puesto á tan seguros guías. Por otro lado, hay un momento histórico de grande interés en la vida de las naciones, que es el de la transición de lo antiguo á lo nuevo; y desde este punto de vista no puede menos de ofrecer atractivo lo que se pensaba, se discutía y se escribía, en aquella época en que se

estaban realizando en Pamplona todas las grandes reformas de buena administración y de policía con que se inauguraba la época moderna y se iba desterrando de la vida pública el imperfecto involucro de las edades anteriores.

Las mejoras materiales comenzadas en los Estados durante el pasado siglo, fueron resultado, á no dudarlo, de la filosofía humanitaria que dominó con la escuela sensualista de Condillac y de los llamados *enciclopedistas*. Todo en el mundo viene naturalmente eslabonado, y todo la inconstancia del hombre lo adultera con exageraciones violentas en cuanto los principios salen del cerebro á la vida pública. Al místico menosprecio de lo terreno y perecedero, acompañó durante la casa de Austria el mirar con censurable indiferencia los intereses materiales de los pueblos. Viene la reacción, y el imperio del materialismo francés trae consigo, bajo la casa de Borbón, la condenación, igualmente censurable por lo absoluta, del pasado misticismo traducido á la vida social en vergonzoso abandono, y la glorificación del sér humano bajo todos sus aspectos y condiciones. Pues vas á asistir ahora á la feliz transformación que produce en nuestra antigua capital pirenáica el influjo, en lo material inofensivo, de esas generales tendencias del siglo de Carlos III hacia todo lo que era comodidad, higiene, aseo y bienestar: y vas á lograrlo por medio de una evocación que afortunadamente puedo realizar sin el menor viso de maleficio. Un respetable sujeto de aquel tiempo, con su chupa, su redingot y su peluca empolvada; cuyo nombre ignoro, pero cuya condición de hombre de letras adivino por lo culto de su estilo, está escribiendo en Pamplona para remitirla á la Real Academia de la Historia, la descripción de esta ciudad y de otras poblaciones del antiguo reino, por orden del marqués de las Amarillas; el cual, deseoso de complacer al conde de Floridablanca y á D. Domingo Fernández de Campomanes del consejo de S. M. en el loable propósito de facilitar á la expresada Academia todos los datos necesarios para su *Diccionario geográfico histórico*, se distingue por la actividad y dili-

gencia con que está allegando desde el año 1785 los materiales referentes á esta importantísima parte de su trabajo.

Veamos lo que aquel va escribiendo, y con ello tendremos el cuadro acabado y perfecto de Pamplona por los años 1786 á 1790 (1). Su tarea ha de ser grata al poderoso y activo promovedor del progreso material de España, que durante su ministerio llegará á construir ciento noventa y cinco leguas de caminos, dejando habilitadas en las provincias más de doscientas.

«Goza Pamplona por su fidelidad y demás circunstancias muchas exenciones y privilegios, y uno de los más notables es el no tener que dar cuentas á nadie del manejo de sus propios y rentas, de cuya prerrogativa, que en otras manos pudiera ser perjudicialísima al común, usan y han usado siempre sus regidores con tanta integridad, que jamás se ha notado en ellos sino el más acrisolado celo por el bien público y un desinterés particular digno de alabarse é imitarse, pues siendo así que sirven este empleo no solamente sin interés alguno, mas al contrario costándoles del propio suyo, se esmeran tanto en el desempeño de las obligaciones á él anejas, como pudieran hacerlo si por ello tuviesen muchas utilidades ó emolumentos (2).

»Compónese al presente esta ciudad de 2,306 vecinos (14,066 personas), divididos en cuatro grandes parroquias y subdivididas éstas en veinte barrios para el mejor gobierno político-civil, con excelentes ordenanzas formadas á este fin, que han llevado por modelo otras ciudades de España, y la corte de Madrid, de quien en cambio tomó esta ciudad el proyecto de la limpieza de calles, que puesto en ejecución, se ha concluído en pocos años con más perfección, porque de todas las casas y de cada una de sus habitaciones se vierten las aguas é inmundicias por conductos particulares, á los generales que atraviesan por

(1) Sacamos esta curiosa noticia del tomo III de las *Descripciones* que, como queda dicho, posee inéditas la Real Academia de la Historia: cuaderno n.° 4.

(2) Traslado á muchos de los concejales de nuestros días.

medio de las calles y plazas, los cuales desahogan en el río por cinco parajes distintos, habiendo quedado por este medio una de las ciudades más aseadas y curiosas que puede haber, como también de las más vistosas y hermosas, pues al mismo tiempo se han enlosado y empedrado magníficamente sus plazas, y todas las calles, que generalmente son largas, anchas y muy iguales; de modo que si se pone en práctica, como se cree y trata actualmente, otro nuevo proyecto de alumbrado y azulejos, serán pocas las ciudades que con ella puedan competir en belleza y comodidad.

»La perfección con que se ha ejecutado la obra de la limpieza de calles es grande, y esto ha movido sin duda á la ciudad de Cádiz á pedir el plan de ella con el fin de hacer la misma obra.

»Tiene Pamplona, como va apuntado, cuatro parroquias, nue»ve conventos de Religiosos y cuatro de Religiosas, diferentes ba»sílicas públicas, entre las cuales sobresalen la de San Ignacio »de Loyola, al presente ayuda de parroquia de la de San Nicolás »que se dedicó en honor de aquel santo, año de 1694, la cual »está edificada en el mismo sitio en que, herido en ambas pier»nas, cayó de la muralla del antiguo castillo que valerosamente »defendía contra los franceses el año de 1621; la de Santa Ce»cilia, que habiendo sido parroquia en lo antiguo, se unió des»pués á la de San Juan; y la de San Jorge, sita extramuros de »la ciudad y á distancia como de un cuarto de hora.

»Hay también en esta ciudad tres colegios ó seminarios, los »dos de ellos para estudiantes, y el tercero para educar donce»llas jóvenes, sin otro que actualmente se está construyendo »cerca del Palacio Episcopal, en el Seminario Conciliar (que »también se está amplificando y perfeccionando, y tampoco va »comprendido en los expresados).»

Describe luego el autor de la memoria la iglesia catedral, pero muy ligeramente, después de trazar su historia á *grandes rasgos*, como decimos hoy; poco apreciador del arte de la Edad-

media, y sin discernir en él lo más y menos bello, limítase á este genérico elogio: «es obra magnífica y tanto que con el conjunto »de sus claustros (muy dignos de notarse), refectorios, dormi»torios, galerías, librería, etc., con dificultad se hallará otra igual »en España:» exageración propia de persona evidentemente imperita. En cambio admira la decoración profana de la *Sacristía de los Canónigos*, diciendo: «tiene varias sacristías; pero la »principal que se adornó y alhajó pocos años há, es muy bella »y merece la atención de cualquier sujeto de gusto». Es lógico que quien alaba la decoración de esta Sacristía, haga elogios de las dos capillas de *San Fermín* y de *Nuestra Señora del Camino* en las iglesias de San Lorenzo y San Cernin (1). «No puede pasar»se en silencio (escribe con notoria complacencia) la insigne ca»pilla del invicto mártir San Fermín, patrón de esta ciudad y de »todo el reino de Navarra, que está en la iglesia parroquial de »San Lorenzo, donde nació este santo, la cual se edificó á prin»cipios de este siglo y es de singular trabajo, magnificencia y »grandeza.

»Tampoco se puede dejar de hacer mención de otra nueva »capilla, que se ha construído últimamente en la iglesia parro»quial de San Saturnino, y está perfeccionándose al presente »con el fin de colocar en ella el año próximo la devotísima y »venerada imagen de Nuestra Señora del Camino, aparecida »milagrosamente en dicha iglesia el año de 1487, cuya fábrica »así por su mucha capacidad, como por lo majestuosa y ador»nada que queda, será el más sobresaliente y notable ornato »sagrado que tenga esta ciudad.

»En el convento de Padres Capuchinos, extramuros de ella, »se ve el magnífico mausoleo de excelentes jaspes y mármol de »Génova que el rey nuestro señor D. Carlos de Borbón, que

(1) Las noticias que da el anónimo del tiempo de Carlos III acerca de las épocas en que fueron edificadas las capillas de *San Fermín* y de *Nuestra Señora del Camino*, confirman y completan las que de una manera vaga é indeterminada dimos en nuestro capítulo XVII.

»Dios guarde, hizo erigir á sus expensas año de 1767 en me»moria del célebre conde de Gages, general que fué del ejército »de España en las últimas guerras de Italia, el cual murió en »esta ciudad siendo virrey de Navarra á 31 de Enero de 1753. »En él descansan sus cenizas, y además del busto de este héroe, »de inmortal memoria para Navarra, se nota grabada primoro»samente la memorable acción que bajo sus órdenes ejecutó el »ejército español unido con los franceses el día 27 de Setiembre »de 1745, cuando pasando intrépidamente el río Tánaro, atacó »y venció en Basignana al de los piamonteses y austriacos man»dados por el rey de Cerdeña, sin embargo de hallarse estos »fuertemente atrincherados en la orilla opuesta, en cuya ocasión »se distinguió sobre todos los generales este Marte Bélgico que »dirigía á los españoles. Tiene este mausoleo una excelente ins»cripción latina en elogio de este grande hombre, tan insigne en »el gobierno político como en el militar, y en ella están escul»pidas sus heróicas acciones y los distinguidos empleos que ob»tuvo. Es dignísimo de notarse este monumento, pues en él »compite lo delicado del arte con lo precioso de la materia.

»Hay en esta ciudad varios hospitales para pobres y pere»grinos, siendo los más principales: 1.° el Hospital general, en »que se admite á todos los pobres enfermos de cualesquiera en»fermedades, así los que son naturales del reino como de fuera »de él y extranjeros. Es de bastante capacidad y tiene muy »buenas providencias (1). 2.° la Casa Hospicio de Misericor»dia...» El autor elogia, y con justicia, el principio moralizador que ha introducido en este instituto benéfico el trabajo, aunque lo hace principalmente desde el punto de vista económico; y emite esta reflexión, en que se manifiesta más avanzado que muchos hacendistas de su tiempo: «en ella, para ayuda de su »manutención y evitar la ociosidad á los pobres, hay estableci-

(1) Nada se dice en la memoria de la linda portada plateresca que tiene este Hospital. En tiempo de Carlos III los hombres que pasaban como de mejor criterio artístico condenaban el arte del *renacimiento* como cosa monstruosa.

»da una fábrica en que se trabajan muy buenos paños, sayales, »bayetas, etc., que por su calidad sobresaliente en su especie »tienen grande despacho, y este sería mayor si se pudiesen ex»traer dichos géneros, y en especial los paños, á los países cir»cunvecinos de Francia, donde son muy estimados; pero no se »permite en ella su introducción, ni aun pagando derechos, sin »embargo de que con esta condición traen á España los france»ses sus mercadurías con toda libertad: que si esta hubiese para »la expresada extracción, podría aumentarse muchísimo dicha »fábrica con el seguro de que tendría igual salida cuanto se »trabajase.»—Concluye su enumeración de esta manera: «3.º la »Casa de Niños huérfanos, llamada comunmente de la doctrina, »donde se acogen é instruyen los niños y niñas huérfanas desde »la edad de siete años hasta la de doce, en que se les procura »avío en las artes y oficios. Todos estos establecimientos, que »son muy útiles y caritativos, están bajo el patronato de la ciu»dad que los gobierna, teniendo formadas á este fin juntas par»ticulares y muy buenas ordenanzas.

»Hay también en esta Ciudad una Casa de Moneda, en la »cual se acuña toda la de vellón ó cobre que corre en este »Reino, y antes se labraba también la de oro y plata, como se »ha ejecutado aún en tiempos posteriores á su unión con el de »Castilla; pero hace muchos años no está en uso este privile»gio. En esta casa tiene sus juntas el Tribunal nombrado Cá»mara de Comptos (del que se hablará después) y en ella se »halla su precioso Archivo, que encierra en sí un gran número »de instrumentos, papeles y otros documentos así públicos como »particulares, especialmente del tiempo de los Reyes de Nava»rra, que dan mucha luz á la historia, genealogía y otras anti»güedades, no sólo de lo que al presente es este reino, sino »también de otros países que comprendía antes su Corona, »como lo acreditan las muchas y útiles noticias que se han sa »cado continuamente y se van descubriendo cada día.

»Tiene Pamplona Universidad, concedida por el Rey D. Fe-

»lipe III año 1619, erigida por el Pontífice Gregorio XV año »de 1621 y confirmada por su sucesor Urbano VIII en el »de 1623, desde cuyo tiempo se halla establecida provisional»mente en el Convento de Padres Dominicos, que es el más »suntuoso que hay en la Ciudad, sin embargo de que todos »ellos son muy buenos.

»Las casas de esta Ciudad son generalmente cómodas y »vistosas, sobresaliendo entre ellas en hermosura la Casa de »Ayuntamiento, el Palacio Episcopal, y otros varios edificios »modernos de particulares que adornan mucho al pueblo (1); »el cual se ha renovado tánto de pocos años á esta parte, y se »continúan las obras con tal actividad, que dentro de breves »años apenas se hallará casa alguna antigua, teniéndose por »cierto que á no impedirlo la proximidad de las murallas é in»mediación del Castillo, se aumentaría considerablemente la po»blación. Las plazas públicas son cinco. La más singular de »ellas es la que se llama del Castillo (sin duda por estar próxi»ma al paraje donde estuvo antes el antiguo Castillo). Es cua»drada y muy grande, pues tiene 157 varas de largo y 145 de »ancho (2). En esta plaza, en que hay diferentes bellas casas »que hacen agradable perspectiva, se celebran las fiestas de »toros (que son de las mejores de España) y en tales funciones »concurren á ella muchos millares de personas que se acomodan »con bastante conveniencia por su grande capacidad. También »es digna de notarse la plaza que se dice de Abajo, donde se »venden las carnes, pescados y hortalizas, por estar dispuesta »para estos fines con el mejor orden y providencia que es po-

---

(1) Como muestra de lo que se estimaba bello ornato en los edificios particulares, durante la época en que el anónimo redactaba su memoria ó informe, recordamos no más que el frontispicio de cierto palacio, en el cual, para perpetuar las glorias militares del dueño, esculpió un artista pamplonés en bajo-relieve soldados de cuerpo entero con sus uniformes, sus armas, artillería, cajas, trofeos, etc.. y hasta el humo que sale de la boca de los cañones!!

(2) Hoy viene á formar un cuadro de 160 varas por cada lado, como dejamos dicho en el lugar correspondiente.

»sible, y toda ella rodeada de cubiertos muy buenos: y sobre »ellos el *Vínculo* ó *Pósito* de granos, con dos suelos, con varias »piezas capaces de contener tantos mil robos (1).

»Esta Ciudad tiene muchos y agradables paseos por todas »partes, siendo el más notable y frecuentado el de la Taconera, »que está dentro de los muros, en el cual hay una bella dilata»dísima arboleda con muchos asientos para comodidad de la »gente que sale á recrearse, y una fuente muy buena de que se »provee considerable parte del pueblo. La extensión, comodi»dad y demás circunstancias que concurren en este paseo, lo »hacen muy apreciable, y tanto más estimado cuanto se duda »con fundamento haya otro semejante en plaza de armas algu»na, ni aun en Ciudades y pueblos que no lo son, dentro de sus »recintos, así en España como en toda Europa (2).

»No muy distante de los muros de la Ciudad, había poco há »un molino ó ingenio de agua para fabricar pólvora, que era de »singular artificio, pues en él movían sus ruedas los mismos »mazos de los morteros, y se labraban cada día muchos quinta»les; pero se deshizo enteramente esta máquina siendo Virrey »el expresado Conde de Gages, así por haberse considerado no »ser necesaria á la monarquía, respecto de que tiene otras que »la proveen superabundantemente, como por el grande riesgo »á que su proximidad exponía á esta plaza, de que hubo lamen»table ejemplar el año de 1732, en que habiéndose prendido »fuego por casualidad inadvertible á algunos barriles de pólvo»ra, causó este accidente gravísimos estragos y perjuicios en »toda la Ciudad, que sin duda hubiera quedado enteramente »arruinada á haberse comunicado el incendio á los almacenes »próximos que contenían en sí mayores cantidades de dicha

(1) En esta parte se da una clara y cabal idea de la disposición del antiguo *mercado de Abajo*, anteriormente á la construcción del actual.

(2) En lo que nadie nos iguala es en amor propio y vanidad: defecto de raza quizá, que nos hace mirar como inferiores á nosotros todos los pueblos del mundo, por lo cual desdeñamos muchas cosas extranjeras que deberíamos imitar.

»munición, pero sin embargo perecieron también diferentes per- »sonas. Al presente se halla establecida en el mismo sitio una »fábrica de Papel, perteneciente al Hospital general, que le pro- »duce bastante utilidad, siendo muy provechosa á todo el reyno »por la mucha porción de todas calidades que en ella se traba- »ja; y al paso debe advertirse que esta fábrica es de las más »considerables y magníficas que hay de semejante especie.»

Emprende luégo la descripción de la Ciudadela y habla de los medios de subsistencia de que está dotada en la previsión de un asedio: entre los cuales menciona una copiosa fuente y un molino de trigo y tahona *de especial invención y admirable artificio.* «Compónese (escribe) de varias ruedas y de cuatro ó cinco »muelas con el mismo número de tolvas, y en cada una de di- »chas muelas se pueden reducir á harina veinticuatro cargas de »trigo cada día por medio de hombres ó caballerías, sin que »toda esta máquina necesite de otro impulso para moverse y »mantenerse corriente. Esta tahona recuerda otra en todo se- »mejante, pero mayor, que había en la antigua Casa de Ayun- »tamiento de la Ciudad, la cual se deshizo cuando se derribó »dicha Casa para hacerla de nuevo (1), y no se ha vuelto á »armar después acá.

»El Gobernador de la Ciudadela, que también lo es de la »plaza, vive en la ciudad y suele ser comunmente un teniente »general ó cuando menos un Mariscal de Campo, puesto inme- »diatamente por el rey. Es tan respetable este Castillo, que »desde que se hizo y se fortificó al estilo moderno la ciudad,

(1) De esta noticia acerca de la tahona que había antiguamente en la Casa de Ayuntamiento que se demolió para hacer la actual, se deduce un dato interesante para la historia monumental de Pamplona, á saber, que la Casa municipal mandada construir en el *privilegio de la Unión* dado á la Ciudad por Carlos *el Noble* llegó en efecto á erigirse. Lástima que no podamos rastrear qué estilo arquitectónico se empleó en ella. Pero debió de ser un edificio ó gótico ó del renacimiento: estigma suficiente para atraerse la animadversión de los arquitectos pelucones de la dinastía borbónica. Dedúcese también de la propia noticia que la Casa municipal nueva (que es la que vemos hoy) es obra del reinado de Carlos III, porque el autor *recuerda* la tahona que había en la antigua, es decir, que la vió demoler.

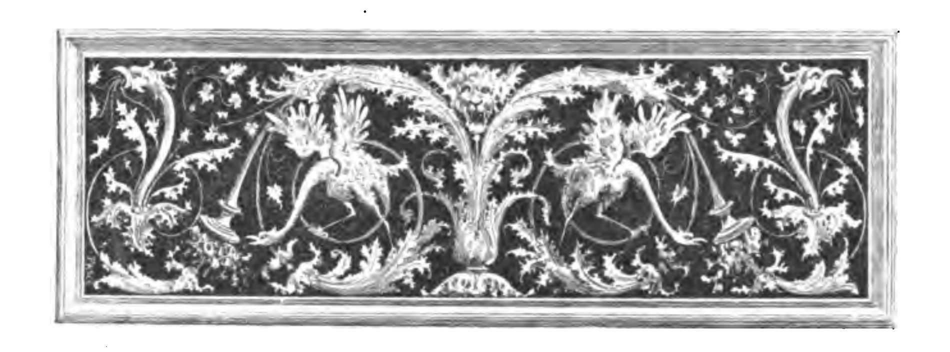
»que sin duda fué al mismo tiempo, jamás ha sufrido sitio alguno, »ni lo ha intentado la Francia en las muchas guerras que ha »tenido después acá con España, hasta fines del siglo último, »siendo así que está tan cercana á su frontera, y que, lograda su »conquista, no tiene por esta parte impedimento alguno para »introducirse y correr libremente todos los reinos de ella, y que »en las mismas guerras puso sitio y se apoderó de Barcelona y »otras muchas plazas de diferentes partes de la frontera.»

Esto se escribía á fines del siglo pasado, cuando en Pamplona se estaba verificando la transición de la ciudad antigua á la ciudad moderna: pocos años después, ya se habían dado grandes pasos en el camino emprendido, y ya tenía la antigua capital del reino de Navarra uno de los principales elementos de progreso para la vida moderna. Un soberbio acueducto, comparable por lo atrevido de su construcción y la elegancia de su arquitectura con los construídos por el pueblo-rey, llevaba á la población, escasa de agua, los abundantes raudales de las alturas del Francoa, atravesando un trayecto de tres leguas, barrenando montañas y salvando hondonadas, valles y precipicios. Con este acueducto se abastecían nuevas fuentes: ya se habían instalado las seis principales que hoy surten de agua á sus diferentes barrios y paseos: púsose una, que dejamos ya descrita, en la gran plaza del Castillo (hoy *de la Constitución*); otra en la plazuela llamada del Consejo, de arquitectura *sencilla y agradable* (dice un nuevo informante (1) que en 20 de Junio de 1801 redactaba la descripción que utilizó la Academia), que remata con la estatua de Neptuno; la tercera en la salida de la *Calle Mayor* al Paseo de la *Taconera*, cuyo ornato consistía en una pirámide con sus tazas y otros adornos; la cuarta en el crucero de las calles de *Mercaderes*, de la *Curia*, de la *Calderería* y del *Carmen*, en el paraje llamado de Santa Cecilia: fuente que dispara-

(1) D. Joaquín López, que por acuerdo de la ciudad extendía una nueva Memoria descriptiva, incluída en el tomo I de las *Descripciones*.

tadamente hicieron de planta triangular para que respondiese á la configuración del sitio que ocupa, como si tal correspondencia fuese canon artístico inviolable. Describe así esta fuente el comunicante de 1801: «Se compone de tres conchas, que reciben »el agua de otros tantos caños colocados en el cuerpo de arqui»tectura, que se eleva sobre cartones de buen adorno y remata »en un jarrón gracioso.» ¡Cuánto cambia lo que se llama *buen gusto!*—La quinta era la que se colocó en el testero de la Casa de Ayuntamiento y placeta de Santo Domingo, sin ornato particular por no permitirlo el paraje; y la sexta en el paseo de la *Taconera,* la cual se componía (y aún se compone) de un pilón capaz que recibe el agua de los caños, con un león por remate.

El autor del *Oasis* tuvo la curiosidad de registrar el bello panorama que presenta Pamplona con sus alrededores desde la torre de San Cernin. He aquí el cuadro que contempló: «Aparece la ciudad á la orilla izquierda del Arga, en una cuenca de unas 7 leguas de circunferencia formada por altos montes que arrancan á corta distancia y cuyas cumbres se apartan hasta cuatro leguas, y el doble las que corren al Sudeste: de modo que la cuenca de Pamplona está ceñida por una triple corona de montañas. Partiendo del San Cristóbal—otro magnífico observatorio hoy por las obras de fortificación que á él facilitan la subida;—y siguiendo á la derecha, encontramos el pueblo de Osacar: luégo el alto de Sarata, y más cerca los de Irurzun y Ochovi, y las Dos Hermanas como escalonándose; luégo el pueblo de Anoz en la sierra de Andía; y en seguida los de Asiain, Belascoain y Gazolaz, y más cerca de nosotros el alto del Portillo y el del Perdón; á su izquierda el Boquete de Salinas y la sierra de Alaiz, dominada á su espalda por la Iga de Monreal; viene luégo el pueblo de Tajonar, detrás del cual asoma el monte de Tabar. Siguen á éstos los de Labiano, Sarriguren, el Boquete de Ardanaz y los pueblos de Eransus é Ibiricu, dominados por los montes de Miravalles y Oricain, cerrando el cerco Maquirriain.»



CAPÍTULO XXI

Virtud expansiva de la raza navarra: sus guerras exteriores: sus empresas en Francia. Los Tardevenidos y las Grandes Compañías

Pocos dramas registra la turbulenta historia de la Edad media que se igualen en horror y en interés con los ocurridos por las colisiones políticas en que fueron actores los navarros. La Providencia en sus ocultos designios condujo á éstos á sostener sangrientas luchas, extraordinarias y épicas á veces, lejos de su patria, y ellos se condujeron siempre como héroes. Fué el siglo XIV la época trágica por excelencia, y á darle tan siniestro aspecto contribuyeron principalmente las perfidias de los príncipes, ya sólo atentos á su engrandecimiento y á constituir poderosos Estados, con absoluto olvido del bien general de la Cristiandad. Nada pinta mejor las corrompidas costumbres de ese siglo XIV que los tratos que entre sí estipulaban los monarcas: tratos de continuo renovados é infringidos; sus juramentos, sin pudor prodigados; sus recelos y desconfianzas, á despecho de

la amistad perpetua que con las manos sobre los Santos Evangelios se prometían. Ya en otro lugar lo hemos dicho, la pugna de las ambiciones y el empleo de todos los medios humanos para satisfacerlas, crearon esa época singular en que la hidalguía y la vileza, la generosidad y la codicia, la caballerosidad y la artería, la lealtad y la traición, el heroísmo y la cobardía, vinieron á ser como el anverso y el reverso de una misma moneda.

Tenía en Francia el rey de Navarra D. Carlos *el Malo* estados de que no quería dejarse despojar en beneficio de una monarquía única francesa que en su tiempo no existía. Los ingleses eran también dueños de la Guiena, y no había aún llegado la época de que contra semejantes repartimientos, resultado ya de vínculos patrimoniales, ya de conquistas, protestase el buen sentido. Los más vastos territorios, las provincias enteras pasaban de unos á otros dueños como cualesquiera heredades. D. Carlos aspiraba á recuperar el condado de Angulema, que creía pertenecerle por herencia de su padre Felipe de Evreux, y el condado de Champagne y de Brie, que le correspondía por su madre D.ª Juana, á quien con pretexto de la ley sálica se lo habían hecho ceder al tomar la corona de Navarra; y deseaba además conservar sin merma sus estados de Normandía, de cuya capital, Evreux, derivaba el nombre su linaje. Pero el rey Juan, su suegro, era ambicioso y no recibió bien sus reclamaciones: el condestable de Francia, D. Carlos de España, por otra parte, había contribuído al desaire sufrido por el navarro, y éste, poco acostumbrado á aguantar contradicciones, le había quitado de en medio haciéndole asesinar en su misma cama por varios señores y caballeros que tenía á su devoción para cualquier empresa, por temeraria que fuese. El rey Juan, irritado, se apoderó por sorpresa de las tierras que pertenecían á su yerno en Normandía: éste á su vez, favorecido por los ingleses, constantes enemigos de Francia, se embarcó en Bayona con diez mil navarros, se dirigió á Cherbourg, recorrió y saqueó las tierras de su suegro

recuperando á Conches; y entonces el Delfín, que luégo reinó con el nombre de Carlos V, con instrucciones secretas de su padre, propuso á su cuñado el rey de Navarra un acomodamiento. Convidóle á un gran banquete que debía celebrarse en Ruán: verificóse éste, y cuando estaban en lo más bullicioso del festín, preséntase de improviso el rey de Francia con una numerosa escolta, apodérase del rey de Navarra y de toda su comitiva, y los pone á todos presos, en piezas separadas, mandando que se le dé á cada uno un confesor para que se disponga á bien morir, mientras su yerno es conducido á París y encerrado en el castillo del Louvre. Sentóse á la mesa el rey Juan, y después de comer, tuvo la feroz complacencia de ver cortar las cabezas al conde de Harcourt y á su hermano, á los señores de Graville y Mambue y al escudero Olivier Dublet, todos caballeros normandos del partido del navarro, y ninguno de ellos por supuesto de los que habían tomado parte en el asesinato del condestable de Francia. Los cuerpos de aquellos infelices fueron arrastrados y colgados sobre las puertas de la villa, y sus cabezas puestas en picas.

Las represalias habían de ser sangrientas: el infante de Navarra D. Felipe, hermano de D. Carlos, que mandaba en Normandía, con sus navarros y normandos, y con un refuerzo de cuatro ó cinco mil caballos mandados por el duque de Alencastre, entró por las tierras del rey de Francia llevándolo todo á sangre y fuego; y juntándose á esto que el príncipe de Gales con el ejército inglés penetró en el Langüedoc talándolo y estragándolo y se paseó por la Auvernia y el Berry hasta Isoudum y Vierson, el rey Juan se vió en grande aprieto no sabiendo á cuál de los dos enemigos hacer frente primero. Marchó por fin en busca del inglés, y habiendo tenido éste la suerte de colocarse en una posición ventajosa cerca de Poitiers, fué el rey de Francia vencido, cayendo prisionero con su hijo Felipe. Lleváronlos á ambos á Burdeos, y de aquí á Londres al primero, á los pocos meses, siguiéndose á esta victoria una tregua de dos

años.—Grande agitación reina en París, donde convocó el Delfín los Estados generales para pedirles socorros: pasan de ochocientos los vocales allí reunidos, y una numerosa comisión nombrada por éstos solicita, con tono poco sumiso, una audiencia del Delfín, solo y sin los de su consejo; allí se quejan de la mala administración del país, allí piden que se forme causa al Canciller y á otros cinco de los ministros que llevan el principal manejo de la cosa pública, y que si resultan culpados vayan al cadalso, y que aunque resulten inocentes, sean separados de sus destinos para complacer al pueblo. Y piden además la libertad del rey de Navarra. El Delfín, hombre alentado y sereno, no se intimida: evade aquellas pretensiones, y disuelve los Estados que tan mal dispuestos se hallan á complacerle.

Entretanto, en España declárase la guerra entre D. Pedro IV de Aragón y D. Pedro I de Castilla, y el Infante D. Luís, que gobierna á Navarra durante la ausencia y cautiverio de su rey, es requerido por ambos contendientes á intervenir como aliado. D. Luís se sustrae á las excitaciones de uno y otro, pero no se opone á que muchos caballeros navarros tomen las armas con sus gentes en el ejército de Aragón, porque el Fuero del reino concede á todo caballero la facultad de buscar su provecho en otro país no faltando á su rey, y además comprende la necesidad de reprimir el excesivo poder del castellano. Este príncipe, sagaz y prudente, sin ceder en corazón y bizarría á ninguno de sus dos hermanos, era superior á ellos en tacto político: al paso que Carlos y Felipe asolaban territorios y eran el azote de las poblaciones adonde llevaban sus huestes, él aumentaba las del reino y economizaba la sangre de sus gobernados para guiarlos, como luégo veremos, á más gloriosas conquistas. No es esto decir que no se mostrase en todo digno de su alto puesto el infante D. Felipe en su gobierno de Normandía. Por de pronto, sólo á su generosa audacia debió su liberación su hermano el rey.

Valióse de cinco caballeros navarros, probados y resueltos:

concertáronse éstos con unos carboneros de Cambresi que solían llevar el carbón al castillo de Alleux, adonde había sido trasladado D. Carlos, y se disfrazaron con sus trajes ocultando las armas. Un día, al anochecer, lléganse al castillo, matan al alcaide y á los soldados que les hacen frente, sacan al rey de su prisión y se lo llevan á Amiens. En Amiens se inaugura para el rey de Navarra una carrera de triunfos: en demostración de regocijo, ábrense á su entrada las puertas de las cárceles, las turbas se precipitan á su encuentro, todo son aclamaciones y vítores; va á París, arenga al pueblo desde un tablado que hace levantar junto á las tapias de la Abadía de San Germán, lisonjea y adula á los que piden buena administración y justicia, y la plebe inconstante que ayer ensalzó al Delfín hoy le vitupera y escarnece, reservándose el derecho de volverle á encumbrar mañana para hundir en el fango la librea del rey de Navarra con que ahora se engalana servil (1). Pero mientras dura el aura popular, el rey de Navarra se venga á su sabor de las maldades de su suegro y de su cuñado. El rey de Francia sigue prisionero en Londres; el Delfín es el llamado á soportar sus venganzas. El preboste de los mercaderes de París, del partido de Carlos, va con algunos ciudadanos á buscar al Delfín, y en tono de consejo que suena á amenaza le amonesta á que conceda al rey de Navarra su cuñado todo cuanto le exija. El obispo de Laon, que por nombramiento de los Estados generales preside el Consejo del rey, se halla presente en el momento de entrar el preboste Marcel en la cámara del soberano, y con un arrojo que sólo puede explicarse como valor en-

(1) «No se usaban sombreros en aquel tiempo, dice Alesón, y llamaban *chaperones* las cubiertas de las cabezas, que la indecencia de la voz no permite interpretemos *capirotes*.» Pero esta palabra *capirotes*, que por lo visto no era bien recibida de la gente culta en tiempo del docto jesuíta, es hoy muy admitida y de uso nada chocante. Diremos, pues, que los capirotes del rey Carlos *el Malo* y de sus navarros eran de color rojo, y los parisinos tomaron y taracearon en los suyos, que eran de azul celeste, el color encarnado. Escritores hay que afirman que el color del capirote navarro no era rojo, sino verde.

tendido con el rey de Navarra, tomando la mano del Delfín, se adelanta á dar la respuesta que nadie le encomienda y promete que todo se otorga por estar muy puesto en razón, añadiendo que es también razonable y justo que el rey Carlos y el Delfín se traten en lo sucesivo como buenos hermanos.

Recoge el preboste la promesa, que Carlos de Francia no se atreve á contradecir, y al día siguiente preséntase de nuevo en Palacio con gran séquito, á concluir un tratado en cuya virtud se concede á Carlos de Navarra: primero, que la memoria de los Señores normandos ajusticiados en Ruán sea vindicada y honrada, declarando públicamente haber sido injusta su sentencia; y segundo, que todas las villas y castillos que antes de su prisión poseía D. Carlos en Normandía y le había quitado el rey Juan por fuerza de armas, se le devuelvan, juntamente con todos los muebles y alhajas de su Casa Real, de que también había sido despojado; que además se le dén de contado 100,000 escudos como indemnización de las pérdidas y daños sufridos; que con letras públicas de abolición se otorgue perdón general de todos y cualesquier excesos en que se presumiera que habían incurrido así el rey como sus vasallos, amigos y fautores; y por último que se le hará justicia en cuanto á sus pretensiones á los Estados de Champagne y Brie y al condado de Angulema. Para solemnizar este tratado, se concierta una ceremoniosa entrevista del rey con el Delfín en el palacio de la reina Juana, viuda del rey Carlos *el Calvo* (*el Hermoso* en Francia) y tía de D. Carlos *el Malo*. Á la hora convenida, con toda exactitud, vese al Delfín aguardando la llegada del rey su cuñado: después de hacerse éste esperar algún tiempo, preséntase con altivez y desenfado, y al observar que las guardias del Delfín están adelantadas á las puertas del palacio, manda que las suyas de navarros se pongan delante, lo cual (dice Alesón) hicieron ellos *con gentil denuedo* obligando á los franceses á cejar, cediendo el puesto. Los dos príncipes se conocen mucho tiempo há: se aborrecen ahora tanto cuanto antes se habían amado, y se

saludan friamente: tienen un breve rato de conversación delante de la reina, hablan de cosas indiferentes, y despídense lo antes que pueden, igualmente ofendidos el uno y el otro aunque con apariencias de buena amistad «colorida de términos corteses.»

La ejecución de la primera parte del convenio fué ruidosa. Va el navarro á Ruán, entra allí en triunfo, manda descolgar los cadáveres de los señores normandos inmolados á la saña del rey su suegro, que estaban aún expuestos sobre las puertas de la villa, y hace que todo se disponga velozmente para que sus funerales se celebren con toda pompa al siguiente día.—¡Extraña procesión luctuosa la que se dilata por las calles de Ruán con dirección á su Iglesia mayor! Van delante cien hombres enlutados, en perfecto orden, con hachas encendidas en las manos y el escudo del rey de Navarra al pecho: siguen los cinco cadáveres del conde Harcourt y de su hermano, del Señor de Graville, de Mambue y del escudero Olivier Dublet, puestos en carrozas que, además de los caballos que las tiran, llevan delante otros dos caballos cada una, ricamente enjaezados el uno para guerra y el otro para torneo, montados en ellos hombres de armas con las banderas de Navarra desplegadas al viento. Cierran el fúnebre y pomposo cortejo el rey, á pié, vestido de luto y acompañado de muchos señores cubiertos de lobas negras. Y en este orden llegan á la Iglesia mayor de Nuestra Señora, ó Catedral, donde se celebran las suntuosas exequias. Acabados los oficios, resuelve D. Carlos hacer por sí mismo la oración fúnebre de sus amigos, en cuyo acto el afecto y la indignación ponen en sus labios frases de elocuencia incendiaria. Declara á las cinco víctimas, inocentes y mártires del bien público: califica al rey de Francia de tirano y cruel porque los hizo morir sin causa, y al Delfín, su cuñado, de cobarde y aleve por haberlos entregado con dolor á sus verdugos en un momento de regocijo en que ellos sinceramente se habían entregado á su buena fe; y el pueblo de Ruán queda admirado al oirle, y tan arrebatado de los atractivos de su discurso, como obligado

después por los modos agradables de su trato. El astuto Carlos nada omitió para granjearse la adhesión del pueblo, y hasta llegó, con desdoro de su dignidad, á familiarizarse con algunos vecinos de baja esfera que gozaban de autoridad entre la plebe.

Pero esto no le aprovecha para conseguir el cumplimiento de la segunda parte del convenio, en lo cual quedó verdaderamente burlado. Las plazas de Normandía que el rey su suegro le había quitado, no le fueron restituídas: los gobernadores rehusaron obedecer el mandamiento del Delfín para su entrega, y atendidas la moral y la política de aquel tiempo, no es temerario suponer que el mismo Delfín les dió órdenes secretas para que lo resistiesen. ¿Cuál no será la cólera del navarro?—De allí á pocos días el Delfín adoleció de un mal muy singular: cayéronsele el pelo y las uñas de las manos y de los piés, y se le consumieron las carnes á tal punto, que parecía un esqueleto vivo. El emperador Carlos IV, su tío, le envía un médico alemán que le sana abriéndole en el brazo una fuente, pero advirtiéndole que no la deje secar si quiere evitar la muerte, pronóstico que él desatendió y le costó la vida años después. ¿Fué su enfermedad maleficio del rey de Navarra, como han supuesto graves historiadores franceses? Quién lo sabe!

El encono de los ánimos, las turbaciones del reino aumentan en Francia con la presencia de Carlos *el Malo:* la plebe de las ciudades, siempre inconstante y tornadiza, inclínase tan pronto al uno como al otro de los dos contendedores, émulos en toda la extensión de la palabra porque Carlos presume poder arrebatar á su suegro y á su cuñado el trono. Hoy aclama al Delfín, que valiéndose de las mismas armas que el navarro, la arenga en la plaza pública haciéndole arrojar y pisotear los capirotes azules matizados de rojo; mañana el platero Mace, que asesina al Tesorero de Francia, Juan Ballet, y se refugia en la iglesia, es ahorcado á las puertas del templo mismo: el obispo de París clama porque se ha violado la inmunidad eclesiástica, el preboste Marcel acude á la cabeza de sus turbas, marcha á palacio, y á

presencia del Delfín hace que sus foragidos asesinen á los dos mariscales de Normandía y de Champagne, cuya sangre salpica la cara del escarnecido jefe del Estado. Vuelve entonces el populacho á tomar el capirote que pisoteó pocos días antes, y el mismo Delfín sufre el desacato de recibirle en su cabeza de mano del preboste. Forzado de la necesidad en tan críticas circunstancias, para que le consientan la huída de París, cede á Carlos de Navarra el palacio de Nevers y los condados de Bigorre y Matiscon, con otras tierras, hasta que se le entreguen sus plazas de Normandía.

Auséntase D. Carlos para volver á concitar en su favor los ánimos de los normandos; aprovecha el Delfín su ausencia, convoca el Parlamento, hácese declarar regente del reino, y con el dinero que recoge en París marcha á celebrar cortes en Picardía y Champagne, donde obtiene donativos para hacer la guerra que medita á los parisinos, los cuales á su vez trabajan para poner la ciudad en estado de defensa. Pero ocurre por este tiempo el levantamiento de la *Jacquerie*, en que los labradores, cansados de las vejaciones que les causa una nobleza estragada, á quien nada le basta para su desmedido lujo y sus refinados vicios, tratan de acabar con ella. Diez ó doce mil de estos desesperados rabiosos llegan á las puertas de París, donde engruesan su partido los foragidos que de todas partes se les agregan. La capital y sus alrededores presentan un horroroso cuadro en que todo son robos, muertes, lamentos y compasión. Más de trescientas señoras distinguidas se acogen en Meaux á la protección del duque de Orleans, hermano del rey: sábenlo los *jacques* (1) y marchan arrebatadamente hacia tan buena presa: entran en el pueblo, y estaban ya á punto de consumar sus atrocidades acostumbradas, cuando impensadamente se aparece, haciéndoles cara, D. Gastón Febo conde de Foix, cuñado del rey de Nava-

(1) Dábanse este nombre los mismos labradores sublevados, porque los nobles de París los menospreciaban llamando al pobre bracero *Jacques bon homme*.

rra, que venía á socorrer á aquellas señoras trayendo consigo sesenta lanzas y muchos caballeros. Los *jacques* que no tenían más armas que palos y horquillas de labranza, fueron enteramente deshechos: más de siete mil perecieron en el destrozo. El conde pegó fuego al pueblo en castigo de haber dado acogida á aquellos foragidos. La nobleza francesa se consagró al exterminio de sus perseguidores: el rey de Navarra les hizo también una guerra cruel: veinte mil de ellos perdieron la vida en diferentes reencuentros, y últimamente su caudillo principal, Guillermo Callet, murió en el cadalso.

Concluída esta guerra, el Delfín se acercó á París con un ejército de 30,000 hombres: el rey de Navarra acudió también á proteger á la ciudad con seis mil navarros, normandos, ingleses y franceses: fué recibido con general aplauso, gritando todos *¡Viva Navarra!* é hiciéronle su Capitán general, ofreciendo recabar de las demás villas del reino que le reconociesen por Regente de toda Francia, excluyendo al Delfín. Carlos lo rehusó, admitiendo solamente el título de Protector; pero pronto se disgustaron de él los parisienses, en cuanto vieron que en las salidas que disponía contra las tropas del Delfín, ya Regente, siempre eran los burgueses los que exponían sus personas, mientras que los ingleses y navarros ocupaban los puntos más seguros y mejor defendidos; y creció el descontento cuando de resultas del concierto verificado entre él y el Regente por mediación de la Reina de Navarra, hermana del francés, se supo que hacía pesar sobre los habitantes de París el rescate del rey Juan, que ascendía á la suma de 300,000 escudos, y estipulaba para sí 10,000 libras de renta cada año, consignadas en buenas fincas sobre la real Hacienda de Francia, y además 400,000 escudos pagaderos en cuatro años. El rey de Navarra se había retirado á San Dionisio desde que advirtió los primeros síntomas de descontento, y viendo ahora trocado en odio todo lo que antes había sido entusiasmo: que sus partidarios, como el preboste Marcel y otros, eran asesinados, y saqueadas sus casas; que la ciudad, entregada á toda

clase de horrores y estragos, se sometía al Regente, el cual presenciaba impasible cómo la plebe mataba, arrastraba y arrojaba al Sena al Canciller de Navarra, Tomás de Ladit, que se hallaba preso bajo la protección del Papa, como eclesiástico que era; no esperando ya nada de una población tan inconstante que tan pronto levantaba en alto el chaperón azul y rojo como lo pisoteaba en el fango, resolvió, valiéndose sólo de los navarros, ingleses y normandos, hacer en cuantas provincias le fuera dado invadir con sus huestes, la guerra más implacable que hubiera visto la Francia. Pronto empezó la conflagración á hacerse general: la Normandía, la Champagne y la Picardía estaban llenas de navarros, ó de los que tomaban su nombre para el pillaje: las tropas de D. Carlos ocupaban unas plazas é incendiaban otras: ingleses y navarros defendían la de Melun, acometida por el Delfín que se propuso tomarla por asalto.—En la expugnación de esta plaza se nos muestra por primera vez una singular figura, de la cual debemos hacernos cargo por lo mucho que ha de ocupar á la historia en lo venidero. Por una de las escalas arrimadas al muro sube impávido un guerrero, sin más defensa que su adarga contra una lluvia de flechas, piedras y aceite hirviendo que arrojan sobre él los defensores. Admirado de su sereno ardimiento el Delfín que presencia el asalto desde una loma cercana, pregunta quién es aquel valiente: dícenle que es un aventurero bretón llamado Beltrán Du Guesclin, y no bien llega la respuesta á sus oídos, observa que el esforzado caballero cae de su escala al foso envuelto en una granizada de piedras y mal herido. Manda que le lleven al punto á su tienda: afortunadamente sus lesiones no son mortales, y desde aquel momento le toma bajo su protección.

Capituló Melún: la guarnición evacua la plaza y entran en ella las tropas del Delfín; pero por poco tiempo, porque la instable fortuna que parece recrearse en hacer subir y bajar á capricho los platillos de su balanza, dejando burlados á sus favorecidos en cuanto creen que lo son, da de nuevo el ascen-

diente al rey de Navarra: recobra éste la población, toma á San Dionisio, avanza á París, y la pone en tal aprieto que ya casi la obliga á rendirse. Pero una circunstancia inesperada le detiene: Francia é Inglaterra tratan de hacer la paz: el rey Juan, prisionero en Londres, ofrece al rey Eduardo en cambio de su libertad una gran parte de sus estados; y en esta coyuntura, para que el engrandecimiento de Inglaterra no refluya en perjuicio de sus intereses en Francia, adelántase el astuto Carlos á proponer la paz al Delfín. Limita sus exigencias á pedir que se le entreguen las plazas que poseía antes de la guerra, y á que se conceda una amnistía general á todos los de su partido. Esta proposición es admitida, fírmase el tratado; llévalo muy á mal el infante D. Felipe, que rehusa ser comprendido en él, y se retira ofendido á Saint-Sauveur-le-Vicomte en la Baja-Normandía, como se retrajo Aquiles á su tienda, sin curarse de las armas troyanas, ofendido de la conducta de Agamemnón.

Síguese un período de verdadera confusión y anarquía: fracasan los proyectos de arreglo entre Francia é Inglaterra por oposición de los Estados-generales de Francia: el rey Eduardo, encolerizado, agrava la prisión del rey Juan encerrándole en la Torre de Londres; el de Navarra, medio arrepentido del trato hecho con el Delfín, comienza de nuevo la guerra y le toma plazas en Normandía; muchos señores siguen su ejemplo en sus respectivas provincias y todo son matanzas, robos y pillaje. Levanta Inglaterra un grande ejército, atraviesa el estrecho de Calais y se dirige á París; pero encuentra los campos estragados, y para poder campar ocupa las fértiles orillas del Loira: asienta sus reales cerca de Chartres, y repentinamente un huracán espantoso, con inmensa cantidad de piedras de prodigioso tamaño, que arrasa sus tiendas y le mata hombres y caballos, introduce la consternación en su campamento. Poseído él de terror pánico, cae de rodillas; con el rostro vuelto á las torres de Nuestra Señora, que desde allí divisa, hace voto de ajustar la paz si cesa la tempestad, y ¡oh prodigio! el cielo se serena, y el

sol derrama sobre el campo su bienhechora lumbre.—Cumple Eduardo su voto: fírmase en Bretigny la paz, en la cual se comprende al rey de Navarra, y vuelve el rey Juan de su cautiverio; y Carlos *el Malo,* reconciliado con él, le presta homenaje por las tierras que posee en Francia, y aunque la muerte inopinada de Felipe duque de Borgoña amenaza turbar de nuevo la paz entre Navarra y Francia, por las opuestas pretensiones del rey Juan y de su yerno D. Carlos á la sucesión en aquel Ducado, no estalló el conflicto por faltarle al navarro las fuerzas necesarias para defender con las armas su derecho, *y guardó su razón para cuando la espada pudiera protegerla* (1). Tuvo que contentarse con las plazas que en Normandía le fueron restituídas, de las cuales puso por gobernador á su hermano D. Felipe, y hecho esto regresó á Navarra, dejando en la villa de Melun á su primogénito recién nacido D. Carlos, cuya educación confió á la reina D.ª Blanca su hermana, viuda de Felipe de Valois.

Las paces ajustadas con Francia por los reyes de Inglaterra y de Navarra, que miraban como una bendición del cielo los pueblos tan largo tiempo castigados por el azote de la guerra, produjeron un grave é inesperado conflicto: porque si bien los referidos monarcas licenciaron sus tropas, los jefes no quisieron deshacerse de ellas hasta ser pagados de los sueldos que se les debían y que nadie cuidaba de satisfacer, por lo cual no salían de las plazas sin exigir de los habitantes los rescates que á su arbitrio les imponían. Estas tropas, ó más bien bandas, así armadas con escarnio de la disciplina militar, tomaron el nombre de *Tardevenidos*, con el cual querían significar que habían llegado cuando ya la Francia, estragada por las guerras, no daba de sí para esquilmarla como á ellos hubiera convenido; y vinieron á ser el terror de los pueblos, porque esparcidos por los campos y los caseríos, robaban y saqueaban sin vergüenza y sin freno. Llegaron á tomar tal incremento sus maldades, que el

(1) YANGUAS, *Hist. compend.*, p. 199.

rey de Francia envió contra ellos un ejército mandado por el conde de la Marca, Jacques de Borbón; y tan fuertes eran, que derrotaron este ejército en Brignais á tres leguas de Lyon, dejando muerto en el campo á su general. Con esto cobraron más audacia y pusieron en contribución á todas las provincias. Dividiéronse en dos cuerpos, uno de 3,000 navarros bajo el mando de Simón Badesol, y otro, mucho más numeroso, de ingleses y gascones, capitaneado por Gironeto de Pau, el cual concibió el diabólico designio de ir á Aviñón á prender al Papa y á los Cardenales para que se rescatasen por dinero. Á estos últimos se agregó otro cuerpo mandado por otro capitán que se titulaba el *Amigo de Dios y enemigo de todo viviente* y daba la muerte con inauditos tormentos á cuantos caían en sus manos.—El Papa Inocencio había publicado una cruzada contra los *Tardevenidos*, pero nadie se prestaba á ganar indulgencias batiéndose con aquellos desalmados; y en este apuro, ocurriósele al marqués de Monferrato, capitán general de su Santidad, la feliz idea de alejarlos sobornando á sus capitanes: repartió entre éstos 60,000 florines, encareciéles la grande opulencia de Italia, propúsoles hacer la guerra al sueldo del Papa contra el Duque de Milán, enemigo de Inocencio VI. Aceptaron ellos el partido, la Francia se vió libre de aquella plaga, y el Papa venció con ella á su contrario.

Diez años había estado Carlos *el Malo* ausente de Navarra batallando por la restitución de sus estados de Francia, y ahora que sus súbditos le reciben alborozados de tener consigo á su rey, nuevas complicaciones políticas le arrebatan el descanso que había menester para consagrarse á labrar el bien de sus pueblos, abriendo nuevo campo al peligroso juego de las astucias y perfidias. D. Pedro de Castilla por un lado, le asedia para echarle encima el pesado yugo de su alianza en contra de don Pedro de Aragón; éste por otro, no menos sagaz que su contrario, le gana la voluntad y celebra con él en Uncastillo una liga secreta, en que le ofrece para su hermana D.ª Juana á su primogénito D. Juan; para su hermano D. Luís, estados en

Aragón; y para él grandes sumas en dinero, tropas auxiliares en caso de guerra, ayudarle por mar y tierra contra el rey de Francia, y cederle la villa de Salvatierra y el Terminal del Real. Repártense imaginariamente además el reino de Castilla, como se parte una manzana, adjudicando al rey de Navarra la ciudad de Burgos, toda Castilla la Vieja, y desde los montes de Oca hasta el mar Océano, comprendidas Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, la ciudad de Soria y la villa de Agreda. Acuerdan asimismo hacerse entre sí una guerra aparente para engañar al rey de Castilla, á quien el de Navarra sigue demostrando la mayor amistad, y en uno de estos indignos simulacros cae prisionero el infante D. Luís, que recobra inmediatamente la libertad.—Mueren entretanto en Evreux el infante D. Felipe, que gobernaba por D. Carlos las plazas de Normandía, y el rey Juan en Inglaterra, adonde había ido á visitar al rey Eduardo; y sube al trono de Francia el que era Delfín, Carlos V, que inaugura al pronto una nueva campaña contra Carlos *el Malo* tomándole deslealmente, y con escarnio de la paz ajustada en Bretigny, á Mantes y á Meulan, dos de las mejores plazas del condado de Evreux: con lo que tenemos otra vez en campaña en 1364 al formidable Bertrand Du Guesclin ó Beltrán Claquin, como le llaman nuestras crónicas, á quien vimos en 1358 caer desde la muralla al foso, bajo una lluvia de flechas y piedras, en el asalto de Melun. De él se vale el rey de Francia para hostilizar nuevamente á su cuñado el rey de Navarra, quien, hostigado á un tiempo por la implacable enemistad del francés y por la falsa amistad, aún más molesta y dañosa, del aragonés y del castellano, recurre á los ingleses: los cuales ponen á su servicio otro guerrero no menos temido que el bretón, el también famoso Captal ó Señor de Buch, digno émulo de aquél.

Du Guesclin, dice un moderno historiador en quien la sana crítica corre parejas con el bello estilo (1), había desde muy

(1) M. Prosper Mérimée en su *Histoire de Don Pèdre I.er roi de Castille*, capítulo XIX.

temprano consagrado su espada á la casa de Francia y la servía con el mayor celo. Toda su vida estuvo procurando refundir en una monarquía poderosa los numerosos señoríos sólo unidos á la corona con vínculos de un vasallaje equívoco. Animábale un verdadero y elevado patriotismo, virtud que la Edad-media tenía como olvidada, y en él ese sentimiento no era el mezquino afecto á una determinada provincia, ó á un determinado lugar, sino una inteligente consagración á la felicidad y á la gloria de un gran pueblo. Nació bretón, y se hizo francés. Su valor, su actividad, su destreza en los ejercicios militares, sus triunfos, sus mismos reveses le valieron desde muy joven la reputación de *buena lanza* y de consumado capitán. Bajo sus facciones groseras é ignobles y bajo las apariencias de un vigor brutal, ocultaba una sagacidad á toda prueba, y como el general que describe como tipo Macchiavelo, sabía mostrarse según convenía, ya león, ya zorro. En los campamentos, sus fornidos hombros, su cuerpo huesoso, su cara negra y tostada por el sol, sus enormes puños que hacían girar como un molinillo el hacha de armas más pesada, imponían respeto á los hombres de guerra en una época en que el peso de la armadura hacía de la fuerza física la primera condición del buen soldado. En el consejo era perspicaz, atinado, flexible, elocuente á veces, asociaba con oportunidad la audacia y la prudencia y sacaba partido del chiste para que triunfase el buen sentido. Aunque pobre aventurero, supo siempre hacerse obedecer de los grandes que la voluntad del rey le daba por lugartenientes, y era tal su tacto en no herir el puntilloso amor propio de aquella nobleza orgullosa é indisciplinada, que jamás excitó la envidia por las grandes mercedes que obtuvo, las cuales fueron estimadas siempre como justa recompensa de sus servicios. —Tal era el principal campeón del rey de Francia en su lucha con el rey de Navarra, según el retrato que de él hace el ilustre académico francés: pero hemos de completarlo diciendo lo que Du Guesclin hizo en la guerra de Normandía por su rey Carlos V desde antes de la expugnación mañosa de Mantes y de Meulan.

Eran los anglo-navarros el terror de todas las comarcas en que aparecían: el aventurero inglés Juan Jouel, apoderado de la fortaleza de Rolleboise cerca de Mantes, dominando el curso del Sena inferior, tenía interceptadas las comunicaciones entre Ruán y París; un navarro de la guarnición de Mortain, llamado Miguel de Villanueva, se atrevió á hacer prisionero á un áulico muy importante del rey de Francia, vizconde de Bayeux, conocido por Renato el Cuchillero: y en los alrededores de París principalmente, esparcían aquellas ominosas bandas de navarros é ingleses el espanto y la desolación. Fué tal el pánico que llegaron á difundir en los mismos arrabales de la capital, que el obispo Esteban, llamado de París á tomar posesión de su silla en Diciembre de 1363, no se determinó á seguir la costumbre de pasar la noche, después de su consagración, fuera de una de las puertas de la ciudad para hacer con toda pompa su entrada en ella, acompañado de sus vasallos, por temor de que una vez fuera del recinto fortificado, aquellos foragidos se apoderaran de su persona y le sometieran á un rescate. La imaginación popular atribuía á aquella desenfrenada soldadesca las mayores atrocidades: el papel que los ogros representan en las leyendas (dice el brillante autor de la *Historia de Bertrand Du Guesclin y de su tiempo)* era el que, según se refería, desempeñaban en la vida real aquellos salteadores (1): decíase que no contentos con despojar á los viajeros, los mutilaban y hacían pedazos para festines de antropófagos, y si el rumor público era cierto, las fieras que el Delfín tenía enjauladas en los jardines de sus palacios de Saint Pol, eran menos feroces que aquellos famosos desalmados.—Ahora bien, el patriótico pensamiento que constantemente preocupó á Du Guesclin fué librar á su patria de tan odioso azote, y para desviarlo por el pronto de la capital, tan de continuo amagada, al hallarse investido con el mando supremo de las plazas de la

(1) M. Simeón Luce. Ha publicado un extenso extracto de este importante libro la *Rev. Eusk.* en sus tomos 5.° y 6.°.

Baja-Normandía por el rey Carlos de Francia, lo atrajo hacia las fortalezas del Bessin, donde estaban ya apoderados de Beaumont le-Richard, Quesnay y el Moley-Bacon; y confiando á su primo Oliverio de Mauny la difícil expugnación de esta última plaza, porque sometido á la eventualidad de un juicio pendiente entre él y un paladín inglés ante el Parlamento (1), no juzga prudente ni digno tomar la dirección de las operaciones militares, comienza en la dura escuela de los sitios y asaltos de plazas á formar, con el núcleo de sus veteranos bretones, el pequeño ejército de intrépidos guerreros que ha de ceñirle los laureles de la victoria en Cocherel. Su patriótica y generosa idea obtendrá más adelante su complemento, cuando pacificada la Francia, le sea dado imprimir á las grandes fuerzas que allí quedan ociosas, la dirección conveniente. En cuanto el Parlamento falla á su favor su contienda con el caballero inglés, su gran figura—afeada solamente por su antipatía á los burgueses opulentos y al alto clero (2)—sale al primer término de la escena, y ya dirige personalmente las operaciones de la guerra, ora con el valor y la táctica militar, ora con el engaño y la solercia.

No voy á darte las semblanzas de los otros ilustres capitanes que se agrupan en torno de Du Guesclin ó que, más ó menos acostumbrados á campar con independencia, le siguen sin embargo cediendo al ascendiente que sobre todos ejerce: omito, pues, delinearte las figuras del Mariscal de Francia, Boucicaut, insigne en estratagemas de guerra y más temible en el gabinete que al frente de un ejército; del conde de Auxerre,

---

(1) Du Guesclin, desde fines de Diciembre de 1363, había resuelto llevar ante el Parlamento el proceso pendiente entre él y Felton, en que este caballero inglés pretendía que su adversario permaneciese en rehenes por Carlos de Blois durante muchos meses todavía. El bretón rechazaba con energía semejante exigencia, y la cuestión pendía de la decisión del Tribunal. Beltrán entretanto no tenía derecho de considerarse enteramente libre: si en vez de ganar el proceso, lo perdía, había de quedar á la merced de Felton. (Simeón Luce, obr. cit.)

(2) Simeón Luce, obr. cit.

del vizconde de Beaumont, de Luís de Chalons, del señor de Beaujeu, de Arnaldo de Carnolle, llamado el *Arcipreste*, de Udardo de Renty, y de los famosos gascones Petiton de Courton, Bertucat de Albret, Amaniel de Pommiers, etc.

Frente al temido Bertrand, está por parte del rey de Navarra un campeón no menos formidable que el famoso Captal de Buch, y es Juan de Grailly III, hijo de Juan de Grailly II y de Blanca de Foix, primo carnal por su madre del célebre Gastón Febo, conde de Foix. Este guerrero es reputado como la flor de la caballería de Gascuña. Los Grailly y los Albret ó Labrit comparten el dominio de las inmensas landas que se extienden hasta las mismas puertas de Burdeos, y estas dos poderosas familias se disputan el favor de los reyes de Inglaterra, dueños de la Guiena. El Captal, cuando no se va á guerrear lejos contra los paganos de la Prusia, según lo hizo al día siguiente de la victoria de Poitiers, pasa su tiempo en la montería ó la cetrería, ya cazando ciervos, ya soltando el halcón en sus seculares bosques de pinos. Amaestrado en la escuela de su primo el conde de Foix, ha llegado á ser uno de los grandes monteros de su tiempo: así que, el príncipe de Gales, apasionado por los más nobles entretenimientos, no exige del señor de Buch, vizconde de Benauge y de Castillon, más prestaciones que halcones y lebreles. Juan de Grailly es además gallardo de cuerpo, amable, galante, dotado de esa facundia algo teatral que fué siempre característica en los gascones, y gracias á estos dones que á la naturaleza debe, es acaso el único de los feudatarios de la Guiena que no ha tenido que aguantar alguna impertinencia del orgulloso inglés. Desde hace cerca de dos años, en que no abandona el continente el vencedor de Poitiers, como príncipe de Aquitania, el Captal de Buch ha recibido en la brillante corte de este príncipe toda clase de agasajos, y en el momento mismo en que algunos de los más poderosos barones de la Saintonge y de Gascuña abandonan el partido de Inglaterra para someterse al rey de Francia, el primogénito de Eduardo III le designa

al rey de Navarra como el guerrero más idóneo para romper ventajosamente las hostilidades contra Carlos V. Aparece por primera vez su simpática figura en la escena de nuestra historia, con las sesenta lanzas que introduce en Meaux el conde de Foix, Gastón Febo, para proteger á damas de París que allí se han refugiado huyendo de los brutales y sangrientos desmanes de la *Jacquerie*. En aquella ocasión, el Captal de Buch se distinguió como bizarro y galante caballero amparando la vida y el honor de las atribuladas parisinas. Cuatro años después (en 1361) le vemos prestar su homenaje á Carlos el Malo, y recibir de él en Tudela como *acostamiento*, *mil escudos de oro viejos*, que le paga el tesorero del rey (1). Hallóse al año siguiente con el rey en las vistas que celebró éste en Soria con el rey D. Pedro *el Cruel*, acompañado de muy distinguidos personajes; y cuando en 1364 fué menester oponerse á los progresos que Du Guesclin hacía en la Normandía tomando por estratagema á Mantes y Meulan y poniendo sitio á Evreux, no halló el navarro capitán más á propósito que Juan de Grailly para la defensa de sus Estados en aquella provincia, de los cuales le nombró gobernador. Liberal D. Carlos *el Malo* con sus buenos servidores, á las mercedes hechas á este importante caudillo acompañó otras para premiar á los caballeros navarros que con valor se habían batido por él en Francia en las ocasiones pasadas, y en particular á los que le habían sacado de su prisión, entre los cuales se señalaban: D. Rodrigo de Uriz, á quien dió las alcaidías ó gobiernos perpetuos de Sangüesa, Olite y Tudela; don Fernando de Ayanz, á quien hizo gobernador de algunas plazas de Normandía; y el barón de Garro, que obtuvo su galardón en

(1) Así consta de una real cédula del referido año, expedida en Tudela á 14 de Diciembre *(Arch. de Compt.*, caj. 14, n. 148), en la cual llama al Captal de Buch *nuestro cormanó mosen Joan de Grilli captal de Buch*. Que el pago se le hizo en Tudela se deduce de otra real cédula anterior, del 2 de Diciembre, en la cual manda á su tesorero que reciba en cuenta á Juan de San Martín cierta suma invertida en objetos regalados á dos ministriles del señor de la Briz *que habian venido en compañía del capital de Buch.*

dinero y preseas porque, á fuer de caballero andante y aventurero, no quiso quedarse en Navarra y se fué á buscar la guerra viva donde más ardía. Era su profesión buscarla en sus más peligrosos teatros, y á falta de verdadera guerra, su más parecido simulacro, los torneos y los duelos públicos, permitidos en aquel tiempo, y aun autorizados por la presencia de los reyes, para defensa del honor y desagravio de la inocencia. De este insigne caballero sólo se sabe que hizo cosas muy hazañosas y *de grande garbo*, así en Francia como en Alemania y otras partes, sin pretender más premio que el de la honra y fama esclarecida.—Á la cabeza de los aventureros navarros, ahora al prepararse los ejércitos para la batalla de Cocherel, figura el vasco Marebil, enemigo personal de Du Guesclin, que sobre estar dotado de una fuerza hercúlea, se distingue por el rasgo, no siempre ventajoso en los tiempos caballerescos, en que suelen andar mezclados valientes y baladrones, de llevar constantemente el insulto en los labios. Mantiene éste á su sueldo nueve hombres de armas y ocho servidores, y percibe del tesoro de Carlos *el Malo* una pensión de cerca de mil escudos (1). En torno de este temible vascón y de su inseparable compañero Sancho López, se agrupan Balduino de Bauloz, Juan Gansel, Pedro de Aigremont y López de San Julián, capitanes de Anet, de Livarot, del Bois-de-Maine y de San Severo.

Los jefes de los mercenarios ingleses forman un tercer grupo de combatientes, los cuales se distinguen por su alta estatura y por la cruz roja de San Jorge que llevan en sus pendones. Aquel gigante que entre ellos sobresale en gesto y voz, es Juan Jouel, el confidente y el instrumento secreto de la venganza de

(1) Lo afirma M. Simeón Luce en su precitada *Historia de Bertrand Du Guesclin*, etc., pero no encontramos en los bien formados índices del *Arch. de Compt.*, que tenemos á la vista, cédula ninguna de pagos hechos por los tesoreros del rey á este campeón navarro; al paso que existen las de acostamientos satisfechos al Captal de Buch, á Beltrán de Claquin y á otros de aquellos capitanes aventureros.

Eduardo III, furioso de que el duque de Anjou haya quebrantado la fe jurada al quedar en rehenes por su padre el rey Juan. El otro que tan engreído exhibe su lujosa armadura, es Roberto Chesnel, terror de los aldeanos del condado de Alenzón, á los cuales manda cortar los puños por puro gusto. Hay un tercero, á quien Chesnel parece mirar con desconfianza, que es Roberto Sercot, el cual empieza á disputar á su paisano el corta-puños el monopolio de la explotación del Perche. Pero el más odioso de todos estos bandidos, al menos á los franceses, y señaladamente á los bretones, es Jacobo Plantin, que viene devastando desde hace diez años los contornos de Pontorson y las marcas del Perche, del Maine y del Anjou. Al lado de estos aventureros, el Captal de Buch, capitán predilecto en la corte del príncipe de Gales, es como un águila entre una bandada de buitres.

Llega el día de la batalla, que fué muy reñida: y, como en muchos de los conflictos que se deciden por la ciega suerte de las armas, ora sean guerras de nación á nación, ora desafíos de hombre á hombre, abandona la fortuna la causa de la justicia y sonríe al que lleva la sinrazón. Queda vencida la gente del rey de Navarra, y prisionero de guerra el Captal de Buch; pero Carlos *el Malo* no desiste de su empeño, que cree justo y santo porque no es posible que en su entendimiento prevalezca sobre su derecho personal la idea prematura de la constitución de la monarquía francesa, una y compacta, libre de extrañas soberanías; y así manda á Francia á su hermano el Infante D. Luís, quien con mil y doscientos hombres de armas navarros se entra por la Auvernia, talando y estragando cuanta tierra pisa su hueste. Toma éste por sorpresa la Charité, que reconquista luégo el Duque de Borgoña, hermano del rey de Francia, mientras Du Guesclin bloquea á Cherbourg, y Bureau de la Binière, caballero bretón, gana el castillo de Aquegny cerca de Mantes. Complícase la escena con otra guerra que mueve el conde de Monfort á Carlos de Blois sobre la pretensión de la Bretaña, guerra en que Carlos pierde la vida y Du Guesclin queda pri-

sionero del Conde, ya Duque de Bretaña; y aumenta la confusión con las maniobras secretas del rey de Francia en Aragón contra el rey de Navarra, y con las instancias de D. Pedro de Aragón á Carlos *el Malo* para que, según pactos que entre sí tenían ajustados, invada á Castilla. En tal situación, conoce el rey de Navarra el peligro que le amenaza, rodeado por todas partes de enemigos poderosos; y deseando quedar libre de los cuidados que allende el Pirineo le embarazan para consagrarse á desenredar la maraña urdida por las opuestas exigencias de Aragón y Castilla, que no tuvo fuerza suficiente para rechazar, envía á la reina D.ª Juana á que reduzca á su hermano Carlos V á la paz. Obtenida ésta, el francés restituye al navarro sus tierras de Normandía, exceptuadas Mantes y Meulan, y el condado de Longueville cedido á Bertrand Du Guesclin, ya rescatado de su prisión; y el navarro renuncia por su parte todo derecho á los condados de Champagne y Brie y al Ducado de Borgoña, en cambio de Montpeller y sus dependencias; y tan grande es la satisfacción que D. Carlos experimenta por el fiel cumplimiento de este tratado, que envía á su cuñado el rey de Francia un corazón de oro, como emblema de la buena ley y fina amistad que le promete: dádiva á que corresponde Carlos de Francia con otros dones, pero reservando el corazón, que deseaba tener siempre libre para obrar sin escrúpulo en todo cuanto tocase á su interés.

Quedaban otra vez sin empleo, como después de la paz de Bretigny, los ejércitos que habían mantenido la guerra en Francia, y los capitanes aventureros que los mandaban la hacían ahora, contra toda razón, y aun sin pretexto, sólo por el botín. Como antes los *Tardevenidos*, derivación genuina de los *balderos*, estas nuevas bandas de foragidos, á quienes no se desdeñaban de dirigir los señores principales, divididas en diferentes cuerpos para poder subsistir más cómodamente, pero de manera tal que con brevedad pudieran juntarse cuando fuera necesario, causaban grandes desórdenes y daños intolerables. Pi-

llaban á su salvo los lugares abiertos, y tomando por fuerza algunos de los amurallados se hacían fuertes en ellos é imponían contribuciones á capricho. Hacíanse llamar las *Grandes Compañías*, y también las *Compañías blancas*, por las cruces blancas que luégo usaron en sus escudos y banderas, pero el odio de los pueblos les dió el nombre de *Malandrines*. La mayor parte de ellos eran ingleses y gascones, vasallos del rey de Inglaterra, y navarros y normandos, vasallos del de Navarra: sus jefes principales, el caballero Vert, hermano del conde de Auxerre, Hugo de Calverly, Mateo de Gurnay, Hugo de Varenne, Walter ó Gualtero Huet y Roberto Lescot, todos ellos caballeros y afamados, tan sin miedo como sin hacienda, reducidos á buscarse la vida de la peor manera posible.—Arnaldo de Carnolle, llamado *el Arcipreste*, no tenía comunicación con ellos y marchaba solo al frente de una banda reducida. Con ella sirvió ya al rey de Francia, ya al de Navarra, según el partido que se le hacía, y ahora era el más terrible de todos, agregándosele cada día gentes atraídas de la mayor licencia que él les daba para robar. Llegó á tanto su poder y su atrevimiento, que después de haber saqueado todos los lugares abiertos de la Champagne, se entró en la Lorena, pasó á vista de Metz, penetró en la Alsacia y llevó sus correrías hasta las puertas de Strasburgo: de suerte que el Emperador Carlos IV se vió precisado á juntar un ejército y marchar contra él. Retiróse el Arcipreste por el condado de Borgoña al territorio de Mascon, y allí poco después fué muerto por sus mismos soldados, con gran alborozo de los pueblos.

Ofrecíanse dos caminos para alejar de Francia este azote: era el uno dar impulso á la Cruzada propuesta de mucho tiempo atrás por el rey de Chipre, y acerca de la cual se proponía el Emperador de Alemania ir á tratar con el Papa Urbano V en Aviñón, en la junta magna de príncipes cristianos que éste había convocado: plan que si llegaba á realizarse, exigiría el alistamiento de las Grandes Compañías para ultramar. El otro camino era seguir el consejo del Emperador, que conceptuaba de

mayor urgencia el poner una barrera á la impetuosa invasión de los turcos en Europa, los cuales, conducidos por Amurates, acababan de echar sobre ella cien mil combatientes tomando á Filipópoli y Andrinópolis.—Celébrase grande asamblea en presencia del Papa, con asistencia del Emperador, de los embajadores de Francia, de muchos príncipes y grandes Señores, atraídos del celo de la religión, y allí vemos al Infante D. Luís de Navarra representando á su hermano D. Carlos *el Malo*, el cual no ha podido menos de tomar parte en tan solemne acto por el ejemplo de los reyes sus predecesores, especialmente de los dos Teobaldos que tánto se señalaron en las dos últimas Cruzadas, y más aún por el glorioso precedente del rey D. Felipe el Noble, su padre, que con verdadero heroísmo sacrificó su vida á la exaltación de la Fe en la guerra de Algeciras (1).—Habla el primero el rey de Chipre, que ha gastado más de cinco años discurriendo por las cortes de Europa para persuadir á los reyes de la necesidad de la Cruzada, y con grande energía aboga por la conquista de Alejandría, que conceptúa empresa no difícil y con la cual el Imperio de los Soldanes ha de quedar quebrantado, y la Palestina presa de los cristianos. Pero el Emperador, con fiereza de voz y de semblante, puesto en pié, defiende su pensamiento de refrenar sin pérdida de tiempo la pujante invasión mahometana; y después de muchas réplicas de una y de otra parte, disuélvese la Asamblea sin tomar resolución alguna. El único fruto de ella es enviar el Papa legados á Hungría y Polonia para que pacificadas con el Emperador, y unidas con éste, sirvan de valladar á la invasión del Turco; y volverse el rey de Chipre á su reino con buen subsidio en dinero y gente,

(1) En el *Arch. de Comp.* hay un curioso vestigio de la grande importancia que dió el rey D. Felipe *el Noble* á la cruzada contra los Benimerines, y es la cuenta de los gastos del año 1346, en la cual, bajo el epígrafe *Pro communi expensa*, figuran las cantidades satisfechas á los enviados, primeramente á Lisboa y luego á San Sebastián, á recoger las tiendas, los pabellones, las armas y las guarniciones del rey que después de la muerte desgraciada de éste en Jerez de la Frontera, volvían por mar del sitio de Algeciras.—Caj. 10, n.º 7.

con el cual pueda hacer un desembarco en Egipto, tomar por sorpresa á Alejandría y entrarla á saco, pero sin mantenerla, por falta de fuerzas suficientes, y contentándose con retirarse cargado de botín y con muchos prisioneros que le paguen buenos rescates. Los caballeros de Rodas combatirán gloriosamente en esa expedición, y este será todo el resultado de la gran junta de Aviñón, quedando «el Soldán despierto con el golpe, pero no quebrantado, la luna Otomana siempre en su creciente, y las Grandes Compañías cada día más audaces y engreídas y más pujantes en Francia.» El Infante D. Luís de Navarra fué el que salió mejor librado, porque de la reunión de aquellos príncipes parientes nació la idea de su matrimonio con Juana de Sicilia Duquesa de Durazzo, la primogénita del Duque Carlos de Sicilia, titulado señor del reino de Albania, y de María princesa de Calabria. La mano de Juana de Sicilia llevará al animoso Infante á inaugurar en Oriente, con su *Gran Compañía navarra*, atrevidas conquistas que han de recordar á intervalos las hazañas de los catalanes en el ducado de Atenas.

Pero cuando mayor parecía el daño de la permanencia de aquellos salteadores de pueblos, y mayor el aprieto por no saber qué hacer con ellos, vino inopinadamente el remedio. Du Guesclin, agradecido al nuevo beneficio que le había prestado el rey de Francia contribuyendo á su rescate después que quedó prisionero del conde de Montfort, quiso demostrarle su reconocimiento, y se ofreció á ir á Chalons-sur-Saone donde estaban reunidos los principales jefes de las grandes compañías, que todos ó los más eran hermanos suyos de armas, para moverles á dar una racional aplicación á sus fuerzas. Allí están, en efecto, el caballero Vert, Hugo de Calverly, Gualtero Huet, Roberto Lescot, Nicolás Scamburg, el Bègue de Villaines, Juan de Evreux y Mateo de Gurnay—soberbio grupo de *desolladores* (1), más propio del pincel de Rembrandt ó de Ribera que de nuestra

(1) Llámanlos también *les écorcheurs* las crónicas francesas de aquel tiempo.

pluma,—y Bertrand, que se les parece mucho en el desgarro por haberse criado como ellos en la tienda del soldado, les sigue con garbo el humor, sin declararles su pensamiento en una porción de días y dándoles solamente á entender que ha venido á solazarse con ellos: hasta que teniéndolos ya muy ganados con sus modales libres y galantes, les revela su verdadero propósito. Dirígeles en su peculiar estilo, y con la elocuencia propia de los campamentos, una marcial arenga, poniendo en parangón la desastrada vida que llevan, indigna de hombres de su esfera y su valor, con la que les proporcionaría, por ejemplo, la guerra en España, donde los moros, expelidos ya de todas sus provincias, sólo se sostenían en la de Granada, verdadero emporio del fasto y de la riqueza. Expóneles también cómo el rey de Francia, despertando á los clamores que ellos arrancaban á su pueblo, podía de un momento á otro salir del letargo en que estaba, y una vez hecho el gasto de levantar contra ellos un grande ejército, los perseguiría á muerte sin darles cuartel, siendo para ellos inútil el apelar al valor y á la destreza, porque harto sabían, como tan expertos en la guerra, que tropas como las de las *Compañías*, hechas á su libertad, sin soldada fija y por lo mismo sin disciplina, por más veteranas que fuesen, á la primera ocasión los abandonarían por seguir al que más dinero les ofreciese (1). El breve y marcial razonamiento de Beltrán es acogido con aplauso: trasládase á París con veinticinco de aquellos capitanes, alójalos en el Temple sigilosamente, por temor de que el pueblo, que tanto había sufrido con sus desma-

(1) Merimée en su cit. lib., *Hist. de Don Pèdre 1.er*, supone que Du Guesclin declaró desde luégo á los capitanes reunidos en Châlons su propósito de ir á Castilla á quitar el trono al tirano D. Pedro y dárselo á D. Enrique de Trastamara; pero aunque toma por guía de su narración la *Crónica de Du Guesclin*, nos parece poco probable que confiara desde luégo y tan abiertamente su plan á aventureros entre los cuales podía haber amigos del rey legítimo de Castilla. Seguimos por lo tanto al P. Alesón, el cual asevera que la declaración del verdadero objeto de aquella especie de cruzada no se verificó hasta después que Du Guesclin tuvo el apoyo del duque de Anjou, hermano del rey de Francia y poderoso gobernador del Languedoc, quien *regaló á los Cabos y acarició á los soldados.*

nes, se apodere de ellos y los arrastre; condúcelos con iguales precauciones á una audiencia secreta que les concede el rey, son bien recibidos por éste, que no sólo les perdona los excesos cometidos, sino que además les hace dar doscientos mil francos, exhortándolos á pelear en Granada como valientes; y regresan contentos cada cual á su cuartel á prevenirse para la jornada contra los moros de España. Convienen en hallarse dentro de dos meses en Châlons: Beltrán se dirige á Bretaña á ordenar sus asuntos domésticos; su mujer, Tifena Raguenel, que pasa por adivina y tiene un corazón tan de héroe como su marido, le entrega su vajilla de plata y sus joyas para la cruzada; júntansele su hermano Oliverio, su primo el de Mauny y otros caballeros bretones, y en el día concertado se pasa en Châlons la revista general de los capitanes de la Gran Compañía, en la cual divisamos, además de los que allí vimos primero, al mariscal Audeneham, que lleva orden del rey de acompañar al ejército y de no separarse de él hasta su salida de Francia; á muchos nobles navarros que acaban de agregarse al conde de la Marca, príncipe de la sangre de la casa real de Borbón, á quien sigue gran golpe de gente escogida francesa, inglesa y bretona; y al señor de Beaujeu. Éste y el conde de la Marca son quizá los únicos que se alistan en la cruzada de España por un móvil puramente desinteresado y caballeresco, cual es el de buscar allí ocasión de vengar en D. Pedro el Cruel el bárbaro crimen cometido en la persona de la reina D.ª Blanca, de quien ambos eran parientes.—Juntas todas las tropas, toman el camino de Aviñón, aparentemente para ir á impetrar del Papa la absolución de sus culpas, pero en realidad para sacar dinero.

Imponente aspecto presenta esta nueva milicia: llevan armaduras completas, sólo conocidas en Italia desde principios del siglo (1), las cuales se componen de *platas* ó *planchas* de acero ó

(1) Desde el año 1315, según D. José Puiggarí, autoridad irrecusable en materia de indumentaria. En su precioso libro *Monografía histórica é iconográfica*

hierro forjado que les cubren todo el cuerpo, con el correspondiente juego en las articulaciones. Estas armaduras, que ponen ellos sobre un *hoquetón* ó pespunte acolchado y *ferrado* (claveteado), se ajustan por medio de hebillas, de manera que todas sus piezas queden perfectamente unidas sin dejar abertura por donde pueda penetrar hasta el cuerpo el hierro del contrario. Su coraza es muy combada y va reforzada con planchas interiores ó *cangrejos:* sus manos, cubiertas con manoplas, sus piés con zapatos articulados, y completan este férreo indumento, para proteger la cabeza, su bacinete con visera ó ventalla móvil, adherido á la capellina con sortijas ó hebillas. Sus armas principales son, como fueron siempre en la Edad media, espada, daga ó puñal (cuchilla), lanza, flechas y escudo, con la particularidad de que la lanza, de longitud descomunal, puede acortarse para blandirla de cerca sin molestia, y el escudo, ya en forma de rodela, ya puntiagudo por la parte inferior, alterna con el pavés romano, que renace en las compañías de gendarmas y aventureros, y con la *tablachina*, especie de broquel de medianas proporciones. En cuanto á las armas arrojadizas, si bien las pelotas lanzadas por la naciente artillería empiezan á usarse en cañones rudimentarios de muy corto alcance, las grandes compañías no se sirven de estas engorrosas y poco útiles máquinas, y su arma favorita para batirse de lejos es la ballesta de calza-pié, y para pelear cuerpo á cuerpo, además de la espada y el cuchillo, el hacha de armas, las plomadas y las porras.—Los hombres de armas, montados todos, en el momento del combate echan pié á tierra y acortan sus lanzas para poder manejarlas fácilmente, y no toman sus corceles sino para perseguir al enemigo ó para la retirada; á veces montan para abrirse paso al galope en las

del Traje, recientemente publicado en Barcelona, cita en comprobación de su aserto un reglamento de Florencia de dicha época, que fija por armas de los caballeros en campaña, casco, plastrón, guanteletes, quijotes y canijeras, todo de hierro; mientras en Francia y en Inglaterra prevalecían la cota de malla, el bacinete cónico de visera, y planchas sobrepuestas á los miembros extremos.

filas contrarias, aunque esta operación les salió mal á los franceses en la batalla de Poitiers contra la infantería inglesa. Pasa esta infantería por la mejor de Europa: armados de grandes arcos de madera de tejo, guarécense los infantes ingleses con estacas clavadas en tierra, y disparan contra la caballería flechas de enorme dimensión, que pocas corazas resisten. Los franceses prefieren la ballesta al arco, pero no son ellos los que mejor la manejan, sino los genoveses, á quienes para este servicio ajustan con muy crecidos estipendios.—También en la táctica se diferencian las grandes compañías de los ejércitos del país adonde se dirigen: los españoles, acostumbrados á improvisadas y rápidas escaramuzas con los moros, tienen su modo especial de hacer la guerra. Con sus ligeras cotas de malla ó con hoquetones de pespunte, montados en caballejos revueltos y corredores, disparan sus dardos y jabalinas al galope y tuercen riendas sin curarse de sus filas. Sólo los de las Órdenes militares, bien armados y disciplinados, forman excepción en el cuadro general de los combatientes españoles del siglo XIV.—Concíbese, pues, que las Grande Compañías, al aparecer en el Mediodía de Francia, en Italia y en España, con sus hombres de hierro, sus bien calculados y seguros movimientos, y precedidos de la reputación de sus más expertos y bravos capitanes, impusiesen el mismo terror que produce en el Desierto el rugir del león al resonar en medio de los discordes ladridos de los perros que se disputan la presa.

Ya están sobre Aviñón con sus banderas desplegadas al viento: el Papa, poco tranquilo con la presencia de tales gentes, les manda uno de sus cardenales para saber qué quieren, amenazándoles con la excomunión si no evacuan el territorio; pero Du Guesclin le responde que trae consigo treinta mil cruzados prontos á marchar contra los infieles de Granada, y que vienen á pedir al Padre Santo el perdón de sus pecados y una limosna de doscientos mil escudos. «—En cuanto á la absolución, dícele »el cardenal, la tendrán sin duda, yo se lo aseguro; pero acerca

»de la limosna, nada prometo.» —«Señor, replica Beltrán, aquí »hay muchos que no se matan por absoluciones; mas por el »dinero, se matarán con todo el mundo; y así, para que los »pongamos en razón, bueno será dar ese dinero.» —Vuelve el cardenal á los pocos días con la absolución y con cien mil escudos, que aprontaron en gran parte los vecinos de Aviñón, temerosos de ver incendiadas sus casas de campo y de otros daños (1).—En cuanto los malandrines recibieron el dinero, levantaron el campo y tomaron el camino del Langüedoc para juntarse en revista general en las cercanías de Tolosa. Hallóse ser su ejército de unos treinta mil hombres bien armados, y desplegadas sus banderas se vió en ellas la cruz blanca de la santa empresa contra los infieles, de la cual tomaron el nombre de *Compañías blancas*. Entonces fué cuando Du Guesclin, seguro del apoyo del duque de Anjou, respetado gobernador de la provincia, el cual había agasajado á los cabos y soldados, les declaró el verdadero objeto de su expedición.—El conde de la Marca, Juan de Borbón, con los navarros, debía entrar en España con el cargo de Generalísimo de aquella parte del ejército, siendo su lugarteniente Bertrand Du Guesclin; mas no llegó á pasar la frontera, quizá por ser muy jóven é inexperto en la milicia, ó acaso por otras razones políticas que no han llegado á averiguarse; pero su gente vino con Claquin, el cual dividió las huestes en dos grandes cuerpos, marchando uno por mar y otro por tierra. El primero se embarcó en Aguas-muertas con rumbo á

(1) El P. Alesón dice que habiendo sabido Claquin que eran los habitantes de Aviñón los que habían aprontado el dinero, y no el Papa y sus cardenales, volvió atrás los cien mil escudos protestando que sus compañeros no querían dinero del pueblo, y que fué menester que el Papa y los cardenales los sacasen de sus bolsas. En esto no anduvo exacto el analista jesuíta, porque Merimée en su Historia cita un documento manuscrito del consejo municipal de Aviñón, conservado en el Archivo de la prefectura de Vaucluse, del cual resulta que el vecindario no se comprometió á facilitar al principio más que 1,500 de los 5,000 florines que habían de darse á los malandrines: y que pretendiendo el cardenal de Jerusalén, vicario de Aviñón, que la ciudad tomase sobre sí el impuesto íntegro de los 5,000 florines, aquella lo rehusó.

Barcelona; el segundo penetró por Aragón, donde le salió al encuentro el conde de Trastamara, D. Enrique. El rey de Aragón, amigo de éste, reunió sus tropas á las de Claquin (que así le llamaremos ahora, siguiendo la costumbre de España en su mismo tiempo), á quien dió desde luégo la villa de Borja y su castillo, con el título de conde, é hizo grandes regalos á los otros Cabos principales; y el ejército avanzó resueltamente á Castilla, pasando por Alfaro, y llegando sin detenerse á Calahorra, cuyo gobernador, sabiendo que el pretendiente venía en el ejército, le abrió las puertas, haciendo entre él y el Obispo que el pueblo le aclamase rey de Castilla (1). Dieron aquel rodeo por no tocar en las tierras de Navarra, cuyo rey fingía mantenerse neutral sin declararse por ninguno de los dos competidores; si bien existen documentos irrecusables que constituyen una plena prueba de que en este mismo año (1366) mantenía excelentes relaciones con el conde de Trastamara y sus más poderosos auxiliares.

En la Edad-media era de todo punto imposible que un rey de un pequeño Estado, puesto entre otros reyes poderosos mutuamente hostiles, por más hábil que fuera, se mantuviese en una perfecta neutralidad; y esto le sucedía á Carlos *el Malo* de Navarra, estimulado á la vez con halagüeños ofrecimientos á declararse ya por D. Pedro *el Cruel*, ya por el bastardo D. Enrique, ora por la causa de Aragón y Francia, ora por la de Inglaterra. Á todos quería agradar, y agraviaba á todos. Tenemos documentos que revelan esta afanosa situación desde el año 1365, en que el rey de Navarra se ve casi amagado de perder su corona por la coalición secreta del de Francia con el de Aragón, y en la humillante necesidad de solicitar la paz de Carlos V, su cuñado, enviándole la misma reina para que le persuada con

(1) Dió D. Enrique en aquella ocasión el condado de Trastamara á Beltrán Claquin; á Hugo de Calverly el de Carrión; á su hermano D. Tello, el señorío de Vizcaya; y al hermano menor, D. Sancho, el condado de Alburquerque.

sus fraternales insinuaciones. Una real cédula de dicho año, aunque no de data fija (1), conserva la interesante huella de sus múltiples gestiones: por ella manda á sus gentes de Comptos (oficina que acababa de instituir en 1364) que *rebatan* á su Tesorero, esto es, que le admitan en pago, 160 florines que dió á Juan Ramírez de Arellano, señor de Allo, *por ir en mensajeria al rey y reina de Aragón* y al conde de Trastamara, en compañía del Arzobispo de Zaragoza, *por ciertos y granados negocios;* y á Martín de Encián (ó Ciurán) escudero, *por ir á París al Captal de Buch*, *por secretos negocios*, 40 florines. Y á Peres de Lasaga, caballero, por facer sus expensas *por ir en Normandía al Infante D. Luís*, 100 florines. Y 40 que había dado á Guillemin Dayre su *correro* (sic) á caballo, *por ir por ciertos negocios á Mosen Juan Chandos, caballero* (2).—Del propio año existe un cuaderno del gasto causado por el Obispo de Calahorra y Mosén Martín Enríquez durante un viaje que por su mandato hicieron á verse con el príncipe de Gales (3).—Por otra real cédula, dada en Pamplona á 15 de Enero de 1366, manda á su Tesorero que pague á su Alférez Mosén Martín Enríquez 164 florines, 6 sueldos y 1 dinero, gastados en el viaje que le mandó hacer á Burdeos, donde él se hallaba entonces, y á Bayona, cerca del rey de Castilla (D. Pedro); y á 24 del mismo mes, también desde Pamplona, ordena que se pague á dicho Martín Enríquez, Señor de Lacarra, todo el gasto hecho en *mensajerías á la tierra de Gascuña*, *al rey D. Pedro y al Prín-*

---

(1) Tiene roto el papel y le falta la indicación del mes. *Arch. de Comp.* Caj. 20, n.° 112. Expedida en Pamplona.

(2) Este caballero, frecuentemente mencionado por Froissart, era el Lugarteniente General del rey Eduardo III en las provincias inglesas de Francia. Rival de Du Guesclin en lealtad y talento militar, hizo prisionero al famoso capitán bretón en la batalla de Auray (1364), y otra vez más tarde (1367) en la de Navarrete, en España. El Príncipe de Gales le hizo Condestable de Aquitania. Era, además de valiente guerrero y hábil político, muy regular poeta. La biblioteca del Colegio de Worcester, en Oxford, conserva un poema manuscrito que compuso en francés sobre las hazañas del *Príncipe negro*, á quien acompañaba en las batallas como fiel heraldo y cronista, ó panegirista, según costumbre de aquel tiempo.

(3) Caj. 19, n.° 14.

cipe (de Gales) *y á otros.*—Á continuación de esta cédula hay otras dos, dada la una en Estella á 27 de Octubre y la otra en Pamplona á 12 de Noviembre, mandando por la primera á las gentes de sus Comptos que rebatan á su Tesorero 300 florines que dió á D. Martín Enríquez, á D. Martín Miguel de Sangüesa, al Abad de Falces y á Sancho López de Uriz *por facer sus expensas en ir al príncipe de Galles, y al rey D. Pedro á Bordel* (Burdeos) *y á Bayona;* y por la segunda, que le abonen también en cuenta otros 300 florines que dió al referido Enríquez y al maestre Simón de Escorri, abad de Falces, *por los gastos del viaje que hacían de su orden al Príncipe de Aquitania y de Gales, y al rey D. Pedro* (1).—Vienen luégo otras tres cédulas (sin expresión de mes y día por descuido del copiante), del propio año 1366: por la una de ellas se manda que se abonen al Tesorero 600 florines de oro dados al Infante D. Luís por las expensas hechas en Pamplona *quando zagueramente ahora vino de Francia por hir á mandadería al Rey de Castilla,* y 1400 florines *por los gastos de retornar de Navarra á Francia.* Por otra manda reciban en cuenta á dicho Tesorero 1000 florines de oro que dió al noble y excelente conde de Denia (2) *por el dono e retenido de él* (sic); y por la tercera, que aunque extraña á aquellas gestiones é intrigas políticas, es interesante para el estudio de las costumbres, ordena que abonen al mismo Tesorero 365 florines invertidos en Aragón en la compra de ciertas especias *tanto para su cambra como para goarnicion de sú cocina,* como clavos, girofles, canela, *penia* negro (sic), moscada y *zagre* (?) blanco.—Constan también por estos documen-

(1) Á continuación de estas reales cédulas están los diarios del gasto hecho por el expresado D. Martín Enríquez y demás que quedan mencionados, de los cuales se saca que el florín valía 20 blancos, y que 13 sueldos hacían 1 florín. Caj. 21, n.° 2.

(2) El conde de Denia, poderoso valedor de la causa de D. Enrique de Trastamara, era el jefe de los aragoneses auxiliares, el cual, juntamente con Beltrán Claquin y con Hugo de Calverly, había preparado en Calahorra los ánimos de D. Fernando de Tobar y del obispo para que se hiciese allí la aclamación del pretendiente como rey de Castilla.

tos los regalos que, por aquel mismo tiempo en que trataba con el rey D. Pedro, hacía á su competidor D. Enrique; los gastos de los emisarios que enviaba á éste; los agasajos que hacía á Beltrán Claquin: y sus tratos secretos con D. Pedro de Aragón encaminados á favorecer la causa del bastardo. Regala á éste un soberbio caballo, comprado en 400 florines de oro al ricohombre D. Pere Álvarez de Rada; y luégo otro, adquirido del mismo personaje por 500 florines (1). Gasta sumas nada indiferentes con mensajeros del conde de Armagnac, y con un cierto *maestre Pierres Borges* á quien hace *ir y venir al rey Don Enrric* (2); da á Beltrán Claquin en una ocasión 1140 florines de oro, á cuenta de mayor suma, *por el dono et retenida* que de él tiene; á Mosén Ramón, Señor de *Albatierra* (Salvatierra?), caballero, 500 florines de oro *por dono et retenida que de nos tiene;* al mismo Señor de Albatierra 50 florines *por facer sus expensas en hir de part nos en mensageria al Rey D. Enrriq;* y 6 florines á Domingo de Santacara, *mandadero á pié, imbiado por nos al dicto Rey, por retornarnos la respuesta de dicta mensagería* (3). Por un fajo de cartas de pago del mismo año 1366 consta que Beltrán Claquin tenía de *dono* del rey D. Carlos *el Malo* 440 florines (4), y de una carta de Marzo de igual año resulta que *ya los ingleses pasaban á Castilla* y que el terrible general bretón llegó á las puertas de Tudela el domingo 8 de dicho mes y en cuanto supo que el rey de Navarra no estaba allí, fué á alojarse á Cascante (5). Estos dos documentos son de interés, porque ponen de manifiesto que el rey de Navarra tenía tratos con el temido favorecedor de D. Enrique de Trastamara desde antes de hacer su entrada en España las *Grandes Compañías* francesas, y que la decidida intervención del Príncipe de Gales en la

(1) Caj. 21, núms. 15 y 88.
(2) Caj. 21, n.° 29.
(3) Caj. 21, n.° 61.
(4) Caj. 21, n.° 92.
(5) Caj. 21, n.° 91.

guerra civil de España, en favor de la causa de D. Pedro *el Cruel*, no impidió que antes de presentarse en campaña el brioso paladín de la dinastía de los Plantagenet, á quien apellidaron el *Príncipe negro* (por el color modesto de la cota de armas que habitualmente traía), algunos de los capitanes de su nación más adheridos á él en las pasadas guerras de Francia, se alistasen para la guerra de la Península en el bando opuesto de don Enrique. Esto quiere decir la frase *ya los ingleses pasan á Castilla* de la carta de Marzo de 1366, aludiendo indudablemente á la tropa de malandrines que mandaba el inglés Sir Hugo de Calverly, que rompió las hostilidades acometiendo á Borja, villa de Aragón mucho tiempo ocupada por los castellanos; porque no se puede interpretar como alusiva al ejército inglés que trajo el Príncipe negro en auxilio de D. Pedro, en razón á que esta resuelta y respetable intervención del de Gales en la contienda fratricida, no ocurrió sino un año después, en 1367. Tropas inglesas pudo haber tenido favorables á su causa el rey D. Pedro, desde antes de penetrar en España las compañías blancas, á no haberse dejado dominar por un excesivo apego á sus riquezas: lo hubiera conseguido con sólo ceder á las amistosas amonestaciones del Sire d' Albret, vasallo de Eduardo de Inglaterra y rencoroso enemigo de Aragón y de Navarra, el cual le aconsejaba que ganase con dinero á los capitanes aventureros: consejo reiterado después, y también en vano, por D. Íñigo López de Orozco, que le trajo proposiciones formales de muchos caudillos ingleses (1).

(1) MERIMÉE, obra cit., apoyándose en la autoridad de la *Crónica* de Ayala. Este caballero, antiguo confidente de D. Pedro, le abandonó cuando huyó de Burgos á la aproximación de las tropas de D. Enrique, y se pasó al partido de éste hallándose con él en la rota de Nájera. Al concluir esta batalla, tan feliz para D. Pedro, dirigiéndose éste hacia una pequeña altura donde ondeaba al viento el estandarte de su aliado victorioso el príncipe de Gales, se encontró casualmente con López de Orozco, á quien llevaba prisionero un caballero gascón, y montando en cólera, sin acordarse de la formal promesa que había hecho al inglés de no matar á ningún prisionero, le dió muerte por su propia mano.

Menos fácil es explicar el contenido de otros documentos ex rtactados en estos términos (1): *Del Señor Rey D. Carlos, una cédula dada en Pamplona á 17 de Septiembre del año 1367, por la cual manda al Tesorero pague á Lope Ochoa, Alcait del castillo de Caparroso, 40 libras y 13 sueldos y 3 dineros, por las expensas que havía echo con Mosen Oliber Claquin en los tres meses y trece dias que le tuvo preso, y dos doblas que dió al dicho Mosen, y tres cahices de trigo que dió á los que le guardaban, etc. Está á su continuacion un mandamiento de Nicolás la Liebre á D. Mateo le Soterel para que pagase á Lope Ochoa la referida cantidad: y otro mandamiento de Martin Ximeniz de Beorlegui de Caparroso á Lope Ochoa de Lerga, Alcait de Caparroso, para que hiciese una garita en el castillo, por razon que y ovies defension en el dicto castillo, esto por razon que no hay muros que puedan andar arrededor, etc.*

Ante todo ocurre preguntar: ¿quién es este *Oliver Claquin?* Bertrand du Guesclin tenía un hermano de este nombre, pero lo probable es que se trate aquí de Oliverio de Mauny, primo de Beltrán de Claquin. Si á él realmente se refiere la cédula ¿por qué le tuvo preso Carlos *el Malo* en el castillo de Caparroso? Para satisfacer tu curiosidad, es necesario recordár algunos preliminares.

Supón por de pronto que ha pasado el año en que el conde de Trastamara se ha visto rey de casi toda España: que las compañías de aventureros mandadas por Beltrán Claquin, después de hacerle proclamar en Calahorra, le han traído á coronarse con toda solemnidad en las Huelgas de Burgos; que el rey D. Pedro, abandonado de los suyos, ha huído de Burgos á Toledo y ha brindado con la paz á D. Enrique ofreciéndole partir con él el reino, oferta desechada por el triunfador; que el rey

(1) Creo excusado advertir que copio del *Extracto de Indices de la Cámara de Comptos*, formado por Vargas Ponce, que conserva inédito la Real Academia de la Historia. Caj. 25, n.° 81.

destronado se ha refugiado en Portugal, de donde pasó á Bayona á buscar más segura protección entre los ingleses; que don Enrique, posesionado de todo el reino de Castilla, licenció las tropas extranjeras, reservándose únicamente 1500 caballos, con Claquin y Calverly al frente, y dando al primero su condado de Trastamara en recompensa de sus eminentes servicios; que don Pedro, bien acogido por el príncipe de Gales que gobierna la Guiena por su padre el rey Eduardo de Inglaterra, como preliminar indispensable para la empresa de restituirle la corona perdida, le propuso celebrar vistas estando presente el rey de Navarra, y que efectivamente el Príncipe *Negro*, D. Pedro *el Cruel* y D. Carlos *el Malo* tuvieron sus vistas en Libourne estipulando en ellas las cesiones que el castellano había de hacer al inglés y al navarro á cambio de sus servicios. Figúrate que has presenciado aquella entrevista, y que has pescudado el magnífico banquete que á D. Pedro y D. Carlos da el príncipe Eduardo con el regocijo propio del que acaba de obtener para su interesada nación la promesa de los soberbios puertos de la costa cantábrica, objeto de la codicia constante de la Gran Bretaña; que has visto, después de celebrado ese trato, rodar sobre las mesas el oro y la plata del castellano y brillar al sol las magníficas preseas moriscas y la soberbia pedrería sacada de su Tesoro de Toledo, y cómo se fundían en los crisoles las primorosas piezas de oro y esmalte de la lujosa vajilla del príncipe inglés, todo para sufragar el gasto de la formación del nuevo ejército y para anticipar estipendios á sus cabos, batiendo con el precioso metal la necesaria moneda. Figúrate por último que, atendiendo por su parte D. Enrique á la conservación de su conquista, ha buscado también el modo de impedir que el rey de Navarra dé paso franco por el Pirineo de Roncesvalles al ejército de nuevos aventureros que el Príncipe Negro reune. Tenemos, pues, que depende del navarro el abrir ó cerrar las puertas de Castilla á los ingleses, y que esto lo saben perfectamente ambos contendientes; por lo mismo, no debe causar maravilla que D. Pedro

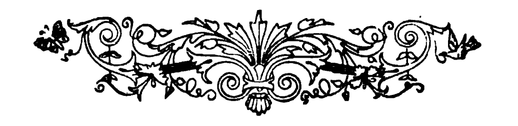
procurase ardientemente tener á Carlos *el Malo* por aliado, y que D. Enrique por su parte alimentase la esperanza de obtener su auxilio, ó cuando menos, su neutralidad. Ofrecía éste á D. Carlos, según dejo ya indicado, además de mucho dinero, provincias enteras en el norte de la península, y el mismo territorio con corta diferencia le ofrecía D. Pedro: de modo que D. Carlos no sabía á qué lado inclinarse. Había ya recibido 56,000 florines de D. Pedro, y 60,000 doblas de D. Enrique; pero tenía que adivinar quién de los dos sería el más fuerte, quién de los dos aspirantes al trono sería mejor pagador. No bien acabó de firmar el tratado de Libourne con D. Pedro, entabló otra negociación con D. Enrique: el prestar juramento le hacía poca mella, y los prodigaba según le era menester. Celebró una conferencia secreta con el de Trastamara en Santa Cruz de Campezo, donde juró sobre los Santos Evangelios lo contrario de lo que había jurado en Libourne; y allí se obligó á cerrar el puerto de Roncesvalles, á unir todas sus fuerzas con las de D. Enrique, y á auxiliarle en el campo de batalla con su propia persona. Con sólo cambiar un nombre, el mismo tratado servía para los dos compromisos; pero tuvo que garantir el contraído con D. Enrique, y puso en manos de tres personajes, que fueron el arzobispo de Zaragoza, Ramírez de Arellano y Beltrán Claquin, tres de sus castillos de Navarra. Mientras los ejércitos de D. Pedro y D. Enrique permanecieron quietos, ninguna dificultad experimentó Carlos *el Malo* en desempeñar su doble papel; pero cuando llegó el momento decisivo y observó que, á pesar de los rigores del invierno, el príncipe de Gales ocupaba el Pirineo y á fines de Febrero (1367) todas sus tropas estaban en movimiento, y de nada aprovechaban los subterfugios alegados para detenerle, resuelto á salvar las apariencias hasta el último momento, despachó órdenes contradictorias, unas para defender el puerto, y otras para que le dejasen expedito. Intimado por D. Enrique y por D. Pedro á la vez para que se presentase en persona á combatir, según el juramento prestado, al uno en San-

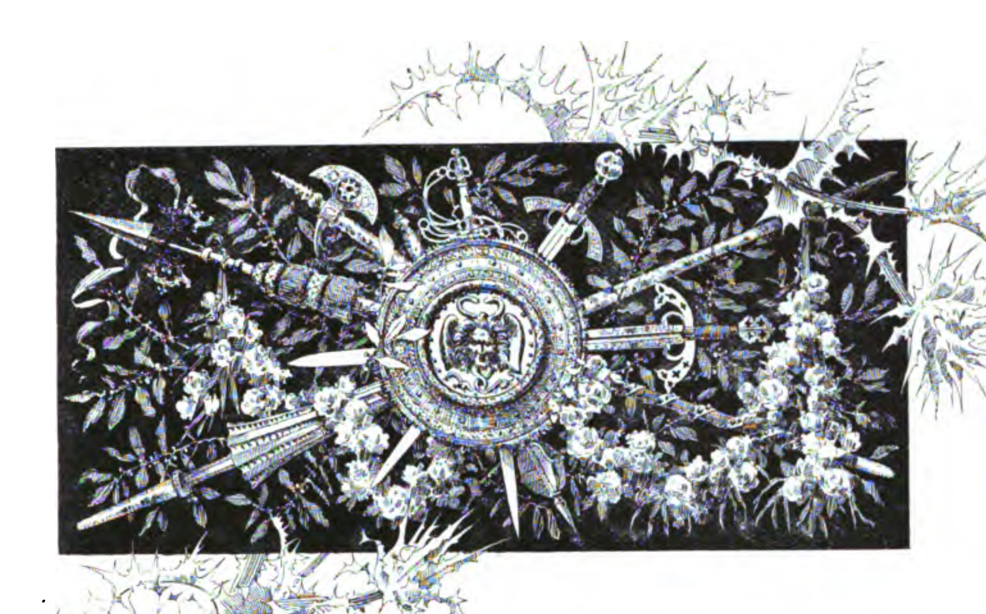
ta Cruz de Campezo, y al otro en Libourne, he aquí el expediente á que recurrió para engañarlos á ambos, reservándose el protestar de su fidelidad al que resultase favorecido por la suerte.—El caballero bretón Oliverio de Mauny, ocupaba con algunos compañeros de armas el castillo de Borja, en la frontera de Aragón y de Navarra, como gobernador puesto en él por su primo Beltrán de Claquin, á quien el rey de Aragón lo había dado el año precedente: concertóse con él D. Carlos en que, en un día determinado, saldría á caza á los contornos de Borja, distante sólo cuatro leguas de Tudela, y Mauny con alguna gente del presidio, le prendería y llevaría prisionero á su castillo, deteniéndole en él hasta que el príncipe de Gales, pasando los montes, entrase en Castilla. Este convenio quedó muy secreto entre ambos, y el rey hizo grandes ofertas al caballero bretón para que lo ejecutase puntualmente. Dícese que le prometió el gobierno de la villa y castillo de Cherbourg en Normandía y más de 3000 florines anuales de pensión vitalicia (1). Mauny lo puso por obra con toda exactitud, se apoderó del rey, llevóle preso á su castillo, y allí, detenido é imposibilitado de acudir á la guerra (á los ojos de sus dos opuestos confederados), esperaba con secreta complacencia el éxito de ella para arrimarse al partido del vencedor. El desenlace de esta innoble farsa fué, que visto el resultado de la batalla de Nájera, tan funesto para D. Enrique, el astuto navarro se propuso salir de su prisión sin cumplir sus ofrecimientos, y habiendo tenido habilidad para persuadir á Mauny, descorazonado con el triunfo de D. Pedro, á que le acompañase á Tudela, donde le aseguraba que le sería entregado su rescate, en cuanto pusieron el pié en el reino de Navarra, hizo de su acompañante su prisionero y lo metió en un calabozo.—Ahora bien, si realmente el Oliverio Claquin de quien habla la real cédula citada fué Oliverio de Mauny, como sospe-

(1) Así lo asevera el P. Alesón; Merimée dice que D. Carlos ofreció á Olivier de Mauny hacerle Señor de Guibray y darle una pensión de 3000 francos.

chamos nosotros, este interesante documento nos descubre un accidente de la historia de Carlos *el Malo* hasta ahora ignorado, es á saber, que la prisión donde encerró el rey al que había sido su carcelero, fué el castillo de Caparroso. Allí por lo visto le tuvo los tres meses y trece días que dice la cédula, y no le trataría mal, ni á los que en el castillo le acompañaban, cuando se gastaba con ellos por un lado más de 40 libras, y por otro 2 doblas y 3 cahíces de trigo. Entonces observó que dicho castillo no tenía muro de circunvalación que pudiera recorrerse por su parte alta para observar desde él los contornos, y mandó para este efecto construir la garita de vigía de que habla también la cédula. El castillo de Caparroso sirvió quizá de prisión de reos de Estado. Cuando en 21 de Setiembre de 1386, reinando el mismo D. Carlos *el Malo*, tomó posesión de él el capitán de Lorda, Juan de Béarn, encontró, entre otras armas, dos *arcaces* (arcas) *plenos*, el uno de artillería gruesa y el otro de artillería menuda, una *ballesta de trueno* y un *gran caynon* (cañón) (1).—Sospechamos que la ballesta *de trueno* fué la primera ó rudimentaria forma del mosquete, y que no debe confundírsela con la ballesta que se usaba para disparar bodoques, porque ésta no producía ruido ó *trueno*, circunstancia que por sí sola indica la intervención de la pólvora en el empleo de aquellas.

(1) *Arch. de Comp.*, Caj. 53, n.º 6.—Es verdaderamente curioso este documento para el estudio de la panoplia de aquel tiempo, porque menciona entre los objetos hallados en el castillo, bajo el nombre genérico de *erramientas* (sic) *y demás artificios*, *paveses cubiertos en verde*, *medios escudos pintados de bermejo y en medio de ellos Sendas letras de M, y ballestas grandes de torno y de estribera*, *guarnidas de cuerdas*, *etc.*





CAPÍTULO XXII

Los navarros en Grecia

No es posible prescindir del gran cuadro que á fines del décimocuarto siglo nos ofrece el genio aventurero de los navarros, pugnando por establecer su dominio en la más privilegiada región de Levante. Si hasta hoy un suceso tan digno de inmortal gloria ha quedado oscurecido por el brillo de otro, algo anterior, realizado por los catalanes y aragoneses reunidos, no se busque la causa de tan injusta postergación en el escaso mérito de la empresa, sino en la desgracia de no haber tenido plumas que la celebraran. La suerte sin embargo quiere hoy reparar su pasada injusticia, y depara á la historia militar de Navarra una vindicación que ha de ser fecunda en resultados (1): un hijo

---

(1) Aludo al excelente trabajo que acaba de dar á luz en Barcelona el joven y muy erudito Doctor D. Antonio Rubió y Lluch, catedrático de Literatura general y española en aquella Universidad, bajo el título de *Los navarros en Grecia y el Ducado Catalán de Atenas en la época de su invasión:* monografía leída en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en las sesiones del 8 y 22 de Junio de 1885.

del país mismo que sostuvo en el *Oriente latino* la competencia del brío catalán contra el vasco-navarro, rindiendo al culto sagrado de la ciencia el hermoso homenaje de la imparcialidad, consagra á la hueste que bajo el reinado de Carlos *el Malo* fué á los mares de Grecia á formar una compañía más disciplinada y pujante que las de Du Guesclin y del Príncipe Negro, y á su esforzado caudillo Luís de Evreux, una narración histórica nueva, verídica, compulsada y casi completa, fruto precioso de meritísimas investigaciones, que equivale á un monumento alzado á héroe desconocido pero digno de perdurable memoria.

Desconocidos eran en verdad los singulares hechos que ahora por primera vez aparecen á la luz de la brillante evocación del joven historiógrafo, el cual con sobrado motivo escribe en su Introducción: *quizás ningún suceso de nuestra historia medioeval ultramarina permanece más ignorado (permanecía* hubiera dicho á no tener una excesiva modestia) *ni más envuelto en ti nieblas, aun para la generalidad de los consagrados á tal linaje de tareas, como el de la famosa expedición navarra á Grecia, realizada en las últimas décadas del revuelto siglo* XIV. «No bastan, advierte, las deficientes narraciones de nuestros historiadores (1): éstas, sobre ser muy incompletas, nada dicen de la duradera dominación de las bandas navarras en Morea: dominación que si no alcanzó á ser tan gloriosa y fuerte como la de los francos, catalanes é italianos, ni tuvo un carácter estable y organizado, ni fué nunca esencialmente nacional, en el sentido de que aquellas bandas llevaran allí las costumbres, el gobierno y la lengua de su patria, no por eso deja de ser un factor importante en la historia de aquel período, con el que tuvieron que contar cuantos se disputaron entonces el imperio del Peloponeso, ya se llamaran Fernández de Heredia ó Jaime de Baux, María de Bretaña ó Luís de Borbón, Amadeo de Saboya ó Clemen-

(1) El P. Alesón, continuador de los *Anales* del P. Moret: D. José Yanguas y Miranda, Zurita, etc.

te VII; ya fueran los Déspotas ó Príncipes griegos de Misithra, los Venecianos ó los florentinos Acciajuoli. No merecía tan injusto desdén la Compañía navarra que se la considerase únicamente cual una de tantas bandas errantes como las que recorrían en ese siglo XIV los reinos de Europa en busca de botín y sin otro incentivo que el oro y las riquezas, cual las Grandes Compañías ó las Compañías blancas de Francia; porque aunque al servicio del Infante D. Luís de Evreux primero, de Jaime de Baux después, de San Superan más tarde, y de Centurione Zaccaria últimamente, los navarros tuvieron existencia propia é independiente en la Morea, poseyeron numerosos feudos, se repartieron los restos territoriales de los señores francos, y fueron los verdaderos y únicos árbitros de los destinos de aquella península durante medio siglo. Ellos constituyeron la última estirpe de raza latina (1) que allí dominó; ellos retardaron por algunos años la caída del poder occidental en Oriente é hicieron bambolear el de los catalanes en los ducados griegos de Atenas y de Neopatria; á ellos les cupo en fin la triste suerte de recoger los últimos despojos de la conquista y hegemonía francas, y de presenciar sus postreras convulsiones de agonía (2).» «Tal vez parezca á muchos tarea estéril la de averiguar los ignorados hechos de oscuros héroes gascones ó navarros que ninguna huella de su paso han dejado en las páginas, no ya de las vicisitudes de nuestra común madre España, pero ni aun en las mismas del antiguo reino de Navarra; mas no han de juzgarlo así los catalanes y aragoneses, á quienes ha de interesar forzosamente esa lucha intestina que con sus vecinos sostuvieron en los llanos del Ática y en las fragosidades de la Beocia, y que fué acaso el origen de la ruina de su dominación en aquellas regiones; ni tampoco los navarros, á los cuales no ha de serles indiferente

(1) Suponemos que habla el autor en concepto más geográfico que etnológico.

(2) *Introducción*, págs. 13 y 14.

saber que sus antepasados reinaron largo tiempo en la misma ciudad de Nestor y en la Mesenia, que hicieron famosa las guerras espartanas, y que en triunfal paseo recorrieron desde las costas de Albania y del reino de Pirro hasta la antigua Pylos, al sur del Peloponeso. Porque ¿qué pueblo no considerará como legítima gloria nacional el haber subyugado el suelo mismo de los héroes y de los dioses, la cuna de las artes y de las letras, el país de las bellas ficciones mitológicas, la tierra clásica del saber y del heroísmo, la morada de las Musas y de las Gracias? (1).»—Antes de referir sumariamente cómo se formó y qué hizo en Grecia la Compañía navarra, es menester decir algo de su esclarecido caudillo.

Era éste, según queda indicado, el Infante D. Luís de Evreux, conde de Bellemont ó de Beaumont, hijo tercero de los reyes D. Felipe de Evreux y D.ª Juana y hermano por consiguiente del rey D. Carlos *el Malo*. Durante las largas ausencias de éste, motivadas por sus reclamaciones y guerras en Francia, solía gobernar el reino, y aunque atento al bien de sus pueblos, las vicisitudes de la turbulenta época en que los partidarios de su hermano eran asesinados ó decapitados en París, y sus tropas por despecho lo llevaban todo á sangre y fuego en la *Isla de Francia*, y el canciller de Navarra Tomás de Ladit era arrastrado y arrojado al Sena, conmoviendo la parte de acá del Pirineo, dieron pretexto para que también en Navarra hubiese descontento y desmanes: los labradores de Falces se le sublevaron en 1358, y á duras penas pudo sustraerse de la furia de los amotinados con el auxilio de un honrado vecino (2). Era este príncipe tan resuelto y animoso en los combates cuanto mesurado y prudente en el gobierno: en los años 1364 y 1365, inmediatamente anteriores á la época en que cesa la guerra con

(1) Ibid., p. 15.

(2) Á quien recompensó luégo, diciendo en su cédula que lo hacia porque *nos guió é mostró camino de salir de entre las gentes de la dicta villa, que contra Nos venian con armas*. V. á Yanguas, *Diccionario de Antigüedades*, art. «Beaumont».

Francia para trasladar su triste teatro á España con motivo de la sangrienta competencia entre D. Enrique y D. Pedro de Castilla, le vimos ya penetrar en la Auvernia talando y robando el país, y tomar por medio de hábil sorpresa la Charité, y acabar felizmente otras empresas; después de las cuales, con la misma actividad, lleva sus compañías de navarros á Normandía á poner en conflagración aquella tierra (1). Terminemos con algunas pinceladas el retrato del hombre.—El ser tan dado á la guerra y estrenuo en todos los ejercicios bélicos, no le impedía dedicarse con ardor á la caza: en aquel mismo año 1358, tan revuelto en Francia y en Navarra, mandaba al recibidor de Sangüesa que pagase á Jémen Martínez de Leoz 3 cahíces de trigo por el gasto de dar de comer *á los perros que solían cazar de noche, et por doctrinar et criar los dictos perros;* lo cual significa que se ocupaba en hacer adquirir á sus perros cualidades no comunes (2). Habitaba en Pamplona en las casas que tenía el rey en el barrio de San Gregorio (3). Disfrutaba una renta de 4000 florines, que le asignó Carlos *el Malo* para sus gastos en 1362 (4). Para la guerra con Aragón, en 1363, llevó el Infante D. Luís 41 moros escogidos de Tudela. En aquella guerra fué hecho prisionero, y su hermano el rey, por vía de represalias, hizo prender á todos los trajineros y mercaderes aragoneses que estaban en Navarra, sin exceptuar á sus hijos, dando lugar á que hicieran

(1) En el *Arch. de Comp.* encontramos abundantes rastros de aquella expedición á Normandía en el año 1365. Citaremos sólo dos documentos: «Libro del Gasto de afretar la Nave en que pasó el Infante D. Luis á Normandía; y Gasto echo en las Provisiones de trigo, pipas... carneros, merluz seco y de otras cosas, que fueron conducidas para la Guerra que el Rey tubo en dicha Tierra de Normandía en el año 1365.» Caj. 13, n.° 15.—«Gastos echos por el Infante Don Luis y sus compañías, y la razon de las cosas y vitualla que Jimeno de Bruslada puso en la Nave en que pasó el Señor Infante á Tierras de Normandía en el año 1365.» Caj. 19, n.° 18. —He creído deber citar estos documentos por cuanto Yanguas no hizo mención de esta guerra de Normandía del año 1365 ni en su *Historia compendiada*, ni en su *Diccionario de Antigüedades*.

(2) Caj. 38, n.° 16.

(3) Caj. 14, n.° 8.

(4) Caj. 15, n.° 29.

otro tanto los aragoneses con los navarros (1). En 1364 el rey D. Carlos le nombró virrey y lugarteniente general de sus Estados en Francia.—Y llegamos á la época (1366) en que se concierta su matrimonio con Juana de Sicilia, duquesa de Durazzo, hija de Carlos de Sicilia, segundo duque de este Estado y titulado Señor del reino de Albania: enlace que abre nuevos horizontes á su ambición y espíritu caballeresco: dado que *no* se le hubieran abierto ya otras circunstancias ó sujestiones que aún permanecen ignoradas, si es cierto, según se ha afirmado modernamente (2), que ya desde el año 1365 hacía el Infante de Navarra preparativos para una guerra contra los albaneses.

Nada se sabe acerca de la fecha cierta en que D. Luís de Evreux dejó á Navarra para trasladarse á Nápoles, residencia habitual de su esposa, ni cuánto tiempo permaneció allí, ni en qué año comenzó la campaña para recuperar los Estados de aquella; lo único que consta es que llevó consigo á dicha capital una lucida hueste de 800 navarros y gascones, en su mayor parte de la nobleza del reino, con los cuales se juntaron luégo otros muchos navarros, sabedores de la especial confianza que en ellos ponía, ya para guardias de su persona, ya para los presidios de las plazas de que era dueño en el mediodía de Italia. Última heredera de la rama menor de la poderosa y turbulenta casa de Anjou, Juana de Sicilia, al dar su mano á D. Luís, le comprometía á intervenir en todos los conflictos promovidos, ya por los anjevinos, ya por sus émulos, en la peligrosa empresa de la conquista de Constantinopla y de la corona latina de Bizancio, sueño constante de la estirpe á que acababa de unirse desde el famoso tratado de Viterbo del año 1267, legado costoso de los Courtenay. Si los proyectos colosales de la conquista que había acariciado la casa de Anjou se tenían por desvanecidos, los prín-

(1) Caj. 17, n.° 75.—Caj. 87, n.° 69.

(2) Hopf, *Griechenland*, VII, p. 34, citado por Rubió y Lluch en su capítulo I, p. 24, not. 1.

cipes franceses de esta familia, convertidos en reyes de Italia, llegaron al menos á poseer vastas y ricas provincias en el territorio del desmembrado Imperio griego. Casi siglo y medio reinaron en la Morea y dominaron en una parte de las islas Jónicas, en Corfú y en Lepanto, en las costas del Epiro, en la Etolia y la Acarnania, y hasta en la Albania y en el ducado de Durazzo, *verdadera espina clavada en el corazón del poderío veneciano* (1). Este Ducado entró en 1332 en la línea menor anjevina, que era la de Gravina, por cambio que hizo el príncipe Juan de este apellido con la emperatriz titular Catalina de Valois y su hijo Roberto de Tarento, dándoles su principado de Acaya. Entonces tomó Juan Gravina los títulos de Duque de Durazzo y Señor de Albania. Á Juan sucedió su primogénito Carlos en 1335, y decapitado por orden del rey de Hungría en 1348, entró á heredarle su hija menor Juana, que conservó el Ducado veinte años. Durazzo, la antigua *Dyrrachium*, ciudad mercantil rica y de estratégica posición por su fortaleza y por su proximidad á Italia, de la que sólo la separa el Adriático hacia su parte más angosta, era una verdadera joya, muy codiciada de Carlos Thopia el Albanés, que desde el año 1358 había echado á rodar en Acheloos el *Despotado* griego de Epiro y á su señor Nicéforo II, titulándose rey de Albania: el cual, creyéndola poco defendida en manos de una débil mujer, la asaltó, aunque infructuosamente á causa de una terrible peste que acometió á su ejército, en 1362, pero luégo con éxito en 1368, logrando apoderarse de ella. Casada ahora la duquesa Juana con el infante D. Luís de Evreux, desde 1366, preparábase á reconquistar el pequeño pero valioso Estado un príncipe temido, que contaba además con el auxilio de su hermano el rey de Navarra, y hasta con el de Carlos V de Francia, de quien había recibido para una campaña contra los albaneses muy considerable suma de dinero. Desde el 1369 el

(1) Rubió y Lluch citando á Schlunberger, *Les principautés franques du Levant.*

nuevo duque de Durazzo estaba ya en Italia con su esposa Juana, y comienzan por aquella época las comunicaciones entre él y Carlos *el Malo*, enviando el infante al rey con cierta *mandadería* á micer Juan de Roma, lombardo, y algún tiempo después el rey al infante á su camarlengo Bertrán de Sarrobera (1). Permanecen ignoradas las determinaciones que de resultas de estas inteligencias con su hermano pudiera tomar el infante D. Luís; pero hay un indicio de que en 1374 había ya inaugurado seriamente sus operaciones contra el usurpador albanés, y es la cuenta de los recibidores, bailes y merinos de las diversas merindades, de 24,000 libras otorgadas al rey Carlos *el Malo*, en dicho año, así para la ida á Francia del conde de Montayn D. Pedro de Navarra, *como por pagar las messiones de ciertas gentes darmas que el Rey imbió en Albania en ayuda del seynnor hermano del Rey, don Loys de Navarra, duc de Duraz*. Desde este año hasta el de 1376 siguen los envíos de gente y de dinero á Grecia para reforzar las compañías en que libra el infante su triunfo. Pero oigamos el bien digerido resumen trazado por el joven historiador catalán, que á su laboriosidad y talento debe hoy el formar á la cabeza de cuantos escritores nacionales y extranjeros han tratado de estos hechos, no aún dilucidados en todo su proceso: «Partieron del suelo de Navarra lucidas huestes de aventureros y nobles caballeros para unirse á su ejército (el del Duque de Durazzo), y entre ellos el famoso Mahiot de Coquerel (según le llaman los documentos de su nación), el futuro conquistador y primer gobernador navarro de la Morea. Desde 1374 hasta muy entrada la primavera de 1376, no cesan los preparativos, ni el movimiento de las gentes de armas, ni los préstamos de dinero pedidos por el rey á los recibidores, bailes y merinos de las Montañas, de la Ribera, Olite, Sangüesa, Estella, Ultrapuestos, Tudela y Bervinzana, en una palabra, á las merindades de todo

(1) *Arch. de Compt.*, t. 132 y 148, años 1369 y 1373: doc. cit. por Rubió y Lluch.

el reino; y no sólo éstas acuden en una ocasión con su importante socorro de 24,000 libras, sino que hasta elevadas dignidades de la Iglesia, como el cardenal Pedro Andreo, camarlengo de la de Pamplona, el cual apronta 1,400 francos, toman parte en el general entusiasmo que despierta la empresa de D. Luís, considerada poco menos que como nacional. Formaron en la expedición que salió de Navarra, para la cual puso el rey, á sus expensas, 100 hombres de armas, muchos caballeros y gente palaciega, gascones y navarros, y entre ellos Bertrán de Sarrabera; Pes de Laxaga, caballero; mosén Rislart de Pollenai, caballero; Miguel Galdiano, escudero de frutería del rey; Garro, baile de Cambra; Robinet de Pinquegui; Ochoa Despusque, escudero; Roger de Castelbon, caballero, con dos escuderos; el Señor de Castelnou, con dos escuderos también; Tercellet de Hanecourt, camarlengo del rey; Juan de Han, trinchante, y Mahieu ó Mahiot de Pinquegui, estos tres con diez soldados cada uno; Guyot de Arci, maestre de hostal del rey, con cuatro hombres de armas; Mahiot de Coquerel con treinta soldados, y con cincuenta Johanco de Urtuvia. Todos estos señores se aprestaron (á juzgar por las cuentas de los gastos y *messiones* hechos por el monarca para su alistamiento) en el espacio de tiempo que media entre las dos fechas de 25 de Febrero de 1375 á 24 de Abril de 1376.—Como más fácil y corto, hicieron por mar su viaje, recorriendo en pontones y barcas el Ebro desde Tudela hasta Tortosa, donde se embarcaron á principios del verano de 1376, pocos meses antes de la muerte del duque de Durazzo, y les guiaron y acompañaron en su paso por el territorio de la monarquía catalano-aragonesa, Roger de Caspe, caballero del rey de Aragón, y Juan Pintano su pontonero. El número total de gentes de armas ascendía, según parece, á 400 hombres, y éste fué sin duda el último refuerzo que recibió el infante de Navarra y que constituyó con sus anteriores tropas, á las que se agregaron no pocos soldados italianos, el núcleo de la famosísima Compañía navarra. Despréndese claramente de estos cortos

datos, que enriquecerían por ventura investigaciones más largas y laboriosas, cuán grande parte tuvo el pequeño estado pirenáico en la formación de aquellas bandas invasoras de la Grecia, de aquella nueva cruzada política, parecida á la de los catalanes y aragoneses, si no en lo peregrino y romancesco de sus hazañas, ni en sus dilatadas campañas en Asia y en Europa, en lo permanente de su dominación cuando menos. El rey de Navarra miró con más interés que los aragoneses el establecimiento de su dinastía en las lejanas comarcas de Oriente, y sólo la muerte de su valeroso hermano pudo divertirle de tal propósito (1).»

Dejamos indicado que la expedición de los navarros á Levante se preparó acaso antes del casamiento del infante D. Luís con Juana de Sicilia en 1366; y en verdad, al reflexionar sobre el empeño que el rey D. Carlos II de Navarra ponía en la conquista de la Albania y en asegurar esta rica provincia para su dinastía; ante el hecho de una alianza tan extraña á primera vista como la de su hermano Luís con una princesa de Oriente, parécenos que debe naturalmente ocurrir la sospecha de que la expedición navarra á Grecia no fué sugerida por el deseo personal del infante de recobrar á fuer de brioso paladín, émulo de los héroes legendarios, y en lances peligrosos é inverosímiles como los de los libros de caballerías, los Estados que á su mujer arrebató el albanés Carlos Thopia; sino que por el contrario, el enlace del príncipe navarro fué buscado hábilmente como medio de promover la conquista de la Albania y trasladar á Oriente con probabilidades de éxito el campo de las perpetuas rivalidades con Aragón. Carlos II, al fin y al cabo, no podía por su sangre francesa permanecer impasible ante la humillación que sufría en Grecia la causa anjevina, y pudo muy bien, en alguno de aquellos ensueños ambiciosos que debieron pasar por su mente al verse aclamado rey por el pueblo de París, acariciar la esperanza de que le estuviese á él reservada la

(1) Rubió y Lluch, obr. cit., cap. I, p. 29 y sigs.

gloria de abatir en Oriente las barras aragonesas. El mismo auxilio que para este fin prestó al bravo infante el rey Carlos V de Francia antes de tratarse de su casamiento, es un claro indicio de que en la empresa del navarro se agitaba alguna idea más alta é importante que la de la reintegración del patrimonio de una duquesa de la Iliria (1).

Murió el infante D. Luís en 1376, y á partir de esta fecha nos encontramos con una gran laguna histórica que continúa por espacio de cuatro años, hasta el 1380, en que la Compañía navarra pasa al servicio del último emperador titular de Constantinopla, Jacobo ó Jaime de Baux. Entra entonces en una nueva fase esta Compañía, cambiando de caudillo ó de señor, y aun de destinos, y dirige sus armas y sus esfuerzos á más fecundos resultados y contra distintos enemigos. En ese año 1380, cuando la Compañía vuelve á presentarse en escena, vivía aún la duquesa de Durazzo, pero entiende el joven historiógrafo que tomamos por seguro guía, que acaso ya había dado ella de mano á sus antiguas pretensiones, contribuyendo á esto principalmente, además de la pérdida de sus posesiones en el Adriático, su nuevo enlace con Roberto de Artois, conde de Eu. Los hechos de la Compañía navarra antes del año 1380 son poco conocidos; y sin embargo debieron estos heróicos campeones proceder con grande actividad, á juzgar por la tierra que tenían subyugada al emplearlos Jaime de Baux como instrumento de sus ambiciosas miras, dado que muy al principio de este año los hallamos ya dueños de la mayor parte de los estados catalanes del Ática y de la Beocia.

---

(1) Un historiador alemán moderno que goza de no escaso crédito, el doctor Hertzberg, supone en su *Historia del Imperio bizantino y de la Monarquía turca*, part. 3.ª cap. 1.º que los navarros hicieron su primera aparición en los territorios de las monarquías francesas de la Grecia después del año 1380, en que Jacobo de Baux los llamó á su servicio, inducido del temor de que la excomunión lanzada por el papa Urbano VI contra Juana de Nápoles, cuyo cuarto marido Othon de Brunswick cedió la Morea á los Caballeros de San Juan, produjese para él algún mal resultado. Los datos sacados del Arch. de Comptos de Navarra que ha utilizado el Sr. Rubió, hacen manifiesto el error de que parte el doctor alemán.

Jaime de Baux es una figura demasiado importante en el teatro histórico de su tiempo para que pueda omitírse la noticia de su progenie y de sus hechos. Su familia, una de las más antiguas de la Provenza, era ya conocida en Grecia cuando Catalina de Valois, emperatriz titular de Bizancio, gobernaba la Morea, donde un Bertrand de Baux, Señor de Courthézon, desempeñó por dos veces el cargo de baile y mariscal de Acaya. Unida luégo esta casa con la reinante de Anjou-Tarento por el casamiento de Francisco de Baux, duque de Andría, con la princesa Margarita, hermana de los dos príncipes de Morea y emperadores titulares de Constantinopla, Roberto y Felipe II de Tarento, Jaime de Baux, hijo de Francisco, vino á reunir en su persona todos los derechos que sobre Bizancio y la Morea tenía la rama de Anjou, sucesora de los Villehardouin y los Courtenay, en cuanto los dos príncipes Roberto y Felipe, hermanos de su madre, murieron sin herederos. Y como si esta rica sucesión no bastara á su engrandecimiento, quiso la suerte que, muerto también sin descendencia de varones su cuñado D. Fadrique de Sicilia, marido de Antonieta hermana de Jaime, pudiese éste ostentar títulos casi iguales á los de D. Pedro IV de Aragón; de modo que el parentesco estrecho de la familia de Baux con los anjevinos primero, luégo con los príncipes aragoneses de Sicilia, y más tarde con la casa de Durazzo, por su matrimonio con Inés, hermana de la duquesa Juana, que le hacía concuñado de Luís de Evreux, nos explica satisfactoriamente porqué fué tan extenso el campo que se abrió al segundo jefe de la Compañía navarra y porqué ambicionó sobre la conquista de los estados de la casa de Anjou en las costas del Epiro é Imperio de Bizancio, la del Ducado de Atenas y de toda la Morea. «Alentado por las tradiciones de la inquieta familia cuyos eran los títulos que heredaba, y sobre todo por el socorro de los temidos soldados navarros, soñó Jaime de Baux realizar la marcha triunfal al través de la Romanía hasta la imperial Constantinopla, por los angevinos tantas veces anhelada y emprendida con preparativos

tan brillantes y poderosos cuanto en su éxito desgraciados (1).» —Pero se frustraron sus designios, porque se repitió en sus navarros el ejemplo constante de convertirse en dominadores los que sólo habían de ser meros auxiliares; «ellos fueron los verdaderos señores de sus conquistas, y el imperio de Jaime Baux no pasó de un vano ensueño, de un engañoso título, efímero y nominal.»—¿Con qué condiciones pasó á su servicio la Compañía navarra? ¿Quiénes fueron sus principales cabos ó capitanes? No se sabe. Supónese que Mahiot ó Mahieu de Coquerel (2), como caballero principal y camarlengo del rey de Navarra, no dejaría de merecer la confianza del príncipe, y que él sería el encargado de conducir las huestes á las conquistas primeras realizadas en el Epiro y en el Ática bajo las enseñas navarro-anjevinas.

Muchos obstáculos tenían que vencer para recobrar la rica herencia de su nuevo Señor, la cual se hallaba desmenuzada en poder de usurpadores ó de extranjeros enemigos. Tarento y Corfú obedecían á la reina Juana de Nápoles, cuyo único título era haber casado con Luís de Tarento, hermano de Roberto y de Felipe II; el Ducado de Atenas se hallaba dominado por los catalanes, partidarios de su rival D. Pedro IV de Aragón; la Acaya ó Morea había sido cedida á Othon de Brunswick por su esposa la reina Juana, y por éste á su vez al Gran Maestre de Rodas, Juan Fernández de Heredia, y hallábase entregada á la más espantosa anarquía. Mas la dificultad de la empresa no abatía el ánimo del Príncipe, ni menos el de sus soldados. Comienza la Compañía navarra sus conquistas arrebatando á

(1) Rubió y Lluch, p. 36.

(2) Maiotto de Cocarelli le llaman Schlunberger y Hertzberg, haciendo, no sabemos porqué, italiano su apellido, que era evidentemente francés, según se lee en el curioso documento del *Arch. de Comp.*, tom. 152, foj. 18, que es el único en que consta el alistamiento y los sueldos de los caballeros y gentes de armas enviados por Carlos *el Malo* en ayuda de su hermano el infante D. Luís de Navarra en 1376.

Othon de Brunswick su predilecta Tarento; sujeta luégo á los corfiotas, quienes, para verse libres de sus terribles vecinos los albaneses, se habían entregado á la reina de Nápoles, juntamente con los barones de Morea, aclamándola princesa de Acaya. En la histórica Corcyra (Corfú), los navarros, avezados á solemnizar el advenimiento de sus monarcas con la hermosa ceremonia de levantarlos sobre el escudo, alzan por su Señor y rey al pretenso emperador Jaime de Baux. El nuevo rey procura ganarse voluntades confirmando los antiguos privilegios y otorgándolos nuevos; pero ¡qué amarga decepción le espera! Sus navarros no se hicieron simpáticos á los volubles isleños: los mismos barones á quienes más había él agasajado con dádivas y privilegios, se separan de su causa; promuévese más tarde un levantamiento, y los navarros son expulsados á los dos años de haber consumado su conquista.

Mientras gobernaban en Corfú en nombre de su rey, la más florida porción de la Compañía se lanzaba sobre la Grecia central invadiendo los ducados catalanes. ¡Con cuánta presteza, valor, táctica y empuje no procederían, cuando á principios de aquel mismo año 1380 ya la hueste navarra había traspasado los límites de aquellos ducados y era dueña de sus plazas principales! Pero en ellos va á encontrarse frente á frente con otra Compañía ya famosa, la más afortunada y pujante de cuantas compañías aventureras vió la turbulenta Edad-media alzarse del desgarrado y sangriento seno de las nuevas nacionalidades europeas: compañía de catalanes y aragoneses, que había hecho temblar á Bizancio y á los turcos, y destruído el poder franco en Grecia. Ignórase qué punto eligieron para invadir con más presteza los países ducales, pero tiénese por seguro que fué el Ática el blanco de sus ataques, y causa verdadero asombro cómo en el brevísimo tiempo en que lo realizaron pudieron desde la costa occidental del Epiro caer directamente sobre Atenas. Ahora Jaime de Baux cifra sus derechos de conquista en ser heredero de los Courtenay y de los anjevinos y pariente próximo de

Federico II de Sicilia y de los Enghien (1), duque efectivo el primero y titulares los segundos de Atenas; y prométese con el esfuerzo de sus navarros alcanzar la reconquista de toda la Rumanía. Sus mercenarios españoles van ahora conducidos por hombres como Mahieu de Coquerel, Pedro de San Superano ó Saint-Exupery, caballero gascón Señor de Landirans, de la veta de los Captales de Buch, de los Calverly y de los Du Guesclin, y por un Bernardo Varvassa: así las plazas más fuertes del estado catalán van cayendo unas tras otras en poder de las impetuosas bandas navarras. Favorecía á los nuevos invasores la anarquía que se había apoderado de aquellos ducados, donde aún estaban recientes las huellas de las encarnizadas luchas entre Pedro de Puig y Roger de Lauria, de las devastaciones llevadas á cabo por los turcos, de las abominables escenas del gobierno de Mateo de Peralta y de la porfiada contienda civil que siguió á la muerte de Federico III de Sicilia y que todavía duraba. Favoreciéronles también el antagonismo de las dos ciudades rivales, Tebas y Atenas, que se disputaban la hegemonía gubernativa, y que miraban con antipatía el engrandecimiento del Vicario general de los ducados; la hostilidad de los naturales griegos, siempre mal hallados con toda preponderancia latina; la inmoralidad, que prestaba á las armas de Baux auxiliares en no pocos traidores griegos y catalanes; y por último la estudiada porfía de un marqués de Bodonitza, dueño del histórico y estratégico paso de las Termópilas, que, nuevo conde D. Julián, facilitó á los aventureros navarros el tránsito á la Phtiótida y demás tierras de D. Luís Fadrique de Aragón, y el aún más fácil á las fragosidades de la Beocia y á las abiertas llanuras del Ática.

Atenas, Tebas, Lebadia y las demás ciudades importantes de ambas provincias sufrieron los rigores de la invasión, pero

(1) Juan de Enghien, conde de Lecce, había casado con Blanca de Baux. Hopf, *Chroniques*, p. 474, apud Rubió y Lluch, obr. cit. cap. III, p. 88.

Atenas fué el objeto principal de las acometidas de los navarros y el alma de la resistencia de los catalanes, y ante sus muros se libró la batalla que por corto tiempo había de decidir de los destinos del Ática y de la Beocia. Allí combatieron como buenos y leales el veguer y capitán de la ciudad, Galcerán de Peralta y otros cuyos nombres conserva con veneración la imparcial historia, así como guarda también para escarnecerlos los de algunos rebeldes y traidores. Reñida fué la lucha y durante ella cayó prisionero en poder de los invasores el valiente Galcerán de Peralta, caudillo de las fuerzas reales, y otros adictos á la causa de Aragón. Sólo en la inexpugnable Acrópolis de la inmortal ciudad de Pericles, donde hacía sesenta y nueve años que tremolaban sin ser nunca rendidas ni humilladas las barras catalanas, no pudo alzarse ni por un instante la imperial enseña de Jaime de Baux: allí se hicieron fuertes los defensores de Atenas, y desde los muros rechazaron todas las acometidas enemigas, y con su heroísmo salvaron el ducado.—Pero ni Tebas ni su poderosa Cadmea se libraron de los horrores de la expugnación, y las demás ciudades y lugares del Ática y de la Beocia, con sus castillos, sufrieron el rigor de las vencedoras bandas, ó el bochorno de un vencimiento sin resistencia. No expresan los documentos allegados por el autor del precioso libro á cuya luz penetramos en el *Oriente navarro*, si fué larga ó corta la estancia en Tebas del glorioso pendón timbrado con las cadenas de don Sancho el Fuerte, pero hay motivos para creer que duró más que en ningún otro punto del ducado.

Pero no organizó población alguna resistencia más heróica que la de Lebadia: dirigióla el veguer Guillermo de Almenara, secundado por el barcelonés Jaime Ferrer de Salona. Aquél pagó con la vida su lealtad á la corona de Aragón; éste estuvo á punto de perderla en la reñida toma de su castillo, cuyas puertas quebrantó la traición. «Una vez desvanecida toda esperanza de salvación, los habitantes, que no cedieron á su jefe en heroísmo, prefirieron abandonar el lugar y sus casas, destruir

sus bienes y refugiarse junto á su vicario y señor propio, á vivir sin honra y sin libertad bajo el poder de sus enemigos.»

Debe suponerse que las conquistas de los navarros en la Grecia central no pasaron del Ática, de la Beocia y tal vez de la Phtiótida, porque no se refieren á otras comarcas los documentos. La montuosa Fócida, erizada de castillos y defendida por los angostos pasos del Parnaso y por el enérgico gobierno de D. Luís Fadrique, y el ducado de Neopatria con su bien fortificada capital y el auxilio del vecino conde de Demetríades y sus albaneses tesalios, les opusieron tenaz resistencia, ante la cual cedió su poderoso empuje. Pero respecto de las plazas y lugares rendidos, es curioso observar que si en dos ó tres meses se apoderaron de ellos, en menos espacio de tiempo probablemente los evacuaron para pasar al otro lado del istmo de Corinto. Si conservaron ó no desde Morea algunas de sus conquistas, no se puede afirmar con seguridad, y es punto tan oscuro como este el señalar la forma y la data cierta de su paso al Peloponeso. Sólo se tiene por averiguado que en Mayo del mismo año 1380 en que se pusieron al servicio de Jaime Baux, habían ya perdido la capital del Ática (1).—No podían ser más funestas de lo que fueron para los ducados catalanes, á pesar de las providencias tomadas por el rey de Aragón para precaver en lo venidero golpes de mano como los que acababa de recibir su corona en Grecia, las consecuencias de la invasión navarra. Gracias á ella, alzó con mayor fuerza su cabeza la rebelión, que

(1) Del pasado escarmiento resultó un beneficio para los catalanes y aragoneses de la Grecia central, y fué que convencidos de lo perniciosas que para ellos habían sido las discordias intestinas y las enemistades entre las dos regiones del ducado, la oriental y la occidental, celebraron dos solemnes asambleas de reconciliación, una en Atenas y otra en Salona, de cuyas conferencias nacieron los famosos capítulos de concordia que presentados á D. Pedro IV de Aragón por los procuradores Gueran de Rodonella y Juan Boyl, obispo de Megara, confirmó aquel monarca en Lérida en 1.º de Setiembre del mismo año 1380. Puede verlos el lector entre los interesantísimos documentos reunidos por el Sr. Rubió y Lluch al fin de su libro: llevan el número XXXII de la Parte Segunda, en que figuran los del archivo de la Corona de Aragón, hasta ahora inéditos.

tardó en ser extinguida, y sufrieron aquellos ducados menoscabo harto sensible en su población. Cuál no sería éste cuando el Ceremonioso, en 31 de Diciembre de 1382, tuvo que otorgar, á ruegos de los vasallos de aquellos dominios, exención completa por dos años á todos los griegos y albaneses que fueran á habitarlos?

Cuando la compañía navarra pasando el istmo invadió el Peloponeso, apenas se conservaban allí algunas de las antiguas baronías francas erigidas después de la conquista. Conservábanse, además del principado de Acaya, objeto principal de la invasión, la de Argos y Nauplia que reconocía por señor á Pedro Cornaro; la de Corinto, que gobernaba Nerio I Acciajuoli; la de Veligosti, Damala y Chalandritza, de la cual era señor Centurione I Zaccaria; y la de Arcadia y San Salvador, donde conservaba Erardo III el título de Barón. Juntamente con estos Estados, en todos los cuales los florentinos, genoveses y venecianos se habían sustituído á los degenerados descendientes de la nobleza franca conquistadora, existían una baronía de Patrás, poseída por los turbulentos arzobispos primados de la Morea, también italianos, y un *Despotado* de Misithra, situado en el corazón mismo de la península, rodeado de enemigos y defendido por las elevadas cumbres del Taigeto y por el valor indomable de sus habitantes, nunca sometidos á la dominación franca. Pero descollaba sobre todos el poderío de Venecia, la cual, aunque despojada por los conquistadores francos del Peloponeso, que había antiguamente poseído, seguía dominándolos de hecho con su influencia incontrastable, firme y perseverante; á tal punto que ni el arzobispo de Patrás, ni el déspota griego de Misithra pudieron eximirse de aquella moral hegemonía.—Mas el principado de Acaya, cedido por la reina Juana de Nápoles á la religión Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, se hallaba en poder de esta prepotente orden, cuyo Gran Maestre D. Juan Fernández de Heredia era uno de los principales caballeros de aquel tiempo; y este principado era cabalmente lo que más ambicionaba adquirir la Compañía navarra.

Tomó desde luégo á Vostitza y se posesionó del país Mahieu de Coquerel, como baile del emperador y príncipe Jaime de Baux: púsose el caudillo gascón de acuerdo con los caballeros de la orden, ofreciéndose á servirles con 50 hombres durante ocho meses; siguieron su ejemplo otros jefes ó capitanes, entre ellos Johanco de Urtuvia, Angel de Parisio, Pedro de Navarra, Roger de Bojano y Antonio de Nolle, poniendo á disposición de los caballeros hospitalarios sus gentes, arqueros la mayor parte; pero el mayor número de los aventureros, bajo el mando de los capitanes Pedro de San Superán y Bernardo Varvassa, rehusaron servir al Gran Maestre protestando que su único señor era el Emperador Jaime; por lo cual los hospitalarios tuvieron que desocupar el país (en Agosto de 1381) después de pagar á Coquerel la soldada estipulada, dejando apoderados de él á los navarros.—Desde Vostitza, pues, se dirigen por mar á Zonclón, y apodéranse de este puerto, que perpetúa quizá el recuerdo de la dominación navarra en su nombre actual de *Navarino* (1), y dueños de esta plaza fuerte, la más codiciada de las vecinas colonias venecianas de Corón y Modón, se encaminan á Andrusa, en la Mesenia, capital á la sazón del principado, y después subyugan la castellanía de Calamata, lindante con el despotado griego de Misithra y con las colonias venecianas mencionadas. Esta proximidad da origen á cuestiones sobre límites y á graves discordias, que apacigua la intervención del obispo de Corón, naciendo de aquí un formal tratado, suscrito por Paolo Marcello y Micaele Steno de una parte, y de la otra Mahieu de Coquerel, *baile de Acaya y de Lepanto*, San Superán, Juan de Ham Subsión, Lorenzo de Salafranca y Juan de Espo-

---

(1) Dícelo Carlos Hopf, y lo repiten los eminentes historiógrafos Sathas y Schlumberger; pero á fuer de imparcial investigador de la verdad, nuestro don Antonio Rubió y Lluch recuerda que la crónica griega de Morea, escrita muy anteriormente á la invasión navarra, designaba ya á Pylos, en cuyas cercanías levantaron nuestros vascones franco-navarros el *Castellum Navarrinum* ó *Chastel des navarrais*, con el nombre de *Avarinos*.

leto (acaso Ezpeleta), por el cual se asegura larga y pacífica correspondencia entre la República y los nuevos conquistadores: de modo que cuando Coquerel y San Superán manifiestan sus deseos de hacer una peregrinación á Palestina, el Senado ordena que en todas partes se les trate como amigos de Venecia.— Dos años duró entonces el dominio de los navarros en la Morea.

Muere en Tarento Jaime de Baux, su Señor de mero nombre (Julio de 1383): entregan el gobierno de los dominios reales al baile Mahieu de Coquerel que desde su salida de Navarra los había siempre acompañado, y repártense los feudos del Principado, cuyos anteriores dueños ó se habían refugiado en Nápoles, ó habían ya muerto: y también hicieron presa en los bienes de los Acciajuoli en Scorta y Calamata. Así se implanta en la Acaya una nueva y tercera estirpe de señores feudales occidentales, herederos de los nobles caballeros francos, de los príncipes y áulicos napolitanos, y de los banqueros florentinos: y allí se perpetúan durante medio siglo junto á los griegos de Misithra, los genoveses de los Zaccaria, los venecianos de Modón y Corón y los Señores de Patrás, Nauplia, Argos y Corinto. Su gobierno semi-independiente, feudal y militar, no llegó á recibir organización ni tuvo carácter nacional, ni historia propia; fué puramente personal, extranjero por su índole, vario y poco estable. Pero no anticipemos síntesis, y terminemos la reseña sumaria de sus hechos en Grecia.

Con la consolidación del dominio de estos hazañosos aventureros en 1383, comienza un largo período de anarquía, que termina en cierto modo cuando un nuevo jefe de aquellas bandas, Pedro de San Superán, cambia (en 1396) el título de Vicario por el de Príncipe hereditario de Acaya, bajo la soberanía de Nápoles, dando así el golpe definitivo á las pretensiones de todas las casas reinantes que se disputaron la Morea.—Muerto Luís de Anjou en 1384, su viuda María de Bretaña, en nombre de su hijo menor Luís II, coronado rey de Nápoles en Aviñón é

investido por la Santa Sede, entabla negociaciones con el Gran Maestre Fernández de Heredia para recobrar la Morea: Mahieu de Coquerel pone condiciones para la entrega del Principado: nada se concluye: muere Coquerel en 1386: la Compañía elige unánimemente para sucederle á Pedro de San Superán, á quien nombra Vicario general; y convencido éste de la necesidad de mantenerse en buenas y amistosas relaciones con los castellanos de Venecia, manda un embajador al Senado de la República asegurando á ésta su fidelísima adhesión: legacía que fué el preliminar de un tratado entre la Compañía y el Estado veneciano, en que estipularon condiciones de mutua seguridad y alianza defensiva y ofensiva contra cualesquiera enemigos de una y otra parte contratante.—La Compañía por otro lado, tan odiosa á los catalanes y aragoneses cuando les invadió el Ática, servíales ahora de amistoso auxilio, y había cambiado completamente respecto de ella el ánimo del rey D. Pedro IV de Aragón, por lo cual mediaron papeles de afectuosa correspondencia entre este monarca y los dos jefes Coquerel y San Superán. En una carta de D. Pedro, de Julio de 1385, dirigida á ambos, les da gracias con el mayor encarecimiento por los auxilios que los navarros han prestado á sus súbditos con motivo de cierta acometida de turcos y griegos contra su ducado de Atenas, y en otra, enderezada á San Superán (*el amat et devot nostre lo bort de Sant Sabria*) en Agosto de 1386, elogia con frases propias del más cordial reconocimiento las buenas obras que hacen cada día los navarros y continúan haciendo á las tierras del ducado y á sus habitantes. Dice al Capitán y al Baile cuánto les agradece tales servicios, y que en justa correspondencia, manda á su nuevo Vicario y lugarteniente que cuando llegue á Atenas, *sea una misma cosa con ellos* y les dé todo favor y ayuda por mar y por tierra, y los tenga á ellos y á su Compañía por naturales de la tierra de Aragón, como debe ser por el deudo de sangre y de amistad grande que le une con el rey de Navarra. Frases tan expresivas y de tan exagerada dulzura en un rey tan taimado

como D. Pedro IV, no deben causar extrañeza considerando la época en que fueron escritas: hallábase en sus postrimerías el rey de Navarra Carlos *el Malo*, y en plena paz con *el Ceremonioso* desde la alianza que habían pactado contra el rey de Castilla D. Enrique. Como quiera, era evidente que el odio del aragonés á los expedicionarios navarros se había trocado en simpatía desde que había visto, no solamente que todos, catalanes y navarros, cabían en Grecia sin perjudicarse unos á otros, sino que hasta les convenía á sus súbditos la protección de sus vecinos de España (1). Estos realmente habían cambiado de conducta con sus predecesores en la ocupación del Ática, la Beocia y el Peloponeso, y parecían también por su parte convencidos de que mientras hubiese tierras de griegos y turcos que conquistar, no había necesidad de inquietar á los otros conquistadores españoles. Todo esto contribuye á que veamos en lo sucesivo, al menos hasta el reinado de D. Juan I de Aragón, proceder acordes en sus aventuras á los que en un principio fueron encarnizados rivales.

Los pretendientes al principado de Morea eran á la sazón el Gran Maestre de los Hospitalarios, á quien María de Anjou había vendido la Acaya con no ser más que princesa titular en ella en nombre de su hijo Luís; este mismo Luís, entonces duque de Borbon-Clermont, heredero designado por la emperatriz María; y el príncipe Amadeo de Saboya, heredero de los dere-

(1) Podrá el lector formarse una cabal idea del cambio radical verificado en el ánimo de D. Pedro de Aragón, con sólo cotejar las frases que hemos reproducido de sus cartas á Mahieu de Coquerel y á Pedro de San Superano, escritas en 1385 y 1386 (documentos XL y XLI del Archivo de la corona de Aragón en Barcelona, en la obra de Rubió y Lluch), con las acerbas, aunque muy justas á la sazón, que, hablando con el Vizconde de Rocaberti, ó con los defensores de Tebas, Dimitre y Mitro; ya con el conde Demetríades y sus albaneses ó con el baile de Negroponte; ora con los defensores de Lebadia ó con el defensor de la Acrópolis de Atenas, Galcerán de Peralta; formulaba contra los navarros, deplorando la suerte de sus fieles súbditos de Atenas, Tebas y la Lebadia, que habían padecido daños en sus personas y bienes: cartas números I, V, VI, VIII, X, XLIV, XLV, XLIX y L que ilustran el referido libro.

chos de su abuelo Felipe que había reinado en la Acaya. Contra la venta hecha al ambicioso Gran Maestre Heredia protestaban los otros dos pretendientes: el Duque de Borbón estérilmente; Amadeo de Saboya Piamonte con alguna probabilidad de éxito al principio, porque logró que el papa Clemente VII declarase nula la enagenación que la princesa titular había hecho; pero el mismo Papa le quitó luégo las esperanzas tomando bajo su protección la Península para preparar mejor su defensa contra los turcos que la invadían (1387), y nombrando Administrador y Vicario pontificio al arzobispo de Patrás, á quien con tal motivo prestaron homenaje San Superán y sus navarros. El Papa reconocido á la docilidad de éstos, les concedió cuantas conquistas llevasen á cabo contra los infieles y cismáticos, sin más carga que la de un tributo anual. Todavía el Gran Maestre hizo alguna tentativa, y ahora no ya por medio de negociaciones, sino en són de guerra, organizando en 1389 una expedición armada; mas su atrevido propósito no llegó á ejecución. Pero faltábales á los navarros someter á los nuevos duques italianos de Atenas y al príncipe griego de Laconia ó Misithra.—Nerio I Acciajuoli, antiguo Señor de Corinto, que ya presumía de haber realizado sus añejas aspiraciones al ducado, acaba apenas de afirmarse como nuevo Señor del Ática, cuando Pedro de San Superán le impone una crecida indemnización. Navarros y venecianos unidos le abruman con tales exigencias, que él, desesperado, se echa en brazos del poderoso Teodoro I Paleólogo, príncipe de Laconia, de quien reclama alianza ofreciéndole la mano de su hija y la antigua Castellanía de Corinto, que era lo mismo que entregar el istmo á los griegos. Sin las nuevas correrías de los temidos turcos, quizá San Superán se hubiera apoderado de los estados del Señor florentino.—Ocurre entretanto la muerte del Señor de Argos y de Nauplia, Pietro Cornaro, sin sucesor directo: despierta este suceso la ambición del déspota griego de Misithra, y al par la de los codiciosos venecianos, que determinan añadir la Argólida á sus posesiones de la Grecia continental, y

entonces se enciende con más intensidad la guerra, entre navarros y venecianos por una parte, y los dos señores de Ática y Laconia por otra: Asan Zaccaria, lugarteniente de San Superán, logra por astucia y engaño apoderarse de la persona de Nerio, y este golpe quebranta de tal suerte el poder de Teodoro, enseñoreado ya de Argos, que le obliga á implorar la clemencia de los venecianos, ofreciendo en nombre de todos los parientes de su suegro, á cambio de la libertad de éste, la evacuación de la ciudad conquistada, una crecida indemnización pecuniaria, y como garantía de sus promesas, á Megara, Tebas y Atenas. Por su lado Nerio negociaba su liberación directamente con la República, por medio de su hermano Donato Acciajuoli, el cual ofrecía entregar á Atenas, Tebas y la Castellanía de Corinto, y la restitución de Argos. Negábase Venecia á aceptar estas distintas proposiciones, mas viendo que Teodoro se disponía á caer con todas sus fuerzas sobre los navarros, sus auxiliares; que el golfo de Corinto se llenaba de corsarios que mandaba Génova—cuya mediación había solicitado Nerio secreta y arteramente mientras su yerno imploraba la clemencia de Venecia—y que se exponía á perder el fruto de su sagaz política en Grecia, transigió en sus diferencias y procuró un acuerdo entre Nerio y Asan Zaccaria (Mayo de 1390), del cual resultó un convenio, en cuya virtud, á vueltas de algunas dificultades de ejecución, vencidas por el común peligro de una nueva irrupción de turcos, que bloquearon á Nauplia, los navarros recibieron una gran suma como rescate é indemnización por el ducado de Atenas, y los venecianos la ciudad de Argos, causa del conflicto.

Hemos dicho que uno de los pretendientes al principado de Morea era Amadeo de Saboya, cuyas esperanzas había frustrado el papa Clemente VII. Renacían ahora estas, y vémosle en Diciembre de aquel mismo año 1390 tratando con la Compañía de la entrega del principado. No sólo los navarros, también Teodoro y Nerio parece que aceptan de buen grado la soberanía de Amadeo; aunque aquél saqueando el principado, y éste acep-

tando de Ladislao de Nápoles el bailiazgo de Acaya y de Lepanto, claramente demuestran su mala fe bizantina. Los navarros, más leales, entran con recto fin en los tratos con el de Saboya, del cual son recibidos muy halagüeñamente. Celébrase la entrevista en 5 de Junio de 1391, y hace San Superán las siguientes declaraciones: que él ha recibido la bandera del principado de manos del Emperador Jaime de Baux y prometido que no la entregaría sino á aquel que se presentase como legítimo heredero; que con esfuerzo y grandes gastos había defendido al país durante largos años contra numerosos enemigos, y que era justo que también él y los suyos recibieran recompensa: por todo lo cual, él y la Compañía debían conservar como feudos todas las posesiones que en la Acaya disfrutaban y que habían ganado, y disponer de ellos libremente, aun enajenándolos, salvo el derecho de tanteo reservado al príncipe. Aceptadas estas bases, declaránse restablecidos en su fuerza y vigor todos los decretos de Mahieu de Coquerel y de Pedro de San Superán que habían caído en desuso; proclámase una general amnistía, de la que sólo queda excluído Manuel Alamanno Negri, que había asesinado al capitán Bernardo Varvassa; paga Amadeo á la Compañía navarra 25,000 ducados, le envía 150 caballeros y 400 infantes, y se obliga á presentarse luégo en persona á regir los destinos de la península. No pudo Amadeo cumplir esta promesa porque los venecianos se lo impidieron, temerosos de ver en el lugar que ocupaban los fieles navarros á un príncipe de fe dudosa: y nada perdieron con su ausencia, dado que luégo apareció que seis meses después de haber firmado aquel convenio, celebró otro secreto con Nerio (en Diciembre de 1391) dirigido precisamente á expulsar á la Compañía de las comarcas griegas que ocupaba, obligándose el florentino Acciajuoli á asistirle con dinero y con todas sus fuerzas. Para desbaratar intrigas no los había más maestros que los intrigantes venecianos. —Los acontecimientos que sobrevinieron en Italia y la muerte del conde de Saboya, con cuyo concurso contaba Amadeo en su

proyectada expedición á Morea, hicieron que éste desistiese de lo que tanto tiempo y por tan costosos medios había anhelado, y quedó el Peloponeso dividido entre los navarros, Teodoro I, Nerio Acciajuoli y Venecia, enseñoreándose en él la anarquía y la maldad. En manos de San Superán se hallaba la mayor y mejor parte de las posesiones feudales, Clarenza, Belveder ó Beauvoir, St. Omer, Andrusa y Calamata. De los feudos baroniales también se había reservado el Vicario los mejores: Vostitza, la Beguche, Neocastron, Vlaktos, San Elías, San Arcángelos, la Gravena, la Turtada y Molines. Tenían los restantes dominios los principales capitanes de la Compañía, vascones y franceses en su mayoría, siendo de notar que no se encuentra uno solo de los antiguos barones francos y napolitanos entre los oscuros aventureros de la hueste vagabunda que llevó el infante Luís de Navarra á Oriente (1).

En esta situación, viene sobre Grecia la pujante oleada turca que abandona el Imperio de los Osmanes para asolar el Ática: es ésta invadida por el famoso Evrenos-Beg, que la saquea y pasa á cuchillo á sus habitantes, obligando á Nerio I á que se le someta como tributario, sin que le valgan Venecia, ni el Sumo Pontífice, ni el rey de Nápoles, Ladislao, cuyo auxilio solicita. Los navarros no vieron con indiferencia el desprestigio que les amenazaba, y á principios del año 1394 comenzaron á promover inteligencias con Bayaceto contra Nerio y Teodoro, los cuales, convencidos bien pronto de su inferioridad enfrente de los nava-

(1) Publica Rubió y Lluch la siguiente relación detallada de los feudos de la Morea, y de sus nuevos poseedores. Rhiolo ú Oreola (120 fuegos), del hermano de Assan Zaccaria; Neocastron y Vlaktos, de Nyco de Tarento y Juan de Villart respectivamente; Chastel dels Portes (100 fuegos), de Juan de Chipre; Gastonni (50 fuegos), de Hugo de Alex; Gosseniza (50 fuegos), de Perrot de Unay; Christiana (80 fuegos), de Juan de Ayan; Mandritza, de Juan de Agoult; la Combe (100 fuegos), de Lemoyne de Pollay; Stala (40 fuegos), de Bertronat Mota; Bicocca (40 fuegos), de Nicolás le Font; La Tour (25 fuegos), de Nicolás Moche; La Glace (25 fuegos), de Pedro Gros; Fanarion (150 fuegos), de Guillermo Le Forest; Clairmont, de Bartho Bonvin; Port Junch ó Zonclon, de Le Moyne de Pollay y Juan de Ayne; y por último Beau-Regard, del citado Pollay.

rros y venecianos si llegaban á coaligarse con los turcos, entraron en tratos con ellos; pero ya sabemos qué firmeza tenían semejantes tratos en aquellos tiempos. La espada de Bayaceto era la única que podía acabar con las perpetuas discordias entre francos y griegos, y reconociéndolo así San Superán, no vaciló en celebrar alianza con él, y presenció entonces el mundo culto el triste espectáculo, no repetido desde los días de Guillermo I de Villehardouin, de que gente latina hollase las ruinas de Esparta y los fuertes muros de la Lacedemonia bizantina, y esta vez acompañada de los enemigos de su fe. Apoderáronse en efecto musulmanes y navarros unidos de Akova y de Misithra; pero la suerte castigó la defección del caudillo navarro, porque abandonado á sus propias fuerzas por Evrenos-Beg, á quien las instrucciones recibidas llamaban á otra parte, no pudo resistir por sí solo el terrible empuje de los mercenarios albaneses del déspota griego, y cayó prisionero de Teodoro, siguiendo su mismo destino la mayor parte de sus caballeros y de los moreotas rebeldes que se le habían unido. No recobraron la libertad hasta seis meses después, y esto sólo por la mediación de Venecia, siempre preponderante por su política, y por la de los turcos, ominosos por sus fuerzas; y entonces, calculando que en la actual decadencia del ascendiente navarro en la Morea—que no se ocultaba á su buen juicio—le era más conveniente que defender causas perdidas de pretendientes al señorío nominal de los dominios griegos, el arrimarse al rey Ladislao de Nápoles, hizo á éste su pleito homenaje, y recibió de él en recompensa cuanto podía apetecer en el olvido en que el rey de Navarra los había dejado á él y á sus gentes. Ladislao le hizo Duque independiente de Atenas, y le permitió cambiar su título de Vicario por el de Príncipe hereditario de Acaya, bajo la soberanía feudal de la corona de Nápoles; los venecianos, verdaderos árbitros de los destinos del país, le reconocieron como Príncipe de Acaya, y el aventurero caudillo sustituyó á los príncipes moreotas de las estirpes gloriosas de los Villehardouin y de los Anjevinos.

Pero ya en el norte de Grecia se fraguaba la terrible tormenta que iba á amargarle el placer de su rápido encumbramiento, marcando con el estigma de una dependencia humillante su glorioso título. Ocurre (Setiembre de 1396) la sangrienta batalla de Nicópolis, en que el lucido ejército de cruzados reunido por el valeroso rey Segismundo de Hungría sufre espantosa derrota bajo el hierro del turco, dejando en el campo toda la flor de la caballería franca, alemana y húngara, y este tremendo golpe que casi aniquila la Grecia septentrional, conmueve el Peloponeso; y mientras Bayaceto vencedor se lanza sobre Bizancio, y luégo sobre el Asia para atajar los rápidos triunfos de los mongoles, el temido Evrenos-Beg, azote de la Grecia, recibe la misión de avanzar contra la Morea y contra el orgulloso déspota Teodoro, que recurre en vano á Venecia en demanda de auxilio, y que en vano también confía en la defensa del muro de seis millas ó *Hexamilion* del istmo, con que se creía la Morea aislada de la Grecia septentrional. Como destructor torrente, franquea aquel tradicional obstáculo Evrenos-Beg con un poderoso ejército de 50,000 combatientes, que dividido luégo en dos, sujeta por un lado á San Superán y por el otro acomete á Teodoro y á la bien defendida Argos. La invasión bárbara fué tremenda: saqueadas las ciudades, incendiadas y arrasadas las aldeas, 14,000 hombres arrastrados al cautiverio, algunos pocos refugiados en las asperezas de la Laconia, en Ática y en Corinto: tal fué el cuadro de aquella fiera devastación. Sucumbió Argos, el déspota cayó vencido en Leondari, y San Superán escapó reconociéndose tributario de la Puerta. Venecia fortificó sus colonias, Teodoro se echó en brazos de los Hospitalarios: Filiberto de Naillac, sucesor de Heredia y no menos ambicioso que él, aceptó sus ofrecimientos, y San Superán, temiendo la influencia de la Orden religiosa sobre el Papa, volvió al deshonroso recurso de confederarse con los turcos, á quienes, poniéndoles el cebo de las riquezas de Corón y Modón, desvió hacia el sur de la península para sustraerse á un humillante vasallaje.—Ofendida Venecia de esta pér-

fida estratagema, pidióle con amenazas explicaciones de su conducta: San Superán, con ademán sumiso, se sinceró lo mejor que pudo, y tan liberal en protestas como los griegos, impetró de nuevo la amistad de la República, prometiéndole pagar una indemnización, y declarando que su propósito era vivir con ella siempre en paz y poner bajo su amparo á sus hijos menores para el día no lejano en que él cerrase los ojos.

El déspota Teodoro y los barones latinos movieron contra el Príncipe de Acaya una nueva guerra, en que se anunció la próxima ruina del poder de los navarros por obra de los genoveses: porque habiendo muerto Assan Zaccaria, cuñado del Príncipe, sus hijos Centurione II y Erardo, que veían con malos ojos que el Principado y los feudos de los antiguos barones conquistadores se hallasen en manos de aventureros y de advenedizos, como lo era para ellos San Superán, comenzaron desde luégo á hostilizar desembozadamente al que, á despecho del deudo de sangre, acusaban de usurpador de dignidades y títulos sólo reservados á caballeros de noble alcurnia ó príncipes de regia estirpe. Esta declarada pugna con el Príncipe no produjo colisión, porque murió (Noviembre de 1402) el famoso Pedro de San Superán, que de simple capitán de hombres de armas sueltos é indisciplinados, supo á fuerza de valor, ductilidad y maña, elevarse á la alta dignidad de Príncipe de Acaya, tan enojosa á sus sobrinos. Desde esta fecha, los navarros van desapareciendo de la historia del Peloponeso, y sólo se les menciona alguna que otra vez sirviendo—¡juegos de la fortuna!—á ese mismo Centurione II, sobrino de su muerto caudillo y último príncipe franco de Morea, cuyas vicisitudes es probable siguieran durante su largo pero infelicísimo reinado.



CAPÍTULO XXIII

Un día bien aprovechado: Monreal y su castillo y la Iga de Monreal.—Idocin: su arruinado palacio, su iglesia y la casa de Mina.—Lumbier y Liédena; las foces del Irati y del Salazar.—Rocaforte: recuerdos de San Francisco de Asís.—Sangüesa y sus monumentos: Santa María, Santiago y San Salvador: el antiguo Palacio Real; casas de Guendulain, de Vallesantoro y de Granada; el posadero Cipriano Labay.—Excursión á Javier y su Castillo: tradiciones referentes al Apóstol de las Indias.

EL recuerdo de los hazañosos hechos de los navarros en Grecia, no va acompañado en aquella región de memoria alguna de carácter artístico: nada sabemos de lo que pudieron hacer en las poblaciones que dominaron, en punto á construcciones de carácter religioso ó civil; y parece lo más probable que en su vida de aventureros, que no les consentía larga permanen-

cia en ninguna de ellas, así sus príncipes Jaime de Baux, Mahieu de Coquerel y Pedro de San Superano, como sus demás capitanes, se sirviesen de los palacios y templos de los nobles y barones vencidos. En cambio, eran tantos y tales los monumentos arquitectónicos erigidos en su suelo patrio en el siglo en que llevaban á cabo tan grandes proezas, y en los anteriores, que no parece sino que hastiados de tanta riqueza románica y gótica, se habían propuesto no hacer nada que la recordase donde el genio helénico había producido las maravillas del Partenón, del Erecteo y del Pœcilo. Así como consta que los aragoneses y catalanes que habitaban en el siglo XIV el Ática no permanecían indiferentes á las bellezas del arte de Ictino realzadas por las esculturas de Fidias, debemos también suponer que desde los días del infante D. Luís hasta después de la muerte de San Superano no faltarían entre los navarros admiradores ingenuos de aquellos inimitables modelos. Cabalmente en las bandas que regía el ilustrado Príncipe, tan amante de las artes por tradiciones de familia y por vocación personal (1), militaba la flor de la aristocracia navarra—que en esto principalmente se diferenciaba la Compañía que aquel llevó á Oriente, de la Compañía catalana de Roger de Lauria y de los famosos almogávares;—de modo que si hubo entre los catalanes hombres como Gerau de Rodonella y Juan Boyl (comisionados del Ática para pedir á D. Pedro IV de Aragón que proveyese á la defensa de la Acrópolis), capaces de inspirar á su rey frases entusiastas sobre la belleza del famoso templo de Minerva-Atenea, también regularmente los hubiera habido entre los navarros si éstos hubiesen dominado en Atenas como sus predecesores. Merece verdaderamente que sea citado con elogio aquel tributo de admiración que la Edad-media, calumniada de bárbara, rindió por órgano

(1) Existen en el *Arch. de la Cám. de Compt.* documentos relativos á obras de arte mandadas hacer por el infante D. Luís, que prueban su buen gusto y su magnificencia.

de un gran monarca aragonés á una de las más augustas creaciones del genio antiguo. Designóla aquel rey como *la más preciada joya del mundo, y tal que en vano todos los príncipes cristianos juntos pudieran aspirar á hacer otra semejante* (1).

Quizá, después que San Superano logró la investidura del Ducado de Atenas, tuvieron ocasión también de saborear las bellezas del Partenón y de sus Propileos algunos de los caballeros navarros que habían contribuído á levantar, ó meramente contemplado con artístico deleite, los monumentos que nosotros vamos viendo en el variado panorama arquitectónico de su tierra. Para continuar nuestra comenzada visita, dirijamos ahora el rumbo hacia el sudeste de Pamplona.

Tomando la carretera que de la capital y corte del antiguo reino guía á Sangüesa—cabeza de merindad muy importante,—antes de llegar á esta ciudad se nos ofrecerán interesantes objetos que detendrán nuestro paso. Si quieres, benigno y paciente lector, que repita yo en tu compañía el agradable viaje que hice en un delicioso día de Octubre dos años há con mi amigo Don Juan Iturralde, á quien ya ventajosamente conoces, me prometo no quedarás del todo descontento de tu *cicerone*. Supuesta tu bondadosa aquiescencia, subamos al coche que nos espera, y saliendo del murado recinto de Pamplona por la puerta de San Nicolás, emprendamos nuestra excursión. La carretera es llana y espaciosa, como todas las de esta provincia; el movimiento del carruaje, cómodo; el paisaje, variado y pintoresco: tan variado,

---

(1) *La pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots los Reys de cristians envides lo porien fer semblant.* Esto escribía *el Ceremonioso* á su tesorero Pedro de Vall en 11 de Setiembre de 1380, diciéndole cómo á petición de los mensajeros, síndicos y procuradores que los Ducados de Atenas y Neopatria le habían enviado, juntamente con el Obispo de Megara, pidiéndole una guardia de 10 ó 12 hombres de armas para proteger la Acrópolis, había tenido á bien concederla; y llama justamente la atención del Sr. Rubió y Lluch, que bajo el n.° XX de sus *Documentos, Parte 2.ª*, publica esta carta, que el rey no se limita en ella á dictar su soberana resolución, sino que la funda, haciendo manifiesto un amor al arte clásico griego de que quizá no se los creía capaces ni á él ni á los precitados mensajeros.

que en el espacio de unos treinta kilómetros registramos landas pantanosas y desnudas de vegetación como las de la Pomerania, valles risueños y verdes como las praderas holandesas, y colinas teñidas por cambiantes pardos y morados, con largas estrías de oro en la base: que este efecto producen las hileras de chopos de fronda amarilla, con toques de rubí y de esmeralda, que acompañan á las aguas corrientes y recuerdan las miniaturas de los devocionarios de los siglos XV y XVI.

Hemos llegado á IDOCÍN, dejando atrás á nuestra derecha la pequeña villa de Monreal, que se consuela de su moderna pobreza con la mutilada osamenta de un antiguo y empingorotado castillo, y con los de una linda iglesia románica, mostrando desde lejos al viajero las esculturas de la exornada archivolta de su portada. El que la contempla tan humilde hoy, involuntariamente recuerda que en el siglo XV fué alegre y fastuosa residencia del rey Carlos *el Noble*, el cual tenía allí un hermoso palacio con jardines, y molino sobre la regata del valle de Elorz que pasa por sus inmediaciones (1). Allá hemos dejado también la famosa *Iga de Monreal*, montaña gigante de forma piramidal en que comienza la sierra de Alaiz, y de una altura que compite con la del Izaga, rey de tres valles (2), encumbrado como el Pirineo y casi siempre envuelto en la cúspide en su turbante de nubes. —Idocín es pueblecillo al cual dan interés su misma pequeñez y los muchos recuerdos históricos en ella amontonados. La vista que ofrece desde la carretera, que le divide en dos, es en sumo grado pintoresca: á la izquierda el caserío, con la posada donde paramos: en lo bajo de ésta mucha gente, todos trajineros y arrieros, mucho carro, muchas bestias y mucho tráfago; en lo alto algunas piezas donde tienes dormitorio, y comedor, y mesa para jugar al mús ó á lo que se quiera, y donde no faltará una

(1) De todo ello hizo donación el expresado rey á mosén Juan de Echauz, señor de Vaiguer, en 1423.

(2) Los de Izagaondoa, Unciti é Ibargoiti.



SANGÜESA.—Ventana de una casa del conde Guindulain

En las secretas comunicaciones que del Emir recibe, ya se le anuncia que la enamorada doncella abrazará la fe cristiana: resolución con la cual, sin derramar una gota de sangre, granjeará él para la cristiandad no ya la España entera, sino cuanto abraza en África el Imperio Almohade para después de los días del poderoso Emir. Había considerado éste que reinando él con absoluto señorío en tantos y tan opulentos reinos del África y en casi todo lo habitable de ella desde las costas más occidentales del mar Atlántico hasta Trípoli de Berbería, con más de mil y cien leguas de longitud y casi doscientas de latitud, los estados que poseía en España, tierra separada por el mar Mediterráneo, se mantenían con suma dificultad y gasto, no solo por las frecuentes correrías é invasiones de los reyes cristianos, sino también por las sublevaciones continuas de los reyezuelos moros, los cuales á veces se confederaban con los enemigos de su fe en contra de la suprema autoridad de los Emires. Agregaba á ésta otras importantes razones que le persuadían la conveniencia de renunciar á este trozo de tierras ultramarinas que llamamos España y ceñir más su Imperio en África; y concluía declarando que de ninguna manera podía desprenderse de ellas más decorosamente que en beneficio y dote de su amada hija, poniéndolas en manos de un marido allí cercano y sin mar de por medio, que con su singular valor y el poder que le aumentaba, las sabría mantener para su hija y para sí. Tomada esta determinación, envió el Emir-Almumenin sus embajadores á D. Sancho.—Gran novedad causaron en Navarra así los trajes de los enviados de Yacub-ben-Yussuf, no vistos en sus pobla-

---

nombre da al Emir Almumenin Yacub-ben-Yussuf) *Imperatoris Africanorum, audita per communem famam probitate Sancii Regis Navarræ fratris Berengariæ Reginæ Angliæ, dilexit eum in tantum quod vehementer adoptavit eum sibi in maritum; et cum ipsa propositum suum diutius cælare non posset, indicavit patri suo Imperatori, quod ipsa se ipsam laqueo suspenderet, nisi Sancius Rex Navarræ eam sibi in uxorem duceret. Cui pater respondit, quo modo potest hoc fieri, cum tu sis pagana, et ille Christianus? Cui filia respondit: parata siquidem sum fidem christianorum suscipere, et secundum legem eorum vivere, dummodo predictum Regem Navarræ in maritum habeam.»* ANNAL. ANGLICAN. *Pars poster. sub Richardo I.*

ciones desde largos años, como la pompa y aparato que allí desplegaron representando á su señor, según es costumbre de los muslimes. Montaban hermosos caballos, cordobeses y berberiscos, ricamente emparementados, con cairelados jaeces; ellos cubiertos de lujosas armaduras de fina malla de acero y oro, sobre las armaduras vistosos albornoces, en la cabeza ya relucientes capellinas, ya turbantes de preciosas estofas, ceñidos los damasquinados alfanges, cubiertas las piernas con grandes botas encarnadas de cordobán perfumado, las manos con manoplas de malla y cuero, las barbas aleñadas. ¡Qué comentarios no se harían en la ciudad al saber que el rey se hallaba en su palacio tratando con aquellos mensajeros! Pero pronto se traslució el objeto de la embajada, y se supo en todas partes la oferta que á D. Sancho hacían: brindábanle, como dote de la infanta mora, con toda la España sarracénica, que comprendía ambas Andalucías, alta y baja, los reinos de Murcia y Valencia, gran parte de Portugal, no pequeña parte del reino de Toledo y de la llamada Extremadura por las dos riberas del Guadiana, y por último con la suma en dinero que él quisiera señalar, sin tasa alguna, dejándolo á su voluntad y cortesanía. Y empezaron en Pamplona, y luégo en toda Navarra, las conjeturas sobre las causas de tan singular ofrecimiento, y los recelos de los desconfiados, y siguieron los dictámenes de los áulicos, y por último las consultas, en las cuales, según fuero del reino, hubieron de tomar parte las cortes embrionarias de aquel tiempo, que no se discierne claramente cómo ejercían su intervención en los asuntos *granados* de Estado (1).

---

(1) Aún no se sabe con fijeza si continuaba en tiempo de D. Sancho el Fuerte interviniendo en los asuntos graves de la gobernación del reino el antiguo consejo político de los doce ricos hombres, ancianos ó sabios de la tierra, que exigía el fuero de Sobrarbe; ó si tomaba ya parte en las cosas de Estado alguna colectividad semejante á las cortes, en que estuvieran representados los diversos elementos de la entidad nacional. Cierto parece que en la coronación y aclamación de este rey asistieron los prelados, los ricos hombres, los caballeros, y los enviados de las ciudades y pueblos principales del reino; pero ningún otro dato existe acerca de

Un gran temor entretanto preocupa á D. Sancho: Alfonso de Castilla, receloso de las consecuencias que para su corona ha de producir la alianza del navarro con el imperio almohade y el engrandecimiento de su rival, había sembrado la cizaña á manos llenas para impedirlo, y uno de los ardides que había puesto por obra era acudir al Jefe de la Cristiandad (1) exponiendo que el rey de Navarra andaba en tratos y acomodamientos con los infieles; y el Pontífice había ordenado á su Legado en España, el cardenal de Sant-Angelo, que amonestase al aparente apóstata á desistir de aquella funesta alianza y á emplear sus armas en unión con las de los otros reyes cristianos en el triunfo de la fe.—Representa Navarra sincerando la conducta de su rey: da satisfacción cumplida al papa y á su Legado, descubriendo lo que maliciosamente había callado en sus quejas el rey de Castilla, y expone: que no era contra las leyes de la Iglesia el proyectado matrimonio de D. Sancho con la hija del emperador pagano bautizándose ella y haciéndose cristiana; que esa condición estaba prometida y asegurada, y sin ella no efectuaría D. Sancho su matrimonio; que con la misma condición había recibido D. Alfonso VI en su tálamo á la hija del rey moro de Sevilla; que por aquel casamiento solo había ganado la Iglesia doce pueblos, entregados á Zaida en dote y agregados á los dominios del príncipe cristiano, al paso que el presente traía en dote al rey de Navarra más reinos y coronas que el otro pueblos; que cuando otro fruto no produjese el matrimonio tratado, siempre se conseguiría enfrenar con él el imperio de los Almohades para que no dañase á la cristiandad y sirviese á ésta de auxiliar, si no con las armas, al menos con sus tributos: lo cual redundaba en manifiesta y muy crecida utilidad de la Iglesia.

---

la reunión de cortes durante su vida. V. á MORET, *Anal.*, y á YANGUAS, *Dic. de Antig.* Art. «Cortes».

(1) Lo era á la sazón el papa Celestino III.

Con estas satisfacciones al pontícipe coincidieron explicaciones á ciertos prelados que, como de reinos extraños, eran opuestos al proyectado matrimonio; y al propio tiempo se disponía la embajada con que correspondía D. Sancho á la recibida del Emir-Almumenín.—Éste, entretanto, para no tener ociosas sus armas en la península, hacía incursiones en las tierras de los cristianos: ya entraba por Extremadura y arrasaba á Trujillo y á Santa Cruz, quitando ésta á los Templarios, corriendo luégo como un metéoro destructor por el Tajo arriba á Talavera, y después á Santa Olalla y Escalona; ya caía sobre Toledo y abrasaba su huerta, y ponía sitio á Maqueda, causando pérdidas y fatigas á los caballeros de Calatrava.—Pero rebélasele en esto la ciudad de Marruecos, siendo el alma del levantamiento su mismo gobernador; pídele treguas al propio tiempo el rey de Castilla; otórgalas el pagano, á quien urge sofocar el incendio que se declara en el corazón de su Imperio, y parte apresuradamente á África. Pónese sobre la ciudad rebelde, arrimando á un mismo tiempo á sus muros cuatro mil escalas: combátela reciamente y sin cesar tres días y tres noches; la obliga á entregarse, entra en ella y degüella á los conjurados.—¿En qué aprovechaba el rey de Castilla la tregua que le había concedido Yacub ben Yussuf? Pues unido con el rey de Aragón, se entraba por los dominios de su primo D. Alonso de León, y hacía en ellos tantos estragos como si le animara el más ardiente celo de religión contra los infieles. Castellanos y aragoneses juntos llegaron hasta la ciudad de Astorga, dejando en pos un rastro de muertes, robos é incendios.

Y pasa el tiempo: y vuelven á Navarra los embajadores que había mandado al Emir el rey D. Sancho: y vienen con grandes instancias del pagano para que vaya á la corte á recibir la mano de su hija, y trayéndole muchos dones y considerable suma de dinero: que le vino muy al caso para satisfacer á su favorecedor el obispo de Pamplona cantidades que le había prestado en sus pasadas guerras con Aragón y Casti-

lla (1). Á la excitación que le dirige el moro, mal puede D. Sancho permanecer indiferente: cercado está su reino de peligros, pero de pechos varoniles es el arrostrar cualesquiera casos de adversa fortuna. Sin que digan claramente las historias á quién confía la guarda del reino, abandónalo todo á la Providencia, aunque se supone que fué al obispo de Pamplona y á otro de aquellos magnates, y parte para ir á buscar al otro lado del Estrecho, con la mano de la princesa mora, el futuro engrandecimiento de su Estado, pero entregándose con unos cuantos esforzados caballeros navarros á la fe dudosa de un poderoso emperador sarraceno en la más peligrosa jornada.

La hermosa Maitagarri (2), la hada benéfica de los enamorados, le sonríe en su camino, porque como joven y estrenuo paladín, ama á la bella princesa á quien sólo conoce por el novelesco ardor que él le ha inspirado; pero los genios adversos y maléficos, quizá alguna turba de *lamiñas* (3), suscitadas en con-

(1) Supone Lafuente, siguiendo á Mondéjar, que la verdadera causa del viaje á África de D. Sancho el Fuerte fué obtener subsidios y gente para sus empresas contra Aragón y Castilla; pero se equivocaron así su ilustrado guía como él. La guerra de D. Sancho de Navarra con D. Alonso de Castilla y D. Pedro de Aragón había concluído hacía mucho tiempo, y para ella le había prestado el venerable obispo de Pamplona, D. García, á quien llama *carísimo mio*, setenta mil sueldos. Pagó esta deuda en vísperas de partir para África, otorgando á su favor una carta real de donación, que trae el P. Alesón (*Anal.* t. III, lib. XX, cap. II, § VII), en la cual declara: me dió aquella suma el prelado *estando Yo en muy grande necessidad, conviene á saber, quando los Reyes de Castilla y Aragon, haciéndome fuertemente guerra, intentaron privarme de mi Reyno.* Si la guerra con aquellos dos Estados había ya terminado, es evidente que no necesitaba ya D. Sancho ir al África por recursos para ella; otro era de consiguiente el móvil que le impulsaba á aquella jornada, y bien claramente lo reveló el analista Roger de Hoveden, que era el cronista del rey Ricardo I de Inglaterra, cuñado de D. Sancho.—Pero admira que se tenga por fabuloso el pacto del rey D. Sancho de Navarra con el Emir Yacub-ben-Yussuf, y que se admita como histórico el que en condiciones idénticas celebró D. Pedro II de Aragón, que también tenía fama de animoso y esforzado y de uno de los mejores caballeros de su tiempo, con los gobernadores del reino de Jerusalén, los cuales le brindaron con la mano de la princesa María y con aquel reino todo entero, con tal de que tomase á su cargo su defensa contra los turcos. Esto de ofrecer reinos por dote de princesas de lejanas tierras era accidente que los libros de caballerías hubieron de tomar de las verdaderas historias.

(2) V. atrás en el Capítulo VII nuestro bosquejo de mitología éuskara.

(3) El plural éuskaro es *lamiñak*, pero se nos permitirá castellanizarlo para que el régimen gramatical no resulte desconcertado.

tra suya por los príncipes envidiosos de su futura gloria ¡qué triste destino le tienen preparado!—No bien pisa las playas africanas, todo se oscurece para él: el emperador Yacub ben-Yussuf ha muerto; su hijo y sucesor Mohammed-ben-Yacub, niño aún, se halla bajo la tutela de un hermano de su padre, poco propicio á la idea de entregar al rey cristiano la princesa su sobrina: descabellado compromiso juzgan él y los de su consejo el de sacrificar á un capricho mujeril lo más granado de su imperio allende los mares.—Pero no es político recibir á D. Sancho con una franca repulsa: hay que entretenerle con buenas palabras y lisonjear su orgullo dándole á entender que sólo de su esfuerzo depende el llevar pronto á efecto el matrimonio concertado. Si el rey D. Sancho, auxiliado de los buenos caballeros de su séquito, logra exterminar á los rebeldes que se han levantado en otras provincias del imperio africano y someter éstas á la obediencia de Mohammed, la hermana del Emir le será al punto entregada.—Los prodigios de valor, de pericia militar y de heróica constancia que llevó á cabo D. Sancho en los tres años que duró aquella especie de cautiverio, medio voluntario y medio forzoso, en África, reconquistando para Mohammed las poblaciones y territorios sublevados, sólo son comparables con los que se cuentan del maravilloso poeta y guerrero Antar en el entretenido libro que lleva su nombre, calificado de *Iliada de los árabes*.

Mientras él guerreaba en África, sus deudos los reyes de Aragón y Castilla, con la *nobleza* propia de aquella edad *caballeresca*, aprovechando cobardemente su ausencia, la transitoria paz en que les deja la muerte de Yacub-ben-Yussuf, y el hallarse su descendiente embarazado en rebeliones intestinas, saltean el reino de Navarra por dos opuestos lados, y el castellano le quita las comarcas de Álava y Guipúzcoa, dilatándose hasta la Gascuña á favor de la muerte del rey Ricardo de Inglaterra. Aun así, los honrados habitantes de Vitoria se defienden heróicamente sin querer abrir las puertas á D. Alfonso, y será preciso

que el obispo de Pamplona, D. García, pase al África á obtener de D. Sancho que les levante el homenaje que le tienen prestado, antes de que consientan en aceptar la coyunda de Castilla. Hace, en efecto, su jornada á la costa africana el venerable prelado, como la había hecho su rey: busca á éste, la fama de sus proezas le sirve de guía para encontrarle, échanse en brazos el uno del otro: expone D. García su misión á D. Sancho; éste, con lágrimas en los ojos, arrancadas por la gratitud á la constancia de sus amados vasallos, les alza al punto el homenaje para que puedan entregarse al rey de Castilla, y despidiéndose los dos amigos, deja el obispo á su rey «continuando la conquis»ta de reinos agenos para ageno dueño, con un linaje de infeliz »felicidad....» víctima «de los monstruosos sucesos de su fortuna, »que le sacaba al teatro de las gentes vencedor á un mismo »tiempo y prisionero, conquistador y perdiendo tanta parte de »su reino, tan atrozmente herido de la perfidia de los bárbaros, »y ellos tan seguros de la fe de su palabra (1).»—Por fin, con el favor de Dios, con su incansable paciencia y con su esfuerzo indómito, logra el allanamiento de todas las rebeliones del África, y que el niño Mohammed sea aclamado emperador en ella: y no habiendo ya pretexto para prolongar su honroso cautiverio, déjanle regresar á sus Estados ....

Vuelve á su querida Navarra cargado de presentes: no parece sino que aquellos bárbaros quisieron dorar de alguna manera tantas perfidias, inclusa la última de no darle por esposa la princesa tantas veces prometida. ¡Ah! ella quizá pereció á manos de los implacables ministros de su hermano, en odio al bautismo que había pedido, ó acaso rindió la vida á su despecho ejecutando lo que tantas veces había anunciado!... D. Sancho zarpa con rumbo á las costas españolas sin haber podido averiguar cuál fué su destino: y como guerrero enamorado, tal vez al contemplar taciturno y triste las azuladas ondas del Estrecho, enriquecidas por la brisa

(1) Expresión feliz del P. Alesón. ANAL. *Rey D. Sancho el Fuerte.*

con crestas de diamantes, le mostró su fantasía en el fondo de aquellas aguas, transformada en nereida, su enamorada mora, siguiendo con el lazo homicida al cuello la estela de la nave que le arrancaba para siempre de sus brazos.—Llega á Navarra, y por saludable consejo del prudente obispo, en vez de romper en medidas de venganza contra los reyes de Castilla y de Aragón, que con tanta perfidia se habían conducido en su ausencia, negocia con ellos una tregua de tres años, durante los cuales se consagra al bien de sus pueblos y á mejorar el gobierno interior de su reino. En ese tiempo hizo grandes construcciones, que tú, lector, irás viendo en el proceso de nuestro viaje artístico.

Las treguas pactadas entre el Emir Yacub-ben-Yussuf y los Estados cristianos de la Península habían concluído: rompe el castellano las hostilidades, y Mohammed-ben-Yacub inaugura en España sus campañas cercando á Salvatierra y tomándola. Siguen preparativos formidables de una y otra parte: colíganse todos los príncipes cristianos contra los moros; el papa Inocencio III manda publicar cruzada, y de todas partes de la Cristiandad acuden á la santa empresa, particularmente de Francia, cuyo príncipe heredero (andando el tiempo Luís VIII) es yerno de D. Alfonso de Castilla, y de Inglaterra, cuyo rey Juan es su cuñado. Todo anuncia que va á realizarse uno de los grandes acontecimientos que han de decidir de la suerte del occidente cristiano. La población de Roma multiplica sus actos de devoción y penitencia: todos allí ayunan á pan y agua por espacio de tres días: hiende los aires el tañido de las campanas de todos los templos; las mujeres caminan descalzas y enlutadas hacia la iglesia de Santa María la Mayor, precedidas de las religiosas; de la iglesia de Santa María marchan por San Bartolomé á la plaza de San Juan de Letrán. Esto pasa el miércoles siguiente á la pascua de la Trinidad (23 de Mayo de 1212). En dirección de la misma plaza se encaminan por el arco de Constantino los monjes, los canónigos regulares, los párrocos y demás ecle-

siásticos con la cruz de la Hermandad; por San Juan y San Pablo se ve al resto del pueblo llevando con la mayor compostura y veneración la cruz de San Pedro. Todos se colocan en la misma plaza y en el orden de antemano establecido. Ya allí congregados, el Jefe de la Iglesia, Inocencio III, acompañado del Colegio de cardenales, de los obispos y prelados, y de toda la corte pontificia, se encamina al templo de San Juan de Letrán, toma con gran ceremonia el *Lignum crucis*, y con aquella sagrada reliquia, venerando emblema de la redención del linaje humano, se traslada, seguido de un brillante cortejo, al palacio del cardenal Albani, y presentándose en el balcón, dirige una fervorosa plática al inmenso y devoto pueblo cristiano que llena la vasta planicie.—¿Qué significa esta solemne y augusta ceremonia? ¿Porqué esta pública demostración de acendrada piedad religiosa en la capital del orbe católico?—El pontífice Inocencio III ha acogido con benevolencia paternal la misión del enviado del rey de Castilla, ha concedido indulgencia plenaria á todos los que concurran á la guerra de España contra los enemigos de la fe, y ha querido que el pueblo romano se prepare á implorar las misericordias del Señor. Grande es sin duda la importancia que atribuye la Cristiandad toda á la empresa que se va á acometer en España.

Nuestro Sancho de Navarra es uno de los reyes que acuden á ella: nada más lucido ni de más hermoso aire que su ejército. Reúnense en Toledo, plaza de armas señalada al efecto, hasta cien mil infantes y diez mil caballos extranjeros, sin contar las tropas peninsulares. Entra este ejército en tierra de moros llevándolo todo á sangre y fuego, y apodérase de Malagón y Calatrava. Pero las tropas extranjeras, no acostumbradas á los excesivos calores de nuestro clima, y mal avenidas con las españolas, abandonan tumultuariamente las banderas de los cruzados y se retiran á sus respectivos países, quedando tan sólo de aquel formidable ejército, Arnaldo, arzobispo de Narbona, con 130 caballos, y Teobaldo Blascón, caballero noble de Poitiers, español

de origen. — Los reyes D. Alonso de Castilla, D. Sancho de Navarra y D. Pedro de Aragón, no desmayan por la falta de sus aliados: el anhelo de lavar la afrenta de Alarcos estimula al castellano; al navarro incita el ardiente deseo de desquitarse de la perfidia usada con él en la corte del Emir africano. — El enemigo es toda la morisma que han podido reunir África y España juntas, mandada en persona por Mohammed-ben-Yacub. *Los moros*, dice el príncipe de Viana (1), *fueron en tanto número de á cabaillo, é de á pié, que no se podian numerar, porque los llanos, é las montaiñas, todas eran cubiertas de gentes que era grant ferocidad, é espanto, de los ver.* — Encuéntranse moros y cristianos cerca de Úbeda, entre Sierramorena y el Guadalquivir; pero el ejército musulmán enseñorea el formidable paso de la Losa, cuyas angosturas están defendidas por moros: colocados entre riscos que les sirven de inexpugnables barreras, encajonados los cristianos en los desfiladeros donde no pueden desplegar su caballería, su posición parece desesperada. En tan crítica situación, un pastor se aparece en el real de don Alfonso: —Yo os guiaré, le dice, por donde podrá subir vuestro ejército sin ser visto hasta la misma cumbre de la sierra, y donde hay sitio apropiado para la batalla. —Parece aquello una revelación del cielo: el pastor conduce al ejército á una extensa y vasta planicie de más de diez millas, capaz de contener todas sus haces: esta planicie es la de las *Navas de Tolosa*. —Y desapareció el guía sin que volviese á ser visto.

Terrible día para el Islam el lunes 16 de Julio de 1212! Con gran sorpresa habían visto los sarracenos á los cristianos plantar sus tiendas en la dilatada mesa de la montaña; pero no sospechaban qué tormenta se les venía encima. —¿Habré de describirte, lector discreto, lo que fué la batalla de las Navas de Tolosa? De cuantos autores he consultado al intentarlo, apenas

(1) *Crónica de los reyes de Navarra*, edición de Pamplona de 1843, ordenada por Yanguas.

hay dos que entre sí convengan respecto de los lances de aquel tremendo choque del Islam contra la Cruz. En una cosa están todos acordes, y con los historiadores cristianos los mismos árabes, á saber, en la espantosa derrota sufrida por los muslimes (1).

Figúrate colocado en la eminencia desde la cual el Emir Mohammed observa el orden de la batalla: allí tiene él su lujosa tienda de terciopelo carmesí con flecos de oro, franjada de púrpura y aljófar: lleva la alquifara ó ropa morisca que había sido de su bisabuelo el fundador del Imperio de los Almohades,

---

(1) Hablando del emperador almohade á quien nosotros llamamos Mohammed-ben-Yakub, dice Almakkarí (en su *Historia de las dinastías muslímicas de España*, t. II, lib. VIII, c. III: traducción inglesa de D. Pascual de Gayangos): Su reinado fué muy funesto á la causa de los muslimes, principalmente á los de Andalus; porque habiendo juntado en el año 609 (A. D. 1212) un ejército de 600,000 guerreros, no sólo no hizo cosa de provecho por la religión, sino que experimentó en este mismo año una de las más completas derrotas que humillaron á las armas islamitas. El autor del valioso tesoro *historia de la dinastía merinita*, dice que Mohammed estaba tan engreído y satisfecho con el extraordinario número de sus tropas, que se creía invencible. Los francos, añade (entiéndase por francos á los españoles, pues para los árabes era *tierra de Afranc* toda la tierra de allende el Estrecho), tomaron por el contrario eficaces medidas para oponerse á él: lucharon ambos ejércitos en la famosa batalla de Alakab (este nombre dan ellos á la batalla de Muradal ó de las Navas de Tolosa), que los muslimes perdieron, y el resultado de ella fué que la mayor parte del Maghreb quedó despoblada, y que los frances se enseñorearon de lo principal de Andalus. De los 600,000 hombres que entraron en batalla, muy pocos escaparon; y aun hay autores que afirman que no se salvaron mil. Fué esta derrota como una maldición, no sólo para Andalus, sino para todo el Maghreb, y la ignominia que en ella cayó sobre el Islam debe achacarse á la mala política de Mohammed Annasir: porque siendo los musulmanes andaluces los más hechos á la guerra y los más conocedores del modo de pelear de los cristianos, este Sultán y su wisir desatendieron su consejo, y aun ofendieron á algunos de ellos, con lo cual se enemistaron los oficiales andaluces con los africanos, facilitando á los cristianos el triunfo. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que esta derrota debe ser considerada como la causa verdadera de la decadencia en que desde entonces vinieron el África occidental y el Andalus:—el África porque las pérdidas de la batalla originaron gran despoblación en muchas de sus ciudades y comarcas,—y el Andalus porque los enemigos del Profeta pudieron dilatar allí sus conquistas, en atención á que, muerto Mohammed Annasir, el imperio de los almohades quedó desconcertado, los príncipes de la familia real que tenían gobiernos aprovecharon la ocasión para aumentar su poder y autoridad á costa del Imperio, y debilitado éste, se vieron á veces precisados á asoldar tropas del enemigo y á entregar á los cristianos fortalezas de los muslimes, con objeto de obtener de ellos auxilios para destrozarse mutuamente.

tiene á sus piés un escudo, á su lado un brioso caballo, en una mano la cimitarra, en otra el Korán, cuyas invocaciones y aleyas lee en alta voz recordando las promesas del Paraíso y de la bienaventuranza eterna para los que mueran en defensa de la fe. Allí aguarda impasible que se cumplan los eternos decretos de Allah.—Al rededor del Emir han formado los muslimes un fuerte palenque, defendido por una muralla de carne humana, que constituyen diez mil moros negros de hórrido aspecto, sujetos con cadenas por los muslos, con sus lanzas y adargas, los cuentos de las lanzas hincados en la tierra y los hierros hacia adelante (1); y otra muralla de tres mil camellos, encadenados también unos con otros; poniendo dentro, y como una tercer barrera, gran número de caballeros y ballesteros. Desde aquella eminencia se registra toda la inmensa extensión del campo que ocupan muslimes y cristianos: vense las haces cu-

---

(1) *La primera bataílla de los moros fué de quarenta mil negros armados con lanzas é adargas, é tenian los cuentos de las lanzas fincados en tierra, é los fierros adelant muit amolados. Despues de esta bataílla de negros, estaban tres mil camellos, encadenados el uno con el otro con gruesas cadenas de fierro, é luego, detras deillos, estaban muchos cabailleros é ballesteros é toda la otra gente.* Crón. del Príncipe de Viana, loc. cit.

El códice del Dr. Puerto nada dice de los camellos, y describe de esta manera la situación del Miramamolín: *Pusiéronle en una muit rica tienda en un cerro donde por todos los moros pudiese ser visto muit bien, el cual en la mano derecha tenia una espada desnuda, é en la izquierda el libro del Alcoran, é estaban en su tienda, é al derredor de la dicha tienda, los mas esforzados é valientes moros; é ansi en derredor de la dicha tienda habia tres tapiados, é en cada tapiado una bataílla de moros, los quales estaban ligados de los muslos porque no pudiesen fuir.*

El continuador de los *Anal. de Navarra* del P. Moret, siguiendo al arzobispo D. Rodrigo, que tanta parte tomó en la famosa batalla, dice: *El Miramamolin Mahomad ocupó un collado de llanura dilatada, la qual cerraron los Bárbaros de dos órdenes de cadenas, amarradas á postes bien afixados á trechos: y para cerrar mas el passo se miraban atadas á las cadenas lanzas y carcaxes de saetas, con que formaron de aquel atrio y plaza grande un palenque como enrejado... Soldados muy escogidos, guardias de su persona, guarnecian por adentro aquel palenque. Fuera de él, una infinita multitud de infanteria bien armada, y con notable artificio dispuesta, atados por los muslos uno con otro, para que desesperados de poder huir, persistiesen hasta el fin de la batalla... Ademas de esto, estaban cubiertos, en fosas cavadas, hasta los ojos, valiéndose como de estrada encubierta para herir mas á su salvo y dificultar la entrada á los nuestros.*

De estos textos, entre sí discordes, se deduce que no se sabe con certeza cómo estaba formado el palenque que defendía la tienda del Emir-Almumenín.

lebreando por las llanuras, los estandartes y pendones ondeando al viento... en suma, lo que se ve en toda batalla observada desde una altura adecuada, aunque en mayor escala en la ocasión presente, porque los dos ejércitos contrarios se extienden á cuanto la vista abarca. Diríase ahora que el orbe entero es campo de batalla, porque no hay llano ni monte en que no hormigueen los combatientes.

Empieza el sol á dorar las cumbres de la sierra: dase la señal del combate: sube del campo cristiano el eco agudo de los clarines y el ronco de las trompetas y tambores, y del campo musulmán el estruendo de los atabales y añafiles, y de los atronadores lelilíes que se propagan de unos en otros cuerpos, asordando la campaña y repercutiendo en los senos de las montañas.—Vuélvese todo en breve confusión y desorden, y no se disciernen en el teatro de la tremenda lid sino masas que se aproximan, se compenetran y funden, masas que se rompen y subdividen, enseñas abatidas, enseñas enarboladas; sin que sea posible distinguir en aquel caótico conjunto y en aquel revuelto mar de seres humanos consagrados á mutuo exterminio, más que el gran oleaje de las haces que avanzan ó retroceden, y un imponente y sordo bramido que todo lo invade y en que se ahogan las voces de mando de los caudillos, los gritos de júbilo de unos, los gritos de rabia de otros, el crujir de los aceros, el golpear de las mazas, el relinchar de los caballos, el rechinar de los carros y los ayes de los moribundos. Indecisa parece la victoria; pero de repente un movimiento muy acentuado hacia el lugar que ocupa el Emir, hace presentir la pronta resolución del gran conflicto: los escuadrones andaluces que habían de avanzar en socorro de los almohades y africanos, sobre quienes carga todo el peso de la batalla, abandonan el campo haciéndose reos de una calculada defección, y los cristianos, aprovechándose de ésta, se ponen con un violento empuje en el cerro donde está plantada la tienda de Mohammed-ben-Yacub. Reciben el choque los negros, que, inmóviles en sus puestos, ven clavarse en sus

afiladas lanzas los corceles de los caballeros castellanos y aragoneses; embiste la acerada valla otra muchedumbre de caballeros, los cuales pertrechados de fuertes lorigas y cubierto el rostro con capacete de hierro, se lanzan sobre la falange de los etíopes sin temor ninguno á las agudas puntas de sus lanzas; pero la valla de carne y hierro se mantiene sin merma.—Don Sancho que arde en ansias de haber á las manos á Mohammed por la gran perfidia que contra él había cometido, anima á sus caballeros y soldados con la voz y el ejemplo, y arremete al palenque con briosa resolución.—Cómo rompió las cadenas, no se sabe; pero lo cierto es que se metió en el palenque, á tiempo que el atribulado Emir, á quien la victoriosa figura del rey navarro engrandecida á sus ojos por el espanto, pudo parecer como un numen vengador, huía precipitadamente, abandonando el campo á los cristianos. D. Sancho se apoderó de aquellos hierros, única parte del botín que para sí se reservó.—Y aquí acaba la novelesca historia de esas rústicas cadenas, pendientes á los dos lados de la hornacina que guarda en la Colegiata de Roncesvalles el sepulcro del gran rey. Otro sería el monumento de éste si se hubiese realizado el sueño de felicidad que le halagó al emprender la jornada de África, donde creyó recoger las valiosas prendas de sus tratos con el Emir Yacub-ben-Yussuf, y con ellas la incorporación á su corona de toda la España sarracena.

La hazaña de D. Sancho fué la que decidió de la victoria en Muradal: á ella contribuyó poderosamente D. Alvar Núñez de Lara, que al mismo tiempo que penetró el rey navarro en el palenque rompiendo el cadenado, entró en el recinto con un enorme salto de su fogoso caballo; pero la huída de Mohammed, y la consiguiente derrota de las huestes muzlemitas, á Don Sancho fué debida, porque el Emir temió el encuentro con el esforzado príncipe á quien tanto había agraviado.—La mortandad que los cristianos hicieron en los sarracenos fué inmensa, á tal punto que excede de lo verosímil: los mismos historiadores árabes confiesan que habiendo reunido el Emir almohade bajo sus banderas

seiscientos mil combatientes, apenas mil libraron la vida. La exageración, motivada por el deseo de denigrar la memoria de Mohammed como principal autor de la decadencia del poderío musulmán en España, es evidente; pero la causa misma del resentimiento demuestra que el exterminio que los cristianos hicieron fué inaudito. El arzobispo D. Rodrigo, testigo presencial de la derrota, fija en doscientos mil, poco más ó menos, el número de los moros muertos. El rey de Castilla, en la carta que dirigió al papa Inocencio III dándole cuenta del resultado de la batalla, le dice: «Fueron los moros que cogimos cautivos, como despues supimos por verdadera relacion de algunos criados de su rey, 185,000 de á caballo, y sin número los infantes. Murieron de ellos en la batalla mas de 100,000 soldados, segun el cómputo de los sarracenos que apresamos despues. Del ejército del Señor, lo cual no se debe repetir sin dar muchas gracias á Dios, y solo por ser milagro parece creible, apenas murieron veinticinco ó treinta cristianos» (1).—El arzobispo de Narbona, testigo también presencial de la batalla, exclama: «Y lo que es mas de admirar, juzgamos no murieron cincuenta de los nuestros» (2).—Refiere nuestro historiador-arzobispo con grande admiración, afirmando que participó de ella todo el ejército cristiano, que hacia el palenque cerrado, donde estuvo la tienda del Miramamolín, yacían muchos cuerpos de moros muertos, no como quiera heridos, sino del todo despedazados, y sin embargo limpios de todo rastro de sangre: lo cual fué para muchos indicio de que por entre las haces agarenas andaba alguna legión invisible de ángeles exterminadores, llenos de la ira de Dios, haciendo estragos en ellos sin derramar sangre. Hermoso asunto para un pintor del temple del gran artista anónimo autor de los cartones de las visiones apocalípticas, que en soberbia tapicería flamenca exornan las galerías del Palacio de Madrid durante la Octava del Corpus.

(1) En Mondéjar. *Crónica*, edición de 1773, p. 316.
(2) Ibid.

Los despojos que los muslimes dejaron en el campo fueron inmensos: multitud de carros, de camellos y de bestias de carga; vitualla en cantidad extraordinaria; lanzas, alfanges, adargas, en tan considerable número, que á pesar de no haberse empleado en dos días enteros más leña para el fuego y para todos los usos del ejército vencedor que las astas de las lanzas y flechas agarenas, apenas pudo consumirse una mitad. Incalculable fué también el botín de oro y plata, tazas y vasos preciosos, ricos albornoces, finísimos paños y telas: gran cebo y tentación de pillaje para la licenciosa soldadesca si no la hubiera contenido la excomunión con que el prelado toledano conminó á los que se propasaran á merodear en el campo enemigo. Todo lo recogían los esclavos por disposición del rey de Castilla, el cual lo distribuyó después generoso entre los navarros y aragoneses, dejando para sí y sus castellanos una pequeña parte, contento con el más rico de todos los despojos: la gloria de aquel gran triunfo. La lujosa tienda de terciopelo y oro del Emir fué á la capital del orbe católico á servir de trofeo en la gran basílica de San Pedro: Burgos conservó la bandera del rey de Castilla, Toledo los pendones ganados á los infieles, y el rey de Navarra se llevó como testimonio del heróico esfuerzo que decidió de la victoria, y para simbolizar el glorioso desquite tomado de la perfidia del moro, las cadenas del palenque de éste, cuyos trozos ofrendó á la Virgen en cuatro de sus más insignes templos, además de timbrar con ellas su escudo y las armas de su reino.



CAPÍTULO X

El Roncal: sus privilegios: el tributo de las tres vacas.—Rápida excursión por sus siete villas

Lo mismo que habían hecho los vascones de Roncesvalles con los francos en dos ocasiones repetidas, una contra Carlo Magno en 788 y otra contra su hijo Ludovico Pío en 823, hicieron los roncaleses con los árabes bajo uno de los primeros reyes de Pamplona. El historiador Yanguas, que á pesar de su grande erudición pagó á veces tributo irreflexivo á meras tradiciones, consigna de esta manera la que corre como válida respecto de la empresa que ostentan en sus armas los habitantes del famoso valle. Abde-r-rahmán, rey de Córdoba, queriendo vengar los agravios de la última jornada de Carlo Magno y con-

vidado por los judíos de Tolosa, entró en Francia por las montañas de Jaca á tiempo que el emperador se hallaba en Roma; y lo llevaba todo á sangre y fuego, hasta que saliéndole al encuentro los ejércitos de Carlo Magno, le derrotaron en tres grandes batallas, que obligaron á Abde-r-rahmán á repasar el Pirineo con muy pocos de los suyos. Pero al entrar en el valle de Roncal, reunidas las gentes del país, que en semejantes casos acudían como hormigueros tras el botín y los despojos, le acometieron y derrotaron en los campos de Ollati, entre Burgui y Navascués, persiguiendo los restos del ejército hasta el río Aragón. Abde-r-rahmán cayó prisionero y lo llevaban en triunfo, cuando una fiera roncalesa, no pudiendo tolerar que á un *perro de moro* se le conservase la vida, ella misma le atravesó una espada. De este suceso tomaron después los roncaleses la empresa de sus armas con la cabeza del rey moro, tres rocas por el paraje de la batalla, y un puente, hasta donde persiguieron al enemigo.—Esto reza la tradición: la crítica persuade que el hecho que se relata no pudo ocurrir con las circunstancias que se le atribuyen, primero porque Abder-r-rahmán I, el fundador del califato andaluz, no murió á manos de nadie ni tan lejos de su corte, sino muy tranquilamente en su palacio de Córdoba; y en segundo lugar porque el rey á quien llama Yanguas D. Fortuño García, es un rey imaginario. Hubo, sí, un Fortún ó Fortuño Garcés, hijo de García Íñiguez y nieto de Íñigo Arista, el cual, sin que se sepa fijamente en qué época subió al trono de Pamplona, reinaba por los años 893 y siguientes (1); pero éste nada tuvo que ver con el gran Abder-r-rahmán I, que falleció en 788, el año mismo de la rota de Carlo Magno en Roncesva-

(1) Consta de una carta de donación otorgada por el obispo Jimeno á favor del cenobio de Fontfrida, después de la muerte de García Íñiguez, en la cual signan como testigos Fortún Garcés, rey de Pamplona, y el conde de Aragón Aznar segundo. Estos mismos, en el referido año 893, proceden, en compañía de todos los señores de su reino, á deslindar los términos del monasterio de Labasal, según una escritura del Libro gótico de San Juan de la Peña, fóls. 71 y 78, de la cual hay facsímile en el *Índice del Sr. Abad y La-Sierra*, dibujo 20, n.° 2.

lles, y sí mucho por su desgracia con el emir Mohammed-ben-Abde-r-rahmán cuando reinaba su padre García Íñiguez, porque, según dejamos ya indicado (1), un alcaide de este Emir con ejército numeroso y con aprestos tan formidables como en ninguna otra expedición se habían visto, penetró en la comarca de Pamplona, la devastó por espacio de treinta y dos días, destruyendo edificios, arrancando los frutos y conquistando distritos y castillos, y apoderándose del de Caxtil, hizo en él prisionero á Fortún, por sobrenombre *Al Áncar*, y se lo llevó á Córdoba, donde permaneció preso cerca de veinte años, siendo luégo devuelto por el Emir á su país, cuya corona debió ceñir mucho tiempo porque llegó á la larga edad de 126 años. Pero diga la crítica lo que quiera, los roncaleses exhiben ufanos las copias de sus antiguos privilegios que, á falta de los originales, incendiados con el archivo del valle en la iglesia de Isaba en 1527 (2), para ellos no pueden menos de hacer fe habiéndoselos confirmado un rey tan sabio y prudente como D. Carlos III en el año 1412. Uno de estos privilegios consigna que los roncaleses dieron muerte á Abde-r-rahmán I en Olast ú Ollati (3), y no hay más remedio que bajar la cabeza: no seré yo el temerario que trate de convencer á un roncalés de que aquello es patraña, y mucho menos después de haber recibido la tal historia la consagración del numen poético:

¿A dónde marchas, rey moro?
¿Á dónde van tus corceles?
¿No ves que la muerte dejas
y vas á dar con la muerte?
Abderramen, vuelve grupas
si los de Francia te vencen;

(1) *Introducción*, p. XIX.

(2) Yanguas, *Diccionario de Antigüedades*, cita un documento del Arch. de Compt. por el cual consta que esta villa fué totalmente incendiada en 1427. Del incendio del 1527 habla en el art. Roncal el *Diccionario* de la Academia de la Historia.

(3) El campo donde se dió la tradicional batalla se designa con nombres distintos: Olast, Olaso, Ollati y Olant.

¿qué esperas de los navarros
que humillan á los franceses? (1)

Ya el ilustrado Abella, que escribió para el Diccionario Geográfico-Histórico de la Academia lo relativo al Roncal, nos dió el ejemplo para esta prudente tolerancia, aun sin haber en su tiempo bardos que cantasen la supuesta hazaña: y de consiguiente razón es que le imitemos, declarando que «sin meternos »á decidir controversias, nos contentamos con seguir la opinión »comunmente recibida de que en la batalla del campo de Olaso, »hoy Ollati, se portaron los roncaleses con tanto valor y denue»do, militando bajo las órdenes de su rey Fortún García, que »consiguieron una completa victoria contra los moros, y dego»llaron á su rey Abderramen; y desde entonces usan por armas, »en campo azul, un puente de tres arcos de oro, colando un río »por debajo, tres rocas salientes del río, y sobre el puente la »cabeza de un rey moro chorreando sangre.»—No se dirá ahora que no somos respetuosos con las tradiciones: las aceptamos de grado, aunque no sea más que por el placer de repetir con fe patriótica el bello romance de Oloriz:

¿Te paras, temes, vacilas?
¡Lánzate al río, agareno,
que ya Jimena te alcanza,
y si te alcanza, eres muerto!
Ella al corcel pica espuelas,
y el bruto al sentir el hierro,
según su rápida marcha
hijo parece del viento.
La ve el moro, ella le grita,
impónele al rey su acento,
se turba, lánzase al río,
juzgando evitado el riesgo.
Ella con nerviosa diestra
despide mortal acero,

(1) Hermilio Oloriz: *El romancero de Navarra:* Olant.

y antes que él diese en las aguas
carne y vida le ha deshecho!
Aplauden los montañeses,
y el río, turbio y siniestro,
le espera como á enemigo,
le aguarda como á extranjero.

El poeta pamplonés ha idealizado á la feroz roncalesa que mató al rey islamita, dándole el simpático nombre de Jimena y presentándonosla como una especie de Juana de Arco. Si lo que hoy llamamos *realismo* en el arte fuese posible—que no lo es,—¡sabe Dios qué figura presentaría en la historia legendaria del Roncal esa terrible hembra!

Cítase como otra de las hazañas por las cuales obtuvieron los roncaleses los privilegios que vienen ostentando hace siglos, la de haber derrotado á los moros en el lugar de Ocharren bajo el mando del rey de Navarra D. Sancho I. Este hecho, sin expresión de año (dícese), (1) resulta de un diploma de Sancho el Mayor á favor de los roncaleses. El concienzudo Yanguas se expresa así: «habiéndose incendiado la iglesia de Isaba donde »los roncaleses tenían sus privilegios, por los años 1523 (2), soli»citó el valle que se revalidasen las copias que presentó, y en »efecto se dieron sentencias á su favor. De ellas resulta el goce »de las Bardenas: que D. Sancho I de Navarra en la era 860 »(A. D. 822), D. Sancho Ramírez en la de 1127 (A. D. 1089) »y D. García Ramírez en la de 1181 (A. D. 1143), y después »otros reyes, concedieron á los roncaleses varias gracias *porque »fueron en compañía de dicho D. Sancho I y llevaron la delan»tera en una batalla que hubo con los moros en un lugar llama»do Ocharran* (3), *en la cual el rey salió vencedor*, y porque en

(1) Diccionario Geográfico-Histórico de la Academia, art. *Navarra: Sancho Garcés, rey 4.º*, p. 83.

(2) Acaso deba ser 1527.

(3) Tampoco están conformes los historiadores en el modo de escribir este nombre: Abella escribe *Ocharren*, Traggia *Ocharen*, Yanguas *Ocharran*.

»tiempo del rey D. Fortuño García, padre de dicho D. Sancho I, »en otra batalla en el lugar de Olast,» etc. (refiriéndose á la hazaña anterior). Si dijéramos que hay aquí tantos errores históricos como palabras, muy poco exageraríamos, porque según la genealogía de los reyes de Pamplona de los códices medianense y legionense, que son la única guía segura en la materia, ni en el año 822 era rey Sancho I de Navarra, ni apenas había rey en este lado del Pirineo, ni fué Fortuño padre de Sancho I, sino sobrino suyo, aun cuando en una escritura del pergamino de Leyre de la Academia de la Historia (1) se titule *successor in regno germani mei Fortunii* (2). El rey Sancho Garcés ó Sancho I era hijo de García Jiménez, el hermano del *Arista*, y Fortuño ó Fortún era hijo de García Iñiguez y por tanto nieto del mismo Arista. Pero Sancho I, en quien verdaderamente comienza la que podemos llamar dinastía peculiar de los reyes de Pamplona, no empezó á reinar sino en el año 905, por medio de un acto de rebelión y cuando todavía ocupaba el trono Fortuño Garcés, de quien, de grado ó por fuerza, logró ser reconocido. De consiguiente no pudo ocurrir el encuentro de cristianos y muslimes de que habla la tradición en el año 821, como suponen Abella y Yanguas, y hay que creer que si existió el instrumento á que se refieren las sentencias citadas por este último, fué un documento apócrifo ó viciado. No negamos que bajo el reinado de Sancho I pudieran haber peleado los navarros con los sarracenos en las Bardenas, y haberse allí distinguido los roncaleses, pero en tal caso el motivo de la batalla no sería el que supone Abella, á saber, que los árabes, ofendidos de una alianza trabada por los navarros con los francos de Ludovico Pío, quisieron vengar en ellos su defección, porque cuando su-

(1) Citado por el Sr. Oliver y Hurtado (D. Manuel) en su *Discurso de recepción*, á que nos hemos ya referido en nuestra *Introducción*, p. XVI.

(2) Observa con razón el Sr. Oliver que á las palabras *germani mei* no debe atribuirse el significado de *hermano mio*, como hasta ahora se han traducido, sino que la voz *germanitas* sólo alude á cierta asociación y comunión de bienes establecida conforme á usos y costumbres tradicionales.

bió al trono Sancho I hacía más de medio siglo que el primogénito de Carlo Magno había muerto. La batalla pudo ocurrir en tiempo del califa de Córdoba Abdullah-ben-Mohammed, que reinó por espacio de veinticinco años, hasta el de 912 (300 de la hégira), cuando, después de exterminado el rebelde Mohammed-ben-Lob-ben-Musa, su hijo, el segundo Lob, sometido á la obediencia del sultán é investido con el gobierno de Tudela, Tarazona y distritos comarcanos, fué acometido por las tropas de Sancho Garcés (1) y muerto en el campo en el año de la hégira 294 (A. D. 907). Si esto fué así, fuerza será reconocer que la sentencia á que se refiere Yanguas, que señala por fecha la era 860, ó sea el año de Cristo 822, se halla adulterada.— Admitimos de grado, pues, con la corrección de la fecha, el hecho glorioso de los valientes roncaleses que, acaudillados por Sancho I, se baten en las Bardenas con las tropas veteranas de Abdallah, triunfantes en una serie de bélicas funciones desde el Guadalquivir hasta el Ebro.

Las mercedes otorgadas á los roncaleses por sus patrióticas proezas, consistían en que ellos y sus descendientes fuesen infanzones ingenuos, libres de toda servidumbre, y de lezda, pontaje, peaje y barcaje en todo el reino, pero quedando obligados al pago de derechos de los castillos, á la subida y bajada de sus ganados, según lo habían usado y acostumbrado, excepto en el castillo de Sanchoabarca; y aforados al fuero general del reino, dejando los de Jaca y Sobrarbe que antes tenían con perjuicio de la unidad del valle (2). Otros privilegios muy ventajosos alcanzaron del gobernador de Navarra, Enrique de Sully,

(1) De los innumerables hechos de armas ocurridos durante el reinado del califa Abdulla-ben-Mohammed, tenemos cabalmente las más detenidas y curiosas noticias en el historiador Ben-Hayyán, que con muy buen acuerdo extractó el sabio arabista D. Pascual de Gayangos para esclarecer un período de la España árabe por lo general muy poco conocido, y del mayor interés por tratarse de la época en que con más encarnizamiento se disputaron el poder en nuestra península las dos razas rivales de *árabes* y *mulados*. Véase su traducción de Al-Makkarí, *Notas é ilustraciones*. Lib. VI, cap. IV, nota 47.

(2) *Arch. de Comp*. Caj. 128, n.° 5.

en 1332, del rey D. Carlos el Noble en 1412, y de los reyes D. Juan III y D.ª Catalina en 1496: todos los cuales pueden verse en la obra del diligente Yanguas (1). Cuando llegó la época de la incorporación de la corona de Navarra á la de Castilla y Aragón, el valle de Roncal, antes de someterse en Burguete por medio de sus apoderados al duque de Alba, general del rey Católico, en 3 de Setiembre de 1512, estipuló las siguientes condiciones: «Que se observase al valle el privilegio »de hidalguía que obtuvo en el año 860 (2), y la franqueza de »toda pecha real é imperial, peaje, barcaje, lezda y otras; que »se le conservase también el privilegio de usar por armas en su »pendón la cabeza del rey Abderramen muerto por los roncale»ses (3), y que no fuesen á la guerra sino con la persona real »ó con su capitán general, y no bajo las órdenes de ningún otro »capitán; que se les guardasen los privilegios que tenían sobre »el goce de las Bardenas, así en pacer sus ganados como en »hacer leña y demás aprovechamientos; y que se conservase á »todos los vecinos en sus oficios ó empleos, esto es, á los que »entonces estaban sometidos ó se sometían al rey de Castilla.» D. Fernando el Católico confirmó todo esto en Logroño en 27 de dicho mes de Setiembre.—En 1523 el emperador Carlos V confirmó los privilegios de los roncaleses, haciendo mención de otras confirmaciones anteriores hechas por D. Carlos III, Don Juan II y D.ª Blanca, el príncipe de Viana, D. Juan de Labrit y D.ª Catalina, y finalmente por el duque de Alba. De esta última confirmación consta que una de las cosas que los roncaleses capitularon con el Duque fué la de no ser obligados á ir

---

(1) Dic.° cit., art. *Roncal.*

(2) La fecha está equivocada, porque aun suponiendo que la batalla de Ocharran hubiese ocurrido en la época que señalan las sentencias que cita Yanguas, fundadas en las copias de los privilegios presentados por el valle después del incendio del archivo de Isaba, ese año 860 no sería sino el de la Era, correspondiente al año de Cristo 822.

(3) En 1797 el rey concedió al Roncal que añadiese á su escudo de armas un castillo y un lebrel, en memoria de los servicios que había hecho en la última guerra contra los franceses.—Arch. del Reino, Sec. de *Fueros*. Cit. por Yanguas.

á la guerra fuera del reino, aunque, *si dentro de él obiere necesidad, son muy aparejados á seguir y servir á S. A. como súbditos leales, pagándoles su sueldo* (1).

Ofrece el valle de Roncal, por la singularidad de algunas de sus costumbres, una fisonomía enteramente especial. El valle entero compone un cuerpo, sin reconocer por capital á ninguna de sus siete villas. Para el gobierno económico y para el beneficio de los pastos, tierras y maderas de sus montes, que constituyen su principal riqueza, hay juntas que llamaban antiguamente *de tabla,* á las cuales asisten los alcaldes y dos diputados de cada villa, sin preeminencia alguna entre ellos, haciendo de presidente el alcalde del pueblo donde se celebra la junta. Cuando ocurre algún caso nuevo que no puede decidirse por precedentes, la junta antes de resolver consulta al vecindario de cada villa. Antiguamente se celebraban estas reuniones en la de Roncal, no por privilegio que ésta tuviese, sino por hallarse situada en el centro del valle y estar allí el archivo desde que se quemó el que había en Isaba. La costumbre que ahora voy á referirte es de todo punto singular, y mejor que nada te revelará el carácter de esos habitantes del último valle del nordeste de Navarra, que aislados entre sus montañas é inaccesibles á la marea niveladora de las modernas transformaciones, mantienen los usos y prácticas de sus abuelos con la más imperturbable tenacidad.

Hay en el Pirineo entre este valle de Roncal y el valle francés de Baretons, y en la parte en que la cordillera se inclina al noroeste, un monte elevadísimo al que dan los naturales el nombre de puerto de las Arras ó de Hernaz, donde un hito que llaman la *Piedra de San Martín* señala el límite ó línea divisoria entre las dos naciones. El puerto de Hernaz sirve como de defensa al vallecito de Belagua, verde, alegre, risueño como un rincón olvidado del paraíso; y de su áspera cumbre, desde la

(1) Arch. del Reino, Sección de *Fueros,* Leg. 2. carp. 25.

cual se dominan por un lado la Navarra española y por el otro la tierra de Soule y el Béarn, sirviendo más lejos de fondo al soberbio panorama, hacia levante, los montes de Aragón y Cataluña, sólo una vez cada año disputan el dominio á los sarros, jabalíes y osos, los habitantes de una y otra tierra. Á esa cumbre, pues, acude todos los años el día 13 de Julio una numerosa concurrencia de navarros y franceses, los cuales se reunen *al* pié de la *piedra de San Martín* con el objeto que vas á ver.—Representan al valle el alcalde de Isaba y los de Roncal, Uztarroz, Urzainqui y Garde. Al lado del alcalde de Isaba va un mocetón llevando una bandera encarnada. que al llegar á la frontera clava en el suelo como en apercibimiento de guerra, y acompañan algunos hombres armados de escopetas ó arcabuces, que desde que salen de sus pueblos en dirección á Hernaz, hasta que regresan, no cesan de hacer disparos ó salvas por el camino. Al valle de Baretons representan los alcaldes *(maires)* de los pueblos á los cuales corresponde por turno asistir al acto. Estos tienen que presentarse totalmente desarmados y con bandera blanca, de paz. Á los de una y otra parte se agrega mucha gente que la curiosidad atrae.

Ya en el punto designado para la ceremonia, antes de saludarse ni darse la bienvenida, el alcalde de Isaba dirige la palabra á los baretoneses para preguntarles si están conformes en continuar la paz jurando sus condiciones. Contestan los franceses que sí, y entonces los navarros amonestan á aquellos á poner en tierra la pica sobre la cual se ha de formar la cruz para jurar. Los baretoneses colocan su pica tocando con la muga de San Martín, en la dirección de la línea de la frontera: los roncaleses tienden la suya atravesada encima, con el hierro dentro del territorio francés; sobre la cruz formada por ambas picas pone su mano derecha, hincando la rodilla, uno de los representantes del valle de Baretons; sobre ésta pone la suya un roncalés, en la propia actitud; siguen haciendo lo mismo los otros, y por el mismo orden, alternando siempre un baretonés y un ron-

calés, siendo la última, y por consiguiente la que queda sobre todas, la mano del alcalde de Isaba: y en esta disposición, ante el notario de Baretons, unos y otros juran solemnemente por la cruz y los santos Evangelios, guardar y observar todos los pactos y condiciones de la paz, mediante el acostumbrado tributo. Prestado el juramento, los baretoneses gritan: *Pax avant, pax avant, pax avant* (1); los escopeteros navarros, á la voz del alcalde de Isaba, hacen salva disparando sus armas con dirección á Francia; y todos se levantan, y retíranse las manos y las picas. Hecho esto, los diputados se saludan y comunican unos con otros, como buenos amigos y vecinos. Al mismo tiempo, salen del bosque inmediato por la parte del Béarn treinta hombres, divididos en tres grupos, los cuales conducen tres vacas escogidas del mismo pelaje, dentaje y cornaje, sanas y sin mácula alguna; y en llegando á la raya de la frontera, los bearneses hacen que se adelante una de ellas, pero de manera que tenga la mitad del cuerpo en tierra de Navarra y la otra mitad en tierra francesa. En esta disposición, la reconoce el albéitar designado por el alcalde de Isaba para saber si tiene todas las condiciones exigidas según el pacto. Los roncaleses tiran de ella con fuerza y procuran tenerla bien sujeta, porque si se les escapa y vuelve á la tierra bearnesa, los baretoneses no tienen obligación de restituirla ni de dar otra en su lugar. Esto mismo se ejecuta en la entrega de las otras vacas. Si del reconocimiento que practica el albéitar resulta que alguna de ellas no es de

(1) Interprétase este grito: *paz en adelante*, pero nos satisface poco esta traducción. Nuestro amigo Iturralde, á pesar de su notoria perspicacia y competencia, no ha encontrado la solución de este problema, no contentándole la conjetura de Yanguas de que el grito de *pax avant* de los baretoneses tenga relación con la leyenda PASSE AVANT LA THIEBAUT de los sellos céreos del rey D. Teobaldo, conde de Champagne. Á su tiempo veremos la significación probable de esta divisa del rey D. Teobaldo, que no tiene aplicación á la ceremonia del tributo que describimos. Puesto que en ésta son los bearneses, y no los navarros, los que gritan *pax avant*, ¿no podría con este grito entenderse que ellos nos brindan á nosotros á pasar adelante, aludiendo á la fraternidad y mancomunidad que entre las dos naciones se establece en ese día, de lo cual es prueba el libre tráfico que durante todo él se consiente entre unos y otros fronterizos?

recibo, los baretoneses tienen que sustituirla con otra, y deben poner la buena y sin tacha en la villa de Isaba, donde, después de atarla á un mayo que hay en la plaza del pueblo, se da aviso al Alcalde para que se entregue de su res: y esto ha de ejecutarse en el término de tres días.—Prestado el juramento referido y entregadas las tres vacas, acto á que nunca deja de concurrir el precitado Alcalde con su traje de ceremonia de anguarina, valona y vara de justicia (1), publícase audiencia por la autoridad roncalesa por voz de pregonero, para que los que tuvieren que pedir justicia la pidan, y ésta se administra sobre la marcha, sin apelación á ningún otro tribunal. Allí se saldan todas las cuentas, allí se zanjan todas las cuestiones ocurridas durante el año sobre prendamientos de ganados de una y otra parte y sobre las disputas promovidas entre pastores, ú otras cualesquiera de uno á otro valle; allí por último se nombran y se juramentan los guardas bearneses y roncaleses que durante el año han de mantener la vigilancia y custodia de los respectivos límites. Estos guardas al prestar su juramento aplican los dedos índice y corazón al extremo superior de la vara del alcalde, y los llevan á los labios. ¿Sabes porqué? No es fácil adivinarlo. En ese extremo superior, que viene á ser el puño de la vara, hay grabada una cruz, y al tocarla y llevarse después los dedos á la boca, besan el sagrado signo de la redención, por el cual juran. «Pocos espectáculos (escribe un autorizado admirador de esta tradicional costumbre) como el que presenta aquel grupo de honrados montañeses, de atlética estatura y severos y pintorescos trajes, constituyéndose en tribunal en la cumbre del gigante Pirineo, y que, á campo raso, como los patriarcas de las primeras edades, juzgan con espíritu recto y justiciero las cuestiones que se les someten, y dictan fallos que todos acatan respetuosos!» (2).

(1) V. atrás, cap. IV, 242, donde describimos este traje.

(2) D. Juan Iturralde y Suit, en un interesante estudio sobre *El tributo de las tres vacas*, publicado en los tomos 3.° y 4.° de la *Revista Éuskara*.

Concluída la interesante ceremonia y el juicio que á ella sigue, los representantes de Isaba convidan á comer á las autoridades baretonesas y á las personas principales que á ella han asistido, siendo generalmente la base del frugal banquete al aire libre, corderos y exquisitas truchas que aportan los de Roncal, pollos ú otras aves de corral que en sus alforjas traen los franceses, y rico vino navarro, al que nuestros vecinos hacen grandemente los honores. «Pásase el día en la mayor expansión y alegría, y cuando ya el sol, próximo á ocultarse, tiñe de tintas rosadas aquellos excelsos montes, despídense con fraternal afecto los habitantes de una y otra vertiente, y se retiran á sus respectivos pueblos turbando el silencio de las selvas con sus cantares tradicionales» (1).

De las tres vacas que constituyen el tributo, dos son para la villa de Isaba, y la tercera, por turno, para las de Uztarroz, Urzainqui y Garde; no teniendo derecho á ellas las villas de Roncal, Vidangoz y Burgui, porque, según se dice, no tomaron parte en las contiendas que motivaron tan singular costumbre. —Pero obsérvase que los diputados de Urzainqui, Garde y Uztarroz no asisten á la comida oficial, sino que se retiran en cuanto les entregan la vaca que les pertenece y después de firmada el acta de la entrega.—La secular ceremonia que acabo de describirte empieza con toda puntualidad á las diez de la mañana, y en todo el resto del día, después de concluída, la frontera desaparece por completo, de manera que para el libre tránsito de las mercancías y de todo género de productos de uno á otro valle, no hay barreras ni zonas fiscales, ni nada que se asemeje á división de intereses nacionales. Observa fundadamente el sabio continuador de Moret que este tributo ofrece gran semejanza con aquel que los sajones, domados por Carlo Magno, le pagaban anualmente, de doce vacas, que los historiadores llaman *vacas inferendales*, y que por sus caracteres debió originarse de

(1) Iturralde y Suit, *loc. cit.*

alguna conquista de los roncaleses en tierra de baretoneses.

El erudito Marca, poco imparcial en las cosas de España, al describir con notable galanura de estilo el *Sumo Pirineo* (1), toca á esta antiquísima y memorable costumbre de la entrega anual de las tres vacas que hacen los bearneses á los navarros, y doliéndole el reconocer en ella un verdadero *tributo* que nos pagan los franceses, dice: «En las gargantas de esta cumbre (la de Baretons), donde están los confines de los reinos, se juntan todos los años en los idus de junio (el día 13) los delegados por los habitantes de uno y otro valle á renovar las condiciones de los pactos; y los baretusios entregan á los roncaleses tres vacas por el *Weregildo*, usando de la voz de los Capitulares, ó por el precio de los roncaleses que aquellos mataron en otro tiempo, ó por el servicio de las aguas, que después de varias peleas se concedió á los nuestros en los montes de Roncal».—«La palabra *tributo*, observa el P. Risco, fué tan desabrida al señor Marca, que indignándose contra ella, vino en vengarse publicando al mundo que la paga de los de Baretons no tiene otro principio que una victoria en que ellos mataron á los roncaleses, lo cual, dice, no quieren éstos confesar porque como españoles huyen siempre de tenerse por vencidos». Pero si tal hubiera sido el origen de la prestación, llámese *weregild*, ó como quiera, que siempre al cabo es una pena que pagan los baretoneses, ¿era posible que éstos, si fueron vencedores de los roncaleses, hubieran consentido jamás la humillación que sufren cada vez que se renueva la ceremonia de ir desarmados donde nosotros llevamos armas, de presentarse con bandera blanca de paz donde nosotros la desplegamos roja, como de guerra; de que la cruz de picas, sobre la cual se presta el juramento, se forme con el hierro de la nuestra dentro de su territorio; de que nuestros escopeteros disparen contra Francia al hacer sus salvas, y de que sea el Alcalde de Isaba el que conozca de todas las cuestiones

(1) V. su texto en el P. Risco, *Esp. Sagr.*, t. XXXII, p. 256 y siguientes.

sobre pastos y aguas y prendamientos de ganados entre franceses y españoles, y las falle sin apelación, y nombre por último los guardas para uno y otro lado de la frontera? No por cierto, y todos estos caracteres de verdadero tributo impuesto por el español al francés, revelan con harta claridad que debió de ocurrir en época remota algún sangriento conflicto, en el cual no fueron los navarros los vencidos.

Y así sucedió en efecto. Movido un infatigable historiógrafo pamplonés (1) del deseo de escudriñar el misterioso origen de esta pecha, que con general admiración sobrevive á todos los cambios y revoluciones de ambos países, visitó hace unos pocos años la villa de Isaba con la esperanza de hallar noticias que hubieran podido salvarse del incendio de su archivo y de otros siniestros posteriores; y gracias á la bondad y diligencia de D. Fidel Mariano Sanz, secretario á la sazón de aquel ayuntamiento, pudo hacerse con un escrito acerca del tributo del valle de Baretons que, á vueltas de algunas atrevidas especies, hoy rechazadas en absoluto por la crítica histórica, contiene datos curiosos que desconocieron completamente los autores que le han precedido.—Resulta de este interesante papel (2), después de una fantástica excursión por la historia de los cimbrios, que allá en tiempos antiguos hubo grandes reyertas entre baretoneses y roncaleses, que suponemos nosotros serían por cuestiones de pastos y de aguas; que los roncaleses quedaron muy resentidos de sus vecinos y rayanos, y resueltos á tomar satisfacción de los agravios recibidos; que se declaró entre ellos cruda gue-

(1) Nuestro querido amigo D. Juan Iturralde, á quien con tanta frecuencia y con tanto gusto se nos ocurre citar, en su mencionado estudio sobre el tributo que vamos historiando.

(2) Lleva por título: *Compendial historia sobre el origen que tiene el tributo, feudo ó pecha de las tres vacas de dos años, de un pelaje, de un dentaje y de un cornaje, que el valle de Baretons, del reyno de Francia, paga anualmente, el dia 13 de julio, al valle de Roncal, que es de este reyno de Navarra: escrito por el mismo valle para dar noticia de ello al público.* No lleva fecha, pero se colige de su prólogo que se escribió á poco de haber sacado á luz el P. Risco el tomo XXXII de la *España Sagrada.*

rra, con incendios y estragos de todo género; que hubo de una y otra parte muchas muertes, y que al cabo de grandes calamidades, por restablecer la paz, se avinieron los baretoneses á pagar el tributo de las tres vacas. Para venir á este resultado, desfavorable sin duda alguna á los baretoneses, conjetura el autor que si estos,—ayudados de los cimbrios,—robaron y abrasaron como se cuenta todas las viviendas del valle y mataron mucha gente, nada tiene de extraño que, indignados los roncaleses, comenzaran contra sus invasores una guerra de exterminio, y que aterradas ante la magnitud de tales desastres algunas personas de autoridad, interviniesen para introducir la concordia, é *inteligenciados de los muchos daños que habían recibido los roncaleses, condenasen á los de Baretons á pagar dicho tributo todos los años perpetuamente.* «Con los antecedentes y fundamentos insinuados (dice la *Compendial Historia*) corrieron los tiempos hasta el año 1373, en el cual sobrevinieron ciertos motivos de guerra entre los dos referidos valles, por este caso: En lo alto del puerto, donde está la línea de división, hay una fuente en tierra de España, adonde acuden á dar agua á los ganados. Habiendo llegado á un mismo tiempo con sus reses Pedro Carrica, vecino de Isaba, y Pierra de Sansoler, baretonés, armaron entre ambos competencia sobre quién había de abrevar primero, y pasando de las palabras al obrar de manos, el Pedro Carrica mató á Pierra de Sansoler. Considerando el matador que luégo vendrían contra él, se ausentó con su ganado á otra parte; mas en cuanto llegó la noticia al valle de Baretons, se juntaron los alcaldes y jurados en el lugar de Aramiz: presentóse ante ellos el padre del difunto Pierra de Sansoler demandando satisfacción, y alegando que la muerte de su hijo no reconocía otra causa que el no pagar ya el valle de Baretons el tributo de las tres vacas: en vista de lo cual, sin más indagaciones, tomó por su cuenta el valle el vengar aquella muerte y el reivindicar las aguas de la fuente, á cuyo efecto nombraron por capitán á Anginar Sansoler, primo del difunto, hombre acauda-

lado y animoso. Aceptó éste el empeño, reunió gente, salió al puerto en busca de Pedro Carrica, y no encontrándole, bajó con los suyos al término de Belagua, donde estaba Antonia Garde, su mujer, escardando en una heredad; y habiéndola preguntado dónde se hallaba su marido, respondió que estaría en lo alto del puerto con el ganado. Entonces, con increíble inhumanidad, mataron á la Antonia Garde, sin que bastaran á salvarla los clamores de su inocencia y el hallarse en días de parir: y no sólo la mataron, sino que le abrieron el vientre, le sacaron la criatura, y haciendo cordel de los intestinos de la madre, colgaron el hijo de una rama de una haya, y consumada la crueldad, se volvieron á su valle de Baretons.—Luégo que los roncaleses supieron lo ocurrido, prorrumpieron en gritos de venganza, trocándose en odio de muerte el resentimiento que ya tenían por no pagarles los baretoneses el tributo, y aunque todos se dolían de la inaudita ferocidad de sus vecinos, nadie como el infeliz Pedro Carrica y sus parientes; los cuales, conferenciando entre sí, determinaron tomar satisfacción cumplida, sin divulgar el cómo. Tuvieron noticia de que en el lugar de Arette, uno de los del valle de Baretons, celebraban en casa de Anginar Sansoler el bautizo de uno de sus hijos: júntanse en la venta de Arraco, al pié del Hernaz, suben al puerto, permanecen allí emboscados todo el día, y á la hora en que calcularon que los de Sansoler estarían cenando, se presentan delante de la casa donde resuena la alegre algazara del convite, rompen la puerta con una viga, penetran dentro tumultuosamente capitaneando la cuadrilla el mismo Pedro Carrica, el cual, sin embargo de ser el principal injuriado, se encara con la mujer de Anginar de Sansoler, y le dice: Aunque pudiera matarte, como tu marido mató á mi mujer, no quiero hacerlo; quiero dejaros con vida á ti, á tu criatura y á otro que elijas para cuidar de vosotros.—Señala la mujer á un hermano suyo, y deja matar á su marido. Habíanse apoderado los roncaleses de la puerta principal para que nadie saliese de la casa, pero tuvo la suerte de poderse escapar una

criada por otra puerta, ó quizá por una ventana, y dió aviso á la gente del lugar de lo que pasaba; y juntándose los baretoneses en número superior á los roncaleses, sitúanse en un angosto desfiladero del camino por donde los navarros se retiraban, y allí, conforme iban pasando, mataron hasta veinticinco y no acabaron con todos porque pensaron que contra ellos irían después todos los habitantes del Roncal.—Por estas muertes se siguió implacable guerra entre los dos valles, aunque de las siete villas del valle navarro sólo quisieron tomar parte las de Isaba, Uztarroz, Urzainqui y Garde. Cuando los respectivos soberanos, Carlos II de Navarra y Gaston príncipe de Béarn, tuvieron noticia de tan deplorable rompimiento, despacharon órdenes para que los enemistados, ya sañudos contendientes, remitiesen sus respectivos agravios al conocimiento de los tribunales. El de Béarn escribió el primero al rey de Navarra haciéndole presente que sus vasallos eran oprimidos por los roncaleses; y el de Navarra le respondió que se hallaba noticioso de lo ocurrido, que había comunicado el caso á los de su Consejo real, y á los obispos y grandes, y que todos estaban en la persuasión de que sus vasallos los baretoneses eran los causantes de los daños. La juventud de una y otra parte hizo demostraciones belicosas, y en efecto, en lo alto del puerto de Hernaz ó de las Arras hubo batalla campal, y así en ella como en otros varios encuentros que tuvieron, llegaron á morir hasta cincuenta y tres roncaleses, y doscientos de la parte opuesta.—Hiciéronse varias tentativas de acomodamiento, todas infructuosas: conferenciaron los príncipes, eligiendo para ello como tierra neutral la villa de Ansó, del reino de Aragón; intervinieron como mediadores cuatro obispos, el de Bayona y el de Oleron por los baretoneses, y por los roncaleses el de Pamplona y el de Jaca; mediaron por último cierto rector de Aramits, varón de gran prestigio en toda la comarca de una y otra vertiente, y los abades del valle de Roncal con los rectores del valle de Baretons; pero todo fué inútil: á cada proyecto de pacificación seguía

un nuevo recrudecimiento de odios, y nuevas y sangrientas batallas. Cuentan que en una de estas se presentó capitaneando á los bearneses un agote (1) de cuatro orejas, hombre feroz y muy experto en el manejo de las armas, á quien mató, atravesándole el cuerpo de una lanzada, un membrudo roncalés de Garde, llamado Lucas López: lo cual produjo entre los baretoneses el pánico y dió la victoria á los navarros. Fué la batalla en Aguincea, en lo alto del puerto como casi todas, y allí duran todavía las piedras que por cada francés muerto levantaron los vencedores, que fueron muchísimas (2).—Compadecidos los de Ansó de tanto desastre, se ofrecieron como árbitros de las diferencias entre uno y otro valle, y aceptado el arbitraje, procedieron de modo que ninguno de ambos contendientes pudiese continuar la guerra, porque les impusieron la obligación juramentada de mantener treguas hasta que se dictase sentencia. Conviniendo en esto los valles, se nombró el tribunal, se obtuvo el permiso de los respectivos soberanos para constituirlo en forma, se fijó como garantía de aquiescencia al fallo que él pronunciase la pena de 3000 marcos de plata fina, á repartir entre el rey de Navarra, el conde de Foix, los jueces árbitros y el valle que se sometiese á la sentencia; y juradas y firmadas estas condiciones á 12 de Agosto de 1375, abrieron el juicio los 6 árbitros aragoneses, y después de oir los informes *in voce* de los defensores de las partes, dictaron esta sentencia: «Atento á los años de antigüedad con que el valle de Baretons ha pagado el tributo de »las tres vacas á val de Roncal, se determina que cumpla en »adelante perpetuamente, sin buscar pretexto ni causa alguna,

(1) Los *agotes* son una raza de gentes que todavía dura en el valle de Baztán, como veremos oportunamente. Llamábanlos también los *gafos* y los *leprosos*.

(2) Aún se enseña en el término de Aguincea, jurisdicción de Isaba, dice Iturralde, una planicie donde, según cuentan, tuvieron lugar los más rudos combates entre roncaleses y baretoneses, y donde fueron enterradas las víctimas, indicando el lugar de sus sepulturas numerosas piedras en forma de mojones, que ostentan cruces toscamente esculpidas y se hallan desparramadas por aquel solitario campo.

»el dia 13 de julio de cada un año; y asimismo declararon, que »el pedazo de puerto donde estaba la fuente, que correspondia »á val de Roncal, y no al valle de Baretons; advirtiendo asi»mismo, que éstos nunca pudiesen alegar derecho á dicha fuen»te; que en cuanto á las muertes que se habian hecho durante »la guerra, quedasen las unas por las otras; y que esta senten»cia se admitiese sin recurso, pena de los tres mil marcos de »plata expresados en el juramentado compromiso.—Item: decla»raron dichos jueces árbitros, que la entrega de dichas tres »vacas se hiciese todos los años en el puerto de Hernaz y muga »de San Martin, y que aquel dia tuviesen audiencia el alcalde »de Isaba y los jurados de val de Baretons para conocer de los »casos ocurridos en el ingreso del año; con otras providencias »que insertaron en dichos pactos del compromiso, siendo una »de ellas haber ido los jueces árbitros en persona al dicho »puerto de Hernaz y muga de San Martin, donde mandaron se »fijasen los mojones donde habian de celebrar la entrega de »las tres vacas.»—Sentencióse este pleito en la villa de Ansó, del Reyno de Aragon, en su Parroquial Iglesia y Torre de San Per, á 16 de Octubre del año 1375, en presencia de Sancho Aznarez, notario público.

Los dos valles se conformaron con esta sentencia y dieron gracias á Dios y á los jueces árbitros de haber sugerido un medio tan eficaz para acabar con la guerra y que viviesen en paz sus moradores. Desde que ella se dictó permanecen los valles en perfecta concordia. Compréndese sin embargo que nuestros vecinos de allende el Pirineo no mirasen con indiferencia tal práctica, por más que en ésta ciertas formas algo humillantes estuviesen compensadas con el goce de algunos pastos y aguas: así fué que en 1612, con motivo de habérseles rehusado una de las vacas por no reunir las condiciones exigidas, intentaron los baretoneses abolir el tributo, mediando comunicaciones entre uno y otro valle, poniendo aquellos en duda la autenticidad de la sentencia de 1375. Los roncaleses entonces se dirigieron á la

villa de Ansó, la cual procuró desentenderse de la obligación que había contraído constituyéndose por fiadora de la concordia; los baretoneses ofrecieron el importe de la vaca que habían dejado de entregar en 1612, y solicitaron que en adelante el tributo se pagara en dinero; mas no pudieron conseguirlo.—Negáronse también en 1613 y 1614 á cumplir lo estipulado; pero en 1615 hicieron entrega de todas las vacas que debían. Desde esa época intentaron en diferentes ocasiones resistirse al pago del tributo, y no fué poco lo que en este sentido gestionaron con motivo del tratado de Límites entre España y Francia, firmado en Bayona en 1858; pero por el artículo 13 del mismo quedó en su fuerza y vigor la sentencia arbitral de 1375, la cual se cumple hoy puntualmente.—Prueba de la importancia y del interés con que siempre fueron mirados en el país estos recuerdos, es un curioso bajo-relieve que adorna el respaldo de una de las sillas de coro de la iglesia parroquial de Isaba, donde un ingenioso tallista del siglo XVI representó con toda fidelidad la entrega de las tres vacas en la cumbre del Hernaz.

Tan celosos son los roncaleses de la conservación de sus privilegios, que nadie se ha atrevido á despojarles de éste, aun siendo tan contrario á las modernas ideas en materia de transacciones internacionales. Y no con menor ahínco defienden su inmemorial nobleza: á tal punto que puede dudarse si son tan linajudos como ellos los mismos vizcaínos. Sobre este punto puedo ofrecerte un curioso testimonio (1). Á mediados del siglo pasado pretendía el roncalés D. Juan Francisco Navarro, natural de la villa de Urzainqui, la merced y Real Cédula de asiento en Cortes por el brazo de la Nobleza, y la Diputación del Reino *se atrevió* á informar que, aun cuando aquel sujeto acreditase ser originario del valle de Roncal, y que hubiese habido en la villa de Urzainqui casa y familia de Navarro, esto solo justificaría una sencilla

(1) Existe en el tomo 2.º de las *Descripciones de Navarra*, manuscrito en 3 tomos que conserva la Real Academia de la Historia y de que se valió ésta para la redacción de su *Diccionario geográfico é histórico*, ya en otras ocasiones citado.

local hidalguía, insuficiente para el ingreso en las Cortes generales de la manera que solicitaba el interesado; añadiendo estas palabras: «los efectos de la nobleza de privilegio no se extien»den á obtener la gracia que esa parte pretende, aunque no de»ja de producir otros por los cuales el que la tiene se distingue »de los plebeyos.» El valle todo se resintió de este lenguaje de la Diputación, que estimó *injurioso* y *ofensivo á su honor*, y representó á la Diputación misma en Junio de 1759 por medio de una sentida petición que firmaron como *comisionarios* D. Miguel Francisco Ros y D. Pedro Miguel Ros. Recordaban éstos en su papel que reinando D. Felipe II, escribió D. Juan García un *Tratado de la nobleza de España* en que habló de la de los vizcaínos con algún menos decoro del conveniente, y éstos suplicaron al rey que se sirviese mandar recoger el libro y cuantos ejemplares se hubieran impreso, y que, una vez examinado, se testasen y borrasen las expresiones ofensivas á su nobleza; y que aunque el rey consideró que la mera opinión de un solo hombre no merecía tan grave cuidado, no obstante, porque no trascendiese al vulgo en mengua y deshonor de los vizcaínos, mandó reconocer dicho libro, y visto por el Consejo, acordó que se enmendasen, testasen y cancelasen, así en el original como en todos los ejemplares impresos, todas las palabras y expresiones contrarias á su nobleza. Y la conclusión que de esta cita sacaban, era: «si el concepto y expresiones de un hombre particular »empeñó á toda Vizcaya, é inclinó á la Majestad del Rey á re»coger aquel libro original y sus copias, y que en todas se tes»tasen y borrasen las palabras ofensivas á la nobleza vizcaina, »porque no quedase en lo sucesivo ni aun memoria de la ofensa; »reflexione la prudente y elevada consideracion de V. S. I. cómo »podrán aquietarse los Roncaleses á que corran dos libelos, ori»ginarios y descendientes, á voz y nombre del público represen»tado en el de V. S. I., y qué satisfaccion corresponde á tal in»juria. El valle se aquietará con la que Su Majestad se dignó »dar á Vizcaya, aunque el asumpto es mas grave, porque solo

»desea satisfacerse, no vindicarse. Suplica á V. S. I. con el mis»mo rendimiento se sirva disponer los medios mas oportunos y »eficaces para que quanto antes se recojan los expresados Ale»gatos, y que en ellos se cancelen, testen y borren las referidas »palabras por decreto y testimonio que conste en los mismos »autos, y que el Secretario de V. S. I. se lo dé del que se pro»veyere para en conservacion de su derecho, como lo espera el »valle de la generosidad, grandeza y justificacion de V. S. I., »que en ello, etc.» La Diputación decretó en 12 de dicho mes de Junio lo siguiente: «*Exibiendo el valle documentos que acrediten ser su nobleza de origen y dependencia, se tomará la resolucion correspondiente á las veras con que anhela la Diputacion su mayor lustre y esplendor, sin que las expresiones que recopila en su Memorial puedan ofenderle, ni dar motivo para presumirse lo contrario.—Doi fée y firmé.—Ignacio Navarro, Secretario.*»—Con certificación de este decreto, se alzó el valle para ante el Consejo con un largo pedimento, en que además de reproducir todo lo expuesto á la Diputación, se quejaba del decreto de ésta que «exigía pruebas de lo que era manifiesto á todo el mundo por las aseveraciones de los cronistas é historiadores y por las sentencias de los Tribunales, todos los quales habían afirmado que ya al nacer la monarquía navarra eran los roncaleses infanzones, hijosdalgo declarados por los reyes, y reconocidos nobles por naturaleza desde tiempo inmemorial, como valerosos, prontos, fieles, celosos servidores de Dios y de sus Majestades, con todas las qualidades requeridas (y en la más rígida censura) por la ley 24, lib. I, tít. 2 de la Novíss. Recop. establecida para los llamamientos á Cortes 824 años después de executoriada por regias declaraciones la nobleza Roncalesa. *Desde entonces* (decía el pedimento) *no ha decaido*, *conservando por hechos prácticos sus Naturales el mismo heróico espíritu y valor que heredaron de sus Mayores, entre otras por la insigne prerrogativa (acaso sin exemplar) de conservar Vasallos feudales en Reyno de otra Corona, y tan poderosa como la de Fran-*

cia, con prestaciones de Homagio y anual reconocimiento de honor, fidelidad, reverencia y sumision, y de la especialidad de no haberse satisfecho en la union al de Castilla con las Capitulaciones communes de el de Navarra, sino es que se le otorgaron otras muy particulares, y entre ellas la de militar con su Pendon (en que llevan por sus armas dibujada la cabeza del Rey moro) debajo del inmediato comando de la persona del Rey, ó de su Capitan General, y no de otro Capitan alguno, gracia que al mismo tiempo que prueba la confianza y benevolencia Real, supone la excelencia de sus méritos y prerrogativas, distintivas del honor que resplandece en el coronado escudo tremolado en el Pendon Roncales á presencia y en la guardia de las Personas Reales hasta dignarse permitirlo colocado á un lado de sus Reales blasones, dentro de las mismas Armas, aunque en distintos Quarteles.

Concluía el valle pidiendo al Consejo mandase extender auto de la presentación de sus Escrituras, y cancelar, testar y borrar todas las cláusulas que pudiesen ser ofensivas al honor y estimación de Roncal, con todo lo demás que al Consejo pareciese conveniente y fuese conforme á derecho y justicia, que pidió con las costas.—Dictó el Consejo auto á 26 de Junio de 1759 mandando dar traslado á la Diputación para que dijese y contestase dentro del término de tercero día, y lo firmaron los señores Maraver, Regente, Lanciego, Leyza, Azcona, Eguía, Sánchez, y Arastia, Secretario: notificóse á la Diputación en la sala de *la Preciosa*, en 28 del mismo mes, componiendo aquella D. Rafael de Balanza y los marqueses de Góngora y Fuerte-Gollano; y en 6 de Julio pidió el valle que al propio tiempo que del pleito, se hiciese relación de los autos fallados en 1632 entre Pascual, Felipe y Catalina de Atocha, hermanos, y el Real Fiscal y Patrimonial, cuyo oficio desempeñaba á la sazón Sebastián Olondriz y ejercía al presente Esteban de Gayarre: lo cual fué otorgado.—La Diputación, visto todo el proceso, cantó la palinodia en 13 de Julio con el Pedimento siguiente: «Su Majes-

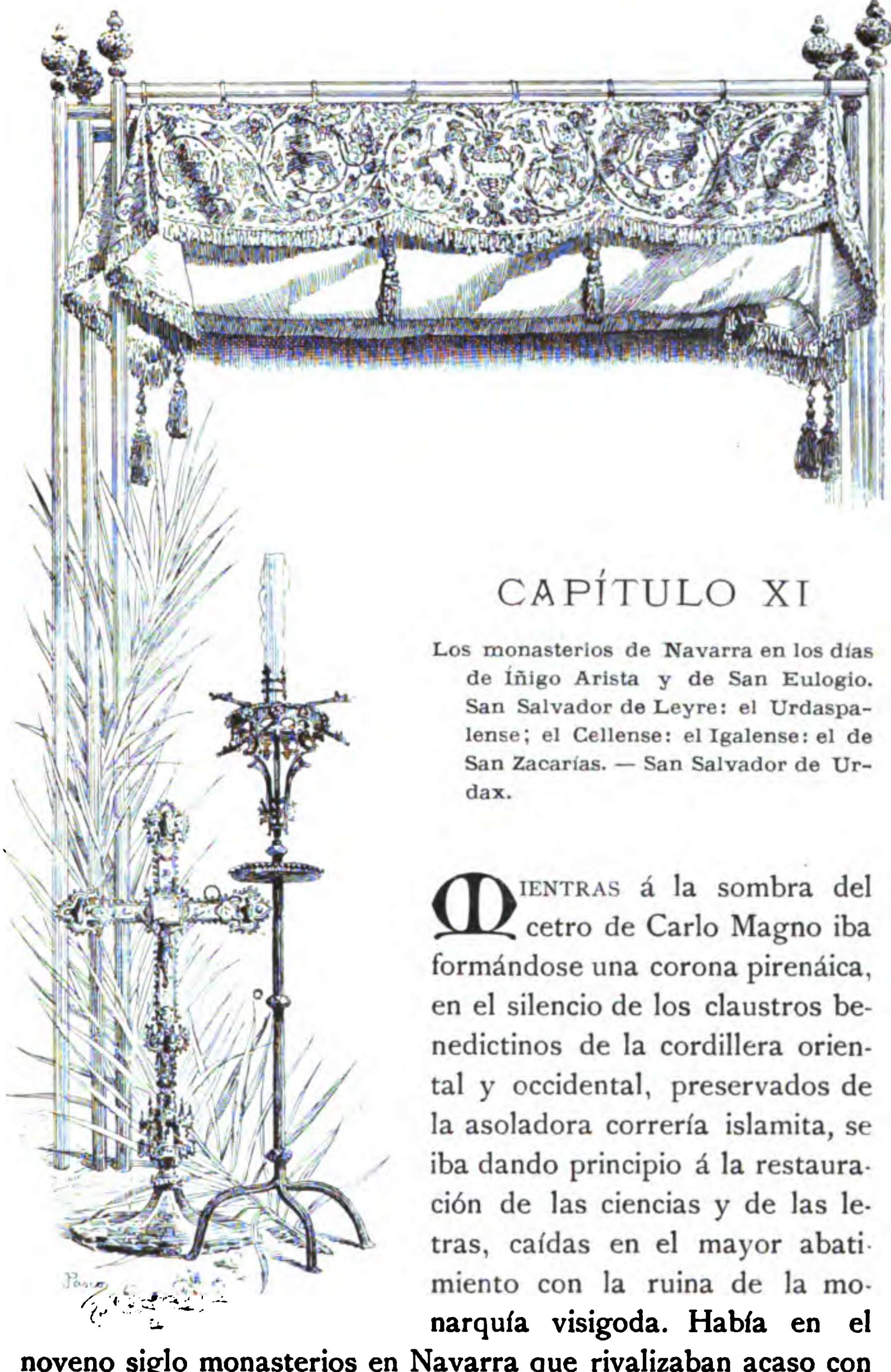
»tad: Francisco Antonio Antoñana, procurador de la Diputacion »de este Reyno, en su causa contra el valle de Roncal, como en »derecho mejor proceda y en respuesta á su Pedimento, folio »24, digo: Que las expresiones de los escritos folios 156 y 327, »producidas en la causa que sigue mi parte con D. Francisco »Navarro, se hicieron sin tener entonces noticia de las senten»cias pronunciadas y acumuladas en el pleito que el año 1632 »litigó el Fiscal de V. M. contra D. Domingo Atocha, ni de »otros documentos relativos á ser de origen y dependencia la »Hidalguía de los originarios del Valle, pues á haverla tenido, »se huvieran escusado, igualmente que el recurso del valle si »este huviese exibido á la Diputacion, mi parte, los documentos »que espuso en el Memorial que le presentó en el asumpto, co»mo lo da á entender su Decreto. Y mediante esto, parece no »queda ya motivo para el progreso del actual recurso. Atento »lo qual, y demás favorable, á V. M. suplico mande proveer co»mo va prevenido en esta respuesta, pues assí procede de justi»cia, que pido, &.—Ldo. Sesma é Igal.=Ldo. D. Bernabé Ro»meo.—Ldo. Rodriguez de Arellano.»—Ni aun con esta palinodia se dió por completamente satisfecho el valle, porque volvió á presentar un extenso alegato, diciendo: que no obstante aquella explícita confesión, debía para su justificación cabal y completa presentar todos los documentos en que fundaba sus honrosos timbres, desde la especial capitulación con el duque de Alba hasta las últimas sentencias referentes á la hidalguía de los originarios de tan privilegiada tierra; y acabó pidiendo, entre otras cosas, que con inserción de aquel cúmulo de escrituras y de todo lo actuado, se diese al valle la correspondiente ejecutoria, y que la confesión y reconocimiento obtenidos de la Diputación se testimoniasen en los autos mismos en que ésta había presentado los escritos donde constaban las expresiones ofensivas á la nobleza del valle, que habían dado margen al proceso.—Y después de evacuado el traslado conferido á la Diputación, ratificándose ésta en las últimas confesiones que había hecho, ente-

ramente favorables al valle, pronunció el Consejo en 14 de Agosto de 1759 su sentencia, declarando finido y acabado el recurso introducido por el valle de Roncal en virtud del referido allanamiento, y mandando que se pusiese copia de ésta en los autos pendientes entre dicha Diputación y D. Juan Francisco Navarro.

Recorramos ahora rápidamente los pueblos de este famoso valle de norte á mediodía, comenzando nuestra breve excursión en el sendero, pintoresco pero dificultoso, que baja del puerto de Uturceheta separándose hacia el sudeste del camino que conduce á Ochagavia. El primero que encontramos es la villa de UZTARROZ: sobre el río de este nombre, tiene un puente de piedra, en cuyo remate se levanta una antigua basílica consagrada á *San Nicasio*, que no ofrece cosa particular como monumento arquitectónico. En las alturas circunvecinas se ven, de un lado los vestigios de una ermita, que en la Edad-media fué muy visitada por los devotos de *San Cristóbal*, á quien se daba allí fervoroso culto; del otro las ermitas de *San Juan* y de *Nuestra Señora del Patrocinio*.—De aquí pasamos á ISABA, pueblo grande situado en la confluencia del Uztarroz con el Ezca, el cual hace de cabecera á otras tres villas asentadas en la canal de esta torrentera, que baja derecha del Pirineo á mezclar sus aguas con el Aragón pasando por las angosturas del monte Orba á la salida de Navarra. Ocupa Isaba la parte inferior de la vertiente de un monte alto y escarpado, cuya cúspide lleva el nombre de *San Julián* y *Santa Basilisa* por una ermita que hay en ella: llamada también *el castillo*, por uno muy fuerte que la enseñoreó y que lo dominaba todo. Tiene esta villa una iglesia parroquial consagrada á *San Ciprián*, espaciosa y ennoblecida con una muy alta torre; y en sus alrededores los montes Ardiridegainea, Aneveroa, Izeilmea y Saysehaderra (ó *monte hermoso*). Hay dos ermitas en su término, que se extiende hasta la raíz del puerto de Hernaz: *Ntra. Sra. de Arraco*, con una venta á la falda de

la montaña, y *Ntra. Sra. de Idoya ó del pantano.* Ya dejamos advertido que aunque de las siete villas del valle ninguna goza de preferencia sobre las otras, la de Isaba viene á ser de hecho como cabeza de todas ellas por la importancia que tenía antes del terrible incendio que la destruyó casi toda en el siglo XV, y por haber contenido su parroquia el archivo de todo el valle. La imagen de la Virgen que se venera en la ermita de Idoya ó *del pantano* goza fama de milagrosa por la tradición de haber sido descubierta en las aguas de éste: el pueblo todo de la comarca la tributa asiduo culto, y las devotas peregrinaciones á la santa basílica obligaron en tiempos pasados á construir junto á ella una hospedería muy capaz, desde cuyo pretil se disfrutan alegres vistas.—Sigue, en la misma hondonada torrencial del Ezca, la villa de URZAINQUI, dividida en dos barriadas por el lecho del río, las cuales se comunican por un puente. La plaza, con la casa de Ayuntamiento, el pósito, la carnicería y la herrería, están en un barrio, y en el otro la parroquia, de la advocación de *San Martín*, que parece á la vista, mirándola de frente, hallarse incrustada por su ábside en el monte Urralegui. Álzase en la cumbre de este monte la ermita de *San Andrés*, y en otro que la ciñe por ocaso se descubren otras dos, *San Salvador* en la falda, y *Santa Bárbara* en la cumbre.—De la villa de Urzainqui á RONCAL, que da su nombre á todo el valle, quizá por su posición céntrica en él, hay de tres á cuatro kilómetros de camino por la margen del Ezca, donde está también como encajonado. Partido en dos barrios como el otro pueblo, con una frondosa arboleda á la orilla del río, comunícanse entre sí los vecinos por medio de un puente de piedra. En el barrio principal, en suave pendiente, descuella su iglesia parroquial de *San Esteban*, de fábrica sólida, muy espaciosa, con ornato berninesco de buen efecto y torre de considerable elevación. En una plaza próxima están, observando su sacramental contigüidad, la casa de Ayuntamiento, el pósito, la carnicería y la herrería, y además el edificio donde se celebraban antiguamente las juntas del valle, y el

Archivo general. Pasamos el puente, y tomando una cuesta á levante nos encontramos insensiblemente trasladados al otro barrio de la villa, llamado *el castillo*, donde hay una ermita ó *basílica* (como dicen en toda Navarra) dedicada á *Ntra. Sra.* con ese nombre. Hubo aquí antiguamente un cenobio de la advocación de *San Martín*, que con sus decanías de Sios, Bagón, Anzauz y las iglesias de Roncal y Garde, fué donado al monasterio de San Salvador de Leire—por el rey D. Sancho Ramírez, dice la tradición—allá por los años 1085. De aquel antiguo cenobio apenas quedan vestigios.—Á unos 5 kilómetros hacia la izquierda, en la pendiente de la sierra de Navarzatu, está GARDE, con su muy devota basílica de *Ntra. Sra. de Ciburúa*, puesta en la misma vertiente de la montaña; y hacia la derecha, á poco más de media legua, VIDANGOZ, donde no tenemos nada que observar los aficionados á los monumentos de las artes, como no sea algún residuo de dudoso carácter en la antigua iglesia de San Pedro, regida en otros tiempos por el Prior de la Real Casa de Roncesvalles.—Y volviendo ahora al camino que baja por la canal del Ezca, llegamos á BURGUI, cuyo caserío se reparte entre la cuenca del río y la subida del monte Zazia. Otra antigua iglesia dedicada á *San Pedro* nos ofrece esta villa, de la cual era rector en remotos tiempos el Abad de Leire: grande y robusta construcción restaurada en época relativamente moderna. Dentro del término de Burgui y á una media legua de esta villa, al norte, está la ermita de *Ntra. Sra. del Camino*, y otra con la advocación de *Ntra. Sra. del Castillo*, donde hubo uno muy fuerte hasta principios del siglo XVI. Á otra media legua al Este se halla la casa del señorío de *Burdaspal* con las ruinas de una antigua iglesia de *San Salvador* y los vestigios del antiquísimo monasterio benedictino de *Urdaspal*, que hizo famoso visitándole en el noveno siglo el gran Doctor de la Iglesia mozárabe de Córdoba, San Eulogio, cuya peregrinación por Navarra en aquellos revueltos tiempos merece capítulo aparte.



CAPÍTULO XI

Los monasterios de Navarra en los días de Íñigo Arista y de San Eulogio. San Salvador de Leyre: el Urdaspalense; el Cellense: el Igalense: el de San Zacarías. — San Salvador de Urdax.

MIENTRAS á la sombra del cetro de Carlo Magno iba formándose una corona pirenáica, en el silencio de los claustros benedictinos de la cordillera oriental y occidental, preservados de la asoladora correría islamita, se iba dando principio á la restauración de las ciencias y de las letras, caídas en el mayor abatimiento con la ruina de la monarquía visigoda. Había en el noveno siglo monasterios en Navarra que rivalizaban acaso con aquel famoso cenobio de Santo Toribio de Liébana, que fué núcleo y base de la regeneración intelectual en el nuevo estado de

Asturias; y sin cercenar en lo mínimo la gloria que de esto les resulta á los monjes de la región Cantábrica, debemos decir que lo mismo que éstos se iban preparando los de la región montuosa que forma el grande istmo de los Pirineos, para llevar la cultura de la España cristiana al apogeo á que había de llegar á fines del siglo x. La escuela cristiana libre de los monasterios de Celanova, Albelda y Ripoll, no podía menos de extender sus luminosos rayos hasta las techumbres que cobijaban á la laboriosa colmena benedictina en Leire, San Zacarías, San Millán de la Cogolla y otros centros de virtud y de saber.

Las rivalidades propias de toda vecindad, nos hacen mirar con cierta aversión el feudo intelectual que nos impuso la Francia de Carlo Magno; y sin embargo es fuerza reconocer que sin la universal restauración promovida por aquel grande Emperador, nuestra empresa de restaurar la escuela isidoriana hubiera completamente fracasado. El progreso de las letras y de las artes en los cenobios de Cataluña, que tanto llegaron á florecer en el siglo x, sólo fué debido á la circunstancia de ser la región pirenáica oriental feudo de la corona de Francia. Oigamos acerca de esto al erudito y juicioso Eguren, reconocido por todos los críticos imparciales como la primera autoridad de nuestro tiempo en esta materia. «Para la restauración de la ciencia convino mucho que Cataluña careciese de soberano propio en los dos primeros tercios del siglo IX, pues siendo los condes meramente vitalicios, conservaban por completo el carácter de meros delegados de los soberanos francos, los cuales dispensaban alta estima y generosa protección á las artes y á las letras. Multiplicáronse por tanto los manuscritos en Cataluña, y adquirieron allí los monjes tanto amor al estudio, que tardó poco en llegar á cumplido término la restauración de la escuela española (entiéndase la *isidoriana*) en los monasterios de aquella importante comarca» (1).

(1) Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los archivos

Así, pues, lo mismo en Cataluña que en Asturias, se planteó en el siglo VIII y á principios del IX sobre firmes cimientos la restauración de la escuela visigoda del siglo VII, habiendo contribuído á dar impulso á esta obra inmortal la preponderancia y benéfico influjo de los soberanos carlovingios; y esto que se reconoce respecto de las regiones del Pirineo oriental y de toda la Cantabria, debe acaso reconocerse también respecto de la provincia que ocupa lo occidental de aquella gran barrera. Pocos son en verdad los monumentos literarios que subsisten de los santos cenobios que florecieron en Navarra, pero ¿qué mucho? ¿No han venido siendo éstos por espacio de siglos y siglos objeto de depredaciones de parte de toda clase de desaforados combatientes? Es un hecho indudable, y por varones muy doctos confirmado, que los autores de los siglos VIII y siguientes hasta el XIII, manejaron obras que hace largo tiempo desaparecieron, y por la narración de San Eulogio tenemos noticia de varios escritores cuyas producciones son al presente desconocidas. ¿Cómo se explica este hecho sino como efecto de las incursiones, turbulencias y destrozos de todo género que llevan consigo las guerras? Pero es posible, no intentamos negarlo, que por el mismo carácter de independencia que motivó la emancipación del naciente estado pirenáico, haciendo que la familia Jimena se rebelase contra la autoridad carolingia, los monasterios de Navarra se sustrajesen también á la influencia de la cultura de los francos cuando más les convenía someterse á ella para adelantar en la obra de la restauración científica y literaria, que los monjes de Cataluña, de la Cantabria y de Asturias iban por su parte llevando á cabo. Así y todo, es innegable que en los monasterios del Pirineo occidental no dejaron de cultivarse en cierta medida las letras, sagradas y profanas, como nos lo atestigua el mismo

eclesiásticos de España, escrita por D. José María de Eguren: obra premiada por la Biblioteca nacional en el concurso público de Enero de 1859, é impresa á expensas del Gobierno. Madrid: imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra: 1859. Parte 1.ª *Escuela isidoriana de la restauración: primera época:* p. XXXV.

San Eulogio que los visitó á mediados del siglo IX. — La peregrinación de este santo es por demás interesante para la historia de la cultura cristiana en Navarra.

Tenía Eulogio tres hermanos, Álvaro, Isidoro y José, y dos hermanas, Anulona y Niola. Siendo los muslimes dueños de las más pingües heredades en Córdoba y sus campos, y agobiando á los cristianos con tributos, los hermanos Álvaro é Isidoro habían tenido que dedicarse al tráfico exterior para poder sustentarse. José se había empleado en el servicio de Abderrahmán II, como otros jóvenes cristianos que en los días de tolerancia desempeñaban cargos de diversa índole cerca de los Califas; pero sustituyendo á la tolerancia la persecución, acababa de perder su empleo. Careciendo la madre de noticias de los dos hijos mayores, que habían ido á comerciar á Francia y se habían internado después por la Lombardía y la Baviera, Eulogio (dice Ambrosio de Morales con su sencillo y encantador estilo) «determinó ir á buscarlos ó á traer nuevas ciertas dellos á su madre, afligida con la ausencia de los hijos y de la hacenduela de todos, que se habían llevado.» Acompañóle en esta jornada el diácono Theodemundo, á quien amaba y tenía como á hijo. Llegado á Pamplona, recuperada de los sarracenos por Íñigo Arista, del año 848 al 849, fuéle necesario detenerse allí sin poder penetrar en Francia por hallarse en conflagración de guerra todo el Pirineo. Habíase levantado en el Languedoc contra el emperador Ludovico Pío el duque Guillermo, el cual, con el auxilio que le prestaban el Califa de Córdoba y su lugarteniente el rey moro de Zaragoza, talaba y destruía la Narbonesa y toda la llamada *Galia gótica*. Murió Ludovico con el disgusto de que su hijo Pipino no hubiese logrado sojuzgar á los rebeldes, y continuó la guerra reinando Carlos el Calvo. Por la parte occidental no era menos combatido el nieto de Carlo Magno, porque el conde Sancho Sánchez había sublevado la *Galia comata* ó Gascuña. Todo el mediodía de Francia, pues, estaba envuelto en asoladora guerra y el tránsito por cualquiera de los

puertos del Pirineo era, si no imposible, muy peligroso. Durante su permanencia forzosa en Pamplona, concibió Eulogio el proyecto de visitar los monasterios de Aragón y Navarra, y dándole el prelado Wilesindo, que á la sazón ocupaba la silla pampilonense, cartas y guías para facilitar su santa peregrinación, emprendió ésta, comenzando por San Salvador de Leyre, donde, según él mismo escribió después (1), se detuvo muchos días, conversando allí con varones muy señalados en el temor de Dios, y entretenido con los libros nuevos que halló en su biblioteca, que en su ansia de saber revolvió toda (2).

«Si hemos de atender á su antigüedad y á la predilección que le demostraron nuestros reyes (dice el docto y verídico Oihenart), corresponde de toda justicia el primer lugar entre los monasterios de Navarra, al de San Salvador de Leyre (3). Era su abad cuando lo visitó San Eulogio un deudo de la reina Oneca ó Íñiga, llamado Fortuño. No consta de instrumentos conocidos que se siguiese aún en él la regla de San Benito, aunque parece probable. Es fama que cuando el Arista fué proclamado como primer rey ó caudillo de la Vasconia pamplonesa, el cenobio de Leyre se hallaba tan ruinoso, que hubo necesidad de reedificarle: de aquí el aserto de los historiadores de que Íñigo Arista lo *restauró*.—Una vez restaurado y convertido en residencia habitual de los reyes ó caudillos navarros (4) en aquella época de continuas turbaciones, concíbese que su fábrica, torreada, almenada y defendida con matacanes y saeteras, revistiese el aspecto de una verdadera fortaleza (5); y compréndese también que fuera paulatinamente enriquecido por sus preclaros moradores.

(1) En su famosa carta al obispo Wilesindo, escrita en el año 851, de la cual se han hecho muchas ediciones.

(2) Este pormenor consta, no de su citada carta, sino de su libro *Apologético de los mártires*. Entre los libros que allí encontró, señala una narración de la vida y muerte del profeta Mahoma.

(3) *Si vetustatem et regum affectum attendamus, jure sibi primum locum vendicat Legerense S. Salvatori Sacrum.* NOTITIA UTRIUSQUE VASCONIÆ.

(4) *Reges sive duces*, los llama con razón Garibay.

(5) Cual aparece todavía en algunos muros de su parte antigua.

El mismo Íñigo Arista, que, aunque emparentado con muslimes y coligado á veces con los infieles contra el poderío de los francos, se retiró á pasar los últimos años de su vida en el santo cenobio, ¿podía dejar de favorecerle con toda clase de mercedes? Los cuerpos de las dos santas doncellas Nunilo y Alodia, martirizadas en Huesca durante el califato de Abde-r-rahmán II, por él fueron trasladados á Leyre: él mismo los recibió en el sagrado recinto, concurriendo á la edificante al par que tierna ceremonia el abad Fortuño como cabeza de la comunidad, y el obispo de Pamplona Wilesindo. El rey aquel día hizo al monasterio una considerable donación, que aumentó por su parte el prelado (1), y las de los monarcas que le sucedieron, sin intermisión, hasta el primer tercio del siglo XI, en que comienzan para la santa casa las larguezas del rey D. Sancho el Mayor, ofrecen curiosos caracteres. La donación de Sancho Garcés, el sobrino de Íñigo Arista, introduce verdadera novedad en la esencia de lo que á la comunidad se ofrece, que no se limita ya á las cosas necesarias y útiles, como las heredades, los campos, los molinos, etc., sino que se extiende á espiritualizar trofeos y objetos de lujo y mera ostentación. En efecto, no queriendo ese rey desmerecer de los sentimientos de piedad de sus padres y de sus parientes, antes bien ansioso de sobrepujarlos aunque modestamente diga que trata sólo de seguir su ejemplo, va con su esposa Toda al cenobio de Leyre á encomendarse á Dios y sus santos y á recibir por sus buenas obras la fraternidad y las bendiciones de los siervos de Dios, y ofrenda á San Salvador y á las santas mártires, en remisión de los pecados de sus padres, allí sepultados, cuatro banderas *(alvendes)* (2), y dos

(1) Le dió los lugares de Yesa y Benasa, cediéndole por su parte el obispo la mitad de las tercias decimales de la Valdonsella, Pintano y Artieda. Existe el documento de esta donación en un Cartulario de Leyre, de letra del siglo XI, que se conserva en la Real Academia de la Historia y que encabeza así: *Testamentum donationis quod ego Rex Eneco cum episcopo Gulgesendo facio in honorem Sancti Salvatoris et sanctarum virginum et martirum Nunilonis et Elodiæ.*

(2) *Quatuor aluendes*, dice con toda claridad la escritura, que es la cuarta del Cartulario citado. En la edición antigua del Glosario de Du Cange no se encuentra

tiendas, una espada, la loriga, la diadema, el escudo, la lanza, un caballo y un mulo con sus correspondientes sillas y frenos de plata; dos eunucos, dos vasos ó tazas de asta *(scyphos corneos)*, y dos villas, á saber, la de San Vicente y la de Liédena con todos sus términos. Da también al obispo D. Basilio, á quien llama su señor y maestro (1), un cáliz de plata, un balandrán *(ganapem pallium)* y dos paños de almohada *(pulvirania palla)*, un tapete ó alfombra *(tapetum)* y un caballo con silla y freno de plata. Á su vez el obispo ofrece á San Salvador y á las santas mártires toda la parte que le corresponde en el diezmo de los frutos de Valdonsella, Pintano y Artieda, completando generosamente la donación de su antecesor Wilesindo. Era en esta sazón abad del monasterio Sancho Gentulis, y él recibió todas esas mercedes y ofrendas en nombre de la comunidad en el año 908. Catorce años después, en 922, vuelven Sancho Garcés, y la reina Toda á hacer otra donación al mismo monasterio, consistente en las villas de Serramediana y Ondosa (?) con todos sus términos y pertenencias (2), y vuelven á comenzar las cesiones de haciendas y rentas, y las de riquezas eventuales, como la que hace el rey García Sánchez, hijo de Sancho Garcés en la era 976 (A. D. 938), ofreciendo á San Salvador de Leyre y su comunidad *todo cuanto desde aquel día logre con la divina asistencia ganar á los infieles* (3).—Pero á todos excedió en largueza el rey D. Sancho el Mayor, en cuyo tiempo llegó á ser la antigua y santa casa, como dijo el mismo monarca, *corte y corazón de su reino* (4). Se comprende que así fuera, atendido el mísero estado en que se hallaba la Sede pampilonense. La catedral, destruída y asolada, había sido trasladada hacía muchos

esta palabra, pero la edición de Didot de 1840, ordenada por Henschel con los *Suplementos* de Carpenter, trae bajo el vocablo *Albenda* el texto mismo de la escritura de nuestro Cartulario, y lo traduce por banda, talabarte, bandera, etc.

(1) *Domno Basilio, episcopo, domino et magistro nostro.*

(2) Escritura 5.ª del precitado Cartulario.

(3) Escritura 6.ª de dicho Cartulario.

(4) *Jusque regium et præcordiale totius regni mei.*

años al áspero y montañoso asiento de San Salvador de Leyre, sin que se sepa el tiempo fijo en que se verificó esta translación, si bien se atribuye al reinado del mismo que restauró el monasterio, esto es, de Íñigo Arista: de manera que puede decirse que el antiguo y humilde cenobio vino á ser en el breve decurso de aquel reinado catedral y palacio.—No hemos de entrar en una prolija y cansada reseña de las donaciones que al monasterio legerense hicieron D. Sancho el Mayor y sus sucesores: el *Libro becerro* de Leyre ha sido registrado y explotado ya por muy diligentes escritores, cuya tarea era bosquejar el origen y progresos del cristianismo en Navarra (1), y los trabajos de éstos hacen excusadas nuestras investigaciones; pero sí haremos mención especial de un notable privilegio concedido al monasterio por el referido D. Sancho, y de una novedad ocurrida en él en el siglo XI.

La novedad fué la introducción de la reforma cluniacense; y el privilegio, que todos los que en lo sucesivo ocupasen la sede de Pamplona hubieran de proceder del santo cenobio. No consta en qué año se introdujo en éste la regla de Cluni: se sabe que D. Sancho el Mayor quiso sujetarle á ella, como lo hizo con San Juan de la Peña; pero que embarazado por los ruegos de los grandes, obispos y abades presentes en el concilio del año 1022, no pudo realizar su deseo de ponerlo debajo de la protección de San Pedro y San Pablo (que eran los de Cluni), ni honrarlo con nuevos privilegios, por causa de la restauración de la Sede iruniense, que todos unánimemente le pedían como atención preferente. Era esto en rigor un mero pretexto, del que los magnates y el alto clero, no tan *afrancesados* á la sazón como el monarca, se valían para aplazar una me-

(1) Pueden verse sobre el particular los artículos LEYRE y NAVARRA del Diccionario de la Academia, ya repetidamente citado. El largo trabajo del segundo de estos artículos contiene una riquísima compilación de memorias, privilegios é instrumentos de todo género referentes á Leyre y á la sede pamplonesa, desde el tiempo de Wilesindo hasta el presente siglo.

dida que les era poco simpática. La antipatía al instinto cluniacense francés triunfó por muchos años del deseo de los reyes de Navarra, los cuales sólo al espirar el siglo XI, en el año 1090, rigiendo el cetro Sancho Ramírez, lograron aquella satisfacción concediendo á Leyre *las exénciones del de Cluni*. En cuanto al privilegio de que todos los obispos de Pamplona hubieran de proceder del monasterio de Leyre, consta que fué otorgado en un concilio de esta ciudad: lleva por título *Privilegio real y pontifical en honor de Santa María de la Sede de Pamplona y del monasterio de San Salvador de Leyre, decretado por el esclarecidísimo rey Sancho*, y es un documento precioso, no sólo porque impone á la corona el deber de elegir obispos, rectores y gobernadores para la iglesia iruniense de entre los monjes del cenobio de Leyre, con la cooperación de los obispos comprovinciales y mediante el favor de todos los señores y caballeros militantes; sino también por el sabor á santo y á primitivo que se nota en su lenguaje en la parte que se refiere á las calidades de los obispos y á su preconización. «Mandamos, dice, »que con el más exquisito cuidado elijan esposos (es decir, obis»pos) del orden regular, que sean varones prudentes y muy »probados en buenas obras, y muy dignos del honor sacerdotal »y pontifical, y que, siendo preconizados por todo el pueblo »como idóneos, asciendan á la cumbre episcopal dignamente, »reputándolos todos como llenos de bondad y afabilidad, hu»mildes, amables, deseados, probados, disertos, bienhechores, »pacíficos, misericordiosos, piadosos, justicieros, mansos, benig»nos, tranquilos y castos. Estén además muy instruídos en los »oficios eclesiásticos, sean salmistas, computistas, cantores, lec»tores, y hombres llenos de santa fe.» (1)

Poco más de siglo y medio había transcurrido desde que Íñigo Arista fundó la monarquía pirenáica, y ya sus sucesores otorga-

(1) *Colección de Cánones y de todos los Concilios de la Iglesia española*, por D. Juan Tejada y Ramiro, parte 2.ª, tomo III, p. 80 y siguientes.

ban estos privilegios presentándose en los concilios rodeados de una corte fastuosa y titulándose reyes de Pamplona, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza, toda la Gascuña, Álava, Castilla, Asturias, León y Astorga! El que acabamos de mencionar fué otorgado y confirmado en presencia de obispos, abades y próceres y del pueblo todo, congregados en Concilio, corriendo la Era de 1061 (A. D. 1023), día tercero de las kalendas de Octubre (20 de Setiembre), siendo testigos la reina Jimena, madre del rey, la reina D.ª Mayor, con sus hijos García, Fernando, Gundesalvo y el hermano de estos, Ramiro; los obispos Mancio de Aragón, Sancho de Pamplona, García de Nájera, Arnulfo de Ribagorza, Munio de Álava, Julián de Castilla y Poncio de Oviedo; presentes también Arduino, gramático (redactor de este curioso instrumento), y los señores ó ancianos Fortuño Sánchez, Jimeno Garcés, Fortuño Sanz, Aznar hijo de Fortuño, García hijo de Fortuño, y Lope Íñiguez.—Para memoria de los beneficios que la catedral de Pamplona había recibido del monasterio legerense, dado que la restauración de aquella Sede se estaba verificando con los bienes de la iglesia de San Salvador, el obispo D. Sancho II entabló hermandad perpetua entre los monjes y los canónigos, de tal manera que las iglesias de Pamplona y Leyre se tuviesen por una misma. De aquí provino que el prelado D. Juan, su sucesor en el pontificado, se titulase tan pronto *obispo de Pamplona* como *obispo de Leyre*, porque ambas iglesias suponían una misma catedral y un mismo obispado, que era el de Navarra; dándose también el caso de que en algunos diplomas suscribiese *Joannes ecclesiæ Navarrensium rector*. Andando el tiempo, bajo el reinado de D. Sancho Ramírez, dejó de ser Leyre asiento de los obispos de Pamplona y perdió los derechos de concatedral, aunque siempre duró la hermandad entre las dos iglesias y prosiguieron los reyes mirando con particular predilección al monasterio, como lo acreditan sus diplomas.

No debemos perdernos en el enmarañado laberinto de las mercedes *supuestas:* si fuésemos á dar crédito á todas las anti-

guas escrituras, resultaría que este monasterio llegó á tener en el siglo XI el señorío de toda la región pirenáica, desde Cataluña hasta muy dentro de las provincias vascongadas. Para la sana crítica basta que digamos que, no contentos los reyes de Navarra hasta D. Sancho el Mayor con haber hecho de Leyre la Sede del Obispado, su palacio, su corte y el asiento de sus concilios, le eligieron también para su enterramiento y panteón real. Añadiremos, para que se tenga una idea aproximada de la extensión de su poderío semi-feudal, que en los tiempos de su mayor esplendor llegó á tener bajo su señorío y jurisdicción cincuenta y ocho pueblos y setenta y dos casas religiosas entre iglesias y monasterios (1).

Con estos precedentes históricos puedes, lector amigo, haberte formado un regular concepto de la importancia del más antiguo y famoso de todos los monasterios de Navarra. Con decirte ahora que la reina D.ª Oneca, mujer de Íñigo Arista, tenía especial devoción á esta santa casa por saber que sus antepasados la habían erigido y dotado (2), y que en ella fué sepultado el conde Jimeno de Bigorre, tronco de la dinastía formada entre las fragosidades de la región pirenáica al emanciparse los vascones de la supremacia del rey franco Ludovico Pío, comprenderás por qué bajo el humilde exterior de un santuario construído estratégicamente en paraje inaccesible á las embestidas de los ejércitos islamitas, se oculta una joya arquitectónica de gran valor para el arqueólogo. Porque se trata nada menos que de una construcción anterior quizá al siglo VIII, restaurada en el IX, y vuelta á reedificar en los siglos XI y XIII.—Pero antes de manifestarte lo que de estos diversos tiempos se discierne en el curioso monumento que voy á poner ante tus ojos, permíteme amenizar

(1) Los hemos enumerado en nuestra monografía de *San Salvador de Leyre* que vió la luz pública en el *Museo español de antigüedades,* tomo V, p. 207 y siguientes. Pueden también verse en el Diccionario geográfico-histórico de la Academia, art. LEYRE.

(2) Afírmalo MORET. *Anal.*, lib. VI, c. III, rey D. Íñigo Ximenez.

con una leyenda de un caso prodigioso, que muy respetables autores narran como suceso histórico, el monótono relato de las donaciones, que queda atrás, y la prolija descripción de pormenores artísticos, que tenemos delante y nos espera.

Refiérese que allá á mediados del siglo VIII (1), y antes por consiguiente de que hubiese nacido la monarquía pirenáica, era Abad de Leyre un venerable anciano llamado Virila, el cual un día, cansado de meditar acerca de la gloria de los bienaventurados, que no acertaba á comprender como sucesión nunca interrumpida de himnos angélicos, dado el hastío que acá en el mundo nos producen las cosas más gratas y perfectas, se salió al campo á espaciar su ánimo y refrescar su imaginación acalorada. Había en los contornos del monasterio un inculto bosque, con una hondonada donde la cantidad y espesura de los árboles formaba laberinto intrincado y revuelto, en que fácilmente se perdían los que allí sin guía penetraban. Este desordenado y peligroso boscaje, donde la vegetación en su primitiva lozanía y exuberancia se ostentaba con toda la hermosa selvatiquez de la naturaleza virgen, aún existía cuando el P. Moret escribía sus *Anales* de Navarra, porque cuenta él que unos *monjes mozos* de Leyre, en un día de diversión de campo, se perdieron allí, y pasaron muy gran susto hasta que acudieron otros á sus gritos y los sacaron fuera (2). El anciano Abad, pues, fatigado de andar por aquella selva, se paró en dicha hondonada sin poder dar un paso más, junto á una fuentecilla que bajo la embovedada hojarasca manaba entre unas peñas, y donde un añoso tronco de roble le brindaba rústico asiento. Acomodóse en él, y ya empezaba á adormecerse al dulce murmurio del manantial y al influjo

(1) No se fija con exactitud la época en que fué Abad de Leyre San Virila. Moret no determina cuándo comenzó su abadiato: hay historiadores que lo ponen en el siglo IX; otros lo retrasan al siglo X. Seguimos al diligente y concienzudo Don Juan Iturralde al atribuirlo al siglo VIII, según puede verse en la preciosa leyenda que publicó sobre este asunto en la *Euskal-erria*, número del 30 de Setiembre de 1885.

(2) MORET, *Anal.*, lib. XII, c. III, § II, 11.

de la grata frescura que por sus cansados miembros se difundía, cuando llegaron á sus oídos los deliciosos gorjeos de un pajarillo, más melodioso que cuantos había escuchado en su larga vida, el cual, después de revolotear por algunos instantes de uno en otro arbusto, posó al fin en la más alta rama de un acebo como engreído cantor que de todas partes quiere ser visto y oído. Entonces formuló Virila en su pensamiento esta reflexión: hermoso y dulce es el gorjeo de esa avecilla y podría oirse sin tedio casi una hora; pero ¿será posible escuchar sin fastidio, siempre, siempre, por toda la eternidad, los mismos coros de los ángeles? ¡Eternidad! ¿qué flor habrá en tus dominios cuyo perfume agrade siempre al olfato; qué belleza que recree siempre la vista; qué canto que halague siempre el oído?—El pájaro seguía cantando y redoblando su melódico ardor; sus cadenciosos trinos embelesaron al meditabundo Abad; y no cesando los gorjeos del misterioso cantorcillo de la selva, fué poco á poco graduándose el éxtasis de Virila, que lejos de hastiarse de la inesperada y dulcísima improvisación del ave *solista*, seguía atento y embebecido todos sus giros y mudanzas.—Es fama que el pájaro estuvo cantando día y noche, semanas enteras, meses, años, hasta tres siglos, sin cansarse de improvisar..... ni Virila de oir; sin advertir éste los cambios de las estaciones, ni las nevadas, lluvias y tormentas; sin curarse del fragor de las armas, que las incesantes luchas entre cristianos y muslimes, y las de los cristianos entre sí, llevaron durante aquel largo tiempo á la siempre combatida frontera de Aragón y de Navarra; ni de los grandes sucesos que ocurrieron en el cenobio legerense, faustos unos y calamitosos otros, bajo catorce reinados consecutivos!... Las naturales vicisitudes de tres siglos no turbaron la paz de aquella selva: pasaron por ella sin tocarla, haciéndose sólo sentir en sus contornos, como un asolador ciclón que destruyéndolo todo en su vertiginosa furia, respeta caprichoso lo que parecía amagado del mismo infausto destino. Para Virila los tres siglos transcurridos no habían sido más que el breve espacio que media entre el sol

que tramonta y las luminarias del cielo que se encienden.—Fama es también que cuando se acabó el canto del ave mensajera de Dios, al querer Virila dejar el rústico banco y volverse al monasterio, en la clara donde manaba la fuentecilla se encontró formado un espeso y enmarañado plantío, del cual apenas podía desembarazarse con el débil esfuerzo de sus entumidos miembros; y que en el camino del bosque al monasterio encontró tales transformaciones, que creyó muchas veces haber perdido el seso.—Guiado por el són de una campana (1), llegó después de largo rato al convento, pero ni pudo encontrar su puerta, ni en el vetusto muro se notaba señal de que hubiese existido donde la buscaba. Examinó cuidadosamente el edificio, y creció su confusión al ver que muchas ventanas que poco antes había dejado abiertas, estaban tapiadas y sustituídas por otras que él no había visto nunca. El monasterio le pareció más vasto, y en vez de los tiernos olmos y robles que detrás del ábside de la iglesia crecían, elevábanse corpulentos y retorcidos árboles cuyas ramas sombreaban los tejados de losa. Detúvose por fin ante una puerta de hierro y golpeó en ella fuertemente: oyóse el rechinar de los cerrojos, y poco después un religioso desconocido le hizo entrar en un espacioso zaguán provisto de toscos escaños. Sentóse Virila, y miró estupefacto aquella estancia que no recordaba haber visto jamás.—Ya se iluminaba el horizonte con los primeros resplandores del día, y llamados por la campana, se dirigían multitud de monjes á trabajar al campo, provistos de pesados útiles de labranza. Deteníanse respetuosos al pasar por delante del recién llegado, y pronto se reunió allí toda la comunidad. Adelantóse el que la presidía, y dijo afablemente á Virila:—Padre, según vuestro hábito pertenecéis á la orden benedictina, y esta llegada á hora

(1) Desde aquí copiamos la leyenda del Sr. Iturralde, que no hemos tomado íntegra á pesar de ser muy preferible á la nuestra, por su mucho desarrollo. El final cuadra perfectamente con nuestra versión, como era natural, escribiendo ambos sobre el mismo tema legendario.

tan desusada y la fatiga que os rinde, demuestran que os habéis extraviado en la sierra. Bien venido seáis al santo asilo de San Salvador, y bendito sea Dios que nos depara el favor de albergar y servir á un hermano.—Intentó levantarse el santo abad, sin saber lo que significaban tan extrañas palabras, y exclamó tembloroso: Decidme, por caridad, si sueño! ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Dónde me encuentro? ¿No es este el monasterio de Leyre?—Este es, contestó el monje; pero permitid que á mi vez os pregunte: ¿quién sois vos, que tanta sorpresa mostráis?—Soy Virila, el abad, que poco há me ausenté para pasear por la montaña: balbuceó el santo con terror.—Pintóse en todos los rostros el asombro: miráronse los monjes unos á otros con expresión de lástima, creyendo demente al desconocido; pero tal era la seguridad con que éste se expresaba y tantos los pormenores que dió respecto del convento, que por fin llegó á sospecharse que en tan extraño suceso había algo de maravilloso. Recordáronse ciertas noticias que por tradición se sabían: examináronse vetustos pergaminos del archivo, y por ellos se vió que en efecto, hacía unos trescientos años, había gobernado el monasterio un abad llamado Virila, religioso santo que se suponía haber sido devorado por las fieras, porque habiendo ido cierta tarde al vecino monte, no había vuelto ni se pudo averiguar qué había sido de él.—Esclarecióse más y más el extraordinario acontecimiento: recordó Virila su temeraria duda, sus angustiosas reflexiones acerca de la esencia de la gloria eterna, su éxtasis escuchando al pajarillo que sin duda le había mandado el cielo, y comprendiendo que los que él juzgó breves momentos habían sido siglos, gracias á la misericordia infinita del Señor, que tan milagrosamente le había aleccionado y fortalecido en la fe (1), exclamó con fervorosa gratitud dejándose caer de hinojos: ¡Dios clemente, si la lengua de un simple pajarillo movida por tu santo amor puede dar al hombre inefables deli-

(1) Hasta aquí lo copiado de la leyenda del Sr. Iturralde.

cias durante tres siglos, ¿qué gozos no tendrás reservados á tus escogidos en los coros de los ángeles que han de durar toda la eternidad!—Descendió entonces á la sombría cripta del templo á orar acompañado de toda la comunidad: preparóse á dejar este mundo, y después de recibir los últimos sacramentos y de pasar dos días en fervorosas oraciones, voló su santa alma á las mansiones celestiales.—«De este prodigioso suceso, dice el piadoso analista (1), cuya memoria retienen aquellos monjes como heredada, fuera de su dicho, sólo hallamos de fundamento una piedra en el claustro viejo, que es de grande antigüedad, y en ella esculpido un pajarillo sobre un báculo abacial, que indica hubo algo de esto que así se refiere.» Otras dos cosas se conservan intactas todavía, añade Iturralde: en el monte del monasterio, la fuentecilla donde se dice ocurrió el milagroso éxtasis del santo abad; y en la memoria del pueblo, la tradición piadosa que queda relatada.

Como panteón de los primeros reyes de Navarra, es el monasterio de Leyre objeto de muy importante y difícil estudio (2). No yacen hoy en él los despojos mortales de aquellos ínclitos y esforzados caudillos: repetidas veces fueron sus huesos profanados; pero hasta el año 1863, aun después de violadas sus venerandas urnas, allí subsistieron. La historia de dichas profanaciones es interesante, pero demasiado entretenida: conténtate con saber que corriendo el año 1613, en vida del obispo de Pamplona D. Fr. Prudencio de Sandoval, haciendo obra en el muro del mediodía de la nave de la Epístola, al abrir una puerta para la nueva sacristía, quedó de manifiesto un arco dentro del cual había dos grandes sepulcros de piedra: en uno de ellos se encontró un cadáver solo: en el otro, quince juntos, descubriéndose entre los huesos pedazos de telas tejidas de oro, plata

(1) MORET: *Anal.* loc. cit.

(2) Lo hicimos, guiándonos por la crítica histórica y la arqueología monumental, en nuestra citada monografía del *Museo español de antigüedades*, cap. IV y V.

y seda de color morado, azul y verde, con algunos trozos de madera labrada en forma de cetros reales y otros de marfil en figura de empuñaduras de espada, sin inscripción alguna. Al reconocimiento de estos despojos se halló presente el referido prelado, gran investigador de antigüedades, y con él otros personajes: y dió razón del hallazgo el docto analista P. Moret en 1677, reproduciendo luégo su relato el laborioso Abella, en su artículo *Leyre* del *Diccionario de la Academia de la Historia*. En época posterior á la publicación de los *Anales* de Navarra, sin que se pueda fijar la fecha, se hizo el desatino de trasladar á cuatro urnas de madera, que por de fuera formaban un solo cuerpo, los 16 cadáveres que se habían encontrado en los dos sepulcros de piedra, y después de escribir allí con color al óleo y entre filetes dorados los nombres de varios reyes de Navarra, reales y efectivos unos, y fantásticos otros, fueron dichas urnas colocadas en el presbiterio, en una como tribuna alta, á que se dió el nombre de *Panteón real*.—Pero estaban aquellos despojos destinados á no lograr reposo, porque cuando se llevó á efecto la supresión de los regulares en la provincia de Navarra y el monasterio legerense entró en la masa general de los bienes nacionales, el arcón de madera fué de nuevo profanado, y los huesos de los príncipes rodaron por el pavimento del desolado y pavoroso templo, abierto á las alimañas del monte.—El digno y celòso vicario de Yesa, D. Miguel Casave, coadyuvando á sus gestiones el no menos digno arquitecto de la provincia (que lo era entonces el Sr. D. Maximiano Hijón), logró salvar lo que pudo recogerse de los venerandos restos: órdenes concordes, una del provisor del obispado, dirigida al párroco, y otra del gobernador enderezada al alcalde de Yesa, dispusieron la traslación de aquellos huesos á este pueblo, encerrándolos en una caja nueva y sencilla. Coincidía esto con una enérgica moción hecha en la Real Academia de San Fernando en favor del ruinoso monasterio, por el docto y perseverante defensor de la malparada riqueza monumental de España, D. Valentín Carde-

rera: á la cual siguieron otras gestiones que con igual ardor, si bien con menos autoridad, hizo el que esto escribe como representante de la Comisión encargada de publicar los *monumentos arquitectónicos de España;* y cooperando con incansable é ilustrada solicitud los individuos de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de Navarra, Sres. D. Manuel Mercader, canónigo dignidad y provisor del obispado, el mencionado don Maximiano Hijón, y D. Juan Iturralde y Suit, activo y entendido Secretario de aquella Corporación, logróse por fin que el templo de Leyre fuese por el Gobierno exceptuado de la desamortización y se conservase convertido en parroquia rural para la cura de almas de los muchos pastores que en aquel término apacientan los rebaños de los ganaderos de Liédena, Sangüesa y otros pueblos de la comarca, y que carecían de todo auxilio espiritual. — Y volvamos á la urna de madera en que estaban revueltos los huesos de los preclaros reyes de Navarra. La tabla de su frente contenía estos nombres, arbitraria y caprichosamente colocados: Sancho Garcés, Ximeno Íñiguez, Íñigo Arista, García Íñiguez, Fortunio VIII, Sancho Abarca, García Sánchez, Sancho García, García Sánchez (por segunda vez), Ramiro VIII, Andrés, príncipe, Martín Febo, príncipe, y siete reinas; y el buen rector de Yesa creyó que estas inscripciones debían conservarse, por lo cual dispuso que se aprovechase la tabla que las contenía al construir la nueva arca: de consiguiente los nombres que se leen hoy en la impropiamente llamada *urna de los reyes*, son los mismos que se escribieron muchos años después de haberse descubierto las dos verdaderas urnas de piedra que vió abrir el obispo Sandoval. Por consiguiente, los diez y seis cadáveres que en 1613 se descubrieron dentro de las dos urnas de piedra, habían aumentado por ensalmo hasta diez y nueve después de acordarse su traslación al arcón de madera; y como por otra parte al trasladar estos despojos á Yesa, se metieron en la nueva caja huesos que andaban esparcidos por el suelo del templo, es muy de temer que cuando se realice el proyecto

de reunir en un sarcófago marmóreo (1) los restos mortales de los reyes que fueron sepultados en Leyre, queden asociados con ellos los de algunos oscuros monjes. Pero hay más: ¿con qué autoridad se inscribieron los nombres citados? En las urnas descubiertas en 1613 no había nombre alguno: habrán sido tomados acaso del *necrologio* del monasterio, ó del catálogo que formaba parte del *libro de la Regla* de Leyre, hoy perdido, y cuya autenticidad está ya bastante desacreditada. —Por otra parte ¿cómo es posible suponer que los reyes de Navarra anteriores á D. Sancho el Mayor no tuvieran en Leyre sus sepulturas separadas y distintas? Aquellos primeros reyes ó caudillos, descendientes de un vasco francés conde de Bigorre que había gozado largos años del favor de la dinastía carolingia ¿no habían de seguir los usos y costumbres, y las reglas canónicas que en orden á enterramientos en las iglesias observaban sus progenitores? Íñigo Arista haría en esto lo que vió hacer á su padre, y si es cierto, como parece probable, que el conde Jimeno fué sepultado en Leyre, debe tenerse por seguro que se habría hecho enterrar como eran inhumados todos los personajes de cuenta bajo el reinado de Carlo Magno y de sus inmediatos sucesores. Poníanse entonces las tumbas por lo general bajo los aleros y canales de las techumbres de las iglesias, capillas y oratorios, como lo refiere de uno de aquellos magnates el célebre *Roman de Rou:*

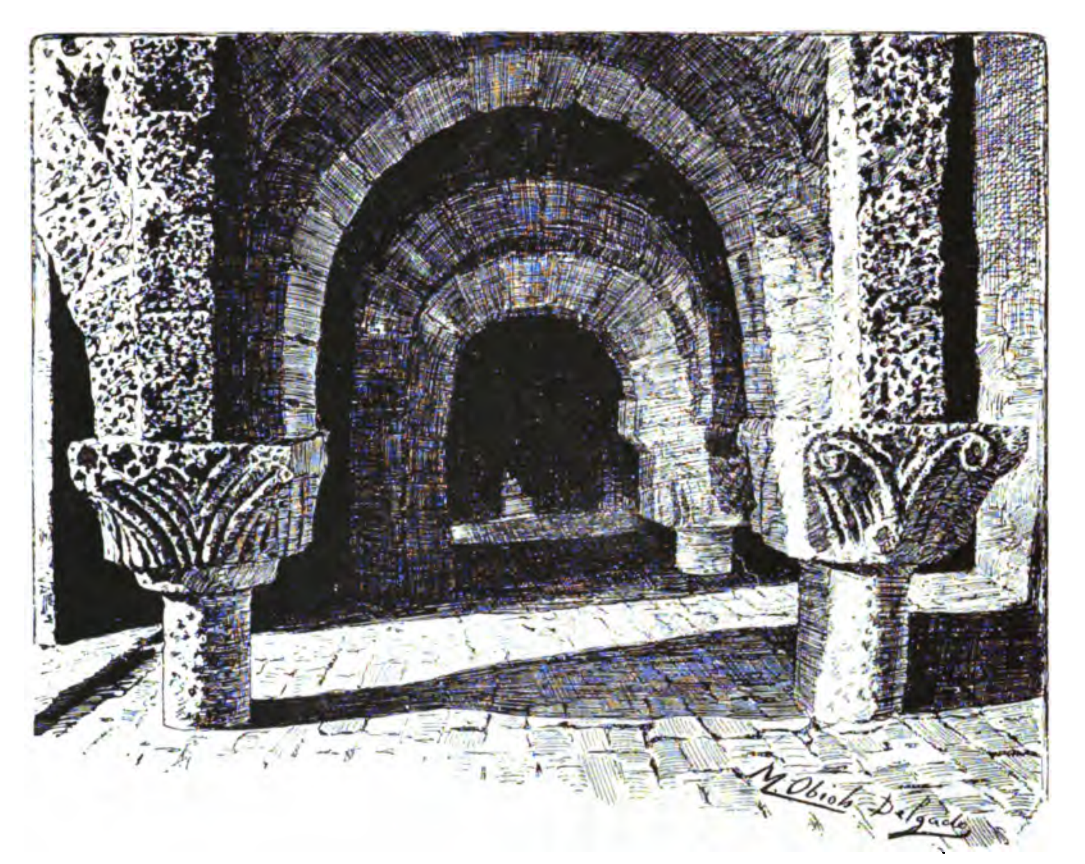
Un sarkeu fist apareillier
lez la meisiere del mustier
a metre emprès sa mort sun cors
suz la gutiere de defors (2).

---

(1) Anunciábame este proyecto el Sr. D. Hermenegildo Oyaga, digno capellán de Leyre, en carta que tuvo la bondad de dirigirme á Pamplona en 21 de Octubre de 1884.

(2) Hizo preparar un sarcófago arrimado al muro de la iglesia para que pusieran en él, después de muerto, su cuerpo, debajo de la canal exterior. Vers. 5879 y siguientes.

Otras veces se colocaban en los pórticos ó vestíbulos de los templos, porque la regla que generalmente se siguió hasta fines del siglo XII, fué no dar sepultura dentro de las iglesias *ni aun á los mismos reyes*, á no ser que por circunstancias extraordinarias fueran reputados dignos de tan especial distinción. No sólo no debían ser enterrados en las iglesias los reyes y magnates, antes de la mencionada fecha, pero ni siquiera habían de erigírseles monumentos con lápidas conmemorativas é inscripciones. Así se hallaba establecido por los antiguos cánones de los concilios y por las antiguas constituciones imperiales, principalmente por la célebre de Teodosio. No negaremos que estas prohibiciones fueron poco obedecidas en tiempo de Carlo Magno, en que el abuso de enterrar en los templos hizo exclamar al obispo de Orleans, Teodulfo, que *sus iglesias se habían convertido en cementerios;* pero es muy de tener en cuenta que de esta queja se tomó pié para renovar en los Capitulares del año 797 la prohibición antigua; la cual en los años posteriores fué adoptada por todos los concilios y sínodos que arreglaron este punto de disciplina eclesiástica. De modo que prescindiendo de los abusos que en esta materia pudieron seguir cometiéndose, tenemos á Francia y España uniformes en la práctica ajustada á la grandiosa norma que la Iglesia latina sugirió á Teodosio, y debemos creer que así como Alfonso el Casto, estimándose indigno de ocupar después de muerto el sagrado lugar en que estaban las reliquias de los santos, segregó para enterramiento suyo y de sus sucesores á los piés de su iglesia de Oviedo un paraje especial que le sirviese de panteón, de igual manera escogería Íñigo Arista, y su padre el conde Jimeno, un lugar adecuado en el monasterio de Leyre para panteón suyo y de su descendencia. El ejemplo de los reyes de Asturias no podía ser indiferente á los del Pirineo y Pamplona que con ellos mantenían frecuente comercio: Ramiro I, coetáneo del Arista, falleció en el año 850 y se hizo enterrar en el panteón del rey Casto; Ordoño I, muerto en 866, allí mismo fué enterrado; y si ningún rey



SAN SALVADOR DE LEYRE.—Cripta ó Iglesia baja

español ni franco se atrevía á profanar con su cadáver el lugar consagrado al culto de Dios y de sus santos ¿porqué habremos de suponer que, adelantándose cuatro siglos los primeros reyes de Navarra en la abusiva costumbre de los reyes y magnates del XIII, se hicieran enterrar dentro del templo mismo de San Salvador?

Hay en la iglesia de Leyre un lugar notoriamente destinado á este uso, que es la cripta, vulgarmente llamada *iglesia baja*. Esta cripta ó subterráneo, que bien pudiera ser reliquia de la construcción del noveno siglo, atendida la forma singular de sus capiteles, consta de dos secciones: una de ellas, la principal, ocupa toda el área de la iglesia alta en su parte más antigua, que es la del crucero y presbiterio; la otra sección es como una cámara adyacente, compuesta de dos piezas seguidas, separada de la cripta propiamente dicha por un robusto muro y en comunicación con ella por medio de una puerta. Las dos piezas de esta parte de la cripta de Leyre, la segunda de las cuales ofrece en la pared un hueco ú hornacina de unos dos metros de largo, que no tiene hoy destino conocido, se comunican á su vez con otros departamentos subterráneos, que van ora en dirección del antiguo claustro, ora atravesando por debajo del templo de norte á mediodía. En aquella parte principal de la cripta que llaman hoy *iglesia baja* ó *iglesia antigua*, estarían depositados, siguiendo la costumbre de los primeros siglos del cristianismo, los cuerpos de las dos santas mártires patronas de la iglesia y monasterio, dádiva inapreciable del Arista, el del obispo de Pamplona, Marciano, y el de San Virila, el abad de los recuerdos legendarios. Las reliquias de las santas hermanas Nunilo y Alodia, estarían allí colocadas en una disposición análoga á la que tenía, por ejemplo, el cuerpo de San Avito en la cripta de la iglesia que en Orleans le erigió Childeberto á su regreso de la guerra de España: á una de las extremidades del eje mayor estaría la urna en que se encerraban los santos despojos, ocupando la parte designada con el nombre de *martyrium*; al otro

extremo, y en el área del pequeño ábside de la cripta, estaría el altar; los cuerpos de San Marciano y San Virila se hallarían acaso depositados junto al muro. No es fácil hoy calcular cuál sería la disposición de la cripta antigua, ni aun afirmar siquiera que en la primitiva iglesia hubiese cripta; pero creemos que después de reedificado San Salvador por Íñigo Arista, los reyes tendrían su enterramiento, ya en el pórtico ó vestíbulo del templo, ya arrimado á sus muros por la parte exterior y bajo las canales de su alero; bien en el claustro, ó bien, por último, en la parte correspondiente á esa cámara subterránea contigua á la cripta propiamente dicha, porque en cualquiera de estos lugares podían tener sus sepulcros con arreglo á las leyes civiles y eclesiásticas, ora de Francia, ora de España.

Suponemos que si los despojos reales estuvieron enterrados en la cámara sepulcral referida antes de la segunda reedificación del templo en el siglo XI, allí continuarían hasta que en el XIII se emprendió la reforma de la iglesia para reducir sus tres naves á una sola, espaciosa y desembarazada, como la vemos hoy, respetando el crucero y el presbiterio románicos. Entonces probablemente, difundida ya por Europa la abusiva costumbre de enterrar á los reyes dentro de los templos, en los lucillos de sus muros ú ocupando las naves, y aun los presbiterios, serían colocadas en el paraje de la iglesia que pareciese más adecuado las tumbas reales y las arcas de los cuerpos santos; y luégo, andando el tiempo, en época relativamente moderna, comenzaría la profanación que descubrió el provisor Sr. Mercader en su visita á la sagrada cripta en 1864, donde la sola remoción del inmenso osario que casi por completo se había tragado las columnas y pilares en que descansa la bóveda, produjo en su presencia una demudación completa de la fisonomía arquitectónica que antes presentaba esta parte del edificio. En cuanto aquella celosa y diligente autoridad hizo descombrar y limpiar el profanado hipogeo, distinguimos claramente en él una construcción carlovingia, anterior á todo lo edificado en la parte alta del templo.

En la época temerariamente innovadora del Renacimiento, no por causa estética ni por prescripción litúrgica, sino por otro motivo menos noble, serían probablemente trasladados los restos de los reyes, del lugar aparente que quizá ocuparían en la iglesia, á las dos urnas de piedra, donde, sin inscripción alguna y en revuelta congerie de huesos, pedazos de tela, cetros rotos y empuñaduras de espadas, los tuvieron vergonzosamente emparedados los monjes de Leyre hasta el día en que, por una rara casualidad, remanecieron á vista y presencia del sabio prelado Fr. Prudencio de Sandoval á principios del siglo XVII: que no parecía sino que emparedando las dos urnas y escondiéndolas á toda humana pesquisa, se trataba de ocultar y borrar para siempre hasta de la memoria de los hombres unos despojos odiosos. ¡Tanto había decaído el interés por los recuerdos de los reyes privativos de Navarra desde que el astuto D. Fernando el Católico, apoderado de este reino, había logrado en 1512 ceñirse violentamente la corona de Sancho el Mayor y de Sancho el Fuerte! ¡Así custodiaban los ya degenerados cistercienses del siglo XVI el precioso legado de sus antecesores!—Sancho Ramírez se lo había entregado en el siglo XI á los de Cluni. Desposeídos éstos por los del Cister, bajo el reinado y por influjo de D. Teobaldo I, habían en el siglo XIII entregado el venerando depósito á sus émulos los *monjes blancos*. Unos y otros, cluniacenses y cistercienses, *negros* y *blancos*, como se los llamaba en la Edad media, con sus encarnizadas luchas por la posesión del monasterio legenrense, durante varios pontificados, desde Gregorio IX hasta Clemente V, convirtieron muchas veces la santa casa en ruidoso palenque de escándalos, robos y profanación de los más sagrados objetos. Los despojos de los antiguos reyes de Navarra habían dormido sin embargo en sus inviolados sepulcros, ya fuera, ya dentro de la iglesia de su predilecto cenobio, y fué necesario que llegase la época en que las cadenas de Sancho el Fuerte quedaran reducidas á un mero cuartel del escudo de España bajo los lambrequines de Castilla y Aragón, para que,

ó por exigencia del vencedor, ó por vil adulación del vencido, fuesen arrancados de su secular reposo, secuestrados dentro de un muro y entregados al olvido!

¿Deduciremos de todo esto que no son despojos de los reyes de Navarra los restos de que tratamos? Si después de la exclaustración llevada á cabo en nuestros días, y mientras la veneranda necrópolis legerense estuvo profanada, rodaron por el suelo los huesos extraídos de la rota urna de madera, claro es que también pudieron extraerse de la cripta, de mucho tiempo atrás convertida en carnario del monasterio, otros despojos de monjes, y en promiscua y sacrílega nivelación, duro escarnio de la santa igualdad de la tumba, ser arrojados y despedazarse juntos contra las yertas losas los cráneos del humilde monje y del héroe que ciñó regia corona. Pero no es probable que los profanadores desde el año 1836 acá se hayan entretenido en subir del osario de la cripta á la iglesia huesos de frailes, sólo para proporcionarse el maligno placer de mezclarlos con los de la regia urna; y basta que una tradición no interrumpida abone la calificación de *reales* que de dichos restos se hace, para que deba prescindirse del enojoso accidente de haber sido algunos de ellos recogidos del suelo al cabo de varios años de abandono.—Mas no por esto debe asegurarse que esas reliquias de mal conservados esqueletos, corresponden á los reyes y príncipes de Navarra que la urna moderna designa, y no á otros. Semejante aseveración carecería de sólido fundamento. De 1866 acá, apurados con notable maestría por dos doctos académicos de la Historia (1) cuántos datos suministran los documentos de más indubitada autenticidad en la ardua empresa de esclarecer los orígenes del reino pirenáico, las ímprobas tareas de los antiguos historiadores sobre esta materia han perdido casi toda su importancia, y el que penetre hoy en ese enmarañado y oscuro laberinto con tan buena guía, á la luz que suministran el códice medianense, la crónica manuscrita

(1) Los dos señores hermanos Oliver (D. José y D. Manuel) ya citados.

del colegio de San Andrés de Burdeos y el pergamino de Leyre, existente en la Real Academia de la Historia, fácilmente reconocerá como único verosímil entre todos los sistemas que se han ideado para fijar la sucesión de los reyes de Navarra, el que haciendo derivar á Íñigo Jiménez, vulgarmente llamado *el Arista*, y á García Jiménez su hermano, del conde Jimeno, depuesto del gobierno de uno de los territorios de la Vasconia francesa por el rey Ludovico Pío, relega como fabulosos los otros personajes anteriores á éstos, calificados también de reyes por Garibay, Moret, Traggia y otros escritores. La más añeja crónica de la Edad-media hasta ahora conocida, con autoridad indisputada nos convence de cuán improbable es la existencia de los reyes anteriores á Íñigo Jiménez; de lo quimérico del Sancho Garcés, tío del Arista, á quien se supone enterrado en San Juan de la Peña, que aún no había sido fundado; de lo erróneo de mirar á Sancho Garcés I como segundo de este nombre y como hermano de Fortuño Garcés, y el confundirlo al mismo tiempo con Sancho Abarca; y por fin, de lo temerario de dar por enterrados en Leyre, antes de la mitad del décimo siglo, á casi todos los que en el Pirineo y en Pamplona reinaron hasta ese tiempo; cuando lo único que resulta averiguado y puesto en claro, es, que en el indicado período, sólo yacieron en el santo cenobio, elevado por ellos á la categoría de panteón real, los cuerpos de los personajes y reyes siguientes:—Íñigo Jiménez, primer rey;—un Jimeno Íñiguez, que pudo ser el padre del Arista, y aquel mismo conde vascón rebelado contra Ludovico Pío y refugiado en España;—Fortuño Garcés, del cual consta que pasó retirado en Leyre los últimos años de su fenomenal longevidad, después que su tío Sancho Garcés I se alzó con el trono de Pamplona, del que hizo copartícipes á sus hermanos Íñigo y Jimeno;—García Jiménez, hermano del Arista, y su mujer;—y los padres de la reina Toda, esposa de Sancho Garcés I (1). Sólo estos fueron los reyes sepultados en Leyre

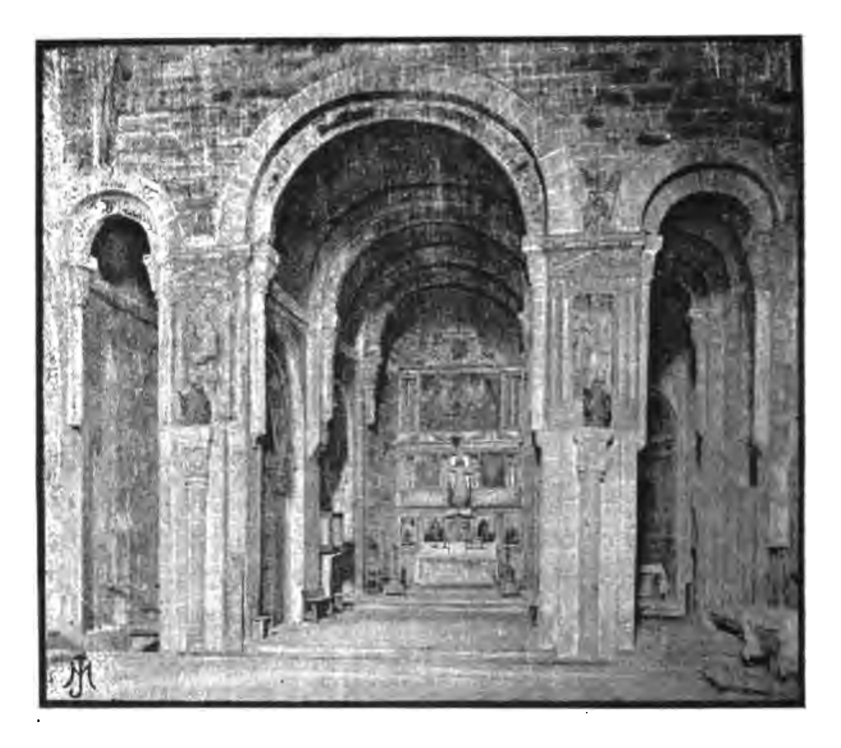
(1) Así consta de una carta de donación á San Salvador de Leyre que éstos

hasta la Era en que la crónica *medianense* fué escrita; pero hoy sería temeridad poner sus nombres en el arca donde se contienen los despojos sacados del derruido Panteón real, porque las vicisitudes ocurridas en éste han convertido casi en mera tradición lo que pudo ser, sin ellas, verdadera certidumbre histórica.

La iglesia de San Salvador de Leyre viene á formar un conjunto de dos construcciones unidas, una á continuación de otra, pero de diferente época y estilo. En rigor son tres épocas las que su fábrica acusa: la carlovingia en la cripta, como resto venerando de la reedificación que en el siglo IX llevó á cabo Íñigo Arista; luégo la románica del siglo XI, en el presbiterio y naves adyacentes, única parte que subsiste de la iglesia consagrada en tiempo del rey D. Pedro Sánchez en 24 de Octubre de 1098; y por último, la cisterciense del siglo XIII, manifiesta en la gran nave que en dicha centuria sustituyó á las tres antiguas del cuerpo de la iglesia. La cripta ocupa la misma área que el presbiterio del templo que sobre ella se levanta, y sus dos ábsides laterales, y presenta la singularidad de que las naves que corren de oriente á occidente no son tres, como en la construcción superior, sino cuatro: lo cual es debido á prudente previsión del arquitecto, que quiso robustecer el piso del presbiterio poniendo debajo una fila de columnas en que descansase el eje de la nave central.—La cabecera de la iglesia alta, obra ciertamente del siglo XI, ofrece grande interés: presenta tres ábsides y tres naves de sólo dos tramos, cubiertos de bóveda de medio cañón, rematando en hornacina: tiene por sostenes gruesos muros y robustas pilas rectangulares, á cuyas caras de oriente y ocaso van adosadas columnas sin basa, como hincadas en el pavimento. Estas mismas pilas llevan en los costados de norte y mediodía columnas suspendidas que apean en repisas cónicas, levantadas del suelo á más altura que los capiteles de las columnas prime-

otorgaron en 908, en la cual se halla estampada esta inequívoca frase: *pro remissione peccatorum parentum nostrorum quiescentium in monasterio eodem.*

ras; y sobre ellas voltean las fajas ó zunchos que entiban los cañones de bóveda que cubren las naves. Las primeras columnas, ó sea las que descansan en el suelo, sirven de apeo á las archivoltas que fortalecen las arquerías de división de las naves;



SAN SALVADOR DE LEYRE.—INTERIOR DE LA IGLESIA ALTA

pero las dos que salen al crucero, no teniendo hoy archivoltas que carguen sobre ellas, llevan sobre sus capiteles imágenes de santos, destino que seguramente no tuvieron en la construcción románica del siglo XI, la cual, según todas las probabilidades, carecía de crucero y prolongaba sus tres naves sin interrupción desde la cabecera hasta el hastial. Las ventanas de medio punto de los tres ábsides, son las únicas luces que recibe esta parte del templo: lóbrego y espantable visto en la denudación en que

nosotros le hallamos en nuestro primer viaje del año 1865, y sin embargo, de una elegancia notable estudiado en el plano del arquitecto (1). No hay en él un arco apuntado, no hay un chaflán ni en las aristas de las pilas, ni en las severas y clásicas archivoltas, ni en las fajas de éstas y de las bóvedas, ni un solo capitel exornado con motivo alguno iconístico: contemplamos uno de los más interesantes modelos de la arquitectura benedictina del siglo XI, pero no de la arquitectura de Cluni y de Vézelay, sino de aquella otra más severa que le precedió, sabia y clásica en la construcción, y en el ornato semi-bárbara; de aquel arte que aún ignoraba la exuberancia ó más bien *intemperancia* ornamental de los arquitectos cluniacenses, y que se mantenía extraño á las profanidades, tan severamente censuradas un siglo después por San Bernardo.

Es de notar que aunque de época distinta esta parte de la iglesia y la cripta, en ambas se ven capiteles que revelan la labra de estos miembros decorativos propia del período carolin-

(1) Nuestros amigos, los señores Hijón é Iturralde, celosísimos vocales, que á la sazón eran de la Comisión de Monumentos de Navarra, á los dos años de nuestra primera visita á Leyre, deseosos de cooperar al propósito de salvar de la destrucción este interesantísimo templo, levantaron y remitieron á nuestra Real Academia de San Fernando excelentes planos, ejecutados con una conciencia digna de todo elogio. Es este trabajo, en cuanto á la parte gráfica, un estudio completo del monasterio de Leyre y principalmente de su templo, en tres grandes hojas que comprenden el plano de situación de todo el convento con su monte, huertas y corrales adyacentes; las plantas de la iglesia y de la cripta con las cámaras y subterráneos contiguos á ésta; las secciones longitudinal y transversal de ambas construcciones; la fachada principal de la iglesia; la proyección de su bóveda; los nueve capiteles de la cripta y los 24 de la parte más antigua de la iglesia: todos perfectamente dibujados y sombreados con conciencia de grabador; el estudio de la armadura, proyectada por el Sr. Hijón, para cubrir de nuevo toda la iglesia y preservarla de la destrucción á que estaba expuesta; los alzados del arruinado convento antiguo y algunos de sus más interesantes detalles;—y otras tres hojas menores en que se reproducen el tímpano del pórtico, los capiteles del mismo y la mesa de altar que hay en la cripta, la piscina, y un Santo Cristo que se hallaba antiguamente sobre dicho altar y hoy se conserva en la iglesia de Yesa. Esperamos que algún día verá la luz pública este precioso trabajo en la gran publicación de los *Monumentos arquitectónicos de España*, obra por desgracia suspendida hace algunos años, y de cuya continuación no puede el Gobierno honrosamente desentenderse.

gio (1); y es que sin duda alguna al edificar los benedictinos en el siglo XI la iglesia alta, aprovecharon capiteles y fustes de columnas de la restauración que hizo Íñigo Arista en el siglo IX. El aparejo de estos capiteles es el mismo que empleaban los arquitectos y escultores merovingios y carlovingios, sin más modificación que la consiguiente á un arte practicado en país de montaña, lejos de los centros de cultura, y desprovisto de modelos del arte clásico antiguo. Ya es la pirámide ó el cono truncado inverso en compenetración con el cubo; ya el solo cubo con imperfectos chaflanes en los ángulos inferiores. Sobre este aparejo viene el ornato á modificar los lineamentos generales: imitación vergonzante de la palmeta griega y bizantina, redúcese este ornato á simples molduras curvas, á guisa de medias cañas ó rieles, que ya sirven de fondo, donde campean otros en forma de vástagos ó caulículos, ya se parten en abanico, ya remedan las volutas jónicas, ya los tallos de apio rizándose por las extremidades. Es verdad que algunas veces se revela la pobreza de la inventiva en la desnudez de los tambores y en los adornos rehundidos en sus planos ó en las caras de los ábacos; pero por lo general la tendencia á reproducir, ya la voluta jónica ó el caulículo corintio, ya la piña y la perla bizantina, ya la palmeta asiria, es muy manifiesta. Si no aparece más marcada, es porque el escultor careció de medios técnicos: no supo *sacar de puntos* en el bloque del capitel las graciosas curvas de las hojas antiguas, y lo único que se le alcanzó fué dibujar con hondos surcos en el plano de piedra los tallos con que iba á exornarle y redondear la superficie de estos tallos, dejando de relieve, á fuerza de quitár fondo, á la manera de un grabador en madera, las perlas ú óvolos que resaltan en los chaflanes ó rematan por el pié los caulículos. Este procedimiento nos parece

(1) No puedo aquí entretenerme en demostrar este aserto, que exigiría una larga exposición de principios y datos arqueológicos. Creo haberlo ampliamente demostrado en mi monografía sobre *San Salvador de Leyre* publicada en el tomo 5.º del *Museo español de antigüedades*.

muy propio de los tímidos artífices que labraron los capiteles de los edificios merovingios y carlovingios, pero nada en armonía con las prácticas libres de los escultores del siglo XI, que poblaron de copiosa vegetación oriental y occidental, y de los más caprichosos seres animados, las columnatas de los templos románicos.—Los capiteles de la cripta presentan entre sí más variedad, ó mejor dicho más discordancia unos con otros, que los de la cabecera de la iglesia alta. Nueve capiteles contamos en ella: de estos, sólo cuatro tienen astrágalo, pero tan disimulado, que más bien parece una primera moldura del capitel, de sección elíptica. Todos son de tan enorme volumen atendido el módulo de las columnas que los sostienen, que no fijándose en las dos gruesas pilas en que estriba el peso principal de la maciza fábrica, aparece á primera vista la bóveda de la cripta como sustentada en zancos: tan delgadas son estas columnas, hincadas sin basa en el pavimento; tan abultados esos capiteles; y tan entendido se mostró en las leyes de la estática el arquitecto del siglo IX que trazó esta construcción.—Los capiteles de la cabecera del templo, por el contrario, son uniformes, con escasas variaciones: todos presentan en su tambor la forma del cubo en compenetración con el cono inverso, ó del cubo meramente achaflanado por la base: llevan su astrágalo correspondiente, y á veces no uno solo, sino dos, y rematan en un ábaco ó tablero biselado, que en siete de ellos ostenta por adorno grecas grabadas de estilo latino-bizantino. Su tambor aparece exornado con caulículos y rieles, y con perlas ó bolas, y aun alguna vez con cierto remedo de las antiguas palmetas orientales y griegas; pero también algunos de ellos carecen de todo ornato y tienen sus caras enteramente desnudas.

Á la cabecera románica de tres naves, que hemos clasificado como obra del siglo XI (1), sigue formando con ella un

(1) Muy interesante sería saber la época precisa en que fué reedificada la iglesia á cuya consagración asistió el rey D. Pedro Sánchez; mas ya que esto no

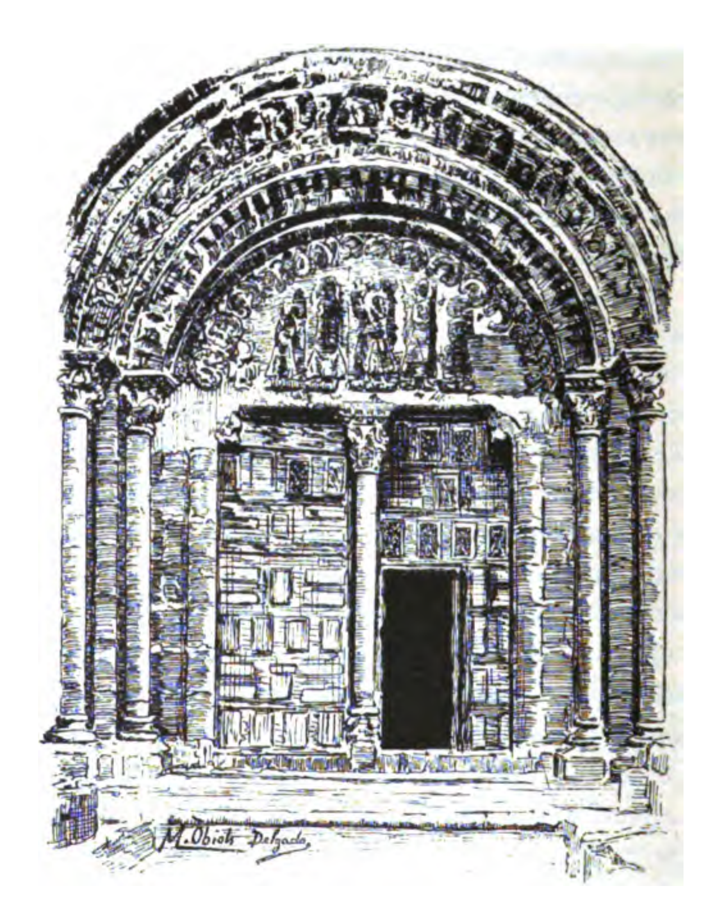
todo otra construcción de un solo buque ó nave, de cuatro tramos de bóveda ojival primitiva, que consideramos como reforma llevada á cabo en el templo de Leyre en la primera mitad del siglo XIII. Esta espaciosa nave, que mide unos 14 metros de anchura por más de 29 de longitud, no tiene de la estructura que vulgarmente llamamos *gótica* más que la apariencia, pues el empuje de la bóveda ojival, si bien circunscrito á los pilares, no se halla contrarrestado en ella por arbotantes, sino meramente por el gran espesor de los muros á que están adosados dichos pilares, de donde arrancan las archivoltas y los aristones. Su construcción es pues esencialmente románica, y bien lo patentizan las tres grandes cimbras de medio punto que, como arcos de descarga, robustecen el muro al mediodía; pero no es del románico que podríamos llamar florido, tan característico de la arquitectura cluniacense, sino de aquel otro románico que usaron los monjes del Cister, sobrio y desnudo de todo ornato. La historia suministra completa luz respecto de esta súbita transformación en la fisonomía general de las construcciones benedictinas. San Bernardo, abad de Claraval, profesaba la regla austera del Cister. Muchas veces desde el púlpito de la famosa iglesia de Vézelay, que venía siendo con la de Cluni el modelo de la arquitectura románica iconística, había clamado con toda la pasión que inspira una convicción profunda, contra el excesivo lujo desplegado en los templos y contra aquellas figuras extra-

conste, se sabe al menos el año en que terminó la obra, porque el libro becerro del monasterio, que consultó Abella para su artículo en el Diccionario de la academia, refiere la solemnidad de la consagración del nuevo templo al día 24 de Octubre del año 1098, reinando en Navarra el referido D. Pedro Sánchez y hallándose éste en la sagrada ceremonia con sus próceres y otras personas de ambos sexos, en unión con Pedro, obispo de Pamplona, Pedro de Huesca, Poncio de Roda, Diego de Santiago, las dignidades, los arcedianos y clérigos, y el abad del monasterio, D. Raimundo. De aquí se deduce con aproximación en qué años se reedificaba y aumentaba el templo que dos siglos antes restauró el Arista; y esto debió ser bajo el reinado de D. Sancho Ramírez, padre de D. Pedro Sánchez, supuesto que al tratar de las donaciones y mercedes hechas á Leyre, le vimos, de vuelta de la expugnación del castillo de Munio, en Abril de 1090, conceder á este cenobio las exenciones del famoso monasterio de Cluni.

vagantes y monstruosas, tan poco cristianas á sus ojos, que el arte prodigaba en los capiteles, en los frisos y archivoltas, y dentro del mismo santuario del Señor. Ahora bien, muy natural era que los monasterios erigidos bajo la inspiración del santo reformador, apareciesen todos ostentando una severidad de estilo muy poco común en aquel tiempo, despojados de todo ornato y sin bajo-relieves, contrastando con la excesiva riqueza de las abadías sujetas á la regla de Cluni. San Salvador de Leyre es un ejemplo de la arquitectura cisterciense austera y desnuda. En ese severo templo de una sola nave, de lisos paredones y lisas pilastras, donde toda la amenidad artística está reducida á cuatro columnas empotradas en los pilares de norte y sur, y otras dos que figuran haces de cuatro columnillas, empotradas también, reina una frialdad que hiela el ánimo. Ni un capitel adornado de vegetación, ni una moldura tallada en las puertas, ventanas y claraboyas; ni un chaflán, ni un toro, ni una escocia en los aristones y nervios de esa bóveda, sencilla hasta rayar en pobre, desamparada de toda huella de inspiración placentera, y de esos vanos en que el misticismo petrificó las líneas elementales de la primera traza, sin permitirle al artista pasar adelante en el desarrollo de la concepción estética.—Ya verás, estudioso lector, que no es la iglesia de Leyre el ejemplar único de la adusta arquitectura cisterciense en Navarra.

Fué el rey D. Teobaldo I, allá por los años 1236, quien trajo á Leyre los monjes del Cister: época en que según el antiguo *Libro de la Regla* se descubren las primeras pretensiones del abad D. Domingo Mendavia, ayudado del papa Gregorio IX y del mencionado rey, sucesor de D. Sancho el Fuerte, para expeler á los benedictinos cluniacences. Dice el citado Libro que lo logró, y ahí está esa adusta arquitectura confirmándolo con la mística elocuencia de su decoración sobria y severa: pues si bien en siglos posteriores quiso la comunidad hacer alarde de sus derechos señoriales clavando en los encuentros de los nervios de la bóveda del XIII los escudos de las principa-

les villas que tenía como tributarias, esto en nada altera el carácter originario de la monástica construcción. — No fueron los del Cister mucho tiempo dueños pacíficos del monasterio leyrense; en el último tercio del mismo siglo XIII volvieron los



SAN SALVADOR DE LEYRE.—PORTADA

de Cluni á ocuparlo, porque consta que en 1270 era allí abad el monje benedictino D. Sancho, á quien las memorias antiguas llaman *el Intruso*, suponiendo que logró la posesión por el poder de los legos. Reclamaron los cistercienses á Gregorio X, que dió comisión á los arzobispos de Toledo y Tarragona para

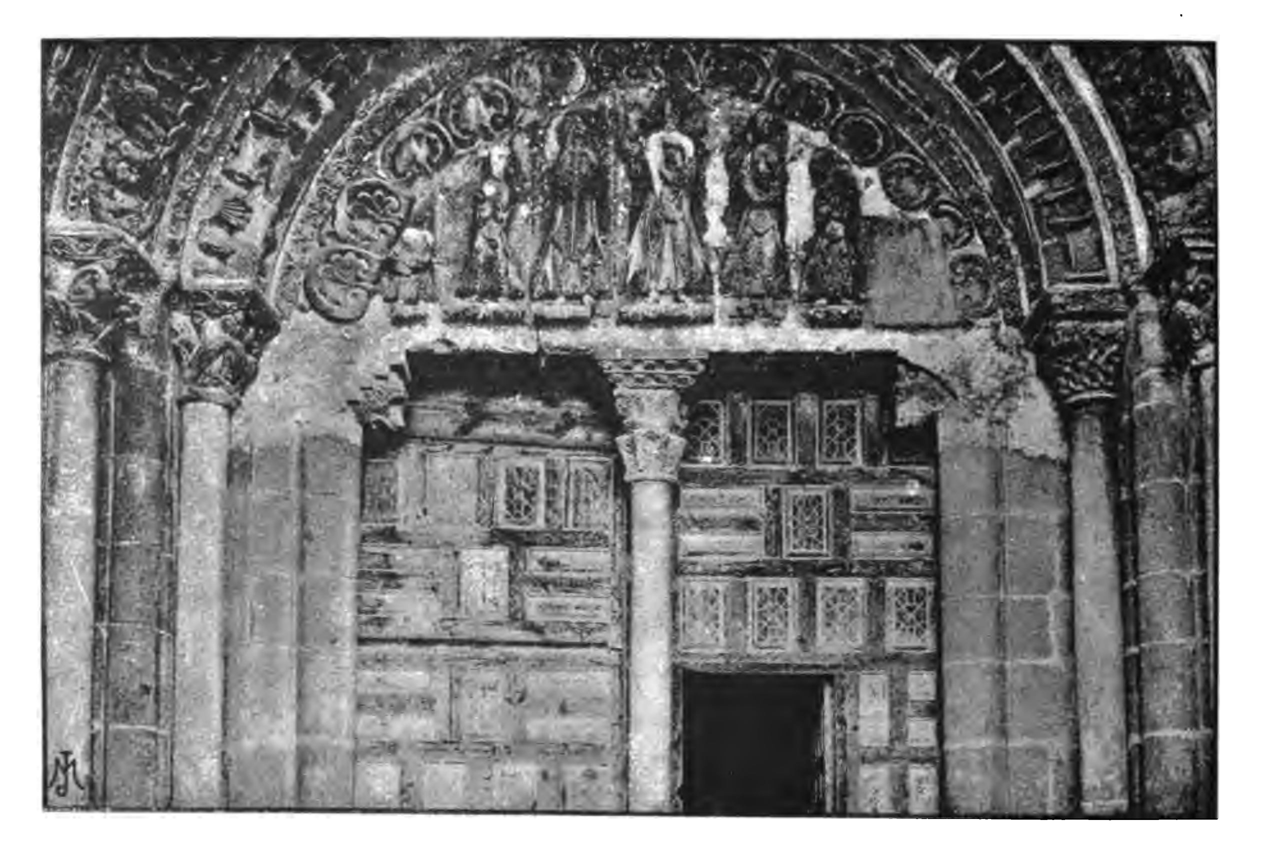
que los restableciesen; mas esto no tuvo efecto sino algunos años después, en que por valimiento del deán de Tudela y del arcipreste de la Valdonsella, con el poderoso auxilio del rey D. Enrique, fué nombrado Abad en 14 de Mayo de 1273 Don Raimundo de Béarne. En los tres años que poseyeron á Leyre los benedictinos, esto es, desde que lo recuperaron hasta su segunda expulsión, tuvieron tiempo sobrado para dejar impresa en la arquitectura de la santa casa la huella de estas peripecias y rivalidades. En efecto, edificaron entonces la rica portada de románico florido que hoy adorna el hastial del templo, donde prodigaron las columnas y archivoltas, los capiteles cubiertos de hojas y animales fantásticos, las grecas, las cenefas, las postas, los ajedrezados, los bajo-relieves y todas las formas de ornamentación hasta entonces conocidas; y cuando recuperaron los cistercienses la tan disputada posesión del más antiguo y famoso cenobio de Navarra, dejaron subsistir la obra de sus émulos, porque limitada á la parte exterior, en nada se oponía á las severas prescripciones de la orden respecto de la decoración interior de la casa de Dios.

No debemos alejarnos de este interesantísimo monumento sin llamar tu atención hacia los fragmentos de escultura carlovingia incrustados en esta portada, residuos acaso de la reedificación que en el siglo IX costeó Íñigo Arista (1). Los más im-

(1) El ilustrado y celoso capellán de Leyre, D. Hermenegildo Oyaga, que estudia con amor el templo puesto á su cuidado, tuvo la bondad de dirigirnos algunas notas, y en una de ellas leemos lo siguiente: «Las demás esculturas que están co»locadas en la parte superior, sobre la portada, con notoria falta de simetría, per»tenecieron á la iglesia de S. Cristóbal, titular de las monjas benitas, que tantos »siglos moraron junto á Leyre, las cuales, con la debida autorización, trasladaron »su residencia á la jurisdicción de Lumbier. Verificada la traslación, los monjes »de Leyre deshicieron el convento é iglesia de S. Cristóbal, y con sus materiales »hicieron la nueva fábrica de su monasterio, recogiendo con el debido respeto las »expresadas imágenes, que hoy existen en Leyre, y así, como dice el P. Moret, se »vistieron los vivos con los ropajes de los muertos.—Esta portada, por tantos títu»los digna de aprecio y conservacion, debía estar defendida por su verja de hie»rro (la cual se halla en Sangüesa), ó por otra que le sustituyese.»—Agradeciendo mucho al docto capellán las noticias que se ha servido comunicarme, no puedo

portantes, á primera vista, son los comprendidos en el tímpano del arco; de los otros habría que hacer un estudio especial que la índole de nuestro libro no consiente, pero que probablemente resultaría muy provechoso así para el conocimiento del primitivo objeto con que fueron labrados, como para la iconística sagrada del siglo IX, aparte del interés que despiertan como reliquias de una escultura de que apenas quedan vestigios. Seis son las figuras de relieve encerradas bajo ese arco tan profusamente adornado, las cuales á nuestro modo de ver representan al Salvador, la Virgen á su derecha, las santas mártires Nunilo y Alodia, á la derecha de la Virgen y á la izquierda del Salvador; y á los dos extremos, los santos Virila y Marciano. En el extremo de la derecha del espectador queda un hueco, que sin duda estuvo ocupado por otro personaje. El Salvador tiene en la mano izquierda el libro de la Ley de gracia, y levanta la diestra en actitud de bendecir; la Virgen, vestida de túnica talar, manto con orla *gemmata* y toca rizada, con velo, está con las manos elevadas como en postura de *orante;* las dos hermanas mártires ostentan sobre el pecho los Santos Evangelios, como símbolo de aquella fe de cuya verdad dieron testimonio con la vida; los dos santos abades Marciano y Virila, aparecen representados con las

asentir á la afirmación que contiene la nota precedente. Es notorio que la traslación del monasterio de San Cristóbal, primero á Lisau, y de aquí á Lumbier, se verificó á mediados del siglo XV, no siendo ya uso en esta época decorar las fachadas de los templos con fragmentos de antiguas decoraciones escultóricas, como se practicó en la Edad-media por pura veneración á las imágenes de las primitivas construcciones religiosas que se habían arruinado. Por otra parte, no dice el padre Moret que los monjes de Leyre aprovechasen para su nueva obra fragmentos de escultura é imágenes de la iglesia de San Cristóbal abandonada por las monjas; lo que dice es, que del mismo modo que en su tiempo las monjas de Lumbier se aprovechaban para sus nuevas obras de las ruinas del pueblo de Apardués, allí inmediato, así los monjes de Leyre se habían aprovechado para su nueva fábrica de las ruinas del antiguo monasterio de San Cristóbal. Pero ni expresa el Analista que esto ocurriese con los bajo-relieves, que son el objeto determinado y concreto de la nota del Sr. Oyaga; ni consta que el monasterio de San Cristóbal tuviese tales esculturas; ni se señala por último á qué fecha se refiere esa *nueva fábrica* de Leyre. Si los monjes de Leyre hicieron alguna nueva obra á mediados del siglo XV, esta sería no en la iglesia, sino en el convento llamado *nuevo*, y para ella utilizarían materiales del abandonado monasterio de San Cristóbal.



SAN SALVADOR DE LEYRE.—Detalle de la Portada

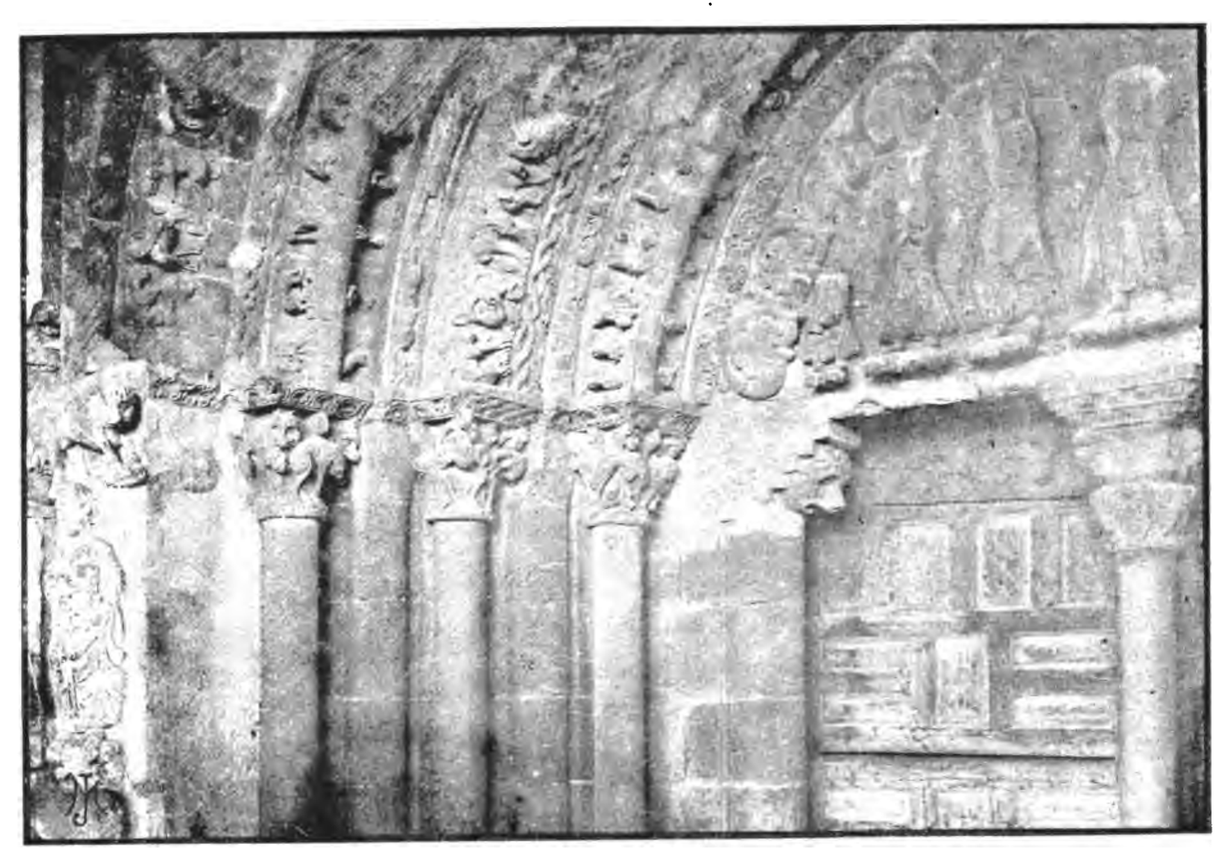
manos en sendos volúmenes, en los cuales ó pudo haberse querido figurar el libro de los Evangelios, ó bien el de la regla del monasterio. Todas estas figuras tienen por repisas animales, que ya parecen perros, ya puercos, ya conejos, y todas uniformemente llevan la túnica plegada de la misma manera, muy ajustada al cuerpo por la parte superior, y por la inferior notablemente voluminosa, formando tres gruesos cañones, con multitud de senos *(sinus)* paralelos á manera de ondas entre cañón y cañón: recuerdo manifiesto, si no remedo rutinario, del plegado clásico de la antigua *stola;* por donde resulta indudable la progenie neo-griega de estas semi-bárbaras esculturas. — Como se ve, los trajes figurados en estos bajo-relieves no son visigodos, ni como los que se usaron en nuestra España en los primeros siglos de la reconquista: esas túnicas, angostas por arriba y muy voluminosas por abajo, recuerdan las *cícladas* que gastaban muchos pueblos de Oriente. Es verdad que el manto de la Virgen parece tener la forma común de la *palla* romana, pero no presentan igual hechura los paludamentos de las otras figuras, completamente desconocidos entre nosotros, reducidos á una capa cerrada por todos lados, como el *amphibalo* griego, y más corta por delante que por detrás. Otro indicio del origen oriental de estas esculturas es la riqueza de la indumentaria, pues todas las vestiduras aparecen orladas de pedrería.

Algunas breves reflexiones acerca de la escultura en la Edad-media harían patente á tus ojos el fundamento con que atribuyo estos bajo-relieves á la época de la restauración carolingia; pero estas descripciones no son de carácter didáctico, y debo suprimir todo lo que pudiera cansarte como demasiado doctrinal. Expuse latamente mi teoría sobre esta materia en otro trabajo de índole distinta (1), y si te dignas leerme allí, acaso quedes plenamente convencido de mi aserto.

Y aun vestigios de mayor antigüedad hemos creído descu-

---

(1) En mi citada monografía de *San Salvador de Leyre.*



SAN SALVADOR DE LEYRE.—Detalle de la Portada

brir entre los escombros del arruinado convento primitivo, contiguo á la iglesia por el lado del norte. Allí, cuando verificamos nuestra visita primera del año 65, duraban aún reliquias de un arte que en Castilla denominamos *visigodo*, y cuya presencia en la fábrica leyrense no tiene explicación satisfactoria si no se admite la intervención de otro arte anterior al de la época de Íñigo Arista. Aludimos á un capitel de enormes dimensiones que encontramos al penetrar en el derruído claustro salvando un montón de piedras y otros materiales hacinados desde sabe Dios cuándo: capitel á cuyo aspecto nos asaltó el recuerdo de la ornamentación funicular de las iglesias de Asturias del primer siglo de la reconquista. Ese mismo claustro, por el cual andábamos con temor de que se hundiese bajo nuestros piés, había quizá resonado con las pisadas del santo presbítero cordobés allí hospedado por el abad Fortunio en el siglo noveno. Acaso no lejos estuvo la rica biblioteca que aquel registraba en los días de su hospedaje, y donde encontró libros peregrinos.

Pero dejemos ya á Leyre, y sigamos á San Eulogio en su correría por los demás monasterios de la región pirenáica, que para nosotros tiene que ser muy breve.—Volvemos á Burgui, en cuyo término tenemos las ruinas del convento benedictino de *Urdaspal*, comunidad que regía el abad Dadilano. Este monasterio fué anexado al de Leyre por el rey D. Sancho Ramírez en 1085. Creyó Ambrosio de Morales que el cenobio Urdaspalense era San Salvador de Urdax, pero todos convienen en que se equivocó: sus vestigios aún subsisten, y la Carta real de anexión le sitúa en el valle de Roncal á orilla del Ezca.—Acaso visitaría San Eulogio antes que el monasterio de Urdaspal, el de Cillas, situado en tierra de Huesca cerca de la frontera, al norte del río Veral, no lejos de la confluencia de éste con el Aragón. De este cenobio Cellense no tenemos más datos que el que nos suministra el Santo, diciéndonos que era su Abad un tal Atilio; ni habíamos de detenernos en buscar otros no perteneciendo á Navarra.—De Urdaspal, ó más bien de Burgui, subiendo hasta

Vidangoz por la margen arriba del regato que las une, se llega á un paso por donde, torciendo al oeste, se penetra en el valle de Salazar: allí está, próximo á una pequeña corriente de agua que vierte en el modesto río de este nombre, el pueblo de Igal, famoso en los anales eclesiásticos desde que á su monasterio *Igalense* consagró el santo cordobés en su peregrinación un recuerdo que no se desvanecerá nunca. Los vestigios de la iglesia de este antiguo monasterio, duran, disfrazados por obras modernas, en su parroquia de San Vicente: regía aquella santa casa el abad Ximeno cuando lo visitó San Eulogio. El rey D. Sancho Ramírez lo anexó al monasterio de Leyre, juntamente con el de Urdaspal, como su padre D. Ramiro de Aragón agregó el Cellense á San Juan de la Peña.—Para dirigirnos ahora al monasterio Cisariense ó de San Zacarías, objeto preferente de la mística peregrinación de San Eulogio, tenemos que atravesar en dirección noroeste una porción de sierras, puertos, valles y ríos, hasta llegar casi al límite occidental de la merindad de Sangüesa, en la raíz del Pirineo. Que este monasterio fué como el imán que hizo á Eulogio emprender aquella especie de viaje santo, su propia carta lo demuestra (1): «Vínome deseo (dice, refiriendo el estado de abatimiento en que se hallaba de resultas de ver frustrado su proyecto de pasar por la Galia Togata á Baviera en busca de sus hermanos Álvaro é Isidoro) de visitar los lugares santos, para levantar el ánimo derribado con el peso de la tristeza; pero adonde principalmente quería yo ir era al monasterio del bienaventurado San Zacharías, situado á la falda de los montes Pirineos y á los límites de la dicha Galia, donde naciendo el río Arga, y regando con curso arrebatado las tierras de Zubiri y de Pamplona, se lanza en el río Cántabro.» Y describe en los siguientes términos el estado de florecimiento en que halló el santo cenobio: «El cual monasterio, decorado con

(1) Tomamos la versión del P. Moret, enmendando sólo algunos de sus giros, poco conformes con las actuales reglas gramaticales, pero conservando el estilo anticuado de grato sabor.

famosísimos ejercicios de la disciplina regular, resplandecía por todo el Occidente..... Después de haber corrido por varios lugares, finalmente por favor del cielo llegué á aquel monasterio, que tanto había deseado. Presidía entonces en él el abad Odoario, varón de suma santidad y muchas letras: el cual, recibiéndonos (á él y á su amado acompañante, el diácono Theodemundo) sobre cuanto se puede decir amorosamente, ejercitó con nosotros todos los oficios de humanidad. En este Colegio y bienaventurada Congregación, que casi pasaba de ciento, unos de una manera y otros de otra, resplandecían como estrellas del cielo con diferentes méritos de virtudes. Florecía en unos la caridad perfecta de Cristo, que expele todo temor; á muchos la humildad, con que cada uno se reputaba inferior á los demás, los levantaba á muy alta cumbre, contendiendo todos en ser imitadores de los preceptos de Dios..... Obraban todos con emulación santa, y animándose unos á otros, procuraban aventajarse en la virtud. Cada cual aplicaba la industria de su arte para provecho común. Otros entendían en la hospitalidad de los peregrinos y huéspedes, y como si en cada uno recibiesen por huésped á Cristo, agasajaban á todos los que llegaban..... Habiendo vivido con ellos algún poco tiempo, y tratando de partirme, todos se postraron por el suelo, pidiéndome orase por ellos, y con humildes ruegos se lamentaban de que los dejase tan presto. Acompañábame entonces mi carísimo hijo el diácono Theodemundo, que desde el principio de mi jornada hasta el fin de ella, sin apartarse jamás de mi lado, padeció todos los riesgos de aquella mi peregrinación. Partiéndonos en fin, nos hicieron compañía el venerable abad Odoario y el prepósito Juan, manteniendo por todo el día hasta la tarde conversaciones sobre las divinas Escrituras. Y despidiéndonos con el ósculo de paz, con gran presteza volvimos á ti, oh apóstol de Dios, Wilesindo, por cuya recomendación merecimos recibir de aquellos Padres tantos honores».—Compara luégo el Santo el estado de dichosa paz en que viven aquellos religiosos, con la situación aflictiva en que se encuentra la grey

cristiana de Córdoba bajo la tiranía de sus bárbaros dominadores, y escribe estos elocuentes párrafos en la misma mazmorra en que yace aherrojado: «Yo puesto en Córdoba gimo debajo del impío yugo de los Árabes, cuando vos, en Pamplona, gozáis la dicha de ser amparado debajo del Señorío del Príncipe que reverencia á Cristo (1)..... También yo, pecador, amado vuestro, he sido aprisionado: todos estamos padeciendo los horrorosos ascos de los calabozos..... El furor cruel del Tirano todo lo ha devastado, destruído y aventado, arrojando en las cárceles á los Obispos, Presbíteros, Abades, Levitas y todo el Clero: ha dejado viuda á la Iglesia despojándola de los ministerios sagrados, privándola del oráculo, enajenándola de los oficios divinos. En este calamitoso tiempo, ni tenemos oración, ni sacrificio, ni incienso, ni lugar de primicias con que podamos aplacar á nuestro Señor, sino que en las almas contritas y el espíritu humillado pagamos á Cristo los deseos de sus santas alabanzas; de suerte que faltando en esta congregación la música de los Salmos, resuena en el retiro de los calabozos el murmurio santo de los himnos».— Esto escribía al obispo de Pamplona, Wilesindo, el mártir Eulogio en el año 851, desde la corte de los Califas, donde le tenía con grillos una violenta, aunque pasajera, persecución del nombre cristiano, decretada como medio de gobierno por Abderrahmán II, el musulmán más culto de cuantos ocuparon en el noveno siglo el solio cordobés.—El sitio preciso donde estuvo el monasterio de San Zacarías, en verdad no consta: y es de admirar que una casa religiosa de tanta celebridad y grandeza, donde vivían hasta cien monjes, y que ilustraba todo el Occidente, se hundiese tan por completo y tan de prisa, que ni aun se salvara la noticia de dónde estuvieron sus ruinas. De la escasa noción que acerca de su asiento consigna San Eulogio, deduce el docto analista de Navarra que estuvo el cenobio de San Zacarías en el pueblecillo llamado Cilveti, á cuatro leguas de Pam-

(1) Aludía sin duda á Iñigo Arista.

plona, Arga arriba, y una de Zubiri, que el Santo llama Seburi. No hemos recorrido nosotros esos desiertos donde nacen las fuentes del Arga, pero la reflexión que hace el citado analista en abono de la reducción propuesta, es de gran fuerza: «en el pequeño lugar llamado Cilveti permanece un templo de fábrica bien antigua y magnífica para aquellos tiempos, y duran las líneas de cimientos que se trababan con él y debían de ser de la vivienda del monasterio. De la pequeñez del pueblo no es creíble se levantase tal fábrica con fuerzas suyas, en especial no siendo para iglesia parroquial, sino para ermita, de que sólo sirve». De este monasterio de San Zacarías hizo donación el rey D. García Sánchez, el de Nájera, al obispo D. Sancho y á Don Galindo, Prior de Leyre, en el año 1040.

Salvamos ahora el puerto de Urtiaga pasando por entre los Alduídes, que caen á nuestra derecha, y el gigantesco pico de Velate, enhiesto á nuestra mano izquierda; atravesamos las profundas simas que, como fauces ansiosas de víctimas del vértigo, nos muestran para aterrarnos los dos montes de Sagardegui y Ziola, y semejantes á las aves, tímidas y atrevidas á la vez, que pasan volando por encima de los abismos, mezclando dulces trinos é involuntarios estremecimientos, llegamos, sin curarnos del risueño y encantador panorama con que nos convida el Baztán á tomar nuevos alientos, á la humilde villa de Urdax, á cuyas inmediaciones hay ruinas que nos atraen. Más adelante nos espaciaremos de nuevo por ese noble valle donde, aunque ya le visitamos para admirar sus naturales bellezas (1) y estudiar sus costumbres (2), nos quedan aún glorias, timbres, flores de la historia y del arte que recoger. No se admirarán de nuestro portentoso vuelo los habitantes de un país donde hay costumbre de ver volar brujas (3).—Estamos en las ruinas del antiguo y famoso

(1) Véase el cap. I, pág. 136 y siguientes.
(2) Véase el cap. VII, *passim*.
(3) Véase en el cap. VI la tradición titulada *Grachina*, pág. 307 y siguientes.

monasterio de *San Salvador* de Urdax, de cuya iglesia se sirve el pueblo, transformada en parroquia. Poco dan de sí estas pobres paredes, pero su historia es interesante: y como tengo á mi disposición dos descripciones, una del año 1799, que sirvió de guía á Traggia para redactar su respectivo artículo en el *Diccionario geográfico histórico* de la Academia, y otra de fecha anterior (del 1785) de que aquel no hizo caso, voy á sacar de ambas la sustancia para que quedes enterado de cuanto se sabe acerca de tan insigne y hoy casi olvidado convento (1).

El antiquísimo Real Monasterio de *San Salvador* de Urdax de la orden de Canónigos Premonstratenses de la Congregación de España, cuya primera fundación se ignora por no haber quedado documentos auténticos que respetasen las llamas en las repetidas veces que fué incendiado su archivo, se halla situado á la vertiente del Pirineo que mira á Francia, distante media legua de la línea divisoria entre ambas naciones, una del más inmediato pueblo francés, llamado Ainhoa, cinco de la ciudad y puerto de Bayona, y once de Pamplona, á cuya merindad pertenece. Confronta al norte y oriente con tierra del Labourd, al poniente con Zugarramundi y á mediodía con el valle de Baztán. Aunque no hay memoria cierta de la época en que fué erigida esta comunidad de regulares del Patriarca San Norberto, porque cuatro veces destruyeron su archivo las tropas francesas, siendo la última en 1793 (entre las dos fechas de las relaciones arriba mencionadas, de que saco esta noticia), consta, sin embargo, que á principios del siglo XVI había escrituras y privilegios de los cuales resultaba que el fundador había sido el rey Sancho Garcés II, llamado Sancho *Mitarra* ó Sancho *el monta-*

(1) Firma la descripción ó relación del año 1785 el capellán D. Agustín de Lanzberro, quien la dirige al Sr. D. Bernardo Espinalt y García; y la de 1799 el abad de Loyola D. José de Enseña, enderezándola al Sr. D. Manuel Abella, secretario de la Real Academia de la Historia. Existen ambas en el tomo I, manuscrito inédito de las *Descripciones de Navarra*, que sirvió de aparato á la expresada Real Academia para formar su *Diccionario* geográfico-histórico, ya citado en ocasiones anteriores.

raz, en lengua vascongada, sin duda por lo que escribió de él el arzobispo D. Rodrigo, y por lo que refieren memorias antiguas, de su afición á habitar en las montañas, haciendo desde ellas frecuentes invasiones contra los infieles y fabricando en lo más enriscado fortalezas cuyo coste le hacía económico la natural fragosidad de aquellas cumbres. Si esta tradición es cierta, como parece muy probable atendida la circunstancia de haberle aclamado por su Duque los gascones ó vascones franceses, incorporados desde entonces por mucho tiempo á Navarra, resultará que el monasterio de que tratamos fué erigido en el siglo x, antigüedad muy respetable por cierto.—Supónese que su cadáver yace sepultado en aquella iglesia, sin que de este particular se encuentre tampoco noticia positiva en el mencionado archivo. De documentos existentes en los monasterios de la misma orden de Valladolid y Retuerta, consta quiénes fueron los primeros poseedores de éste de Navarra. «El convento de Urdax (dice un manuscrito de la librería del de Valladolid), fué antes de canónigos regulares lateranenses: lo fundó un caballero principal y se lo entregó con toda la jurisdicción espiritual y temporal que correspondía á su palacio; quemóse dos veces en tiempo de estos canónigos, y después, viendo ellos que la religión premonstratense florecía en aquellos tiempos, afectos á ella y deseosos de servir á Dios con más estrechez, brindaron á su abad con el convento para que pusiese allí prelado y religiosos franceses. Admitida la donación, se le entregaron, y todos ellos profesaron tomando nuestro santo hábito y dejando el suyo antiguo en la era 1210 (A. D. 1172.)»—Confirma esta verdad histórica otro manuscrito de la librería del de Retuerta que lleva por título *Crónica de San Norberto*, en cuya hoja 300 vuelta se expresa lo siguiente: «En el presente año de 1172..... se incorporó en la orden premonstratense el antiguo é ilustre monasterio de San Salvador de Urdax en el reino de Navarra, situado á la falda de los montes Pirineos... Precedieron en este monasterio canónigos regulares lateranenses.» Y á la hoja 31

vuelta dice así: «De su primera fundación no hay memoria ni puntualidad alguna, sea porque en diferentes incendios que ha padecido perecieron los instrumentos, ó si se preservaron, paran en otro monasterio sujeto á Francia.»—Pero aunque el silencio de la historia y los estragos del fuego hayan hecho enigmático el origen de la Real Casa de San Salvador de Urdax, no puede negarse que la califican de ilustre los vestigios de sus antiguas distinciones y preeminencias. Su abad, que ejercía cargo trienal, elegido por el capítulo general de la orden y aprobado por el rey antes de tomar posesión de su dignidad, estaba investido de la omnímoda jurisdicción espiritual ordinaria así en la villa como en el lugar inmediato de Zugarramurdi: usaba en su territorio de las insignias pontificales en las funciones sagradas; era convocado formalmente á las cortes del reino, donde tenía asiento y voto entre los próceres del brazo eclesiástico; ejerció también la jurisdicción temporal en Urdax hasta el año 1667, en que por el Consejo de Navarra se adjudicó al mismo pueblo. La dignidad abacial tenía los patronatos de multitud de iglesias de aquella comarca y de alguna de Ultra-Puertos, y en uso de éste y de su jurisdicción ordinaria, proveía los curatos de Urdax y Zugarramurdi en canónigos profesos de su monasterio, y con respecto á las iglesias restantes, de los obispados de Pamplona y Bayona, hacía la nominación y presentación en sus mismos canónigos, quienes mediante la aprobación del ordinario respectivo, servían personalmente dichas parroquias. Consta por último que el abad de San Salvador era el primer llamado á los concilios diocesanos de Bayona, donde tenía el asiento y voto inmediato al Obispo en sus sesiones. Y no desmerecieron los prelados del insigne monasterio de tan grandes honras y distinciones, antes por el contrario, éstas los estimularon siempre á granjearse la estimación de los reyes prestando señalados servicios á la corona.—Componíase la comunidad en 1785 de treinta y dos individuos, muy observantes de la disciplina regular, y de ella salieron varones insig-

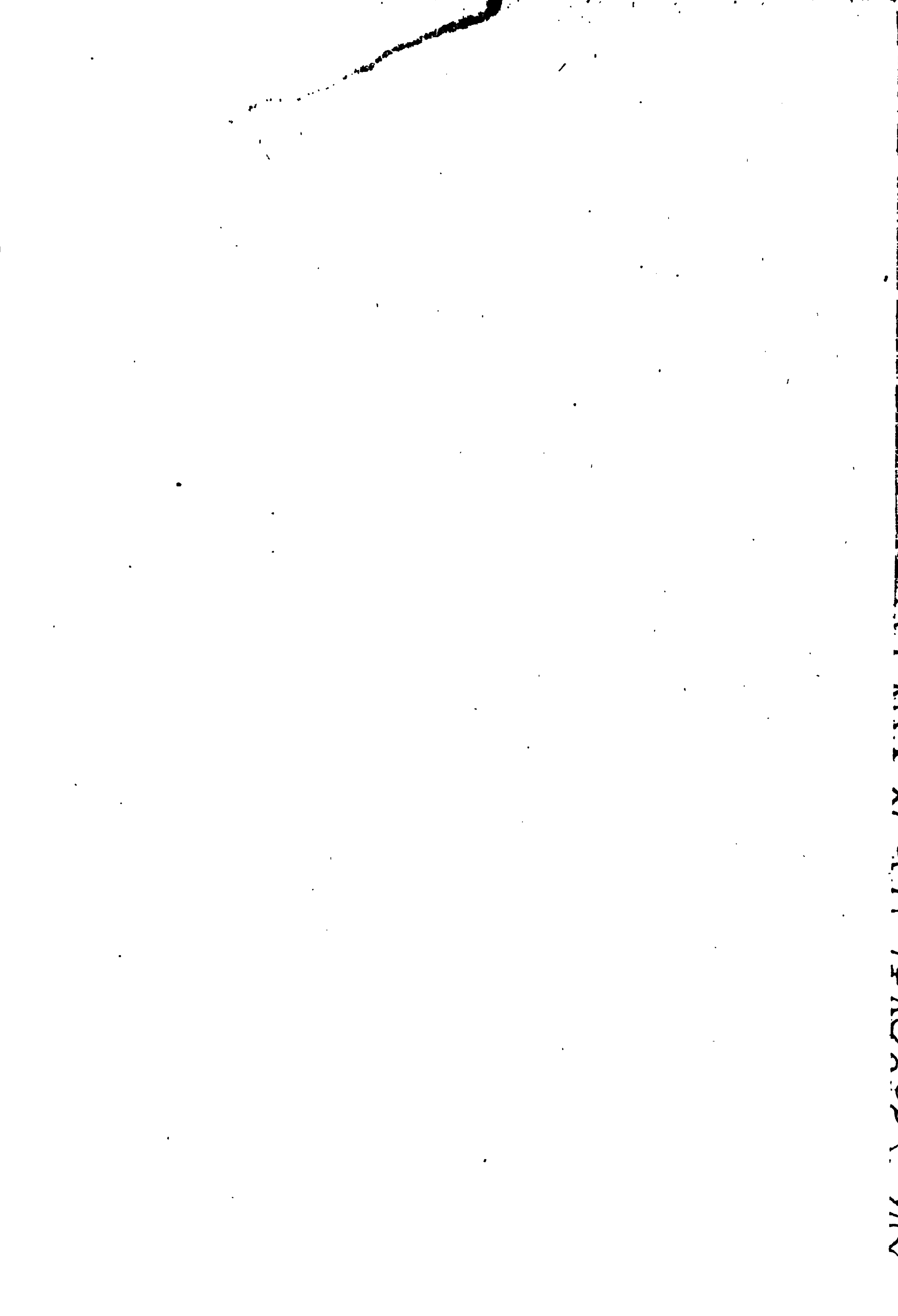
nes por su doctrina, entre los cuales citan el buen capellán Don Agustín Lanzberro que nos suministra estos datos, y el abad de Loyola D. José de Enseña que los amplía en 1799, á los PP. mtros. catedráticos de Salamanca, Bartolomé Echenique y Francisco Echeverría, autores de tratados teológicos muy celebrados; al P. mtro. Apodaca, de la propia Universidad; al mtro. Aguirre, autor del famoso *Dies angelici Agustiniani*, y por último á los mtros. Alemán, Mayora, Barreneche y Bengochea, que llegaron á la suprema dignidad del Generalato de la orden en esta Congregación española. Pero la guerra con Francia del año 1793 causó en el santo cenobio grandes estragos, no siendo el menor el destrozo de su magnífica biblioteca, que pasaba de 9000 volúmenes (sin contar los duplicados y de poca importancia), de todo género de materias y muy hermosas ediciones, los cuales fueron pábulo de las llamas ó presa de la soldadesca de ambas naciones, española y francesa, que se cebó en ellos para venderlos ó despedazarlos.—La fábrica, así de la iglesia como de los claustros, toda ella de piedra, fué renovada en la segunda mitad del siglo XVI y según el gusto de aquel tiempo, siguiendo el estilo greco-romano. Venerábanse en el templo varias insignes reliquias salvadas del fuego y de la profanación del enemigo en la mencionada guerra del año 1793; pero desapareció con ésta una preciosa imagen del Salvador, titular de la iglesia y monasterio y patrono al mismo tiempo del pueblo de Urdax, que no tiene otra parroquia: «estatua majestuosa y devotísima, que era continuo atractivo de franceses y españoles, los cuales concurrían á venerarla llevados de la fama de sus muchos prodigios.» El capellán Lanzberro, que tenía ante los ojos esta santa efigie cuando extendía su informe en 1785, escribía: «en la iglesia del monasterio, que es también la parroquial de la villa, se venera una taumaturga imagen del Santísimo Salvador bajo la representación de la Ascensión, etc.» Entre las piezas curiosas que se conservaban en la Sacristía, llamaba la atención y admiraban los inteligentes una Custodia

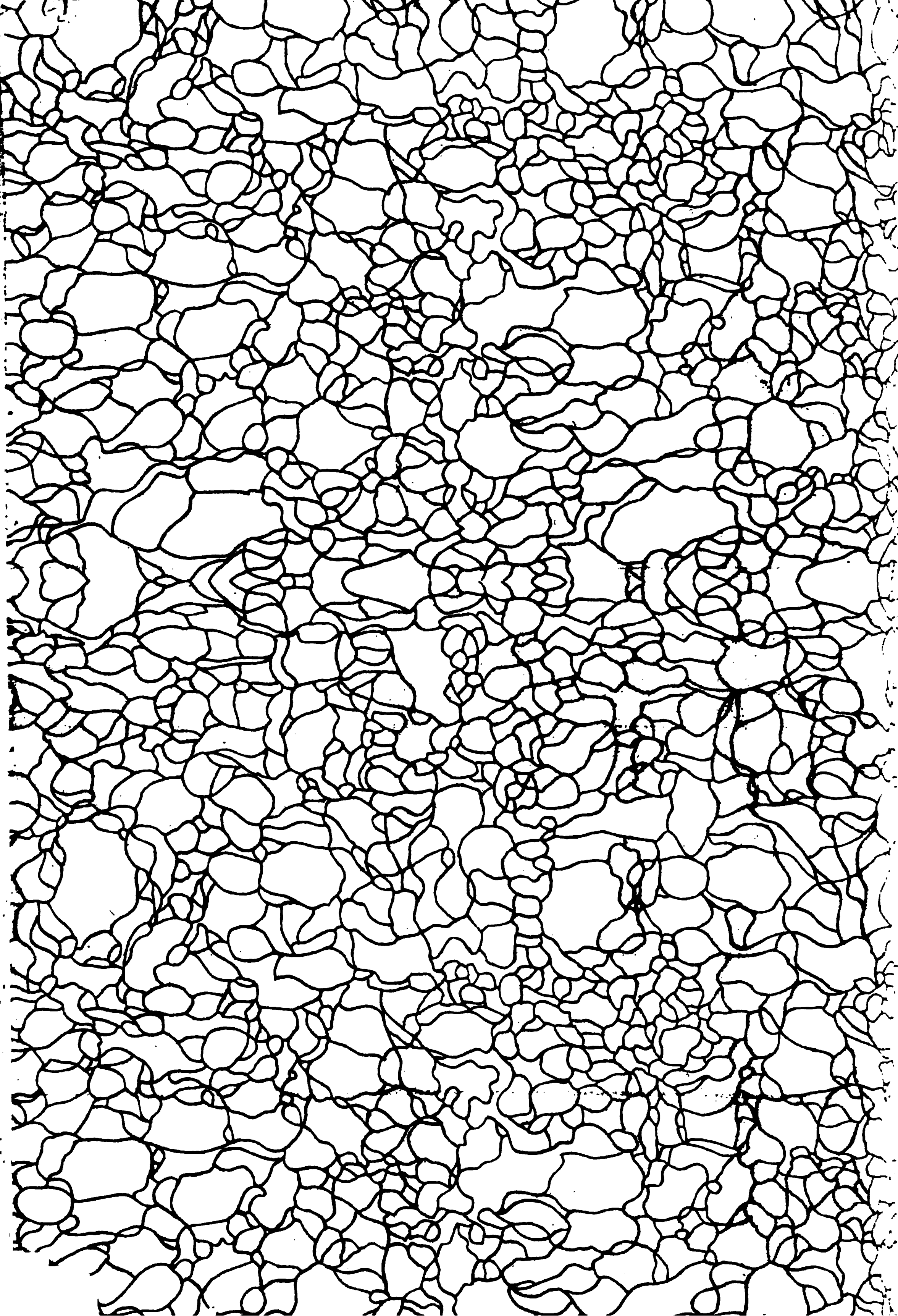
trabajada con gran primor, realzada con piedras preciosas, dádiva de dos caballeros hermanos llamados D. Pedro y D. Juan de Garasiochea, naturales de Urdax, de no sabemos qué tiempo. El abad de Loyola añade por su parte que esta pieza de orfebrería es *de gusto tan singular en la hechura, que parece no tiene igual en España.*—Finalmente, este mismo informante nos proporciona otras dos noticias de interés, una de las cuales nos hace lamentar la rapidez de nuestra visita á la iglesia de Urdax: es una, y la de más atractivo para el arqueólogo, que al lado del Evangelio se advierte en la pared el sepulcro del rey Sancho Mitarra (el fundador del monasterio) con esta inscripción: COMES SANCTIUS M; leyenda no impropia, si se atiende á que el rey Sancho Garcés II edificó la santa casa en la vertiente septentrional del Pirineo y dentro de la Vasconia francesa, de la cual era Conde. La otra noticia se reduce á que en el año 1797, de resultas de haber los franceses en la guerra de 1793 incendiado y arruinado el monasterio, juntamente con sus ferrerías, molinos y demás posesiones, reduciendo á ceniza veintisiete mil robles de sus montes, el rey, á consulta del Consejo de Castilla, por real cédula de 25 de Octubre del referido año, mandó hacer la translación del convento de Urdax á la suntuosa Real casa de San Ignacio de Loyola del valle de Azpeitia, en Guipúzcoa.

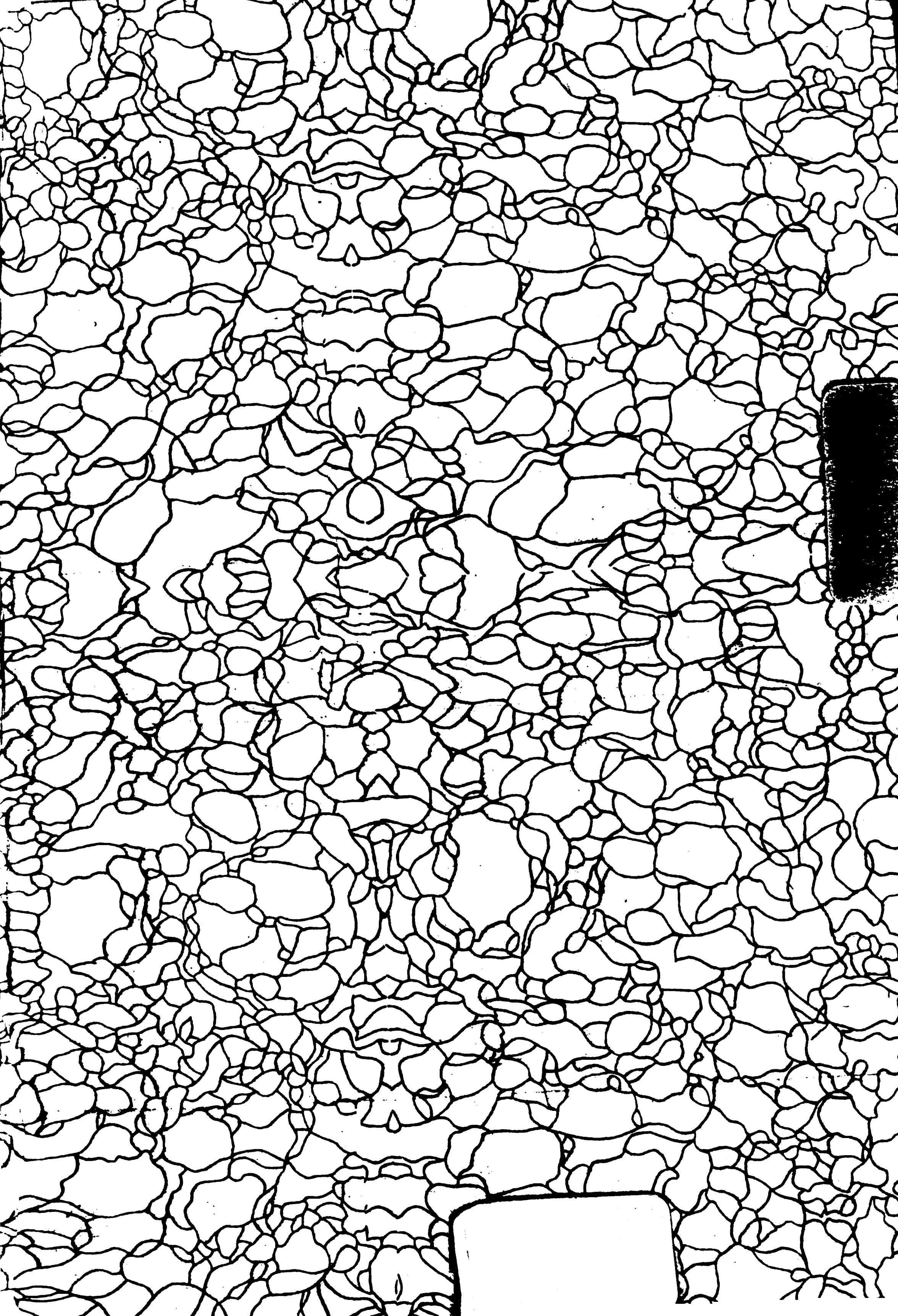
FIN DEL TOMO PRIMERO

Indice

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS








PER · ANGUSTA · AUGUSTA ·